Teresa de la Parra

Ifigenia

Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba

Primer premio del concurso de autores americanos de 1924

I. H. BENDELAC
20, Rue Richer - Paris
MCMXXVIII

I F I G E N I A

De Maria Eugenia Alonso
a
Cristina de Iturbe

¡Por fin te escribo, querida Cristina! No sé qué habrás pensado de mí. Cuando nos despedimos en la estación de Biarritz, recuerdo que te dije mientras te abrazaba llena de tristeza, de suspiros y de paquetes :

— ¡ Hasta pronto, pronto, prontísimo !

Me refería a una larga carta que pensaba escribirte de París y que empezaba ya a redactar en mi cabeza. Sin embargo, desde aquel día memorable han transcurrido ya más de cuatro meses y fuera de las postales no te he escrito una letra.

A ciencia cierta, no puedo decirte por qué no te escribí desde París, y muchísimo menos aún por qué no te escribí después, cuando radiante de optimismo y hecha una parisiense elegantísima, navegaba rumbo a Venezuela. Lo que sí voy a confesarte, porque lo sé y me consta, es que si desde aquí, desde Caracas, mi ciudad natal, no te había escrito todavía, aun cuando el

tiempo me sobrara de un modo horrible, era única y exclusivamente, por pique y amor propio. Yo, que sé mentir bastante bien cuando hablo, no sé mentir cuando escribo, y como no quería por nada del mundo decirte la verdad, que me parecía muy humillante, había decidido callarme. Ahora me parece que la verdad a que me refiero no es humillante sino más bien pintoresca, interesante y algo medioeval. Por consiguiente he resuelto confesártela hoy a gritos si es que tú eres capaz de oír estos gritos que lanzan mis letras :

¡ Ah ! ¡ Cristina, Cristina, lo que me fastidio !... Mira, por muchísimos esfuerzos de imaginación que tú hagas no podrás figurarte nunca lo que yo me fastidio desde hace un mes, encerrada dentro de esta casa de Abuelita que huele a jazmín, a tierra húmeda, a velas de cera, y a fricciones de Ellimans's Embrocation. Bueno, el olor a cera viene de dos velas que Tía Clara tiene continuamente encendidas ante un Nazareno vestido de terciopelo morado, de una media vara de estatura, el cual desde los tiempos remotos de mi bisabuela camina con su cruz a cuestas dentro de una redoma de vidrio. El olor a Elliman's Embrocation es debido al reumatismo de Abuelita, que se fricciona todas las noches antes de acostarse. En cuanto al olor a jazmín con tierra húmeda, que es el más agradable de todos, viene del patio de entrada, que es amplio, cuadrado, sembrado de rosas, palmas, helechos, novios, y un gran jazminero que se explaya verde y espesísimo en su kiosco de alambre sobre el cual vive como un cielo estrellado de jazmines. Pero ¡ ay ! lo que yo me fastidio aspirando estos olores sueltos o combinados, mientras miro coser o escucho conversar a Abuelita y a tía Clara es una cosa inexplicable. Por delicadeza y por tacto, cuando estoy delante de ellas disimulo mi fastidio y entonces converso, me río, o enseño como perra sabia a Chispita, la falderilla lanuda, quien ha aprendido ya a sentarse con sus dos patitas delanteras dobladas con muchísima gracia, y quien, según he observado, dentro de este sistema de encierro

en que nos tienen a ambas, sueña de continuo con la libertad y se fastidia tanto o más que yo.

Abuelita y tía Clara, que saben distinguir muy bien los hilos tramados de los zurcidos y de las randas, pero que no ven en absoluto estas cosas que se ocultan tras las apariencias, no conocen ni por asomos la cruel y estoica magnitud de mi aburrimiento. Abuelita tiene muy arraigado este principio falsísimo y pasado de moda :

— « Las personas que se fastidian es porque no son inteligentes ».

Y claro, como mi inteligencia brilla de continuo y no es posible ponerla en tela de juicio, Abuelita deduce en consecuencia que yo me divierto a todas horas con relación a mi capacidad intelectual, es decir : muchísimo. Y yo por delicadeza se lo dejo creer.

¡ Ah ! cuántas veces he pensado en plena crisis de fastidio : « Si yo le contara esto a Cristina, me aliviaría muchísimo escribiendo ». Pero durante un mes entero he vivido presa dentro de mi amor propio como dentro de las cuatro paredes viejas de esta casa. Quería que tú te imaginaras maravillas acerca de mi existencia actual, y recluída en mi doble prisión callaba.

Hoy poniendo a un lado toda fantasía de amor propio, te escribo porque no puedo callarme más tiempo, y porque como te he dicho ya, he descubierto últimamente que esto de vivir tapiada siendo tan bonita como soy, lejos de ser humillante y vulgar parece por el contrario cosa de romance o leyenda de princesa cautiva. Y mira, sentada como estoy ahora ante la blanca hoja de papel, me siento tan encantada con la determinación y es tanto, tantísimo lo que deseo escribirte, que para hacerlo quisiera ya como dice el cantar « que la mar fuera de tinta y las playas de papel ».

Como sabes, Cristina, siempre he tenido bastante afición a las novelas. También la tienes tú, y creo ahora que fué sin duda

ninguna esta comunidad de gusto por el teatro y las novelas la que hizo que intimáramos tanto durante los meses de vacaciones, así como durante los meses de colegio nos hizo intimar mucho aquella otra comunidad de gusto en los estudios. Tú y yo éramos por lo visto unas niñitas intelectuales y románticas, pero éramos también, por otro lado, exageradamente tímidas. He reflexionado algunas veces sobre este sentimiento de timidez y según creo ahora debimos de adquirirlo, a fuerza de ver reflejadas en los cristales de las ventanas y puertas del colegio nuestras frentes anchas descubiertas y rodeadas de aquel semicírculo negro formado por nuestro pobre pelo liso y tirantísimo. Como recordarás, este último requisito era indispensable, según la opinión de las Madres, al buen nombre de las niñas, que además de ser muy ordenadas, eran inteligentes y estudiosas como lo éramos nosotras dos. Yo llegué a adquirir la convicción de que el pelo tirante constituía realmente una gran superioridad moral, y, sin embargo, veía siempre con gran admiración las otras niñas cuyas cabezas « vacías por dentro » al decir de las Madres, tenían por fuera aquella agradable apariencia que las daban los rizos y las ondas usadas contra todo reglamento. A pesar de nuestra superioridad mental recuerdo que yo siempre me sentí en el fondo muy inferior a las del pelo flojo. Las heroínas de las novelas las colocaba también en este bando de las sienes cubiertas, el cual constituía a las claras, lo que las Madres llamaban con bastante desdén « el mundo ». Nosotras, junto con las Madres, el Capellán del Colegio, las doce Hijas de María, los Santos del año Cristiano, el incienso, las casullas y los reclinatorios, pertenecíamos al otro bando. En realidad yo nunca tuve verdadero entusiasmo de partido. Aquel malvado « mundo » tan aborrecido y despreciado por las Madres, a pesar de su vil inferioridad, aparecía siempre ante mis ojos deslumbrante y lleno de prestigio. Nuestra superioridad moral resultaba para mí una especie de carga, y recuerdo que la llevé siempre llena de resignación y pensando

con tristeza, que gracias a ella no desempeñaría en la vida más que papeles oscuros y secundarios.

Lo que quiero explicarte ahora es que en estos cuatro meses he variado por completo de ideas. Creo que me he pasado con armas y bagajes al abominable bando del mundo y siento que he adquirido en él una elevada graduación. Ya no me considero en absoluto personaje secundario, estoy bastante satisfecha de mí misma, me he declarado en huelga contra la timidez y la humildad, y tengo además la pretensión de creer que valgo un millón de veces más que todas las heroínas de las novelas que leíamos en verano tú y yo, las cuales, dicho sea entre paréntesis, me parece ahora que debían estar muy mal escritas.

En estos cuatro meses, Cristina, he pasado por muchos ratos de tristeza, he tenido impresiones desagradables, revelaciones desesperantes y, sin embargo, a pesar de todo, siento un inmenso regocijo porque he visto desdoblarse de mí misma una personalidad nueva que yo no sospechaba y que me llena de satisfacción. Tú, yo, todos los que andando por el mundo tenemos algunas dotes y algunas tristezas, somos héroes y heroínas en la propia novela de nuestra vida, que es más bonita y mil veces mejor que las novelas escritas.

Es esta tesis la que voy a desarrollar ante tus ojos, relatándote minuciosamente y como en las auténticas novelas todo cuanto me ha ocurrido desde que dejé de verte en Biarritz. Estoy segura de que mi relato te interesará muchísimo. Además he descubierto últimamente que tengo mucho don de observación y gran facilidad para expresarme. Desgraciadamente estos dotes de nada me han servido hasta el presente. Algunas veces he tratado de ponerlos en evidencia delante de tía Clara y Abuelita, pero ellas no han sabido apreciarlos. Tía Clara no se ha tomado siquiera la molestia de fijarse en ellos. En cuanto a Abuelita, que como es muy vieja, tiene unas ideas atrasadísimas, sí debe haberlos tomado en consideración porque ha dicho ya por dos veces que tengo la cabeza llena de cucarachas.

Como puedes comprender ésta es una de las razones por las cuales me aburro en esta casa tan grande y tan triste donde nadie me admira ni me comprende, y es esta necesidad de sentirme comprendida, lo que decididamente acabó de impulsarme a escribirte.

Sé muy bien que tú sí vas a comprenderme. En cuanto a mí no siento reserva ni rubor alguno al hacerte mis más íntimas confidencias. Tienes ante mis ojos el dulce prestigio de lo que pasó para no volver más. Los secretos que a ti te diga no han de tener consecuencias desagradables en mi vida futura y, por consiguiente, sé desde ahora que jamás me arrepentiré de habértelos dicho. Se parecerán en nuestro porvenir a los secretos que se llevan consigo los muertos. En cuanto al cariño tan grande que pongo para escribírtelos creo que tiene también cierto parecido con aquel tardío florecer de nuestra ternura, cuando pensamos en los que se fueron « para no volver ».

*
* *

Te escribo en mi cuarto cuyas dos puertas he cerrado con llave. Mi cuarto es grande, claro, empapelado de azul celeste, y tiene una ventana con reja que da sobre el segundo patio de la casa. Del lado afuera de la ventana, muy pegadito a la reja, hay un naranjo, y más allá, en cada una de las otras esquinas, hay otros naranjos. Como yo he colocado mi escritorio y mi sillón muy cerca de mi ventana, mientras pienso echada atrás la cabeza contra el respaldo del sillón, o apoyada de codos sobre la blanca tabla del escritorio, estoy siempre mirando mi patio de los naranjos. Y es tanto lo que tengo pensado mirando hacia arriba, que ya conozco hasta el más mínimo detalle de la verde filigrana sobre el azul del cielo...

Ahora, antes de comenzar mi relato, sin mirar naranjos, ni cielo, ni nada, he cerrado un instante los ojos, me he puesto sobre ellos las dos manos enlazadas y muy claramente, durante unos segundos te he visto de nuevo, tal como dejé de verte

allá en el andén de la estación de Biarritz : andando primero, corriendo después junto a la ventanilla de mi vagón que se alejaba, y luego tu mano, y por fin tu pañuelo que me decían a gritos : ¡ Adiós !... ¡ Adiós !...

Recuerdo muy bien que cuando ya no pude verte más, me alejé de la ventanilla, que así, a distancia, me quedé un rato inmóvil ante el acelerado correr de casas y de postes, que por fin le di la espalda, que me senté después en el asiento, que miré frente a mí en el espejo del vagón y que vi mi pobre carita tan triste, tan pálida, entre aquellos crespones negros que la rodeaban que tuve por primera vez la conciencia intensa de mi soledad y abandono. Me acordé de la niñas asiladas y me pareció ver simbolizada en mí la imagen de la orfandad. Tuve entonces un momento de angustia, una especie de ahogo horrible, que quería estallar en sollozos y salírseme en un torrente de lágrimas por los ojos. Pero de repente miré a Madame Jourdan... ¿ Te acuerdas de Madame Jourdan, aquella señora distinguida, de pelo gris, que en el hotel tenía su mesa junto a la nuestra y que fué luego la encargada de acompañarme hasta París... ? Pues bien, miré de reojo a Madame Jourdan, que estaba sentada al otro extremo del vagón, y vi que me consideraba con curiosidad y con lástima. Al comprobar esto reaccioné de pronto y en mi espíritu se disipó la tormenta. Y es que en aquel momento, como ahora, como siempre, soy más o menos la misma que tú conociste. No lloro nunca a pesar de que tendría razones para llorar a mares. Tal vez porque siempre me ha escoltado la tristeza, es por lo que he aprendido a escondérsela a todos, con un movimiento instintivo, como esconden ciertos ninos pobres sus zapatitos rotos delante de la gente rica y bien vestida.

Por fortuna, Madame Jourdan, que resultó ser una persona encantadora fué, poco a poco, distrayendo mi tristeza con su conversación. Comenzó preguntándome por ti. Al principio, al vernos siempre juntas y hablando español nos había tomado por

hermanas. Luego, cuando le relataron la muerte repentina de Papá y le preguntaron si querría encargarse de acompañarme hasta París, comenzó a interesarse muy vivamente por mí. Había perdido ella una niña, hija única, a los cinco años, la cual sería ya una muchacha grande como nosotras. Después, me preguntó mi edad. Cuando le dije que acababa de cumplir dieciocho años, ella contestó entrecortando las frases con sentidos suspiros :

— ¡ El mundo es un rompe-cabezas sin arreglar !... ¡ Las piezas andan sueltas sin encontrar quien las encaje !... ¡ Yo entro en el desierto de mi vejez tan sola porque se fué mi hija, y usted se marcha a esa gran batalla de la juventud sin el amparo y sin la sombra de su Madre !...

Y esto del « desierto de su vejez » y lo de « la gran batalla de mi juventud » lo dijo de una manera tan bonita y con una voz tan suave y tan armoniosa, que comencé a sentir de repente gran admiración por ella. Me acordé de aquellas actrices, que tanto a ti como a mí nos entusiasmaban de un modo frenético por el prestigio de su voz y por el encanto de sus movimientos. Pensé que Madame Jourdan debía ser como ellas, que sin duda era muy inteligente, que tal vez sería alguna artista, alguna de esas novelistas que escriben bajo seudónimo, y abandonando entonces mi asiento y mi ventanilla, impulsada por la más viva y reverente admiración, fuí a sentarme junto a ella.

Al principio y en vista de su superioridad me sentia algo tímida, algo cohibida, pero me puse a hablarle, y le conté entonces que iba a emprender un largo viaje, que me venía a América donde tenía mi Abuela materna y algunos tíos y primos que me querían mucho. Conversamos luego sobre los viajes, sobre los distintos climas, sobre la hermosura de la naturaleza tropical, sobre lo alegre que era la vida a bordo de un trasatlántico, y a las dos horas, disipada ya mi timidez del principio, éramos tan amigas y habíamos simpatizado tanto, que a mí me parecía haber encajado ya en una de mis casillas corres-

pondientes del rompe-cabezas. Créeme, Cristina, y esto, por supuesto sin que lo sepa Abuelita, ¡de buena gana me hubiera quedado viviendo para siempre con aquella encantadora Madame Jourdan !

Pero por desgracia pasó el trayecto, vino una hora en que llegamos a París, y entonces tuvo ella que ir a depositarme en casa de mis nuevos *chaperons*, el señor y la señora Ramírez, matrimonio venezolano, amigos íntimos de mi familia, entre cuyas manos ya definitivamente facturada debía venir hasta La Guayra.

Estos Ramírez me fueron muy simpáticos desde el principio, porque eran alegres, obsequiosos, amables, y porque tenían la admirable costumbre de no darme nunca ninguna clase de consejos, cosa ésta bastante rara, pues, como ya te habrás fijado tú también, es por este sistema de consejos que los superiores en edad, dignidad o gobierno acostumbran desahogar su mal humor, diciéndonos a nosotros, pobres inferiores, las cosas más duras y desagradables del mundo.

Vivían los Ramírez en un Hotel muy elegante. Cuando llegué acompañada de Madame Jourdan salieron ellos a recibirme, cariñosos y atentos. Después de las presentaciones consabidas comenzaron por condolerse de mi situación, cosa que por lo visto es de rigor al tratarse de mí. Luego me hablaron de Caracas, de mi familia, de nuestro próximo viaje, y terminaron entregándome unos cincuenta mil francos, remitidos por mi tío y tutor para gastos de *toilette* y de bolsillo, suponían ellos, puesto que el dinero para los gastos del viaje se había girado ya.

Bueno, me dirás interesada si te parece, pero no puedo negarte que ante aquellos inesperados cincuenta mil francos, mis negros pensamientos del tren se marcharon volando uno tras otro como bandada de golondrinas, porque me juzgué feliz y potentada.

Además, Ramírez que había vivido muchos años en Nueva York, me dijo que durante el tiempo que permaneciéramos en

París, no veía inconveniente en que saliese sola, siempre por supuesto que su señora y yo no coincidiésemos en nuestras correrías.

Naturalmente que yo decidí al punto no coincidir jamás con las correrías de la señora Ramírez, y aquí como ya verás comienzan mis experiencias, impresiones y aventuras.

¡ No sabes tú lo interesante que es viajar, Cristina ! Pero no viajes cortos en el tren, como los que hacíamos tú y yo en verano durante los meses de vacaciones, no, sino viajes largos, como éste mío, en que se sale sola por París, y se conoce mucha gente, y se pasa el mar, y se toca en varios puertos. Lo único desagradable que ocurre en estos viajes es que, como en los demás, es menester llegar un día u otro, y cuando se llega ¡ ah ! Cristina, cuando se llega es como cuando se detiene el coche en que paseábamos o se calla la música que nos arrullaba. ¡Qué triste es llegar para siempre a cualquier sitio!... Yo digo que será por eso sin duda por lo que la muerte nos espanta ¿verdad?

Volviendo a mi primera entrevista con los Ramírez te diré que desde el día en que murió Papá a mí no se me había ocurrido todavía pensar que yo era lo que puede llamarse una persona independiente, más o menos dueña de su cuerpo y de sus actos. Hasta entonces me había considerado algo así como un objeto que las personas se pasan, se prestan, o se venden unas a otras.... bueno lo que he vuelto a ser ahora y lo que somos general y desgraciadamente las senoritas « bien ».

Fué Ramírez con los cincuenta mil francos, y el permiso para salir sola, quien me reveló de golpe esta sensación deliciosa de la libertad. Recuerdo que immediatamente, aquella misma noche de mi llegada a París, sentada sola en el hall del hotel, frente a un grupo de personas, que a lo lejos, hablaban entre sí ; rebosante de optimismo y de cierto espíritu profético, comencé a saborear con fruición mi futura libertad. Aislada como estaba, frente al alegre bullicio, me miré largo rato en un espejo tal

cual acostumbro y observé de repente, que sin tu apoyo y sin tu compañía, mi sencillez de colegiala o señorita tímida resultaba horriblemente llamativa, desairada y ridícula. Me dije entonces que con cincuenta mil francos y un poco de idea era posible hacer muchas cosas. Pensé después que bien podía yo dejar *épatée* a toda mi familia de Caracas con mi elegancia parisiense. Deduje finalmente que para ello era indispensable estrecharme el vestido y cortarme el pelo a la *garçonne*, al igual de cierta señora o señorita que en aquel instante se destacaba allá en el grupo de enfrente por su silueta graciosísima.

Y sin más quedó al punto resuelto.

Al siguiente día en la mañana, muy temprano, fuí a comprar unas flores y con ellas en la mano me dirigí a casa de mi querida amiga del tren Madame Jourdan. Me recibió ella encantada, como si nos hubiéramos conocido toda la vida y como si hubiéramos pasado un siglo sin vernos. Tenía una casa preciosa, puesta con un gusto exquisito, lo cual contribuyó a que mi admiración y aprecio continuaran en « crescendo ». La expliqué que había decidido cortarme el pelo porque pretendía volver a mi país hecha una persona verdaderamente *chic* y a la moda. Muy amable y servicial comenzó a darme consejos de *toilette* y de buen gusto. Me indicó modistos, sombrereras, peluqueros, *manicures*, y multitud de otras cosas. Me ofreció además hacerme en el futuro toda clase de indicaciones y bajo su dirección me puse en campaña aquella misma tarde.

Si vieras entonces : ¡ qué ajetreo ! ¡ qué ir y venir ! ¡ qué días! Y sobre todo ¡¡qué cambio!! Ya no tenía aquel aire desgraciado de colegiala, de *chien fouetté* ¿ sabes ? El pelo corto me quedaba maravillosamente. Las modistas me encontraban un cuerpo precioso, flexible, y al probarme me decían a cada paso :

— *Comme Mademoiselle est bien faite !*

Cosa que comprobaba yo al momento, dando vueltas en todas direcciones ante las hojas abiertas del espejo de tres cuerpos, y

lo cual me causaba una satisfacción infinitamente mayor que la cruz de semana, la banda, las primeras en composición y toda aquella gran fama de inteligencia que compartía contigo allá en nuestra clase.

Una vez me enamoré de una toquita de luto que segun me dijo la modista sólo usaban las viudas y esto me pareció encantador. A los pocos días iba y venía yo con mi toquita de largo velo negro. En las tiendas me llamaban « Madame » y un día que salí con el más pequeño de los niños Ramírez que era una lindura de tres años me dijeron en la zapatería que debía haberme casado muy joven para tener aquel niño tan precioso que era completamente mi retrato. Aceptada la suposición me di al punto a sacar cuentas y según la edad de Luisito Ramírez habría nacido cuando estábamos tú y yo en tercera clase. Figúrate qué escándalo el de las monjas y lo que nos hubiéramos divertido con un chiquitín entonces. De fijo que no hubiéramos tenido más remedio que esconderlo dentro del pupitre como solíamos hacer con los paquetes de bombones.

Pero es lo cierto que ahora con mi toquita y mi supuesta viudez, París me parecía una cosa nueva, desconocida. No era ya aquella ciudad brumosa y fría que en los días de vacaciones de Navidad recorríamos tú y yo cogidas de la mano, envueltas en un abrigo y seguidas del aya inglesa, mientras nos dirigíamos a las matinés de la Opera o del Teatro Francés. Entonces, todo me intimidaba. Las elegantes señoras me causaban una impresión de miedo y me sentía tan pequeñita, tan cenicienta, junto a tanta belleza y tanto lujo. Ahora no, ahora ya me había tocado la varita mágica, andaba con soltura, con seguridad y con muchísima gracia, porque sabía demasiado que aquello de: « *Comme Mademoiselle est bien faite !* », me lo decían también a gritos y con puntos de exclamación los ojos de todos cuantos me veían. Era una cosa tan general que yo vivía encantada. Me admiraba todo el mundo. Mira : me admiraban mis amigos los Ramírez, me admiraban sus niños ; me admiraban

unas españoles muy simpáticos que en el comedor tenían su mesa frente a nosotros ; me admiraba el gerente del hotel ; el camarero que nos atendía ; el muchacho del ascensor ; el marido de mi *manicure*, los dependientes de la peluquería ; y un señor muy elegante que encontré una mañana por la calle y que al mirarme venir le dijo a otro que iba con él :

— *Regarde donc, quelle jolie fille !*

Decididamente, en aquellos días gloriosos, París abrió de repente sus brazos y me recibió de hija, así, de pronto, porque le dió la gana. ¡ Ah ! ¡ era indudable ! Yo formaba ya parte de aquella falange de mujeres a las cuales evocaba Papá entornando los ojos con una expresión extraña que yo entonces no acababa de explicarme muy bien porque era como si hablase de algún dulce muy rico mientras decía :

— ¡¡Qué mujeres!!

Nunca me había ocurrido nada igual, Cristina. Sentía dentro de mí misma una alegría loca. Me parecía que mi espíritu se abría todo en flores como aquellos árboles del parque del colegio en los meses de Abril y Mayo. Era como si en mí misma hubiese descubierto de pronto una mina, un manantial de optimismo y sólo vivía para beberlo y para contemplarme en él. Creo ahora que fué debido a aquella satisfacción egoísta por lo que nunca te escribí sino postales lacónicas que tú me contestabas con cartas inexpresivas y tristes. Hoy, al releerlas me parece adivinar en ellas toda tu amarga decepción de entonces y me conmuevo de contrición. Pero pienso que a estas horas debes haber comprendido el porqué de mi indiferencia tan fugaz como mi alegría y que generosamente la habrás perdonado ya.

Algunas veces, también, me ponía a pensar que aquel optimismo y aquella alegría de vivir que me hacían tan feliz eran impropios en medio de una desgracia reciente como la mía. Tenía entonces ratos de un remordimiento agudo, y para acallarlo en desagravio al alma de Papá le daba unos francos a

algún chiquillo harapiento o entraba a dejar una limosna en el cepillo de la iglesia.

¡ Ah ! Papá ¡ pobre Papá !... Mientras esto le cuento a mi amiga Cristina, allá, en las suaves visiones de mi mente ha pasado un instante la indulgencia de tu rostro, florecida por la indulgencia aprobadora de tu sonrisa. ¡Y cómo la reconozco! ¡Mal podías enojarte! ¡Aquellos días fugaces en que tu espíritu pródigo y jovial pareció renacer por un momento en mi alma eran la única herencia que debías legarme!

*
* *

En París estuvimos casi tres meses, por retraso de fondos y cambio de plan en el itinerario del matrimonio Ramírez. Los días, que se sucedían en particular con una rapidez vertiginosa, en conjunto me parecían muchos y muy largos. Sentía que se me escapaban y tenía siempre la sensación de que corría tras ellos para detenerlos. Me preocupaba muchísimo la idea de mi partida, pensaba con tristeza que aquel París que se mostraba conmigo tan amable, tan afectuoso, era menester abandonarlo un día u otro, como a ti, como a Madame Jourdan, como a todo lo que he querido y me ha querido en la vida. «¡Qué fatalidad ! ¡ Qué desgracia tan grande ! » pensaba continuamente. Y esta perspectiva era lo único que amargaba mi vida alegre y feliz de pájaro a quien por fin le han crecido las alas.

Pero como todo llega en este mundo, llegó un triste día en que los Ramírez y yo tuvimos que arreglar definitivamente nuestros baúles. Estrené yo mi vestido de viaje en cuya elección me había esmerado muchísimo a fin de que resultase lo más elegante y mejor cortado posible, y con mi *nécessaire* en la mano, luego de caminar un rato ante el espejo más grande del hotel y comprobar así, que unidos el *nécessaire* y yo, teníamos una silueta viajera bastante *chic*, tomé con los Ramírez el tren para Barcelona donde nos esperaba el trasatlántico « Manuel Arnús » que debía conducirnos a La Guayra.

Recuerdo que antes de embarcarme te dejé un abrazo de despedida en una postal. No te escribí más porque me ahogada de melancolía y porque tenía también que ir a comprar un frasco de pintura líquida de Guerlain, que acababan de recomendarme muchísimo como especial para resistir el aire violento del mar, el cual barre del cutis toda pintura en polvo.

Luego nos embarcamos.

¡Ah! todavía me parece tener en los oídos aquel alarido de la sirena al arrancar el vapor y me pongo tan triste al evocarlo que prefiero no hablar de esto.

Afortunadamente que la vida a bordo me distrajo pronto. Sentirse en alta mar, rodeada de cielo por los cuatro costados y rumbo a América es una sensación deliciosa. Se piensa en Cristóbal Colón, en las novelas de Julio Verne, en las islas desiertas, en las montañas que hay debajo del agua y dan ganas de naufragar para correr aventuras. Pero esta parte geográfica se olvida y se disipa muy pronto, cuando empieza a entrarse de lleno en el ambiente social de a bordo, que es de los más interesantes. Bueno, tú sabes muy bien que yo no acostumbro a alabarme porque me parece de mal gusto, pero sin embargo, no puedo negarte que desde mi entrada al vapor comprendí que causaba gran sensación entre mis compañeros de viaje. Casi todas la senoras yacían mareadas en sus sillas de extensión o encerradas en los camarotes. Yo, que no me había mareado ni un segundo no me ocupaba en cambio sino de presumir sacando a colación todo el repertorio de abrigos, vestidos, y ciertos sombreritos flexibles que aprendí a ponerme con muchísima gracia so pretexo de preservarme del viento. Eran mi especialidad : me ponía uno blanco y negro en la mañana, otro lila al mediodía, uno gris en la noche, y me paseaba de arriba abajo con un libro o un frasco de sales en la mano, y con toda aquella soltura, gracia y distinción adquirida en los días de mi vida parisiense y que todavía tú no tienes el honor de conocerme.

Los hombres, sentados sobre cubierta, con la gorra de lana

encajada hasta las cejas y algún habano o cigarrillo en la boca, al sentirme pasar, levantaban inmediatamente los ojos del libro o revista donde se hallaban absortos, y me seguían un rato con una larga mirada llena de interés. Las mujeres por otro lado admiraban el *chic* de mis vestidos y los veían con algo de curiosidad, creo que también con algo de envidia y como si quisieran copiarlos. No puedo ocultarte que todas estas manifestaciones me halagaban muchísimo. ¿No representaban acaso el encantador *succès*, cosa que hasta entonces había sido para mí algo lejano, fabuloso, y deslumbrante como un sol? Me sentía, pues, felicísima al comprobar que poseía semejante tesoro, y te lo confieso a ti sin reparos ni modestias de ninguna clase, porque sé muy bien que tú, tarde o temprano, cuando renuncies al pelo largo, uses tacones Luis XV, te pintes las mejillas, y sobre todo la boca, has de experimentarlo también y por consiguiente no vas a escucharme con el profundo desprecio con que escuchan estas cosas las personas incapacitadas para comprenderlas verbigracia: Abuelita, las Madres del Colegio y San Jerónimo, quien, según parece, escribió horrores sobre las mujeres *chic* de su tiempo.

Pasadas las primeras horas de travesía comencé pronto a tener amigos a más de mis acompañantes los Ramírez. Pero el más interesante de mis amigos resultó ser un poeta colombiano, ex-diplomático, viudo y ya algo viejo, el cual, lleno de galantería, finura y entusiasmo me acompañaba a todas horas del día. Por la noche, cuando tocaban o cantaban en el salón, yo, en consideración a mi duelo, solía evadirme del bullicio, y buscaba algún solitario rincón de cubierta y allí, arrullada por la música y apoyada de codos en la barandilla, me daba a contemplar el reflejo fantástico de la luna sobre el mar y aquella estela blanca que íbamos dejando en el azul oscuro de las aguas. Mi amigo, que tenía la delicadeza de notar siempre mi ausencia, a los pocos minutos se venía a mi lado, se apoyaba

también de codos en la barandilla y entonces suavemente, en un monótono silbar de eses, me recitaba sus versos. Esto me ponía encantada. No porque los versos fuesen muy bonitos, puesto que a decir verdad jamás les puse la menor atención, sino porque estando libre de toda conversación, mientras él recitaba, yo me entregaba de lleno a mis propios pensamientos y me decía : « No cabe duda que está enamoradísimo de mí ». Y como era la primera vez que esto me ocurría y como el ambiente de la noche era de los más propicios, me lanzaba en alas de mis recuerdos a través de aquellas novelas de « *La Mode Illustrée* » que leíamos en vacaciones tú y yo, me comparaba inmediatamente con las más interesantes de sus heroínas, me consideraba situada al mismo nivel de ellas o quizás a mayor altura, y claro, ante semejante visión quedaba tan satisfecha, que cuando mi amigo terminaba la última estrofa de sus versos, yo los elogiaba apasionadamente con la más entusiasta y sincera admiración.

Si la amistad entre mi amigo y yo no hubiera pasado nunca de ahí, todo habría quedado muy bien, él hubiese adquirido a mis ojos un eterno prestigio, y después de separarnos yo lo habría contemplado siempre entre la bruma de mis recuerdos, esfumándose allá, en lontananza, junto al mar y la luna como en un dulce ensueño de romanticismo y de melancolía. Cristina, los hombres no tienen tacto. Aunque sean más sabios que Salomón y más viejos que Matusalén no aprenden jamás esa cosa tan sencilla, fácil y elemental que se llama « tener tacto ». Semejante experiencia la adquirí en el trato de mi amigo el poeta ex-diplomático del vapor, quien, según parece era muy instruído, inteligente y discreto en cualquier otra materia que no se relacionase con ésta del tacto u oportunidad. Pero voy a referirte el incidente, de donde proviene este juicio o experiencia a fin de que tú misma opines.

Imagínate, que una noche en que se celebró a bordo no sé qué fecha patriótica, todos los pasajeros habían tomado

champagne y se hallaban por lo tanto muy alegres. Yo en compensación, estaba de mal humor, porque al ir a prenderme un alfiler me había dado un arañazo larguísimo en la mano izquierda, cosa que me la tenía bastante desfigurada. Por consiguiente, aquella noche, con más razón que de costumbre, mientras los demás se divertían en el salón, fuí a apoyarme de codos en mi solitario rincón de cubierta, y también, como de costumbre, al poco rato mi amigo, vino a situarse junto a mí. Debido a mi mal humor, yo, contemplando el mar iluminado por la luna, calculaba con rabia el número de días que iba á durar en mi mano la cicatriz del rasguño y no decía una palabra. Mi amigo, entonces, demostrando tener cierta delicadeza, en vez de lanzarse a recitar sur versos, me interrogó suavemente :

— ¿ Qué le pasa esta noche, María Eugenia, que está tan triste ? »

— Es que me he hecho una herida en la mano izquierda, que me duele muchísimo.

Y como siempre me ha parecido lo mejor el mostrar con entera franqueza aquellos defectos físicos que, por ser muy visibles, no pueden ocultarse, le mostré mi mano izquierda que se hallaba cruzada diagonalmente por una larguísima línea roja.

El, para poder examinar el rasguño de cerca, tomó mi mano entre las suyas y después de decir que la herida era leve y casi imperceptible se quedó contemplando la mano y añadió muy quedo con la voz de recitar

— ¡Ah !... ¡ Y qué divina-mano de Madona Italiana ! Parece tallada en marfil por el celo de algún gran artista del Renacimiento para despertar la fe en los corazones incrédulos. Si cuando visité hace un año la Cartuja de Florencia hubiera visto una Virgen con manos semejantes: ¡habría profesado!...

Como sabes, Cristina, mis manos, en efecto, no están mal ; y como también recordarás, he tenido siempre una marcada

predilección por ellas. El cambio de temperatura les había dado yo no sé qué matiz pálido, de modo, que en aquel momento, prestigiadas por la luna, pulidas y cuidadas, a pesar del rasguño de la izquierda, merecían en realidad aquel elogio, que a más de parecerme exacto, me pareció también delicado, escogido, y de muy buen gusto. Y para que las manos luciesen aún mejor, pasada en parte la contrariedad las enlacé juntas con lánguida actitud, sobre el enlace de los dedos apoyé suavemente la barba y seguí mirando el mar.

— Ahora parecen dos azucenas sosteniendo una rosa, volvió a recitar mi amigo — Dígame, María Eugenia : ¿sus mejillas no han tenido nunca envidia de sus manos ?

— No — respondí yo. Aquí todo el mundo vive en gran armonía.

Y porque me pareció muy oportuno dar a tan breve frase una expresión cualquiera, sin cortar la línea de mi actitud, entorne ligeramente los ojos. Con los ojos ligeramente entornados, envolví el rostro de mi amigo en una larga mirada y sonreí.

Pero, por desgracia, al llegar a este punto de nuestro amable diálogo: ¿ qué dirás tú, Cristina, que se le ocurrió de pronto a mi amigo el poeta ?... Pues se le ocurrió que su boca feísima, de bigotes grises, olorosa a tabaco y a champagne podía darle un beso a la mía, que en aquel instante se hallaba sonriente, fresca, y recién pintada con Carmín de Guerlain ¡Ah! pero afortunadamente, como sabes, soy ágil y asustadiza, gracias a lo cual no pudo consumarse tan desagradable proyecto ; porque al sentirme de golpe presa en aquellos brazos, me dominó el espanto producido por la misma sorpresa, y sacudiendo nerviosamente la cabeza en todas direcciones, logré escurrirme hacia un lado y escaparme a toda prisa. Ya a distancia, por curiosidad, me volví a mirar en qué había parado tan singular escena, y pude entonces darme cuenta de que las violentas sacudidas de mi cabeza combinadas con la brusca evasión, habían derrum-

bado los lentes de encima de la nariz de mi amigo, el cual era muy miope, y que por lo tanto en aquel minuto crítico, el dolor de la derrota, y el dolor del desprecio, se unían en su persona al dolor oscurísimo de la ceguera.

¡ Ah ! Cristina, por muchos años que viva, no olvidaré jamás aquella silueta corta, desprestigiada, ciega, inclinada hacia el suelo, buscando sin esperanza los perdidos lentes, que yo a tan larga distancia miraba brillar muy cerquita de sus pies.

Desde esa noche, ya no volví a hablar, ni a saludar más a mi gran admirador y amigo el poeta colombiano. No porque en realidad me sintiese muy ofendida, sino porque después de lo ocurrido me pareció muy de rigor el adoptar una actitud digna, silenciosa y enigmática. Pero es lo cierto que encastillada así dentro de mi distinción y mi rencor, la vida a bordo me parecía mucho menos divertida. Ya no tenía quien me manifestase en galante media voz su admiración por mi persona : ni quien celebrase mi ingenio ; ni quien me recitase versos a la luz de la luna ; ni quien me hiciese amables atenciones. Cuando subía a cubierta con mi sombrerito flexible recién puesto buscaba ahora la soledad, y me quedaba largos ratos en un elevado puente sentada frente al mar, contemplando con melancolía, aquel andar perseverante del vapor y pensando de tiempo en tiempo que mi amigo había cometido aquella gran *gaffe* por tener un idea algo equivocada acerca de sus atractivos personales. Me decía que sin duda ninguna, él jamás se había dado cuenta de que yo lo encontraba feo, narizón, mal proporcionado, muy viejo, demasiado fino, y que en lo tocante a sus versos nunca había apreciado en ellos sino aquel ritmo monótono que servía de arrullo a mis propios pensamientos.

Desde entonces, Cristina, deduje que los hombres, en general, aunque parezcan saber muchísimo, es como si no supieran nada, porque no siéndoles dado el mirar su propia imagen reflejada en el espíritu ajeno se ignoran a sí mismos tan totalmente, como si no se hubiesen visto jamás en un espejo. Por eso,

cuando Abuelita, en la mesa, habla indignada de los hombres de nuestros días y me previene contra ellos llamándoles alabanciosos y calumniadores yo, lejos de compartir su indignación, me acuerdo de mi amigo el poeta en el momento de buscar sus lentes, y me sonrío. Sí, Cristina, por más que diga Abuelita, yo creo que los hombres calumnian de buena fe, que son alabanciosos porque honradamente se ignoran a sí mismos y que atraviesan la vida felices y rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación, mientras los escolta en silencio como can fiel e invisible un discreto ridículo.

∴

Después de navegar dieciocho días, una tarde serena, bajo la media luz del más inverosímil de los crepúsculos, entramos por fin en aguas de Venezuela.

Al saber la noticia, llena de sensibilidad y de íntima emoción, para sentir y ver bien desde lo alto ese espectáculo triunfante que es llegar a tierra, escondida de todos, me fuí a sentar en mi elevado puente solitario.

Siempre recordaré aquella tarde.

Hay instantes de la vida, Cristina, en que el espíritu parece desmaterializarse por completo, y lo sentimos erguirse en nosotros exaltado y sublime, como un vidente que nos hablara de cosas desconocidas. Experimentamos entonces una santa resignación por los dolores futuros, y sentimos también en el alma ese melancólico florecer de las alegrías pasadas, mucho más tristes que las tristezas, porque son en nuestro recuerdo como cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar nunca... ¿ verdad que esto lo has experimentado también tú algunas veces ?... ¿ no lo has sentido nunca oyendo música, o mirando un paisaje en la sensibilidad infinita de un crepúsculo ?... Aquella tarde, sentada en el puente, perdidos los ojos por el horizonte y los celajes, me pareció que desde lo alto de una

atalaya miraba mi vida entera, la pasada y la futura, y no sé por qué tuve un gran presentimiento de tristeza.

El vapor caminaba lentamente hacia unas luces que, bajo el tenue cendal de las nubes, se confundían a lo lejos con las estrellas apenas encendidas en el cielo. Poco a poco, las prendidas señuelas comenzaron a multiplicarse y a crecer, como si Venus aquella tarde hubiera querido prodigarse generosamente sobre el mar. Luego, imprecisos, esfumados en la penumbra y en la niebla fueron separándose enteramente del cielo los bloques oscuros de las montanas. Las luces alegres, brillantes, titilaban arriba, abajo, sembradas en aquel cielo profundo de los montes cada vez más familiares, más hospitalarios, más abiertos de brazos al vapor, hasta que de repente, del lado izquierdo, como una iluminación fantástica, se encendió todo el mar, al pie de la montaña. Los pasajeros, apoyados en la barandilla de cubierta, bajo mi puente de observación, con la alegría que inspira a los navegantes la próxima hospitalidad del puerto, empezaron a agitarse con una inmensa alegría llena de voces y de risas.

Porque aquella iluminación la formaban las luces de Macuto, y Macuto, Cristina, es nuestra playa elegante, nuestro balneario de moda, es como si dijéramos el Deauville o el San Sebastián de Venezuela.

El vapor, todo encendido también, al igual de un galán que paseara la calle, caminando de costado, se acercaba más y más hacia las luces. Ellas, en la alegría de su fiesta rutilaban y eran ya como mil voces amigas que nos llamaran a gritos desde tierra.

Los venezolanos llenos de entusiasmo, comenzaron a opinar :

— ¡ Desde allá seguramente estarán viéndonos también!

Yo continuaba sumida en la penumbra del puente, silenciosa, observadora, solitaria, encerrada dentro del ángulo que formaban juntas dos barcas salva-vidas. Desde mi altura, contemplando el espectáculo, pensaba en aquella mañana que recor-

daba apenas vagamente, cuando pequeñita, con mis bucles a la espalda y mis mediecitas cortas, había tomado junto con Papá el vapor que nos condujo a Europa. A la vista del mar, había sentido de pronto el terror de lo desconocido, y al embarcarme, había agarrado muy asustada la mano de mi aya, aquella mulata indolente y soñadora, que me cuidó siempre, desde el día de mi nacimiento con cariños maternales, que a ti también llegó a cuidarte algunas veces, y que murió en París ¿ te acuerdas ? víctima de las inclemencias del invierno...

Con los ojos muy fijos en las luces crecientes de Macuto, evocaba ahora con dificultad la fisonomía fina y alargada de tío Pancho, el hermano mayor de Papá, quien había ido hasta el vapor a despedirnos y me había contado que la caldera era un infierno en donde los maquinistas, que eran unos demonios, metían a los niñitos desobedientes que se subían a las barandillas de cubierta... Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir más nada había vuelto a ponerme en el suelo, y me había regalado un paquete de bombones, y una caja de cartón en donde dormía una muñeca rubia vestida de azul... De todo esto hacía ya doce años... ¡ah!... ¡doce años !... De los tres viajeros de aquella mañana regresaba yo sola... ¿ Estaría allí al día siguiente tío Pancho para recibirme ?... Tal vez no. Sin embargo, mi llegada se había avisado ya por cable y alguien me esperaría sin duda... ¿ pero quién ?.. ¿ quién sería ?

Macuto volvió a esconderse como había aparecido tras un brusco recodo de la costa y a poco el vapor, comenzó a detenerse lentamente frente a la bahía que forma el puerto de La Guayra. Antes de echar el ancla, cabeceó unos minutos, se detuvo indolente y cobijado por la inmensidad de las montañas consteladas de luces, en el ambiente tibio parecía descansar por fin de su correr incesante.

Como te decía, Cristina, en las llegadas hay siempre un misterio triste. Cuando un vapor se detiene, después de haber

atalaya miraba mi vida entera, la pasada y la futura, y no sé por qué tuve un gran presentimiento de tristeza.

El vapor caminaba lentamente hacia unas luces que, bajo el tenue cendal de las nubes, se confundían a lo lejos con las estrellas apenas encendidas en el cielo. Poco a poco, las prendidas señuelas comenzaron a multiplicarse y a crecer, como si Venus aquella tarde hubiera querido prodigarse generosamente sobre el mar. Luego, imprecisos, esfumados en la penumbra y en la niebla fueron separándose enteramente del cielo los bloques oscuros de las montanas. Las luces alegres, brillantes, titilaban arriba, abajo, sembradas en aquel cielo profundo de los montes cada vez más familiares, más hospitalarios, más abiertos de brazos al vapor, hasta que de repente, del lado izquierdo, como una iluminación fantástica, se encendió todo el mar, al pie de la montaña. Los pasajeros, apoyados en la barandilla de cubierta, bajo mi puente de observación, con la alegría que inspira a los navegantes la próxima hospitalidad del puerto, empezaron a agitarse con una inmensa alegría llena de voces y de risas.

Porque aquella iluminación la formaban las luces de Macuto. y Macuto, Cristina, es nuestra playa elegante, nuestro balneario de moda, es como si dijéramos el Deauville o el San Sebastián de Venezuela.

El vapor, todo encendido también, al igual de un galán que paseara la calle, caminando de costado, se acercaba más y más hacia las luces. Ellas, en la alegría de su fiesta rutilaban y eran ya como mil voces amigas que nos llamaran a gritos desde tierra.

Los venezolanos llenos de entusiasmo, comenzaron a opinar :

— ¡ Desde allá seguramente estarán viéndonos también!

Yo continuaba sumida en la penumbra del puente, silenciosa, observadora, solitaria, encerrada dentro del ángulo que formaban juntas dos barcas salva-vidas. Desde mi altura, contemplando el espectáculo, pensaba en aquella mañana que recor-

daba apenas vagamente, cuando pequeñita, con mis bucles a la espalda y mis mediecitas cortas, había tomado junto con Papá el vapor que nos condujo a Europa. A la vista del mar, había sentido de pronto el terror de lo desconocido, y al embarcarme, había agarrado muy asustada la mano de mi aya, aquella mulata indolente y soñadora, que me cuidó siempre, desde el día de mi nacimiento con cariños maternales, que a ti también llegó a cuidarte algunas veces, y que murió en París ¿ te acuerdas ? víctima de las inclemencias del invierno...

Con los ojos muy fijos en las luces crecientes de Macuto, evocaba ahora con dificultad la fisonomía fina y alargada de tío Pancho, el hermano mayor de Papá, quien había ido hasta el vapor a despedirnos y me había contado que la caldera era un infierno en donde los maquinistas, que eran unos demonios, metían a los niñitos desobedientes que se subían a las barandillas de cubierta... Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir más nada había vuelto a ponerme en el suelo, y me había regalado un paquete de bombones, y una caja de cartón en donde dormía una muñeca rubia vestida de azul... De todo esto hacía ya doce años... ¡ah!... ¡doce años !... De los tres viajeros de aquella mañana regresaba yo sola... ¿ Estaría allí al día siguiente tío Pancho para recibirme ?... Tal vez no. Sin embargo, mi llegada se había avisado ya por cable y alguien me esperaría sin duda... ¿ pero quién ?... ¿ quién sería ?

Macuto volvió a esconderse como había aparecido tras un brusco recodo de la costa y a poco el vapor, comenzó a detenerse lentamente frente a la bahía que forma el puerto de La Guayra. Antes de echar el ancla, cabeceó unos minutos, se detuvo indolente y cobijado por la inmensidad de las montañas consteladas de luces, en el ambiente tibio parecía descansar por fin de su correr incesante.

Como te decía, Cristina, en las llegadas hay siempre un misterio triste. Cuando un vapor se detiene, después de haber

caminado mucho, parece que con él se detuvieran también todos nuestros ensueños y que callasen todos nuestros ideales. El suave deslizarse de algo que nos conduce es muy propicio a la fecundidad del espíritu ¿ Por qué ?... ¿ será tal vez que el alma al sentirse correr sin que los pies se muevan sueña quizás en que se va volando muy lejos de la tierra desligada por completo de toda materia?... No sé; pero recuerdo muy bien que aquella noche, detenido ya el vapor frente a La Guayra, me dormí prisionera y triste como si en el espíritu me hubiesen cortado una cosecha de alas.

Me desperté al día siguiente cuando el vapor arrancaba a andar para atracar en el muelle. La alegría de la mañana parecía entrar a raudales dentro de un rayito de sol, que se quebraba en el cristal del ventanillo e inundaba de reflejos todo mi camarote. No bien abrí los ojos lo miré un instante y como si al deslumbrarme las pupilas, hubiese desvanecido también en mi alma todas las melancolías de la víspera, alegre, con la alegría solar de la mañana y con la curiosidad de los paisajes nuevos, corrí a asomarme al ojo del ventanillo. Al lento caminar del vapor el panorama se deslizaba por él muy suavemente. Había oído ponderar muchas veces la fealdad del pueblo de La Guayra. Dada esta predisposición, su vista me sorprendió agradablemente aquella mañana, como sorprende la sonrisa en un rostro que creíamos desconocido y que resulta ser el de un amigo de la infancia. Ante mis ojos, Cristina, justo a orillas del mar se alzaba bruscamente, una gran montaña amarilla y estéril, pero florecida de casitas de todos los colores, que parecían trepar y escalonarse por los ribazos y las rocas con la audacia pastoril de un rebaño de cabras. Le vegetación surgía a veces como un capricho entre aquellas casitas que sabían colgarse tan atrevidamente sobre los barrancos y que tenían la ingenuidad y la inverosímil apariencia de aquellas otras cabañitas de cartón con que sembraban las Madres por Navidad el nacimiento del Colegio. Su vista despertó en mi alma el inocente regocijo de

los villancicos que anunciaban todos los años la alegría sonora de las vacaciones pascuales. Pensé con gran placer en que ahora también iba a abandonar la monotonía de a bordo por la fresca sombra de los árboles y por el libre corretear sobre la tierra firme. Sentí de pronto la curiosidad inmensa y feliz de aquel a quien esperan grandes sorpresas, y mientras que del lado de afuera, entre chirriar de grúas y de poleas se iniciaba el trabajo bullicioso del desembarque, yo, dentro de mi camarote, ávida de estar también sobre cubierta comencé a arreglarme y a vestirme febrilmente.

Recuerdo que acababa de poner en orden todos mis objetos y que estaba cogiendo el sombrero, cuando oí la voz de la señora Ramírez que decía con sus indolentes y musicales inflexiones de criolla :

— ¡Por aquí, por aquí! ¡ya debe estar vestida! ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! ¡tu tío!

Al oír estas mágicas palabras me precipité fuera del camarote, y en el estrecho corredor de salida pude ver, cómo de espaldas a la luz avanzaba también hacia mí la figura alta y algo encorvada de un señor vestido de dril blanco. Al mirarle venir, me sacudió otra vez la emoción intensa de la víspera, pensé en Papá, sentí renacer de pronto toda mi primera infancia, y emocionada, llorosa, corrí hacia el que venía, tendiéndole los brazos y llamándole en un grito de alegría :

— ¡ Ah ! ¡ tío Pancho ! ¡ tío Panchito !

El me estrechó afectuosamente contra su pechera blanca mientras contestaba gangoso y lento :

— No soy Pancho. Soy Eduardo, tu tío Eduardo, ¿ no te acuerdas de mí ?

Y tomándome suavemente del brazo me condujo fuera del corredor hacia la claridad de cubierta.

Mi emoción del principio se había disipado bruscamente al darme cuenta de aquel desagradable quid pro quo. La impresión producida por la figura de mi tío vista a la clara luz del sol,

acabó de disgustarme por completo. Aquella impresión, Cristina, hablándote con entera franqueza era la más desastrosa que pudo jamás producir persona alguna ante los ojos de otra.

En primer lugar te diré que la fisonomía de mi tío y tutor Eduardo Aguirre, me era absolumente desconocida. En los tiempos de mi infancia este hermano de Mamá acostumbraba vivir con su familia en un lugar algo alejado de Caracas, y si alguna vez le vi, no logró impresionarme, puesto que jamás catalogué su fisonomía entre aquella lejana colección de rostros que había conservado siempre en mi memoria, aunque confusos y borrosos, algo así, como retratos que han sido expuestos mucho tiempo al resol.

No obstante, sin conocer a tío Eduardo de vista, le conocía muchísimo por referencias ; eso sí, Papá le nombraba con frecuencia. Todos los meses llegaban cartas de tío Eduardo. Aún me parece ver a Papá cuando las recibía. Antes de abrirlas, volvía y revolvía el sobre entre sus manos, con aquel gesto elegante y displicente que solían tener las puntas afiladas de sus dedos largos. Dichas cartas debían preocuparle siempre, porque después de leerlas se quedaba largo rato sin hablar y estaba mustio y pensativo. A veces mientras se decidía a rasgar el sobre, me veía, y como si quisiera desahogarse en una semi-confidencia musitaba quedo :

— ¡ Del imbécil de Eduardo !

Otras veces, tiraba la carta sin abrir sobre una mesa como se tiran las barajas cuando se ha perdido un turno, y entonces, por variar sin duda de vocabulario, expresando no obstante la misma idea se hacía a sí mismo esta pregunta :

— ¿ Qué me dirá hoy el mentecato de Eduardo ?

Siempre había atribuído a contrariedades de dinero aquella preocupación que dejaba en Papá la lectura de las cartas, y a la misma causa atribuía también sus calificativos a tío Eduardo que era el administrador de sus bienes. Sin embargo, aquella mañana de mi llegada, no bien salí a cubierta y pude a plena

luz, echar una ojeada crítica sobre la persona de mi tío, adquirí inmediatamente la certeza de que Papá debía tener profunda razón al emitir mensualmente aquellos juicios breves y terminantes.

Pero como me parece de interés para lo sucesivo el describirte en detalles a tío Eduardo, es decir, a este tío Eduardo de mi primera impresión, voy a esbozártelo brevemente tal cual lo vi aquella mañana en la cubierta del Arnús.

Figúrate que a la corta distancia con que suele dialogarse a bordo, junto a una franja de sol, y un rollo de cuerdas, le tenía frente a mí, apoyado contra una baranda, flaco, cetrino, encorvado, palidísimo, con bigotes lacios y con aspecto de persona enferma y triste. He sabido luego que las fiebres palúdicas le minaron durante su juventud y que ahora padece de no sé qué enfermedad del hígado. El vestido de dril blanco le caía sobre el cuerpo flojo y desgarbado como si no hubiese sido hecho para él, lo cual le daba un aspecto marcadísimo de indolencia y descuido. Hablaba, y al hablar accionaba hacia adentro con unos movimientos enterizos, horriblemente desairados, que no guardaban compás ni relación ninguna con lo que iba diciendo la voz, una voz, Cristina, que además de ser nasal tenía un acento cantador, monótono, desabridísimo. Yo le miraba extrañada y mientras exclamaba a gritos mentalmente :

— ¡ Ah ! ¡ Qué feo !

Procuraba esconder tras una amable sonrisa aquella breve impresión o sentencia crítica tan poco halagüeña para quien la producía. Y con el objeto de disimular aún mejor, comencé a informarme de pronto por toda la familia. Le pregunté por Abuelita, tía Clara, su mujer, y sus hijos. Pero era inútil. Mi amable interrogatorio resultaba puramente maquinal. Mi pensamiento andaba tras de mis ojos, y mis ojos insaciables no se cansaban de escudriñarle de arriba abajo, mientras que en mis oídos, llenos ahora de verdad y de vida, parecían resonar de

nuevo las palabras de Papá : « El imbécil de Eduardo »... « El mentecato de Eduardo »...

El, en su charla, desairada y sin vida, apoyado de espaldas en la baranda y con el rollo de cuerdas a sus pies, me dijo que todos en la familia deseaban muchísimo verme ; que con el solo objeto de recibirme se había venido de Caracas desde la víspera en la mañana por estar anunciado el vapor para ese mismo día en la tarde ; que por lo tanto, aquella noche había dormido en Macuto ; que desde allí había visto pasar el vapor a eso de las siete ; que de un momento a otro deberían llegar al muelle su mujer y sus cuatro hijos los cuales habían salido en automóvil de Caracas hacía ya más de una hora ; que era probable que por su lado viniese también tío Pancho Alonso, porque algo le había oído decir sobre el particular ; que teniendo ciertos asuntos urgentes que despachar en La Guayra le parecía mejor el que almorzásemos todos juntos en Macuto ; que como yo vería, Macuto era fresco, alegre y muy bonito; y que, finalmente, luego de almorzar subiríamos a Caracas donde me esperaban Abuelita y tía Clara consumidas de impaciencia.

Y mientras esto decía era cuando yo lo miraba con aquella amable sonrisa, juzgándole feo, desairado y mal vestido. A pesar del gran embuste de la sonrisa, algo debía reflejar mi semblante porque de pronto él dijo :

— Te vine a recibir así... ya ves... porque aquí no se puede andar sino vestido de blanco, ¡hace un calor! Y desde ahora te advierto que La Guayra te va a hacer muy mal efecto. Es horrible : unas calles angostísimas, mal empedradas, mucho sol, mucho calor, y... — añadió con misterio bajando la voz — ¡ muchos negros ! ¡ ah ! ¡ es horrible !

Yo contestaba con la amable sonrisa petrificada en los labios :

— No importa, tío, no importa. Como no vamos a estar sino de paso ¡ qué más da !

Pero te aseguro, Cristina, que si nos hubiésemos hallado en el Palacio de la Verdad, donde es fama que pueden expresarse los más íntimos pensamientos sin tomar en consideración este exagerado respeto que en la vida real profesamos al amor propio ajeno, yo habría contestado :

— Es muy probable que La Guayra sea tan fea como dices tío Eduardo, y sin embargo estoy cierta de que su fealdad no es nada comparada con la tuya. Sí ; La Guayra debe tener la fealdad venerable y discreta de las cosas inmóviles ; y es segurísimo que ella no acciona hacia adentro, ni se viste de flojo, ni tiene bigotes lacios, ni habla por la nariz. Mientras que tú sí, tío Eduardo, desgraciadamente tú accionas, hablas, te vistes, y por consiguiente, tu fealdad activa se prodiga y se multiplica hasta lo infinito en cada uno de tus movimientos.

Pero naturalmente que en lugar de decir esta sarta de inconveniencias dije que me parecía admirable el proyecto de irnos a almorzar a Macuto ; que deseaba mucho el que nos permitiesen desembarcar pronto ; que habíamos hecho un viaje magnífico ; que las noches de luna en alta mar eran una maravilla, que el invierno en Europa se anunciaba muy frío, y que en París se usaban las faldas cada día más cortas.

Deseoso de complacerme en lo de bajar a tierra, tío Eduardo se fué a activar los trámites del desembarco, y yo, mientras esperaba, solitaria y recluída en un rincón de cubierta, como la víspera en la tarde, ahora también me di a contemplar el panorama grandioso de la montaña, el mar, las chalupas corredoras, las velas lejanas, y muy cerca de mí a un costado del vapor el movimiento humano por el puerto.

Pero de pronto, cuando más absorta me hallaba oí que me llamaban varias voces alegres y sonoras. Volví la cabeza para atender al llamamiento y vi que las voces salían de una colección de fisonomías frescas, bonitas y sonrientes que venían a mí precedidas de tío Eduardo. Agradeciendo la alegría del saludo corrí hacia el grupo a fin de corresponder al bullicio de

las voces con un bullicio de abrazos. Pero tio Eduardo juzgó prudente dar al encuentro cierto barniz de ceremonia, y deteniendo mi impulso, con un ademán desairadísimo de su mano izquierda, dijo :

— Espera, que voy a presentártelos. — Y fué señalando así, por orden de edad :

— María Antonia.

— Genaro Eduardo.

— Manuel Ramón.

— Cecilia Margarita.

— Pedro José.

— Y... ¡ María Eugenia !... añadió señalándome a mí. Yo los abracé entonces ordenadamente pensando, si aquella obsesión o manía por los nombres dobles, sería cosa de mi familia nada más, si se extendería también por Venezuela entera, o si traspasando las fronteras invadiría todo el Continente Americano ; gracias a lo cual durante un segundo entre besos y abrazos evoqué muy claramente el mapa de Sur América con su forma alargada de jamón.

Como Papá no nombraba jamás a la familia de tío Eduardo, ni yo había visto nunca sus retratos, no bien hube repartido los ordenados abrazos, sentí que en mi cabeza se formaba una ensalada de caras y de nombres sueltos imposibles de combinar y colocar después en sus respectivos sitios. No obstante, en honor de la verdad, Cristina, debo confesarte que aquella ensalada de tío Eduardo no estaba nada mal. La edad de mis cuatro primos es de : dieciocho, dieciséis, catorce, y trece años respectivamente. En aquel instante, animados y decidores, me hablaban todos a la vez y como al hablar sonreían alegremente con unos dientes muy blancos y unos ojos muy negros, yo me puse de muy buen humor y también saqué a relucir toda mi colección de amabilidades y sonrisas.

Pero debo advertirte, no vayas a confundir, que esto de la ensalada más o menos fresca, agradable y bien aderezada, no

atañe sino a mis primos o sea a las cuatro últimas combinaciones de la lista que he tenido la precaución de escribirte. Porque el encabezamiento de dicha lista o sea la combinación : « María Antonia » corresponde a la persona de mi tía política « la honorable matrona » como dirán los periódicos el día de su muerte, esposa de tío Eduardo, y madre o cocinera-autora de la ensalada, quien al igual de su marido, exige imperiosamente los honores de un croquis que paso a esbozarte ya lo mejor y más brevemente posible :

Mi tía María Antonia Fernández de Aguirre es más bien pequeña, y su figura sería completamente trivial e insignificante a no mediar la circunstancia de los ojos. Pero María Antonia, Cristina, tiene unos ojos inmensos, redondos, negrísimos y brillantes, que están circundados por unas ojeras que también son inmensas, redondas, negrísimas, pero opacas. Este consorcio de los enormes ojos con las enormes ojeras, no es nada banal como te he dicho ya, sino que por el contrario, tanta negrura brillante asomada a tantísima negrura opaca viene siendo algo así como una tragedia espantosa de cinematógrafo de esas que pasan entre apaches con puñales en un cuarto oscuro. Y naturalmente que la intensa tragedia de los ojos, tiene una influencia directa sobre toda la persona física y moral de María Antonia. En el rostro por ejemplo, la boca cerrada se tuerce siempre, sin saber por qué, y el observador al mirarla así, cerrada y torcida, busca al punto los ojos y se explica el fenómeno pensando: « son efectos de la tragedia ». Lo mismo dice al considerar la sombra oscura que como una tinta misteriosa parece filtrarse de las pupilas y correr suavemente bajo la epidermis ; y lo mismo repite al considerar el pelo negrísimo, y la voz, y las palabras, y el sentido de ellas, y los colores violentos y algo desavenidos, con que suele vestirse. Moralmente María Antonia es irreprochable. Yo lo sé porque Abuelita lo dice con bastante frecuencia a compás, separando imperceptiblemente las sílabas mientras separa al mismo tiempo cinco hilos de su calado : « I'rre'pro'cha'ble ».

Y la verdad, creo que en eso Abuelita tiene mucha razon. Una prueba palpable de ello es el culto apasionado y ferviente que María Antonia le profesa a la moral. No a la moral suya, lo cual sería horriblemente egoísta, sino a la moral en general, y sobre todo a esa moral delicada y sutil que se expone y peligra a todas horas adherida a la conducta de las mujeres bonitas. Para observar las oscilaciones y salvar la integridad de esta faz concreta de la moral, María Antonia posee una actividad, un celo, una doble-vista y un ardor de misionero que es verdaderamente admirable. Y he aquí en síntesis mi impresión general acerca de María Antonia, su psicología y sus ojos, tal como se me revelaron por primera vez aquella mañana y tal como los he seguido observando desde entonces. Ahora bien, tío Pancho Alonso que es sumamente disparatero suele decir refiriéndose a estos últimos :

— « Los ojos de María Antonia están muy bien. Recuerdan mucho un par de botas de charol sin estrenar, y parecen hechos de una materia inflamable, ardiente y peligrosa, algo que oscila entre la dinamita y lo que el vulgo llama « envidia negra ». ¡ Ah ! pero eso sí ; muy negra, muy limpia, muy brillante : ¡ muy bien embetunada !... »

Por supuesto, Cristina, que yo no acepto esos términos de zapatería al hablar de unos ojos, y te ruego a ti que tampoco los tomes en consideración. Son disparates de tío Pancho, que con su mala lengua todo lo mezcla y lo confunde.

Cuando mis primos y yo dimos por terminados los mutuos saludos y cumplimientos, fuimos a visitar el vapor. Lo recorrimos varias veces en distintas direcciones y luego de sentirnos ya cansados, acaloradísimos y muy buenos amigos bajamos todos a tierra. Cuando estábamos aún estacionados a las puertas de la Aduana, esperando no sé qué, de golpe, como una exhalación envuelta por una nube de polvo, pasó un automóvil bastante deteriorado y mis primos al mirarle cruzar frente a nosotros gritaron todos a una :

— ¡ Es Don Pancho Alonso ! ¡ Don Pancho ! ¡ Don Pancho ! — Y se pusieron a hacer señas al automóvil que se detuvo y comenzó a andar hacia atrás.

¡ Por fin aparecía tío Panchito !

Mientras ellos seguían con sus señas y sus voces, yo corrí a toda prisa en sentido contrario al auto que retrocedía, llegué hasta él, abrí ágilmente la portezuela, y entonces, delgado, canoso, paternal, risueño, afeitado, oloroso a brandy, cariñosísimo, vestido de nuevo, y muy diferente a lo que yo recordaba, junto al automóvil empolvado y viejo, con los brazos y con toda el alma me estrechó un largo rato tío Pancho Alonso.

Luego que nos hubimos abrazado los dos a nuestra entera satisfacción, y luego que él alegre y sorprendidísimo de encontrarme tan bonita, me lo dijo con una diversidad de flores que eran un encanto, dado lo muy acertadas y a mi gusto que resultaron todas, se fué a saludar a los demás. Por cierto que mientras se saludaban ocurrió entre ellos un pequeño incidente bastante original, que pobló de consecuencias todo el resto del día.

Y es que pasa, Cristina, que mis cuatro primos a más de poseer nombres dobles, cosa que los mezcla y los confunde mucho, gozan además por otros respectos de la uniformidad más absoluta. Todos se parecen. No sólo en el físico sino en la indentidad de los puntos de vista, en el sistema de enfocar sus imaginaciones, y en el vocabulario empleado para expresar sus ideas. De ahí que al hablar coincidan siempre unos con otros, tanto en el fondo como en la forma de sus opiniones, pero de un modo tan exacto que si por circunstancias esta coincidencia, en vez de ser simultánea es sucesiva, resulta una especie de letanía absolutamente crispante.

Ocurrió, pues, que luego de abrazarnos efusivamente, mientras tío Pancho y yo caminábamos juntos el cortísimo espacio que separaba el automóvil de las puertas de la Aduana, mis primos, uno tras otro, nos fueron saliendo al encuentro y cada uno de ellos, antes o después de saludar hizo más o me-

nos con ligerísimas modificaciones la siguiente observación :

— ¡Caramba! ¡Y qué elegante se puso Don Pancho para recibir a la sobrina ; ¡ vestido de tussor nuevo !...

Así dijo el primero ; dijo el segundo, dijo el tercero ; pero al decir el cuarto, tío Pancho que realmente según he visto después se hallaba en aquel momento y en honor mío de una inusitada elegancia, ante tan gran insistencia perdió por completo el dominio de sus nervios. Con un movimiento rápido que le es muy peculiar, se puso los dos brazos en jarras sobre la flamante chaqueta de tussor, y como si los demás, precedidos ya solemnemente por tío Eduardo y María Antonia, estuviesen todos sordos, me interrogó muy serio contemplándome de hito en hito :

— Díme : ¿ tú habías visto nunca un arreo en donde todos los burros pasaran rebuznando al mismo tiempo ?

Yo miré el traje nuevo de tío Pancho, su expresión, sus brazos en jarras, la cara de mis tíos, la de mis primos, y me pareció todo tan cómico que sin decir ni sí ni no, reventé en una señora carcajada. Al oirme reír uno de los del arreo, protestó al momento muy ofendido :

— ¡ Qué poca corriente tiene, Don Pancho !

María Antonia por su lado le dijo a tío Eduardo con la tragedia de los ojos que daba miedo :

— ¿ Tú ves ?... ¡ Si es que son unas groserías que no se pueden aguantar !...

Y sin más quedó establecida la discordia.

No obstante, mis primos, que son poco rencorosos, acabaron por olvidar el agravio. Tío Pancho nos llevó en automóvil a pasear por Macuto y sus alrededores, nos obsequió varias veces con coktailes y aceitunas, nos regaló dulces, y como en- entretanto a propósito de cuanto veíamos decía cosas divertidísimas, cuando llegó la hora del almuerzo, entre mis primos y él se había establecido ya un acuerdo.

Pero no pareció ocurrir lo mismo con María Antonia. Al

sentarnos a la mesa, ella tomó al punto la palabra, y con una voz gutural y solemne, que ante el gran público de vasos, platos, jarros, botellas, cuchillos y tenedores del hotel, casi vacío, resultaba muy ciceroniana y muy bien, reprendió severamente a sus hijos por haber tomado coktailes, y habló horrores del alcohol en general deteniéndose muy especialmente en el brandy y el whisky, bebidas que, según he visto después, son por desgracia las dos amigas predilectas de tío Pancho.

Este discurso anti-alcohólico me habría impresionado vivamente en contra de los cocktailes, a no mediar las contestaciones escépticas y un tanto irreverentes que dió tío Pancho mientras se bebía a sorbos un enorme vaso de cerveza con hielo. Sí : Cristina, tío Pancho es insensible al fuego magnético de la elocuencia ; lo comprobé aquel día y desde entonces, lo considero completamente inmovilizable ¡ Ah ! sí : yo creo firmemente que tío Pancho nunca, jamás, hubiera formado parte de esas falanges gloriosas, orgullo de la humanidad, que encendidas de entusiasmos a través de los siglos, han seguido a Demóstenes, a Pedro el Ermitaño, a San Francisco, a Lutero, a Mirabeau, y a Gabriel d'Annunzio...

Después de hablar de los cocktailes y del alcohol se habló de Paris, y María Antonia dijo :

— Me hace el efecto de una gran casa de corrupción que estuviera suelta por las calles. Una mujer honrada y que se estima, no puede andar sola en París ¡ porque se ven horrores ! ¡ horrores !

Y en señal de horror se llevó la mano derecha sobre los ojos..

Intrigada y llena de curiosidad, yo me quedé un gran rato con la mirada fija sobre un pedazo de pan evocando uno tras otro, los bulevares de París, a fin de contemplar aquellos horrores con la imaginación, ya que no podía contemplarlos con los ojos. Pero no lograba recordar ninguno y tío Pancho acabó al fin por sacarme de mi abstracción con este discurso original y un tanto paradójico :

— ¡ Reniego de los transatlánticos que establecen comunicaciones con Europa ! Creo que como Hernán Cortés, todos los conquistadores debieron tomar la precaución de quemar sus naves inmediatamente después de desembarcar, a fin de evitar cualquier tentativa de retorno. De este modo viviríamos aquí siempre contentos como viven las ranas de los charcos, que nunca están de mal humor porque carecen del concepto « peor » y sobre todo del concepto « mejor » fuente de casi todas las desgracias humanas. Sí ; establecidos bajo el sol de los trópicos después de haber robado y asesinado patriarcalmente a todos los indios, debimos evitar con prudencia las nefastas influencias europeas. Disfrutaríamos así alegremente de uno de los más benignos climas del mundo, nos comeríamos ahora con delicia las frutas de esa compotera que son bastante jugosas y perfumadas, nos adornaríamos con las plumas maravillosas de nuestros pájaros, y dormiríanos en hamaca que es sin duda ninguna la más fresca y mullida de las camas. De resultas de tan sabia política no habría habido Guerra de la Independencia, Bolívar no hubiera tenido ocasión de distinguirse en ella como Libertador, y a estas horas los periódicos no nos atormentarían diariamente celebrando nuestras glorias patrias con esa profusión de hipérboles, redundancias, y adjetivos de malísimo gusto ; quizás no existieran tampoco los periódicos lo cual sería ya el colmo del bienestar. Por mi parte, yo no hubiera tenido la posibilidad de instalarme en París hace cosa de treinta años, y no habría gastado hasta el último céntimo de mi fortuna regalando collares de perlas, sombreros de dos mil francos, y perros premiados, cosas que me parecen ahora completamente superficiales. ¡ Ah ! sí ; digan lo que quieran yo detesto los antiguos buques de vela y detesto muchísimo más aún los modernos transatlánticos. Los considero el origen de nuestras desgracias. Pero en fin, después de todo me conformo con los buques de vela y quisiera haber nacido en la época feliz de la Colonia, allá, cuando nuestras bisabuelas y tatarabuelas atravesaban las calles empedradas de

Caracas en sillas de mano, llevadas por dos esclavos que eran siempre fieles, negrísimos y robustos, porque no habían sido contaminados aún con los vicios y las pretensiones de la raza blanca.

— Verdaderamente — dijo el menor de mis primos — yo creo que debe ser muy agradable andar en silla de mano. ¡ Será algo así como ir caminando por el aire sin tocar el suelo ! Lo malo es que se debía andar despacísimo. ¡ Ah ! ¡ qué diferencia ahora con el automóvil !

— No lo creas, hijo mío — dijo tío Pancho —. Era muchísimo mejor sistema el de la silla de mano. En primer lugar se economizaban los cauchos y la gasolina, por otro lado había menos choques, y en cuando al tiempo gastado en el trayecto eso no tenía entonces la menor importancia. Para nuestros bisabuelos lo mismo era llegar temprano que llegar tarde, o que no llegar nunca. La manía de llegar es relativamente moderna y el más terrible azote con que nos mortifica a todos la civilización.

María Antonia, cuyo pudor se había herido vivamente por el cinismo que encerraban los collares, los sombreros y los perros premiados, volvió a tomar la voz ciceroniana y dijo refiriéndose a la imagen de las ranas :

— No comprendo por qué razón no hemos de ir a Europa. Yo a Dios gracias, no me considero rana, ni creo que Venezuela sea ningún charco. Tenemos nuestros defectos, es verdad, como allá también tienen los suyos, pero en todas partes, aun en el mismo París, hay gente muy honrada y muy buena con quien se puede tratar. Pero los que van de aquí no tratan sino con la escoria, y creen que eso es lo elegante y lo que debe ser. Cuando yo fuí a Europa recién casada, me distraje mucho : ¡Cómo se distrae la gente decente, eso sí ! ¡Eduardo me cuidaba muchísimo ! Eduardo no me llevó jamás a ciertos teatros donde van ahora muchas niñas suramericanas ; Eduardo no me dejaba salir sola ; Eduardo no me permitía

de ningún modo que bailara; ni que tuviera intimidad con nadie; ni que me pintara; ni que me pusiera vestidos indecentes: ¡aunque estuvieran muy de moda! ni que...

Y mientras seguía la enumeración, yo, ladeé ligeramente la cabeza, porque en el centro de la mesa, la compotera, colmada de frutas y de flores me ocultaba a « Eduardo » sentado frente a mí y me urgía muchísimo contemplar a mi sabor aquel busto de Otelo. Pero, desgraciadamente, allende la compotera, Otelo, no parecía estar en carácter, circunstancia que le quitó colorido a la enumeración. En aquel momento psicológico se hallaba tranquilamente con el tenedor en la mano derecha, un pedacito de pan en la mano izquierda y los ojos clavados en su plato muy ocupado en quitarle las espinas a su porción de pescado. Y como terminase al punto tan delicada empresa se llevó a la boca el tenedor cargado de blanquísima pulpa, la saboreó, la tragó, esperó pacientemente a que María Antonia rematase su discurso y dijo entonces con un hilillo sutil de mayonesa prisionero entre dos hilos de su bigote:

— ¡Pues yo encuentro que el pescado está fresquísimo! Me parece exquisito, muy bien preparado, y no comprendo por qué en Caracas no hemos de comerlo así. María Antonia: es indudable que la cocinera nos roba, convéncete. Por el afán de robar, compra siempre el pescado peor: ¡el que nadie quiere! Pues ahora al pasar por La Guayra voy a hablar con el encargado del depósito, y si me dejan el pescado a precio de costo en Caracas lo voy a encargar fijo para tres días en la semana. Si te parece, la cocinera misma puede pasar a buscarlo cuando vuelve del mercado empleando la misma correspondencia de tranvía que toma siempre para llegar hasta casa.

María Antonia cuyo plano mental se hallaba ahora muy distante del pescado, la cocinera y el tranvia, contestó indignada:

— ¡Julia la martiniquena no nos roba en absoluto! ¡Me

consta que es honradísima ! ¡Y encuentro muy malo este pescado! La mayonesa está hecha con un aceite infernal; ¡Qué diferencia con el que tomamos en casa !

— Pues a mí, lo mismo que a Papá, me parece muy bueno el pescado, — dijo mi prima con cierta melancolía — pero no me lo como porque vi al trasluz mi tenedor y deja mucho que desear... y es inútil que pida otro... los cubiertos de los hoteles : ¡siempre están sucios!... Y es que no los lavan sino que los limpian con un paño ¡lo vi ahora al pasar !...

— Oye un consejo, hija mía — dijo tío Pancho muy condolido — ; nunca veas los cubiertos ni nada a trasluz. En la comida lo mismo que en todo lo demás el afán investigador no nos conduce sino a descubrimientos desagradables y a certidumbres horribles. Las personas más felices serán siempre aquellas que hayan descubierto menos cosas durante su vida. Te hablo por experiencia. Mira, desde que yo he perdido la vista lo suficientemente para confundir una mosca con un grano de pimienta, tengo mejor humor y muchísima mejor digestión.

— ¡Ay ! ¡Confundir una mosca con un grano de pimienta ! ¡Comerse una mosca ! ¡Qué horror ! ¡Qué horror ! — dijeron a la vez casi todos mis primos.

Pero tío Pancho en un nuevo discurso muy bien documentado, y un poco paradójico también, nos demostró palpablemente los grandes perjuicios que ocasionan a la humanidad el microscopio, la higiene, las vacunas, la cirugía, y las academias de Medicina ; cosas todas que según él suelen acabar con las personas verdaderamente robustas, conservando en cambio a los enfermizos, a los pobres, a los aburridos y a los desgraciados, seres infelices contra quienes se ensañan arbitrariamente al privarles de la muerte que es cosa tan natural e inofensiva.

María Antonia que hierve todos los días el agua filtrada, y duerme todas las noches con mosquitero, se escandalizó naturalmente al oír tan horrible dislate. Con tal motivo se dis-

cutió ; se habló después sin discutir ; se tomó café : se volvió a discutir : se dió por terminado el almuerzo ; paseamos entonces a pie por la playa ; nos retratamos bajo unos árboles : y apaciguado ya el sol y repartidos en los dos autos emprendimos el camino de Caracas.

Antes de subir al automóvil yo había advertido :

— Quisiera ir delante con el chauffeur para ver mejor el camino.

Y de nuevo, tras el volar del auto por la cinta blanca de la carretera, sobre los abismos y las montañas, en silencio, desde el templo interior de mi sensibilidad, me entregué a la contemplación, a la comunión íntima con la naturaleza, a las suaves evocaciones y al miedo voluptuoso de llegar...

∴

El viaje de Macuto a Caracas, Cristina, es una atrevida excursion por la montaña, que dura casi dos horas. Para hacer esta excursión escalan la montaña y se la disputan juntos la carretera y el tren. El tren que es pequeñito y angosto, corre sobre unos rieles muy unidos, y para correr sobre ellos tiene rastreos ondulantes de serpiente y a ratos tiene también audacias de águila. Hay veces que se desliza entre lo más oscuro y verde de la montaña y cuando se piensa que sigue escondido aún entre las malezas y las rocas que están a la falda del monte, aparece de pronto sobre un picacho, animoso y valiente, con su penacho de humo. Antes de emprender el vuelo anda primero junto al mar muy cerquita de las olas, entra por los aledaños de La Guayra y del vecino pueblo de Maiquetía, da unos cuantos rodeos indecisos y es después cuando se lanza a conquistar la montaña.

La carretera, que es más franca y menos audaz que el tren, camina también un rato junto al mar y los rieles, pasa por los

dos pueblos, se aparta luego de todos y entonces ella sola en blancas espirales va enlazando la montaña con su cinta de polvo.

Cuando empezamos la ascensión tío Pancho me advirtió que aquella montaña que íbamos a escalar, estaba formada por un brazo de los Andes ; y al momento el paisaje se cubrió para mis ojos de un inmenso prestigio. A decir verdad, el aspecto de la montaña es tan grandioso que no desdice en nada de su filiación. Es arrogante, misteriosa y altísima. Sus cimas dominan a Caracas y la separan del mar. Vista desde la ciudad cambia de color varias veces al día, condescendiente a los caprichos de la atmósfera que la rodea. Estos cambios y caprichos le han dado un carácter muy suyo y para interpretárselo, la copian con amor todos los pintores, la cantan con más amor aun todos los poetas y en recuerdo al conquistador que la tomó a los indios en no sé qué fecha se llama de su nombre « El Avila ».

Desde que salimos de Macuto, con la brisa azotándome el rostro, yo tenía una inquieta curiosidad por sentir muy de cerca el alma del paisaje americano y me di a buscarle con cariño en todos los detalles del trayecto.

Luego de correr junto al mar y atravesar La Guayra y los arrabales del pueblo de Maiquetía, pasamos junto a los cocales que se extienden allí cerca por la playa, y desde aquel momento atrajeron mis ojos y conquistaron mi atención los cocoteros.

Es indudable : Para mí, Cristina, todo el encanto, toda la dulce languidez del alma tropical se mece en los cocoteros. Cuando son muchos y se pasa junto a ellos, tienen vaivenes de hamaca, desperezos de siesta y susurros de abanico. El mar se clarea siempre allá en el fondo, y a través de tantos tallos que se retuercen y se encogen con actitudes de dolor humano, en aquella perspectiva que está a la vez poblada y desierta como una iglesia vacía, hay una paz intensa en donde sólo vibra la nota azul del mar suave y lejana como un ensueño.

Cuando se va subiendo una montana y se ven los cocoteros de arriba, sus cabezas desmelenadas sobre la finura del tallo parecen alfileres erizados en un acerico, que es la playa. Si el cocotero es uno solo y se mira a distancia, en pleno aislamiento, erguido frente al mar, tiene la melancolía de un solitario que medita, y la inquietud de un centinela escudriñando el horizonte ; sus palmas desgajadas en el espacio a tan larga distancia de la tierra parecen flores puestas en un búcaro de pie muy largo. Si se mira de tan lejos que lo etéreo del tallo se ha perdido en la atmósfera, aquellas hojas flotando en el ambiente, tienen entonces el misterio de un jirón de incienso que sube, y parecen evocar el símbolo místico de las oraciones abriendo sus tesoros junto al cielo.

Mientras íbamos escalando la montana me perdía yo en estas contemplaciones sin pensar ya en La Guayra, que habíamos dejado atrás, cuando de pronto, en una brusca revuelta del camino, allá, bajo nuestros pies, en el fondo del abismo, apareció de golpe, pero tan chiquita, tan chiquita, que con todas sus casas, sus vapores, sus barquitas, y sus lanchas, parecía ya tan sólo un juguete de niños. Allí, en aquel mundo diminuto se hallaba también nuestro vapor que iba a zarpar al caer de la tarde. Desde mis alturas me pareció elegante y fino como una gaviota que se dispone a volar, y durante un rato tuve una envidia infinita por su vida aventurera... ¡ Ah ! ¡ él se marcharía ahora a uno y otro, y otro puerto, siempre animado y activo, y nunca jamás sentiría como yo la aridez de los reposos finales, definitivos !...

Estas fueron mis últimas consideraciones « marinas » porque en otra brusca revuelta de la carretera se solvió a perder La Guayra tan repentinamente como había aparecido antes ; luego de caminar un rato acabó por esfumarse también la estrecha cinta azul que nos quedaba de mar, y entre abismos y rocas nos metimos ya definitivamente en el corazón de la montaña. Por ella anduvimos mucho rato subiendo y bajando hasta que

poco a poco se allanaron los abismos, se aplanó el camino, apareció el valle, y entramos en los arrabales de Caracas.

Yo acababa de empolvarme, de pintarme, y de arreglar en general los desperfectos ocasionados por el viaje en mi rostro y mi sombrero, iba de nuevo calzándome los guantes, y mientras tal hacía miraba el sucederse de las calles y me preguntaba : ¿Pero cuándo entramos por fin en la ciudad?... Tras de mí, tío Pancho, adivinó al momento mi pregunta porque advirtió de su cuenta, sin que yo nada hubiese dicho :
— Esto es ya el centro de Caracas, María Eugenia.

¿El centro de Caracas?... ¡El centro de Caracas!... y entonces... ¡qué se habían hecho las calles de mi infancia, aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes y tiradas a cordel?... ¡Ah! Cristina ¡qué intactas habían vivido siempre en mi recuerdo, y qué cruelmente las desfiguraba de pronto la malvada, la infame evidencia!...

Unas casas de un solo piso, chatas, oprimidas bajo los aleros, adornadas las fachadas por el enrejado de las ventanas salientes, se extendían a uno y otro lado de las calles desiertas, angostas y muy largas. La ciudad parecía agobiada por la montaña, agobiada por los aleros, agobiada por los hilos del teléfono, que pasaban bajos, innumerables, rayando con un sin fin de hebras el azul vivo del cielo y el gris indefinido de unos montes que se asomaban a lo lejos sobre algunos tejados y por entre todas las bocacalles. Y como si los hilos no fuesen suficiente, los postes del teléfono abrían también importunamente sus brazos, y, fingiendo cruces en un calvario larguísimo, se extendían uno tras otro, hasta perderse allá, en los más remotos confines de la perspectiva... ¡ Ah ! ¡sí !... Caracas, la del clima delicioso, la de los recuerdos suaves, la ciudad familiar, la ciudad íntima y lejana, resultaba ser aquella ciudad chata... una especie de ciudad andaluza, de una Andalucía melancólica, sin manton de Manila ni castañuelas, sin guitarras ni coplas, sin macetas y sin flores en

las rejas...una Andalucía soñolienta que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos.

No obstante, mientras así juzgaba deprimida corriendo a toda prisa por las calles, bruscamente, en una u otra parte, como un chispazo de luz inesperado, aparecía el prodigio de una ventana abierta, y en la ventana, tras la franqueza de la reja ancha, eran bustos, ojos, espejos, arañas rutilantes, palmeras, flores, toda una alegría intensa e interior que se ofrecía generosamente a la tristeza de la calle...

¡Ah! ¡la fraternidad, y el cariño y la bienvenida, y el abrazo familiar de las ventanas abiertas !... ¿ Pero cuál era ?... ¿cuál era ?... ¿cuál era por fin la casa de Abuelita?...

Y de pronto, ante una casa ancha, pintada de verde, con tres grandes ventanas cerradas y severas, se detuvieron los autos. Mis primos bajaron a toda prisa, penetraron en el zaguán, enpujaron la entornada puerta del fondo, y fué entonces cuando apareció ante mis ojos el patio claro, verde y florecido de la casa de Abuelita.

Era la primera impresión deslumbrante que recibía a mi llegada a Venezuela. Porque el patio de esta casa, Cristina, este patio que es el hijo, y el amante, y el hermano de tía Clara, cuidado como está con tanto amor, tiene siempre para el que llega, yo no sé qué suave unción de convento, y una placidez hospitalaria, que se brinda y se ofrece en los brazos abiertos de sus sillones de mimbre. Sobre la tierra fresca del medio, crecen todo el año rosas, palmas, novios, heliotropos, y el jazminero, el gran jazminero amable que subido en el kiosco todo lo preside y saluda siempre a las visitas con su perfume insistente y obsequioso. Junto a la puerta de entrada, a la izquierda, por el amplio corredor, se esparcen abundantes sobres mesas y columnas, la espuma verde de los helechos y las flechas erectas y entreabiertas de los retoños de palma. Al entrar aquella tarde y mirar el patio busqué por todas partes con los ojos, y fué a través de este bosquecillo verde,

allá en el fondo del corredor, encuadrada por el respaldar de su sillón de mimbre, donde reconocí por fin la blanca cabeza de Abuelita.

Viendo entrar a mis primos, se había puesto instantáneamente en pie y al distinguirme de lejos en el grupo que avanzaba, me llamó a gritos con la voz y con el tremblor maternal de sus brazos abiertos :

— ¡Mi hija, mi hija, mi hijita!

Y no quiero detallarte, Cristina, cómo, ni cuántos, fueron los abrazos y los besos que entre lágrimas me dió Abuelita, y me dió luego tía Clara, porque el detallarlos resultaría largo, monótono y repetido. Sólo te diré que hubo llanto, evocaciones, detallar minucioso de mi fisonomía, de mi cuerpo, de mis movimientos ; nuevos besos, nuevas lágrimas, y el dulce nombre de Mamá siempre repetido que me cubría como un velo y me transformaba en ella ante el cariño torrencial, efusivo, indescriptible de Abuelita y de tía Clara. Yo me sentía también sorprendida, emocionadísima, y para cortar la escena, conteniendo las lágrimas, con los ojos turbios comencé a inspeccionarlo todo, arriba, abajo, y al ir reconociendo poco a poco las viejas cosas familiares me di a preguntar risueña por los predilectos de mi infancia:

— ¿ Y los canarios, Abuelita ?... ¿ Y la gata negra... aquella... aquella del lazo colorado ?... ¿ Y los pescaditos de la pila ?... ¡ Toma !... pero si ya no hay pila ni hay naranjos en el patio : ¡ no me había fijado !

Tía Clara explicó :

— Todo está cambiado. La casa se reformó hace siete años antes de la muerte de Enrique. Mira : se quitó la pila, se puso el mosaico, se pintó al óleo, se decoró de nuevo, se cambió la romanilla del fondo ; pero los naranjos — añadió sonriendo — nunca estuvieron aquí sino en el otro patio... ¡ y allá están todavía !

Volví la cabeza para mirar la nueva romanilla del fondo, y

a su puerta vi agrupadas las cabezas más o menos negras y lanudas de las cuatro fámulas que constituyen el servicio doméstico de Abuelita cuyos ojos me contemplaban ávidos de curiosidad. Yo las abarqué a todas en una rápida ojeada indiferente. Pero como en la rapidez de la ojeada hubiese sentido la atracción de unos ojos, volví a mirar de nuevo y entonces, iluminada ya por el vivo chispazo del recuerdo, lo mismo que había hecho Abuelita un momento antes, yo también ahora, abrí efusivamente los brazos y corrí hacia la romanilla exclamando a voces alegrísima :

— ¡ Ah !... ¡ Gregoria ! ¡ Gregoria !... ¡Pero si eres tú, viejita linda !...

Y en un abrazo largo y fraternal de almas que se comprenden, Gregoria y yo sellamos de nuevo nuestra interrumpida amistad.

Porque has de saber, Cristina, que Gregoria, la vieja lavandera negra de esta casa, contra el parecer de Abuelita y de tía Clara, es actualmente mi amiga, mi confidente y mi Mentor, pues aun cuando no sepa leer ni escribir la considero sin disputa ninguna una de las personas más inteligentes y más sabias que he conocido en mi vida. Nodriza de Mamá, se ha quedado desde entonces en la casa donde desempeña el doble papel de lavandera y cronista, dada su admirable memoria y su arte exquisito para planchar encajes y blanquear manteles. Cuando yo era chiquita y me venía a pasar el día aquí en la casa de Abuelita, era Gregoria quien me daba siempre de comer, quien me contaba cuentos y quien a escondidas de todos me dejaba andar descalza o jugar con agua, atendiendo de este modo al bienestar de mi cuerpo y de mi espíritu. Y es que su alma de poeta que desdeña los prejuicios humanos con la elegante displicencia de los Filósofos Cínicos, tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís. Este libre consorcio le ha hecho el alma generosa, indulgente, e inmoral. Su desdén por las convenciones la preservó siempre de toda ciencia que no

enseñara la misma naturaleza. Por esta razón, además de no saber leer ni escribir, Gregoria tampoco sabe su edad, que es un enigma para mí, para ella y para todo el que la ve. Blanqueando manteles y planchando camisas, mira correr el tiempo con la serena indiferencia con que se mira correr una fuente, porque ante sus ojos franciscanos, las horas, como las gotas de la hermana agua, forman juntas un gran caudal fresco y limpio por donde viene nadando la hermana muerte. Como te he dicho ya, cuando yo era chiquita, me cuidó siempre con la ternura poética con que se cuidan las flores y los animales. Por eso, aquella tarde, al reconocerla asomada a la puerta de la romanilla, corrí hacia ella movida por el mismo impulso que hace temblar de alegría y de fidelidad la cola agradecida de los perros.

Al sentirme entre sus brazos, Gregoria, cuyos sentimientos brotan siempre al exterior ensartados en los matices sonoros o delicadísimos de unas carcajadas especiales, sorprendida y feliz, salpicó un largo rato su risa intensa de emoción con estas pocas palabras :

— ¡ Dios la guarde !... ¡ Dios la guarde !... ¡ Haberse acordado de su negra !... ¡ de su negra fea !... ¡ de su negra vieja !...

Y tanto nos abrazamos, y tanto se rió Gregoria y tanto se prolongó la escena, que Abuelita tuvo que intervenir al fin :

— Bueno, Gregoria, ya basta, ya basta : ¡ hasta cuándo ! ¡Que empiezas con la risa, y no acabas de reirte nunca!

Y luego, cariñosa, Abuelita añadió dirigiéndose a mí :

— Ven, tú, hijita, ven a quitarte el sombrero y a que te refresques un poco. Ven, vamos a que veas tu cuarto.

Apoyada ella en mi brazo y seguidas de todo el mundo atravesamos un pedazo de patio, cruzamos el comedor, y llegamos al segundo patio, aquí, al patio de los naranjos, donde se abre la puerta y la ventana de este cuarto silencioso y cerrado con llave desde el cual te escribo ahora.

En el umbral de la puerta nos detuvimos a mirarle.

A primera vista me pareció sonriente con sus muebles claros y su camita blanca. En aquella hora gris del crepúsculo llegaba a él, más intensamente que nunca, cierto encanto melancólico que parece desprenderse siempre de estos gajos verdes donde amarillean a veces las naranjas, y flotaba también en el ambiente ese olor a engrudo y a pintura fresca que tienen las habitaciones recién empapeladas. Inmóvil sobre el umbral, Abuelita, apoyada en mi brazo, empezó a explicar :

— Este cuarto era el de Clara. Lo amueblé para ella tal como está ahora hace ya muchos años..., cuando se casó María, tu Mamá. Antes dormían las dos juntas en una habitación más grande que está cerca de la mía. Clara ha querido ahora cedértelo todo. Como los muebles son blancos y alegres, es más natural que sean para ti...

— Mira, — interrumpió de golpe mi prima — es un milagro que tía Clara haya convenido en darte su cuarto y sus muebles. Con nosotros, antes, cuando veníamos aquí ¡ era una exageración ! No nos dejaba ni pasar siquiera porque decía que echábamos a perder los muebles y que de tanto entrar y salir se llenaba de moscas la habitación.

Tía Clara no contestó nada y Abuelita continuó:

— Sí ; Clara te ha dejado su cuarto y se viene ahora cerca de mí al cuarto que era de su Padre, de tu Abuelo. Allí están todavía sus muebles, unos muebles de caoba muy cómodos y más serios que estos otros... Por supuesto que todo se pintó y se empapeló de nuevo para tu llegada. Mira, te pusimos a los dos lados de la cama los retratos de tu Papá y de tu Mamá para que te acompañen siempre. Este tocador era también de Clara; ella misma lo vistió de nuevo. ¡No sabes lo que ha trabajado para terminar el bordado antes de tu llegada ! Anoche a las doce : ¡ estaba cosiendo todavía !...

El tocador ; los retratos ; el flamante papel de las paredes ; los muebles blancos ; tía Clara ; la observación de mi prima ;

todo me había ido produciendo una emoción suave. Había en el arreglo del cuarto profusión de detalles que demostraban una disposición minuciosa, un afán muy marcado de que todo resultase alegre, elegante, a la moda. Este esfuerzo hecho en un medio ambiente tan atrasado, tan añejo, me conmovía ; y me conmovía sobre todo al comprobar lo poco que habían logrado realizar en mí el efecto deseado. Aquellos cuadros altos, simétricos, el bordado de colorines del tocador, el viso tan encendido, la cortina de la cama, la disposición de los muebles, todo, absolutamente todo, estaba contra mi gusto y mi manera de sentir. Me daban ganas de desbaratar el trabajo enteramente, de hacerlo otra vez a mi gusto, y pensando en lo que esta especie de vandalismo hubiese herido a la pobre tía Clara la consideré un instante profundamente, con lástima, con cariño intenso.

Durante la explicación de Abuelita, ella, no había dicho ni una sola palabra. En pie junto a la puerta, guardando silencio, tenía la callada y humilde desolación de las vidas que se deslizan monótonas, sin porvenir, sin objeto. Y sin embargo, bajo su pelo canoso, con su fisonomía alargada y marchita de cutis muy pálido, era bonita tía Clara y a pesar del vestido de raso negro recién hecho y pasado de moda, era también distinguida, con esa distinción algo ridícula que tienen a veces en los álbumes los retratos ya viejos.

Y mirándola así con agradecimiento y con ternura, en un segundo rapidísimo recordé cómo allá, en los tiempos de mi infancia, cuando yo venía a quedarme aquí con Abuelita, ella, tía Clara, se sentaba por las tardes en el sofá del salón y hablaba horas enteras con un señor que me daba caramelos y me hacía muñecos y gallitos con pedazos de papel. Yo solía jugar con aquellos gallitos sentada silenciosamente en el suelo, sobre la alfombra, mientras ellos dos, en el sofá, continuaban su charla que yo encontraba misteriosa en vista de lo prolongada y lo monótona. Ahora por primera vez, después de tantos años, mirándola en pie junto a la puerta, recordé la diaria y olvidada

escena, y recordándola pensé : « Sí, aquel señor, como no cabe duda, era el novio de tía Clara : ¿ qué había sido de él ?... ¿ por qué no se casaron ?... » Y para demostrarle mi interés y la fidelidad con que había conservado su imagen a través del tiempo, estuve a punto de describirle la escena tal como la recordaba y de hacerle después la pregunta. Afortunadamente ya con la palabra en la boca me detuve aún a tiempo. Comprendí que podía haber en ello algun secreto dolor ; que quizás el dolor se anidaría aún en las románticas ruinas de la cabeza gris y que iba sin duda a lastimarlo con la indiscreción de tal pregunta. Entonces, para expresarle mi cariño en otra forma, cambié bruscamente de tema y dije sonriendo que todo, todo en el cuarto estaba precioso y que recibía con amor y con muchísima alegría aquellas cosas que por tanto tiempo la habían acompañado a ella.

Pero esto no era cierto, Cristina : ¡ no !... Mientras tal decía mirando primero la cabeza gris junto a la puerta, y mirando luego la blanca cortina de punto sobre la cama, tenía el alma oprimida de angustia, de frío, de miedo; ¡yo no sé de qué ! y es que lúcidamente, en la faz de los muebles sentía agitarse ya el espíritu de aquella herencia que me legaba tía Clara... ¡ Ah ! ¡ Cristina !... ¡ la herencia de tía Clara !... ¡ Era un tropel innumerable de noches negras, largas, iguales que pasaban lentamente cogidas de la mano bajo la niebla de punto de la cortina blanca !...

Y por primera vez, en aquel instante profético, sintiendo todavía en mi brazo la suave presión del brazo de Abuelita, vi nítidamente en toda su fealdad, la garra abierta de este monstruo que se complace ahora en cerrarme con llave todas las puertas de mi porvenir, este monstruo que ha ido cegando uno después de otro los ojos azules de mis anhelos ; este monstruo feísimo que se sienta de noche en mi cama y me agarra la cabeza con sus manos de hielo ; éste que durante el día camina incesantemente tras de mí, pisándome los talones; éste que se

extiende como un humo espesísimo cuando por la ventana busco hacia lo alto la verde alegría de los naranjos del patio ; éste que me ha obligado a coger la pluma y a abrirme el alma con la pluma, y a exprimir de su fondo con substancia de palabras que te envío, muchas cosas que de mí, yo misma ignoraba ; éste que instalado de fijo aquí en la casa es como un hijo de Abuelita y como un hermano mayor de tía Clara; sí; éste : ¡ el Fastidio, Cristina !... ¡ el cruel, el perseverante, el malvado, el asesino Fastidio !...

* * *

Pero este fastidio cruel que presentí por vez primera la tarde de mi llegada, este fastidio que me ha hecho analista expansiva y escritora, tiene una raíz muy honda, y la honda raíz tiene su origen en la siguiente reveladora escena que voy a referirte y que ocurrió una manana, a los dos o tres días de mi llegada a Caracas.

Sería a cosa de las once y media. Abuelita, tío Pancho, tía Clara y yo, nos hallábamos instalados hacia el fondo del corredor de entrada, allí mismo, en aquel bosquecillo verde que te he descrito ya ; en donde se esparcen varios sillones de mimbre alrededor de una mesa ; en donde vi blanquear el día de mi llegada la cabeza de Abuelita y en donde ella se instala diariamente con su calado, sus tijeras y su cesta de costura. Aquella mañana habíamos entrado por fin en plena normalidad. O sea que yo, luego de pasar dos días en una especie de exhibición ante las relaciones góticas de Abuelita, es decir, ante un reducido número de personas de ambos sexos más o menos uniformadas en cuanto a ideas, vestimenta y edad, las cuales acudieron a conocerme y a felicitar a Abuelita por mi feliz llegada, y las cuales, durante unas visitas muy largas, me hicieron todas con

ligerísimas variantes, los mismos cumplidos y las mismas preguntas, aquella mañana, digo, terminado ya el desfile, yo había podido al fin entregarme a mi libre albedrío y a mis personales ocupaciones. La mañana, dedicada por entero al arreglo de mi cuarto, había sido muy bien aprovechada. Al dar las once me hallaba cansada y satisfecha, porque hermanando el espíritu de conquista al espíritu de conciliación, había logrado imponer mi gusto moderno y algo atrevido, sobre el gusto rutinario, simétrico y cobardísimo de tía Clara. Sin herir suceptibilidades la obra primitiva se encontraba ya reformada, y bajo la presidencia de dos muñecas parisienses, rubias, petulantísimas, y vestidas de seda que esponjaban como pantalla, sus dos crinolinas, rosa la una y verde la otra, sobre mi mesa de noche y sobre mi escritorio, el cuarto se veía ahora bastante contemporáneo y bastante bien. Poco después de las once, vinieron a avisarme que tío Pancho había entrado a saludarnos como suele hacer cuando vuelve a esa hora del Ministerio de Relaciones Exteriores donde desempeña un empleo. Al tener noticias de su llegada, dejé al punto de contemplar mi obra, y fué entonces cuando entre helechos y palmas, hacia el fondo del corredor de entrada, me instalé en tertulia con él, con Abuelita y con tía Clara.

Como era sábado, día de repasar, tía Clara se hallaba ante una cesta llena de medias y de ropa, zurciendo una servilleta de hilo ya muy vieja y usada ; Abuelita, inclinándose mucho sobre las rodillas calaba uno de esos pañuelos de seda que doblados luego en cuatro, atados con un lacito, y puestos en una caja de cartón, distribuye el día de su santo a los nietos ; tío Pancho, sentado en una mecedora, fumándose un tabaco refería una historia muy interesante que hacía detener de pronto el calado de Abuelita o el zurcido de tía Clara y que a mí no me interesó nada porque trataba de personas que me eran completamente desconocidas. Mirando las matas del patio descansaba con fruición de la doble fatiga moral y material ocasionada por el arreglo de mi cuarto, reflexionando al mismo tiempo

cuál sería la manera más eficaz de desviar el curso de aquella conversación que me aburría. De pronto dije atropellando resueltamente la interesante historia :

— ¡ Oye, tío Pancho, quiero comunicarte un proyecto : ¡vamos a ir de paseo a Los Mecedores, los dos; hoy, mañana, pasado, cuando a ti te parezca! Me siento romántica. Tengo unos deseos inmensos de presenciar un crepúsculo acostada sobre la hierba, en pleno aire, mirando desde abajo la copa de los árboles y, detrás de los árboles, el cielo ; ¡ deseo muchísimo ver otra vez Los Mecedores ! Recuerdo que cuando chiquita me llevaban allá a hacer ejercicio y me gustaba mucho. Tomábamos el tranvía y llegábamos cerca de una iglesia que se llamaba... ¿ cómo era ....

— La Pastora.

— Eso es. ¡ Pues vamos a ir un día a Los Mecedores, los dos!... ¡Ah! y a propósito, Abuelita, ¿cuándo vamos a la hacienda de Papá, a San Nicolás?... ¿Es tío Eduardo quien la administra siempre, verdad ?...

Aquella pregunta que había sido hecha con entera naturalidad y alegría, se quedó durante un rato como suspendida en el espacio, y hubo un silencio, Cristina, un silencio intenso y trágico durante el cual Abuelita y tía Clara sin levantar la cabeza de la costura, levantaron la vista y se miraron un instante por encima de los ojos redondos de sus respectivos lentes. Luego, volvieron a la costura, y fué entonces cuando Abuelita, cosiendo y sin mirarme se decidió a hablar en un tono muy dulce y conmovido:

— San Nicolás es de Eduardo, mi hija.

Y esto lo dijo con la misma compasión con que se le habla a los niños muy pobres cuando quieren comprar en las tiendas un juguete de lujo. Después de la frase compasiva y breve, hubo otro silencio mucho más largo, más intenso y más trágico que el anterior. Era el silencio horrible de la revelación. Envuelta en la voz de Abuelita, la verdad se había presentado a mi espíritu

tan clara y terminante que no pedí ninguna explicación, ni hice ningún comentario. Comprendí que debía ser irremediable y decidí aceptarla desde el principio con valentía y con altivez. Sin embargo, Cristina, las consecuencias que surgían en tropel de aquella revelación eran demasiado enormes para que yo no las viese al momento y para que su vista no desencadenase en mi alma una horrible tempestad interior ¡San Nicolás era de tío Eduardo! No sabía cómo, ni por qué, pero ¡era de tío Eduardo! por lo tanto, yo, que me creía rica, yo, que había aprendido a gastar con la misma naturalidad con que se respira o se anda, no tenía nada en el mundo, nada, fuera de la protección severa de Abuelita, que se inclinaba ahora sacando la aguja por entre las hebras del pañuelo de seda, y fuera del cariño jovial de tío Pancho, que también callaba enigmático recostado en la mecedora, apretando entre los dientes el tabaco encendido y oloroso... Con mis ojos espantados les miré a los dos y seguí luego contemplando interiormente la horrible noticia que se abría de golpe ante mi porvenir, como una ventana sobre una noche lúgubre : ¡ la pobreza !... ¿ Comprendes bien, Cristina, todo lo que esto significaba ?... Era la dependencia completa con todo su cortejo de humillaciones y dolores. Era el adiós definitivo a los viajes, al bienestar, al éxito, al lujo, a la elegancia, a todos los encantos de aquella vida que había entrevisto apenas durante mi última permanencia en París, y a la que aspiraba yo con vehemente locura. Era también el adiós definitivo para ti y para tantas otras cosas y personas que no había conocido nunca y que presentía esperándome gloriosas por el mundo... ¡ el mundo !... ¿ sabes ?... ¡ todo el caudal de felicidad y de alegría que se agita más allá de las cuatro paredes de hierro de esta casa de Abuelita !... ¡ Ay ! la alegría, la libertad, el éxito ¡ya no serían míos!... Y ante semejante idea, sentí que un nudo me apretaba espantosamente la garganta y que un torrente de lágrimas me asediaba impetuoso y terrible...

Para poder disimular y contener las lágrimas empecé por ba-

jar los ojos y clavarlos en el suelo. Allí me di a contemplar fijos sobre el mosaico los zapatos de Abuelita, tía Clara y tío Pancho. No sé por qué me pareció que aquellos zapatos tenían una fisonomía especial y que con ella me estaban mirando. Es muy curioso el observar, Cristina, cómo en los momentos de crisis aguda los objetos que nos rodean se animan de vida. Hay veces que parecen hacerse cómplices del mal que nos tortura; otras, por el contrario, nos miran con una intención cariñosa y triste como si quisieran consolarnos. En aquel instante me pareció que aquellos seis zapatos en sus diversos aspectos o actitudes, tenían todos la expresión uniforme que tienen los públicos. Y era una expresión no sé si de burla o de lástima. Ambas cosas me desagradaban igualmente; pero como quería triunfar de mi emoción me dije que se burlaban de mí. Juzgué mi situación ridícula. Recordé la mirada de inteligencia que habían cambiado Abuelita y tía Clara por encima de sus lentes. Pensé que si tenía una crisis de llanto, ellas la referirían sin duda a tío Eduardo, me imaginé a tío Eduardo comentándola a su vez con su mujer y sus hijos; y enardecido terriblemente mi orgullo ante esta última imagen, acabé por triunfar de mi gran emoción. Entonces, para asumir al punto una actitud cualquiera, alcé la cabeza, miré a los circunstantes, respiré con violencia, exclamé:

¡Ay! ¡qué calor!

Y levantándome del asiento que ocupaba, me senté de un salto con mucha agilidad sobre una mesita o columna dedicada a sostener una de las grandes macetas de palma que en aquel instante tomaba el aire y el sol en el patio; una vez allí, me puse la mano izquierda en la cintura y me di a balancear el pie derecho con un movimiento acompasado de péndulo, cuyo extremo máximo llegaba hasta hacer chocar la punta de mi zapato contra el borde de aquella mesa de mimbre alrededor de la cual se hallaban Abuelita, tía Clara y tío Pancho. Sentía que semejante actitud debía darme un aspecto de absoluta despreocupación y

balanceaba el pie con estoicismo, con orgullo y con convicción.

Pero todo esto que detallado aquí parece larguísimo había ocurrido apenas en el breve espacio de un minuto. Bajo el rítmico balanceo de mi pie los tres circunstantes continuaban aún en completo silencio e inmovilidad. Sólo Abuelita, optó de repente por levantar los ojos del calado, me observó unos segundos y como mi actitud pareciese convencerla del todo, volvió a bajar la vista y siguió calando con mucha tranquilidad el pañuelo de seda. Se imaginó cándidamente que la noticia anunciada por ella como una bomba, me tenía sin cuidado. Eso era lo que yo quería y por lo tanto me sentí satisfecha. Pero te aseguro, Cristina, que desde aquel momento, Abuelita comenzó a desprestigiarse muchísimo ante mis ojos. Comprendí que tenía muy poca penetración y que carecía en absoluto de sutileza psicológica. En el fondo me alegro de que así sea. Es muy incómodo vivir con personas dotadas de penetración y de sutileza psicológica. Se pierde en absoluto la independencia y no es posible engañarlas jamás porque todo lo ven. Sin embargo, Abuelita tiene entre sus relaciones fama de gran inteligencia. ¡ Ah ! pero desde ese día cuando me dicen a mí : « el talento de tu Abuela » yo exclamo inmediatamente en mi fuero interno : « ¡ No es verdad, no tiene ninguno ! »

Como te decía, Abuelita, luego de observarme sin hacer comentario, volvió a su costura, enhebró la aguja que se le había desenhebrado, dió unas cuantas puntadas, levantó otra vez la cabeza, volvió a observarme y entonces dijo :

— María Eugenia, hija mía, oye : eres distinguida, bien educada tienes bastante instrucción, sabes presentarte correctamente, y sin embargo algunas veces tomas esos modales de muchacho de la calle. Mira : en lugar de sentarte en una silla como los demás, estás sentada ahí arriba, al nivel de mi cabeza en esa columna que se puede venir abajo con tu peso. Se te ven las piernas hasta las rodillas, tienes una mano en la cintura lo mismo que las sirvientas, y estás balanceando el pie con un mo-

vimiento vulgarísimo... Además, fíjate, mira, al darle así a la mesa con la punta del zapato echas a perder a un tiempo las dos cosas : la mesa, y la punta de tu zapato nuevo...

Terminada esta exhortación dejé de balancear el pie y me quité la mano de la cintura, pero como sentía una necesidad violenta de destruir algo, sin bajarme de la columna, cosa que hubiera sido demasiada obediencia empecé a surcar con la uña una hoja de palma que para desgracia suya se encontraba a mi alcance. Abuelita entretanto había vuelto a sumirse en el calado y callaba de nuevo. Su pensamiento debió caminar ahora por el terreno de los asuntos ecónomicos, porque al cabo de un rato dijo con entera naturalidad :

— Se me olvida siempre preguntarte, María Eugenia ; ¿ trajiste los diez mil bolívares que te giró Eduardo a París por medio de Antonio Ramírez?... Con el cambio me parece que alcanzaban a unos cincuenta mil francos...

— Sí ; en efecto, cincuenta mil francos, de los cuales, Abuelita, la última moneda de oro la cambié en la Habana. Por cierto que si no va tío Eduardo a buscarme a bordo, te advierto que de mi propio pecunio no hubiera podido pagar quien me cargase una maleta — y balanceando otra vez el pie, pero con impulso tan fuerte que estuve a pique de irme para atrás con columna y todo añadí : — ¡No me quedó ni un céntimo, ni medio céntimo, ni un cuarto de céntimo ! ¡ Nada ! ¡ nada ! ¡ ¡ nada ! !

Abuelita soltó el pañuelo, el dedal, la aguja, y se quitó los lentes espantada :

— ¿Gastaste todos los diez mil bolívares?... ¿los tiraste a la calle ?... ¡ Ave María ! ¡ qué locura !... Si se lo dije a Eduardo : « No mandes ese dinero sin advertir antes a Ramírez » pero se empeñó en girarlo por cable y ¡ aquí está el resultado!... ¡De modo que gastaste los diez mil bolívares !... Pero dos mil fuertes colocados al nueve te hubieran producido unos quince fuertes mensuales, mi hija : tal vez se hubieran

podido colocar al diez, hasta al doce y hubieran sido entonces ochenta o cien bolívares al mes... piensa... hubieras tenido algo, muy poco, una miseria, pero en fin algo, ¡algo para gastos de bolsillo siquiera!... Ese dinero se mandó a París, sólo por previsión, en caso de un accidente, de una enfermedad. Un mes antes se había girado al consulado una letra para tu viaje, para pagar cualquier gasto extraordinario que hubiera ocasionado la muerte de tu padre y para tu luto. ¡Era más que suficiente!

¡Ah! el celo extremado de Abuelita hacia aquellos dos mil fuertes, último jirón de mi patrimonio me crispaba horriblemente los nervios, ahora que ante mis ojos acababan de esfumarse los muchos miles que representaba San Nicolás. Mientras ella hablaba exaltadísima, yo, que me encontraba ahora sobre la columna, inmóvil y heroica como el Estilita, tuve de pronto el firme presentimiento de que tío Eduardo había rendido con mi herencia las cuentas del Gran Capitán, y sentí una rabia espantosa. Esta rabia alcanzó su período álgido cuando Abuelita dijo: « hubieras tenido muy poco, una miseria, pero en fin, algo, algo... » y como me imaginase al punto la cabeza antipática de tío Eduardo, me apresuré a insultarla con toda mi alma, dirigiéndole en pensamiento y de carretilla los siguientes apóstrofes: « Viejo avaro, ladrón, canalla, cursi, gangoso, escoba vestida de hombre » e injustamente, hice a Abuelita cómplice de mi desgracia. Entonces, con el objeto de molestarla de cualquier manera, cuando terminó de hablar, fingiendo buen humor, exclamé alegrísima :

— ¡ Ay ! Abuelita, Abuelita ¡ y cómo se conoce que no has estado nunca en París ! Yo me hice mis vestidos de luto en Biarritz ; ¡ claro ! pero lo que pasa siempre : te haces un vestido nuevo, llegas a París y parece viejo... Mira, en París, Abuelita, no me puse ni una vez los vestidos de Biarritz, ni los estrené, ni me molesté en guardarlos siquiera, porque su vista, sí, el verlos nada más de lejos, colgados en el armario me repugnaba: olían a colegio, a ingenuidad, a burguesía, ¡qué ho-

rror ! ¡ Ah ! fué en París Abuelita donde ya aprendí a vestirme, donde sentí de lleno esta revelación del chic !... Los vestidos de Biarritz que eran más o menos... ¡ pss !... diez o doce, se los regalé todos a la camarera del hotel... como eran negros, a la camarera le quedaban bastante bien, con la cofia de batista y esos delantalitos de...

Abuelita me interrumpió desesperada, y con los lentes trémulos, enarbolados en la mano derecha, exclamó varias veces, en ese tono trágico en que se lamentan las catástrofes irremediables :

— ¡ Qué locura, Senor, qué disparate, cincuenta mil francos en trapos cuando ya estaba equipada para el viaje !

— ¿ Pero no viste ayer mis vestidos, mis sombreros, mis medias, y mis combinaciones de seda, o crees acaso, Abuelita, que eso se regala en París ?... ¡ Si demasiado barato lo compré todo! aquello representa lo muy menos... lo muy menos : ¡ochenta mil francos!... A ver, tú, tú, tío Pancho, que según dices has pagado muchos sombreros en París, di : ¿ están caros mis sombreros ? ¿ están caros ?...

Y esta última pregunta la hice con tantísima vehemencia que estuve de nuevo a punto de caerme de la columna, pero esta vez de narices y en dirección a tío Pancho. El me consideró un instante y respondió evasivo envolviendo la respuesta en una bocanada de humo :

— Acuérdate que todavía no me has enseñado tus sombreros, María Eugenia.

— Bueno : pues mira ; lo más elegante, lo más bonito, lo más « *dernier cri* », que has visto en tu vida. ¡ Figúrate que llamaban la atencion en París!... Y como yo tenía con ellos tanta personalidad, tanta *allure*, pues no me llamaban sino « Madame »... sí;... « Madame Alonso ».

— ¡ Ay ! María Eugenia — dijo Abuelita asustada desmayando sobre la falda la mano de los lentes — ¡ quién sabe

hija mía, quién sabe por lo que te tomaban! Y para hacer ese papel tan triste botaste tu dinero!

— ¿Cómo, para hacer ese papel tan triste? Mira Abuelita, cuando se tiene dinero en París, y ese dinero se bota, como tu dices, pasas a ser más que un rey y más que un emperador. Te parece que todo es tuyo. La plaza de la Concordia, por ejemplo, es como si fuera... ¡pas! el patio de tu casa, los Campos Elíseos el zaguán de entrada, el Bosque de Bolonia tu corral, total, que acabas por convencerte de que vives en una especie de hacienda tuya en donde todo el que pasa está a tus órdenes para lo que quieras mandar. La prueba de lo que te estoy diciendo es esto que me ocurrió una de esas mañanas de sol en que uno se siente muy alegre: iba yo subiendo hacia la Estrella cuando mi taxi se quedó estacionado en plenos Campos Elíseos porque estaban arreglando la calzada y la circulación se hacía difícil. De pronto, gran sensación, pasaba el Presidente de la República con comitiva de ministros llenos de coronas y discursos que se iban a celebrar una de sus eternas ceremonias ante la tumba del soldado desconocido. Bueno ¿tú crees que me impusieron ellos a mí, o que me dieron ni por un segundo la sensación de mando? ¡Todo lo contrario! Como esos del Gobierno tienen por lo general un aire tan desgraciado y llevan tan mal la ropa ¿sabes lo que les grité en pensamiento desde mi taxi parado? Pues saqué la cabeza y les dije así con mucho cariño: ¡Adiós el mayordomo y el peonaje! Y a ver por Dios cuando me acaban de arreglar el piso que es una vergüenza lo que dura ya esto, aquí me quedo todos los días como están viendo, y llego en retardo para mis pruebas que son por lo general cosas de muchísimo apuro. Y a ver también si aprenden a tener un poco más de gracia, y que se afeiten tanto bigote que eso ya no se usa, y que se adelgacen, y que crezcan. ¡Abur! ¡Recuerdos al Desconocido!...

— María Eugenia — interrumpió Abuelita — mi madre decía siempre que Dios nos tomaba en cuenta las tonterías y las

palabras inútiles. Según eso, mi hija, tú, vas a tener mucha cuenta que entregarle a Dios.

Yo volví a la anterior conversación y seguí enumerando mis gastos :

— Bueno, además de los sombreros, el calzado todo a medida; añade los *déshabillés* ; añade la *liseuse de encaje*, añade el kimono negro... ¡ah! y sobre todo : ¡los regalos!... se me olvidaba, los regalos me costaron carísimos... Fíjate, Abuelita, fíjate en la etiqueta de las cajas, todas cosas finas de la rue de la Paix... ¡Ah! ¡es que yo no regalo pacotilla!

— ¡ Ah ! no, no regalas pacotilla — volvió a decir Abuelita sulfurada, enarbolando otra vez los lentes — ¡ Si me parece que estoy oyendo a tu Padre ! ¡ Qué caracteres de despilfarro ! ¿ Pero tú te imaginas, hija mía, que puede causarme algún placer ese saco de mano que me trajiste, ahora que sé de dónde salió y lo que te costaría ?

— ¡Pero yo tuve gusto en regalártelo y eso me basta!... ¡Ah! ¡si supieras lo que yo aproveché mi dinero! ¡si supieras lo que me encantaba probarme vestidos y más vestidos!... Mira, me iba a casa de Lelong quien, te advierto entre paréntesis, siendo de lo más chic, tiene precios bastante moderados, pues yo soy económica aunque tú no lo creas. Bueno, me iba, a casa de Lelong : ¡y a probarme!... que éste sí; que éste también; que aquél me queda que es una maravilla; que este otro me queda todavía mejor; y la vendedora que decía admirada : « ¡Con ese vestido parece una Reina!... pero le advierto que es el más caro de todos... » y yo, que respondía con este ademán así de millonaria elegante : « ¡El precio es lo de menos! » y a ver más modelos, y a tiendas, y a correr bulevares, arriba, abajo, sola, sola, solita, de mi propia cuenta!... ¿Crees, crees, Abuelita, que cambio esos días de libertad por tener veinte miserables fuertes mensuales?... ¡Ah! ¡no, no, y no!...

— Sí ; ya sabía por Eduardo, a quien se lo contaron en la Guayra, que andabas sola por las calles de París, y eso me

contrarió muchísimo. No comprendo como Ramírez, un hombre sensato, pudo autorizar jamás semejante locura. ¡Una niña de dieciocho años, sola, de su cuenta, en una capital como esa! ¡Qué disparate! ¡Qué peligro!... ¡Cuando lo pienso!... Y no te figures que aquí en Caracas puedes hacer lo mismo...

— ¡Ah! ¿de modo que esas eran « las ocupaciones » que tenía tío Eduardo en La Guayra? Andar averiguando lo que yo hice en París para venir a contártelo a ti. Quiere decir que también es espía y chismoso. ¡ Con aquella cara de mosca muerta!

— ¡Eso no es chisme! Era su deber advertirme, así como también es mi deber aconsejarte que no vuelvas nunca a cometer semejante imprudencia.

Tío Pancho y tía Clara, con ese tacto sutil que tienen las almas muy buenas, sí debieron sentir la tempestad subterránea que se desarrollaba en mi alma, bajo aquella discusión trivial con Abuelita. Respetaban los dos mi dolor con su silencio ; ella muy abismada en el pasar de la aguja por la trama del zurcido ; él distraído, echado hacia atrás, la cabeza sobre el respaldo de la mecedora, siguiendo con una mirada vaga las figuras alargadas y tenues, que el humo del tabaco iba forjando en el aire. De pronto se levantó; tiró la colilla entre las matas del patio, se quedó un rato pensativo, se vino luego hacia mí, se paró frente a la columna con los pies separados, las dos manos en los bolsillos del pantalón, la chaqueta recogida tras la actitud de los brazos y así, entre irónico y festivo, intervino al fin:

— ¿ Te divertiste con tus cincuenta mil francos ?... ¿ Sí ?... ¿bastante?... pues entonces estuvieron ¡muy bien gastados!... ¡Ah! sobrina, no sabes tú la serie de cheques de a cincuenta mil francos, que gasté yo en París, y como a ti : ¡no me pesa! Más vale gastar el dinero en divertirse, que gastarlo en malos negocios de los cuales se aprovecha infaliblemente

un tercero. Al menos divirtiéndose con él no se corren riesgos de hacer el papel de imbécil...

Pero Abuelita y tía Clara, con gran vehemencia le cortaron la palabra a tío Panchito, por medio de dos distintas objeciones. Tía Clara dijo :

— ¡Pero cómo te figuras Pancho que María Eugenia podía divertirse en París, cuando el cadáver de su Padre estaba todavía caliente como quien dice!... ¡No la creo tan sin corazón!

Y Abuelita por su lado, dominando la voz de tía Clara se puso a decir exaltadísima :

— ¡Eso faltaba, Pancho, eso no más faltaba, que vinieras tú ahora a predicarle a esta niña tus doctrinas corrompidas! ¿Por qué no le aconsejas también que beba, o que se ponga morfina o cocaína ahora que no tiene como gastar?

Tío Pancho, sin modificar su actitud se volvió ligeramente hacia Abuelita y dijo con mucha calma :

— Supongamos Eugenia que esta niña, movida por un espíritu de economía y de prudencia llega a Caracas con su cheque de cincuenta mil francos sin cobrar... ¿Qué hubiera sucedido? Usted, en su justo afán de acrecentar la suma, se entusiasma con tal o cual negocio que tiene Eduardo en San Nicolás. En una siembra de algodón, de tabaco, o de papas, un negocio seguro, segurísimo... Eduardo cede generosamente a María Eugenia un tablón de la hacienda ; se planta la semilla, pero viene un invierno, un gusano o la langosta ; precisamente, es del tablón de María Eugenia del que se encapricha la plaga y : « De profundis clamavi ad te Dómine... » ¡no quedan de él ni cenizas!... ¿no es mil veces mejor que haya entonces empleado su dinero en divertirse?... ¡ Ah! en negocios de agricultura que son los que hasta ahora hemos acostumbrado hacer en la familia, resulta que las calamidades y los malos precios se alían siempre contra el ausente, la mujer o el menor, quienes pierden

indefectiblemente... Ocurre... ¡ lo natural !... lo que ocurrió en el cuento de aquel almuerzo celebrado entre marido y mujer: ¡la ración del ausente es siempre la que se come el gato!

Aquello era una explicación clarísima de lo que yo quería saber y como resultó ser lo mismo que había sospechado, sonreí plancentera exclamando interiormente :

— ¡No lo dije !

Y creo sin duda ninguna, que me habría bajado de la columna para abrazar a tío Pancho por su valiente acusación, si no fuese porque Abuelita, enardecida quizás por mi presencia y mi sonrisa, se había erguido terrible contra el respaldo de su sillón de mimbre, y así, erguida, terrible, lastimada en lo más vivo de su amor de madre, estalló con la arrogancia de una leona :

— ¡Eso no puedo tolerarlo, Pancho, que aquí, en mi casa, en mi presencia, frente a mí, te atrevas a expresarte de Eduardo en esa forma y muchísimo menos todavía que lo desprestigies delante de esta niña, con quien ha sido él, demasiado lo sabes, tan bueno y tan generoso como un mismo Padre !... ¡Por decir cosas que tú supones graciosas no respetas nada, ni lo más santo, ni lo más sagrado! ¡Creo que Eduardo ha dado en su vida suficientes pruebas de ser un hombre íntegro y honrado!... ¡Ha levantado una familia honorable, ha pasado su vida trabajando, nunca se ha arrastrado en política, ni como hacen otros, ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego!..

Y al hablar así Abuelita estaba imponente y magnífica.

Porque sucede, Cristina, que Abuelita quien jamás sale a la calle ; rodeada como está siempre por el ambiente solariego de esta casa,. encastillada en sus ideas de honor; aureolada por sus años y su virtud austera, tiene realmente el prestigio de las grandes señoras que infunden en cuantos las rodean un respeto profundo. Del trato con mi Abuelo, su marido, que

fué poeta, historiador, ministro y académico, adquirió un ademán distinguido en el decir y la palabra fácil y elegante, circunstancia que le han valido sin duda ninguna su gran fama de inteligencia. En aquel instante, defendiendo a su hijo de las sospechas que las palabras de tío Pancho hubieran podido despertar en mi espíritu, estaba como te digo, soberbiamente altiva. Sus ojos ya apagados de ordinario, brillaban ahora encendides por el fuego de la santa indignación, y enarcados por las cejas severas, realzados por la majestad de los cabellos blancos, infundían temor.

Y no puedo negarte que durante un instante olvidé mi propio infortunio para admirar a Abuelita : la admiré con sorpresa, con veneración y con orgullo, por la majestad y por la elegancia que tenía para indignarse

Pero en cambio, tío Pancho que como te he dicho ya es insensible a la elocuencia y a cualquier otra de estas manifestaciones sublimes en que suelen exteriorizarse la cólera el entusiasmo o la desaprobación, permaneció impasible. Cuando Abuelita remató su brillante apología de tío Eduardo con aquella frase alusiva e hiriente : « No ha avergonzado jamás a su familia entregándose a la bebida y al juego... » tío Pancho, este tío Pancho que es inconmovible, sin decir ni una palabra, siguió inmóvil frente a Abuelita, con sus dos manos en los bolsillos, indiferente, apacible, silencioso, contemplando sobre el patio la inmensidad del espacio, como una roca erguida frente a un mar tempestuoso. Estoy cierta que pensaba :

— ¿Y para qué contestar ?... ¿De qué sirven las palabras?... ¡Si también son paravanes, mentiras, monedas falsas!...

Pero esto no lo dijo sino que debió reflexionarlo mientras callaba, durante la larga pausa que siguió a la indignación de Abuelita, como la calma sigue a la borrasca. Luego, en la misma actitud reflexiva y silenciosa dió unos cuantos pasos por

el corredor; pero a poco se detuvo, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró, exclamó

— ¡Diablo! si ya van a dar las doce!

Y muy tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido tomó del colgador su bastón, su sombrero ; se puso el sombrero ; se asomó un segundo al espejo angosto del colgador ; se despidió sonriente :

— ¡Hasta mañana!

Sonó la puerta de la calle que se cerró tras él, y los pasos se fueron apagando por el zaguán y la acera.

***

En efecto, a poco de salir tío Pancho, en plenos puntos suspensivos, el reloj de Catedral, un reloj filarmónico, Cristina, un reloj sochantre, que asomado a los cuatro costados de la torre se pasa el día cantando los horas, las medias y los cuartos con un canto monótono que se oye de toda la ciudad, y que de noche recuerda el fraternal e igualitario «de morir tenemos» de los Cartujos ; comenzó a cantar con mucha filosofía y unción:

— Tin, tan ; tin tan ;...

Bueno, una especie de canción que en notas musicales viene siendo :

— ¡Mi, do, re, sol!... (un cuarto) ¡Sol, re, mi, do! (otro cuarto) ¡Do, si, la, mi!... etc., etc.

Tía Clara dijo al momento :

— ¡Son las doce!

Y puesta en pie como por resorte se santiguó y entonó el Angelus en voz alta.

Yo en vista de mi malhumor, resolví no contestar en coro con Abuelita, ni a la salutación ni a las avemarías. Tía Clara me dirigió por ello una mirada de desaprobación mientras decía :

— « El verbo se hizo carne »...

Pero yo continué callada, y ella luego de terminar, volvió a santiguarse y sin decir más nada, recogió la ropa y las medias; las dobló; las metió en la cesta; se fué taconeando; y cuando el rítmico martilleo se perdió ahora también más allá del comedor y del segundo patio, entre Abuelita y yo se interpuso definitivamente un silencio penoso. De un salto me bajé al momento de la columna con el objeto de alejarme a mi vez, pero Abuelita, me hizo señas de que viniese a sentarme en la sillita baja de tía Clara que se hallaba a su lado, y entonces poniéndome una mano en el hombro, y con una voz muy suave, muy cariñosa, muy persuasiva comenzó a decirme dejando por completo de coser:

— Mi hija, ya no eres una niña inconsciente. Ya estás en edad de comprenderlo todo. Tienes una inteligencia muy clara, un corazón muy recto, y es preciso que con ellos juzgues las cosas tales como son, sin guardar nunca para nadie ni odio ni rencor. Las mujeres, hija mía, hemos nacido para el perdón. El tesoro de nuestra indulgencia no debe agotarse nunca, ni aun en medio de las más crueles espinas del sacrificio. ¡Con cuánta mayor razón si ese tesoro se prodiga sobre seres tan queridos como son nuestros Padres!... Las palabras imprudentes de Pancho me obligan a hacerte explicaciones que hasta cierto punto hubiera preferido que ignoraras siempre; pero dadas las circunstancias, es para mí un deber moral defender a Eduardo de cargos que injustamente se le imputan... Oyeme bien, hija mía, porque yo que te quiero como no te quiere nadie, te hablo con entera justicia: Si hoy no tienes nada en la hacienda San Nicolás, y ni un céntimo tampoco de la herencia que te dejó tu Madre, es única y exclusivamente por culpa de tu Padre, que vivió al día, como gran rentista, entregado a la más absoluta indolencia, sin pensar jamás en el manana ni en la muerte... ¡Ah! y este mal funesto que es el mismo de Pancho, es un mal de educación, un mal que

proviene de muy atrás, y que por lo tanto no puede reprochársele a ninguno de los dos...

Calló un segundo como para ordenar sus pensamientos y prosiguió :

— ...El culpable, el verdadero culpable de todo esto, no fué sino tu Abuelo, sí ; tu Abuelo Martín Alonso que era por cierto muy simpático, muy galante, muy caballero, muy insinuante... ¡Ah! Y piensa tú si lo conocería yo, cuando como sabes, Martín era primo hermano mío!...

Y entonces Abuelita en un relato que iba a ser muy largo, para mejor explicar el proceso de mi ruina, se subió varias ramas a mi árbol genealógico y comenzó por describir detalladamente, la persona y la casa de mi Abuelo Martín Alonso, pero allá, en los tiempos remotísimos en que mi Abuelo adolescente e hijo de familia, no pensaba casarse todavía. Según ella, nada ni nadie igualaría ya nunca en Caracas, el esplendor de aquella casa y de aquellos bailes, celebrados en sociedad muy escogida, llenos de elegancia, de distinción, de suntuosidad... (¡ah! ¡yo me río de la elegancia y de la suntuosidad de aquellos tiempos, Cristina, sin luz eléctrica, las mujeres sin pintar, y las parejas que bailarían algún vals « Sobre las olas » con metro y medio de separación!... Pero no olvides que es Abuelita quien tiene la palabra). La casa de los bisabuelos Alonso era, pues muy lujosa, porque los Alonso eran tan ricos, tan riquísimos, que eran quizás los primeros capitalistas de Venezuela. Tenían una fortuna en joyas, en tapices, en cuadros, en alfombras, en vajillas... y : ¡patatí patatá!... Abuelita que como te he dicho, tiene mucho don de palabra se puso a detallar con tal entusiasmo la magnificencia de aquella casa y de aquellas fiestas en donde la conoció y cortejó a ella su marido y mi abuelo Don Manuel Aguirre, que yo, a pesar de mi horrible mal humor, la vi un instante florecer triunfalmente en los salones Alonso, con su ancha crinolina pompadour, los bucles

negros caídos sobre la nuca, el abanico de nácar en una mano, inclinada, sonriente, desmayándose de ingenuidad, junto al futuro académico Don Manuel... bueno, algo así que oscilaba entre un retrato de la Emperatriz Eugenia, y aquel par de muñecas que yo había dejado una hora antes esponjadas en mi cuarto.

Terminada la descripción o apología de los primitivos Alonso, su casa, y sus bailes, Abuelita se concretó a mi Abuelo Martín príncipe heredero de todo aquel esplendor. Según ella mi brillante y seductor Abuelo, se casó muy joven, se casó muy bien, y su vida hubiera sido tan apacible y feliz como la de sus Padres a no haber tenido la desgracia de enviudar a los pocos años de matrimonio...

— ...¡ Lo mismo, lo mismito que debía pasarle después a tu Padre !... En un hondo suspiro, comentó Abuelita al llegar aquí. Tras el comentario hizo una pausa y siguió adelante en su relato.

De tan efímero como feliz matrimonio, a mi Abuelo Martín le quedaron dos hijos : Tío Pancho y Papá. Con ellos todavía niños se fué a Europa, sólo en viaje de salud, y para regresar apenas unos meses después. Pero una vez en Europa ¡ perdió el juicio ! aquello se le subió a la cabeza, le entró el delirio de grandezas, se instaló en París a todo tren, se entregó enteramente a las diversiones, y como la vida de disipación y de lujo es una pendiente que conduce a un abismo sin fondo, apegándose cada día más y más a tan frívola existencia no volvió nunca a Venezuela. Allá crecieron sus dos hijos; y aquellos niños, criados en un ambiente de ociosidad y despilfarro, sin hábito ninguno para el trabajo, cuando llegaron a grandes, siguieron el ejemplo de su Padre... Entonces, juntos, como tres compañeros de la misma edad, se dieron a la disipación, al derroche, a los placeres, a la más culpable ociosidad e inconsciencia... ¡ Ah ! ¡ los frutos de la mala educación !... ¡ Ah ! ¡ los peligros del lujo !...

Y mientras Abuelita con estas u otras parecidas palabras lamentaba hondamente semejante desordenada existencia, yo, la verdad, lo mismo que me la había imaginado a ella un rato antes, esponjada en su crinolina, me imaginé ahora a mi Abuelo y sus dos hijos, puestos de frac, corbata blanca, flor en el ojal y chistera un poco ladeada ; es decir algo así como tres joviales personajes de Opereta Vienesa, de esos que entran alegremente en algún cabaret acompañados de Frou-Frous y de Mimíes, que se colocan en fila uno tras otro, con una copa de champagne en la mano, que levantan a compás el mismo pie, mientras cantan en coro, primero hacia la derecha y después hacia la izquierda aquello de : « ¡Viva, viva la alegría!... » o alguna otra sugestiva canción por el estilo... ¡ Ah ! ¡ Cristina, lo que debió divertirse esta Sagrada Familia y el gusto que debe dar tener dinero y ser hombre !...

Unos años después, cuando joven todavía murió mi Abuelo, Papá y tío Pancho siguieron gastando locamente, ya sin tasa ni medida. Esto, sumado a una malísima administración, revoluciones, crisis, bajas de precio, etc., hizo que aquella fortuna inmensa acabara de venirse abajo en poco tiempo. Cuando Papá volvió por fin a Venezuela, tenía treinta años y estaba ya casi arruinado. En cuanto a tío Pancho no vino, sino que de acuerdo con sus teorías acerca del uso que debe tener el dinero, resolvió quedarse indefinidamente en París mientras el correo le llevase los célebres cheques de cincuenta mil francos.

Afortunadamente Papá una vez aquí, apremiado por la necesidad, que según Abuelita es la mejor de las Madres, se dió a reorganizar su fortuna. ¡Todavía era tiempo de quedar al abrigo de la pobreza! Y así regenerado por el trabajo comenzó a ser otro. ¡ Qué actividad, qué inteligencia, qué acierto demostró en la organización de sus intereses !...

A los pocos años de llegar a Caracas se había casado ya, y al casarse acabó de coronar su obra y ordenar su vida. Porque él, que había liquidado toda su maltrecha fortuna, para con-

centrarla y redimir con ella la hacienda San Nicolás, una hacienda magnífica, una verdadera « mina de oro », que tenía muchísimos años en manos de la familia y que se hallaba ahora exhausta, abandonada, llena de deudas; al casarse digo, sumó a aquella liquidación de sus propios bienes, la pequeña fortuna de Mamá, y se entregó de lleno a su proyecto : redimir a San Nicolás. Y fué tanto, tantísimo, lo que se apasionó por la agricultura y la reconstrucción de la hacienda, que en San Nicolás se instaló de un todo después de casado, allí se dió a trabajar, allí nací yo ; allí pasó sus años felicísimos de matrimonio, y finalmente allí sin saber cómo cogió Mamá aquel tifus terrible que la mató en unos días... Poco tiempo después de esta catástrofe, Papá enfermó, triste, neurasténico, lo mismo que había hecho mi Abuelo treinta años antes, él también resolvió irse a Europa en viaje de recreo y de salud. Y fué entonces cuando obstinadamente, contra la opinión de Abuelita que se ofrecía a cuidarme durante su ausencia, desoyendo sus consejos, destrozando su corazón al arrancarme de su lado, para no volver ya más, se embarcó en La Guayra con mi aya y conmigo, aquella mañana lejanísima que yo recuerdo aún...

Hasta aquí Cristina, estoy conforme con el relato de Abuelita ; en él aparece la verdad pura y clarísima como aparecen los guijarros en el fondo de una agua muy limpia. Pero como verás de aquí en adelante el agua se ensucia, gracias a la jabonadura de las manos de tío Eduardo, y ya, bajo las palabras sinceramente dichas, la verdad no aparece más ante mis ojos con aquella nítida claridad del principio.

Y es que según parece, Papá, antes de su desgracia, se había entusiasmado con no sé que empresa industrial de hilandería, y en combinación con ella había hecho una gran siembra de algodón en San Nicolás que se hallaba ya completamente libre y floreciente. Cuando muerta Mamá y enfermo él, resolvió su viaje, asoció a tío Eduardo a la explotación del algodón, a la empresa

industrial, le dió poderes generales, y lo nombró administrador de la hacienda...

Luego se fué.

— ¿Qué ocurrió entonces? — continuó diciendo Abuelita, con su voz afirmativa trémula de convicción — ¡Pasó lo que yo tanto le anuncié, lo que yo tanto presentía! Una vez allá se quedó en París indefinidamente, volvió a su vida disipada de soltero, se entregó a la ociosidad y gastando de nuevo a manos llenas, poco a poco fué perdiendo su fortuna y junto con ella perdió también lo que sólo era tuyo: ¡la pequeña herencia que te había dejado tu Madre!... Eduardo, por el contrario, trabajaba asiduamente, sin separarse de la hacienda, sin venir casi a Caracas; puede decirse que allí crecieron sus hijos; como es natural hizo economías y mientras tu padre gastaba sin juicio, él iba adquirendo más y más... Según me ha contado Eduardo, muy poco tiempo antes de la muerte casi repentina de tu Papá lo había llamado ya a fin de hacer juntos una liquidación... Esta se hizo después de la desgracia... De ella resultó que Antonio no dejaba sino deudas... y ¡asómbrate! Eduardo, no solamente las cubrió, sino que además con gran generosidad pagó los gastos extraordinarios de clínica y entierro; dió para tu viaje, dió para tu sostenimiento de tres meses en Europa, y por último, en obsequio tuyo, se desprendió también de esos diez mil bolívares que tan irreflexivamente malbarataste en París... ¿Comprendes ahora por qué me molesté ante las alusiones injustísimas de Pancho?... Eduardo ha sido muy generoso contigo: ¡es preciso que lo sepas y se lo agradezcas!... ha sido muy generoso... muy generoso... casi tanto como lo es hoy día conmigo!...

Estas palabras finales de Abuelita me habían ido cayendo en el espíritu como me hubiese caído en la cabeza una lluvia de plomo derretido. Sentí... ¡yo no sé lo que sentí!... El tono convencido y rotundamente afirmativo con que hablaba, había domado a tal punto mi espíritu, que en mi alma se mezclaba ahora

con desesperada efervescencia, la indignación de la víctima despojada y la perplejidad humillante de la duda :

¡ De manera que no solamente no tenía nada, nada en el mundo, sino que además debía vivir eternamente agradecida a tío Eduardo por sus beneficios!... Pensaba en el aire de superioridad con que me había tratado María Antonia el día de mi llegada y me daban ganas de quemar uno tras otro todos los objetos adquiridos por medio de aquellos diez mil bolívares. ¡ Ah !... ¡ qué humillación !... ¡ qué rabia !...

Pero de pronto me dominaba otra vez mi primera sospecha .

¡No!... ¡No!... Abuelita que hablaba de muy buena fe, estaría engañada tal vez por tío Eduardo... Sí... sin duda : ¡ bien claro lo había dicho tío Pancho !... Además : ¡ aquella cara !... ¡ No en balde, me había parecido tan feo, tan horrible al verle por primera vez a bordo del vapor!...

Cuando la voz de Abuelita después de elogiar multitud de veces la generosidad infinita de tío Eduardo, se hubo callado al fin, yo, con los dientes muy apretados me quedé reflexionando un instante esto que te llevo dicho. Luego, mientras la gran baraúnda de perplejidades y de dudas se agitaba aún en mí, tratando de fingir indiferencia le repliqué con el mismo tono firme con que había hablado ella :

— Pero Abuelita, yo no vi nunca que Papá viviera en medio de ese despilfarro que tú dices, y siempre, siempre, hablaba de San Nicolás, como si fuese dueño único, exclusivo : ¿ Cómo es posible que no se hubiera dado nunca cuenta de su absoluta ruina ?

— Tu Padre, hija mía — continuó diciendo Abuelita con su tono convencido y magnetizador — tu Padre en Europa no volvió a ocuparse más del estado de sus negocios. Vivía entregado a un libro de críticas históricas que según parece estaba escribiendo, y... ¡ a otras distracciones !...

Calló un instante, y después añadió más enérgicamente sembrando las palabras de pausas y de misteriosas reticencias :

— ¡ Ah !... ¡ los hombres !... Los hombres, hija mía, gastan a veces mucho... mucho... ¡ ese París !... ¡ ah ! ¡ ese París!... es el sepulcro de todas nuestras grandes fortunas, y muchas veces, es también el sepulcro de la felicidad honrada y tranquila...

Continuó hablando y el tono misterioso continuó su obra de sugestión ; porque ya, muda, con los ojos abiertos, fijos sobre las matas del patio, sumida enteramente dentro de la duda sólo tenía fuerzas para comentar conmigo misma :

— ¡ Y quién sabe !... ¡ quién sabe !

¡ Sí ! lo único que verdaderamente sabía, es que en aquella mañana, en aquella hora negra que acababa de pasar, se había revelado a mis ojos un hecho evidente, irremediable y espantoso : ¡ la absoluta pobreza, sin más remisión ni más esperanza que el apoyo de los mismos que me habían quizás despojado !

Abuelita, conmovida sin duda por mi silencio aprobador, suavizando la voz más y más, seguía torturándome por querer consolarme :

—Comprendo hijita mía, que estas noticias te contraríen, pero piensa... ¡ piensa que no estás sola en este mundo !... ¡ Cuántas otras hay más desgraciadas que tú, porque viven en la absoluta miseria y tienen además que trabajar para poder comer! ¡De cuántos peligros no se ven rodeadas! A ti no te faltará nada mientras yo viva... Desgraciadamente, no soy rica, no tengo sino lo indispensable ; pero sé que Eduardo velará siempre por mí, y yo, a mi vez me ocuparé de llenar todas tus necesidades... Por otro lado eres bonita, distinguida, estás bien educada, perteneces a lo mejor de Caracas... ¡ harás sin duda un buen matrimonio !... No veas tu situación desde el punto de vista europeo. Allá la pobreza de una joven representa generalmente el fracaso completo de su vida. Aquí no... Allá se le dice a la mujer : « Tanto tienes, tanto vales » Aquí no, aquí sólo cuenta el ser bonita y sobre todo : ¡ virtuosa !... En nuestra sociedad muy decaída por otros conceptos existe todavía

cierta delicadeza en los hombres. Nuestros hombres, tienen un verdadero culto por la mujer virtuosa, y cuando van a casarse no buscan nunca a la compañera rica, sino a la compañera irreprochable... ¡ Por eso, por eso hija mía, te quiero ver siempre sin la más leve sombra de ligereza! Quiero que seas severísima contigo misma, María Eugenia. Oyelo bien : en todas partes, y aquí más que en todas partes, la virtud de una mujer intachable vale muchísimo más que su dinero... Mira, yo era pobre cuando tu Abuelo se enamoró de mí y... fuí feliz... ¡ ah ! ¡ tan feliz !... Tu Abuela paterna, Julia Alonso, se casó con Martín, millonario, cuando ella y su familia vivían en la miseria más completa : ¡ tenían que trabajar para poder comer !... Rosita Aristeigueta, parienta nada menos que de Bolívar y del marqués del Toro... Las Urdaneta... Las Soublette... Las Mendoza... María Isabel Tovar, mi prima...

Y remontándose otra vez setenta años arriba, Abuelita, con su voz suavísima de caricia, comenzó a tejer una tras otra, sencillas crónicas de amor, en las cuales, sin interés de dinero surgían matrimonios de una felicidad idílica, patriarcal...

Sentada junto a ella, mirando las matas del patio, inmóvil, petrificada, en mi desastre, me di a escuchar en silencio las viejas historias de las viejas amigas de Abuelita ; escuché después las de las hijas, y escuché por fin las de las nietas. Las oí todas con resignación y con melancolía. Y es que para mis oídos, aquellos nombres eran dulcemente evocadores. Los había escuchado muchas veces, pronunciados por la boca de Papá, cuando él también refería con objeto muy distinto al de Abuelita, el mismo proceso de la aristocracia de Caracas es decir la dolorosa historia de casi todos aquellos « criollos » descendientes de los conquistadores, que se llamaron « mantuanos » en tiempos de la Colonia, que fundaron y gobernaron las ciudades ; que grabaron sus escudos en la puertas de las viejas casonas ; que hicieron con su sangre la independencia de media America , que decayeron después, oprimidos bajo las persecuciones y los

odios de partido ; y cuyas nietas y biznietas hoy día oscurecidas o pobres como lo soy ahora yo, sin avergonzarse jamás de su pobreza, esperaban resignadas la hora del matrimonio o la hora de la muerte, haciendo dulces para los bailes, o tejiendo coronas de flores para los entierros.

Y como el tono, y los nombres, y los relatos, venían a estar de acuerdo con mi estado de ánimo, escuchando la voz de Abuelita, me dejé llevar suavemente en alas de la conformidad ; mis nervios comenzaron a deprimirse, las ideas irritantes se apagaron una tras otra ; el tono arrullador y maternal como un canto de cuna se insinuó enteramente en mi espíritu y las palabras monótonas acabaron por resonar en mis oídos sin significado... Contemplando la copas verdes de los rosales del patio me di a considerar el eterno reverdecer de las plantas bajo la luz del sol... Sí... La vida tenía una fuerza misteriosa que todo la vencía... tal vez pudiese yo renacer todavía a la felicidad... como bien decía Abuelita, el matrimonio, esto es, el amor, aquel amor lejano de su juventud, a mí me esperaba todavía en la vida... ¡ Quizás llegase con él la realización de tantos anhelos imposibles que me torturaban ahora la existencia !... ¡ Mi alma, como aquellos rosales más pequeños del patio no había florecido aún !...

Y mientras la resignación dulce y benigna, se extendía lánguidamente sobre mi alma atormentada, mirando siempre las matas del patio, y con la voz arrulladora siempre en los oídos, me pregunté a mí misma por primera vez con ansia y con curiosidad qué cosa sería realmente el amor, ese amor que me mostraba Abuelita como la única puerta por la cual podía ya salir a la vida, ese amor que habiendo sido siempre familiar a mis oídos parecía encerrar ahora un sentido extraño y desconocido, ese amor que era ya la única redención posible de mi existencia... ¡ Ah !... ¡ el amor !... ¿ qué secreto milagroso se encerraba en lo más íntimo de su esencia ?... y además : ¿ qué entendería Abuelita por « felicidad » ?...

De pronto me pareció que lo que Abuelita llamaba « felicidad » debía ser algo muy triste, muy aburrido, algo que al igual de esta casa olería también a jazmín, a velas de cera o a fricciones de Ellimans' Embrocation... y decaída como estaba, Cristina, ante semejante deducción sentí unos deseos inmensos de romper a llorar. Pero no lloré. Tan sólo se me humedecieron los ojos y con los ojos húmedos seguí, reflexionando ávidamente sobre el mismo tema, es decir, sobre el verdadero sentido de la palabra « amor » y de la palabra « felicidad » porque era como si en aquel momento acabase de escucharla por primera vez...

Después, sin saber bien la causa, me di a pensar en mi amigo, el poeta colombiano que conocí a bordo. Durante un largo rato le estuve contemplando muy nítidamente con la imaginación y ¡cosa rara!, a pesar del tiempo y la distancia, en esta visión mental que era muy clara, fuí poco a poco descubriendo en la persona de mi amigo multitud de atractivos que yo antes, dado mi gran aturdimiento, al mirarle de cerca, no había jamás tomado en cuenta. Recordé, por ejemplo, el exquisito perfume que despedía su pañuelo ; la hechura correcta de su ropa ; su pulcritud ; el refinamiento de su trato , su elegante nariz borbónica; sus buenos modales; su indiscutible talento para hacer versos ; y su apellido que era un apellido muy ilustre de la alta sociedad de Bogotá...

Y de repente, en un momento dado, cuando la voz de Abuelita hizo una tregua en el cronicón sentimental, aproveché la coyuntura y pregunté al instante :

— Dime, Abuelita : ¿ y las personas que viven en Bogotá no vienen con frecuencia a Caracas?... ¿Es cierto eso de que el viaje es un viaje larguísimo que toma muchos días ?...

Y ella, abandonando por completo el tema anterior, muy amable y complaciente se engolfó en una prolija explicación :

— ...Pues siempre he oído decir, que si el río Magdalena no trae agua, el viaje es tan dilatado, que viene siendo casi, casi,

como ir desde aquí hasta Europa... ¡Ya ves tú que cosa! a pesar de la distancia que es relativamente muy corta, puesto que según parece cuando pongan el servicio aéreo de que hablan ya los periódicos...

*
* *

Pero aquella misma tarde, después del almuerzo, a eso de las tres, ya había huído enteramente de mí el espíritu santo de la conformidad. Encerrada con llave aquí, en mi cuarto, tendida sobre la cama, descalza, en kimono, con las manos cruzadas bajo la nuca, contemplaba sucesivamente : el techo, el flamante papel de las paredes, la muñeca lamparilla del escritorio, el postigo entreabierto de la ventana, y pensaba con desesperación en el porvenir horrible que me aguardaba. Por todo programa, aquel que Abuelita me había expuesto en la mañana: «Tratar de ser lo más intachable posible » es decir, tratar de ser lo más cero del mundo, a fin de que un hombre, seducido por mi nulidad, viniera a hacerme el inmenso beneficio de colocarse a mi lado en calidad de guarismo, elevándome por obra y gracia de su presciencia en suma redonda y respetable que adquiriría así cierto valor real ante la sociedad y el mundo. Mientras tanto el encierro, la severidad, el fastidio y el agradecimiento a tío Eduardo...

— ¡ Ay, ay, ay, con el programa !... ¡ Qué horror !... ¡ Y quién fuera perro ! ¡ sí !... ¡ quién fuera pájaro, quién fuera árbol, quién fuera piedra, quién fuera cualquier cosa menos mi propia persona !

Y así pensando, daba saltos de desesperación sobre la cama, lo mismo que un pescado que acabasen de sacar fuera del agua.

Confiesa, Cristina, que mi situación no era para menos.

Afortunadamente, en un segundo de tregua mis ojos cayeron por casualidad sobre el montón de libros y cuadernos que constituyen mi pequeña biblioteca musical, los cuales, en

aquel momento histórico se hallaban abiertos y en desorden encima de una silla por no haberles asignado todavía un sitio adecuado dentro del armario. La vista de una página a la que se asomaban ordenados grupos de corcheas y de fusas, me trajo muy vagamente la idea de la música, luego me trajo la idea del piano y por fin me trajo la idea del estudio. Recordé que allá en el colegio, el profesor que iba a darnos clase alababa con frecuencia la finura de mi oído diciendo además que mi mano era la mano larga y firme de los buenos pianistas. La palabra « pianista » me hizo pensar al punto en mi compatriota Teresa Carreño, que como sabes llegó a ser una estrella del arte aplaudida y celebrada en el mundo entero. Pensando en Teresa Carreño, me imaginé a Papá cuando refería que tan gran artista debía su gloria al tesón y a la perseverancia con que se había dado al estudio desde muy joven. Volví entonces a recordar la opinión de nuestro profesor del colegio acerca de mis disposiciones musicales, y de repente: ¡ Eureka ! una esperanza se encendió en la lobreguez de mi porvenir como una cerilla que se hubiese raspado inopinadamente en las profundidades de un subterráneo :

— ¡ Me entregaré al arte ! — exclamé — ¡ Ah ! sí ; estudiaré el piano ocho, nueve o diez horas diarias. Gracias a mis naturales disposiciones desarrolladas así por un estudio paciente y metódico, en pocos años puedo llegar a ser una verdadera pianista ; me presentaré al conservatorio, quizás obtenga un premio ; obtenido el premio daré conciertos ; los conciertos me darán renombre ; este renombre puede llegar a ser universal ; y entonces... ¿ por qué no ?... ¡ al igual de Teresa Carreño yo también conoceré el triunfo, las ovaciones y la gloria !... ¡ eso es !... y para ello, me pondré a la obra sin tardar el próximo lunes... ¡ no !... mañana mismo !... ¡ no !... ¡ ya ! !

Y sin más me levanté de la cama ; me puse los zapatos ; me ceñí el kimono; me até la banda bien apretada sobre las

caderas ; tomé los cuadernos de encima de la silla, y con ellos bajo el brazo me dirigí al salón.

Al desembocar en el corredor de entrada encontré a tía Clara y a Abuelita que habían vuelto a instalarse con sus respectivos lentes sobre la nariz, y sus respectivos enseres de costura sobre la falda. Viéndolas tan abstraídas, me detuve y me acerqué a participarles :

— Voy a tocar el piano si no las molesto.

Y seguí caminando tranquilamente hacia la puerta del salón. Fué sólo a los pocos segundos, al escuchar la voz alarmadísima de tía Clara cuando pude apreciar el escándalo que había producido en ella mi noticia.

— Pero María Eugenia, por Dios, niña, ven acá — dijo con una voz trémula que oscilaba entre el asombro y el reproche — ¿cómo vas a ponerte a tocar piano, cuando tu Padre no ha cumplido siquiera los cinco meses de muerto ?

— ¡ Y eso que importa ! — contesté yo luego de detenerme y de plantarme insolentemente frente a ella que me contemplaba atónita por encima de sus lentes — Tocaré estudios, melodías, nocturnos... ¡ bueno ! cosas indiferentes o cosas tristes.

— Pero si desde el día en que se supo la muerte de tu Papá, se cerró aquí la ventana, María Eugenia, y nadie ha vuelto nunca a poner las manos en el piano : ¿ cómo es posible que seas tú, su hija, quien al llegar lo abra de nuevo ?... Reflexiona... ¿ qué dirían los vecinos ?

— ¿ Los vecinos ?... ¡ Yo me río y me burlo de los vecinos, tía Clara, los desprecio por completo, y lo que desearía es que se fueran todos juntos al infierno !

— ¿Y por qué te vas a burlar ni a reír de los vecinos, María Eugenia, ni a mandarlos al infierno ?... ¡ Si son todas personas decentísimas, de lo mejor de Caracas ! Es preciso que lo sepas : ¡ esta calle está admirablemente bien habitada ! ¿ No es verdad, Mamá ?

— ¡ Ah ! ¡ de manera entonces que porque el vecindario

sea muy distinguido yo voy a vivir también bajo la tutela de los vecinos !

— Pero ven acá, María Eugenia, hija mía, ven, reflexiona — intervino Abuelita con la misma voz persuasiva de la mañana — ¡ Clara tiene razón !... Considera lo que te dice : Un Padre es algo muy grande, muy sagrado, que no se muere sino una sola vez en la vida. Debes tener sentimientos... necesitas educar tu corazón... ¿ qué puede esperarse de una mujer que sea incapaz de sacrificarse un poco, un poquito... solamente lo que se requiere en general para guardar con decoro el luto sacratísimo de un Padre ?...

— ¡Pero que tiene que ver el piano con mi corazón! ¡¡canastos !! ni que...

— ¡ No hables con interjecciones, María Eugenia, hija mía, es ya la tercera vez que te lo digo !... ¡ Eso no es propio de una niña!... y además... aprovecho la ocasión para advertirte : mira, te pones así, al trasluz con esa bata japonesa que tienes ahora y te ves indecentísima : ¡estás completamente desnuda!... ¿ Por qué has de andar sin fondo, María Eugenia?...

— Pero bueno, vamos a concretarnos primero a lo del luto — expliqué inmóvil y furiosa con mis libros bajo el brazo — yo no comprendo en absoluto qué relación lógica puede existir entre la muerte de Papá y el piano de esta casa... ¡ « los sentimientos »!... ¡vaya con los sentimientos! pues si la música se inventó precisamente para eso : ¡ para expresar los sentimientos ! Dime si no Abuelita, dime: ¿qué es por ejemplo, una elegía o una marcha fúnebre sino un sistema refinado, artístico y genial de dar un pésame, como quien dice ?...

Pero Abuelita, que se había quitado ya los lentes, esbozó con ellos en el aire un ademán que parecía anatematizar todo razonamiento, y agitando negativamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, dijo en ese tono terminante en que suele hablar la convicción que no se digna bajar al terreno despreciable e irreverente de las discusiones :

— ¡ No, no, no, hija mía, a mí no me convences ! Creo que si no tienes el suficiente buen corazón para guardar espóntaneamente el luto riguroso que exige la muerte de tu Padre, debes fingir que lo tienes. De otro modo harías muy mal efecto en mí y en todas las personas sensatas que lo supieran: ¡te lo aseguro !

— Bueno... de manera que sin apelación : ¡ no puede tocarse el piano !... ¡ Bien, bien, bien, pues ni una palabra más : no tocaré !...

Y dando media vuelta militar me vine indignada con mis cuadernos de música bajo el brazo, por el mismo camino que me había ido. Al llegar a este cuarto tiré con furia todos los cuadernos de música sobre la misma silla donde volvieron a adquirir su primitivo aspecto de tortilla. Luego me puse las dos manos extendidas sobre las caderas y exclamé en alta voz esta frase, que dadas las circunstancias resonó en los ámbitos del cuarto de un modo verdaderamente sublime.

— ¡ Por la mañana me quitan la fortuna ; ahora, en la tarde me arrebatan la Gloria !

Y me quedé unos segundos con las manos en las caderas y los ojos clavados en el suelo.

Pero afortunadamente, como bien recordarás tú, Cristina, mi imaginación que es estéril en los momentos de calma, en los momentos de indignación es fecundísima. Gracias a esta gran fertilidad imaginativa, a los diez segundos de contemplar el suelo, había encontrado ya un plan inmediato que iba a servirme a la vez de aclaratoria, de represalia, y de distracción. Era ello : irme de paseo con tío Pancho a cualquier parte lo más pronto posible :

— ¡ Ah ! — me dije — hablaré a solas con él y así sabré a qué atenerme en lo concerniente a las generosidades de tío Eduardo.

E inmediatamente llamé a tío Pancho por teléfono. El quedó en que pasaría a buscarme a las cuatro y media en punto. En-

tonces yo, satisfechísima de mi proyecto, teniendo casi una hora de tiempo para vestirme, comencé a arreglarme como a mí me gusta, es decir, poco a poco, con mucha calma, mucha tranquilidad y muchos detalles... Por fin cuando ya perfumada, y puesto el sombrero mi *toilette* estuvo lista, una *toilette* de paseo ¿ sabes ? sencilla, sobria, elegantísima, me quedé lo menos diez minutos caminando, sonriendo, y accionando frente a la luna de mi armario, porque la verdad sea dicha, Cristina, aquella rabia que me tenía los ojos encendidísimos desde por la mañana, sumada al escote en punta, al sombrero pequeño, al largo velo de *crêpe Georgette*, y al carmín de Guerlain, me quedaba... bueno : ¡ que estaba yo mejor que nunca !... Y por mi gusto hubiera permanecido accionando y sonriendo ante el espejo un buen rato más si no fuera porque el reloj de Catedral con su canto de barítono cartujo comenzó a advertirme :

— ¡ Mi, do, re, sol !... ¡ Sol, re , mi, do !...

O sea que eran ya las cuatro y media.

Para no hacer esperar a tío Pancho, me fuí caminando muy de prisa hacia el corredor de entrada en el cual aparecí triunfalmente, erguida la cabeza, recogido el velo a lo manto real, y abrochándome los guantes.

Como era de esperar al verme llegar así, tan inopinadamente de sombrero y guantes, el espanto volvió a cundir de nuevo entre Abuelita y tía Clara .

— ¿Pero adónde vas a estas horas y con quién? — interrogó al momento Abuelita en tono de queja profunda y quitándose los lentes, lo cual, como habrás visto ya, es señal indiscutible de borrasca.

Yo, que a más de encontrarme encantada en mí misma, venía preparada para el ataque, respondí sonriente, amabilísima, metiendo la mano izquierda por entre la botonadura del vestido a la altura del pecho, actitud que debió prestarme cierta arrogancia napoleónica :

— ¡ Pues me voy de paseo a Los Mecedores con tío Pan-

cho ! ¡ Creo que es un lugar muy solitario propio para mi luto riguroso !...

Y hecha esta declaración, abrí al punto mi bolsa de mano, tomé el espejito y comencé a mirarme bajo la luz viva del patio, porque me urgía muchísimo saber si la rebelde punta de mi nariz se encontraba bien de polvo. Pero como la notase aún un poquito brillante saqué la mota de mi polverilla esmaltada, la sacudí y me di a empolvarme la nariz estirando la boca y con refinada atención. Entretanto, Abuelita seguía, con los lentes enarbolados en la mano, y con la voz de queja :

— Te vas así, a pasear con Pancho, sin consultarme, sin advertirme... ¡ Ah ! ¡ veo que eres muy independiente !...

Aquí exhaló un profundo suspiro, hizo una pausa y continuó diciendo con la voz de queja hecha ya un lamento conmovedor :

— ¿ cómo va a ser natural que te vayas, María Eugenia, cuando esta tarde vienen visitas que ya se han anunciado y cuando esas personas vienen única exclusivamente por ti, a saludarte, a conocerte?... ¡desairarlas de ese modo!... ¡Pero si es una desatención que no tiene nombre!... Por educación debes esperar siquiera a que lleguen esas visitas...

— ¡ Ay ! ¡ las visitas, Abuelita ! ¡ hasta cuándo !... — exclamé trágicamente con la polvera en una mano y la mota en la otra — ¡ Si todas me preguntan la misma necedad : « que si me hace falta París y que si me ha gustado Caracas » ! ¡Estoy harta ya de esa eterna letanía! ¡y todas, todas, todas, iguales!... ¿Quieres que te diga, Abuelita, el efecto que me hacen tus amigas ? Pues mira, la verdad : ¡ no las distingo ! No sé si la que vino ayer es la misma que estuvo antier, o la que volverá pasado mañana ! Parecen esos tomos que hay a veces en las bibliotecas ¿ sabes ? todos igualitos, todos juntos, todos forrados en pergamino, que si por una casualidad los coges y los abres te encuentras con que por dentro están escritos en latín o en español antiguo... bueno ¡que ni lo entiendes!...

— Te equivocas, María Eugenia, las personas que han venido

a verte son todas muy cultas, muy respetables, parientes o amigos míos, de lo mejor de Caracas, a quienes debías agradecer...

— ¡Ay! ¡Abuelita, por Dios, déjame salir! ¡Mira, si no me voy a pasear me ahogo, sí, me muero, y esta noche lo que verán las visitas será mi cadáver tendido con cuatro velas!... ¡Ah! diles que me dolía la cabeza, las muelas, cualquier cosa, que tuve que ir a casa del dentista y que me esperen... ¡ No vendré tarde, ya verás, no vendré tarde !

— ¡ Haz lo que te parezca, María Eugenia ! No puedo pasar el día entero discutiendo contigo ni quiero tampoco, que seas desgraciada porque estás en mi casa. ¡ Vete, vete a pasear con Pancho si es que tanto lo deseas !

Y poniéndose de nuevo los lentes, Abuelita volvió a su costura luego de exhalar otro suspiro en el que iba mezclado, a la más completa desaprobación, el más profundo desaliento.

Y en aquel instante preciso, se abrió de golpe la puerta del zaguán y alegre, sonriente, expresiva, apareció en el corredor la cabeza jovial de tío Pancho. Luego de saludar a Abuelita y a tía Clara muy cariñosamente y como si nada hubiese ocurrido en la mañana, me descubrió en pleno patio donde me hallaba aún con la boca estirada entre el espejo, la mota y la polverilla. Al divisarme se vino a mí, y mientras me examinaba por todos lados, iba diciendo a voces con grandísimo escándalo :

— ¡ Ah ! sobrina, sobrina, ¡ qué linda estás, y qué ráfaga de juventud me traes con ese vestido y ese sombrerito brujo ! ¡Qué bien te sentó la temporadita última de París! ¿eh?... En los retratos que mandabas antes no eras la misma que eres hoy día ¡ no, no, no !... Mira, ahora, en este momento eres París, puro París, desde ese olorcito indefinido de tu velo negro, hasta la punta charolada de los zapatos... ¡ y pretender que en otras partes se visten bien las mujeres!... vamos... ¡ qué ilusión! ¡ esto ! ¡ París, esto es chic !... Bueno, ¡ y qué estás muy bonita, además !... Camina para verte... ¡ Preciosa !... ¡ Perfectamente !... Ahora, cuando nos vean juntos en el coche nos

mirarán pasar como bobos, y mañana me vuelven loco en el club preguntándome por la bella y elegante desconocida « la dama enlutada » ; son capaces de creer que se trata de alguna recién llegada artista a quien he conquistado, y como son tan envidiosos...

— ¡ Ah ! ¡ qué divertido ! — exclamé yo llena de risa y de satisfacción — ¡ Mira que si de veras fuera yo una artista, tío Pancho !... ¡ Pero, una buena artista !... ¿ ah ?... una celebridad ¡ Y mira que si en lugar de ser tu sobrina fuera tu amiga !...

El ruido de la puerta del zaguán que se cerraba de nuevo tras de nosotros me impidió oír las enérgicas protestas que debieron emitir Abuelita y tía Clara, ante unas suposiciones tan disparatadas como ofensivas para mi dignidad y mi virtud. Pero yo que estaba encantada por el exuberante florilegio de tío Pancho, una vez dentro del coche me di a explicarle muy detalladamente dónde había comprado mi sombrero, que como bien veía era un modelo muy elegante... ¡ ah ! ¡ muy, muy, muy elegante !...

⁂

Pero de pronto, a poco de rodar el coche, me puse muy seria, y olvidando por completo mi indumentaria y mi propia persona, comencé a observar la calle, a interrogar a tío Pancho, y a comunicarle mis personales observaciones.

Era la primera vez que volvía a ver la ciudad desde la tarde de mi llegada.

Familiarizada ya con el ambiente interior de Caracas, iniciada en los secretos de su espíritu, todo aparecía ahora ante mis ojos bajo un nuevo aspecto. Miraba el desfilar de las casas heridas por el sol de la hora, evocaba los relatos de Abuelita, sus amigas, sus románticas historias, y me parecía descubrir muy claramente, bajo la sombra maternal de los aleros, esas relacio-

nes invisibles que tienen los objetos con sus dueños, lo animado mortal ante lo inanimado eterno, las huellas del pasado y de los muertos, todo eso que es como el alma, y como la aristocracia de las cosas.

Tío Pancho comentaba señalando las anchas rejas que se alineaban a uno y otro lado sobre las aceras :

— ¿ Ves las ventanas ? ¿las ves casi todas cerradas ? Pues hace apenas diez años, a estas horas, empezaban a abrirse ya, y de cinco a siete, la calle se volvía un jardín lleno de vida interior. Aquello era tradicional, era clásico, y era muy pintoresco. Pero el cinematógrafo ha venido a acabar con la ventana... sí : la señora aburrida que antes pasaba la tarde entera sentada en la reja para distraerse, y la muchacha enamorada que se ponía a hablar con el novio, y la que se asomaba para que la viera desde lejos el pretendiente que rondaba su casa, ahora ya, se van todas a la función vespertina de los teatros ¡ y mientras los cinematógrafos se llenan, la calle se queda desierta!... Mira, mira qué pocas van siendo ya las ventanas abiertas.

En efecto, casi todas estaban cerradas, y así, cerradas e iguales, escuchando la observación de tío Pancho yo las veía sucederse con melancolía :

¡ Ah ! ¡ ventanas, floridas ventanas del tiempo de Abuelita ! ¡ Toscos altares del amor, donde los viejos barrotes en cruz son los únicos que siguen besándose eternamente !... ¡ Y cómo me parecía descubrir ahora, en su quietud, el mismo enigma ancestral de mi fastidio, sentado tras de la reja, tejiendo telarañas de ensueño sobre el silencio mortal de la calle !...

Y entretanto, Cristina, el coche, por la doble fila de apiñados barrotes iba trepando, trepando, ciudad arriba.

Luego de haber subido un buen rato llegamos al barrio más elevado de Caracas, que es el barrio llamado de La Pastora. Subimos más todavía y salimos entonces a los arrabales.

Tío Pancho continuaba satisfaciendo mis preguntas y aclarando mis recuerdos.

Estos arrabales de La Pastora, que son los más altos y los más atrasados de Caracas, son también los más característicos. Allí las calles están empedradas con guijarros, las aceras son de laja, las verdes motas de hierba crecen por todas partes donde se asome un hilillo de tierra, y es el barrio que habitan generalmente los pardos, los pobres vergonzantes, y los enfermos que buscan el aire. Yo tenía ansia de mirar el dolor pintoresco de la miseria y, olvidando el paseo campestre, quise conocer primero todo el arrabal:

— Llévame por las calles más viejas, tío Pancho, llévame por la más pobres, por las más feas, por las más sucias, por las más tristes, que quiero conocerlas todas ¡ todas !

Y bajo la dirección de tío Pancho, tras el pausado caminar de los caballos, comenzamos a tejer callejuelas ; pero callejuelas, Cristina, que se empinaban o se precipitaban de un modo inverosímil. A veces, cesaba de repente el empedrado y la calle era una calle de tierra sin aceras. Cesaba después la calle; el coche se detenía, y ante el coche era entonces la quebrada, el surco profundo, con una escandalosa vegetación exuberante que se lanzaba ciudad abajo, inundando el tropel de los tejados como un gran desbordamiento verde.

Por estas calles accidentadas y pintorescas, la vida interior de las casas, sí, se mostraba francamente con todo el impudor de su fealdad y de su miseria. Sobre las aceras, junto a las puertas entornadas, impidiendo el paso, se arrastraban los cuerpecillos desnudos de los niños del arrabal, negritos o mulatitos que apenas sabían andar, verdaderas visiones simiescas, en cuyos cuerpos deformes blanqueaban, de tiempo en tiempo, las manchas del polvo recogidas por la oscura epidermis en su roce con el piso, mientras que arriba, asomadas a los postigos o sentadas a las rejas de par en par abiertas, eran las cabezas abigarradas de las mulatas, petulantes, encintadas con violentos colorines, cuyos ojos, al divisarnos desde lejos, clavaban en nuestro coche unas pupilas ardientes y luminosas que parecían estar encendidas por la sed de mirar.

Tío Pancho comentaba :

— ¿ No es cierto que hay algo torturante en la expresión de esta gente ? Fíjate. Se diría que el odio profundo de las razas que se reconciliaron un instante para formarlas continúa luchando todavía en sus facciones y en su espíritu. Y en esa lucha dolorosa, mira: ¡sólo triunfa la equivocación y la tristeza!... ¿Verdad que hay en todas ellas algo fatalmente inarmónico que es muchísimo peor que la fealdad? Así es también su espíritu, no tienen personalidad definida y viven plena desorientación.

Como desde la mañana, mi vida se había enrumbado tan bruscamente hacia un nuevo horizonte, situada ya en mi actual punto de vista, miré aquellos ojos profundos que nos devoraban al pasar, los uní a los míos en una amable mirada fraternal y dije atenuando la ruda verdad que había expresado tío Pancho :

— Habrá inarmonía o fealdad en el conjunto de las facciones y en ese deseo de alternar que las impulsa a amarrarse la cabeza con un lazo verde o con un galón colorado, pero fíjate en los ojos, mira qué ardientes, y qué interesantes son los ojos. ¡ Parece que asomados a la calle pidieran algo imposible que nunca les han de dar !

— Sí ; — dijo tío Panchito exaltándose de pronto — es la voz de las aspiraciones presas en la cárcel de un cuerpo que las tiraniza y las encadena al pregonar a gritos la inferioridad mortificante de su origen. Y este desacuerdo entre el cuerpo y el espíritu sensibilísimo del mulato, como bien dices tú, es un conflicto muy interesante... es la misma tragedia que ocultaba la nariz deforme de Cyrano, mucho más cruel y mucho más bella aquí, porque al ser más humillante es más irremediable... ¡ Sí ; el mulato es el crisol paciente donde se funden con dolor los elementos heterogéneos de tanta raza aventurera !... En él se encierra la causa de toda nuestra inquietud, de todos nuestros errores, nuestra absurda democracia, nuestra errante inestabili-

dad... ¡ quizás en él se elabore también algún tipo social, exquisito y complejo que aún no sospechamos !...

Y luego de filosofar así, sin hacer más comentarios, nos quedamos callados un buen rato, mirando pasar a uno y otro lado del coche aquel misterio de la vida humilde que se mostraba a la calle por la franqueza de las puertas, los postigos y las ventanas abiertas, hasta que al fin, ya saciados de andar por el arrabal, salimos al campo...

Cuando sentí en el rostro la frescura de la brisa aromada y campesina, inmediatamente, sin consultar a tío Pancho, mandé detener los caballos, y le propuse que siguiésemos caminando a pie. El se bajó del coche muy complaciente, y yo, luego de bajarme tras él, con mi velo arrollado al brazo, corrí alegremente hacia un pequeño ribazo del camino, me subí a su cúspide, una vez en lo alto sorbí el aire con avidez, me llené bien los pulmones y así, erguida en mi pedestal, me quedé unos segundos saludando el paisaje...

La tarde era tan apacible como yo la quería. El sol iba buscando a lo lejos la cumbre de una colina. El valle maravilloso se extendía abajo rodeando la ciudad ; la ciudad florecida de vegetación anidaba en el centro del valle, blanca de paredes, roja de tejados, mientras a mi espalda presidiéndolo todo, la majestad del Avila, la gran montaña, se alzaba maternal y pensativa.

Después de contemplar la tarde, desde la cumbre del ribazo me volví al camino, y, entonces, paso a paso, en un lento caminar lleno de estaciones y de conversación, tío Pancho y yo nos alejamos por una vereda, hasta llegar a la selva de mis paseos infantiles, entre cuyos mismos árboles, bajo la paz de la sombra, tienden aún sus columpios de bejuco « Los Mecedores ».

Ansiosa de conocer la opinión concreta de tío Pancho acerca de tío Eduardo y su conducta conmigo, mientras andábamos, le repetí literalmente todo cuanto Abuelita me había referido en

la mañana sobre Papá, San Nicolás y tío Eduardo. Dada mi exaltación, detenía continuamente el paseo o el relato para preguntar a tío Pancho su parecer o para explicarle con vehemencia las múltiples razones de mi desconfianza y mi perplejidad. Pero él, Cristina, como si le aburriese mucho aquel tema, lo mismo que había hecho antes durante el rodeo en coche, ahora también, trataba de desviar la conversación sobre cualquier detalle o accidente del camino. Esta porfiada reticencia acabó por impacientarme tanto que al fin, sentados ya bajo un árbol de Los Mecedores, donde la quietud y la sombra hacían más apremiantes mis palabras, le exigí imperiosamente que me dijese cuanto hubiese de cierto sobre el particular, porque me consideraba con derechos de saberlo. Planteada así la cueestión, tío Pancho se quedó un instante reflexivo y como indeciso, pero luego, se resolvió a hablar y dijo con mucha calma :

— Pues bien, ya que tienes tanto empeño en saber lo que pienso acerca del asunto, te lo voy a decir : ¡ pero no es para que con ello te envenenes la existencia ! La desgracia, María Eugenia, en cualquier orden que sea, debe aceptarse con valor tratando de remediar lo remediable, es claro, pero eliminando de nuestra memoria todo lo irreparable, a fin de no gastar energías en odios o en venganzas estériles. ¡ Ah ! ¡ es una ciencia muy útil la de saber olvidar !...

Y hecho este exordio añadió poco a poco, encendiendo un cigarrillo mientras que yo, ansiosa de sus palabras le devoraba con los ojos :

— Creo... o mejor dicho estoy segurísimo, de que Antonio, tu Padre, además de gastar su renta, gastaría si acaso una cuarta parte del capital que representa San Nicolás ; lo demás, es decir, las tres cuartas partes restantes... ¡ te las robó Eduardo !... ¡ ah !... ¡ no te quepa duda !... Con orden ¿ eh ? eso sí ; con mucho orden, mucha claridad, presentando cuentas correctísimas y sobre todo ¡ haciendo derroches de generosidad que como sabes...

Pero yo no le dejé concluir. Lo mismo que en la mañana cuando me hallaba instalada sobre la columna, ahora también vi de pronto en imaginación, la figura de tío Eduardo, cuya estampa, ilustrada por las anteriores palabras de tío Pancho, venía a ser tan abominable que no pude menos de increparla con los dientes apretados y en el paroxismo de la indignación :

— ¡ Ah ! ¡ Herodes ! ¡ Nerón ! ¡ Caifás ! ¡ hipócrita !...

— ¿ Ves lo que te decía ? — interrogó tío Pancho — vas a excitarte, y si no tienes luego la suficiente prudencia...

Pero el vocablo « prudencia » oído en semejantes circunstancias, Cristina, me irritó muchísimo más aun que la imagen de tío Eduardo, por lo cual, volví a cortarle la palabra a tío Pancho, exclamando exaltadísima :

— ¡ Ah ! ¡ si te figuras que voy a tener prudencia después de lo que acabas de decirme es porque me consideras sorda, imbécil o muda ! Mira, te juro tío Pancho, que ahora, al no más llegar a casa voy a decirle a Abuelita todo, absolutamente todo cuanto pienso de tío Eduardo. ¡ Sí ! ¡ le diré que debía estar preso por ladrón con un vestido a rayas blancas y coloradas como el que usan los presidiarios ; que lo detesto con toda mi alma, y que lo que desearía es ver su horrible silueta flaca, lo mismo que la de Judas, balanceándose de una horca, con un saco de monedas a los pies, y con la lengua fuera!

— ¡ ¡ Bueno ! ! — prorrumpió tío Pancho en una gran carcajada — ¡ Muy bien que lo harías ! Mira, con ese sistema de insultos histórico-descriptivos, obtendrás, María Eugenia, el mismo resultado que obtendría un ateo que se pusiera a blasfemar a gritos en medio de una iglesia llena de creyentes. Si hablas irrespetuosamente de Eduardo en esa forma violenta o en cualquier otra más atenuada : ¡ ya lo viste conmigo esta mañana !... Eugenia te considerará un monstruo sacrílego e impío ; a mí me acusará de calumniador, es lo más probable que se disguste de veras y que de resultas del disgusto no vuelva yo a poner los pies en su casa con todo lo cual no se perjudicará nadie

más que tú... ¡ Ten discreción ! ¡ Ten paciencia, María Eugenia !... oye...

Y aquí tío Pancho se dió a calmarme con cariño y dulzura.

Me refirió que al morir Papá y conocer él mi situación, lejos de verla con indiferencia se había interesado muchísimo por mí, haciendo las indagaciones del caso, tratando de buscar informes en cartas o documentos, hablando con los abogados, etc., etc. Pero que desgraciadamente, todas sus gestiones habían resultado infructuosas, porque Papá, al asociarse a tío Eduardo, doce años atrás, le había entregado incondicionalmente la administración general de sus bienes con un tanto por ciento sobre la renta y las utilidades. Ahora moría de pronto sin hacer testamento ni poner en claro el estado de sus negocios. Por lo tanto, tío Eduardo, que era tan rapaz como metódico, avaro y previsor, en doce años de libre administración había ido arreglando las cosas a su favor y ¡ claro ! al desaparecer Papá presentó unas cuentas que verdaderas o imaginarias : ¡ eran las únicas que existían ! La negligencia del uno se aliaba a la rapacidad del otro y las explicaciones de tío Eduardo, único árbitro en el asunto, eran irrefutables. La situación resultó clara y terminante desde el primer momento. Fuese como fuese, entonces lo mismo que ahora : ¡ había que aceptarla ! Y puesto que así era : ¿ por qué no aceptarla ya, de una vez, con entera resignación ?

Esto lo fué diciendo tío Pancho, en voz muy suave, mientras que yo, un tanto apaciguada, le oía contemplando en silencio la punta charolada de mis zapatos ; y creo que hubiese continuado atendiendo al relato sin alterarme a no haber mediado el anterior consejo sobre la resignación. Pero estoy firmemente convencida, Cristina, de que es un malísimo sistema, este de predicar la resignación o cualquier otra virtud nombrándola así, con su propio nombre. Dan ganas de practicar inmediatamente el vicio contrario. Lo digo porque al formular tío Pancho su pregunta-consejo : « ¿ Por qué no aceptarla ya con entera resignación ? » yo, que como te he dicho, me hallaba muy tranquila, di un salto

nervioso, y al punto, accionando con tan rápida vehemencia que se me enredó y rompió en la trama del velo la uña de mi anular derecho, con lo cual tuve el dedo decapitado y feísimo durante varios días, exclamé desesperada :

— ¡ Ah ! ¡ sí ! eso es : ¡ resignación ! ¡ también estás tú ahora como Abuelita, tío Pancho !... Mira, haz el favor de no nombrarme más las palabras : « resignación » « severidad » « prudencia » e « irreprochable » porque las detesto. Abuelita me las machacó esta mañana lo menos veinte veces : « Debes ser severísima contigo misma, María Eugenia »... — declamé imitando la voz de Abuelita mientras accionaba con la mano de la uña rota, tal cual si brillasen en ella los consabidos lentes

— ¡Ah! ¡ «severísima »! ¡cómo si eso fuera muy divertido! ¡cómo si con severidad y resignación se pudiera comprar ropa !... ¡ Sí ! — añadí luego en un tono impregnado de lágrimas — ¡ Veremos a ver que me pongo, cuando se me acaben estos vestidos de París, ahora que soy pobre y miserable como una rata !

Pero tío Pancho, que quería consolarme a toda costa, respondió esta vez con un tacto y con un acierto verdaderamente admirable :

— ¡ Nunca es pobre una mujer, cuando es tan linda como eres tú, María Eugenia !

Y como empezase luego a enumerar mis atractivos personales y a elogiarlos calurosamente, con un tono terminante de crítico conocedor y exquisito, me fuí tranquilizando poco a poco, hasta que al fin, luego de arreglarme la uña averiada lo mejor posible, mientras él seguía elogiando aún, bastante animada ya, abrí mi saco de mano y para comprobar la exactitud de los elogios, al tiempo que los oía, me di a contemplarme en el espejillo ovalado. Desgraciadamente, dado el tamaño exiguo del espejo no pude ver mi rostro sino en dos secciones : Primero la barba, la boca y la nariz; luego la nariz, los ojos y el sombrero ; pero fué lo suficiente para que asociado el espejo

a las palabras de tío Pancho, se evaporase de mi voz aquella humedad de lágrimas, y ya, con la voz normal, dije mirándome los ojos en los cuales brillaba una como imperceptible sonrisa :

Pero a mí me gustaría tío Pancho... ¿ sabes qué ?... ¡ pues tener los ojos claros y un poco más de estatura !

— ¡ Vaya ! ¡ qué disparate ! Serías entonces demasiado alta. Y lo de los ojos claros, te quitaría el tipo. Si los ojos es lo mejor que tienes, María Eugenia. Difícilmente se encuentran ojos así... ¡ tú lo sabes muy bien !

Como esperaba esta contestacion, al oirla, la acogí con una franca sonrisa, mientras protestaba, enérgicamente sacudiendo la cabeza :

— ¡ Nada, nada, nada tengo yo bien, tío Pancho !... ¡ Son cosas tuyas que como me quieres me ves bonita !

Y nos quedamos callados un instante...

Pero yo hube de cerrar al fin mi bolsa de mano ; en ella se ocultó el espejo, y por lo tanto, tras el espejo se ocultó también mi propia imagen que aún así, trunca y a pedazos, es la única que sabe darme suavísimos consejos ; la única, sí, la única que sin decir ni jota, me predica la resignación, el buen humor, la bondad y la alegría... Una vez enterrada mi imagen entre las negruras del saco de mano, hubo unos segundos de silencio, y claro, al instante, volvió a surgir en mi mente la figura flaca de tío Eduardo con todo su cortejo de ideas irritantes. Al divisarla interiormente, ataqué de nuevo el mismo tema :

— Pero oye, tío Pancho, lo que yo no comprendo en este asunto de tío Eduardo, es a Abuelita : ¡ eso de que esté tan convencida de que el mamarracho de tío Eduardo es un ser superior, magnánimo, generosísimo !...

— ¡Misterios inefables de la fe, hija mía!

Exclamó tío Pancho, y suspiró, y puso los ojos en blanco, muy cómicamente y como si estuviese rezando, expresión que me dió muchísima rabia, porque no me pareció cosa de tomarse a risa el que yo me encontrara de la mañana a la noche sin un

céntimo de qué disponer. Por esta razón, viendo los ojos místicos de tío Pancho, le interrogué al instante de muy mal humor :

— ¿Cómo « misterios de la fe »? ¿Qué quieres decir con eso?

— Sí; mira : Eugenia, lo mismo que Clara, lo mismo que casi todas las mujeres que se llaman « de hogar » en Caracas, no les basta generalmente con una sola religión y tienen dos. La una la practican en la iglesia, o ante algún altar preparado al efecto, como aquel del Nazareno que tiene Eugenia en su cuarto. La otra la practican a todas horas, en todas partes, y es lo que ellas llaman « tener corazón y sentimientos ». De esta segunda religión el Dios es uno de los hombres de la familia. Puede ser el padre, el hermano, el hijo, el marido o el novio ; ¡no importa! Lo esencial es sentir una superioridad masculina a quien rendir ciego tributo de obediencia y vasallaje. Y entonces, todo cuanto esta deidad hace está bien hecho, todo cuanto dice es una ley, todo cuanto existe se pone entre sus manos, y su cólera, por justa, arbitraria o grotesca que sea, así provenga de un atentado de la mujer a las leyes estrictas del recato, como estalle de golpe ante un plato de carne demasiado dura, o se desarrolle imponente, en calzoncillos, frente a la pechera de una camisa mal planchada, siempre, siempre, semejante voz, resonará en los ámbitos del hogar, majestuosa y solemne, como resonó la voz de Jehová sobre el Sinaí... En tu casa ese Dios es hoy Eduardo ; quien en honor de la verdad y dicho sea entre paréntesis, no tiene mal carácter; ¡nunca grita!

— ¡Claro! ¡con aquella voz por la nariz! ¡Bonito estaría tío Eduardo, gritando furioso y en paños menores! Parecería un Judas de esos que queman por Pascua de Resurreción... Bueno, lo que él es...

Pero tío Pancho seguía filosofando :

— ...Y yo no sé si esta arraigada costumbre de deificar

al hombre, provenga de atavismos orientales heredados de nuestros antepasados andaluces, o si obedezca más bien a un sencillo problema económico : a las mujeres sin dote ni fortuna propia como son en nuestra organización social casi todas las mujeres, es el hombre, quien está obligado siempre a sostenerlas de un todo, y dime para un corazón sensible y agradecido : ¿puede haber algo más parecido al Dios omnipotente del cielo, que aquel que pague todos nuestros gastos en la tierra?...

— Según... — dije yo reflexionando el caso con mucha gravedad, — si las cosas que paga son elegantes y finas, si se tiene un buen automóvil limousine, y se vive además en una casa chic donde haya por ejemplo varios baños de agua caliente, y un saloncito oriental, con tapices, pebeteros, y su gran diván negro lleno de cojines : ¡sí! estoy de acuerdo. Pero de lo contrario... ¿crees tú, tío Pancho, que yo agradecería mucho que me pagaran un vestido de raso, como el que tenía puesto antier tía Clara, todo verdoso, y con el talle, allá, en las narices? ¡Ah! no, no, no, no! No lo agradecería nada, al revés ; si estuviera obligada a ponérmelo, maldeciría con toda mi alma la mano que me lo hubiera pagado... Y es que yo no concibo el raso ¿sabes? sino es *cha-meuse* de a treinta bolívares en adelante el metro. ¡Y lo mismo las medias!... ¡mira, mira estas que tengo puestas! ¿son bonitas, eh?... bueno, ¿y por qué?... ¿por qué son bonitas?... ¡pues porque me costaron en París ciento veinte francos!

— ¡¡Bien!!... — dijo tío Pancho riéndose otra vez con mucho escándalo. — ¡Veo María Eugenia, por ese escalofriante presupuesto, que te avalúas carísima! ¡Ah! tienes muy definida la conciencia de tu propio valer, condición indispensable para llegar a valer. Sí, sí, haces bien. Si queremos que los demás nos estimen un poco, es preciso empezar por estimarnos mucho nosotros mismos. ¡No lo olvides

nunca, mira que es un principio importantísimo para una mujer que generalmente sólo vale por lo que dé en estimarla un hombre!

— Otra cosa, tío Pancho — dije yo volviendo a mi arraigada obsesión — Abuelita me predica moral a mí con tantísimo interés y con tantísima vehemencia, que si: « el honor de una mujer » que si: « la virtud de una mujer »... Bueno ¿y por qué no se la predica también a esa sardina seca de tío Eduardo, vamos a ver? ¿A que nunca lo ha sentado en una sillita a su lado y le ha dicho como a mí esta mañana: « el honor de un hombre? »

Tío Pancho volvió a poner la cara mística y dijo:

— Porque el honor de estos hombres tan honorables como Eduardo no hay para qué mencionarlo. El mencionarlo sólo, implica ya cierta duda o poco respeto hacia él; pecado en el cual no incurrirá nunca Eugenia. Mira, el honor de los hombres, hija mía, en todas partes es algo así... ¿cómo diremos? algo indefinido, elástico, convencional... pero aquí, en nuestro medio, se ha hecho ya tan elástico e indefinido, que al igual de las cosas sagradas, siendo muy trascendental es completamente invisible, así como el alma humana, y los espíritus angélicos. Es un atributo que subsiste por sí, independientemente del sujeto que lo ostenta, con cuyos actos, conducta o proceder no suele guardar la menor relación. Sólo la mujer o las mujeres de la casa, quienes por lo común son las encargadas de su cuidado y vigilancia, les es dado el mancharlo, herirlo o denigrarlo con el más leve descuido de su conducta. Debido a ello, el hombre de nuestro sociedad, tan celoso de su honor como lleno de lógica y de abnegación, en lugar de ocuparse de sí mismo y de su propio comportamiento: ¡no! sólo vigila, atiende y contempla escrupulosamente a todas horas, el comportamiento de la mujer, tabernáculo vivo donde se encierra esta majestad sagrada de su honor... Bueno, y el gran mérito de una mujer consiste en vigilarlo

a todas horas, piadosamente, después de haberlo aceptado así, contradictorio, incomprensible y misterioso, tal cual un dogma de fe...

— ¡Ah! otra cosa, otra cosa que quiero preguntarte, tío Pancho, antes de que se me olvide : ¿Cómo es que a tía Clara tampoco le queda un céntimo? Ayer me dijo que para hacer sus gastos sólo contaba con una pequeña pensión que mensualmente le pasaba tío Eduardo. ¿No heredó ella también como los demás de la fortuna que dejó Abuelito Aguirre?...

Y entonces, para satisfacer esta pregunta, tío Pancho se engolfó, Cristina, en una larguísima relación, salpicada de observaciones y de chistes que no te repito en detalles porque como bien sabes a mí en el fondo me aburren muchísimo las conversaciones de intereses. Me sucede con ellas lo mismo que me sucede con las conversaciones de política o sea que me crispan de impaciencia cuando no me duermen de fastidio. Pero en fin resumiendo en pocas palabras lo que me explicó tío Pancho, te diré que hoy en día, tía Clara no tiene nada y Abuelita, quien a la muerte de mi Abuelo su marido heredó una buena renta, al igual de tía Clara, ella también se ha quedado reducida no diremos a nada, pero a casi nada.

Sus respectivas herencias o fortunas tuvieron los siguientes procesos :

La de tía Clara se perdió de una manera más o menos jovial y pintoresca ; es decir, que pasó goteando poco a poco con gran regocijo y metálico tintineo de las manos fraternales de tía Clara, a las pródigas manos de tío Enrique, su hermano menor y preferido. Al decir de tío Pancho, este tío Enrique, muerto hace ya varios años, era el reverso de tío Eduardo : alegre, calavera, generoso y tenorio, se pasaba la vida viajando y haciéndole regalos a todo el mundo. Solía además jugar muchísimo y en los tiempos de fortuna, dilapidaba triunfalmente

los favores de la suerte ; pero luego, en la adversidad, era tía Clara su paño de lágrimas y quien a escondidas de Abuelita, prestaba siempre lo suyo para pagar las deudas más apremiantes o para satisfacer los más indispensables caprichos. Tío Enrique, retribuía luego, con profusión de regalos y cariños, tan espontáneos sacrificios y fué así, como los dos juntos en mutuo y común acuerdo consumieron hasta el último céntimo del patrimonio de tía Clara.

En cuanto a la fortuna de Abuelita, quien jamás hubiera consentido en pagar con ella las deudas indignas del calavera de tío Enrique, corrió peor suerte aún, que la de tía Clara puesto que, siendo mucho mayor, se perdió también del mismo modo sin que nadie se regocijase con ella. Y es que tío Eduardo, quien por su carácter metódico y tranquilo, se había ganado desde muy joven el aprecio y la confianza absoluta de Abuelita, emprendió hace ya muchos años yo no sé qué negocio de minas que debía producir muchísimo, y para cuya explotación Abuelita le prestó sin reservas todo su capital. A pesar de los pronósticos y de las seguridades, la empresa fracasó a los pocos años, del modo más lamentable. Del capital de Abuelita apenas logró salvarse una pequeña suma, la cual, colocada en acciones de Banco y unida a una exigua pensión de viudedad, es desde entonces, lo único que tiene ella para vivir y sostener esta casa en forma muy medida y económica. Después del fracaso, tío Eduardo, que como buen avaro es tesonero y sufrido, siguió trabajando, primero en la misma empresa, y luego más tarde, asociado a Papá. Gracias a su economía y a su astucia logró rehacerse y hoy es rico, pero de aquel dinero de Abuelita perdido por él en la empresa de minas no ha vuelto a hablarse más. En cambio, para proveer a los gastos de esta casa, a más de la pensión de viudedad y a más de la pequeña renta que producen las acciones, tío Eduardo suple a Abuelita y a tía Clara una cantidad mensual ; y de esto se habla todos

los días. Abuelita lo llama por ello su providencia, y el mejor, el más abnegado, el más generoso de los hijos...

— Este es el sistema de Eduardo: ¿comprendes? — comentó tío Pancho clausurando su versión al llegar aquí — coge mil; luego regala dos, y por esos dos hay que bendecirlo etermente: ¡es el protector!

Aun cuando nada nuevo acabase de escuchar, relativo a mi propia situación, recuerdo que al terminar tío Pancho aquellas prolijas explicaciones que había ido glosando con anécdotas y con todo género de comentarios, yo, reconstruí en un segundo sobre su relato el relato de Abuelita en la mañana, y ahora también, volví a quedarme un largo rato inmóvil y aterrada, clavados los ojos en mis propias manos que se hallaban desmayadas al azar sobre el vestido negro, como los símbolos vivos de mi sumisión y de mi renunciamento.

¡Ah! si llegaba a faltarme Abuelita, cosa que bien podía ocurrir de un momento a otro ¿qué sería de mí, Dios mío, qué sería de mí?... ¡Ah! el horror de la dependencia en la casa enemiga de tío Eduardo!...

Y en el silencio augusto del momento, bajo la sombra intensa de los árboles y el crepúsculo, al lado de tío Pancho que callado jugueteaba ahora con la punta del bastón sobre la hierba, sentí por vez primera que mi alma se aferraba desesperadamente a la vida de Abuelita, como el niño que apenas sabe caminar se agarra a la falda de su madre... Sí: ella; sólo ella; sólo su maternidad podía calmar la humillación de mi pobreza y de mi desvalimiento... Pero como de pronto, así, pensando en Abuelita, echase de ver que la noche se nos venía encima, me puse de pie con mucha rapidez y dije mientras sacudía de mi falda las briznas recogidas en la hierba:

— Acuérdate, acuérdate tío Pancho que Abuelita me espera. Le ofrecí volver temprano, y allá estará la pobre,

en el salón... me parece que la veo, con el vestido de tafetán y la cadena de oro, sentada en el sofá, frente a las visitas, amable, sonriente y nerviosísima, mirando a cada instante hacia la puerta a ver si entro yo.

— Sí, — dijo tío Pancho levantándose del suelo con mucha dificultad — Eugenia está muy vanidosa de ti. Vienes a ser hoy para su amor propio algo así como lo que debió ser en su juventud un sombrero nuevo traído de Europa. Quiere mostrarte a todos, pero puesto en ella, es decir, en su casa.

— ¡Pobre Abuelita! ¡Al fin y al cabo me quiere mucho!

— Te prefiere sin comparación a todos los demás nietos. Y lo mismo Clara. A pesar de los años que han pasado sin ti: ¡ya ves! y es que este es otro precepto del « corazón y de los sentimientos » : preferir siempre a los nietos y sobrinos nacidos en las mujeres de la familia aunque vivan en Pekín y no los hayan visto nunca.

Oyendo estas palabras, volví a sentir más intensamente todavía el calor maternal que era en mi vida la vida de Abuelita cuyas manos piadosas iban a mutilarme cruelmente al podar celosas, con ternura y con cuidado, las alas impacientes de mi independencia. Y esto pensando, y mirando a lo lejos el panorama de la ciudad, que ya empezaba a prenderse ; en medio del crepúsculo que caía con su gran apresuramiento de crepúsculo tropical, tío Pancho y yo anduvimos un rato en silencio...

Pero de pronto, como entre las luces parpadeantes que se iban encendiendo allá abajo, evocase la ciudad chata, y evocase luego la casa verde con sus tres grandes ventanas, que me esperaban conventualmente, volví a sentir todo el horror de mi vida prisionera y aburrida :

— ¡Ah! tío Pancho, tío Pancho — dije entonces deteniendo el paso con filosófica amargura — ¿Y para qué habremos nacido? ¡La vida! ¡Mira que la vida!... ¿De qué sirve al fin y al cabo?

Y tío Pancho que de todo se burla y que todo lo critica muy franciscanamente, en vez de consolarme, respondió a mi pregunta criticando a la vida con cariño :

— ¿De qué sirve?... ¡de nada!... Es la misma tontería siempre repetida; es un rosario sin ton ni son, que rezan maquinalmente los siglos ; es un pobre monstruo, ciego y torpe, que desconociendo el instinto de conservación se alimenta devorándose a sí mismo en medio de los más crueles dolores...

Pero yo, desesperada y llorosa, desdeñando metafísicas y generalidades, me concreté a mi caso :

— ¡Si al menos hubiera nacido hombre! Verías tú, tío Pancho, cómo me divertiría y el caso que haría entonces de Abuelita y de tía Clara. Pero soy mujer ¡ay, ay, ay! y ser mujer es lo mismo que ser canario o jilguero. Te encierran en una jaula, te cuidan, te dan de comer y no te dejan salir ; mientras los demás andan alegres y volando por todas partes! ¡Qué horror es ser mujer; ¡qué horror, qué horror!

— Te equivocas, María Eugenia — dijo con mucha seriedad tío Pancho, deteniéndose él también ahora unos segundos — Mira ; si yo tuviera que volver a nacer te aseguro que después de haber nacido hombre rico, como fuí en mi juventud, elegiría ahora el nacer mujer bonita. Créelo. Te hablo por experiencia : la forma más preponderante que haya tomado hasta ahora sobre la tierra la autocracia, o despotismo humano es esa : el gobierno de una mujer bonita. ¡Ah! ¡qué poder sin límites! ¡qué sabiduría de mando! ¡qué genial dictadura, a cuya sombra han florecido siempre todas las artes, y aquella ciencia humilde y bellísima, que consiste en descubrir a los ojos de nosotros los hombres, nuestro innato servilismo de perro, siempre dispuesto a lamer la mano del amo que lo castiga ; única faz delicada y superior que encierra nuestra pobre naturaleza tan corrompida por los abusos y la soberbia de la inteligencia!

Pero semejante opinión, Cristina, me pareció tan paradójica que lejos de calmarme me exacerbó más y más.

— ¡Eso todo son romances, versos y mentiras! Las infelices mujeres no somos más que unas víctimas, unas parias, unas esclavas, unas desheredadas !... ¡Ah! ¡qué iniquidad! Yo quisiera meterme de sufragista con la Pankhurst a incendiar Congresos de hombres y a rajar con un cuchillo los cuadros célebres de los museos! ¡A ver si acababan por fin tantos abusos!

Y luego de suspirar profundamente caminando siempre por la angosta vereda volví a exclamar, con voz de queja :

— ¡Mira que vivir siempre en tutela! ¡Mira que pasar el día entero encerrada entre cuatro tapias sin poder siquiera tocar el piano! ¡Qué razón tienen las sufragistas! ¡Ah!... ¡no lo sabía yo bien! Por eso, una vez que asistí en París a une conferencia feminista no atendí a nada de lo que dijeron. Si fuera hoy no perdería ni una sílaba... Pero bueno, es que también : ¡con aquellos pies y aquellos zapatos! Mira tío Pancho, figúrate que a la vieja que daba la conferencia se le veían los dos pies cruzados, en el suelo, claro, bajo la mesa, y eran ¡ de lo que no te puedes imaginar ! ¡ Qué ordinariez ! ¡ zapatos claveteados, y medias gruesas, así, tío Pancho, de algodón! ¡Ay! me chocaron tanto aquellos pies que del mismo horror que me causaron no pude quitarles los binóculos durante toda la conferencia... No, lo que es a mí, ni con la elocuencia de Castelar me convence una mujer semejante.

— Por lo visto María Eugenia, aspiras a que te prediquen el feminismo con los pies; tienes razón. A mí también me parece mucho más elocuente que el que se predica generalmente con palabras. Y es que no hay nada más convincente que la elocuencia callada de las cosas, y unas medias de ciento veinte francos pueden llegar a dominar magistralmente las leyes de la dialéctica y de la oratoria.

Pero como tampoco me gustase el sesgo demasiado frívolo

que daba ahora tío Pancho a mis palabras, respondí muy picada :

— No, no, no es eso tío Pancho, no me creas tan superficial. A mí, después de todo no me importan nada las medias número cien ni los tacones Luis XV. A lo único que aspiro hoy por hoy es a gozar de mi propia personalidad, es decir, a ser independiente como un hombre y a que no me mande nadie. Por lo tanto de ahora en adelante mi divisa será ésta : « ¡Viva el sufragismo ! »

— No digas disparates, María Eugenia, ¡ « independiente como un hombre » ! cuando el sino del hombre civilizado es exactamente el mismo que el de su dulce servidor el burro, o sea : trabajar a todas horas con paciencia, y obedecer siempre, ¡ siempre !... No a las sufragistas naturalmente, sino a las mujeres bien calzadas como estás tú ahora...

Y así, caminando a mi espalda por la angosta vereda, tío Pancho, siguió desarrollando muy obstinadamente su disparatada tesis acerca de la preponderancia actual de la mujer. La desarrolló en un largo discurso. Pero yo, dado mi mal humor, sólo escuché pedazos de aquel especie de sermón peripatético.

— La igualdad de los sexos, hija mía — venía diciendo mientras yo miraba titilar a mis pies las mil luces de Caracas que brillaban ya como ascuas en la oscuridad — la igualdad de los sexos, lo mismo que cualquier otra igualdad, es absurda, porque es contraria a las leyes de la naturaleza que detesta la democracia y abomina la justicia. Fíjate. Mira a nuestro alrededor. Todo está hecho de jerarquías y de aristocracias ; los seres más fuertes viven a expensas de los más débiles, y en toda la naturaleza impera una gran armonía basada en la opresión, el crimen, y el robo. La resignación completa de las víctimas, es la piedra fundamental sobre la cual se edifica esa inmensa paz y armonía. El espíritu democrático, o sea el afán de hacer justicia y de repartir derechos, es un sueño pueril que sólo existe en teoría dentro del pobre cerebro humano. La naturaleza, pues, está or-

denada en jerarquías, los animales más fuertes devoran a los más débiles, viven a sus expensas e imperan sobre ellos. El ser humano está a la cabeza de todas las jerarquías y es la suprema expresión del tipo aristocrático en la naturaleza. Ahora bien, en dicho ser humano, según los grados de civilización de las sociedades, se disputan el predominio o mando los dos sexos : el hombre y la mujer. Siguiendo la ley de jerarquías : ¿ cuál de los dos está llamado a imperar sobre el otro y por consiguiente sobre toda la naturaleza ? He aquí el problema. Resolverlo a favor suyo dejándole siempre al hombre toda su vanidosa apariencia de mando, es la prueba de mayor inteligencia que puede dar una mujer, y es además, para la sociedad en donde ella actúe, señal evidente de alta civilización y alta cultura. Mientras que por lo contrario las sociedades en donde real y verdaderamente predomina el hombre, son siempre sociedades primitivas, bárbaras e incultas. ¿ Por qué ? dirás tú. Pues por la simple razón de que el hombre a pesar de haberse revestido pomposa y teatralmente desde los tiempos primitivos, con las coronas los cetros y todos los demás atributos del mando, en el fondo no está constituído para mandar sino para obedecer. De ahí que al querer imponerse lo haga siempre mal, a gritos, con ademanes grotescos y vulgarísimos como los que suelen emplear todos aquellos que, no habiendo sido privilegiados por la naturaleza con el don preciosísimo del mando, quieren a toda costa dominar. Es lo que ocurre generalmente ahí — añadió señalando el ascua viva de Caracas que brillaba ahora como un cielo caído a nuestros pies — Estas pobres mujeres desconocen su poder. Deslumbradas por la luz idealista del misticismo y de la virtud, corren siempre a ofrecerse espontáneamente en sacrificio y se desprestigian a fuerza de ser generosas. Viven embriagadas en la voluptuosidad de la sumisión. Como las mártires, sienten exaltarse su amor con la flagelación, y bendicen a su señor en medio de las cadenas y de los tormentos. Viven la honda vida interior de los ascetas y de los idealistas, llegan a adquirir un

gran refinamiento de abnegación que es sin duda ninguna la más alta superioridad humana, pero con su superioridad escondida en el alma, son tristes víctimas. Y es que ignoran la fuerza arrolladora que ejercen sus atractivos, se olvidan de sí mismas; desdeñan su poder al descuidar su belleza física, y claro, viéndolas así desprestigiadas y decaídas, los hombres hacen de ellas unas tristes bestias de carga sobre cuyas espaldas dóciles y cansadas ponen todo el peso de su tiranía y de sus caprichos, después de darle el pomposo nombre de « honor »...

Y como al llegar aquí, llegásemos también al sitio donde habíamos dejado el coche, yo me subí muy de prisa, me senté al sesgo en el rincón de la derecha, crucé una pierna sobre otra, y luego, mientras arrancaban los caballos, exclamé dramáticamente levantando los brazos al cielo:

— ¡ Mira que volver a encerrarme otra vez en aquella casa de Abuelita tan fastidio-o-o-o-o-osa !... ¡ Y quién sabe ahora hasta cuando no volveré a salir !

Pero tío Pancho que al ver la expresión dramática de mis brazos debió conmoverse, contestó por fin, una cosa interesante:

— Pronto, ya verás. Porque tengo para tí un proyecto maravilloso. ¡ Vas a ser muy feliz ! ¡ Verás !... ¡ verás !

— Dudo muchísimo el que yo pueda volver a ser feliz — dije más dramáticamente aun de lo que había dicho antes — ¡Mi vida ya está destrozada para siempre!... ¿Y cuál es el proyecto ese ?

— Ah ! no puedo decírtelo todavía sino dentro de una semana más o menos, porque tiene... ¡ tiene sus dificultades el proyecto !

— ¡ Ay ! ¡ no, dímelo ya tío Pancho ! Si te ibas a callar a la mitad no debías haber empezado. Ahora ya no tienes más remedio que decírmelo.

— No porque después, si te lo digo, no pasa.

— ¡ Que sí pasa, al revés, si me lo dices, pasa, ya verás ! Anda tío Panchito lindo, ¡ di ! ¡ di !

— No, María Eugenia; tú eres muy imprudente: te lo digo, lo sueltas allá en tu casa y lo echas a perder todo.

— No, no lo suelto. ¡ No se lo digo ni a la pared, te lo aseguro, te lo juro, anda, no te hagas de rogar, tío Pancho, dílo pronto, antes de que lleguemos; no vas a tener tiempo!.. Bueno, te advierto que de este coche no me bajo sin saberlo.

Y entonces, Cristina, con todos los requisitos, los extremos y la calma que suele emplearse en semejantes ocasiones tío Pancho dijo espaciando muchísimo las palabras :

— Bueno... oye... es... que te tengo un novio ¡pero qué maravilla de novio ! — y para más ponderar, sorbió un instante el aire con los dientes y los labios muy juntos. — ¡Qué perfección! Mira, buscando otro con la linterna de Diógenes, no lo encuentras mejor en todo Caracas, ¡ qué digo en Caracas ! ¡ ni en todo Sur América, ni en Europa, ni en ninguna parte!...

Yo contesté al momento una cosa que me pareció muy elegante y muy de rigor :

— ¡ Pss !... ¿ Y era eso ? Pues mira, a lo mejor tu trabajo, tu busca, tu linterna y todo, resulta : ¡ tiempo perdido ! Porque yo soy muy delicada con los hombres, tío Pancho ; me desagrada uno por cualquier detalle, así sea la más mínima tontería, y se acabó, ¡que no me lo nombren más!...

— Mira, María Eugenia, me parece demasiado desdén y demasiado tono desde ahora.

Y tío Pancho se quedó callado unos segundos durante los cuales se oyó solemnemente el trotar de los caballos. Luego añadió :

— Bien, yo pensaba describírtelo, pero ya que tan delicada eres, será quizas más prudente que no te diga yo nada a fin de que él te sorprenda...

— No, no, descríbelo, retrátalo, píntalo : ¡nada se pierde con eso ! ¡ veamos la gran maravilla !

Y entonces tío Pancho se dió a detallarme su inesperado descubrimiento, su riquísima perla masculina.

Según él esta perla, o preciado tesoro cuyo nombre desconozco todavía, está dotado de un agradable físico : elegante, delgado, esbelto, distinguido. Moralmente es intelectual y refinado, es decir, que habiendo tenido mucho éxito en los estudios es al mismo tiempo un hombre de mundo que sabe ponerse una corbata y tener las uñas limpias. En la universidad de Caracas se graduó de abogado y de médico. Una vez graduado se fué a Europa y en Europa pasó diez años completando sus estudios, doctorándose además en filosofía y en ciencias políticas, viajando, adquiriendo toda clase de conocimientos, y dando conferencias en varias de las universidades de España y Francia. Ultimamente, luego de regresar a Venezuela, ha escrito un libro de sociología e historia americana, el cual, al decir de tío Pancho, es admirable... (¡ Ah, Cristina lo pedante que debe ser este hombre ! Me lo figuro ya con la « esbelta » pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, hablando de su libro y de sus conferencias... ¡ Menos mal si está bien vestido y lleva las uñas arregladas!). Actualmente no tiene fortuna propia (¡espantosa deformidad!) pero cuenta adquirir magníficos negocios que lo harán muy rico. Aspira además a figurar en política, o a ser enviado de ministro a alguna legación de Europa o de América. Como carácter, es alegre, fino, galante, amplio de ideas, y de un trato encantador. En fin, Cristina, que salvo el defecto garrafal y momentáneo de la falta de dinero, es un estuche, una joya y un tesoro ; ¡ valgan las palabras de tío Pancho ! Yo, si quieres que te sea sincera, no tengo mucha fe en dicha descripción y dichos elogios, porque he notado que los hombres carecen en absoluto de sentido crítico cuando se trata de juzgarse entre ellos. Llaman « maravilla » lo que en realidad es una cosa trivial, sin interés, sin originalidad, sin nada. Por lo tanto, muy prudentemente me abstengo de todo juicio, y sólo digo con Santo Tomás ¡ Ver para creer !

Y hasta aquí lo concerniente a mi futuro novio, quien no obstante ser parte principal del proyecto o plan tramado por

tío Pancho, no es más que « una sola » parte. Falta referirte ahora la segunda parte o etapa del programa, enunciada también aquella tarde en el coche y la cual se relaciona con el ambiente, sociedad o lugar donde debo conocer a ese príncipe azul, que me ha descubierto tío Pancho. Como verás, dicha segunda parte, es, a mi juicio, mucho más interesante que la primera y creo que ha de ser también de resultados más inmediatos, prácticos y positivos.

Es lo siguiente :

Hay en Caracas una señora casada, de treinta a treinta y cinco años, preciosa, elegante, distinguidísima, parienta lejana y amiga íntima de tío Pancho y de Papá, cuyo nombre es Mercedes Galindo y quien desde el día de mi llegada desea ardientemente conocerme. A esta señora, que también es amiga del novio en cuestión, le encanta arreglar matrimonios, y por consiguiente se ha puesto de acuerdo con tío Pancho para arreglar el mío llevándome a su casa, invitándome continuamente a comer, y haciéndome en general un marco o ambiente que resulte lo más sugestivo y apropiado al caso. (¡ Ah Cristina, qué admirable y qué bendita ocasión para ponerme al fin todos mis vestidos antes de que vayan a pasarse de moda !) Ocurre que para la realización inmediata del proyecto, existe un gran obstáculo, una inmensa dificultad que es preciso vencer a toda costa, y es ello, el que Abuelita y Mercedes Galindo no se tratan actualmente por un disgusto que tuvieron allá « in illo témpore » mi abuelo Aguirre y el señor Galindo, padre de Mercedes. Tío Pancho dice que antes que nada es indispensable llegar diplomáticamente a un acuerdo o reconciliación entre Abuelita y Mercedes. Mercedes está completamente dispuesta a ello. Falta convencer a Abuelita ; de ahí la habilidad, tacto y prudencia que es menester observar y a lo cual aludía tío Pancho cuando me anunció el proyecto.

Yo espero que la Providencia se compadezca de mí y haga que Abuelita se reconcilie con Mercedes Galindo, quien, al de-

cir de tío Pancho (y también de Papá) es una mujer encantadora, generosa, simpatiquísima, completamente opuesta a las amistades etruscas o góticas que hasta el presente he tenido el honor de conocer, aquí, en el salón de esta casa, bajo la presidencia de Abuelita, efectuada siempre desde el sofá, con toda la pompa del vestido de tafetán y de la cadena de oro.

Cuando llegó el coche a la puerta, tío Pancho, como bien anuncié yo, no había terminado aún de explicarme los requisitos y puntos finales de su descomunal proyecto. Detenido ya el coche, tuvimos que permanecer en él un buen rato mas, cuchicheando a la sordina, con gran apresuramiento y discreción. Hasta que al fin, él, volvió a repetirme por última vez los más interesantes informes y apremiantes recomendaciones :

— Mercedes te quiere muchísimo, no por recuerdo ni amistad de familia ¡ no vayas a creer ! sino porque le he dicho lo muy bonita que tú eres y eso le basta a ella para quererte. Está impacientísima, loca, por conocerte. Ya tiene en plan la comida de presentación, menú, etc. y te ha dedicado además varios regalos... Pero prudencia ¿ eh ? ¡ mucha prudencia ! Aquí : ¡ ni una palabra de nada ! Mira, que María Antonia, la mujer de Eduardo, abomina a Mercedes y si se entera, intriga con éxito y lo echa a perder todo. La maniobra debe ser hábil y muy rápida : ¡ yo me encargo !

— ¡ Ah ! tío Pancho — le reproché entonces al despedirme — ¿ y no podías haberme contado todo eso hace más de hora y media, cuando subíamos a los Mecedores, en lugar de crisparme los nervios con tus observaciones filosóficas ?

Pero tío Pancho que cuando no sabe qué contestar se las da de fatalista, dijo :

— ¡ Estaba escrito !

Y así terminó, Cristina, aquella memorable conferencia, celebrada en coche, el infausto día en que por primera vez tuve noticias de mi absoluta ruina. El inesperado proyecto de tío Pancho, erizado como estaba de interés, de dificultades y de espe-

ranzas, cual un plan de fuga para un cautivo, me encendió de golpe en el espíritu el fuego de una impaciente alegría. Y fué tan grande esta alegría, que unos segundos después de haberme despedido de tío Pancho, al penetrar feliz en el salón de Abuelita, estuve amabilísima con todas las visitas etruscas, las saludé sonriente, les hablé bellezas de Caracas, y las despedí hasta el portón con suma cordialidad. Luego, cuando nos dirigimos al comedor, me apresuré a ofrecer el brazo a Abuelita para atravesar el comedor y el patio ; una vez en la mesa, sentada frente al plato de sopa, contesté en voz alta e inteligible al « bendito y alabado... » que murmuró tía Clara ; hablé todo el tiempo con acierto y alegría ; comí con muchísimo apetito, y una hora más tarde, ya en la cama, radiante y sonreída bajo las sábanas, recuerdo que me dormí de embajadora en una corte europea, con un admirable collar de perlas al cuello, y haciendo una profunda reverencia de las que llamaban en el colegio de doce tiempos ¿ te acuerdas ? aquellas en que se contaba : una, dos, tres, cuatro, cinco, y seis ; durante la primera etapa de la reverencia ; y luego : siete, ocho, nueve, diez, once, y doce, durante la segunda.

Debo advertirte que tal como conviene a toda persona bien nacida, antes de entregarme al sueño, haciendo tan profunda reverencia con el *sautoir* de perlas en el cuello, había expresado ya mi regocijada gratitud al exclamar desde el fondo del alma una íntima, sincera y espontánea acción de gracias que vendría a ser más o menos así :

— ¡ Ah ! tío Pancho, querido tío Pancho, fecundo tío Pancho, que Dios bendiga y proteja para siempre jamás esas verdes campiñas de tu cerebro, fertilizadas diariamente con el wisky el brandy, la cerveza y el jerez, en donde según veo nacen y se maduran los frutos maravillosos de unos proyectos tan perfumados en alegría, como suaves, jugosos y dulcísimos en sustanciosa esperanza !

*
* *

Sin embargo, Cristina, desde aquella noche redentora, sobre la cual, resuelvo poner ya punto final a mi largo relato, han pasado casi dos meses. Por ellos, mi vida ha seguido transcurriendo monótona, oscura, e igual, sin más luz que la luz de ese proyecto que todavía no ha logrado ser realidad. ¿Y por qué? dirás tú ; pues por la razón sencilla de mil triviales accidentes que han venido en tropel a oponérsenos en el camino. Ocurrió primero que Mercedes Galindo, mi encantadora y futura amiga, tuvo un ataque de gripe con fiebre muy alta, una semana de cama, etc, etc. y fué preciso ir a reponerse en una temporada de campo que se prolongó más de veinte días ; luego fué Abuelita quien enfermó a su vez y de nuevo tuvimos que esperar a que pasase el tiempo de la enfermedad y el tiempo de la convalecencia. Actualmente, las cosas se encuentran ya en plena normalidad, y tío Pancho sólo aguarda una ocasión oportuna par expresar a Abuelita, en nombre de Mercedes, su deseo de firmar las paces olvidando todo género de antiguos resentimientos. Como comprenderás, para esta reconciliación en que tío Pancho será el mediador, yo debo ser el pretexto, y Mercedes, con su tacto, su atractivo y su exquisito don de gentes se encargará luego de coronar las paces conquistando sin reservas la simpatía de Abuelita. La reconciliación se intentará, pues, esta misma semana y como es natural, obtenida la venia, Mercedes vendrá inmediatamente a visitar a Abuelita.

El candidato en cuestión cuyo nombre ignoré mucho tiempo, se llama Gabriel Olmedo y tiene más de treinta años. Según creo haberte declarado a ti, y según me consta haber declarado a tío Pancho, no tengo ninguna fe en los atractivos, cualidades y ventajas de esta persona. Dudo mucho que llegue a gustarme. Lo presiento egoísta, pedante y vanidoso, pero en fin, Cristina : ¡ hay que tentar la vida atendiendo siempre a cualquiera de sus llamamientos !... Lo peor, es la prisión, la inmovilidad y la inercia.

Y ahora, creo que por fin ha llegado ya el momento de ter-

minar esta carta dialogada y singular donde te envío los más íntimos detalles de mi vida presente... Ella, que al revivir en mi pluma me ha ido enseñando a probar la honda complejidad de las cosas insignificantes, es el resultado de mi gran cariño por ti, y es también el resumen de esta ansiedad misteriosa que me inquieta y me agobia. Recíbela pues en ese espíritu, léela con indulgencia y si la encuentras ridícula, desentonada o absurda, no te burles de ella, Cristina, acuérdate que me la dictó mi cariño, en unos días de sensibilidad y de fastidio.

¡ Ah ! si vieras lo que intriga a tía Clara esta vida de encierro, que por escribirte hago continuamente aquí, en mi cuarto, desde hace ya muchos días. Entre mis libros y mi carta, aguardando el proyecto de tío Pancho, sin sentirlo casi, ha ido poco a poco transcurriendo el tiempo. Porque a más de escribir, encerrada y a solas, es también aquí, en este cuarto, donde me aíslo para poder leer. Y en mi soledad, como el asceta en su celda, he aprendido ya a querer la vida interior e intensa del espíritu. He descubierto que existe en Caracas una biblioteca circulante, en la cual, mediante un pequeño depósito, pueden tomarse todo género de libros, y mi rabioso afán de lectura tiene en ella libertad y campo abierto donde saciar su hambre. Gregoria, la vieja lavandera de esta casa, de quien te he hablado ya, a escondidas de tía Clara y Abuelita, es la encargada de llevar y traer de la biblioteca a mi cuarto y de mi cuarto a la biblioteca, bajo el secreto de su pañolón negro, el divino contrabando intelectual. Gracias a tan liberal como discreto apoyo, leo todo cuanto quiero, todo, todo cuanto se me ocurre sin prohibiciones, índices, ni censura...

¡ Ah ! si tía Clara, supiera por ejemplo, que estoy leyendo ahora el Diccionario Filosófico de Voltaire ! ¡ Qué escándalo y qué horror le causaría ! Pero mis lecturas tienen el doble encanto de lo delicioso y lo prohibido, y el Diccionario Filosófico cuando no está entre mis manos yace enterrado como un tesoro en el doble fondo de mi armario de espejo.

Por lo tanto, Cristina, ya sabes cuál es la divisa actual de mi vida : ¡ esperar !... sí, esperar como Penélope, tejiendo y destejiendo pensamientos, éstos que te envío a ti, y otros que voy devanando en la madeja escondida de mis libros.

Y como nada más me queda ya por decirte, te pido ahora que me escribas y me cuentes, tú también, todo lo que en estos meses ha pasado por tu vida, que quiero compararla con la mía. Cuéntame tus proyectos, háblame de tus cambios, descríbeme tus viajes, y así juntas, como en otros tiempos, refrescaremos nuestros viejos recuerdos. A veces, me preocupo pensando, si en realidad, después de tanta unión y de tantísimo cariño, no volveré a verte nunca... ¡ Quién lo sabe ! Por suerte inventaron la escritura, y en ella va y viene algo de esto que tanto queremos en las personas queridas, esto que es alma y es espíritu, que así como dicen que no muere nunca, tampoco se ausenta del todo, cuando porque quiere, no quiere ausentarse.

Recibe, pues, esta porción de mi espíritu, y no olvides que aquí desde su soledad, sumida en el silencio de su « huerto cerrado » espera a su vez que vengas.

María Eugenia.

SEGUNDA PARTE

EL BALCÓN DE JULIETA

CAPITULO I

Remitida ya la interminable carta a su amiga Cristina, María Eugenia Alonso resuelve escribir su diario. Como se verá, en este primer capítulo, aparece por fin la gentil persona de Mercedes Galindo.

Considero que es una gran tontería, y me parece además de un romanticismo cursi, anticuado y pasadísimo de moda, el que una persona tome una pluma y se ponga a escribir su diario. Sin embargo, voy a hacerlo. Sí ; yo, María Eugenia Alonso, voy a escribir mi diario, mi semanario, mi periódico, no sé como decir, pero en fin, es algo que al tratar sobre mi propia vida, equivaldrá a eso que en las novelas llaman « diario »...

¡ Ah ! es curiosísimo, ¡ la poca influencia que tienen nuestras convicciones sobre nuestra conducta ! Yo creo que en general, nuestras convicciones están hechas para aplicarlas más bien a la conducta de los demás, porque es entonces cuando aparecen con todo el esplendor de su honradez : sólidas, arraigadas, e inquebrantables. En cambio, cuando se trata de nosotros mismos, como en el caso presente, nuestras opiniones o convicciones, toman al instante la flexibilidad de la cera, y se acomodan y mo-

delan maravillosamente sobre los más caprichosos accidentes de nuestra conducta. La gran mayoría de las personas, dotadas como están de cierto espíritu conciliador, explican admirablemente con razones o disculpas, tan misteriosos desacuerdos, y así gracias a la elocuencia y a la lógica, quedan siempre abrazadas en perfecta concordia estas dos hermanas inseparables : la convicción y la conducta. Desgraciadamente, yo carezco en absoluto de imaginación para establecer estos acuerdos y me ocurre con muchísima frecuencia el encontrarme como hoy, en flagrante contradicción. Sí ; mi falta de aptitud para la disculpa me fué fatal durante mi infancia y mis tiempos de colegio, lo recuerdo muy bien. Es innata e irremediable. Por lo tanto, de ahora en adelante, no me mortificaré más practicando una ciencia para la cual no tengo la menor disposición ; y es, en vista de ello, por lo que resuelvo confesar en lo sucesivo, ante mí y ante los demás, los desacuerdos existentes entre mi opinión y mi conducta. Diré siempre : tal cosa es reprochable y ridícula, pero la hago porque sí ; tal otra es admirable y santa pero no la hago porque no. Creo que esta especie de franqueza o confesión es lo que suelen llamar cinismo. Como la palabra es un poco discordante, me parece mejor no insistir más sobre el particular y pasar a otro asunto.

Hace apenas unos días que terminé mi carta a Cristina Iturbe. Pero la carta fué tan larga y duró tanto tiempo, que se hizo en mí una costumbre el escribirla. Cuando la hube acabado y releído, era un especie de inmenso protocolo que metí con melancolía dentro de un inmenso sobre, lo cubrí literalmente de estampillas de correo y lo mandé depositar en el buzón por Gregoria, luego de exigirle el más absoluto secreto sobre el particular. Hecha esta advertencia, los ojos de Gregoria brillaron encendidos de complicidad y mi carta al igual de los libros de la biblioteca circulante, salió a la calle, envuelta en la noche del pañolón de Gregoria. Y es que en esta vida de reclusión que llevo, mi único entretenimiento, mi único ejercicio, y mi único sport

consiste en hacerlo todo, absolutamente todo, a escondidas de Abuelita y tía Clara. Gregoria me secunda admirablemente en ello y este sistema de eterna conspiración, me da cierta independencia moral, y me produce, sobre todo, multitud de pequeñas emociones análogas a las del juego, la cacería o la pesca, las cuales no son de desdeñar, dado el ambiente aburrido e insípido en que vivo.

Volviendo a la carta de Cristina: cuando Gregoria al regresar de la calle me dijo con mucho misterio: « ¡ya la eché! » me quedé tristísima. Sentía que me faltaba algo muy grande y muy indispensable. Como no podía seguir escribiendo a Cristina, por tiempo indefinido, hoy me dije de golpe: « ¡ pues ahora voy a escribir mi diario ! »

Y aquí estoy.

Temo muchísimo, el tener que interrumpirlo un día u otro por falta absoluta de material: ¡ mi vida es tan monótona ! Desde la mañana en que mandé la carta-protocolo hasta ayer tarde, no había ocurrido nada digno de mención. Los días se deslizan en mi vida como se deslizan entre los dedos nudosos, flacos y místicos de tía Clara, las cuentas de su rosario de nácar ¡ siempre la misma cosa con el mismo principio y el mismo fin !

Pero afortunadamente ayer ocurrió algo anormal. Siguiendo el símil del rosario, puedo decir, que ayer tarde llegué a una variante de gloria y padrenuestro, constituída en la persona de Mercedes Galindo, cuya visita recibimos por fin

¡ Ah ! me pareció encantadora, preciosa, simpatiquísima ; sí ¡tío Pancho tenía razón! Vino a vernos a cosa de las cinco y media, y se quedó más o menos una hora. Durante la hora Abuelita se revistió de señoril dignidad y estuvo a la vez reservada y amable, pero comprendí muy bien que el famoso disgusto de marras persevera en ellas. Ni a Abuelita le gusta Mercedes, ni a Mercedes la hace gracia Abuelita. La costumbre de tantos años de disgusto las domina y creo que jamás serán verdaderas amigas

En cuanto a mí, estuve completamente imbécil durante la visita, lo comprendo. Esto me sucede siempre. La manera más sincera que tengo para demostrar mi admiración por alguna persona, consiste en revestirme con la corteza durísima de una timidez que me entumece y abarrota como el frío glacial. Este sentimiento de timidez es absolutamente invencible, y he resuelto ya dejarme mansamente dominar por él, puesto que a mí me es imposible dominarlo. La lucha contra la timidez resulta grotesca. Así lo comprendí ayer y por esta razón hablé muy poco, sí, apenas contesté con frases cortas a las amabilidades y cariños que me dijo Mercedes, cuyo peso, al abrumarme de placer, no hizo sino aumentar más y más mi desdichada y silenciosa timidez.

Pero en fin, después de todo, teniendo yo, como bien dice tío Pancho, una conciencia muy definida de mi propia belleza, el mutismo en mí no me parece desairado, al contrario, creo en general, que el mutismo es un complemento estético que presta a la armonía de las líneas cierto encanto reservado y clásico. Una frase estúpida, al surgir de una bonita cabeza, deja caer sobre ella su fatídica sombra moral y la desarmoniza. Lo mismo ocurre con los movimientos. Por eso he creído siempre que el auge inmenso de la belleza griega es debido principalmente a la gran discreción e inmovilidad de las estatuas, que saben poner tanta inteligencia, al representar dicha belleza hoy en día ante nuestros crédulos ojos. Dada esta serie de razones resolví imitar lo más posible durante la visita de ayer. la discreción y el talento de las estatuas griegas, y estoy segura de que debo haber hecho muy buen efecto a Mercedes Galindo.

Pero detallando la visita :

Cuando el auto de Mercedes se detuvo a las puertas de esta casa, Abuelita, como de costumbre, se encontraba ya esperando, sentada en el sofá, y yo que sabía y sé muy bien la importancia enorme que sobre mi vida futura ha de tener semejante visita, me hallaba emocionada y vestida con más cuidados y requisitos que nunca. Al oír el parar del automóvil, y luego el timbre

de la puerta, en lugar de esperar como Abuelita la entrada de Mercedes, corrí inmediatamente a ocultarme en la penumbra del saloncito vecino, desde el cual, sin ser vista, podía dominar todo el salón. Una vez escondida allí, con el objeto de tener mayor éxito, resolví hacerme desear unos cuantos minutos, y así, mientras aguardaba envuelta en la penumbra, pude observar los pormenores de aquel interesante encuentro.

En efecto, no bien apareció Mercedes a contraluz en el umbral de la puerta, Abuelita se puso majestuosamente de pie, salió a su encuentro, la aguardó un segundo en el centro del salón bajo la araña, y, allí, sonreída, tal cual si nada hubiese ocurrido nunca entre ellas, borró de un trazo firme todo el pasado, al abrazarla diciendo con una elegancia digna de Fray Luis de León :

— ¡ Siempre tan linda, Mercedes !

Y Abuelita decía la pura verdad.

Yo, en plena sombra, contemplando la figura de Mercedes, gentil y radiante, como la de una reina, me hallaba petrificada de admiración. ¡ Ah ! ¡ es que estaba elegantísima ! Tenía un vestido de terciopelo negro, hecho seguramente en alguna buena casa de París, y llevaba por único adorno, un collar de perlas que casi le ceñía el cuello. Observé que las manos blancas y cuidadísimas ostentaban una sola sortija, un solitario, y me parecieron (las manos) tan bonitas como las mías cuando tengo las uñas bien pulidas. Los pies finos y largos estaban divinamente calzados, llevaba en la cabeza un precioso sombrerito negro, algo ladeado que le encuadraba la clásica fisonomía en deliciosos efectos de luz y sombra, y bajo la media luz de aquel sombrero, para hablar con Abuelita, surgía una de las voces más lindas y argentinas que he escuchado en mi vida.

Y qué razón, ¡ ah ! ¡ sí ! ¡ qué razón tenía tío Pancho !

Cuando, al salir por fin de la penumbra me fuí a saludarla, llevaba preparada mentalmente una frase muy expresiva, en la cual pensaba demostrarle mi exaltada admiración. Pero

no bien me miró ella con sus ojos brillantes y curiosos de crítica finísima, y no bien aspiré yo el perfume sutil que como una flor exhalaba su persona, cuando me sentí invadida por la parálisis absoluta de la timidez. Por lo tanto, después de haberme acogido y abrazado con esa naturalidad y soltura que son su principal atractivo, a mí, en correspondencia, sólo me fué dado el murmurar unas cuantas frases breves y corteses.

Durante el curso de la visita, Mercedes, con su admirable don de gentes, aparentando ocuparse poco de mí, se dirigió constantemente a Abuelita. Yo entonces, libre de conversación, silenciosa e inmóvil, la observaba y observándola así, comprendí al punto, que más grande aun que su belleza, era su encanto, es decir, que llevaba a lo supremo de la perfección el arte de interpretarse a sí misma; porque mientras hablaba, la boca, las manos, los ojos, la cabeza, la voz, la sonrisa, todo, todo, iba completando sutil y armoniosamente, con mil matices deliciosos el sentido que expresaban las palabras. Noté además que se reía de tiempo en tiempo, con una risa que era tan sonora a los oídos como agradable a la vista, y que salpicaba continuamente su conversación con palabras francesas que aunque muy bien y muy naturalmente pronunciadas resultaban completamente innecesarias por tener todas su perfecto equivalente en castellano. Dijo por ejemplo : « *la nature* » ; « *mi fourrure* » ; « *clair de lune* » ; y « *la beauté physique* » sin necesidad ninguna, pero como parecía iluminar con la luz de sus ojos y el encanto de su sonrisa cuantas palabras salían de su boca, yo las encontré todas de una profunda sabiduría.

Fué sólo después de levantarse y despedirse de Abuelita, cuando Mercedes resolvió dedicarse enteramente a mí. Tomándome la barba con su mano fragante, acercó mi cara a la suya ; y mimosa y cariñosísima como si se tratase de algún niño pequeño, me besó dos veces. Luego, con mi barba presa todavía en su mano, dijo envolviendo las frases en una larga sonrisa :

— ¡ Adiós linda ! Francamente, que no te creía tan bonita

a pesar de todo lo que me había dicho Pancho. Creía que eran exageraciones, pero veo ahora que tú superas todas las exageraciones.

(¡ Ah ! ¡ la maravilla, la delicia, que es oír decir semejante cosa de labios de una persona de tan evidente buen gusto !)

Yo sin responder nada me sonreí de placer demostrando así a Mercedes, que su apreciación me parecía del más acabado acierto. Ella comprendió al punto la felicidad de mi sonrisa y la contestó con otra risa de satisfacción que sonó a cascabeles y a cristales. Luego llevándome del brazo hasta la puerta de salida, a solas conmigo, me habló de su antigua amistad con todos los Alonso, de los buenos ratos que habían pasado juntos en Europa y en Caracas, volvió a despedirse con un beso, y me dijo siempre sonreída, en voz suavísima de confidencia :

— Ya sabes, mi casa es tuya. Ven a todas horas sin avisar, sin etiqueta, siempre que quieras y con toda confianza. Tengo para ti una sorpresa : es una miniatura preciosa de tu Papá cuando tenía diez años. Y después de reirse otra vez, me dijo en voz mucho más baja y acercando su boca a mi oído — ¡ También te tengo otra cosa !

Por toda contestación me puse coloradísima, y más que decir suspiré :

— Gracias... Muchas gracias...

Luego, cuando asomada a la portezuela del auto, sonrió de nuevo el rostro, saludó la mano, y desapareció por fin el sombrerito negro, a mí se me habían ocurrido ya mil contestaciones oportunas e ingeniosas, pero desgraciadamente : ¡ era ya muy tarde !

Tía Clara no se dignó recibir a Mercedes. Dijo que necesitaba contar la ropa ; batir con leche la mantequilla del desayuno ; rezar un tercio de rosario ; darle su comida a Chispita ; y que le era de todo punto imposible el abandonar tan importantes ocupaciones. Luego añadió :

— Y mucho menos para recibir a una persona tan superficial como Mercedes Galindo, que fastidia, porque seguramente no hablará más que de trapos y de tonterías.

Después de haber visto y tratado a Mercedes, comprendo que tía Clara tiene el mismo credo de las Madres del Colegio. Sólo que tía Clara, llama « personas superficiales » lo que las Madres llamaban « el mundo ». En el fondo es la misma idea, revestida de distintas palabras. Tía Clara se confina en su bando come también se confinaban las Madres, y no quie e tratos con el enemigo. Hace muy bien. No se parece a mí que desgraciadamente, lo mismo que en el Colegio, sigo todavía sin poder afiliarme a mi bandera. Soy una especie de tabla que flota a derecha e izquierda sobre las olas de un mar bonachón y tranquilo.

Pero reanudando el acontecimiento o padrenuestro de ayer : No bien desapareció de mi vista el auto de Mercedes, regresé al salón en donde se hallaba todavía Abuelita ; y al punto tía Clara, ya aliviada de sus ocupaciones, se vino también a escuchar y a hacer los comentarios de la reciente visita. Fueron largos. En ellos se habló de la indiscutible belleza de Mercedes, de su finura y buen trato, y se comentó también su desgraciada suerte. Dijeron que estaba muy mal casada, que su marido era un libertino y un jugador que después de haberle derrochado casi toda su fortuna, la trataba ahora muy mal. Abuelita terminó un párrafo exclamando :

— ¡ Primero el canalla de su Padre ! ¡ Ahora su marido ! ¡ Demasiado buena es, para la poca dirección que ha tenido en la vida !

Con lo cual me pareció comprender que si Abuelita juzgaba a Mercedes « demasiado buena » era precisamente porque no la juzgaba bastante buena. ¡ Ah ! pero yo en cambio, la juzgo incomparable y a falta de mejor demostración, al igual de Gregoria, exclamo interiormente a todas horas : « ¡ Qué Dios la guarde y la bendiga ! »

Durante el curso de la conversación, cuantas veces la nombró, Abuelita dijo : « esa niña » como cuando habla de mí, cosa que encontré absurda puesto que Mercedes está casada y tiene ya más de treinta años. También noté que cuando se trató del padre de Mercedes, Abuelita al pronunciar su nombre, tuvo siempre la precaución de decir « el canalla de Galindo ». Este prefijo « canalla » lo usa sin duda Abuelita, como homenaje de fidelidad a la memoria de mi difunto Abuelo Aguirre. Yo lo comprendí así, y por esta razón, resonó siempre en mis oídos, solemne y lleno de grandiosidad, como debe sonar en los oídos de toda persona bien nacida esta clase de epítetos familiares.

Pero no obstante mi admirable intención, los comentarios terminaron en un pequeño incidente.

Y fué que yo, viendo que la conversación, al girar siempre y siempre alrededor del «canalla de Galindo» se hacía ya de una monotonía aburrida y de una exaltación muy peligrosa, resolví de repente darle un nuevo sesgo. A juzgar por los resultados, creo que el sesgo tuvo poco acierto, la verdad.

Ocurre que, a mí en general, me gusta muchísimo el hacer frases ingeniosas, pero como desgraciadamente hasta ahora, no tengo bastante gracia para elaborarlas de mi propia cosecha, me limito a repetir, adaptando naturalmente a las circunstancias, las frasas ingeniosas que solía hacer Papá, es decir aquellas que por parecerme más originales o agudas han permanecido archivadas en mi memoria. Dada esta afición mía, en una de las ocasiones en que Abuelita repetía ya por vigésima vez «el canalla de Galindo» yo, creyendo que podía mitigar su rencor, afirmando a la vez dos cosas ; por un lado el mal proceder del que fué enemigo de mi Abuelo, y por otro mi admiración hacia los encantos de Mercedes, dije de pronto :

— ¡Convengo en que el señor Galindo hizo muy mal al

hacer mal a Abuelito, pero reconozca en cambio, que hizo muy bien al hacer tan bien a Mercedes!

Me figuraba que esta demostración en la que se unían la agudeza y el espíritu de armonía iba a tener muy buena acogida, pero no fué así. Con gran asombro de mi parte, Abuelita al oírme, en lugar de reírse, volvió bruscamente la cabeza hacia donde yo estaba, y dijo con una severidad inmensa como hasta el presente nunca había usado al hablarme :

— Ese lenguaje no es propio de una señorita, María Eugenia : ¡has dicho una vulgaridad!

— ¿Cuál? ¿Decir « hizo muy bien a Mercedes » es decir una vulgaridad? Pues no me parece, al revés...

— Sí ; muy grande, ya te lo he dicho, y no lo repitas más!

— ¡Pero si eso mismo dijo una vez Papá, allá en París, hablando del padre de una actriz lindísima que trabaja en la Comedia Francesa y a nadie le pareció vulgaridad! Al contrario, se rieron mucho.

— ¡Ah! ¡si vas a coger la costumbre de repetir cuanto decía Antonio, y cuanto dice Pancho, sin saber lo que significa, harás muy bonito papel delante de la gente!

Yo entonces, con la altivez propia de la dignidad herida contesté arrogantemente :

— ¡Acostumbro conocer el significado exacto de las palabras que emito ; porque afortunadamente no soy un loro ni soy un fonógrafo!

No obstante, me quedé un rato pensativa. Me pareció de pronto, que la frase en cuestión, estaba cargada de sentidos misteriosos y por un instante, contemplé en silencio la nevada cabeza de Abuelita, que como el arca de la alianza encerraba las claves de muchísimos misterios,. hasta

que al fin, en pleno silencio tempestuoso, salí de mi abstracción pensando :

— ¡Bah, lo que ocurre, es que Abuelita, aunque salte a la vista, no quiere confesar que «el canalla de Galindo», hizo en su vida algo que estuviera bien hecho: eso es todo!

CAPITULO II

En donde María Eugenia Alonso describe los ratos de suave contemplación pasados en el corral de su casa y en donde a su vez aparece tambien Gabriel Olmedo.

Nuestros antepasados los fundadores de la ciudad de Caracas, aun cuando no lo parezca a primera vista, tuvieron mucho talento. Encontraron la manera de vivir en ciudadana comunidad sin renunciar a los encantos agrestes y bucólicos de la vida campesina. Es cierto que tendieron unas calles demasiado angostas; que las empedraron con guijarros agresivos; que las agobiaron con aleros, y las recargaron de rejas, pero tuvieron en cambio la inteligencia y la inmensa previsión de guardar un buen pedazo de campo dentro de cada casa ¡Ah! ¡eran delicados y eran previsivos nuestros antepasados los fundadores de la Ciudad de Caracas! Gracias a su delicadeza y previsiones es sin duda por lo que yo, una de sus muchas descendientes, tengo el alma soñadora, algo indolente y muy dada a las dulzuras de la contemplación...

Así pensaba ayer, mirando los distintos verdes en las matas

del corral, mientras yacía acostada cuan larga soy, sobre un enorme baúl lleno de viejas etiquetas de todas formas y colores, el cual, perteneció a mi difunto tío Enrique, y el cual, en la actualidad se halla situado bajo el amplio tinglado del corral frente a las gallinas meditabundas y entre la tabla de planchar y la cesta de la ropa limpia. Allí, baldado, triste y decaído, con el llanto de todas sus desgarradas etiquetas, llora, y llora de nostalgia el pobre viejo, mientras recuerda como yo los pasados viajes y las pasadas aventuras por tierras lejanas.

Es el caso que este pedazo de campo encerrado entre cuatro tapias que acostumbran a llamar corral es para mí una delicia y es también el origen de todos mis ensueños y meditaciones. Tía Clara no lo comprende así y dice casi todos los días.

— El puesto de una señorita no es el corral, ni su sociedad la de los sirvientes.

Podrá tener razón, pero de todos modos me tienen sin cuidado los sermones de tía Clara sobre este particular. A mí me encantan las gallinas; me encantan las copas de los arboles que como cabezas curiosas se asoman por las tapias desde los corrales vecinos ; me encantan las hojas tan verdes y tan rizaditas de la mata de acacia ; me encantan las cayenas chillonas ; me encantan las grandes piedras manchadas de blanco donde se extiende al sol la ropa enjabonada ; me encanta el pedazo del Avila que se mira a lo lejos por encima de las matas y de los tejados ; me encanta el nostálgico baúl de tío Enrique ; y me encanta, sobre todo. Gregoria, cuando en pleno elemento conversa restregando con sus negros puños los islotes de ropa que emergen aquí y allá, en su immensa batea, como en un mar blanquísimo de espuma de jabón.

Gregoria conoce mis tendencias contemplativas y en lugar de contrariarlas como hace tía Clara, no, Gregoria las alimenta.

Cuando yo entro en el corral y me extiendo sobre el baúl que hace las veces de *chaise longue*, ella, conociendo ya mis gustos y caprichos prodiga sobre mi persona toda clase de cuidados: me cubre los pies para que no me piquen los mosquitos ; cierra la puerta con el objeto de evitar toda corriente de aire ; tiende en el alambre una sábana ancha a fin de atenuar a mis ojos la luz directa del sol, y suele además prestarme como almohada algún mullido paquete de ropa limpia y sin planchar.

Tía Clara detesta todas estas familiaridades con Gregoria, y detesta todavía más las familiaridades de mi cabeza con la ropa limpia. Pero también me tienen absolutamente sin cuidado estos otros sentimientos anti-democráticos de tía Clara.

Y es que en el sencillo ambiente del corral, lo digo y lo repetiré mil veces, es donde únicamente paso ratos de suave contemplación y de sabrosa plática. A veces estamos en silencio, y entonces, mientras Gregoria lava, yo miro los caprichosos arabescos que tejieron las ramas entre sí ; miro los disparates que van haciendo las nubes al pasar por el cielo ; miro allá, a lo lejos, más arriba de matas y tejados el misterio indefinido del Avila, y poco a poco me voy perdiendo en el dulce laberinto de los ensueños... ¡Sí; sobre las durezas del baúl de tio Enrique, he aprendido a soñar, como soñó Jacob sobre las durezas de su piedra!

Otras veces conversamos.

¡Ah! si yo fuera poeta, habría escrito ya, sin duda ninguna, el elogio del jabón, multiplicándose en espuma y en luminosas burbujas por obra y gracia de los activos nudillos de Gregoria. Y es que para mi gusto no hay ningún poema comparable a ese blanquísimo poema de la batea, que tan bien interpretan las viejas manos ya algo rígidas y temblorosas. Sí; ¡cómo brillan las aladas y negras manos sobre la inmaculada blancura! ¡Parecen a ratos dos enamoradas golondrinas rotozando y persiguiéndo-

se una a otra sobre el mismo pedazo de nube!... Y sin embargo, mucho más chispeantes y luminosas que la espuma del jabón son las palabras que entretanto van surgiendo de su boca, y son más fecundas en filosofía que fecunda es la blanquísima espuma, que, crece, y crece, y crece, eternamente tras el continuo batir y restregar.

Es esto lo que tía Clara no comprenderá jamás, y lo que yo he descubierto desde hace ya mucho tiempo. Gregoria es la sabiduría sencilla y sin complicaciones. Bajo la maraña de su pelo lanudo se esconde, como en el misterio del brillante negro, la chispa clarísima del más agudo ingenio. Gregoria posee además la facultad de expresarlo, porque domina a maravilla el arte rarísimo de la conversación. Tan sobria es en palabras superfluas, como rica en ideas y en mímica expresiva. La mímica de Gregoria, tiene sutilezas y matices a donde no podrá llegar jamás la palabra. Hay veces que son miradas misteriosas y largas como los hondos secretos de la naturaleza ; otras un súbito relampagueo de pupilas que imita el asombro de las grandes sorpresas ; tiene guiños epigramáticos ; caídas de párpado que son paréntesis ; silencios repentinos que resultan epílogos muy elocuentes ; y carcajadas que describen en sus notas como la música wagneriana todos los sentimientos y las pasiones que puedan agitarse dentro del alma humana. A veces, en obsequio a la reserva y discreción que exigen ciertos temas delicados, lo que empezó frase acaba en mímica. El silencio parece entonces presidir la escena ; en la batea, momentáneamente abandonada, chisporrotea imperceptible la espuma de jabón, las expresivas manos, vuelan y revuelan rápidas o lentas por las cercanías del rostro y los tres juntos realizan prodigios descriptivos.

Naturalmente, después de haber saboreado toda la gama de colores que atesora en su paleta la conversación de Gregoria el oír hablar a las personas bien educadas como

son verbigracia, Abuelita y tía Clara, resulta muy insípido y sumamente desteñido. Y es que Gregoria maneja con el supremo buen gusto del artista toda la serie de movimientos o ademanes que a falta de intérpretes inteligentes, la buena educación en su cordura, ha decidido vedar y prohibir completamente.

Y es así, en mis largas pláticas con Gregoria, como he llegado a conocer dos cosas a la vez : por un lado muchos ocultos repliegues del alma humana y por otro lado, todas aquellas intimidades de mi familia, que Abuelita y tía Clara tienen gran cuidado de no referir jamás delante de mí, y que por lo tanto son las únicas que me interesan.

Sí ; por Gregoria he sabido muchas cosas. He sabido que tío Eduardo fué siempre egoísta, mezquino y ordenado, todo a la vez; que cuando pequeño escondía siempre sus juguetes y jugaba con los de tío Enrique, o sea, que durante su infancia hizo siempre con los juguetes de tío Enrique, lo mismo que ha hecho ahora en su edad madura con las tres cuartas partes de San Nicolás que me pertenecían a mí, y que se ha cogido de un todo para él ; por Gregoria he sabido que tío Enrique desdeñaba todos sus juguetes, razón por la cual se los dejaba a tío Eduardo muy contento, puesto que él prefería mil veces, subirse a las matas para atisbar la vida ajena, y para tirar piedras y frutas verdes a los corrales vecinos ; por Gregoria he sabido, y en esto actuó muchísimo la mímica, que mi Abuelo Aguirre, aunque de costumbres pacíficas y ordenadas «se alborotó» ya viejo, con cierta bailarina francesa, cosa que tuvo por resultado el que su cama, bajo la orden y dirección de Abuelita, saliese de su cuarto, atravesase bélicamente el comedor, como atravesaron los israelitas el Mar Rojo, para venir a aposentarse aquí, en el segundo patio, en donde se halla ahora este mi cuarto y que mientras duró dicha mudanza o anomalía ella, no se dignaba contestar nunca, cuando él la llamaba

o dirigía la palabra ; por Gregoria he sabido que tío Enrique cuando regresó de Europa, ya grande, solía enamorarse de cuantas sirvientas pasables hubiera en la casa, lo cual hizo que Abuelita escogiese en adelante para su servidumbre todos aquellos rostros femenimos en donde la naturaleza hubiese acumulado el mayor número posible de disparates y desórdenes ; por Gregoria he sabido que María Antonia, la antipatiquísima mujer de tío Eduardo, es de un origen muy oscuro, por no decir muy negro, que fué tío Pancho Alonso, quien, una vez que le dió por coleccionar genealogías, averiguó en un dos por tres la de María Antonia y resultó ser tan accidentada y tortuosa, que desde entonces María Antonia abomina a tío Panchito, como al más vil e intruso de los delatores : por Gregoria he sabido, que Mamá tenía un carácter dulce y alegre al mismo tiempo, mientras que el de tía Clara, aunque de exterior apacible era intensamente apasionado, razón por la cual su vida había sido una vida tan dolorosa y tan triste ; y, finalmente por Gregoria he sabido cómo tía Clara, siendo muy joven, se enamoró perdidamente de aquel novio suyo que yo recuerdo entre sueños cuando me daba dulces y me hacía gallitos con pedazos de papel ; cómo de repente, después de muchísimos años de noviazgo, se averiguó que él andaba detrás de otra mucho más joven y bonita ; cómo algún tiempo después no volvió más a sus diarias visitas, y cómo un día, tras el llorar infinito y amarguísimo de tía Clara, él acabó por fin casándose con la otra...

— Desde entonces, — añade Gregoria sacando las negrísimas manos de la blanquísima espuma, y escogiendo entre su repertorio las más sentimentales expresiones — desde entonces ¡se acabó la Niña Clara! ¡Ya no volvió a salir más, se metió en la iglesia, y empezó a ponerse delgada y pálida, pálida como está ahora, que más que la Niña Clara de antes, parece la pobre un mismo cirio, de esos que llevan el juaves santo en las procesiones!...

Y con semejante frase, terminó Gregoria una de sus largas disertaciones acerca de tía Clara, ayer a cosa de las once y media de la mañna.

Ahora bien, como soy tan aficionada a metáforas o símbolos, y como para desarrollar un tema apropiado tengo esta elegancia y esta fecundidad que ya desearía tener cualquiera de esos admirables poetas llamados simbolistas u orfebres, es claro, al oír que Gregoria esbozada el símbolo del cirio, no quise perder la ocasión de desarrollar un tema tan adecuado, y así, mientras ella volvía en silencio a su trabajo, yo me hundía en el terreno de las afinidades psicológicas, y acostada siempre en el baúl, y mirando a lo lejos la montaña, me puse a comentar el caso diciéndome a mí misma llena de la más dulce melancolía :

— Sí ; pobre tía Clara, sí... Eres el cirio votivo, cuyo fuego idealista va consumiendo, consumiendo, tu propia vida ; y tu vida, es la luz mística y perseverante que olvidada de todos, arde en la sombra, bajo el silencio y bajo la soledad de los altares. A nadie alumbró nunca esa luz tuya, y el día en que te apagues no dejarás a tu alrededor ni oscuridades, ni fríos de tristeza porque sólo has sido fuego lírico de sacrificio, porque en el lento consumirse de tu vida, ni fuiste jamás lumbre en el hogar, ni serás nunca luz para el camino...

Así andaban más o menos mis poéticas consideraciones, y asi hubieran andado muchísimo tiempo más, si no fuera porque, de pronto, se abrió bruscamente la puerta del corral y como al conjuro de algún encantamiento apareció en ella la cabeza de tía Clara; pero no en aquella actitud macilenta, propia de los cirios, no, sino agitadísima, encendidos los ojos y un tanto molesta, que decía encarándose conmigo :

— ¡Mira, María Eugenia, si en lugar de estar en el corral a puerta cerrada, ensuciando con tu cabeza la ropa que nos vamos a poner, estuvieras «donde te corresponde»,

no sería menester llamarte a gritos por todas la casa, exactamente lo mismo que a Chispita, cuando le da por esconderse dejabo de algún mueble. Hace ya más de media hora que sin acordarme de tu dichosa manía por el corral, ando loca detrás de ti registrando la casa entera : ¡ te llaman por teléfono !

— ¡ ¡ Eureka ! ! — exclamé, por ser ésta, aunque un poco pretenciosa, la única interjección a que me ha dejado reducida Abuelita — ¡Eureka! y ¡eureka! ¿Quién podrá ser y para qué me querrán?

Y levantándome en un salto de encima del baúl, atravesé como corriente de aire por patios y puertas, hasta llegar al teléfono y pronunciar la mágica palabra :

— ¿Quién es?

Y era la mil veces bendita Mercedes Galindo, que me llamaba para invitarme a que fuese en la noche a comer con ella. Tío Pancho haría las veces de acompañante o *chaperon*, vendría a buscarme y volvería a traerme, ya estaba convenido. Mercedes añadió :

— ...y quiero que a la noche estés muy bonita, es decir, tan bonita como el otro día, que es lo más bonito a que puede llegar una persona.

Esta frase que me pareció resplandeciente de verdad, lo mismo que me parece resplandeciente de luz el sol del mediodía, me puso de un admirable buen humor. Y como afortunadamente, por el teléfono, yo no podía percibir el perfume turbador que usa Mercedes, ni la fastuosa palidez de sus perlas, ni el suave brillo de su vestido de terciopelo, ni aquella encantadora sonrisa que es un escándalo de labios rojos y de dientes blancos ; como por el teléfono, repito, no me era dado el percibir esta serie de circunstancias, las cuales a más de la persona, contribuyeron a despertar en mí el día de su visita aquel importuno sentimiento de timidez, libre por completo de dicho sentimiento, me fué dado el contestar con mucha elegancia a su amabilidad diciendo: que si tal opinaba ella, yo entonces, me vería obligada a creer que

su casa era como los severos y desnudos claustros de los conventos en donde los monjes acaban por olvidarse de sí mismos a fuerza de no mirarse nunca en los espejos.

Esto dije a Mercedes, lo cual era decir en pocas palabras que su belleza es superior a la mía, cosa que puede pasar como finura, pero cuya falsedad salta inmediatamente a la vista. Mercedes es muy linda, sí, Mercedes es preciosísima, pero yo soy todavía mucho más bonita que ella. No cabe duda : soy más alta ; más blanca ; tengo más sedoso el pelo ; tengo mejor boca y muchísima mejor forma de uñas. La gran ventaja de Mercedes sobre mí es aquel refinamiento suyo, sí; aquel *chic* incomparable... ¡ claro ! si todo lo encarga siempre a París... ¡ Ah, si yo tuviera dinero !... ¡ Ah, si tío Eduardo no me hubiera quitado las tres cuartas partes que me correspondían en San Nicolás !

Pero volviendo al teléfono:

Después de aquellas mutuas y galantes réplicas y después de muy cariñosas despedidas, se dió por terminada nuestra conversación. Yo entonces, me vine aquí, a mi cuarto, le eché dos vueltas de llave a la puerta, con el objeto de que tía Clara no entrase de sopetón, a cortar por segunda vez el hilo de mis pensamientos, y así, tomada esta precaución, comencé a deliberar. Lo primero que hice, fue abrir la hoja de mi armario de luna e instalarme de pie frente a él, es decir, hacia el lado derecho del armario, que es donde se alinean en fila todos mis vestidos. Una vez allí, con los dos brazos en jarras sobre la cintura, actitud esta, que diga lo que diga Abuelita es sumamente propicia en los momentos de gran indecisión, poco a poco, fuí pasando revista. Y así mientras mis ojos iban de un vestido a otro vestido, mis labios murmuraban por lo bajo a modo de letanía :

— ¿ Cuál me pondré ? ¿ Cuál me pondré ? ¿ Cuál me pondré ?

Y por fin resolví ponerme mi vestido de tafetán.

Ya resuelto este primer problema, arrastré mi silloncito hasta

colocarlo junto a la ventana, me senté en él adoptando una posición muy cómoda, y comencé a pensar así :

— Seguramente que esta noche irá también a la comida el tan anunciado y tan cacareado Gabriel Olmedo. Sí ; no hay duda que irá y que me lo presentarán hoy mismo. Bien. Hay que tener en cuenta las leyes draconianas que Abuelita y tía Clara suelen aplicar a la cuestión del luto : un invitado extraño puede dar a una comida cierto aspecto de fiesta, y si ellas, por desgracia, se dan cuentan del aspecto : ¡ patratrás ! o me llaman « hija sin corazón » lo cual es muy desagradable, o me dejan sin ir a la comida lo cual es mucho más desagradable todavía. ¿Qué hacer?

Y como en el almacén de mi cabeza, nunca faltan recursos para allanar el conflicto, a guisa de precaución, decidí elaborar la siguiente mentira : Diría que Mercedes, se encontraba sola, solísima, completamente sola, que su marido estaba ausente y que por esta razón me invitaba ella para que fuese a acompañarla.

Y es claro, luego de haber resuelto este segundo interesantísimo problema de la eliminación de comensales, me quedé tan satisfecha como debe quedarse un general después que ha trazado su plan de batalla.

Pero ahora, en forma de comentarios digo, que es verdaderamente prodigiosa, la rapidez y la profundidad con que ha echado raíces en mí, esta costumbre de mentir. Desde que vivo con Abuelita miento a cada paso, lo cual ha servido de gimnasia a mi imaginación, que se ha desarrollado muchísimo, adquiriendo a la vez agilidades asombrosas. Hace algún tiempo yo no mentía. Despreciaba la mentira como se desprecian todas aquellas cosas cuya utilidad nos es desconocida. Ahora, no diremos que la respeto muchísimo, ni que la haya proclamado diosa y me la figure ya, esculpida en mármol con una larga túnica plegada y un objeto alegórico en la mano, al igual de la Fe, la Ciencia o la Razón, no, no tanto, pero sí la aprecio

porque considero que desempeña en la vida un papel bastante flexible y conciliador que es muy digno de tomarse en consideración. En cambio, la Verdad, esa victoriosa y resplandeciente antípoda de la mentira, a pesar de su gran esplendor, y a pesar de su gran belleza, como toda luz muy fuerte, es a veces algo indiscreta y suele caer sobre quien la enuncia como una bomba de dinamita. No cabe duda de que es además un tanto aguafiestas y la considero también en ocasiones como Madre del pesimismo y de la inacción. Mientras que la mentira, la humilde y denigrada mentira, no obstante su universal y malísima reputación, suele, por el contrario, dar alas al espíritu y es el brazo derecho del idealismo, ella levanta al alma sobre las arideces de la realidad, como el globo vacío levanta los cuerpos sobre las arideces de un desierto, y cuando se vive bajo la opresión nos sonríe entonces dulcemente, presentándonos en su regazo algunos luminosos destellos de independencia. Sí; la mentira tiende un ala protectora sobre los oprimidos, concilia discretamente el despotismo con la libertad, y si yo fuera artista, la habría simbolizado ya, como a su dulce hermana la Paz, en la figura de una nívea paloma, tendido el vuelo en señal de independencia y ostentando una rama de olivo en el pico.

Sé perfectamente bien que estas ideas son para escritas y no para dichas. Si acertara a enunciarlas delante de Abuelita, por ejemplo, ella se pondría inmediatamente las dos manos abiertas sobre los oídos y me cortaría la palabra diciendo :

— ¡ Jesús ! ¡ Qué de necedades ! ¡ Qué de disparates ! ¡Qué ideas tan inmorales!

Y es que Abuelita, al igual que la mayoría de las personas, tiene a la pobre moral amarrada entre cadenas, y condenada a un especie de « *demodé* » espantoso. Yo no. Yo creo que la moral podría cambiar de vez en cuando lo mismo que cambian las mangas, los sombreros y el largo de los vestidos. ¿ Pero siempre, siempre, una misma cosa ? ¡ Oh ! no, no, eso es horriblemente monótono, y es una prueba palpable de lo que yo

he dicho siempre : « ¡ La humanidad carece de imaginación ! »

Sin embargo, debo hacer constar que a pesar de mis teorías, sobre esta tesis de la mentira, en la práctica, mi rutinario sentido moral no se encuentra todavía completamente de acuerdo con ellas. Lo sentí ayer en el punzante aguijón del remordimiento, que es a mi ver el alerta centinela que vigila las puertas de dicho sentido moral y acostumbra a anunciarnos sus conquistas o decadencias.

Y fué que anoche, cuando ya vestida con mi traje de tafetán me iba a la comida, comparecí primero ante la presencia de Abuelita. Ella me vió y sonrió, con esa sonrisa suya que como la sonrisa de Gioconda, encierra un misterio en su expresión que conozco muy bien... ¡ sí !... ese misterio es el de una inmensa vanidad maternal que me halaga y me satisface muchísimo, por que es tan muda y tan elocuente como el elogio de los espejos... Pues bien, al verme venir Abuelita, acercó inmediatamente a sus ojos los impertinentes de carey y dijo acentuando más que nunca dicha misteriosa sonrisa :

— ¡ Tanto vestirse, y tanto componerse para ir a comer sola con Mercedes ! ¡ Qué presunciones, Señor !

Y yo mientras pensaba : « Abuelita me encuentra preciosa pero no me lo dice para no envanecerme más de lo que estoy » y sentí a un mismo tiempo en vista de su credulidad y candidez, el agudísimo y punzante aguijón del remordimiento. Tan grande fué que tuve verdaderas tentaciones de exclamar rebosante de contrición :

— ¡ No creas lo que te dije, Abuelita linda ! Aunque me llames « hija sin corazón » sabe que voy a comer con Mercedes acompañada de un ejército de personas si es que ella ha tenido a bien el invitarlas.

Pero como la mentira no admite en sus filas a los prófugos ni a los pusilánimes, no tuve más remedio que decir interiormente como los soldados heroicos : « ¡Adelante, siempre adelante! » y respondí :

— Tengo en mucho la opinión de Mercedes, Abuelita. Para mí una sola persona de buen gusto equivale a una muchedumbre de gente que no se sepa vestir.

En realidad no hubo ejércitos ni muchedumbres en la comida de anoche. Había sido dispuesta en honor mío, y en consideraciones a mi duelo, a más de tío Pancho, Mercedes y su marido, sólo se encontraba en ella, como lo había previsto ya, el tan anunciado Gabriel Olmedo. A decir verdad creo que tío Pancho exageró muchísimo cuando le describió, tanto, que anoche, al verle entrar en el salón de Mercedes, tuve una verdadera decepción, si es que la palabra « decepción » puede usarse al hablar de aquellas personas hacia quienes sentimos desbordarse nuestra indiferencia. En primer lugar tiene los ojos y el pelo negros como carbón, cosa ésta que me produce un efecto detestable ; además sus piernas son demasiado largas para el busto, usa unos zapatos de forma muy corta, y, según recuerdo ahora, tiene los tobillos más bien gruesos que delgados. Sin embargo, viéndolo despacio no resulta mal para aquellas personas que encuentran agradable el color trigueño, pero como a mí no me gusta ver el pelo negro azabache sino en el lomo de los gatos, y que en las personas me crispa y me desagrada muchísimo, Gabriel Olmedo, con su lisa y perfumada cabeza color « ala de cuervo » me impresionó anoche bastante mal. Moralmente lo hallé muy pretencioso. Creo que Mercedes debe haberle comunicado ya « aquel proyecto », porque él, aunque amable y correcto en apariencia, tomaba a ratos actitudes de rey coronado y adherido a la soltería, a quien su gobierno anda buscándole novia.

Afortunadamente que yo, por mi parte, tengo la conciencia y la inmensa satisfacción de haberme dado cien veces más tono que él. ¿ Fué debido a las amabilidades, y al exquisito tacto de Mercedes? ¿Fué debido al perfumado coktail seguido de varias copas de champagne ?... ¿ Fué debido más bien a la multitud de espejos, que reflejaban continuamente la armonía de mi figura ?... No sé ; pero es el caso que anoche, lejos de

experimentar timidez alguna, tuve constantemente el delicioso sentimiento de mi propia importancia, cosa que me hacía estar muy a gusto con los demás y conmigo misma. Hoy, cuando pienso en ello, noto que desde anoche ha bajado en mi conciencia dicho sentimiento de importancia. Esto me hace creer, que decididamente debió ser el cocktail y el champagne quienes, al subirse un poco hacia mi cabeza, hicieron subir junto con ellos y en varios grados el termómetro de mi vanidad, termómetro que, dicho sea de paso, según he observado últimamente, es muy sensible, y mucho más dado a subir que a bajar. Pero de todos modos ; ¡ bendito sea ! puesto que me ayudó a demostrar ayer ante los negrísimos ojos de Gabriel Olmedo el inmenso caudal de indiferencia y desdén que atesora mi alma para enterrar en ella a los hombres pretenciosos.

La casa de Mercedes, es muy elegante, y su mesa tan suntuosa y rica como la de un palacio. Los más finos objetos de plata, alternan por todos lados con porcelanas de Sajonia y de Sèvres; tiene en las paredes espejos, tapices, y cuadros de muchísimo gusto, y las plantas surgen alegremente por toda la casa, en legítimos jarrones de la China. Pero tiene sobre todo un *boudoir* oriental que es un encanto... ¡Ah, la maravilla de aquel diván bajito, cuadrado e inmenso, poblado de cojines oscuros de todas formas y matices; suaves, mullidos y tibios como un beso! ¡ Cuánto no daría yo por tener uno igual, a fin de hundirme y desaparecer en él durante días enteros, leyendo torres, montañas, y cordilleras de libros, entre un pebetero turco, una piel de leopardo, y un arca de marfil tallada en el Japón !

— ¡ Todo esto son los restos del naufragio !

Dijo Mercedes al enseñarme la casa, iluminando « el naufragio » con una sonrisa y aludiendo a los tiempos en que vivía en París, en un precioso hotel propio, rica y bien relacionada como una princesa. Y es que, debido a los despilfarros y desaciertos de su marido, han perdido los dos casi toda su fortuna, y a eso llaman ellos : el naufragio.

Alberto Palacios, marido de Mercedes, es muy simpático y como ella, tiene mucho mundo y mucho don de gentes. Noté, sin embargo, que no obstante su galantería y amabilidad exterior, le habló varias veces a ella en un tono que tenía cierto matiz de brusquedad, lo cual me hizo pensar : « Abuelita y tía Clara, deben tener razón al decir que la trata muy mal, y ¿ cómo puede tratarse mal a una criatura tan llena de todos los encantos y de todos los atractivos ? »

Resumiendo mi impresión debo decir que anoche pasé un rato verdaderamente encantador. Desgraciadamente, no sé cuándo volverá a repetirse. Por mi parte, yo lo repetiría todas las noches. Sí... ¡ qué ambiente delicioso se respira allá en la casa de Alberto y de Mercedes ! No parece sino que con los cuadros, los tapices, y las porcelanas de Sèvres se hubiesen traído también, para llenar su casa, aquel divino ambiente que sólo me fué dado respirar algunos días, durante mi última y cortísima permanencia en París.

¡ Ah ! me olvidaba de un detalle curiosísimo. Y fué, que ya al momento de marcharnos, mientras Mercedes había ido a buscarme la ofrecida miniatura, tío Pancho se acercó a Gabriel Olmedo, que se hallaba junto a la puerta de salida algo alejado de mí y le preguntó a media voz :

— Bueno, ¿ y qué te ha parecido mi sobrina, Gabriel ?

— Tu sobrina, Pancho, — contestó él, más o menos en el mismo diapasón, — es la tentación bíblica del Paraíso, encerrada en el más divino cuerpo de Grecia. Espero, sin embargo, que yo sabré resistir al embate de la tentación, y que no caeré en el pecado de enamorarme de ella. Mi libertad, Pancho, no la sacrifico yo ni aun a los preciosos pies de esa muñeca sobrina tuya. Pero llévatela sin embargo, sí, llévatela pronto, hazme el favor, y escóndela donde yo no la vea más, que es propio de sabios y de prudentes el evitar las tentaciones.

Este diálogo llegó perfectamente a mis oídos a pesar de que yo, en aquel instante, parecía estar profundamente abstraída,

contemplando un óleo copia de Greuze que representa una muchacha abrazada a un perrito. Las anteriores palabras, sorprendidas a distancia, son una de la razones por las cuales opino que el tal Gabriel Olmedo, a más de trigueño y corto de talle, es un ser pretencioso, imbuido de sí mismo, que habla de la importancia de « su libertad » como si fuese algún pueblo o nación. En el fondo no parece poseer más cualidad que la de no tener mal gusto, y la de ser acertado en sus apreciaciones.

Anoche, cuando, ya de regreso, tío Pancho se despidió de mí, yo, sola, en la quietud de la casa donde todo dormía, me quité el abrigo que me había puesto para atravesar la calle, y bajo el fresco de la noche, en pleno patio de entrada, junto a palmas y rosales, apoyada en uno de los pilares, me di a mirar y a sentir la infinita serenidad del cielo. Y así, mirando la luna y mirando las estrellas, tuve grandes deseos de echar a volar en el divino espacio para irme lejos, no sé dónde, lo mismo que se van las palomas mensajeras. Y con los ojos siempre fijos hacia arriba, pensé en el volar glorioso de los que tienen alas, pensé en la frase que había dicho Gabriel Olmedo sobre su libertad, y pensando en las alas, y pensando en la adorable libertad, y pensando en la frase de Gabriel Olmedo, sin saber bien lo que decía, me puse a decir así entre irritada y ansiosa :

— ¡ Su libertad !... ¡ Su libertad !... ¡ Ah ! ; si creerá él que yo no aprecio la mía !... La aprecio, sí ; la aprecio muchísimo... la aprecio tanto, pero tanto, que la próxima vez que venga a verme tío Panchito, yo también le diré : « ¡ Mi libertad, tío Pancho, no la sacrificaré yo jamás a los pies de un hombre que tenga los tobillos gruesos ! Porque has de saber, tío, que yo odio los tobillos gruesos y me repugna muchísimo el pelo negro azabache, sí ; me repugna tanto como me gusta mi libertad. »

Y una vez tomada esta firme resolución, frente a los rosales del patio, y bajo la inmensidad de lo infinito, resolví por fin ve-

nirme a acostar porque la noche de ayer era muy fresca, y mi vestido de tafetán de Persia es demasiado escotado, para estar al sereno sin abrigo.

Pero hoy en la mañana, me he puesto a reflexionar... Ahora pienso : Si la próxima vez que venga tío Pancho, yo le hiciera la anterior declaración acerca de mi libertad, es segurísimo, que al oirme él, se reirá a carcajadas y me contestará en medio de su risa :

— ¡ Pobre María Eugenia ! ¡ Si tu libertad no existe ! Ni tu libertad existe ahora, María Eugenia, ni ha existido antes, ni existirá jamás ! Tu libertad es un mito ; sí ; es una de las muchas fantasías o aberraciones, que se agitan en tu cabeza. Por consiguiente, me parece mejor que no alardees tanto sobre el particular.

Naturalmente que yo, en caso de oir semejante impertinencia, no me quedaré callada, sino que contestaré al punto indignadísima :

— ¡ Te equivocas, tío Pancho, te equivocas ! ¡ Mi libertad existirá en el futuro tan cierto como existe hoy la luz del sol ! Y si no, dime: ¿quién, quién, puede prohibirme a mí el día que yo cumpla veintiún años que me vaya de esta casa, si es que así se me antoja, y me contrate en París, Madrid, o Nueva York, como bailarina, cupletista, o actriz de cinematógrafo ?...

A lo cual Abuelita, de estar presente, soltará al instante la costura o lo que quiera que tenga entre las manos, se quitará los lentes y exclamará espantada :

— ¡ Por Dios, María Eugenia, no hables así ! ¡ Eso no debes decirlo tú ni de broma !

Y tía Clara por su lado opinará también :

— ¡ Esas, esas, son las ideas que sacas de tus conversaciones con Gregoria, y de los libros inmoralísimos que debes leer cuando estás encerrada con llave, allá, en tu cuarto !

Y es muy posible, que entre en sospechas y una mañana mien-

tras yo me encuentre en plena « *rêverie* » acostada sobre el baúl de tío Enrique, tía Clara y Abuelita vengan a mi cuarto en son de pesquisa, hagan un registro, den con las novelas « inmorales» que tengo escondidas en el doble fondo de mi armario de luna, y resulte de todo ello un horrible disgusto.

Por esta razón me parece muchísimo más prudente, no mencionar mi libertad delante de tío Pancho. Y también por esta razón, me he encerrado hoy en mi cuarto desde muy temprano y escribo... escribo... escribo... ¡ Ah, tía Clara, eso es lo que tú no sospechas ! Cuando estoy encerrada en mi cuarto, no leo, no; ¡escribo todo aquello que se me antoja, porque el papel, este blanco y luminoso papel, me guarda con amor todo cuanto le digo y nunca, jamás, se escandaliza, ni me regaña, ni se pone las manos abiertas sobre los oídos !...

Sí, hoy escribo, y mientras voy escribiendo, miro caer la lluvia a través de los postigos. Porque desde muy temprano llueve espantosamente. Serían más o menos estas horas cuando tía Clara fué a avisarme ayer que me llamaban por teléfono. ¡ Y cómo corren las horas ! Desde mi escritorio miro el reloj, miro gotear la lluvia sobre las hojas pulidas de los naranjos, pienso en el correr del tiempo, y no sé por qué hoy, esta casa de Abuelita, me parece más grande, más silenciosa, y más aburrida que nunca...

CAPITULO III

De cómo una mirada distraída llega a desencadenar una horrible tormenta, la cual, a su vez, desencadena grandes acontecimientos.

— ¡ Acerca más tu silla, María Eugenia, acércala más, que por muy buenos ojos que tengas, es imposible que puedas distinguir bien los hilos desde esa distancia !...

Así, ya algo impaciente, dijo ayer Abuelita, agobiada bajo el peso del mantel de granité que está calando en la actualidad. Luego volvió a emprender el interrumpido estribillo, y siguió haciendo y diciendo :

— Mira : se cogen dos hilos ; se dejan dos ; se vuelven a coger dos más adelante ; se pasa después la aguja hacia la derecha ; se cogen entonces los dos que se dejaron atrás teniendo cuidado de no anudar la hebra ; y se vuelve a empezar otra vez... ¡ si es facilísimo !...

Pero como entre las obras llevadas a efecto por el ingenio humano, es el calado una de aquellas que menos me intrigan, y menos despiertan mi curiosidad o ambición de saber, yo no había logrado dominar todavía las leyes absolutas que rigen el que

actualmente realiza Abuelita en la trama de su mantel de granité, bien que estuviera ya casi un cuarto de hora, mirando desarrollar dichas leyes bajo el sabio consorcio de la teoría y de la práctica.

Abuelita posee la firme convicción de que una mujer « honrada y de su casa » debe dominar entre otros conocimientos, la ciencia o arte del calado, en sus diversas fases o variaciones. A mi ignorancia del calado atribuye Abuelita « esa mala costumbre de sentarse sobre las mesas » ; « la pintura tan exagerada de la boca que no es propia de una señorita » ; mi indolencia : mis largas conversaciones con Gregoria ; y la manía de leer « cuanto libro le cae entre las manos » ; cosas que son muy perjudiciales a su modo de ver.

Abuelita suele declarar dogmáticamente :

— El calado es tan interesante y distraído que envicia, y mientras se está calando, se hace algo de provecho en primer lugar ; sirve de distracción al mismo tiempo y sobre todo : ¡ se trabaja ! porque la ociosidad es la madre de todos los vicios ; y si en un hombre es repulsiva, en una mujer la ociosidad es mucho más peligrosa todavía.

Según parece, yo no tengo una profunda experiencia (cosa inútil y despreciable si se compara con la inteligencia) pero no obstante, en la relativa cantidad que poseo, he descubierto ya, que la manera más eficaz de exaltar el espíritu dominador de una fe cualquiera, consiste en negarla, discutirla o despreciarla. Por consiguiente, con el objeto de libertarme en algo del afán apostólico, con que Abuelita trata de inculcarme sus doctrinas acerca de las excelencias que se derivan de la ciencia de calar, decidí ayer abrazar por fin dicha ciencia. Creí firmemente que era el mejor sistema para llegar a libertarme de ella. « *Similia similibus curantur* » afirma según dicen la homeopatía, y yo pensé que había llegado el caso de aplicar tan discreto aforismo.

Fué pues, por esta simple y homeopática razón, por lo que

ayer tomé una silla, me senté junto a Abuelita, y participando en mis rodillas de las encrespadas y blancas olas que formaba a nuestro alrededor la tela del futuro mantel, comencé a recibir las primeras nociones de la ciencia que, al decir de Abuelita, une lo útil a lo agradable y como frutos de dicha unión, derrama sobre quien la ejerce un sinfín de consecuencias moralizadoras. Pero es lo cierto, que a pesar de mi buena voluntad, mientras ella decía : « se cogen dos hilos ; se dejan dos ; se vuelven a coger dos más adelante ; se pasa después la aguja hacia la derecha ; se cogen entonces los dos que se dejaron atrás teniendo cuidado de no anudar la hebra... » yo miraba tan sólo maquinalmente el cruzarre y entrecurzarse de los hijos bajo la acción de la brillante aguia y pensaba en otra cosa.

Confieso que hice muy mal ; pero ¿ quién gobierna como rey absoluto esta desordenada repùblica de nuestros pensamientos?

Llegó un momento fatal en que mis ojos encontraron, sin duda, que aquel cruzar y entrecruzar de hilos ante su presencia, estorbaba mucho el curso de las ideas que tras ellos se deslizaban, y sin que yo lo advirtiese, fueron a posarse discretamente sobre la suave inmovilidad de un arabesco del mosaico. Pero: ¡ oh ! imprevisión de la inconsciencia, y ¡ oh ! inconsciencia de la imprevisión !... allí los sorprendió incautamente la mirada investigadora de Abuelita, y entonces ¡ ardió Troya !

— ¡ No estás poniendo atención, María Eugenia ! No estás poniendo atención ninguna, y eso ¡ es una falta de consideración conmigo ! ¡ Me tienes ya cansada explicándote una cosa que se aprende con verla solamente una vez ! Y es que te figuras que es una gracia no saber calar ; y que te rebajas porque en lugar de un libro tienes una aguja entre las manos. No te sigo enseñando ; mejor es, vete, vete a leer novelas, y sigue cultivando la ociosidad, que obtendrás con eso « ¡muy buenos resultados ! »

La sorpresa de semejante ataque al romper en seco el hilo de mis lejanos pensamientos, me produjo un efecto bastante parecido al de un despertador, cuando se pone a sonar hacia las al-

tas horas de la noche. Me tomó completamente desprevenida. Además, ante la evidencia, no hay disculpa posible ; así lo comprendí, y limitándome a refutar tan sólo las frases finales de la airada réplica, dije atropelladamente :

— Abuelita, no se cultiva la ociosidad leyendo. La lectura es instructiva, enseña, y la considero más provechosa, y muchísimo más divertida que estas costuras y estos calados, en donde se repite siempre y siempre la misma cosa, como si se anduviera alrededor de una noria.

¡Ah! santo cielo! ¡Y qué frase fué esta última tan importuna, y tan desgraciada! Repitiendo la clásica y conocida metáfora, podría decir que ella fué « la gota de agua que derramó el vaso », si no ocurriese que dicha metáfora, aplicada a semejantes circunstancias, viene a ser pobre y descolorida, y que mucho más enérgico y descriptivo resulta decir en su lugar, que ella fué la incauta mano que arranca al descuido el tapón de una botella de champagne previamente sacudida.

Y es que según parece, hace ya más de mes y medio que en la mente de Abuelita, sin que yo lo advirtiera, venían acumulándose, como el ácido carbónico en la botella, los gases de mil contrariedades producidas por mi conducta y proceder. Yo no lo sabía, y he aquí cómo, de pronto, vinieron a demostrármelo dos imprudencias : primero la de haber puesto los ojos en un arabesco del mosaico en lugar de mantenerlos fijos sobre el calado del mantel : y luego, la malhadada idea de atacar de frente dicho calado, sacando temerariamente a colación la imagen de la noria, cosa ésta que evoca inmediatamente, aun en las imaginaciones más lentas, la figura humillante y desagradable del burro que la mueve. He aquí, pues cómo estas dos imprudencias o descuidos, hicieron saltar en un instante, y con grandísimo estrépito, el corcho de la paciencia de Abuelita.

No bien hube esbozado yo la temeraria imagen de la noria, cuando ella, herida en la más sensible de sus convicciones, soltó la aguja, se quitó los lentes, y roja, fruncido el entrecejo, brillan-

tes los ojos, y agobiada siempre por el mantel de granité comenzo a decirme con una exaltación indescriptible :

— ¡ No te conozco, María Eugenia ! ¡ No eres la misma que llegó a esta casa hace cuatro meses ! Antes eras respetuosa y eras obediente, oías siempre mis consejos, y me considerabas ; ahora no ; crees en tu superioridad, y aunque no lo dices, te imaginas que mi criterio está formado por ideas atrasadas o ridículas! ¡Desdeñas quedarte aquí con nosotras, y no piensas sino en el momento en que den las cinco de la tarde, para irte a casa de Mercedes Galindo, y eso, cuando no te vas desde las cuatro ! ¡ Allá te cambiaron !... ¡ No eres la misma, no, no eres la misma ; los libros y las malas compañías están acabando contigo, y con todas tus cualidades ! ¡ Tu familia, la familia de tu madre, no existe para ti, y no te gustan sino los extraños ! No he podido lograr todavía que seas amiga de tu prima, la hija de Eduardo, sé que te burlas de ella ; y según me ha dicho Clara, has llegado hasta ponerle un nombre. ¡Qué diferencia cuando llegaste de Europa hace solamente cuatro meses! Siempre te sacaba como modelo porque eras moderada y suave, y porque siendo instruída habías permanecido muy inocente. ¡Pero ya has perdido la inocencia, y todo! ¡Ah, es ese ambiente de casa de Mercedes lo que te ha transformado, sí ; cada día deploro más el haber reanudado relaciones con ella ! ¡ Allá, se nos detesta a todos los Aguirre, y esa antipatía ha influído mucho en ti ! Nada, absolutamente nada bueno, sacarás de una intimidad que yo desapruebo con toda mi alma !... Y en cuanto al Gabriel Olmedo, ese necio, ese petulante, ese nadie, que te están metiendo por los ojos, y a quien tú consideras ya como una gran cosa, es de lo peor, de lo peorcito por sus ideas, y por sus despilfarros y pretensiones. No se casará nunca contigo, no ; no es hombre que se casa con nadie, y mucho menos, con una mujer tan pobre como eres tú... Si acaso, después de divertirse un tiempo se burlará de ti : ¡ ya lo verás !

Si mi frase relativa a la noria había sido desacertada, esta

finales de Abuelita, fueron tal cual un latigazo que me hubiese asestado en pleno rostro. De por qué las palabras : « y mucho menos con una mujer tan pobre como eres tú » despertaron en mi alma tal frenesí de indignación, averígüelo quien pueda, yo. sólo sé decir que cuando Abuelita hubo terminado su filípica, a mí me temblaban los labios, tenía las manos heladas; y, el millón de palabras y de imágenes que hervían a borbotones en mi mente, se contuvieron todas un instante sobre mi lengua, que paralizada de indecisión no sabía cuáles escoger ni por dónde empezar. Al fin, trémula la voz, alterada la respiración, atropellando conceptos y palabras, con una insolencia que me hacía muy merecedora de la anterior reprimenda, fuí soltando esta especie de enumeración :

— ¡ Sí, Abuelita, sí ; en efecto, soy muy pobre, soy miserable, porque yo no soy pirata ; salteadora de caminos ; usurera ; ni ladrona como son otros ; sino que al revés ¡ a mí me han robado ! ! ¡ me consta, y me consta ! !... ¡ Y es por eso que no tengo nada ! ¡ Y si cometo « el crimen » de irme a casa de Mercedes todas las tardes, es porque allá me divierto y aquí me fastidio ! ¡ y eso ni es culpa de ella, ni es culpa mía !... y Mercedes jamás pronuncia ni en bien ni en mal la palabra « Aguirre » ; y a la imbécil de mi prima no le he puesto jamás ningún nombre, porque creo que con los ocho nombres que reunen entre sí los cuatro hermanos les basta y les sobra para que, sin añadir ningún otro, vivan eternamente en ridículo ! ¡ Sí ; sí : Abuelita, mira : si quieres que te diga la verdad, creo que los cuatro, acompañados de la odiosa María Antonia, y capitaneados por tío Eduardo, nadan todos juntos dentro de la insignificancia como una manada de patos dentro de un estanque! ¡ Y además son envidiosos, sí, envidiosísimos, me detestan a mí por envidia, sólo, sólo, sólo, por envidia ! Y por envidia intrigan para que tú no me dejes ir más a casa de Mercedes. ¡ Ah ! crees que no oí a tío Eduardo la otra noche cuando te dijo... (Y al llegar aquí, hablando por la nariz y haciendo una muece

horrible en honor de tío Eduardo, repetí :) « esa amistad no le conviene de ninguna manera »... ¿ Crees que no lo oí ? ¡ Lo oí perfectamente ! ¡ Ah ! ¡ envidiosos ! ¡ estúpidos ! ¡ mentecatos ! ¡ cretinos ! Pero yo los desprecio, Abuelita, ¿ oyes ? los desprecio a todos porque los veo chiquitos, como unas hormigas, allá, en el abismo de la inferioridad ! ¡ Sí, sí, son pequeños, son chatos, son imperceptibles, son microscópicos, casi no existen ! ¡ ¡ son unos imbéciles ! !

Y mientras así, presos del más terrible furor, exclamaban mis labios temblorosos, insaciables y elocuentísimos ; junto a mí, Abuelita, cubierta ahora por todo el peso del mantel, que yo, en mi furia había arrojado lejos de mis rodillas, Abuelita, digo, que no me había visto jamás sino en la suave normalidad de mi carácter, olvidando como por ensalmo su anterior exaltación se hallaba ahora abismaba de asombro y de temor. Si fué lástima de haberme herido, o si fué miedo a las consecuencias de mi ira, no lo sé, pero es lo cierto que en lugar de irritarse más y más ante mi gran insolencia, a medida que yo hablaba, su mirada se había ido dulcificando poco a poco, hasta que al fin, cuando terminé mi réplica prodigando diatribas sin cuento sobre la familia de tío Eduardo, ella, presa de la más viva angustia, lamentando su imprudencia, sintiendo el haber despertado en mí el demonio de la desunión, y siendo, como es su mayor anhelo, el verme de acuerdo con mis primos, se puso a decir en el tono suave de la conciliación :

— Pero si no es cierto, María Eugenia. ¡ Si nunca me han dicho nada! ¡No hables así de tus primos! ¡No te expreses en esa forma de Eduardo ! ¿ Tú ves, tú ves como es verdad que no nos quieres a tu familia ? Si te digo lo que te digo, mi hija, es por tu bien, tú sabes mejor que nadie cómo te quiero yo, cómo te quiere Clara, cómo te queremos todos! Si yo daría lo que no tengo, sí, mi vida misma la daría por verte feliz y por verte contenta. ¿ No ves que te quiero dos veces ? Te quiero por ti y te quiero por tu madre. ¡ Es por eso precisamente por

lo que me inquieto, porque me parece que todo puede perjudicarte o puede hacerte sufrir más adelante!

¡Ah! ¡pero mi cólera no es tan quebradiza, e inconsistente como la de Abuelita! Poco frecuente en realidad, cuando ha encendido su mecha arde durante un buen rato, es dificilísimo apagarla, y si acaso tiene ciertas decadencias, entonces, como el Ave Fénix, renace aun más vigorosa de entre sus propias cenizas. Por esta razón, a pesar del cariño y de las suavidades con que me amonestaba Abuelita, yo continué durante un largo rato hablando y hablando, con infinita elocuencia, desenvolviendo las más inesperadas e insultantes imágenes contra la familia de tío Eduardo, cuya figura colectiva se hallaba en mi mente fija como una obsesión. Mis propias palabras no hacían sino exaltarme más y más, razón por la cual, mientras hablaba, iba al mismo tiempo, comprendiendo y disculpando el voluptuoso ensañamiento de las fieras:

— ¡Sí! ¡envidia me tienen Abuelita, y me detestan aunque tú no lo confieses! Pero yo en cambio, los cubro a todos con el telón de mi desprecio y ni siquiera los veo. Mira, los hijos de tío Eduardo, son pretenciosos, son ignorantísimos; no tienen gracia ninguna al hablar; la miseria de sus inteligencias da compasión; el vocabulario que emplean para expresarse es tan pobre como pobres de ideas son sus cerebros, y usan los superlativos sin necesidad, con una monotonía y una prodigalidad horribles!... Sí, para ellos todos lo agradable es « bello » o es « divino »; todo lo desagradable es « un desastre », « un pavor » o « una lata » y a eso se reducen sus expresiones; no tienen noción de los matices, de los términos medios, ni de las graduaciones. Moralmente se parecen todos unos a otros como granos de maíz, porque poseen la simpleza y la uniformidad de la mentecatez. En cuanto a esa vieja fea y ridícula de María Antonia, es una advenediza, o, llamando las cosas por su nombre, es una mulata, descendiente de padres naturales, cargada de maldad y de odios de raza; tío Eduardo, en el fondo no es

más que su instrumento, pero es un instrumento avaro, imbécil y chismosísimo, por no decir otra cosa !... Esta es mi sincera opinión acerca de todos ellos. ¡ Si te ofendo, perdóname, o mejor dicho, perdona a la verdad que es cruel y es inexorable !

Es lo cierto que por mi boca habían ido saliendo como por el cráter de un volcán en erupción todos los datos e informes recogidos en mis conversaciones con tío Pancho y con Gregoria. Afortunadamente, Abuelita no lo comprendió así, y esto permitió que sin alterarse continuase diciendo en el mismo tono suave y conciliador :

— Pero cálmate, María Eugenia, cálmate, ¿qué te han hecho para que los odies así?

— ¡Ah! ¡si no los odio, Abuelita! ¡Los juzgo imparcialmente con entera justicia! Y si no, dime, contesta : ¿qué hay de falso, qué hay de inexacto en lo que estoy diciendo ?...

Pero Abuelita optó por no contestar absolutamente nada, y hubo entonces una larga pausa durante la cual, ella, volvió a ponerse los lentes, buscó la aguja que se le había extraviado entre los pliegues del mantel, luego de encontrarla endió sobre su falda la orilla que se hallaba calando, agrupó el resto de la tela en una silla, inclinó la cabeza, y continuó el interrumpido calado, inocente manzana de tan terrible discordia.

Para cualquier otra persona, aquella calma o silencio podría haberse considerado como fin y término de las hostilidades, pero según tengo dicho ya, mi cólera acostumbra a renacer de sus propias cenizas, fenómeno del cual no me considero responsable hasta cierto punto. Además, la actitud final de Abuelita, adoptada quizás como medida de pacificación, encerraba una apariencia de profundo desprecio, cosa que venía a ser muy propicia a dicho fenómeno o renacimiento. Si Abuelita hubiese continuado tomando la defensa de tío Eduardo y compañía yo me hubiera calmado, estoy segura. Callando despertó en mí el espíritu de agresión. Y es que según he obser-

vado ya varias veces. Abuelita sabrá hacer filigranas en los manteles, pero estos hilos psicológicos del alma se anudan y se enredan siempre entre sus dedos porque los maneja de un modo lamentable.

Ante la inclinada, silenciosa y despreciativa cabeza, volví a sentir con mayor precisión y menor atropello una nueva crisis de verbosidad. Entonces, dejando interinamente a un lado el tema de la familia de tío Eduardo, que consideré exhausto, con la voz más tranquila y con una inmensa pedantería resolví atacar este otro tema que me pareció de gran eficacia para sacar a Abuelita de su mutismo :

— En la enumeración de mis nuevos defectos o retrocesos hacia el mal, creo que mencionaste, Abuelita, el de haber perdido yo la inocencia. En efecto, últimamente me he dedicado a poner cierto orden y cierta claridad en mis ideas. No quiero que exista jamás en mi mente la más ligera incógnita y por lo tanto he tratado de explicarme lo más detalladamente o sea lo más científicamente posible la formación u origen misterioso de la vida. Como es muy natural y muy lógico, lo manifiesto y hablo de ello en mis conversaciones, tal cual pudiera hablar de una declinación latina o de un problema de álgebra : ¡es un conocimiento! Ahora bien, si tú llamas a este sistema de aclarar científicamente nuestras dudas o incógnitas «haber perdido la inocencia», entonces : ¡sí ; la he perdido! No tengo ningún inconveniente en proclamarlo y me felicito por ello. El lamentarlo sería tan imbécil como lamentarse, por ejemplo, de haber perdido una deuda. Porque la inocencia, que jamás he poseído de un modo absoluto, ¡a Dios gracias! es la más negativa, la más peligrosa y la más necia de todas las condiciones.

Con grandísimo estupor mío, esta declaración tan enérgica como sugestiva, escaramuza de nuevas hostilidades, quedó sin respuesta, a pesar de toda su importancia o magnitud. Abuelita, después de oirme, cogió pacíficamente las tijeras, cortó con

ellas el hilo, tomó luego otro nuevo, y se puso entonces a enhebrar la aguja no sin ciertas vacilaciones y tropiezos. Pero todo, todo, dentro del más profundo silencio. ¡Ah! ¿no era esto, mil veces más insultante que los más horribles insultos? Nada extraño tiene, por consiguiente, que una vez enhebrada la aguja de Abuelita, segura de que había recuperado ya toda la integridad de su atención, yo continuase desarrollando mi tesis con más brío :

— ¡Sí ; la inocencia de las señoritas casaderas, o sea el afán despótico de hacernos ignorar en teoría todo aquello que las otras personas conocen o han conocido en la práctica, me parece uno de los mayores abusos que han cometido jamás los fuertes contra los débiles. Sí; en primer lugar siembra de misterios la vida, lo cual es como sembrar de hoyos profundos un camino ; desorienta horriblemente ; se ven las cosas desde un punto de vista falso; prepara sorpresas que pueden ser desagradables; y la creo en general, un lazo, una venda, y una trampa, usada por los demás para poder organizar más facilmente nuestra vida según sus antojos y caprichos. La inocencia es una ciega, sorda y paralítica, a quien la imbecilidad humana ha coronado de rosas. ¡Es el humillante emblema de la sumisión y esclavitud en que, como dice tío Pancho, suelen vivir casi todas las mujeres honradas después de casadas!

La frase final hizo levantar bruscamente con un movimiento nervioso la cabeza de Abuelita. No obstante, arrepentida de esta manifestación, volvió al instante a su trabajo, y continuó envuelta por la aureola del silencio. Yo proseguí mi monólogo con toda la calma y la suficiencia de un conferencista, segura de que Abuelita estaría pensando : «qué pedantería tan espantosa y qué falta de respeto».

— Considero, pues, a la Inocencia, un azote, un abuso y una arbitrariedad. Pero sin enumerar las grandes y numerosas tragedias que a su paso se hayan desarrollado en el mundo, limitándonos tan sólo a la vida ordinaria y corriente, dime Abue-

lita ; te figuras que es muy agradable para una persona consciente el oírse decir a cada instante : «tú no puedes salir sola porque *no sabes* a lo que te expones» o bien «de ese asunto tan inmoral, aunque los demás hablen *no debes* hablar tú » o lo que es muchísimo peor «ese libro está muy bien escrito, aquella comedia es admirable y graciosísima pero tú *no puedes* cogerla siquiera entre tus manos» y siempre, siempre, respaldando semejantes frases : ¡la tapia espesísima de lo misterioso y lo prohibido! ¡Ah! ¿crees que esto no acaba por herir el amor propio ? ¿ Crees que no resulta horriblemente desagradable y humillante? ¿Crees posible el vivir siempre así, como un paria, al margen del movimiento y de la vida? ¡Ah, no, y mil veces no!... Afortunadamente, que para mis ojos se han derrumbado ya todas las tapias : ¡lo declaro! he salido a plena luz y me considero como un espectador que conociendo confusamente su propia ciudad, se subiese de pronto a una atalaya altísima y contemplara desde allí todo el conjunto.

Abuelita seguía obstinadamente en el mutismo y en el calado, pero no sé por qué me pareció ahora, que lo que iban tejiendo sus dedos sobre los níveos hilos era una blanca elegía dedicada a mi inocencia.

Y de pronto, allá, en el extremo del patio, se abrió la puerta de romanillas del comedor y muy pacíficamente, apoyando en su cintura la cesta rebosante de ropa por coser, apareció tía Clara. La presencia de una fresca y segura contrincante me animó muchísimo. Por lo tanto, esperé a que tía Clara se acercase un poco, a fin de que no siguiesen perdiéndose mis palabras y continué levantando más la voz ; y prodigando más y más pedantería :

— ¿Quieres que te diga lo que pienso ahora, Abuelita? ¿Quieres que te lo confiese? Pues mira : pienso que la moral es una farsa ; que está llena de incongruencias y de contradicciones, y que gracias a esas enormes contradicciones, a pesar de mi inteligencia, tuve ideas confusas y embrolladas acerca del

verdadero origen de la vida, durante tanto tiempo. Porque, es cierto que en mis cursos de Historia Natural, estudié con éxito la botánica, pero como estudié también al mismo tiempo con mucho éxito la lógica, no se me había ocurrido jamás aplicar al género humano las leyes que rigen a las plantas... ¡Ah! sí, tres años de filosofía seguí en el colegio, y te advierto que los profesores que corregían mis deberes y composiciones solían llenar las márgenes de elogios. Por esta razón en mi inteligencia reina el orden y el método, y naturalmente, al valerme de premisas tan falsas y tan contradictorias como las que nos predican el recato, el pudor y la decencia, no podía llegar jamás, basándome en ellas, a una conclusión exacta. ¡ Nunca creí que dentro de la moral se anidara la incoherencia, pero ahora me consta, y lo sé, porque lo he descubierto!... Al fin y al cabo comprendo y me explico perfectamente que las monjas del colegio, por ejemplo, tuviesen en aprecio la inocencia y elogiasen el pudor, después de todo :¡eran vírgenes! pero que se hable de pudor, cuando se ha perdido la virginidad, cuando se han tenido varios hijos... ¡ Ah ! no, ¡ eso es absurdo !... El pudor de las esposas y de las madres, es una farsa, es un mito : ¡el pudor no existe!... o mejor dicho, ¡el pudor no se ha refugiado jamás sino bajo la sombra de los conventos!...

Tía Clara, tal cual yo lo había previsto, no había llegado ni a sentarse siquiera. De pie, frente a mí, con la boca ligeramente entreabierta, y la cesta apoyada todavía en la cintura, me veía, inmovilizada por el más profundo estupor, hasta que al fin, sorbiendo una gran bocanada de aire en señal de espanto prorrumpió :

— ¡¡Iiiiiiiiihhhh!!... ¡Pero que sarta de disparates, María Eugenia!... ¡esas atrocidades las has leído tú últimamente en alguna novela!...

— ¡ Las novelas ! ¡ sí ! ¡ dale con « las novelas » !... ¡ Ahí tienes otra incongruencia y otra injusticia! Las novelas, tía Clara, están llenas de discreción, la más inmoral, ¿ oyes ? la

más inmoral, la peor de cuantas he leído, al llegar a ciertos momentos cierra el capítulo o pone puntos suspensivos, mientras que personas muy severas y muy respetables, los han llevado a la práctica, esos puntos suspensivos, los han ilustrado como quien dice y eso, eso, es lo que yo encuentro injusto para con las novelas y muy, muy contradictorio en general.

Pero tía Clara, que no había salido aún del estado de sorpresa, volvió a exclamar en la misma tónica, o sea, larguísima aspiración y ojos enormemente dilatados por el espanto :

— ¡ ¡ Iiiiiiiiiii ! ! ! ¡ Jesús ! ¡ Qué ocurrencia ! ¡ Qué extravagancias ! ¡ Cállate, María Eugenia, cállate por Dios, que estás disparatando demasiado!

— ¡ Ah ! ¿ tú te escandalizas, tía Clara ? Pues yo por el contrario, no me escandalizo de nada, porque tengo un alma profundamente « naturista » y adoro con ella la verdad sencilla de las cosas. Pero lo que no me explicaré en cambio jamás es ese cúmulo de ideas contradictorias que llaman « la moral ». En mi opinión, todas ellas reunidas forman como una especie de manto, que se trata de extender inútilmente sobre la verdad de la naturaleza, pero la naturaleza se impone, y entonces, el manto se parece mucho al de la hipocresía. Tú estás bajo sus influencias y por eso te escandalizas, yo no, porque yo tengo mis ideas personales. Yo creo, por ejemplo, con entera certeza, que el pudor es el único responsable de que exista el impudor ; creo que es, como si dijéramos, el padre del impudor, y creo que es al mismo tiempo su padrastro, porque ha logrado envilecerlo y denigrarlo a los ojos de todos. Y si no, dime : ¿se visten las azucenas, tía Clara ? ¿ Se visten ? ¿ Se visten las palomas? Y ya ves como sin vestirse predican la pureza y son el símbolo de la castidad. El vestido es la causa del impudor. Si las palomas se vistieran, nos escandalizaríamos al verlas volar, porque levantarían probablemente su vestido con el movimiento de las alas, y esto desde abajo haría un efecto muy indecente. Pero como nunca se visten, son siempre igualmente pudorosas, es decir, que

han tenido el talento de hacer puro el impudor, y este talento lo poseen ellas sencillamente, porque hasta sus oídos no han llegado rumores todavía de que exista la moral. Si nosotros hiciéramos también como las palomas y como las azucenas, seríanos tan puros como ellas. El origen lógico del vestido, su objeto práctico, es preservarmos del frío o bien cubrir y disimular la inarmonía de las líneas, cosa que por desgracia es muy fecuente en la mayoría de los desnudos, Sí: « Los griegos amaban el desnudo porque eran hermosos »... ¡Este último pensamiento acerca del desnudo en los griegos no es mío, este sí lo he leído en un libro y te aseguro tía Clara, que se quedará grabado en mi memoria como si estuviera grabado en bronce, porque resplandece de verdad y rebosa de lógica!

— ¿Ah? — interrogó tía Clara sin bajarse un ápice de la cumbre del espanto — ¿ quiere decir, pues, que según esas teorías, María Eugenia, te paracería muy bien el que Mamá, tú y yo estuviéramos ahora las tres, cosiendo aquí, enteramente desnudas, y que después, más tarde, desnudo también, entrara Pancho de la calle, y así, en ese estado, se sentara en una silla, y se pusiera a conversar con nosotras?.. ¿te parecería muy bien? ¿muy natural?... ¿muy bonito?... ¿ah?...

La idea de semejante tertulia me hizo sonreír ligeramente, pero desdeñando al punto la trivialidad despreciable de lo cómico, volví a asumir el tono dogmático y seguí razonando.

— ¡¡ Pues es claro!! ¡ya lo creo que me parecería muy bien! Dado el clima de Caracas, a estas horas, — y consulté el reloj pulsera — diez y media de la mañana, el sol está en su apogeo y hace más bien calor. Por lo tanto, si nos vestimos es solamente por espíritu de imitación, y por espíritu de rutina. Convéncete, tía Clara; es un servilismo, una adulación y un tributo que les rendimos a los países fríos. Si tuviéramos una personalidad bien definida y si observáramos una conducta lógica de acuerdo con nuestro clima, a estas horas deberíamos estar desnudos: ¡todos!... ¡Si acaso, si acaso, al salir a la

calle, a fin de preservarnos del sol, podríamos usar entonces un sombrero grande o llevar en la mano una sombrilla de paja, y nada, nada más!

— ¡Pero Mamá, — dijo aquí tía Clara dirigiéndose a Abuelita — lo que a mí me extraña es que tú permitas con esa calma que María Eugenia diga semejantes horrores delante de ti! ¡ Es una falta de respeto que no tiene igual! ¡ Pero qué ideas, Santo Dios, qué ideas tan descabelladas!

Y tía Clara, que sentada ya hacía rato en su sillita baja, había puesto la cesta de costura en el suelo, se llevó las dos manos juntas a la cabeza, en una actitud tan trágica, que yo me sentí verdaderamente satisfecha viendo que mis palabras merecían por fin, una manifestación, sublime, digna de ellas.

— Déjala, Clara, déjala, no la excites más, — rompió a decir entonces Abuelita, sin abandonar su actitud pacífica, y sin quitarse los lentes ni levantar la cabeza del trabajo —; ¡ hace más de un cuarto de hora, que está ahí diciendo sin cesar los mas grandes desatinos! Lo que a mí me admira, lo que me sorprende, es la facilidad de expresión que tiene. ¡ Sí ; es como un río conversando disparates! ¿ Pero de dónde sacará tanta palabra? ¿ De dónde se le puede ocurrir tanta cosa al mismo tiempo?... ¡Así mismo era su Padre!

— Sí ¡gracias a Dios, yo sí tengo un vocabulario rico! Yo si sé expresarme con mucha elegancia, y en la conversación familiar y corriente, uso con muy buen gusto en tres idiomas, imágenes que no se desdeñaría en emplear un buen orador cualquiera. Y esto no es muy común, porque sé de personas cuyo vocabulario es tan pobre, tan reducido y tan miserable como el que emplean para expresarse los más primitivos salvajes.

— ¡Pero qué engreída estás, María Eugenia, qué horror! — volvió a decir tía Clara — ¡Pareces un pavo real! Te vas a reventar de tanto esponjarte. Mira que Dios castiga el orgullo.

— Tengo la conciencia de mis cualidades y las digo. La modestia ¡ es otra hipocresía!

— ¡ Si, para ti todo lo bueno es hipocresía por lo visto !

Y como en aquel propio instante, sacase de la cesta un paño de mano para empezarlo a zurcir, añadió por asociación de ideas:

— Bien... y si tanto te gusta todo lo que es verdad y todo lo que es natural, entonces, ¿ por qué te pones la boca como una remolacha, que dejas el rastro en cuantas servilletas usas en la mesa, y en cuanto paño de mano se te pone en el cuarto?... ¡la misma Gregoria es quien lo dice!

— Mira tía Clara, yo me pinto y me pintaré siempre, porque la inteligencia está hecha para corregir y perfeccionar la obra de la naturaleza. Pero esto no quiere decir, que en mi pintura hay mentira, ni hipocresía; yo no trato de engañar a nadie, al revés, la prueba es que, como acabas de decir, ¡ hasta las servilletas lo proclaman! ¡Adoro la pintura! sí, sí, ¡lo declaro, lo confieso y lo grito! me gusta tanto que me pintaré ahora, y me pintaré después, y me pintaré cuando esté vieja, y me pintaré para morirme, y hasta después de muerta, el día del juicio final, cuando resucite, creo que escucharé mi sentencia, con un lápiz de labios en la mano pintándome la boca!

Al escuchar esta última afirmación, tía Clara interrogó molesta y chocadísima :

— ¿Pero por qué, María Eugenia, por qué has de mezclar siempre las cosas santas y las cosas de Dios, con tus disparates? ¡Es ya la segunda vez que dices esa necedad de que te vas a pintar la boca el día del Juicio Final!

— Con lo cual no he hecho sino amoldar a las exigencias de la vida moderna un acto de fe, que en el fondo no es nada sincero, porque yo no creo en el dogma de la Resurrección de la Carne, ni en el del infierno que es el colmo de la crueldad. En cuanto al misterio de la Encarnación...

— ¡¡¡Basta!!!...

Gritó sulfurada tía Clara. Y diciendo ¡¡¡basta!!! se le cayeron con tal fuerza las tijeras al suelo, que de resultas del

sonido inesperado y metálico, di un salto, se me olvidó enteramente lo que iba a decir a propósito del Misterio de la Encarnación y fué ella quien tomando de nuevo la palabra dijo:

— Es muy bonito ¡sí! ¡muy bonito, que te pongas a hablar así, como un ateo o como un materialista, y todo, porque estás engreidísima, María Eugenia! ¡te figuras que eres « un genio »! Y repitió por segunda vez en tono apocalíptico: — ¡Mira que Dios castiga el orgullo!... ¡y lo castiga en este propio mundo!...

— ¿Sí? ¡Pues yo no veo en absoluto que Dios se encargue de repartir castigos en este mundo, porque si así fuera, tía Clara, hay unas personas... ¡qué vienen por cierto mucho a esta casa!... ¿ sabes ?... sobre las cuales habría hecho llover ya ¡ fuego del cielo! como sobre Sodoma y Gomorra.

— ¡Jesus! ¡María! — exclamó picadísima de curiosidad — ¿ y quiénes son esos monstruos, vamos a ver ?

— Por Dios, Clara, no le discutas más, ¡déjala! hazme el favor: ¡déjala! ¡déjala!... Yo sé que ella, en el fondo, no puede creer nada de lo que está diciendo, no lo hace sino ¡ « por mortificarme »! — y tomando entonces un largo aliento para un largo suspiro, y levantando los ojos al cielo, Abuelita se puso a decir con voz dolorida y honda: ¡Este, sí, este era el fruto que yo debía recoger de mi cariño por ella!

Y habló con un dejo de decepción tan amargo y tan profundo, que al punto, mi colera dándose ya por saciada apagóse bruscamente, y le dejó el campo abierto a una desagradable reacción. Ante la frase dolorida de Abuelita, me pareció de pronto que la había ofendido demasiado y arrepentida y muy disgustada ya contra mí misma resolví no hablar más.

Vino entonces un largo silencio general, porque tía Clara reflexiva e intrigadísima se calló también. Tras de mi insolencia, tras de la frase final de Abuelita, y sobre todo tras de aquella insólita calma, había olfateado sin duda algún misterio. Por eso, de vez en cuando, entre puntada y puntada, me veía curiosa

como para adivinarlo. Indudablemente que anhelaba conocerlo y Abuelita por su lado debía anhelar más todavía el podérselo decir, a fin de comentarlo con ella largamente. Sólo por esta razón, yo no me iba. Inmóvil en mi silla, contemplándo las dos cabezas, inclinadas y absortas sobre la costura, me quedé mucho rato; mientras que en la mía, bajo la paz del silencio, comenzó a apuntar la idea muy precisa de que todo, absolutamente todo cuanto acababa de decir, dominada por la furia, eran imprudentes exageraciones, que podían tener consecuencias desagradables. Esta idea ya definida y otras indefinidas aún llegaron a preocuparme tanto, que resolví entregarme por fin al juicio de Abuelita y de tía Clara. Dejándolas entonces en completa libertad de comentarios, sin decir una sílaba, me levanté y me vine aquí. Una vez en el cuarto, eché la llave, arrastré el silloncito junto al escritorio, y ya, a solas conmigo, contemplando la muñeca lamparilla o los naranjos del patio, sumida entre los brazos de este sillón amigo y confidente comencé a reflexionar.

Estaba muy nerviosa todavía, sentía la cara congestionada y tenía las manos ligeramente temblorosas y frías. ¡Ah! ¡es que me había disgustado tanto!... Era la primera vez que esto me ocurría con Abuelita... y en mi furia desbordada, sin medida ni límites, la había herido en su amor de madre... ¡la había herido y la había mortificado! ¿y en fin de cuentas, por qué había sido la furia?... ¿por qué?... ¿por qué?... Pues porque Abuelita había dicho: « ese necio, ese petulante, ese nadie... es de lo peor... no es hombre que se case con nadie y mucho menos con una mujer tan pobre como eres tú »... ¡Sí! y todo eso eran informes recibidos de tío Eduardo... tío Eduardo se los había dado a Abuelita, impulsado por María Antonia, y quizás por mis primos... sí; sí; todos se habían puesto de acuerdo para que Abuelita me hiciera la guerra... ¡Ah! envidiosos! ¡calumniadores! ¡imbéciles!... ¡Lástima que no hubiesen oído todo cuanto había dicho de ellos hacía un rato!... ¡Ah! ¡si aún era poco!

Si a ellos directamente les hubiese dicho más, muchísimo más todavía !... Pero... ¡ pss !... que importaba al fin y al cabo lo que semejantes cretinos dijeran de Gabriel Olmedo. Y a mí... ¿ qué me importaba tampoco Gabriel Olmedo ?... Sí, Gabriel Olmedo... Gabriel... Gabriel...

*
* *

Aun cuando Abuelita hubiese dicho en la mañana : « No piensas sino en el momento en que den las cinco para irte a casa de Mercedes Galindo, y eso cuando no te vas desde las cuatro... » dando las cuatro en punto, entraba yo en el elegante corredor de la casa de Mercedes; y entre palmas y orquídeas mientras me quitada el sombrero y me arreglaba el cabello ante un espejo, comencé a llamarla como es costumbre mía ya muy permitida y arraigada:

— ¡ Mercedes ! ¡ Mercedes ! ¿ Dónde estás ?...

— ¡ Por aquí ! ¡ Por aquí — contestó ella como contesta siempre, apagada la argentina voz tras de puertas y ventanas, en la suave penumbra de su boudoir oriental.

Mercedes ha querido orientalizar su indolencia criolla, y en lugar de mecerla en una hamaca bajo un susurrar de brisas y un abanicar de palmas, como en las habaneras, no, la cultiva en su bajo e inmenso diván turco, alargada y blanquísima, rodeada por un sinfín de cojines, entre cuyas suaves abolladuras, bajo la penumbra de las cortinas, lee, sueña, reflexiona, duerme, toma te, se aburre, y a veces también, llora. Como entre sus cojines ondulante y linda, Mercedes tiene un prestigio que a mí me resulta muy exótico y sugestivo, pienso siempre al mirarla que así debieron ser aquellas famosas Reinas Orientales; y como parece un jardín toda su casa, y como no encuentro de buen gusto el llamarla Cleopatra, le digo más bien « Semíramis » que fué la de los jardines suspendidos.

Cuando entré en el boudoir ayer tarde, Mercedes estaba leyendo rodeada de muchos libros. Al verme se incorporó al

punto, me tendió alegremente los dos brazos, y después de besarme, me hizo sentar a su lado sobre una orillita de diván, marcó con un corta-papeles el libro que estaba leyendo, y se puso a decir cariñosa y sonreída tomándome las manos :

— ¡Y qué temprano te viniste hoy! ¡Vaya!... ¡Qué milagro!... Estaba precisamente pensando en ti; iba a llamarte por teléfono. Pero... ¿por qué no te pusiste tu vestido de *crêpe Georgette;* el del *ourlet à jour* que a mí me gusta tanto? — y añadió con una ligera sonrisa combinada con un ligero guiñar de ojos — ...¡viene Gabriel a comer esta noche!

— Pero es que todas, todas las noches el mismo *crêpe Georgette*, por más que a ti te guste, me parece demasiado !...

— ¡No, no, en eso no tienes razón, María Eugenia, hijita! Cuando una *toilette* queda bien se abusa de ella cuanto se puede. Con mucho mayor motivo tratándose de un vestidito negro, tan sencillo, tan *seyant*... Pero ahí estás muy incómoda, corazón, súbete en el sofá, recuéstate, ponte *à ton aise*. ¡ Toma ! ¡Toma!

Y Mercedes comenzó a acumular cojines a un lado del diván. Yo me subí al momento, me hice con los cojines y la pared una especie de largo nido, me acosté en él, sobre un cojín pequeño apoyé el codo, apoyé luego la sien izquierda en la mano cerrada, y así mullida y confortable comencé a participar a Mercedes mi gran preocupación:

— ¡Ah!... no sabes el disgusto tan grande que tuve con Abuelita esta mañana. Me puse tan indignada y furiosa que hablé horrores de tío Eduardo, de María Antonia y de mis primos, los insulté a todos. Mira, dije de ellos las cosas más espantosas que se me fueron ocurriendo en aquel momento! ¡horrores; Semíramis, horrores!... ¡sapos y culebras!

—¡Pero qué *maladresse* tan grande! — exclamó al instante la aludida Semíramis, que cuando se encuentra en el sofá turco, bajo la influencia inmediata de sus libros, prodiga más que

nunca los espontáneos galicismos o afrancesamientos — y ¿por qué hiciste esa *gaffe*, María Eugenia?

— ¡Ah! ¡porque no siempre soy dueña de mí misma!... Bueno, después de insultar a tío Eduardo y a su familia, insulté también a la moral, que es como insultar a otro hijo de Abuelita.

— ¡ *Oh! ¡ là ! ¡ là !*... eso está peor todavía! ¿ Y qué dijo Eugenia?

— ¡Absolumentate nada, nada, nada!... Ni entonces ni después. Y es lo trágico, Semíramis, y lo que me tiene horriblemente preocupada. Ese mutismo de Abuelita es amenazador. El silencio por lo general es muy traicionero. No sé por qué me figuro que Abuelita debe estar premeditando alguna cosa terrible contra mí.

— ¿ Pero qué pasó, cuéntame, por qué fué esa *brouille* ?

— ¡ Pues por una tontería ! Figúrate que Abuelita quiere a toda costa que yo aprenda a calar, porque dice que soy muy ociosa, y que la ociosidad es la madre de todos los vicios: ¡ese refrán tan viejo! Bueno, para complacerla me puse a aprender con ella, en un mantel de granité que tiene ahora entre manos. Pero la verdad, Semíramis, a mí me marean tantos hilos yendo y viniendo, me marean horriblemente y, como además no comprendía nada, me distraje.... Por esta razón Abuelita se disgustó muchísimo, y aprovechando su disgusto me echó una filípica terrible sobre un millón de cosas que no tenían nada que ver con el mantel ni con el calado. Dijo que yo no era obediente ni respetuosa como antes: que me desdeñaba de estar en su casa y de ser amiga de mi prima: que a mi prima le había puesto un nombre; que me burlaba de ella; que no quería sino estar aquí contigo; que eras tú quien me había infundido ese sentimiento de aversión hacia toda la familia Aguirre; que desaprobaba nuestra intimidad; y que Gabriel Olmedo, a quien tú tratabas de « meterme por los ojos » era de lo peor... que se burlaría de mí... y que

jamás se casaría conmigo... porque yo era... una mujer... muy... pobre...

Estas últimas frases las dije entre vacilaciones, con gran esfuerzo y repugnancia. Hubiera querido suprimirlas de la enumeración, pero cuando lo pensé era muy tarde, porque ya las había empezado a decir.

A Mercedes no se le escaparon dichas vacilaciones y repugnancias. Mientras yo titubeaba, comenzó a sonreír, y cuando terminé el relato, dejando escapar apenas las últimas palabras, ella, riéndose ya francamente, con su colorida risa sonora, entornó los ojos, en un medio entornar que era brillante y terrible y dijo mezclando las palabras con las risas y los guiños:

— ¡Ay! ¡María Eugenia, María Eugenia, fué por eso, fué por lo de Gabriel, por lo que te pusiste tan indignada!

— ¡No, Mercedes, no, no lo creas, te aseguro que no! ¿Qué me importa a mí lo que digan de Gabriel? Lo que sí me dió rabia fué la injusticia contigo, porque en ella vi claro la mano de tío Eduardo y su familia. No pueden soportar nuestra intimidad y están influyendo en Abuelita para que me la prohiba. Abuelita en el fondo no te quiere mal, ¿ves? pero claro, como ella no pone jamás los pies en la calle, no sabe del mundo sino por los cuentos que le lleva ese imbécil de tío Eduardo. Es lo único que oye y lo único que cree. Y en el fondo quien informa es María Antonia ¿comprendes?... porque es ella, esa diabla, esa chismosa, quien le llena la cabeza a tío Eduardo, para que tío Eduardo se la alborote a Abuelita.

Mercedes no contestó nada. Durante un instante se quedó callada y como reflexionando. Luego dijo:

— Verdaderamente ¡qué injusticia!... y sobre todo ¡qué *parti-pris!*... ¿Cuándo te he hablado yo mal de Eugenia, ni de Eduardo, ni de ninguno de ellos?

— Eso mismo le dije yo a Abuelita, y fué después cuando empecé mi letanía de insultos contra tío Eduardo y compañía. Los llamé imbéciles y mentecatos hasta que me cansé. ¡Ah!

¡es que estaba furiosa! Mira, me temblaban los labios, me temblaban las manos, nunca, nunca, me había puesto en ese estado!...

— ¡Ay! no parece cosa tuya, María Eugenia, corazón, tú que eres tan dulce, tan prudente, tan suavecita... ¿ponerte furiosa?... una cosa que descompone tanto... y que a la larga arruga. Sí, mira, esas personas de mal carácter a los treinta años: *ça y est!* las arrugas, las canas, el *mauvais teint*, todas la calamidades juntas ¡si es muy sabido!

Yo medité unos segundos, y meditabunda todavía, hundida suavemente entre el pesimismo y los cojines, me puse a decir así con filosófica gravedad:

— ¿Pero sabes Mercedes, sabes que después de todo, Abuelita no anda quizá tan equivocada?... Es cierto que tú nunca me has dicho nada contra los de mi casa, pero haciéndome respirar este ambiente tuyo, este ambiente divino que yo adoro, porque me acaricia y me ensancha el alma, has impedido que me aclimatara al ambiente de allá... ¡la inconformidad surge de las comparaciones!... ¡Estos cambios bruscos y continuos impiden que crezca y que se arraigue la costumbre... ¡la costumbre!... ¿sabes?... que es como la madre y como la consoladora de los desgraciados!... Mira, recuerdo que cuando llegué a Caracas, hace sólo algunos meses, me puse muy triste porque sus calles tan angostas y tan chatas me parecieron feas... Ahora cuando camino por ellas ¿sabes lo que pienso?... pues pienso que las calles de París son las tristes, porque para hacerlas tan altas han tenido que ir amontonando las casas unas sobre otras como se amontonan en los desvanes esos cajones vacíos que están cerrados y están oscuros por dentro. Y es que las calles de Caracas tienen ya a mis ojos la dulce simpatía de la costumbre...

Y luego de decir yo esto nos quedamos en silencio un buen rato.

No parecía sino que sobre el diván, bajo la penumbra de las colgaduras, continuara flotando todavía el eco de mis palabras, y que si estábamos tan calladas las dos era porque seguíamos oyéndolas... Hasta que Mercedes con una voz muy baja y muy lenta, porque ayer estaba triste, se puso a hablar por fin, y dijo suspirando :

— ¡ Tal vez sea verdad eso de la costumbre, y quizás quizás, queriéndote hacer un bien, te habré hecho un *tort* muy grande !...

Y volvimos a callarnos otra vez. Me pareció ahora que nuestros pensamientos revoloteaban muy unidos sobre el mismo objeto, como dos mariposas que están aleteando juntas alrededor de una luz. Y era tan intensa esta impresión que dentro de la penumbra y dentro del silencio que nos rodeaba, parecía que casi, casi, se pudiera percibir ese aletear parejo e invisible de nuestros dos pensamientos. Yo sentí que bajo su influjo se me iba poco a poco oprimiendo el alma, y tuve ganas de llorar. Pero Mercedes volvió también ahora a romper todos esos hilos o medias tintas de lo abstracto y de lo intangible, al decir de pronto con la ruda energía de las cosas reales:

— ¡ No, María Eugenia, no, yo no te he hecho ningún mal, estoy segura ! — E irguiéndose blanca y nerviosa sobre la negrura del diván, con una expresión dominadora, me clavó en las pupilas sus lindos ojos penetrantes y declaró convencida:

— Mira: Tú quieres a Gabriel y Gabriel está loco por ti; tú lo sabes, él también, y aunque no se lo hayan dicho, ya empieza, ya empieza el *flirt* porque lo he visto. Bueno, ahora te apuesto a que no pasa un mes... ¡ qué digo un mes !... no pasa una semana sin que Gabriel se decida a casarse contigo.

Yo sentí que una luz inmensa surgiendo de los ojos de Mercedes me deslumbraba el alma, y como no pudiese resistir de frente aquel glorioso fulgurar de ojos, bajé los míos sobre el diván y no dije nada. Ella siguió:

— Sí, Gabriel está loco ¡por más que quiera disimularlo no piensa sino en tí ! Y muy difícilmente, vuelve a tropezarse en la vida con una mujer que lo *charme*, que lo satisfaga, y que le interese tanto como le interesas tú. Mira, créeme, si en lugar de tener treinta años Gabriel no tuviera sino veinte, aquí lo tendríamos todo el día, sí, aquí, entre nosotras, queriendo estar contigo a cada instante, sin ver, ni oír, ni existir para nada que no fueras tú. Pero Gabriel ha vivido ya mucho, y por eso mismo que ha vivido mucho, y que ha triunfado mucho, le ha entrado ahora la fiebre de la ambición y de los negocios, quiere siempre más y más, nada le basta. ¡Sí; es terriblemente ambicioso, anda en mil negocios y sueña con millones, tiene además muchas aspiraciones políticas, y es por eso, es por ambicioso, por lo que le teme tanto al matrimonio ! La idea de una *entrave* cualquiera que le impida subir, le asusta terriblemente... Pero, déjalo, déjalo, que el amor es más fuerte que todo eso, y estas pasiones de los treinta años, son las pasiones más grandes y son también las más firmes, porque se quiere todavía con todo el entusiasmo de la juventud, y se va queriendo ya con el ansia que nos da el sentir que este divino tiempo de la juventud : ¡ se va !... Bueno, y lo que pasa también es que Gabriel te tiene segura porque sabe que estás escondida y encerrada allá en casa de Eugenia sin ver alma viviente. ¡ Si hubiera otros revoloteando a tu alrededor, tendría celos, miedo, sí, le entraría la *frousse* de perderte y entonces ¡ ah ! entonces verías tú adónde mandaba la ambición y los *affaires!* Pero yo no le digo una palabra. En estas cosas no hay mejor embajador que el tiempo y el mucho verse: verse sobre todo ; ese, ¡ ese es el viento que va soplando la llama !

Hasta ayer Mercedes no me había hablado nunca de Gabriel, con tal precisión y claridad. Lo mencionaba y nombraba continuamente, pero era siempre, entre insinuaciones y sonrisas, en ese delicioso tono picante con que su voz acaricia y embriaga cuando da bromas de amor. La franqueza de ahora

me sorprendió y me turbó tantísimo que me dejó un largo rato paralizada y muda, con los ojos atónitos fijos en el sofá. Sentía dentro de mí misma, no sé que extraño despertar de mil cosas oscuras que ahogándome de asombro y de placer me apagaron la voz. Por fin, no sabiendo qué hacer, ni qué decir, sacudí unos cojines, cambié de posición, me arreglé el pelo, y arreglándome el pelo pregunté al azar:

— ¿ Por qué diría Abuelita esta mañana que Gabriel tiene malas ideas?

— ¡Ah! porque Gabriel es muy *libre-penseur*, no cree en nada, no tiene un ápice de ideas religiosas; y eso, verdaderamente: *¡c'est dommage!* Además, Eugenia se escandaliza porque Gabriel tiene cierta fama de disoluto. En el fondo lo que ocurre es que como es tan generoso, tan galante, y tan *beau garçon*, ha tenido siempre aquí y en París, un *succès fou* con las mujeres y los demás: ¡claro! por envidia todo lo agrandan y lo comentan. Pero Gabriel casado contigo, sería un marido ejemplar, estoy segura ¿no ves tú que tiene tantas ambiciones y tantos ideales que unidos a ti le llenarían por completo la vida?... ¡Sí!... mira, es muy ambicioso « tu Gabriel » y es muy inteligente, y tiene sobre todo: ¡un *savoir-faire!* ¡ah!... ¡pero admirable! — Al llegar aquí, bajó muchísimo la voz, y misteriosa y sonreída, añadió confidencialmente — ¡No le digas nunca que yo te lo he dicho, ¿eh? pero tiene ya ofrecida una Legación en Europa, y asómbrate: *il s'en moque* de la Legación! ¡no acepta! Y es que anda metido en unos negocios de petróleo que pueden darle millones... Lo sostiene en el Gobierno ese Monasterios que es ahora todopoderoso... Bien... la gente dice que Monasterios lo quiere casar con su hija, una muchachita trigueña, gorda, chiquita, que anda toda *fagotée!* de lo más adocenado y vulgar del mundo. Gabriel deja correr la voz y se ríe ¡claro! porque ¡figurate tú si él que es tan *raffiné*, tan exquisito, tan *gourmet* como quien dice, se va a casar con eso!

Y Mercedes se rió en las notas más alegres y argentinas de su gama, pero tan a tiempo que a mí me sonaron todas a campanas de gloria. Aquellos informes de Gabriel lejos de asustarme me encendieron de alegría. Me pareció que las ambiciones y los proyectos eran también míos, los compartí con gran entusiasmo y los vi erguirse como un pedestal altísimo sobre el cual Gabriel crecía, crecía, enormemente. ¡Ah! si ese pedestal lo alejaba de mí: ¡mejor! así lo quería yo, difícil y brillante como la victoria!... Por esta razón mientras sonaba la risa alegre y burlona de Mercedes, yo miré levantarse definitivamente delante de mis ojos, como en una sublime apoteosis, la gloria del amor unida a la gloria de todas mis ambiciones realizadas... Y en aquel momento preciso, sin que nadie diese vuelta a la llave, dentro de la penumbra que nos rodeaba, se encendió de pronto la luz tamizada y rojiza que de noche ilumina el boudoir. Como si una racha de misterio acabase de pasar por la estancia, yo me estremecí y Mercedes, que es algo supersticiosa y muy dada al ocultismo, se irguió de nuevo sobre los cojines y me preguntó asustada:

— ¿Encendiste tú? ¿Pues cómo el fanal ha podido entonces, prenderse solo?...

Yo me sonreí e irguiéndome también sobre el diván exclamé con regocijo:

— Caprichos de tu fanal, Semíramis. ¡Míralo, míralo, encendido!... ¡Qué encarnado y qué bonito se ve hoy...! Es el corazón del boudoir, ¿sabes?... que como el tuyo y como el mío y como el de todo el mundo, también tiene de repente, sus caprichos y sus alegrías!

¡Ah! ¡pero aquel capricho del fanal me pareció tan amable, tan a tiempo y tan de buen agüero, como la risa de Mercedes burlándose de la hija de Monasterios!

— ¡Psi! sería que anoche quedó la luz encendida y ahora habrá llegado otra vez la corriente.

— ¡Pero si yo misma apagué antes de acostarme, estoy segura!

Y por fin, extendiendo el brazo que surgió desnudo entre las suavidades del *deshabillé* claro, Mercedes apagó de nuevo, y de nuevo nos quedamos en una penumbra más que discreta, porque la tarde estaba muy nublada y los dos postigos del boudoir se entreabrían apenas tras de las cortinas. Junto a la llave eléctrica, la mano de Mercedes se apoyó entonces sobre el botón del timbre y mientras resonaba a lo lejos el argentino rumor me participó:

— ¡ Ya es la hora de tomar el te, voy a pedirlo !

— Sí, sí; — exclamé yo bajándome del sofá con alas de alegría. — Es una idea genial: ¡tengo mucha hambre!... ¿y sabes lo que voy a hacer ahora mientras viene el te ? ¡ Pues voy a fumarme un cigarro con tu boquilla larga de marfil!

— Pero si me has dicho un millón de veces, María Eugenia, que te repugna horriblemente el humo del cigarro, y que cuando la sirvienta de tu casa acaba de arreglar tu cuarto, lo sacudes un rato con un paño, para que se vaya bien el olor de tabaco que ella deja siempre por donde pasa.

— ¡Ah! ¡porque los cigarros que fuma la sirvienta de casa no son egipcios!

Y hecha esta aclaratoria, y encendido el cigarro, pensando con voluptuosidad « Si me vieras, Abuelita! » me senté sobre la mesa grande del boudoir, y así de perfil al espejo, con los pies cruzados en el aire, luego de echar dos o tres bocanadas, exclamé feliz:

— ¡Fíjate, Semíramis!... ¡Mira, mira qué línea! ¿no estoy bien así?... En alto, la cabeza erguida, los hombros bajos, la boquilla larga, y luego el humo subiendo... subiendo, en espirales!... ¡Ay! ¡me encanta fumar con tu boquilla de marfil!

— ¡Bueno, voy a regalarte una pronto, pronto, muy pronto! ¡Celebraremos con ella « el triunfo del amor »!... o sea :

¡el primer beso! ¡Porque me lo anunciarás! ¿Eh?... ¡digo, si, *ce n'est pas indiscret!*

— ¿Qué?... ¿qué?... ¿el primer qué?...

Y como en aquel propio instante, tratase de tragar el humo, se me fué entre garganta y nariz, llenándome los ojos de lágrimas y haciéndome toser de un modo horrible. Entonces apagué el cigarro apretándolo sobre el cenicero; dejé la boquilla encima de la mesa, me bajé de un salto, fuí a sentarme en el suelo sobre un cojín, muy cerquita de la cara de Mercedes, y le propuse:

— Oye: me tiene muy preocupada lo que al entrar me dijiste del vestido y ahora me siento feísima con este trapo de tafetán de Persia ¡lo detesto! ¿Voy en un momento a casa y me lo quito y me pongo al *ourlet à jour* que a ti te gusta tanto?

— ¡No!... ¡absolumente, no me vas a dejar sola, a estas horas, para quedarte hasta las ocho allá en tu casa *en train de te disputer* otra vez con Eugenia o con Clara. Pero si al contrario, mira, cuando te sentaste encima de la mesa te estaba observando, y te encontré muy bien. ¡Tienes los ojos brillantísimos, limpio y sonrosado el cutis, creo por el contrario que hoy estás muy *en beauté!* Lo que quisiera es cambiarte de peinado. Hace días que tengo ganas de verte con uno que descubrí en « *Vogue* »; la raya en el medio: todo el pelo hacia atrás y la frente descubierta. Ven ¿vamos a ensayarlo?

Y mientras llegaba el te, ágil y rapidísima, Mercedes, de pie tras de mí, que había vuelto a instalarme frente al espejo, me hizo en un minuto el peinado de « Vogue » me pintó las mejillas, me pintó la boca, me puso unas tenues ojeras, se alejó caminando hacia atrás para verme a distancia dentro del espejo y entonces, sonriente y admirada, exclamó con gran escándalo juntando las dos manos :

— *Oooooh!... ¡ma chère!* ¡Qué diferencia! Estás :

¡ *¡é-pa-tan-te!* ! No debes peinarte de otro modo. Sí; vas a ver, el succès que tienes esta noche!

Y así; « *épatante* » pintada y loca de alegría me volví con ella al diván y en el diván nos tomamos el te. Yo me lo bebí en un sorbo sin probar pastas ni nada, porque las palabras de Mercedes me habían ido tejiendo en la garganta una especie de nudo embriagador, y era una embriaguez divina que me hacía desdeñar el cigarro, las pastas, el te, y todas las maravillas del mundo que hubieran venido a ofrecerme.

Y como Mercedes se diera a hablar luego de temas indiferentes, yo, deseando que dijera otra cosa en el estilo de la que había dicho antes, a propósito de la boquilla, exclamé:

— ¡ Mira, Semíramis, después de todo comprendo que ciertos hombres no se quieran casar! ¡Si yo fuera hombre, tampoco me casaría! ¡ah! ¡piensa la delicia, la maravilla, que debe ser andar libre por el mundo corriendo aventuras y gastando miles, y miles, y millones!

Pero Mercedes, luego de dejar a un lado sobre el escabel de ébano la taza vacía, suspiró, y tomando definitivamente su tono triste y grave de consejera sabia, me aconsejó diciendo :

— ¡ No ambiciones tanto la riqueza, María Eugenia, mira que la riqueza alardea mucho, y en el fondo nos da muy poquito! Está casi, casi, vacía por dentro ¡la muy *rasta!*

Y suspirando por segunda vez añadió : — ¡ Yo que fuí rica la miré bien de cerca y nunca me pudo dar lo único que yo quería!

— ¡Pobre Semíramis linda! — dije yo muy conmovida — ¡Te encaprichabas en pedirle alguna cosa muy imposible! Pero no niegues que has tenido mucho *succès*, que te has divertido a rabiar, y que fué siempre la riqueza quien te proporcionó el *succès* y las diversiones. ¡Yo también quisiera divertirme!

— *¡El succes!...* ¡las diversiones!... ¡Tampoco tienen nada por dentro! Mira, María Eugenia, la alegría y la feli-

cidad no están en ninguna de esas cosas que tanto nos deslumbran. ¿ Tú sabes dónde se encuentran ? ¿ Sabes en qué consisten ? Pues nada más que en entenderse con alguien, con ese alguien, sí, esa *âme sœur* que es como el agua que vas a beber cuando tienes mucha sed; o la cama donde vas a acostarte cuando vienes de la calle y llegas rendida del sueño; ese « alguien » ¿sabes? que nos espera siempre en alguna parte y que generalmente no encontramos nunca, porque como en el juego de *colin-maillard* le pasamos por delante muchas veces, y no llegamos a verle. Yo creo que como los ojos o como los brazos las personas hemos nacido también para ser dos. Sólo que los ojos nacen ya juntos en la misma cara, y los brazos también nacen unidos en el mismo tronco, pero las personas nacemos muy separadas, y casi nunca encontramos por el mundo nuestra pareja; tomamos generalmente « la que no es » y cuando esto ocurre, por mucho dinero que tengamos, somos siempre como esos pobres lisiados, que se ponen un ojo de vidrio o una pierna *en bois;* podrán hacerlos muy perfectos a fuerza de dinero, pero en el fondo no sirven para nada al que los lleva, porque ni ven ni tocan como los verdaderos!... ¡Ah! ¡y la felicidad ajena, es tantas veces apariencia de palo o de vidrio!... Mira, recuerdo siempre, que hace muchos años, a poco de casarme, yo me extasiaba con frecuencia ante un grupo de *Paul et Virginie;* una escultura muy insignificante y muy mal hecha que tenía una amiga mía en la pila del patio de su casa, que era una casa vieja. Como te digo, el grupo en sí no tenía nada de particular, los dos muchachitos estaban *nu-pieds* y se refugiaban de la lluvia, abrazaditos y *blottis* bajo las hojas de un plátano, pero los habían puesto tan juntos y se veían tan alegres y tan reídos los dos, a pesar del aguacero, que a mí me encantaba mirarlos, me figuraba que eran de carne y hueso y me alegraba con la alegría de ellos, ya que no me podía alegrar con la mía... Y es que en la vida, María Eugenia, no lo olvides, en la vida *¡il pleut toujours!* la cuestión no

es tanto el techo donde vamos a escampar, sino escampar con alguien que pueda estar muy alegre y muy de acuerdo con nosotros mientras dure la lluvia. Ya ves, *Paul et Virginie* se reían bajo las hojas del plátano, y sin embargo allí los estaba mojando el aguacero!

— ¡Pues yo quisiera escampar con la misma alegría de *Paul et Virginie*, pero escampando debajo de un buen techo. No me gustan las hojas de plátano, ni los abrazos a la intemperie!

— Si te casas con Gabriel, como lo espero y como te lo deseo con toda mi alma, es seguro que se te realizarán esas aspiraciones, pero si no te casas con Gabriel entonces: *¡garc!* mira que es muy difícil encontrarlo todo junto, y estas equivocaciones como la mía que duran toda la vida son un espanto!

Y en la penumbra ya densa que nos rodeaba, la voz de Mercedes tembló con el temblor inconfundible de las lágrimas. Yo me quedé un instante perpleja y luego, cariñosa, le pregunté en voz baja:

— Pero... y si eres tan desgraciada, Mercedes ¿cómo es que no te divorcias, y te libras de una vez de tantos fastidios y de tantos disgustos?

— ¿ Por qué ? ¿ Por qué ? ¿ Lo sé yo misma acaso ? Pregúntale al que se le gangrena un brazo por qué no se lo corta, y verás cómo te dice que prefiere el dolor a la deformidad y que aguantará hasta que más no pueda. ¡Algunas veces yo me figuro que ya no puedo más y quisiera decidirme, pero es una cosa que se tiene tan arraigada y tan en la sangre, que es imposible arrancarla! Y no creas que es amor no, no lo creas, porque es absurdo imaginarse que el amor, puede caber en el alma junto al desprecio y junto al odio mismo, no, es otra cosa que no sé cómo se llama... no sé si es la fuerza de la costumbre, como decías tú antes, si es miedo, si es debilidad, si es sumisión de esclava, o si es compasión... yo creo que será compasión, pero no lo sé bien.

Hay algo, María Eugenia, que amarra mucho más que el mismo amor, y es el saber que somos indispensables a la vida de otro, como la madre es indispensable a la vida del hijo que no ha nacido todavía. ¡La conciencia de sabernos indispensables nos lleva hasta el heroísmo de dar poco a poco nuestra existencia toda, sin dejar nada de ella para nosotras mismas!... ¡y es este un *dévouement* que nadie agradece y nadie comprende, ni aun quien lo da como yo, ni quien lo recibe como Alberto!... ¡Hay hombres que para tormento horrible de las mujeres, después de imponernos todas las cruces y todos los sufrimientos, nos amarran a ellos con esta cadena de la compasión, que no se puede romper con nada, con nada, porque se parece mucho a la esclavitud con que se amarran las madres detrás de los hijos!...

—¡ Eso es amor, Mercedes ! ¡ Es el tirano, eterno y clásico ; amor, no le busques tantas vueltas!

—¡Qué amor! ¡si es todo lo contrario! ¡Mira, cuando se quiere, María Eugenia, se oye caminar a la persona querida, y nos gustan sus pasos, si entra a interrumpir lo que estamos haciendo la recibimos con alegría y dejamos muy contentos lo que teníamos entre manos; y nos encanta su voz, y lo que dice, y todo cuanta piensa, y todo lo que nos propone; cuando sale, aunque sea por algunas horas, nos quedamos siempre un poco tristes, y si entonces, mientras no está en la casa vemos sobre algún mueble, un libro suyo, o un pañuelo arrugado, o su sombrero, tocamos el objeto con cariño o lo miramos, con *regret* y con melancolía!... ¡Pero esto, esto que siento yo es todo lo contrario! ¡Es el continuo desacuerdo en todo, la crispación de una nota que está desafinando eternamente dentro de un acorde, y eso siempre, siempre, a cada instante, sin poder evitarlo un segundo, y para mayor martirio, teniendo que ocultar el desacuerdo a los ojos de todos, y teniendo que defender contra todos aquello mismo que te atormenta, porque es tan tuyo como tu propia existencia, puesto que te ha

dado un nombre y una casa, y una segunda personalidad que es tuya, tuya, aunque la odies y aunque te martirice!

Yo me sentí sublevada ante la imagen de su servidumbre, y con el fuego de quien predica la revolución exclamé:

— ¡Pues si es así, mira, o yo no comprendo lo que me dices o si estuviera en tu lugar mandaba a Alberto a los quintos infiernos!... Por más que lo niegues creo que todas esas cadenas son romances y lirismos muy parecidos a los que se forjan en su imaginación Abuelita y tía Clara. En el fondo podrías romperlas facilísimamente. ¿No tienes tú dinero propio con que vivir? ¿No se divorcian acaso las mujeres en otras partes? ¡Pero si ni siquiera tienes hijos, Mercedes!

— Tú no entiendes estas cosas, y ojalá no las entiendas nunca. Si yo no me hubiera visto en este caso, o si tuviera un alma bien egoísta como la tienen otras mujeres, también encontraría necia esta abnegación mía, y hasta indigna me parecería también. Pero yo nunca he sabido negar nada a quien me pide algo, si ese « algo » lo tengo, y si el que me lo está pidiendo, me lo pide con ansia y con hambre, porque lo necesita de veras. ¡Alberto, además de atormentarme me necesita moralmente, materialmente, y hasta físicamente me necesita también; y aunque sé demasiado que si me quiere es sólo por este egoísmo de que me necesita, yo no puedo, no puedo echarlo a la calle por más que me estorbe horriblemente, como me está estorbando ahora y como me ha estorbado siempre!... Es cierto ¡ya lo creo! si yo me divorciara de Alberto, podría vivir libre y feliz, pero tengo la evidencia de que él solo llegaría entonces a la más horrible *débauche*. Muchas veces me ha confesado que sin mí, se entregaría a todos los vicios y que solamente yo puedo con mi presencia sostenerlo contra ellos y salvarle de la miseria y de la crápula. Pues bien, esto que él dice, es la pura verdad, y como estoy convencida de que es la verdad, me parece que me está llamando siempre a gritos para que me quede y por eso: *¡me voilà!* aquí estoy y

aquí seguiré compartiendo su carga de ignominia para que la carga no crezca demasiado y no lo aplaste a él solo... ¡Ah! la lástima, la compasión, la caridad, ¡cómo nos traban la propia vida y como nos la quitan poco a poco, para repartirla entre todos los que vamos encontrando por el camino! ¡La propia vida no la viven completa sino los egoístas y los que tienen muy duro el corazón!...

Al llegar aquí la voz de Mercedes se perdió completamente ahogada por el llanto, que en la gran intimidad de la confidencia comenzó a fluir de sus ojos abundante y hondo sin que ella se preocupara ya de contenerlo. Comprendí por esto que alguna terrible escena había tenido lugar sin duda ninguna entre ella y Alberto, cosa bastante frecuente. Entonces, me levanté del diván y mientras pensaba: « Por lo visto hoy ha habido tormenta en todas partes... » fuí a sentarme de nuevo junto a su cabeza sobre el cojin del suelo, y pasándole mi mano sobre los cabellos me puse a consolarla lo mejor que pude:

— No, Semíramis, no, es mucho mejor y mucho más bonito esto que tú haces que lo que hacen todos los días, los egoístas y los del corazón duro. Ahora me pareces más linda que nunca, porque me parece que te miro desde que naciste, siempre tan generosa y tan buena, deshojando tu vida, para que otros anden sobre ella, como se deshojan flores en el suelo cuando va a pasar alguna procesión... Tú haces con Alberto ¿sabes? aquello que dicen del sándalo en el proverbio indio: « que se venga del leñador perfumando el hacha que lo siega... » tú también ¿ves?... ¡también eres como el sándalo y como las flores deshojadas de las procesiones!...

— ¡ Ah ! ¡ Musset, Chénier, Bécquer, poetisa !... — exclamó acariciándome y sonriendo a pesar de las lágrimas.

Después de un rato, como se encontrara ya lanzada en plena confidencia, continuó desahogándose:

— ¿Tú crees que no sufro, María Eugenia? ¿Tú crees que no humilla y no rebaja ser la mujer de un hombre que

no se niega el oprobio de tener todos los vicios? ¡Ah! ¡sí, humilla, humilla, y *dégoûte* horriblemente! ; y esta vida íntima resulta intolerable y odiosa. Tú no puedes comprenderlo y el mismo Alberto, por más que se lo digo, no lo comprende tampoco, porque si lo comprendiera se espantaría. Las mujeres muy débiles, muy abnegadas, o muy indignas... ¡no sé! como soy yo, que continuamos sin amor en esta vida del amor, conocemos todos los suplicios y todas las repugnancias de las mujeres que se venden por la calle al primero que pasa... ¡ah! ¡pero estas cosas no las sabe nadie, porque están ocultas y calladas bajo los convencionalismos y las leyes!... Y lo peor, María Eugenia y, es por eso, que te hablo de estas cosas, lo peor es que no soy una escéptica, no, yo creo que la felicidad existe, y que sería fácil encontrarla, si tuviéramos siempre quien generosamente nos ayudara a buscarla... ¡Por esta razón desde que me casé he tratado de hacer felices a los demás, de juntar a los que juntos pueden vivir alegres, para alegrarme al menos con la alegría ajena, como me pasaba allá en el patio de mi amiga, cuando miraba tan juntos y tan reídos bajo la lluvia aquel grupo de *Paul et Virginie!*... Y es por eso ¿sabes? que quisiera verte algún día casada con Gabriel. ¡Estoy segura, pero tan segura, tan segura, de que los dos juntos harían un *ménage* felicísimo!...

Y como ya en la oscuridad del instante, apenas se veían blanquear las líneas del rostro, sin rubor ni reservas, le pregunté muy bajo con una intensidad en donde se hermanaron mi admiración por ella y mi honda secreta emoción:

— ¿Sí?... ¿de veras?... ¿lo piensas de veras, Semíramis?

Y al momento, para evocar la imagen gloriosa de mi futura felicidad, la voz de Semíramis resucitó de pronto en su jardín de alegría, y olvidando aquel propio dolor que sangrando a lo vivo acababa de mostrarme, dijo vibrante de seguridad y de entusiasmo :

— ¡Pues ya lo creo!... Y además: ¡tan lindos!... sí...

¡tan bonitos como son los dos!... Mira, me gustaría disfrazarlos un día de *bergers* y retratarlos juntos, imitando uno de esos idilios pastoriles *dans le genre de Watteau!*...

Al oír esto suspiré de placer, escondí toda la cabeza en la tibia suavidad de un almohadón, y en la noche profunda de mis ojos cerrados, me contemplé yo misma junto a Gabriel, en plena égloga de abanico... Entonces tomé una de las manos de Mercedes y en agradecimiento a lo que había dicho, fingiendo consolarla todavía, se la besé un rato intensamente...

Luego esperé unos segundos, levanté la cabeza y la advertí, trémula de impaciencia y de felicidad:

— ¡Mira Semíramis que ya es tarde, y que si te descuidas un rato más nos van a dar las ocho, aquí, flojeando en el oriental!

— ¡Es de veras! ¡Enciende! — dijo ella.

Y cuando de nuevo apareció encendido el fanal rojo del *boudoir*, Mercedes, tendida en el diván, con la blanca mano enjoyada por el rico solitario, se oprimía el pañuelo sobre los ojos, no sé si porque les estorbara la luz, o si porque ahora, frente a la claridad rojiza sintiera ya el pudor de lo que los labios habían dicho y de lo que ellos dos habían llorado...

Pero de pronto, borrando la fina silueta larga de sobre la negrura del diván, se levantó ligera y rapidísima, se lavó mucho rato los ojos con verbena y agua tibia, se instaló después ante su tocador de tres espejos, y alzando los brazos torneados y blanquísimos, que se multiplicaron al instante en la clara repetición infinita, comenzó a peinarse.

Conversando siempre conmigo que a su espalda, ya lista y vuelta a arreglar, sentada en un escabel, la miraba y admiraba en los espejos, Mercedes se peinó, se pintó, se arregló minuciosamente las manos, y cuando estaba aún batiendo el *polissoir* bajo el revolotear de encajes de su *déshabillé* blanco, sonó a lo lejos el timbre de la calle. Al escuchar el tintineo, muy risueña, con su nerviosa astucia de gato cazador, tendió al

momento el oído y dijo iluminando las frases en el esplendor de su fresco peinado y de sus frescos labios recién encendidos

— ¡¡Ese es Gabriel!! Anda, ve a recibirlo tú. Yo voy a dilatarme mucho poniéndome el vestido, después ya vestida me iré caminando muy despacio hasta la cocina a decir que preparen el cocktail, luego encargaré unas flores, y entonces : ¡muy de prisa! me iré corriendo al salón, ¡porque según veo, ese « flirt » es cosa ya hecha, y no es prudente quizá dejarlos solos!...

Bromeando así, Mercedes volvió a reirse con su risa tan argentina, tan matizada de sentidos, tan de ella... Y mientras sonaba la risa, yo, que cubría mi gran emoción con el temblor de otra sonrisa, le dije sin saber casi lo que decía .

— ¡Ay! ¡qué mala te has vuelto, Semíramis! ¡Te burlas de mí cuanto puedes... y además, te pasas la vida viendo visiones!...

Pero el anuncio y las visiones de Semíramis me turbaron tantísimo, que con el corazón muy agitado y con las manos muy frías, salí del *boudoir*, atravesé el patio, y llegué al corredor de entrada, en el mismo instante en que el sirviente descorría el pasador, y allá en el fondo sobre la gris amplitud de la hoja abierta, apareció caminando Gabriel.

Al mirar que yo salía a su encuentro, se detuvo un instante hacia un lado, bajo el abanico de una palma, como para ver mejor, sonrió galante y feliz tal cual debe sonreírsele a la Gloria, y entonces, con su sombrero todavía en la mano, contemplando mi llegada observó desde lejos, inmóvil y extasiado :

— ¡Ay!... ¡pero si tenemos esta noche un encanto de peinado nuevo!...

— ¡Disparates de Mercedes, que me ha peinado hoy así! — respondí yo al llegar tendiéndole mi mano para que la saludara.

— Pues entonces, esta noche, afirmo más convencido que nunca aquello que he dicho siempre : ¡vivan los disparates!

Y así glorificando los disparates con mi mano presa en la suya, exclamó extrañado y condolido :

— ¡Y qué mano tan fría! ¡Señor! quién me la habrá asustado !

Yo iba a decir no sé qué, y él iba a contestar otra cosa, cuando en aquel propio instante se oyó ruido de pasos en el zaguán, sonó el timbre, rechinó a un tiempo el llavín dentro de la cerradura, se abrió la puerta, y era Alberto que llegaba nervioso, preocupado, agitadísimo, como se pone siempre después de las escenas que acostumbra a tener con Mercedes.

« Seguramente que se irá en seguida a su cuarto a fin de vestirse para la comida » pensé yo toda optimismo.

Pero Alberto no se fué. Se instaló a conversar con nosotros en el propio corredor, hasta que, cuando ya parecía irse, volvimos a escuchar pasos tras de la puerta, volvió a sonar el timbre, abrió el sirviente y fué tío Pancho Alonso quien llegó ahora.

Mis ojos le miraron y mis manos le saludaron vagando por este soliloquio:

— ¡ Ah ! ¡ Semíramis ! ¡ Semíramis ! ¡ Piadosa y buena Semíramis!... ¡Tú no hubieras taconeado en el zaguán, tú no hubieras tocado el timbre, tú no hubieras llegado nunca!...

Y mientras así la invocaba saludando a tío Pancho, ella, que desde lejos, con la sabia atención de su oído siempre alerta, conoce en el distante rin, rin, rin, las salidas y entradas de todo el mundo, inutilizada ya su misericordiosa calma, pedido por ensalmo el cocktail y encargadas las flores, cimbreante, delgada, risueña, con su fino traje negro que cual un guante de seda le ceñía el cuerpo, apareció castellana y linda, entre sus palmas del patio.

Al llegar al corredor, saludó con muchísimo cariño a tío Pancho; pasó delante de Alberto como si no existiese; y para irse a saludar a Gabriel que se hallaba más distante, me tomó suavemente del brazo, me llevó caminando consigo, y cuando estuvimos las dos muy cerquita de él, tal cual si fuese a decirle

un inmenso secreto, con la voz que era una caricia de música y de seda, me tomó la cara entre sus manos frescas, y presentándosela, cerca, cerca, cerquísima, como quien ofrece un presente, con la gentil petulancia de un rey Mago, lo saludó diciendo :

— ¿Verdad que la encuentras hoy mucho más bonita así?...

Gabriel me sonrió de cerca como al entrar me había sonreído de lejos, e imitando él también aquella gran petulancia de Mercedes, exclamó trágico y decaído como quien pide clemencia :

— ¡Por Dios, Mercedes, hasta cuándo! ¡No la sigas poniendo más bonita!... ¡mira que ya basta!...

Pero tío Pancho se acercó al grupo, con dos áureas copitas una en cada mano, y muy galante, por animar el futuro, descompuso todo el presente al ofrecer:

— ¡El cocktail!

Alberto que se hallaba absorto, sentado en una silla, al ver brillar en las manos las doradas copas, salió de su abstracción, se levantó a toda prisa, y a toda prisa se alejó exclamando :

— ¡Ay! ¡voy corriendo a vestirme que es tardísimo!

— ¡Sí!... ¡A buenas horas, mangas verdes!



Como de costumbre, durante la comida, Mercedes presidía sentada entre tío Pancho y Gabriel, que ocupaban las dos cabeceras de la mesa. Alberto presidía frente a ella : y yo entre Alberto y Gabriel, también estaba sentada del lado opuesto al de Mercedes.

Debido sin duda a aquel misterioso y evidente disgusto por el cual había llorado Mercedes, ella y Alberto no se hablaban. Sin embargo, la conversación general, fustigada por los cocktailes y el Medoc corrió bulliciosa, viva, accidentada. Tío Pancho se encontraba muy en vena, y como por otro lado Mercedes, Gabriel y yo, unidos en el encanto de nuestro

secreto, nos sentíamos los tres igualmente felices, celebrábamos con alegres risas cuanto decía tío Pancho. Alberto, en cambio, estaba furioso y la furia de Alberto también nos daba risa. Además del pleito con Mercedes, acababan de negarle, en la misma tarde, un tal nombramiento que desde hace varios meses esperaba del Gobierno. Por lo tanto, como represalias de su derrota, decidió hablar horrores del gobierno, de los periodistas, del cuerpo diplomático, de la policía, de los comerciantes, de los poetas y de todo el país.

— ¡Ah! ¡qué ignominia! ¡qué país! ¡qué horror! No hay más remedio que irse, sí, emigrar a cualquier parte, lo más pronto posible, en falúa, en cayuco, a nado: ¡no importa cómo!

Tío Pancho contestaba mil atrocidades acerca del viaje a nado, Gabriel se reía, pero luego, como poco a poco se diese a discutir, clausuró por fin la polémica con esta especie de discurso que Alberto escuchó paciente, tío Pancho sonreído, y Mercedes y yo muy devotas oyentes :

— ¡No tienes razón, Alberto, no tienes ninguna razón, en lo que estás diciendo! Mira: en Venezuela estamos muy bien. Hay organización, hay progreso y hay paz: ¿qué más quieres? Tu gran error consiste en quererte parangonar con las grandes naciones europeas, países que marchan desde hace siglos en los rieles formidables de su pasado y de sus tradiciones, unidos como una sola entidad sobre los rasgos firmes de una raza ya hecha. Nosotros, por el contrario, atravesamos un período de gestación sociológica, un período de fusión de razas cuya principal característica ha de ser siempre la anarquía. Por lo tanto, el Gobierno que durante esta edad sociológica sepa implantar la paz a toda costa, será siempre en Venezuela el Gobiermo ideal; y el actual Gobierno la impone y la sostiene, es la base principal de su programa y por consiguiente lo afirmo y lo afirmaré siempre; ¡vamos muy bien!... ¡ah! no creas, no, que es tontería la tarea que representa el extirpar en Venezuela nuestro decantado espíritu de caudillaje, que es la consecuencia

de esta inquieta fusión de razas y que es además la consecuencia de pasados triunfos y pasadas grandezas. Sí; nuestro espíritu de caudillaje nació de las gloriosas semillas de la Independencia, y en ella se alimenta todavía. Nos ahoga, nos aniquila, y no nos deja vivir; es una mala hierba que hay que segar... ¡Ah! sí ¡muy caro hemos pagado y hemos de seguir pagando en Venezuela el lujo y la elegancia de haber independizado a medio Continente!

Pero Alberto resolvió de pronto no seguir discutiendo. Cuando Gabriel terminó, se quedó mirándole unos instantes en completo silencio y por fin dijo:

— ¡ Muy gobiernista te veo !... y eso Gabriel ¡ me huele a petróleo! ¡Ah! ¡deben andar muy bien los contratos con Monasterios!

Gabriel se puso una mano en el pecho, y respondió con un tono de profunda convicción :

—¡Palabra!... ¡hablo imparcialmente, hablo con entera honradez! ¡Lo mismo que digo lo diría si en lugar de ser amigo del Gobierno fuera enemigo y si en lugar de tratarse de Venezuela se tratara de cualquier otra nación que estuviera en las mismas condiciones!

Alberto dejó entonces el Gobierno y demás ramificaciones y la emprendió muy encarnizadamente contra los periodistas, los historiadores y los poetas. Los denigró a todos y terminó diciendo:

— Decididamente: ¡es un rebaño de cretinos y de imbéciles!

Tío Pancho, que se acababa de beber su segunda copa de Medoc, respondió con mucha calma:

— No sé por qué te indignas contra los escritores, Alberto. Yo, al contrario, encuentro por lo general nuestra escuela literaria muy pintoresca, muy altruísta y muy bien. Es una especie de alegre y generoso carnaval de imprenta. El tema cualquiera que sea; prócer de la Independencia, artista célebre, o fecha clásica, queda generalmente oculto bajo una colorida

avalancha de elogios y de adjetivos que se pegan al azar, aquí y allá, como sobre el pelo de una persona se pegan los papelillos en un regocijado avance de carnaval. ¿No es esto muy bonito?... ¿ No es muy jovial ?... ¿ No es demostración palpable de nuestro carácter alegre y dadivoso?...

— ¡Ah! ¡si es verdad! — exclamó al punto Mercedes haciendo una mueca de desgano.. — Y es por eso por lo que yo no leo nunca esa clase de artículos en los periódicos ¡Hace ya muchos años, estoy horriblemente *dégoûtée* del carnaval ¡No es una diversión para gente decente!

Y Gabriel por su lado opinó :

— Efectivamente, yo también creo que en el fondo nuestro amor al carnaval, y nuestro amor al adjetivo, obedecen a una misma causa: ¡la exuberancia! Sí; la exuberancia es auténtica y genuinamente criolla. Se extiende geográficamente desde California hasta la Tierra del Fuego con una ligera acentuación en la zona tropical. Es una cuestión de temperamento. La tuvieron en sus proclamas todos los próceres de la Independencia, la tenemos nosotros, y nuestros nietos no podrán condenarla porque ellos la tendrán lo mismo o peor. ¿Qué quieres, Pancho? llevamos en la sangre el afán de la grandiosidad, nos la legaron los Conquistadores, y es quizás aquella misma ansia loca y nunca satisfecha por las grandezas de El Dorado. Nos gusta el despilfarro; somos pródigos, generosos, vanidosísimos, y bastante ridículos. Por eso los franceses no han obsequiado con nuestro vernáculo y conocido epíteto de « arrastra cueros » que comentado y corregido por ellos vino a ser primero « rastaqouer » y ha quedado por fin en « rasta » graciosa abreviatura que es como un cocktail donde se baten juntas con su poco de amargo todas nuestras condiciones psicológicas... Bueno, ellos en cambio pecan por el otro extremo: el de la mezquindad y la avaricia, cosa que siendo mucho peor no merecerá nunca los honores de un epíteto-nacionalidad, porque la ejercen dentro de su propia casa, y porque es menos ridícula.. Pero a pesar de

los pesares, no me avergüenzo de nuestra excesiva prodigalidad y creo que es debida a la influencia inmediata de esta naturaleza rica, frondosa y lujuriante; ¡es la savia potente de la tierra nueva; es el sol; es el trópico!

— No. ¡Es el negro! — afirmó tío Pancho con muchísima seguridad.

— ¡Jesus! ¡Pancho! — Volvió a decir Mercedes con displicencia. — Ya vas a empezar a « negrear » a todo el mundo. Pues desde ahora te advierto que yo, que aborrezco la economía y que me encanta gastar con bastante exuberancia, así como dice Gabriel, me considero sin embargo blanquísima por los cuatro costados! *ça j'en suis sûre! Ah! ma généalogie, mon cher, c'est quelque chose de très chic!...* . . . .

— *Ta généalogie! Mais la généalogie, ma pauvre Mercedès, c'est tout ce qu'il y a de plus factice et de plus conventionnel!* — contestó tío Pancho, y siguió explicando en español con mucha minuciosidad: — Mira, Mercedes, para que veas de un modo palpable el poco crédito que merece tu seguridad o limpieza de sangre, fíjate en este detalle nada más: Durante la guerra de la Independencia, Bolívar, en sus proclamas, por razón de Estado, logró poner muy en auge y muy de moda a los pardos, y no te digo más: ¡ ya sabes tú cómo son las mujeres con la moda!...

Pero de pronto, como Mercedes echase de ver la presencia del sirviente negro que atendía la mesa, por delicadeza hacia él, temerosa de lo que fuese a decir tío Pancho sobre el particular, le interrumpió y dijo señalando con los ojos la cabeza lanuda :

— *Mais, parle en français, Pancho!*

Tío Pancho menospreció la advertencia y continuó su explicación :

— ...En aquella baraúnda de salidas de patriotas, entradas de realistas, terremoto del año doce y emigración del catorce, las mujeres andaban por un lado, los maridos por otro, y hubo

mantuanas que como las Aristeigueta, se divirtieron muchísimo. Yo por mi parte no las critico. Creo que hicieron muy bien... sí ¡las pobres!... después de tres siglos de encierro y de fastidio ¿por qué no habían de tener el derecho de independizarse un poquito, mientras durara la independencia por lo menos?... Bueno, y esto sin contar que usaban de un derecho clásico, sancionadísimo ya por la Historia y por la Tradición desde la guerra de Troya. Sí; es muy sabido, fué, es y será siempre así por los siglos de los siglos: mientras los hombres realizan hazañas cubriéndose de gloria, de galones, de penachos, y de condecoraciones, las mujeres, que en el fondo son mucho menos ostentosas y muchísimo más moderadas, recluídas en la sombra, se cubren en silencio con la gloria del amor y de los besos. Después, viene la paz y reforzado ya el ideal patriótico, al son de un glorioso entusiasmo, surgen entonces los renombres históricos, los poemas épicos, las estatuas, los hijos ¡y todo sigue muy bien! Por lo tanto, convéncete, Mercedes: en la guerra de la Independencia, como en toda guerra verdaderamente importante, hubo de establecerse el libre cambio. ¡Prueba de ello es que desde entonces los viejos conventos tan florecientes, allá, en tiempos de la Colonia, empezaron a decaer y fué rarísima la soltera que sobrevivió a la Independencia sin tener algun ahijado misterioso!... Mira, que yo recuerde puedo nombrarte dos o tres parientas tuyas y mías...

Pero Mercedes cortó en seco la perorata de tío Pancho, y se puso a decir alterada :

— ¡Nada, nada, nadita de eso es verdad! ¡Y sobre todo, lo de las Aristeiguetas, Pancho, es pura calumnia! Te lo aseguro. ¡Yo desciendo por mi madre de una de ellas y siempre he oído decir, que fué falso lo de los amores con el príncipe de Braganza, falsísimo lo de Piar, y lo de Ségur, y lo de todo el mundo! Las « nueve musas » fueron muy honradas. Sólo que como eran preciosas y desdeñarían un tanto los *bourgeois* y los

Tartuffes del tiempo de la Colonia, pasó lo que pasa siempre: ¡que les tenían envidia y por eso las calumniaron!

— ¡Bueno! yo lo único que te contesto a eso, Mercedes, es que Bolívar, que se distinguió siempre por su clarividencia y su doble vista, siendo primo suyo, las presintió a todas en el infierno. ¡Por algo fué!

— ¡Por alardear, por alardear sería, porque todos los hombres, todos sin excepción, por decentes que parezcan, son muy alabanciosos!

— ¡Pero Mercedes, si Bolívar era mucho menor que sus primas las Aristeigueta, y jamás se le ocurrió ocuparse de ellas!

— El Libertador — dijo dogmáticamente Gabriel — puso a las Aristeiguetas en el infierno, por su afán generoso de independizar y libertar al infierno del lúgubre y tradicional sufrimiento teológico. Y es que como yo, él pensaba también sin duda ninguna, que la presencia de una mujer bonita, basta y sobra para transformar los más horribles sufrimientos en raudales de alegría y de felicidad... ¡Pero por desgracia, son raras, muy raras en todas partes las mujeres verdaderamente bonitas! ¿Lo serían en efecto las Aristeiguetas? ¿No se tratará tal vez de alguna fama inmerecida y usurpada como abundan todavía muchísimas hoy día, en Caracas? ¡Es muy probable! ¡Aquella gente de fines del siglo diecioho debía tener muy mal gusto!

Yo no atendí ya más a la conversación general, porque al decir Gabriel que las mujeres verdaderamente bonitas eran muy raras, y que con su presencia, transformaban los más grandes sufrimientos en raudales de alegría y de felicidad, había ido poco a poco acercando su mano junto a la mía que yacía extendida sobre la blancura del mantel, y con su dedo meñique la rozó muy suavemente, como para advertirme que era sólo por mí por quien hablaba. Aquel tenue contacto, tan imperceptible a la vista, corrió sobre mi epidermis en un sacudimiento desconocido, que era misterioso y vibrante como el de una corriente eléctrica... Entonces, sin sentirlo casi, levanté mis

ojos hacia los de Gabriel que parecían estarlos esperando, y habiéndose encontrado juntos, nos miramos un instante, y luego, sonreímos los dos, porque sin decir una palabra, con sólo los ojos y el suave contacto de los dedos, era como si hubiésemos hablado muchísimo... Pero yo, no sé si por timidez, o por espíritu de reserva, bajé al punto la vista recordando que Mercedes había dicho en el oriental: « ese flirt es cosa ya hecha, y no es prudente quizas dejarlos solos »... Entonces sonriendo todavía con los ojos inmóviles sobre una rosa blanca que frente a mí, en el centro de Sajonia, desmayaba su cabeza sobre el tallo, recordé la frase en la cual Mercedes había ofrecido regalarme una boquilla larga de marfil... Gabriel por su lado siguió hablando, y yo, fija siempre en la rosa, me di a pensar ·

«¿Por qué Alberto, que llega todos los días tan tarde llegaría hoy tan temprano?... ¿Por qué Alberto que cuando entra de la calle se va directamente a su cuarto para vestirse, resolvió hoy quedarse con nosotros; en el corredor?... ¡Ah! ¡qué poca suerte !... Bueno, Alberto se quedó en el corredor porque nosotros estábamos en el corredor ; si hubiésemos estado en el salón, él hubiera pasado de largo... ¡Es una imbecilidad quedarse en el corredor cuando por lo general se está muchísimo mejor en el salón... ¡Qué tontería!... Gabriel me iba a decir una cosa interesantísima cuando sonaron los pasos de Alberto en el zaguán!... ¡Y aún era tiempo de habernos ido al salón!... ¡claro!... ¡y en el salón me la hubiera dicho!... Pero... ¡ah! si una vez en el salón, Gabriel, en lugar de decir nada, de pronto: ¡ras! me hubiera dado un beso, como tanto se lo teme Mercedes, y como quiso hacer aquella noche mi amigo, el poeta colombiano del vapor? .. ¿qué hubiera hecho yo?... No sé... Pero de fijo que no se lo hubiera contado a Mercedes por nada del mundo... ¡No! ¡no, no!... es más, si ella a quien nada se le escapa lo hubiera sospechado, yo, a riesgo de quedarme sin boquilla, se lo habría negado rotundamente... Pero, bien, de todos modos: ¡qué abismo, sí; qué diferencia entre Gabriel y

mi amigo de a bordo!... Aquél, para sonreír hacía una especie de mueca, en la que movía la nariz como un conejo, mientras que Gabriel... ¡qué diferencia con Gabriel!.. »

Y para comprobar la diferencia, volví a levantar los ojos, y me encontré con los de Gabriel, que fijos en mi frente descubierta, parecían leer a través de ella todos los pensamientos que en el suave contemplar de la rosa y en el suave sonreír habían ido pasando vagamente... Al ver que le veía, Gabriel sonrió otra vez. Ya comprobé al instante :

— ¡Qué diferencia!

Y él, en voz muy tenue, dijo entonces con aquella expresión que había tenido antes bajo la palma de la puerta de entrada:

— Reincido, María Eugenia, en repetir lo mismo que le dije a Mercedes hace un rato: ¡No hay derecho de ponerse tan bonita! ¡Eso es sencillamente un abuso!

— Pero ¡ay! al revés... ¡si el vestido este me queda muy feo! — dije yo esquivando los ojos y con la boca que no podía ya más de la risa

Y sin saber por qué, fuí a buscar tras el centro de Sajonia, la fina cabeza de Mercedes, que enigmática y abstraída, sin ocuparse de nadie, seguía con la punta de su espatulilla de plata, las líneas de su copa tallada, pero no obstante, así, absorta en el tallado del cristal, sonreía... ¡ah! sonreía tan misteriosamente, que yo aguardé tranquila a que alzase los ojos, y entonces sonreída también, le dije desde lejos con los míos :

— ¡ Ya lo sabes todo, Semíramis, lo del dedo meñique lo del abuso, y todo!... Entonces; ¿para tus ojos, como para los de Dios, no existe nada oculto sobre la tierra?... ¡Ah! ¡qué espíritu de rayos equis, y qué genio policial hubieras sido!

Entretanto Alberto continuaba como un Jeremías lamentándose de su mala suerte, y ponderando la enorme desventaja que representa para todo el no tener suficiente dinero. Pero tío Pancho resolvió tomar a su cargo la causa de la Santa Po-

breza, y reuniendo al espíritu de Diógenes el espíritu evangélico decía :

— ¡El rico no existe! Casi, casi todos los ricos sin excepción son pobres, pobrísimos, y esa pobreza de los ricos es la más desgarradora porque no tiene remedio! Físicamente no comen ni beben, porque suelen tener dispepsia y necesitan cuidarse muchísimo a fin de tener así quien les cuide su dinero, y moralmente tampoco beben ni comen, porque también suelen sufrir de dispepsia en la inteligencia. Mira, los ricos, Alberto, tienen magníficas galerías de cuadros y en el fondo, no sienten la pintura; coleccionan libros y no leen; asisten a conciertos y a óperas pobladas de estrellas, y se aburren asomados al tormento de sus palcos; porque no les dice nada la música. Ahora bien, ¿hay algo más terrible y más doloroso que este eterno ayuno en medio de la eterna abundancia? El ayuno moral de los ricos sería trágico como el hambre de Tántalo si no fuera porque en vez de trágico resulta grotesco. Sí; Tántalo tenía la conciencia de su ayuno, y sentía el dolor sublime del hambre, mientras que estos otros, no; porque a estos les es dado masticar y tragar, pero no saborean puesto que carecen en absoluto de paladar. Ellos ignoran su falta de paladar, no tienen la más remota noticia de su eterno ayuno, y son horriblemente grotescos, porque en medio de su hartura, es como si no hubieran probado todavía el primer bocado!

Gabriel dijo :

— Voy a tomar nota de esa tesis, Pancho : « el Rico Hambriento »... ¡Ah! me parece una fórmula socialista mucho más nueva y más interesante que la del « Rico avariento » la cual está ya muy manoseada.

— Bueno, y además de no comer, — continuó animadísimo tío Pancho, — los ricos trabajan demasiado. Están siempre cansados, debilitados y extenuados de tanto hacer llaves y cerrojos para guardar su dinero, y el sobresalto con que lo vigilan, y la psicología que los anima, es igual a la del perro de

perra, que siente ruido de ladrones alrededor de su huerta y en lugar de dormir, ladra. Se creen además merecedores de las más encumbradas distinciones, y como su vanidad los fustiga sin compasión, por ese camino de los honores, se parecen también mucho a los caballos de carrera, cuando pasan rendidos y jadeantes, queriendo alcanzar a los que van ganadores.

— Total, Pancho, que estás colocando a la riqueza entre las manos, o mejor dicho, bajo las patas de los animales, — dijo Alberto estupefacto. — Bueno, ¡es una manera de consolarse de la pobreza después de todo!

— No. Es una convicción sincera y honradísima. Creo firmemente y lo he creído siempre, que no fué tanto por boca de Jesucristo como Dios ensalzó la pobreza y condenó el dinero, no, sino que el verdadero desprecio, el inmenso anatema que Dios lanza a diario contra la riqueza, como se ve de un modo claro y palpable, es cuando se considera el personal elegido por el mismo Dios para que ostente y desprestigie a la vez dicho privilegio.

Mercedes dijo :

— Mira, Pancho, hace rato que estás hablando como un *sans-culotte* y no me gustan nada tus ideas, porque huelen a socialismo. Yo no soy apegada al dinero, pero me repugna la democracia, la bohemia y la *sainte pauvreté*: ¡digan lo que digan, creo que a todas tres les falta todavía muchísima agua y jabón! Acuérdate, además, que fuimos ricos. Insultando a los ricos te insultas y me insultas en el pasado.

— ¡Ah! es que precisamente porque no merecíamos ser ricos, porque era una equivocación y una paradoja, es por lo que Dios resolvió borrarnos para siempre de la lista.

— Pues yo estoy con Mercedes — dijo Gabriel — y que me apunten en esa lista aunque me salgan después orejas de caballo y cola de perro.

— ¡Ah! ¡sí, ya lo creo! — dijo Alberto dándose mucha importancia —. Yo me ofrezco a encabezar la lista, no con

orejas de caballo que, hasta cierto punto, podrían disimularse bajo un gorro, o bajo unos mechones de pelo bien rizados, sino franca y claramente con toda la cabeza de un burro!

— ¡Pues a mí que me apunten, — dijo riéndose a carcajadas Mercedes — yo respondo que me quedo con mi propia cabeza, y que no me salen ni orejas, ni colas de ninguna clase!

Yo me apresuré a exclamar :

— ¡A mí también, que me apunten, que me apunten, y que venga después lo que Dios quiera!

Y Gabriel con mucha naturalidad y alegría se puso a decir:

— Contra tu parecer, Pancho, prefiero mil veces la hartura grotesca de los ricos, al dolor sublime del hambre como tú dices. Piensa un momento lo que significa este martirio horrible de poseer un paladar refinadísimo si a ese paladar lo sabemos condenado a no probar jamás nada o casi nada. El sufrimiento no está en la sola ausencia del bien, que es el caso de tus ricos, sino que el sufrimiento estriba en la conciencia o conocimiento de esa ausencia del bien, lo cual es nuestro caso. El que sufre sin comprenderlo, no tiene padecimiento ninguno y es como el paciente a quien están operando dormido que nada sabe de sus dolores, porque en aquel instante ha perdido la sensibilidad y la conciencia. Para poder experimentar toda la divina embriaguez de la vida, Pancho, además de muchas condiciones subjetivas, es indispensable el dinero como llave de entrada a esos banquetes en donde nos embriaga la vida: ¡tú lo sabes muy bien! En mi opinión existe una suprema trinidad sin la cual nuestra alegría estará siempre trunca e incompleta. Se compone primero y antes que nada del divino amor, origen de toda felicidad y alegría, pero el amor absoluto, completo, el divino amor de una mujer que sea tan linda de cuerpo como selecta de espíritu. Viene después en segundo término la inteligencia, esa conciencia sutil de todas las cosas, ese « paladar moral » según tú, que lleva siempre consigo su innumerable cortejo de matices delicadísimos, y de exquisitas sensaciones; y

por fin, después, en tercer lugar, como servidor atento, como sacerdote de esas dos primeras deidades, y como proveedor del « paladar moral » viene entonces el dinero que es parte imprescindible del conjunto, y trípode sin la cual se vendría abajo todo el edificio... ¡Ah! ¡que los que no aspiran al divino y absoluto amor, y los que no sientan vibrar su inteligencia menosprecien el dinero! Yo lo ambiciono y lo busco porque es complemento indispensable a mi trinidad, es el amigo siempre generoso, y es el servidor fiel y complaciente ¡El dinero no es déspota y tirano sino con aquellos que no saben tratarlo, como esos ricos imbéciles de quien tú hablas; pero a los que sabremos rebajarlo a su sitio y mantenerlo en su lugar; a los que le tendremos siempre a nuestros pies como un esclavo, servil y atento a todos nuestros caprichos, a los que podremos dominarle sin que nos domine, que venga a nosotros, con todo su ejército de monedas, y que como un criado o como un escudero, nos acompañe y nos ayude a conquistar la vida!

— ¡Bravo por Gabriel! — exclamó Alberto con entusiasmo. — ¡Has estado de una elocuencia admirable! ¡Viva el dinero y abajo la santa pobreza! Brindemos por la embriaguez de la vida, y por esa divina trinidad marca « Gabriel Olmedo ».

También ahora, mientras hablaba, Gabriel había estado haciéndome indicaciones de que se dirigía a mí. Al nombrar el « divino amor » no solamente me vió con una rápida ojeada brillante y significativa, sino que también acercó su mano como la había acercado antes; pero de un modo especial, mucho más expresivo, y mucho más intenso. Después, cuando Alberto dijo: « brindemos por esa divina trinidad marca Gabriel Olmedo », él se apresuró a llenar de vino mi copa vacía e inclinándose mucho al hacerlo, me dijo por lo bajo cerca del oído con deliciosa voz de secreto:

— ¡Sí; brindemos, que nosotros dos la tenemos ya casi completa!...

Pero al tomar yo mi copa, Mercedes, levantando la mano, hizo una seña de alto, para que nadie bebiese y dijo:

— ¡Eso no se brinda con vino, eso se brinda con champagne!... — y volviéndose al sirviente le ordenó: — ¡Destape una botella de champagne, pero de prisa, de prisa, muy de prisa!

Y cuando todas las copas estuvieron rebosantes de oro y de espuma, fué ella quien primero levantó la suya y brindó diciendo :

— ¡Por el amor, por la riqueza y por la felicidad de los presentes!

Y miró sonreída a Gabriel, que comprendió al instante quiénes eran « los presentes ».

Tío Pancho, por su lado, fingiendo gran humildad se puso a decir entonces contemplando su copa :

— ¡Me has derrotado, Gabriel! Pero considerando que mi derrota es una derrota gloriosa puesto que ha terminado en champagne; ¡brindo también, sí; brindo, por que reine siempre esa trinidad milagrosa, en la cual por desgracia ya ni creo ni espero!

Y con mucha alegría y mucha risa todos bebimos juntos...

Después de la comida, nos fuimos al salón, en el salón tomamos el café, yo serví los licores, y mientras se hablaba aún apasionadamente acerca del amor, la felicidad, y el dinero, Mercedes, sorbiendo en la esmeralda de su vasito de menta, me consideró unos segundos y luego me propuso:

— ¿Por qué no tocas algo, María Eugenia?... Anda, sí, tócanos el tango aquel... ¿cómo se llama?

— ¿Cielito lindo?...

— Sí; eso es, Cielito lindo.

— No es un tango, oye, es un danzón.

— Sí, en efecto « Cielito lindo » es un danzón que tiene alma y emociones de tango — dijo Gabriel, abandonando un segundo la discusión — ¡Hay que tocarlo esta noche, María

Eugenia! — Y como los otros le llamasen la atención, siguió discutiendo.

Yo, al instante muy dócil y complaciente, me fuí al piano, el cual, colocado de espaldas en uno de los rincones del salón, forma con la pared, un especie de triangular recinto, muy reservado y agradable para el que toca. Una vez en él, me recogí en su aislamiento, bajo la suave presión de mis dedos en las teclas comenzó el dulce vaivén, y pronto, por sobre el vaivén, el amable trotar del rebaño de notas, fué poco a poco levantando en mi alma una sutil polvareda de sensaciones misteriosas... rodeada por la sutil polvareda interior, corrían los dedos, caminaban los brazos y vagaba mi espíritu en el encanto voluptuoso del Cielito lindo, cuando de repente, a mi lado, junto al ébano del piano, apareció Gabriel .. Mis dedos siguieron caminando muy tranquilos por sus sendas de marfil y Gabriel, que apoyado en el piano me contemplaba, comenzó a cantar a media voz lo mismo que cantaban los dedos:

— ¡Ah-a-a-ah! ¡Ciel-li-to-lin-do!

Pero a poco resolvió no cantar más, porque no le alcanzaban ya los ojos para lo mucho que quería decirme, y tuvo que decirlo también con el claro surtidor de las palabras... Y así, feliz, escuchando caer de los labios de Gabriel aquellas palabras galantes y claras como gotas de lluvia, o deshojarse de flores, mi espíritu se dió a mezclarlas con la melodía y era una mezcla de delicias tan embriagadoras, que por un rato creí muy firmemente que si habían escrito aquella música era sólo para que mis manos la tocasen y para que Gabriel cerca de mí la fuese comentando suavemente con tan divina letra...

Por fin, cuando tras un último acorde vino a morir la música yo, con mi gran emoción de melodías me levanté del piano temblorosa e intenté marcharme, pero Gabriel, cortándome la salida, dominador y fuerte me tomó las dos manos, me detuvo frente a él y me dijo tremolando las palabras en la pasión de la voz:

— ¡No, no, María Eugenia, no te vayas! ¡Siga tocando, por Dios, eso, eso mismo, o cualquier otra cosa o ¡nada! no; no no toques nada, pero... ¡no te vayas! ¡no, no, quédate aquí María Eugenia, aquí, sola, sola conmigo... solitos los dos... ¿no ves tú que no quiero oír nada ni ver nada, ni saber de nada que no seas tú?... ¿Pero no lo has visto ya?... ¿Pero es que no lo comprendes?...

Y al decir « no lo comprendes » Gabriel estrechó tanto mis manos y acercó tanto, tanto, tantísimo su boca, que yo, de repente, sentí un frenesí de miedo, de un miedo invencible, omnipotente, de ese miedo que da fuerzas para romperlo todo, y que da alas para huír de todo... Y así, loca de felicidad y de terror, en alas de mi susto, ágil y rapidísima, lo mismo que había hecho a bordo aquella lejana noche de luna, ahora también, espantada por la boca de Gabriel, me zafé de sus manos, salí del encierro donde me tenía presa huyendo veloz a lo largo del piano, lo dejé a mi espalda hablando todavía, y sin saber de mí, toda asustada y toda trémula corrí a sentarme en el extremo opuesto del salón, al lado de Mercedes, frente a Alberto y tío Pancho quienes seguían imperturbables, hablando y discutiendo todavía. Pero Mercedes, sin decir palabra, instalada con ellos y de espaldas al piano, parecía escucharles con tan fina atención que no me vió llegar... Yo entonces deslumbrada por lo que había oído, muda, ciega y feliz, me quedé junto a ella durante un largo rato... Hasta que al fin Gabriel, muy extraño y silencioso, también se vino del piano, también se instaló con los demás, y también se quedó callado mucho rato, sin que mis pobres ojos encandilados, se atrevieran a mirarle siquiera... Pero después, poco a poco, mientras en mi alma florecía el deseo vehemente y turbador de volver otra vez al piano, él, atraído fatalmente por la conversación de Alberto y de tío Pancho, se fué internando en ella, avanzó, avanzó en atención, avanzó en réplicas, hasta quedar enteramente sumergido en su seno, tal cual un caminante dentro de un pantano siniestro y mortífero...

¡Ah! y semejante horror de conversación, resultó ser una conversación interesantísima. Trataba de las fluctuaciones del café, de su influencia sobre la situación económica del país, de posibles evoluciones combinadas con las cosechas del Brasil, y aquella especie de canto gregoriano, aquel arenal, aquella liga pegajosísima donde Gabriel se había quedado preso como un pájaro, aquel burdo tejido de palabras que cual un saco viejo olía a almacén, a café crudo, a ratones, y a bodegas de vapor, aquella calamidad, aquel siniestro, y aquel horror, no se acabó ya en toda la noche!

¡Ah! ¡qué guiña, qué fatalidad, qué mala suerte!

Sólo Mercedes tan curiosa y tan buena como siempre, viéndome cabizbaja, tuvo la piedad de renovar un poco la emoción de la pasada escena al interrogarme de pronto señalando a Gabriel con la luz de una mirada que subrayó la luz de una sonrisa:

— *Eh bien?*...

Yo respondí con una vaga expresión indefinida y por un rato me quedé flotando entre un océano de perplejidades... Pero luego, como mis ojos viniesen a caer sobre mi propia imagen, que sentada en su silla aparecía a distancia en uno de los espejos del salón, la contemplé un instante, y contemplándola muy fija, resumí todas las perplejidades en esta sola palabra :

— ¡¡Necia!!

Y después comencé a tatarear:

— ¡A-a-a-ah! Can-ta y no llo-o-res!...

¡Pero fué inútil! Mi guiña era tan grande que Mercedes ya no volvió a decir : « ¿Por qué no tocas algo María Eugenia?... » y mientras tanto sobre mi voz, ahogando a mi Cielo lindo, el café negro, perseverante, horrible como la desgracia, siguió goteando, goteando, y goteando sin cesar...

∴

Cuando un rato después, junto al portón de esta casa, me separé de tío Pancho, yo misma cerré el portón, eché los cerrojos, y el rechinar de los cerrojos, y el retumbar luego de mis pasos en el zaguán y en el patio sin luz, me pareció el gran himno de mi alma que por la casa desierta iba cantando su alegría con mis manos y mis pies...

En la negrura del patio, el cuarto de Abuelita encendido y entornado, tendía sobre el mosaico su larga faja de luz, porque ella, según costumbre, acostada y sin dormir, aguardaba mi llegada. También yo, según costumbre, luego de apagar la luz del zaguán guiándome por el patio la luz de la blanca faja, me llegué hasta ella, empujé la puerta, y entré a dar las buenas noches. Al verme aparecer junto a la cama, Abuelita muy ansiosa, con sus mustios ojos preocupados, me interrogó al instante :

— ¿Por qué volviste tan tarde?...

Después, besándome para las buenas noches añadió :

— ¿Y por qué te viniste así, tan desabrigada con esta noche tan fría?

Y me tocó los brazos que le parecieron helados. Luego me detuvo con una seña de la mano, y dijo gravemente como quien se dispone a cumplir un rito:

— No te vayas. Siéntate un instante, María Eugenia, que quiero hablar contigo.

— ¡Ay, ay, ay! — pensé yo arrastrando hacia la cabecera de la cama el reclinatorio de cuero, y sentándome en su bajísimo asiento con lo cual vine a quedar casi al nivel del piso. Y esperé docilmente, porque la alegría que me animaba desde las cinco de la tarde, era tan grande, que hubiera sido capaz no solamente de remover montañas como la fe perfecta, sino de transformarme además en dechado de todas las virtudes.

Abuelita, entonces, llena de solemnidad, se irguió lo más que pudo sobre las almohadas hasta quedar casi sentada en la

cama. Después, colocó entre su nuca y la oscura cabecera de nogal una almohadita cuadrada de rizado volante, cuyos encajes formaron inmediatamente alrededor de su pelo una especie de blanca aureola.

Yo, casi en cuclillas, desde el asiento chatísimo del reclinatorio, miré en lo alto aquella blanca aureola y sentí de pronto que la cabeza de Abuelita adquiría a mis ojos el prestigio de la autoridad absoluta. La cabeza era el centro de la autoridad y los rizados cañones de encaje, eran los rayos visibles y materiales de dicha respetable condición humana. Creo ahora que sin la almohada de volantes, Abuelita, durante su amonestación no me hubiera dominado como lo hizo, y sus reprensiones y consejos habrían rodado quizá sobre mi espíritu como rueda el agua sobre una tela impermeable. Pero gracias a aquel detalle, tan nimio al parecer, yo, abismada en el reclinatorio, pude apreciar la gran distancia moral que me separaba de Abuelita; sus palabras solemnes se fueron grabando una tras otra en mi memoria y a pesar de la inmensidad de mi alegría interior me sentí todo el rato con relación a ella tan pequeña, tan pequeñisima como un grano de anís. Sumergida en la humildad, contemplando el volante de encaje reflexioné un segundo : « He aquí sin duda ninguna la razón y el porqué de esos adormos exteriores con que suele empavesar su cabeza la autoridad; es evidente que un pequeño detalle material erguido en el cráneo puede ejercer gran influencia sobre los acontecimientos morales. y ya no me cabe duda de que es de aquí de donde arranca el origen de las coronas, las tiaras, la mitras, los birretes, los cascos, los penachos, los kepis, las tocas y las capuchas !... » — Y mientras tal soliloqueaba yo, Abuelita decía, caídas las dos manos sobre el embozo de la sábana, con una voz severa que se sostuvo todo el tiempo imponente, reposada y majestuosa :

— María Eugenia, hija mía : ¡es preciso que domines tu carácter! Eres de una independencia que me tiene verdadera-

mente alarmada. Tienes independencia de ideas y tienes independencia de conducta. Pero tus ideas sobre todo son un verdadero caos: estás indigesta de lecturas, y me pregunto angustiadísima qué va a ser de ti con ese maremágnum que tienes metido dentro de la cabeza y que aumenta más y más todos los días. Esta mañana dijiste cosas inauditas. Clara está todavía haciéndose cruces de tus extravagancias y de tus atrevimientos. No respetas nada ni nadie, María Eugenia, y veo que tratas de imitar a Pancho, cosa que en una niña de tu edad es horrible. Por esa circunstancia de tu edad te disculpo. Comprendo muy bien, que todavía no puedes pesar la importancia de ciertas palabras pero de todas maneras, si las ideas que expresaste esta mañana en la intimidad, las hubieras expresado delante de una persona extraña, ¡a mí se me habría caído la cara de vergüenza! Quiero que sepas, que he tenido una verdadera deceptión al oír que hablabas de aquel modo. Si no te reprendí entonces severamente, como lo merecías, es porque siempre he pensado que es mejor hacer estas reflexiones en momentos de calma, y tú, esta mañana, estabas como en un frenesí de locura y de disparates. Por eso me callé, me pareció más prudente. Pero en cambio, ahora, hablo y te digo: ¡que lo de esta mañana no vuelva a repetirse nunca, nunca más!... ¿oyes?... También, María Eugenia, también te expresaste de Eduardo y de sus hijos, en un tono que me afligió muchísimo. No solamente demostraste ingratitud hacia Eduardo, a quien todo le debemos hoy día, sino que además fuiste muy desconsiderada y muy falta de respeto conmigo: no debías haber olvidado que yo soy la madre de Eduardo y que a más de ser su madre lo quiero especialmente porque le agradezco su cariño y su conducta de hijo ejemplar. ¡Yo no soy ingrata ni soy desagradecida! Te lo repito, María Eugenia: ¡que en mi presencia no vuelvas a expresarte como lo hiciste hoy por la mañana!

Al llegar aquí, yo que me encontraba muy incómoda con

mis rodillas dobladas casi a la altura de la barba, resolví estirar las piernas bajo la cama, y seguí en silencio, inclinada la cabeza, baja la vista, tranquila, muda y suave como una oveja.

Abuelita prosiguió :

— Aquí comió Eduardo esta noche, y hablamos mucho rato... ¡si vieras cómo se interesa por ti!... ¡No sabe, ni sospecha siquiera el pago que tú le das!...

Y hubo un instante de silencio en el que Abuelita pareció cederme la palabra, afin de que yo, aprovechando la coyuntura, saldara este enorme « debe » de mi cuenta corriente con tío Eduardo. Pero yo decidí no aprovechar coyuntura ninguna, y dejé que el silencio campara por sus respetos, y que llegase hasta a hablar en nombre mío, si bien le parecía, y si Abuelita le concedía su venia para oirle y entenderle. Pero, afortunadamente, Abuelita no tiene el oído tan fino como para oír estos discursos del silencio. Por consiguiente, no pareció disgustarse, sino que al contrario, continuó hablando ahora con menos severidad y añadió :

— También quería decirte que esta semana misma, Eduardo, su familia, Clara, tú y yo nos iremos todos juntos a San Nicolás...

— ¡¡Racataplúm!!... — Pensé yo con horror. Pero escondí la exclamación en el estoicismo de mi mansedumbre y de mi silencio.

— ...Creo que una temporada pasada en pleno aire de campo te sentará muy bien y espero que allá perderás esa antipatía tan infundada y tan injusta que les tienes a tus primos... A mí, en particular, no me conviene el clima de la hacienda porque me pongo muy mal de los dolores reumáticos... ¡aquello es húmedo!... pero nada le he indicado a Eduardo por delicadeza... ; una temporada de dos o tres meses reunidas las dos familias en San Nicolás, representa para él una gran economía, puesto que mientras tanto no necesita

sostenernos casi de un todo, como lo hace cuando estamos aquí solas... Ya sabes, pues, María Eugenia, lo que te he dicho: nos vamos esta semana misma, espero que reflexiones, que vigiles en adelante tus palabras, que pierdas el tono insolente que tomas algunas veces, y que domines ese espíritu de independencia, fruto de tu educación que se resiente muchísimo de la falta de una madre... Es preciso además que aprendas a respetarme, y que quieras y respetes también a toda tu familia: ¡no son los extraños quienes velarán por ti si algún día lo necesitas!... el verdadero afecto, el único cierto y desinteresado es el de la familia: ¡no lo olvides!

Al través de este discurso, como al través de una plancha de vidrio, acababa de mirar ahora nítidamente, con todos sus contornos y detalles la cabeza de tío Eduardo en su visita de la tarde. Sin embargo, no obstó dicha circunstancia, para que mis labios llenos de compunción y respeto contestaran al fin:

— Está muy bien Abuelita, está muy bien. Así lo haré. Buenas noches.

— ¡Buenas noches! ¡que Dios te bendiga, y que no me pongas en el caso de volver a repetir estas cosas que te he dicho!...

Y me alejé suave, dulce, filialmente...

Pero luego, cuando ya, tendida en mi cama, hacía el balance de las mil diversas impresiones del día, sentí florecer en mi alma un inmenso optimismo. ¡Todo, todo me sonreía!

En cuanto a la nefasta resolución del viaje a San Nicolás, la juzgué tan despreciable y vana como la pretensión de un perro que aullara, queriendo morder a la luna. Me pareció que dicha resolución era un guante que me arrojaba el destino. Pero me consideré un coloso, y al destino lo consideré una hormiga. Y a tanto llegó esta conciencia de mi fortaleza, que un instante después, cuando el sueño extendía suavemente su velo sobre mi regocijado y cansadísimo espíritu, me pareció que, de pronto, yo me había puesto de pie, que como en un torneo me inclinaba a

recoger del suelo un guante de desafío, y que luego, con el guante en la mano empleando por última vez aquel tono insolente, que un momento antes había ofrecido a Abuelita desterrar de mi boca para siempre jamas, decía :

— ¡Me quieres encerrar en San Nicolás, Abuelita, como en las cárceles de una inquisición para que me convierta a ese culto de la familia, cuyo único Dios es tío Eduardo, pero no me convertiré jamás aunque me achicharres en un auto de fe, porque no creo en esa religión, porque no me gusta su Dios; y porque además tengo ya escogido el mío! Sí; tengo mi Dios, Abuelita, y mal que te pese, es precisamente un extraño, lo adoro ya con toda mi alma, y en su doctrina se le rinde culto a cierta trinidad que en mi opinión es la más amable de todas cuantas presiden religión alguna. Me llevarás a San Nicolás, Abuelita, pero allá sólo podrás encerrar mi cuerpo, mi espíritu no lo encerrarás nunca, nunca, porque como un pájaro se subirá todos los días a las ramas, se plantará horas y horas en los hilos del teléfono, volará sobre los cerros, se lanzará sobre barrancos y ríos, trotará por encima de los tejados, y se vendrá a cantar como un gorrión, en los aleros del patio de Mercedes. Allí, por las noches, de ocho a once, con sus ojos invisibles, verá todo cuanto quiera, y quizás pronto, muy pronto, cuando tu menos lo pienses, sobre esas débiles alas de gorrión se traerá volando a mi cuerpo también, porque me casaré... ¡ah! sí, me casaré con Gabriel, y cuando esto ocurra, tú, tío Eduardo, María Antonia, mis primos, y la misma tía Clara, se quedarán sorprendidísimos y tomarán todos aquella actitud espantada y algo ridícula que toman los cazadores, cuando volando por sobre sus cabezas, sus perros, sus escopetas y demas tren de cacería, se les ha escapado una presa!...

CAPITULO IV

En donde se espera, y se espera, conversando con una rama de acacia, y con unos cuantos floridos bejucos de bellísima.

Hace ya más de una semana que estamos en San Nicolás.

Esta casa, vieja casa de hacienda de los Alonso, hecha quizá por los propios esclavos servidores de la familia que también se llamarían « Alonso » como sus amos; esta casa, ancha de paredes, desnuda de vigas y altísima de techos, me ha recibido con mucho cariño y mucha melancolía. Sabe sin duda que soy el último retoño de sus antiguos dueños, y me guarda en ella con veneración y con lástima como se guarda a uno de esos pobres vástagos destronados que vegetan tristemente en algún oscuro rincón de sus perdidos dominios.

Como los vástagos destronados tengo en San Nicolás mi solitario rincón, y es este cuarto que me han adjudicado para mí sola. Ya está lleno, tan lleno, y tan rebosante de mí misma que lo quiero mucho. Lo quiero además porque se parece a mi cuarto de Caracas, y porque tiene reja sombreada y florecida como la tiene aquél. Pero sucede que allá, en Caracas, los aza-

hares que brotan en los naranjos de mi reja son propiedad de los naranjos, y aquí no, aquí las flores que brotan en la rama de acacia que viene a sombrear mi reja, no son propiedad de la mata de acacia, sino que pertenecen a una bellísima que un poco más allá de la ventana ha trepado por la pared, se ha agarrado a la acacia, se ha metido por ella, y la tiene toda agobiada y entretejida de bejucos y de flores. Y la acacia, en lugar de protestar contra semejante abuso, no, se ensancha, se explaya muy satisfecha como una sombrilla inmensa, parece estar muy contenta de tener encima todas las flores que le va poniendo la bellísima, y en una de sus ramas me las ofrece y me las trae aquí a los propios barrotes de la ventana. Cuando yo me despierto todas las mañanas le digo a la rama:

« — ¡ Muchísimas gracias ! Si no fuera por ti, me daría de frente en los ojos ese resplandor vivísimo del cielo; tú me lo quitas, eres muy amable, y tus flores fingidas como las que yo me pongo algunas veces en mi sombrero, te quedan tan bien como me quedan a mí las mías; no te las quites nunca, ni se te ocurra jamás pelear con la bellísima aunque te moleste un poco. »

Bien, destronada y todo, yo sería feliz en este oscuro rincón de mis perdidos dominios; sería feliz conversando con la florida rama, o balanceándome en la hamaca que atraviesa mi cuarto de extremo a extremo; si no fuera porque en mi espíritu, tengo también yo mi enredadera como la acacia tiene la suya. Sólo que esta enredadera mía me oprime, me ahoga, no me deja vivir, y todavía no me ha dado ni una siquiera de esos millones de flores que la bellísima le ha regalado a la acacia.

¡Ah! ¡mi enredadera es solo de bejucos y esta es la razón por la cual hasta el presente no ha hecho sino oprimirme con sus mil tentáculos! Sí; me oprime; me agobia, me estrecha, como si quisiera verme muerta entre sus dedos larguísimos y se llama... se llama... ¡La ansiedad de la espera!

Desde aquella divina noche del brindis al amor y del « Cielito lindo » no he vuelto a ver a Gabriel. Cuántas veces he pensado con desesperación : « ¿Por qué no quise quedarme en el piano como Gabriel decía? ¿Por qué? ¿Por qué?... » Y estas interrogaciones contra mí misma, son tan agudas y tan punzantes como los remordimientos; y son también tenaces y perseverantes como son ellos... Y es que al día siguiente de la noche del brindis al amor, llamaron a Gabriel urgentemente fuera de Caracas, y tuvo que irse. Luego fuimos nosotros quienes nos vinimos a la hacienda y por consiguiente no le he visto más ni he vuelto a saber de él... es decir, sí, sí he sabido, pero sólo indirectamente por medio de Mercedes.

Hace algunos días Mercedes me llamó por el teléfono y me dijo :

— « Gabriel estuvo en Caracas unas cuantas horas; vino a verme y sintió muchísimo no encontrarte aquí. Me dió para que yo te lo remitiera, un paquete de libros que te había ofrecido y me dijo que al regresar de nuevo a Caracas se pondría de acuerdo con Pancho para hacerte una visita a San Nicolás. Me pareció muy contento. Creo que sus asuntos andan muy bien. Estuvimos los dos haciendo proyectos, y, naturalmente, al hacerlos, fué preciso hablar mucho, pero muchísimo de ti...

Aquel día, no bien dejé el teléfono, con las palabras de Mercedes cantándome en el alma, vine aquí, me acosté en la hamaca, y comencé a balancearme muy suavemente como es mi ensoñadora y queridísima costumbre. Recuerdo que entonces, bajo el dulce vaivén de la hamaca, este cuarto mío, este solitario rincón de mis perdidos dominios, comenzó poco a poco a cubrirse de ensueños, a llenarse de visiones, a poblarse de blancas y florecidas siluetas... Era como el sueño de Dante con Beatriz, o era más bien como si al impulso de un capricho, la bellísima de la reja, hubiera atravesado de pronto por los barrotes, y se hubiese puesto a tejer, a acumular, a enlazar guirnaldas, y más guirnaldas, por las paredes, por el suelo.

por los rincones, par el techo, hasta hacer un río, un lago, y una catarata de florecitas menudas y rosadas.

¡Cómo, al conjuro de las palabras de Mercedes saboreadas así, en el propicio vaivén de la hamaca, este cuarto desnudo de paredes y desnudo de techos, comenzó a poblarse lentamente, hasta adornarse de arriba abajo como para el derroche de un fiesta!

Mecida siempre por el blando flotar de la hamaca, luego de contemplar un largo rato aquella muchedumbre de rosados ensueños, empecé al fin a concretar en ideas todas mis suaves visiones, y poco más, poco menos, sin dejar de balancearme, comencé a pensar así :

« Dice Mercedes que Gabriel le entregó un paquete de libros para que ella me los remitiera. Bien, hay que enviar a buscar ese paquete, pronto, pronto, prontísimo, lo más pronto que yo pueda, ¿y cuándo es lo más pronto?... ¡pues lo más pronto es mañana muy temprano con el sirviente que va todos los días a hacer las compras a Caracas!... El paquete llegará pues mañana a las diez y media, o quizás, quizás, no llegue sino hasta las once... bien, media hora más o menos no tiene importancia, a veces parece larguísima... pero en fin, pasará... pasará la media hora, llegarán las once y con las once a más tardar llegará el sirviente... yo saldré a esperarle, tomaré el paquete, con el paquete en las manos me vendré a mi cuarto, echaré bien la llave, me sentaré en la hamaca, y entonces, con las manos trémulas y frías, lo abriré poco a poco... lo abriré temblando de emoción porque ya lo sé de antemano, sin duda ninguna entre las hojas de uno de los libros habrá una sorpresa... ¡sí!... ¡sí!... entre las hojas de algún libro me aguardará en acecho la sorpresa de una carta!... Ya la estoy viendo... ¡ah!... ya la veo,... será un sobre blanco, grande, inmaculado,... será un gran sobre silencioso que guardará en sus entrañas el tesoro de la carta... Pero quizás no, quizás en el sobre venga escrito con aquella letra de Gabriel, que sólo he visto una vez,

y que son como patitas de moscas que se agarran una de otra:

« Señorita María Eugenia Alonso. Hacienda San Nicolás».

Bien... esté escrito o esté en blanco, es el caso que lo rasgaré con trabajo, porque las manos las tendré muy torpes, y porque estarán mucho más frías y mucho más temblorosas de lo que estuvieron antes al abrir el paquete... por fin, después de batallar un rato, acabaré por rasgar el sobre, caerán de su seno algunos doblados pliegos, y entonces... ¡ah! entonces, me sentiré rica, me creeré archimillonaria, porque tendré mi regazo lleno, rebosante, cuajado de ejércitos y de legiones de patas de mosca!... ¡Ah! Y como desfilarán por mis ojos, mil y mil veces esas legiones!... Sí, aquí mismo, en esta propia hamaca leeré por primera vez los pliegos uno tras otro, y luego, uno tras otro volveré a leerlos dos, tres y cuatro veces para recoger bien todas, toditas esas cosas que se escapan a la emoción de la primera lectura. Después, cuando ya tenga la seguridad de que no se me ha escapado nada, seguiré leyendo mi carta por el solo gusto de leerla como se leen las oraciones y los versos que ya se saben de memoria... Cuando me haya cansado de leerla en voz baja, la leeré en alta voz, para que la escuche todo el cuarto, y cuando ya el cuarto la conozca y la haya escuchado bien, me iré a leérsela al campo entero; sí: la esconderé en mi seno donde nadie la vea, y con ella escondida, iré a leérsela a la acequia grande, allá, bajo el ccibo, donde el agua forma aquel alboroto de murmullos y de espuma sólo porque se tropieza con las puntiagudas lajas que cierran la compuerta; y cuando la haya oído el agua de la acequia, me iré a leérsela a aquel inmenso bucare que es como un gigante que está preso por los soldaditos del cafetal, en lo más escondido, donde nunca, nunca, pasa nadie; y cuando haya terminado de leérsela al bucare, acribillada por la nube de mosquitos, bajaré hasta los sauces llorones del estanque, se la leeré a los sauces, y la oirán las blancas piedritas que hay en el fondo del agua, la oirá la hierba menuda que crece en el suelo junto a la orilla y la oirán

también los patos mientras vayan surcando el silencio del estanque. Después, ya en la tarde, cuando sea el crepúsculo y haya caído enteramente el sol, me iré caminando por el atajo pedregoso, llegaré a las ruinosas paredes del trapiche viejo, y allí, sentada en un escombro la leeré muy alto para que mi voz alcance hasta la copa de aquellos dos larguísimos chaguaramos, que crecieron tan juntos, tan juntos, que son como un idilio en la melancolía del trapiche viejo; y si acaso la noche me sorprendiera sentada bajo el idilio de los chaguaramos, abriré la carta sobre mis rodillas, estaré inmóvil durante un largo rato, y entonces, los cocuyos, que como Vírgenes Prudentes son los únicos que llevan siempre su lámpara encendida para el amor de la noche, alumbrarán un instante mi carta, la inundarán de reflejos y la leerán con sus ojitos de luz mientras pasen volando por sobre mi cabeza... Después, sólo después de que la haya oído el agua de la acequia grande, y el bucare del cafetal, y los sauces llorones, y las piedritas del fondo del estanque, y la hierba menuda, y los patos, y los dos largos chaguaramos del trapiche viejo y todos los cocuyos que pasen volando sobre mi cabeza, sólo después, cuando ya esté cansada de leérsela al campo entero, volveré a la casa, en el camino me sentiré agobiada por el enorme peso de mi alegría, y entonces, si al mirarme entrar rendida y extenuada, Abuelita me pregunta: «¿qué has hecho todo el día, María Eugenia, llevando sol por esos campos?» yo contestaré para que Abuelita ni siquiera sospeche la existencia de mi carta: «He estado cazando mariposas para enviárselas a una de mis antiguas maestras de París que tiene colección; y en cuanto al sol, no te preocupes, Abuelita, porque me puse mi sombrero grande de paja de arroz»... Pero luego, al siguiente día, vendrá lo mejor, lo más grande, lo más intenso de todo, porque yo también escribiré mi carta de respuesta... ¡ah! ¡la respuesta! ¡la respuesta!... ¡Cómo, mi alma toda se cambiará entonces en arroyo para ir corriendo, corriendo, como un río sobre el inmaculado cauce de la carta!... ...¡Y qué

sorpresa para Gabriel cuando la lea: sí ¡qué sorpresa y qué admiración de amor!...»

Así, más o menos pensaba el otro día, mientras me balanceaba en la hamaca, y mientras en mi alma y en mis oídos parecían estar aún cantando todas sus canciones las palabras de Mercedes oídas por el teléfono. Pero llegó el siguiente día; llegaron las once de la mañana; llegó el sirviente que viene de Caracas; llegó el paquete de libros; pero la carta, la carta presentida y esperada con tantos festejos de amor fué la única que no llegó... En vano registré libro por libro, en vano fuí buscando hoja por hoja; ¡no había sobre blanco, no había sobre escrito, no había nada, nada!... Los libros remitidos eran las obras de Shakespeare, lujosamente encuadernadas en cinco tomos de tafilete con los cantos dorados. En la primera página de cada tomo, engolillado y puntiagudo de barba, según la moda del siglo dieciséis, aparecía en un grabado el retrato del autor. Como la página del grabado era la más gruesa en todos los libros, y como estaba además junto a la tapa; después de ir rebuscando tomo por tomo, sucedió al fin, que en vez de tener sobre mis rodillas la carta de Gabriel tal cual lo había soñado en el lento transcurrir de todo un día, en lugar de la carta, bajo el silencio de mi decepción tan sólo se amontonaron los cinco flamantes retratos de Shakespeare. Triste y decaída como estaba, me quedé contemplando mucho rato en la primera hoja de uno de los tomos aquella fina cabeza que surgía alargada y satírica por entre los cañones de la rizada golilla... la estuve mirando, mirando, muy fijamente, y porque al fin, la juzgué intrusa, importuna y como asomándose indiscreta al espectáculo de mi decepción, la increpé diciendo:

—¿Y qué me importas tú, Shakespeare? ¡Todas tus obras juntas, toda tu gloria, y toda tu inmortalidad, las cambiaría yo mil y mil veces por una sola de aquellas patas de mosca que escribe Gabriel. Ahora que nadie me oye, te confieso que tu teatro más que divertirme, me aburre. Dicen de ti que fuiste

un impostor; que no eres tú quien escribió tus obras, y yo lo creo, porque a mí también me has engañado, has querido sustituir a Gabriel, y ahora pareces burlarte de mi tristeza. ¡Pues bien, afirmo con tus detractores que eres un impostor, y como tu presencia en lugar de agradarme me molesta, cierro uno por uno tus cinco dorados y lujosos libros para no verte más!...

Pero hay que decir en honor de la verdad, que esta larga historia de la carta con su final de desilusión, fué toda ella de principio a fin obra única y purísima de mi fantasía. Ni Mercedes me dijo nunca que Gabriel vendría, ni Gabriel me lo afirmó jamás, ¿y cómo había de afirmarlo si aquella última noche en casa de Mercedes nos hallábamos tan lejos de creer que nuestra despedida de entonces, iba a ser la despedida de tantísimos días?... ...¡ah!... pero hay algo que Mercedes sí afirmó rotundamente por teléfono; algo que sucederá porque es cierto y es evidente. Mercedes dijo : « cuando vuelva a Caracas se pondrá de acuerdo con Pancho, para hacerte una visita a San Nicolás »... Es, pues, seguro, positivamente seguro y sin asomos de fantasía que Gabriel vendrá a verme...

Lo espero todos los días, desde el amanecer hasta la noche; y esta espera, y esta esperanza, es como el agua en que bebe mi espíritu y es al mismo tiempo aquella enredadera que sin haber florecido todavía me tortura, me oprime y me abrasa el corazón.

¡Pero Gabriel vendrá! ¡ah! sí, Gabriel vendrá y entonces al mirarle llegar desde lejos, la estéril enredadera que me oprime el corazón se cubrirá milagrosamente con millones de flores. ¿Vendrá por la mañana Gabriel? ¿Vendrá en la tarde? Si viene en la mañana, me vestiré toda de blanco, me pondré mi gran sombrero de paja de arroz, lo ataré con un tul bajo mi barba, al estilo Directorio, tomaré el descuido las ramas floridas de alguna mata silvestre, y con mi larga sombrilla en la mano, iré hacia él como va Flora hacia su amante en el primer acto de la Tosca. Si viene en la tarde, me vestiré de

negro, atisbaré su llegada detrás de mi ventana; mirándole cruzar allá junto a los mangos, saldré a su encuentro caminando poco a poco, al pasar por la soleada senda abriré mi blanca sombrilla de encaje y la blanca sombrilla abierta sobre mi silueta oscura simbolizará entonces la flor de mi alegría.

¿Pero vendrá?... ¿vendrá de veras Gabriel? ¡Ah! ¡La duda me asalta a veces como un ladrón que quisiera robarme mi tesoro de ilusiones!...

Y esa duda tiene su fundamento y su origen en la siguiente escena ocurrida hace tres días; escena trivial y torturante que trato a todas horas de borrar de mi memoria y que mi memoria retiene siempre con la insistencia de una lámpara encendida que perturbara mi sueño :

Sería cosa de las nueve de la noche. Reunidos en el comedor nos hallábamos todos los de la casa. Habíamos tomado ya los postres y el café. De afuera llegaban nítidamente las nocturnas voces del campo; croar de las ranas, chirriar de los grillos, y la comida parecía languidecer indefinidamente en una aburrida sobremesa. Yo estaba como ausente por la lejanía de mis preocupaciones. Fijos los ojos dentro del marco de la ventana abierta, miraba el negro cuadro de la noche majestuosa y palpitante de luceros, cuando alguien nombró a Gabriel. No sé cómo vino la conversación; pero recuerdo perfectamente que María Antonia, no bien oyó su nombre, aprovechó al punto esta ocasión de serme desagradable sin faltar a las apariencias y acompañando las palabras con el brillo deslumbrador de sus ojos negros, a modo de noticia lanzó esto :

— Me han contado hoy por teléfono que en Caracas se habla mucho del matrimonio de Gabriel Olmedo con la hija mayor de Monasterios. Si resulta ser cierto, se casa muy bien. Es una muchacha muy rica, el padre es todopoderoso en el Gobierno, y además ella es muy bonita. ¡Tiene unos ojos preciosos!

— ¡Sí! ¡Son unos ojos bellos! — afirmó mi prima rebosante de admiración.

— ¡Sí! ¡Bellos! — repitió en el mismo tono casi todo el arreo, como diría tío Pancho.

Yo no pude contenerme y exclamé :

— No sé cómo serán los ojos, pero tengo noticias de que todo el resto de la persona es una ridiculez — Y copiando textualmente el juicio de Mercedes añadí: — ¡Anda toda *fagotée* ¡Ah! Gabriel Olmedo, que es tan exquisito, tan *raffiné*, tan *gourmet* como quien dice, no se casará jamás con eso.

María Antonia, que por el torrente de adjetivos franceses debió adivinar cuál era mi fuente de información, iba a replicar ya, agresiva y chocadísima, pero en el mismo instante, alguien derramó una copa de vino sobre el mantel, el incidente cambió el rumbo de la conversación, y nada más se dijo sobre el particular.

Pero las anteriores palabras grabadas en mi espíritu, me torturan ahora de noche y de día. Ellas son el ladrón que quiere robarme mi tesoro de ilusiones; son la lámpara encendida que perturba mi sueño; son un puñal que llevo a todas horas clavado en mi esperanza y son ellas, ellas, quienes les han enseñado a mis ojos este horrible demonio de los celos, que mis ojos hasta ahora no habían mirado nunca

¡Ah! Si yo pudiera hablar con Mercedes, allá en la gran intimidad de su fingido Oriente, ella entonces, con su vista penetrante de astuto marino que conoce los secretos de todos los horizontes, me diría ... ¡me diría!..

Pero no puedo hablar con ella ni con nadie, y esta duda va creciendo enormemente en mi secreto de amor y ya me agobia... ¡quién me ayudara a llevarla!..

Al terminar de escribir estas últimas palabras he levantado un instante los ojos y he visto la rama de acacia que sacudida por la brisa, parece hacerme señas asomada a los barrotes

de la ventana. Sus hojas se entreabren y se agitan como los dedos en el saludo de las manos queridas y ha dejado caer por el suelo el regalo de sus florecitas rosadas. La he visto, la he visto mucho rato, hacia arriba los ojos implorantes, en una mirada honda, llena de fe y de esperanza como se miran esas venerables imágenes milagrosas de los Santos Patronos, y con sólo los ojos implorantes desde el fondo de mi alma, la he rogado así :

— ¡Oh! vieja y generosa acacia que me quitas el sol y que te adornas noche y día, con las flores que te pone la bellísima; tú que conoces esta maldad de los bejucos, que se enroscan al corazón como las sierpes del remordimiento; tú que has llevado con nazarena paciencia la cruz de tantos abrazos espinosos y estériles; tú que eres buena porque tiendes la mano compasiva a los desvalidos que te imploran, y como Santa Isabel de Hungría, tienes después tu caridad convertida en flores sobre el regazo; tú, que derramas maternalmente el cariño de tu sombra sobre los que te aman y los que te aborrecen; tú que todo lo sabes porque tienes la experiencia de muchas primaveras; dime vieja y generosa acacia: ¿florecerá algún día mi enredadera como floreció tu bellísima?...

CAPITULO V

Aquí, María Eugenia Alonso, sentada en un peñasco, se confiesa con el río; el río le da consejos, y ella, obediente y piadosa, decide seguirlos todos al pie de la letra.

Abuelita tenía razón al predecir que viviendo con mis primos, acabaría por perderles aquella vehemente antipatía que hasta hace poco les profesaba; puesto que en efecto hace apenas un mes que estamos juntos en la hacienda y... ¡ya me gusta el arreo! Ahora lo encuentro bastante simpático y bastante bien.

Creo que la antipatía es un sentimiento caprichoso y superficial que en el fondo no existe ni tiene razón de ser. En realidad casi nadie es antipático. Si se considera a las personas muy de cerca y se penetra con bondad en la esencia de su psicología, acabamos por admirar sus cualidades, y tolerar sus defectos, como en el orden físico toleramos la lluvia; el calor; las manchas en la pared del cuarto que habitamos; o la almohada dura de la cama en que dormimos: todo es cuestión de tiempo y de paciencia. Esta es a mi ver una de las pruebas más palpables de que el hombre es un animal sociable que ha nacido para

vivir en compañía de sus semejantes. Si ciertos defectos que ostentan a veces los demás nos crispasen siempre los nervios como el primer día en que los conocimos, acabaríamos sin duda ninguna por preferir el suicidio a la compañía de esas personas. Pero afortunadamente todo en la naturaleza está muy bien ordenado y la costumbre, que es muy conciliadora, hace el papel de cordial sobre los nervios y nos predica evangélicamente aquello de : « Amaos los unos a los otros. » La antipatía en realidad sólo subsiste cuando tiene por base la envidia, y cuando la persona a quien se envidia, y se trata de cerca, en vez de decaer en el aprecio o admiración del envidioso, continúa creciendo más y más dentro de dicho espontáneo sentimiento de aprecio o admiración. Poniendo a un lado toda modestia, voy a confesar que este es el caso en que yo me encuentro respecto a mi tía, la honrada, ojerosa, moral y elocuentísimas María Antonia Fernández de Aguirre, mujer de mi tío Eduardo Aguirre. Así como yo me he reconciliado con sus hijos, María Antonia, en cambio, cada día que pasa, me detesta más: ¡Qué caudal de sinceridad derrocha para demostrarme su admiración y su antipatía aparejadas y resumidas dentro de su envidia, y cómo esta envidia suya se ingenia y se pone vidrios de aumento en los ojos, para exagerar mis pobres cualidades!

Abuelita y tía Clara, quienes en realidad, como bien dice tío Pancho, tienen una marcada preferencia por mí sobre todos mis primos, se indignan contra estos sentimientos de María Antonia, y se encargan de defenderme muy acaloradamente cuando ella directa o indirectamente me ataca, cosa ésta, que al ocurrir de continuo, les da mucho trabajo, y les hace pasar la vida en eterna polémica. A mí en el fondo, la creciente antipatía de María Antonia, lejos de desagradarme, me halaga, porque filosóficamente atiendo a su origen. Además, me sirve de diversión, puesto que he encontrado ya mi desquite o modo de vengarme. Este consiste en extender cada día más el pre

dominio que ejerzo sobre sus hijos, especialmente sobre Pedro José, el menor de todos, que tiene unos trece años. Los cuatro en general, dominados sin duda por su madre, me eran hostiles al principio, pero con el trato sus sentimientos han cambiado de rumbo. Comenzamos siendo amigos, y ahora, ellos, han decidido erigirme en modelo y me copian en todo. María Antonia se exaspera contra este servilismo de sus hijos, pero a pesar de su indignación, mis leyes y mi influencia reinan sobre ellos con todo el despotismo y la preponderancia de nuestra emperatriz la moda. Mis primos hablan como yo, copian mis frases, comparten mis más atrevidas ideas, se han apropiado mis gustos, tararean las canciones que yo tarareo y hasta en la mesa prefieren los mismos platos que yo prefiero...

¡Ah! querido arreo, disciplinado ejército, y qué bien me secundas en mi táctica pacífica y terrible, la cual tiene siempre titilando aquellas dos brillantes luminarias, que se asoman en aquellas dos negrísimas ojeras!

Pero nada es comparable al poder que ejerzo sobre Pedro José, y al culto casi fanático que éste me profesa. Para demoler en lo posible la obra de su madre, ya que no podía alterar la esencia misma de su ser, le he alterado el nombre que es el símbolo o representación gráfica de dicha esencia : En lugar de Pedro José le llamo Perucho, y Perucho es a la vez mi paje, mi escudero, y mi trovador. No pasa un día sin que lleve a mi cuarto flores, aguacates, mangos o alguna dulcísima caña pelada y distribuída en menudos gajos. Perucho me ha dedicado unos versos que le valieron un expresivo abrazo y es él quien me acompaña siempre en los largos y silenciosos paseos que emprendo todas las tardes.

Son estos diarios paseos, delicia y altísima fruición de mi espíritu, y son al mismo tiempo terrible incentivo del mal humor de María Antonia. Y es que no bien han dado las cuatro, cuando ya, con mi ancha falda corta de montar, mis polainas, mi sombrero alón atado sobre la barba a la moda

llanera, y mi vara de sauce en la mano, con el solo objeto de exaltar dentro de sus órbitas los ojos de María Antonia, comienzo a escandalizar la casa gritando :

— ¡Perucho! ¡Perucho! ¿Ensillaste ya?

Y Perucho, que me espera bajo los guayabos con los caballos ya listos y atados a los troncos de los árboles, me contesta con un silbido ensordecedor que trata de imitar el pito de una locomotora. Tan gran escándalo iniciador del movimiento de partida, y absolutamente innecesario, produce naturalmente el efecto deseado. María Antonia indignada se pone a comentar a media voz:

— ¡Qué me repugnan esos sobrenombres! ¡Qué feas y qué peligrosas me parecen esas intimidades con los muchachos varones!

Pero yo hago como si nada hubiese oído, y me dirijo hacia la sombra de los guayabos donde me esperan Perucho y los dos caballos. El me ayuda a montar mientras explica algo que poco más, poco menos, acostumbra ser así :

— Le di mucho maíz a mi caballo, para que no esté tan flojo como ayer. Al tuyo lo ensillé hoy con la cincha de la mula del mayordomo, el bocado del zaino, la gualdrapa nueva, y las riendas del caballo de Papá que son muy suaves.

Este sistema de selección siembra el mayor desorden entre los aparejos de montar, y le valen al pobre Perucho las más terribles filípicas. Pero él, con un estoicismo digno de mejor causa, aguanta el chaparrón, y al siguiente día vuelve a hacer lo mismo.

Abuelita, complacida y sonriente de vernos tan unidos, suele presenciar la partida tras una de las ventanas de la casa, y siempre, al arrancar los caballos, asoma boca y nariz por entre dos barrotes, para gritar estas o parecidas recomendaciones :

— ¡Poco a poco, niños! ¡No vayan tan ligero! ¡Cuidado

con las ramas! ¡Cuidado con un mal paso! ¡Cuidado con una espantada de las bestias! ¡¡y tú, Pedro José, atiéndela mucho, camina detrás de ella, miren que una caída de caballo es muy peligrosa!!...

Y trotando, trotando, con la brisa que nos azota el rostro, mi escudero y yo, bajamos el callejón, andamos un rato por la vega, nos internamos después entre las breñas de los cañaotes, y comenzamos a trepar montaña arriba. Entonces, mientras camino contemplando el paisaje, o mirando las blancas crines de mi caballo suavemente agitadas por el aire, medito un instante sobre las últimas palabras de María Antonia y Abuelita.

Estas pequeñas meditaciones, suelen despertar en mi espíritu pensamientos filosóficos, si es que así pueden llamarse ciertas observaciones o razonamientos que acostumbro hacer en mis ratos de soliloquio y que no confieso a nadie por temor de que puedan parecer impertinentes o ridículas. Mientras corre mi caballo al lado del de Perucho, que como yo va también abismado en un profundo silencio, suelo comentar estas meditaciones exclamando interiormente :

« — ¡Es curioso! María Antonia que me detesta, se preocupa con vivísimo interés de mi salud moral, y ha descubierto que mi intimidad con Perucho es fea y peligrosa. En cambio, Abuelita, que declara todos los días la importancia de dicha salud moral y parece estar convencida de su altísima superioridad sobre la salud física, en este caso, sólo se preocupa de la última, no mira más peligros que los que puede proporcionarme el caballo trotando demasiado de prisa, y ella, que tanto me quiere, me demuestra en semejante ocasión, una profunda indiferencia puesto que así desdeña mi preciosa y delicada salud moral. »

Y como en tales momentos, todo cuanto a Perucho y a mí nos rodea, parece hablar el lenguaje de la grandiosidad, yo, a pesar de mi decantada inexperiencia, miro por un instante

con extraordinaria lucidez, el inefable misterio de las cosas, adivino los secretos equilibrios de la vida, y acabo por admirar con toda mi alma la bondad de la Providencia, que en su sabia economía, ha puesto el cuidado de nuestra salud física entre las manos de los que nos aman, y el cuidado de nuestra salud moral entre las manos de los que nos aborrecen. « Gracias a tan sabia distribución — continúo monologando interiormente, arrullada siempre por la brisa y el rítmico trotar de los caballos — el odio viene a ser tan altruísta o más altruísta que el cariño, el cual andaría siempre vendado a la moda de Cupido, si no fuera por las discretas advertencias que en asuntos de estricta moral suele comunicarle el primero. He aquí pues, cómo no deben juzgarse las cosas a la ligera, y cómo el odio a pesar de su mala reputación, es en realidad el despierto centinela que vigila nuestra virtud, la base más sólida sobre la cual se asienta nuestro sentido moral y el semillero donde crecen juntos y entrelazados la pureza y el espíritu de previsión »...

Pero semejantes soliloquios se paralizan inmediatamente en mi cerebro al recordar que esta malhadada propensión a la filosofía es causa de mi desdicha, fuente de mi tristeza, y origen de mi reclusión en San Nicolás, cosa que hasta el presente he sobrellevado con bastante estoicismo. Sí ; de no haberme puesto a formular en palabras mis impresiones particulares sobre el pudor y la moral, tía Clara no se habría escandalizado aquel día, ni Abuelita se habría alarmado hasta el punto de decretar mi inmediato destierro fuera de Caracas. Y como tan fatal experiencia no ha caído por fortuna en saco roto, y como ya he visto y palpado que el almacenar ideas propias es cosa tan insensata y peligrosa como el llevar una bomba de dinamita en el bolsillo, rechazo en seguida todo género de filosofías, y me pongo a dialogar con Perucho, quien paso a paso, camina ahora tras de mi, por la

estrecha, larga y sombreadísima senda, que se estira y serpentea a la margen izquierda del río.

Cuando llegamos a un tranquilo remanso, en donde el río se abre en dos y le tiende un brazo de agua a la montaña, Perucho acostumbra consultarme :

— ¿Nos quedamos aquí en la toma, o seguimos más arriba?

Por regla general yo prefiero quedarme en la toma, porque es allá en donde el río tiene para mí aquel encanto sereno y misterioso. Así, pues, no bien he contestado a la pregunta de Perucho diciendo : « Quedémonos aquí hoy », cuando él, se desmonta de un salto, me ayuda a bajar a mí, y luego de atar los caballos a la sombra de un gran matapalo, comenzamos a buscar asiento brincando por los peñones que están dentro del agua. Después de mucho escoger, acabo siempre por sentarme sobre la peña que ataja la corriente en un pozo, y allí me pongo a contemplar el río, y le miro, le miro, muy fijo y muy de cerca, hasta que poco a poco se va callando el mundo entero de mis pensamientos, olvido las ideas surgidas unos minutos antes, al pausado trotar de mi caballo, se borran unas tras otras las diversas imágenes materiales recogidas en el día, y convertida ya en un pedazo inconsciente de la naturaleza, empiezo a escuchar la voz sencilla y generosa del agua. En ese momento ya no existe para mí, ni Abuelita, ni María Antonia, ni la casa de abajo, ni mi cuarto, ni mis libros, ni mis penas, ni yo misma, porque de tanto mirar el río me parece que también me fuí caminando en su corriente, y que junto a las piedras y las arenas del fondo, junto a las frutas caídas y las ramas secas que pasaron flotando, junto al encaje de los árboles, y los azules pedazos de cielo que se reflejan desde arriba, el agua lleva también en sus entrañas este divino y torturante poema de mi amor. Sentada como estoy sobre la roca, en el poblado silencio del paisaje, copio por un instante el alma inmóvil de la piedra, y me quedo

tranquila y callada, para que el río al pasar me cante mi poema en sus murmullos y me lo vaya enseñando en su espejo.

Pero semejante estado de arrobamiento dura apenas unos cuantos minutos, porque a su conjuro se despierta de pronto en mi una alegría inexplicable y bulliciosa. Entonces, con gran locuacidad, comienzo a hablar a Perucho, me río sin razón aparente, corro por encima de las peñas, tiro piedrecitas a los árboles y a los peñones del río y se me ocurren los más diversos caprichos. Desde su asiento. Perucho contempla mi alegría con ojos de tímida adoración y a medida que voy inventando mis caprichos, él los adivina todos y todos los realiza al instante para complacerme. Si es una fruta, se sube al árbol y la coge; si es una mariposa de las grandes, corre tras ella y la caza con su sombrero de cogollo levantado en el aire; si es una flor, la corta y me la trae, así haya tenido que descalzarse para subir a los árboles o que meterse en el agua hasta las rodillas para caminar dentro del río.

Un día, tuve la inmensa curiosidad de conocer los frescos y bulliciosos secretos del remanso y quise bañarme. No bien hube formulado tal deseo, cuando Perucho tomó al punto su caballo, bajó hasta la casa, y en menos de veinte minutos, jadeante y sudoroso, cargado de mi paño, mi jabón y mi agua de colonia, estaba ya de regreso en la toma. Muy celoso de que nadie pasara, se fué en seguida a hacer la guardia junto a los caballos, a las puertas del cal y canto, mientras que yo, sola y desnuda, creyendo ser el alma viva del paisaje, me hundía en la ansiada frescura de mi pozo predilecto. Y recuerdo que aquel día, sumergida en el pozo, perdí como nunca la noción de mi propia existencia, porque el rodar del agua me tenía la piel adormecida en no sé qué misteriosa delicia, y porque mis ojos vagando por la altura, olvidados de sí mismos, se habían puesto a interpretar todos los amores de aquella muchedumbre de ramas que se abrazan y se besan sobre su lecho del río.

Es sólo cuando el crepúsculo se apaga ya de un todo, cuando Perucho y yo acostumbramos regresar a la casa. Los caballos entonces, ansiosos como están de verse en la caballeriza, corren al atravesar la sendita del río y vuelan como dos pájaros al pisar los callejones de la vega. Este desenfrenado correr que nos arranca los sombreros y nos despeina los cabellos nos pone también alas de regocijo en el espíritu. Con la inmensa alegría de la carrera, sobre los dos caballos que vuelan unidos por el camino, Perucho y yo, levantamos los brazos en el aire para asustar a los bueyes que se fuman su rama de cogollo a la puerta de los ranchos ; damos voces a la gente que vemos blanquear en la noche ; cantamos juntos a plena voz; y él, puesto de pie sobre los estribos le contesta en su mismo tono a cuanta pavita o tuqueque se le ocurra graznar escondido en la maraña de las matas. Al oírle, yo me río a carcajadas celebrando el parecido, le aplaudo sus hazañas de jinete, y los dos a la vez, cuando bajamos a lo más hondo del cañaote, fingiendo un prolongado lamento, llamamos al eco que también nos contesta desde las negras encrucijadas del monte.

Estos diarios paseos vespertinos son consoladores como la confesión porque descargan mi alma de su carga de tristeza. El río, con la misericordia de sus matas, sus peñones y sus murmullos, es el confesor que me absuelve todos los días de las negruras que le llevo; él me da consejos de esperanza, y me deja siempre en el espíritu la gracia infinita de la alegría. Yo bendigo a la brisa que me despeina los cabellos; bendigo a mi caballo que corre contra la brisa; y luego de bendecir a la naturaleza entera, también bendigo a Perucho, que es mi escudero y es mi acólito, en estas peregrinaciones sentimentales.

Pero según me fijo ahora, mi gran intimidad con Perucho merece capítulo especial, porque es a un tiempo sencilla y complicada; y porque a la vez que distrae mi preocupación de amor, me hace vivir activamente dentro de ella.

Comencé siendo amiga suya, con un compañerismo muy despreocupado y muy infantil. Me era útil por su agilidad y por su carácter servicial y soñador, siempre dispuesto a complacerme e inventé llevarlo conmigo a mis solitarios paseos, como hubiera podido llevar un gran perro silencioso que anduviera junto a mí sin perturbar mis ensueños con palabras importunas. Pero desde el día en que María Antonia dijo por primera vez aquello de : « ¡Qué feas y qué peligrosas me parecen esas intimidades con los muchachos varones! » sin saber por qué, Perucho comenzó a tener a mis ojos un inmenso interés; su presencia fué para mí la presencia animada del amor, y así como los niños juegan con sus trenes y sus muñecos de juguete disfrazándolos de realidad con la imaginación, yo me puse desde entonces a jugar con Perucho, como si éste fuese mi juguete y también lo disfracé de realidad, porque en mi imaginación se me ocurrió convertirlo en Gabriel. Y naturalmente, dado este punto de vista, Perucho ha adquirido para mí una gran importancia. El me quiere de veras con su inmensa adoración silenciosa y tímida, y yo, por generosidad hacia él, y por vivir activa dentro de mi amor, mientras sueño apasionadamente con Gabriel, prodigo en miradas y sonrisas a Perucho, esta divina facultad de alegrarnos fácilmente la vida, alegrándola también a los demás, facultad que no todas las mujeres poseen, y que la gente inconsciente llama con desprecio coquetería.

Es pues, gracias a mi gran intimidad con Perucho, como he venido a descubrir que poseo en alto grado esta facultad de la coquetería, que cual madre cariñosa, nos dirige o enseña a caminar por los divinos caminos del amor. Y naturalmente, como en mi fuero interno yo considero que dicha facultad, además de ser una fuente de alegría, es también una prueba de generosidad, no tengo inconveniente ninguno en reconocerla ante mí misma, y reconocer además que estoy satisfechísima de poseerla; y de que cuantos días pasan deploro más el no

haberla descubierto y ejercitado antes con Gabriel... ¡sí!... ¡en vez de aquella necia timidez que me cohibía y me paralizaba en su presencia!... ¡Pero así son estos caprichos del destino!... ¡Y qué maraña de misterios y de sorpresas llevamos todos, Dios mío, dentro del corazón!...

Estoy segura de que si Abuelita, tía Clara, o cualquier otra persona seria y de sólidos principios, leyera lo que acabo de escribir, lo encontraría muy mal y haría unos pronósticos desagradables y ofensivos acerca de mi futura reputación. Pero no estarían en lo cierto. Mis demostraciones o coqueterías hacia Perucho son a mis propios ojos la prueba más palpable y segura de que soy una mujer esencialmente fiel. Sí. A pesar de su indiferencia, y a pesar del abandono en que me tiene, yo no quiero sino a Gabriel, y es segurísimo que de no haberlo conocido nunca, Perucho no habría visto todavía la primera de las amables e insinuantes sonrisas que lo hacen tan feliz.

Esta pequeña experiencia de mi vida, me lleva a considerar que en el amor de nosotras las mujeres, existen sutilezas tan invisibles y sublimes, como en el puro y teológico amor de Dios. Por lo que llevo visto, no siempre nos es dado amar en su apariencia sensible al que quisiéramos amar, y es claro, al no poder amar directamente aquello que queremos no nos queda más recurso que amarlo indirectamente en aquello que podemos. Ahora bien: ¿no hay en esta suprema fidelidad al ausente, amado a través de un objeto presente, grandes puntos de contacto con el amor altísimo del asceta que adora esencialmente a Dios, adorando en apariencia una imagen de madera o de yeso? ¿No vibra también en este caso mío el misterio augusto de la intención que todo lo purifica y transforma la burda idolatría en santa y piadosa veneración? Pues bien, todos estos delicados matices existen también en mi alma y gracias a ellos, ante los ojos de mi amor, Perucho no es Perucho, sino la imagen animada que se convierte a ratos en Gabriel por obra y gracia del misterio augusto de la intención. Mi caso es un

caso de amor humano, en el cual parecen aliarse todas las sublimes y teológicas sutilezas del amor divino. Y sin embargo, estoy cierta de que elegido juez en el asunto, así fuera Abuelita, Mercedes, o el mismo Gabriel, cometerían la ligereza de fallar injustamente, y es muy probable que me designaran con los epítetos de inconstante, infiel, variable, o cualquier otro desagradable concepto por el mismo estilo. Pero yo, dado semejante caso, también los juzgaría a ellos, como juzgó la Iglesia a aquellos herejes llamados iconoclastas, que en su gran torpeza, jamás pudieron medir el abismo que separa la imagen material de la esencia ideal, y la forma visible, del fondo sublime e invisible.

Finalmente, como resumen o conclusión de todos los anteriores razonamientos declaro : que mi amor hacia Gabriel es cada día más vehemente y más grande ; que mis pequeñas demostraciones a Perucho no son sino la manera de expresar exteriormente el culto de este amor que vive y se desborda en mi alma; que poseo del amor en general un concepto muy elevado y algo panteísta, y que, por último, mi sistema de fidelidad espiritual, digan lo que quieran las personas irreflexivas, es mil veces más puro y meritorio que esa fidelidad exterior y corriente, que suelen imponer los hombres, los convencionalismos y las leyes.

Y para demostrar mejor ante mi propia conciencia la verdad de semejantes afirmaciones, y la fidelidad de mi amor hacia Gabriel voy a transcribir aquí esta pequeña escena ocurrida hace dos tardes junto a la margen del río.

Yo me hallaba sentada como acostumbro en la gran peña que cierra y protege el remanso. Mis pies casi tocaban el agua; me había puesto en el sombrero una rama de trinitaria muy llena de flores, y me entretenía en echar a navegar las cáscaras de unos mamones que, desde la cúspide del árbol, Perucho me había arrojado en la falda. Era un copioso racimo verde que yo desgranaba lentamente. Una vez

separado el grano, cortaba en dos la cáscara; despojaba el hueso con mis dientes: despojado ya, lo ponía de nuevo en el cascarón convertido en barca: con cuidado de que no naufragase, lo echaba a flotar en el agua, y al mirarle partir río abajo, me imaginaba ver aquellas embarcaciones funerarias, que allá en la India, tripuladas por un cadáver, descienden solitarias la sagrada corriente del Ganges.

Muy embebida estaba entregada a tan suaves y poéticas consideraciones, mientras que Perucho no se cansaba de correr y deslizarse como una lagartija por entre el laberinto de ramas, hojas y horquetas del gigantesco mamón. De pronto oí un estridente silbido que me hizo levantar la cabeza. Era Perucho que montado a caballo sobre una rama altísima, con los pies descalzos suspendidos en el aire y las dos manos formando bocina junto a la boca, solicitaba mi atención para gritarme tal y como si se tratase de algo muy indispensable y urgente :

— ¡ Oye, María Eugenia ! ¿ Sabes a quién te pareces vista desde aquí arriba?... ¡Pues con esa trinitaria en el sombrero, estás igual, pero igualita a la muchacha del cromo de las píldoras de Ross, ese anuncio que hay en la puerta de la botica de la esquina de casa, allá en Caracas!...

Como yo conozco el cromo en cuestión, y la muchacha es en realidad encantadora, semejante apreciación sorprendió mi amor propio en una agradable emboscada, me distrajo de mi melancólica tarea, e iluminó repentinamente mi cerebro con sonrientes y placenteras ideas. La observación de Perucho me resultó mil veces más interesante que si me hubiese comparado con la Venus de Milo, cosa que tal vez habría sonado en mis oídos como un lugar común incapaz de halagar mi vanidad; lo de las píldoras de Ross gritado desde la copa del mamón, me pareció encantador y muy sincero.

Y para recompensar a Perucho de su oportuna galantería, ladeada la cabeza, con la vista hacia lo alto, por entre ramas y hojas le miré largamente, y luego, iluminando mi expresión

con una sonrisa que yo juzgué ser la más sugestiva de mi repertorio, le pregunté cariñosa :

— ¿Sí?...

Y allá en la altura, tan claro se reflejó en el rostro de Perucho el efecto producido por la sonrisa y por la voz de mi pregunta que pensé inmediatamente :

— ¡Así hablaré y así sonreiré a Gabriel cuando lo vea!

Después eché de un golpe al agua el verde racimo de frutas que llevó la corriente; me recosté en la piedra, y comencé a soñar mirando caminar el río.

Como si hubiese tenido la influencia de esas drogas, alucinantes y embriagadoras, el diálogo cortísimo, sostenido con Perucho, despertó en mi el recuerdo de Gabriel tan vivo y tan violento, que lo sentí moverse en el río, en los árboles, en los pájaros, en Perucho, y en todo aquello que se movía y que me rodeaba; lo sentí depués dentro de mí, y lo sentí tan hondamente, que tuve la fantasía de escribirle allí mismo. una carta sincera y estrafalaria en donde le contase toda la alegría y todo el suplicio de mi amor...

Y elevé de nuevo la cabeza, volví a mirar a la altura, con mis dos manos formando bocina llamé a Perucho, y lo mismo que él había gritado unos minutos antes, le grité yo a él:

— ¡Oye Peruchito! ¡Bájate un momento de esa mata, ve donde los caballos, saca de la silla del mío un libro que tiene adentro lápiz y papel, y me lo traes, que quiero escribir una carta!

Cuando regresó con el libro y el recado de escribir, le recomendé en una amable súplica :

— Ahora te quedas quieto, y no me llames porque me molestarías. Yo no puedo escribir cuando me hablan.

Y sobre la piedra del río, con el libro por cartera, y mis rodillas por escritorio, limando de tiempo en tiempo en una peña vecina la punta de mi lápiz cuando se hacia muy roma, mientras duró la luz del día estuve escribiendo, y escribí febril-

mente esta carta, que tiene la loca sinceridad de todas las ardientes y silenciosas cartas de amor que nunca se envían. En ella retraté la suave verdad de la naturaleza que me rodeaba, y dentro de la verdad de la naturaleza, también retraté la verdad de mi alma, con el puro impudor con que nos retrata el agua, y con la fresca desnudez de aquellas piedras que estaban tomando a mi vista su eterno y rumoroso baño de río.

Y es así más o menos como dice la carta que escribí aquella tarde sentada sobre la peña y con mis rodillas de escritorio:

« Gabriel :

Yo te quiero, porque un día me dijiste con palabras que tú me querías. Te quiero, porque antes de decírmelo con la claridad de las palabras, me lo habías dicho ya con la claridad de tus ojos que son para mi alma las dos lámparas siempre encendidas que titilan a lo lejos en su noche. Te quiero, porque tu recuerdo está cerrado dentro de mi memoria, y ella lo guarda en silencio con la sumisión fragante y muda con que el cofre de sándalo guarda la joya. Te quiero, porque vives y te mueves en mí, tan animado y tan hermoso como si yo fuera el espejo inmóvil y tú fueras la viva imagen que en él se asoma y se contempla. Te quiero, porque mi alma se ha asomado también sobre la tuya, y al mirarse a sí misma, se ha estremecido de sorpresa como la corderilla sedienta que por primera vez mira blanquear su vellón en el remanso.

Gabriel : Tu amor se ha venido conmigo, y es en tu ausencia el pajarillo cantor que viaja prisionero dentro de su jaula, brinca bullicioso en la estrechez de los barrotes y canta en sus gorjeo: ¡Ah! si viniera algún día la mano poderosa que me abriera la jaula!

Tu amor, Gabriel, se ha venido conmigo, se ha traído al destierro toda su cosecha de rosas, ha tejido con ellas una blanca guirnalda, y la tiene clavada en mi corazón con los mil clavos agudos de sus espinas. Las espinas se han teñido

de sangre, y mi corazón las bendice, las acoge en su blando regazo, y bajo los mil aguijones, dolorido y embriagado de perfume, se ha quedado inmóvil, no fueran a deshojarse las rosas.

Gabriel: con la aureola de tu amor sobre la frente, caminando por la aridez de mi camino, te miré venir hacia mí, y tú eres desde entonces el dulce Mesías de mi alma. Las huellas de tus sandalias al pisar sobre el polvo, me han trazado una senda de esperanza, y corro por la senda en pos de ti; voy rendida y sedienta, pero voy animosa, porque pienso en las delicias del vino de Caná, y espero saciar mi hambre en la abundancia milagrosa de los peces y los panes.

Tú eres el dulce Mesías de mi alma, Gabriel, y tu amor es el agua del Jordán que me ha redimido para siempre de las prisiones del Limbo. En la abstinencia y en la soledad de mi desierto, yo bendigo tus dos manos tan generosas y tan buenas como las manos de Jesús porque ellas se extendieron un día sobre mi frente, y abrieron a la vida estos dos ojos que estaban cerrados y a oscuras como los ojos del Ciego de Nacimiento.

Tú eres dulce Mesías de mi alma, Gabriel, y yo bendigo la misericordia de tus pies que te trajeron a mí. Como los pies ungidos de Jesús le llevaron a la casa de Jairo, así también los tuyos te entraron a la casa de mi alma, la hallaste pálida y dormida en el blanco sudario de su inocencia y también le dijiste : « ¡Levántate! » Pero tú, Gabriel, no has tenido para el milagro la piedad generosa de Jesús, porque a mis ojos abiertos les has quitado el sol que ellos anhelan, y a mi alma despierta la has dejado sola y encerrada en su casa.

Gabriel: Tu amor se ha desposado con mi alma, vive junto a ella y con ella se agita a todas horas en la prisión de mi cuerpo. Cuando acerco mis dedos a las sienes escucho el revoltoso aleteo de tu amor dentro de mí, y como el pájaro prisionero a quien dejaron abierta la puertecilla de su jaula,

lo siento posarse muchas veces en la puertecilla abierta de mis ojos, oigo el rasguear de sus alas en el aire, y un segundo después lo miro volar arrogante y feliz por la libertad del campo.

Sí, Gabriel; cuando estoy sentada en mi peña del río desde la cual te escribo ahora, tu amor revolotea a mi alrededor por todas partes. Es él quien canta para mí la canción del agua sobre las piedras; él quien corriendo a toda prisa se lleva el río de la mano, en una carrera loca, llena de tropezones; él quien le pone al agua esos labios frescos y turbadores que algunas veces se suben a la peña para besarme furtivamente los pies, y a su contacto mi cuerpo entero se estremece de sorpresa y de placer; él quien se arregla tan lindo y con su sombrero de paja lleno de flores, se asoma en el pozo, me saluda, y me remeda tan gracioso, cuando yo, sedienta de mirarlo, me inclino sobre el río para buscarlo en el agua; es él quien se sube a las matas, y me llama desde arriba cabeceándose en las ramas; él quien se sienta entra las dos alas de la brisa para besarme los ojos y acariciarme los cabellos cuando volando sobre la alegría de mi caballo a la hora del crepúsculo vuelvo a la casa; es él quien se esconde por las oscuras encrucijadas, y con la voz del eco me contesta si yo lo imploro a gritos desde la hondonada de los cañaotes; y es él quien se viste de negro, se asoma a los ojos de mi primo Perucho, y animado y brillante, me llama y me hace señas de amor, como la madre a su niño, para que yo le sonría.

Gabriel : Sentada en la peña del río te escribo hoy porque quiero contarte que sobre la blanca belleza de mi cuerpo he visto florecer de pronto la inmensa abundancia de la Primavera. Agobiada de flores, con el regalo de mi amor entre los brazos yo te espero impaciente noche y día, y en la esperanza de mi espera, soy en tu ausencia, como un oasis perdido en la mitad de un desierto.

Junto al borde del camino, con mi regalo de amor entre

los brazos, te espero Gabriel todos los días, y mi amor al presentirte abre sus ojos, brinca de alegría y quiere salirse de mis brazos para correr a tu encuentro, como el cabritillo travieso que ha escuchado a lo lejos la esquila de su madre.

Gabriel: te escribo porque no puedo ya más con la carga de mi secreto, y para que vengas a llevarla conmigo quiero decirte que tu amor es para mí la hermosísima canción de un Cantar de mis Cantares... Tu boca que es tan Sabia y tan Gloriosa como la boca de Salomón, se acerca muchas veces junto a mí, me roza los oídos con su aliento, y me lo canta muy bajo para que yo lo escuche y nadie más pueda oirlo.

Como la Sulamita, Gabriel, yo también tengo aprendidas las palabras del Cantar, y como ella te llamo a todas horas en mi soledad y en mi canción te digo: «Cuando el día refresque y las sombras desciendan, vuelve, vuelve, Amado mío. Hermoso mío, como las corzas y los gamos en el monte de Beter»... Pero tú no me escuchas, Gabriel; la voz que canta mi cantar se ha perdido muchas veces en la oscuridad de la noche y porque quiero levantarla más y más hasta que llegue a la cumbre de tus oídos, te la envío volando presa entre las alas de esta carta.

Gabriel: en el desierto abrasador de tu ausencia, eres tú mi Glorioso Salomón; y yo soy tu rendida Sulamita. Tendida estoy sobre el ardor de la arena, y cubierta con mis joyas y abrasada por la sed, vigilo atentamente el horizonte, porque yo quiero ser la primera en ver lucir a lo lejos el brillo de tu palanquín, mi Triunfante Salomón.

Yo soy tu amorosa Sulamita, Gabriel, y para la fiesta del amor con que te aguardo, he vestido ya mi lindo cuerpo con la pompa de la Desposada en el Palacio del Rey.

Y soy tu doliente Sulamita, Gabriel, y para el suplicio resignado de la espera, he vestido también mi callado tormento con la humildad dolorosa de la hierba que por las noches va pisando mi caballo en su carrera.

Gabriel : Con la pompa de la Desposada y con la humildad de la hierba yo soy tu Sulamita y te espero noche y día, mi Glorioso Salomón. Oye, oye bien esta voz que te llama en mi carta, Amado mío, Hermoso mío, baja a toda prisa como las corzas y los gamos del monte de Beter, y ven, ven a enseñar con tu boca, al silencio de la mía, la hermosísima canción del Cantar de tus Cantares! »

. . . .

Y una vez terminada tan estrambótica carta, me quedé un largo rato inmóvil sobre la peña. La falta de luz me impedía leer lo escrito, y comencé a repasarlo con la memoria, mientras que con los ojos veía parpadear los cocuyos y brillar de trecho en trecho la cinta bruñida del río. Unida a mi quietud y a mi silencio, la oscuridad poco a poco se fué haciendo más densa, hasta que al fin, se mezcló con las piedras, se fundió completamente con el agua, me estrechó más de cerca; se abrazó conmigo; y yo sentí en mis brazos no sé si un frío que parecía miedo o si un miedo delicioso y cosquilleante que parecía frío. Por un instante, me creí enteramente sola con la oscuridad, y tuve un gran sobresalto, cuando cerca de mí la voz de Perucho dijo:

— ¿Y cuándo nos vamos por fin, María Eugenia?

Al oirle recogí con avaricia y con susto los tres pliegos escritos que blanqueaban sobre mi falda como tres claridades de luna; los encondí en mi seno; de la mano de Perucho saltando de piedra en piedra atravesé un pedazo de río, y los dos juntos nos fuimos en seguida a tomar los caballos, que piafaban impacientes bajo la noche profunda del matapalo.

⁂

Ya en la casa, durante la comida, mientras todos hablaban yo no decía una sola palabra : con la mano apoyada en

el pecho, hacía crujir en secreto, contra la piel de mi seno, los tres pliegos escritos. Abstraída en lo más hondo de mí, los contemplaba abiertos sobre mi alma, y los leía mentalmente. Me sentía feliz, aislada de todos, y en la sola compañía de mi carta. Estaba orgullosa por haberla escrito; orgullosa por haberme atrevido a escribirla, y pensaba con ansiedad y alegría en el efecto que iba a producir su lectura.

Pero un pequeño incidente de la conversación, no sé si por desgracia o por suerte, vino a sacarme de mi lírico ambiente al colocarme de golpe en un punto de vista absolutamente contrario al exaltado idealismo que había dictado mi carta.

Y fué que Perucho, quien, contra mi parecer, suele comentar en la mesa las peripecias de nuestras excursiones, se puso a referir lo acontecido en la tarde y dijo con un entusiasmo romántico, cuyo verdadero sentido casi nadie interpretó :

— María Eugenia hoy se prendió en el sombrero una rama de trinitaria que yo mismo le corté con mi machete al pasar a caballo por la enredadera del trapiche viejo. Con el sombrero llenito de flores se sentó sobre un peñón muy grande que está dentro del río, más arriba de la toma, y se puso a escribir una carta. Yo estaba montado en el copo del mamón, de donde se abarca un pedazo grande de río, y ella, sentada en el medio del agua, escribiendo en la peña parecía desde arriba como cosa de cuadro. ¡Si yo supiera pintar, María Eugenia, me subiría con pinceles y todo al copo del mamón y te hacía un cuadro así!...

Y fué tan vehemente el entusiasmo descriptivo de Perucho, que los ojos de María Antonia, enormes y brillantísimos, lo miraron un instante y sin que me quepa ni asomo de duda, comentaron indignados el proyecto del cuadro con esta breve apreciación :

— ¡¡Imbécil!!

Luego, los mismos ojos, enormes y brillantes, se fijaron junto

a ellos en tío Eduardo, y dijeron, ayudados ahora por una ardida media voz que se oyó perfectamente :

— Comprendo que se vayan solos a pasear aunque acaben con las bestias, y destrocen las sillas y los aparejos de montar; pero que se bajen de los caballos, y se queden de su cuenta en el río la tarde entera, me parece sumamente impropio y no me explico cómo tú lo permites. ¿Qué necesidad hay de ir a escribir cartas a la toma? ¡Creo que aquí, en la casa, tenemos mesas y escritorios de sobra!

Y como tío Eduardo no podía contestar nada, porque en aquel instante estaba comiendo y tenía la boca llena, María Antonia, impaciente, se dirigió a Perucho, y le dijo, esta vez en tono claro y tonante :

— ¡No es posible que continúes en esa ociosidad, Pedro José! No piensas sino en andar suelto como un bandido por esos campos, ¡no estudias, no haces nada!... Ya que tanto te gusta subirte a los árboles, ensillar los caballos, y hacer oficios de peón, mañana por la tarde vas a ayudarme a poner un alambrado nuevo en el corral de las gallinas. El que tienen está roto y de noche se meten los rabopelados.

Tía Clara objetó:

— No son los rabopelados los que se llevan las gallinas; estoy casi segura de que es gente que viene de noche y se las roba. ¡Me parece un gasto inútil cambiar el alambrado del gallinero!

Y mientras tanto, en el extremo opuesto de la mesa, Abuelita, que no oía la conversación del otro extremo, comentó la descripción de Perucho, diciendo muy alarmada :

— ¡Pero, María Eugenia, mi hija, qué extravagancia! ¿Por qué has de ir a la toma a escribir cartas? ¿Tú no sabes que el río está lleno de mosquitos malignos? ¡Puedes coger una fiebre! ¡No vuelvas a hacerlo más! Cuando quieras escribir, escribe aquí, en la casa, como hacemos todos.

Yo no contesté ni una sola palabra, pero la carta que crujía

aún bajo mi mano, escondida en el seno, profanada ya por el hálito de la realidad, acababa de expirar dentro de mi alma. Destruído el misterio quedó destruído el encanto atrevido del proyecto, y cuanto había escrito en la tarde, me pareció ahora completamente ridículo. Al conjuro de las palabras de María Antonia, tía Clara y Abuelita, había huído de mí el espíritu de Don Quijote, y por lo visto, ya no tenía sino a Sancho, sentado en un extremo de mi alma, burlándose con razón de tan disparatada carta.

Desde mi decepción, en medio de tanta ruina, miré a Perucho con intenciones de hacerle un reproche, pero como yo, él tampoco hablaba ya, ni me veía. Había comprendido su indiscreción, y mortificado, con la cabeza baja, se ocupaba en hacer dibujos sobre el mantel, apoyando de plano los cuatro dientes de su tenedor.

No bien terminó la comida, di a todos las buenas noches y me retiré a mi cuarto. Una vez en él, tomé de mi seno los tres pliegos borroneados con lápiz, y los abrí dentro del círculo íntimo y familiar, que todas las noches me dibuja la lámpara en la mesa. Vi que las palabras de mi carta se alineaban indecisas y mal escritas sobre las rayas derechas del papel, me pareció que estaban torcidas, porque iban agobiadas de extravagancia, y consideradas así, en la claridad de la luz física, me resultaron mil veces más ridículas de lo que me habían parecido antes, en la comida, vistas y juzgadas bajo la luz incierta de la imaginación... Con los pliegos arrugados, tendidos bajo mis ojos que ya no los miraban, me quedé reflexionando mucho rato... ¡Qué idea había tenido de escribir semejante carta!... ¡Ah! ¡qué habría dicho Gabriel si hubiera cometido la locura de enviársela!... Sin duda ninguna le habría parecido absurda, atrevida, « impropia » para usar la palabra clásica de María Antonia. ¡sí!... sobre todo aquella idea pretenciosa y ridícula de compararme con la Sulamita... ¡Ni se acordaría ya Gabriel del Cantar de los Cantares!...

Y formuladas dichas consideraciones, inmóvil, con los codos apoyados en la mesa, volví a contemplar un rato aquellos borroneados pliegos, hasta que al fin, por rebeldes contra las leyes que rigen toda carta, por indiscretos, y por extravagantes, los sentencié a los tres a convertirse en montón de pedacitos ilegibles para quemarlos luego en una pira, como a obra de insurrección y de herejía. Pero en el instante mismo de rasgarlos, me acordé del amor con que los había escrito dos horas antes, y les revoqué la sentencia. Me bastó el arrugarlos con gran fuerza entre las manos, hasta hacer de ellos una bola de papel, y convertidos así, en el símbolo incierto de mi propio destino, los eché a rodar a lo más hondo de la honda gaveta de mi mesa. Luego cerré la gaveta, y en el secreto rincón de una repisa, escondí la llave...

Pero no en balde se ha dicho que el espíritu aventurero de Don Quijote es inmortal, y es tenaz como el eterno renacer de la vida.

Y fué que una hora después, ya en mi cama, apagada la luz y cerrados los ojos, me parecía sentir aún en los oídos aquellas acertadas palabras llenas de positivismo, que tan a tiempo me habían despertado a la sana verdad de las cosas : « ¿Qué necesidad hay de ir a escribir cartas a la toma? »... « Vas a ayudarme a poner un alambrado nuevo en el corral de las gallinas; »... Me parece un gasto inútil cambiar el alambrado del gallinero »... « El río está lleno de mosquitos malignos, cuando quieras escribir, escribe aquí, en la casa, como hacemos todos »... Y sin embargo, mientras mi imaginación se ocupaba en reproducir tan sensatas y prudentes expresiones, en lo más elevado de mi alma, algo apaleado y maltrecho pero siempre animoso, apareció de nuevo el espíritu emprendedor de Don Quijote. Y por lo visto, de la lucha sostenida por él contra las sensatas expresiones, resultó lo siguiente :

Por una parte, acepté completamente el principio indiscutible de que una señorita que se respeta a sí misma no tiene

el derecho de dirigir cartas a un hombre que no es su padre, su hermano, su marido ni su novio. Que la idea de escribir semejante carta, no se me había ocurrido sentada en una silla, delante de una mesa de caoba y frente a una pared encalada, sino que se me había ocurrido en el río, bajo los árboles y el cielo, razón por la cual debería haber rechazado inmediatamente esta idea, descabelladísima, como casi todas las cosas que nos insinúa la naturaleza, que es profundamente inmoral, puesto que desdeña las más elementales conveniencias, y se burla a todas horas de los sanos principios sociales. Aceptadas tan cuerdas razones, mi buen juicio se regocijó muchísimo, y mi conciencia respiró satisfecha.

Pero, por otro lado, este espíritu andante que llevamos todos dentro del alma, se erguía tentador y me decía al oído : « ¿Cómo es posible que renuncies a tu amor? »... « ¿No ves tú que al saber que lo quieres, Gabriel que te adora, dejará todo por ti? »... « Tal vez sea el río quien tenga razón: ¡mira que es la locura madre de lo sublime! »...

Hasta que por fin, de semejante controversia, logré sacar en claro que el mal de las cosas no está en su fondo sino en su forma, y que por lo visto todo pecado es un cuerpo anguloso, velludo, y deforme, que puede resultar muy hermoso y lleno de dignidad si se le sabe revestir de un traje adecuado. Resolví, pues, cambiar las apariencias de mi proyecto que resultaba « impropio » y ridículo en su traje de carta, y determiné encerrarlo en un traje de versos, los cuales haría llegar indirectamente a manos de Gabriel. De esta manera, diciendo en sustancia lo mismo que decía la carta, mis ideas no correrían los riesgos de faltar a las conveniencias ni de caer en el ridículo.

Casualmente, la víspera en la tarde había terminado de leer las obras de Shakespeare, y tenía decidido devolvérselas a Gabriel, porque no era seguro que me las hubiese ofrecido de regalo. Como en el fondo yo creo poseer ciertas disposiciones

poéticas, me gusta hacer versos y los hago de tiempo en tiempo, aunque jamás los haya mostrado a nadie; la otra noche en mi cama, abandonada la idea de la carta, ya dispuesta a convertirla en poesía, me dije con entusiasmo de amante y de artista, que puliendo y trabajando mucho podría tal vez describir mi amor, describiendo el amor de alguna triste heroína de Shakespeare, y que solamente así, en un intencionado comentario escrito al margen de un drama, era como podía mostrar a Gabriel, la verdad entera de mi alma. Semejante proyecto fué tomando calor, hasta encender completamente mi optimismo. Encontré deliciosa la idea de devolver el libro con mi verso escondido en él. Era como si mandase a Gabriel, velado y tembloroso, el tímido regalo de mí misma. Entre mis planes estaba el poner a Mercedes en el secreto, a fin de que ella, con aquel tacto suyo tan exquisito y tan sabio, advirtiera a Gabriel de la sorpresa.

Y dando vueltas y más vueltas en la cama, después de mucho escoger, decidí ocultarme tras la imagen de una Julieta que asomada a su balcón, esperase indefinidamente la cita de un Romeo que no llega. En la oscuridad, rimando sobre las sábanas con la punta de los dedos, empecé a contar las sílabas de los cuartetos hasta que en plena fiebre de inspiración, me levanté de la cama, me envolví en mi kimono, encendí mi lámpara, y luego de mucho borrar y mucho cambiar, hacia las altas horas de la madrugada, tenía hecho este soneto:

«EL BALCÓN DE JULIETA»

¡Qué larga es ya mi espera!... En la noche sombría
De mi sed infinita, sobre el camino oteo
Por ver si antes que alumbre su luz el nuevo día
En mi balcón florece tu escala, mi Romeo.

Pero ¡nada!... no llegas, y en mi melancolía
Sangrando entre las sombras, tu sombra es lo que veo.
¿Qué Teobaldo te ha herido?... ¿Quién cortó la alegría
De tus alas abiertas, amor de mi Romeo?

Ya la Luna, la sabia, con su advertencia fría,
Me ha dicho compasiva : «¡No esperes a los muertos! »...
Pero no he de cerrar mi balcón todavía.

Te aguardaré hasta el alba, y ya el alba encendida
Buscaré tu cadáver, y entre sus labios yertos
Con mi boca en tu boca, encenderé tu vida...

Terminado el soneto, lo copié con letra visible al final del « Romeo y Julieta » y volví a acostarme.

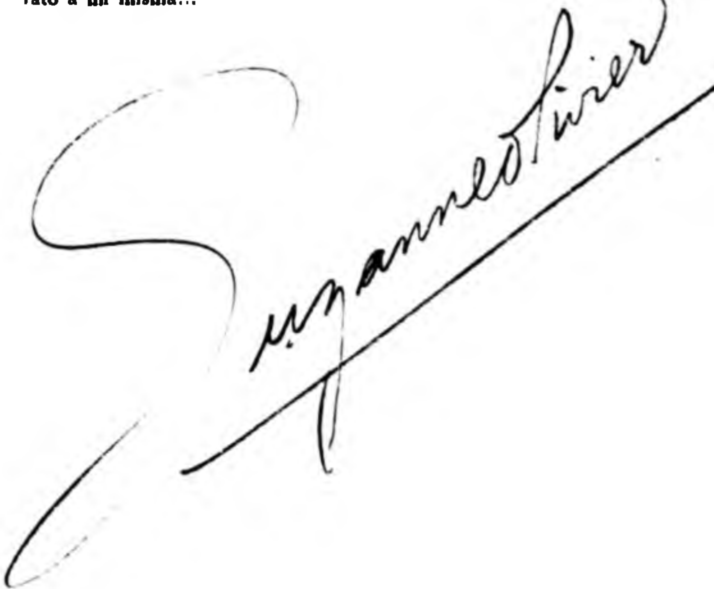
Al día siguiente, muy de mañana, hice un paquete con los libros de Shakespeare, puse encima de todos el volumen que más me interesaba y lo remití directamente a Gabriel. Luego, escribí una carta confidencial a Mercedes, donde le explicaba mi proyecto, y le insinuaba que me ayudara en él. No bien recibió la carta, Mercedes me llamó por teléfono y en la conversación me dijo :

— Gabriel no está en Caracas, *ma chérie*... ¿ Por qué le devolviste esos libros?... ¡Si te los había mandado de regalo!... Estoy cierta, certísima, porque él mismo me lo dijo... Y dime : ¿tienes mucho interés en que le hable de ese comentario tuyo?...

Yo no sé lo que contesté, ni lo que dije luego, sólo recuerdo que un rato después de haber dejado el teléfono, me sentía agobiada por una extraña pesadumbre, avergonzada de haber escrito comentario ninguno; rotas todas mis esperanzas; humillada, tristísima... Recordé que Mercedes, siempre tan insinuante, hacía dos o tres días ya, que al hablar por teléfono, evadía el nombrar a Gabriel... Aquel silencio suyo me había

irritado hasta entonces, pero ahora... ahora... en mi horrible pesimismo me parecía comprender...

Y fué tan intensa la decepción que experimenté luego de hablar a Mercedes, me sentí tan agobiada y tan sola, que caminando al azar sin saber adónde iba, llegué hasta el borde del estanque, me acosté sobre la hierba a la sombra de los sauces llorones, pensé con envidia en el silencio eterno de los cementerios y fingiéndome muerta, inmóvil bajo los sauces, con pañuelos de sombra y de sol sobre los ojos, me lloré un largo rato a mí misma...



CAPITULO VI

Un aguacero, una carta, y una tarde viajera, que cual un camino, se desliza, serpentea y se pierde en el pasado.

Hoy ha llovido, ha llovido con mucha algazara de gotas, un gran aguacero corto de verano El aguacero ha pasado ya, el campo sediento se ha bebido toda el agua, y ahora, con su inmenso perfume de tierra mojada, parece dar gracias al cielo entonando las alabanzas del Señor, en este perfume, que se levanta majestuoso hacia las nubes, trepa a todos los montes, y danza alegremente sobre todos los átomos como en uno de aquellos regocijados salmos del salterio de David.

No he podido salir hoy de paseo debido a esta lluvia que lo ha mojado todo. Estoy sola en mi cuarto. A traves de la ventana abierta, por entre los calados de la rama de acacia, miro el paisaje, contemplo el favor del cielo en el agua caída sobre el campo, siento en el olfato esta alegría inmensa de la tierra agradecida, y sin envidia ni maldad ninguna, desde mi

tristeza, desde esta sequía de mi alma donde no ha llovido aún, canto yo también la alegría del agua, como en el horno encendido cantaron su gran himno de alabanza los tres jóvenes cautivos del Cántico de Daniel :

« Aguas todas que estáis sobre los cielos, fuentes, mares y ríos, rocíos y escarchas, hielos y nieves : ¡bendecid al Señor!»

¡Ah! ¡pero el cielo implacable no derrama, no, sobre este ardor de mi espíritu, aquel rocío bienhechor que penetró hasta el horno de los tres cautivos, y este horno candente de mi duda seguirá abrasándome noche y día, sin tener compasión, ni tener tregua!..

Hoy en la mañana recibí carta de Cristina Iturbe. Aquí está todavía sobre la mesa, junto al sobre rasgado, tal y como la dejé, después de haberla leído. Es la desganada y tardía contestación a mi pobre carta-protocolo. Está escrita en un papel gris, timbrado en oro, oloroso a sándalo, surcado derechísimamente como un pentagrama por aquella letra firme y puntiaguda de Cristina. Todo ello muy elegante, muy correcto, y horriblemente doloroso en su inconsciencia y en su trivialidad.

Ahora, como en la mañana, mirando la hoja gris junto al sobre rasgado, he vuelto de nuevo a interrogarla con las mudas interrogaciones de mis ojos: « ¿Por qué no te perdiste en tu camino?... ¿Por qué no has tenido para mí la piedad de tu silencio?... » Y es que de todas la contriciones, la más perfecta y absoluta, la que más incita al propósito de la enmienda, es esta contrición, este gran arrepentimiento de haber hecho una íntima confidencia sincera que no ha sido comprendida; este pesar del corazón mendigo a quien se le responde: « ¡Hoy no; vuelve otro día! »... ¡Ah! ¡que traición a sí mismo: qué irreparable imprudencia; qué sentimiento de pudor ante la propia desnudez del alma, son estas confidencias y estos secretos que al decirse, rebotan en los oídos ami-

gos y vuelven a caer sobre nosotros, deshechos en lluvia de decepciones!...

A mi larga carta, tan íntima, tan mía, Cristina contesta apenas...

Esboza unas cuantas frases alusivas a mis conflictos y desilusiones, frases festivas del más horrible mal gusto; y por fin, en cuatro palabras termina anunciándome su matrimonio. Para ello alardea de alegría, de felicidad, de amor compartido, en un tono de advenedizo que trata de deslumbrar a todos con el aparato de su nueva dicha :

« ...No puedes imaginarte lo feliz que soy. Mi novio es guapísimo; me adora y sólo vivimos el uno para el otro. Al casarnos, sacaremos el título de condes que a él le pertenece.

Papá me dota a mí con doscientos mil duros. Nos regala además un hotelito en San Sebastián y el automóvil que queramos escoger... »

¡Ah! ¡Cristina, Cristina, yo no te contesté así, cuando en el convento, bajo el olmo del jardín, con tu cesta de la merienda al brazo me hiciste aquella triste confidencia!... ¡Y cómo la recuerdo ahora, aquí, ante mi mesa, ante el velorio de tu carta, y ante la faz mojada de esta tarde de lluvia! .

Mi gran intimidad con Cristina de Iturbe, aquella suave intimidad que está tendida hoy en el cadáver de esa carta gris; aquel cariño intenso, tierra y sol de mi infancia, tuvo por base dos cosas: primero, una gran admiración, y luego, un gran secreto compartido... Sobre el cristal de la tarde mojada, nítidamente, como en un espejo, recuerdo a Cristina, recuerdo su voz; recuerdo sus ojos azules; recuerdo su gran lazo de moaré erguido en lo alto de su cabeza y me parece revivir aquella otra tarde nebulosa y fría de invierno europeo, cuando merendando juntas, bajo el olmo del convento, con las dos cestitas de la merienda al brazo, me hizo en un instante su más íntima amiga, al hacerme su más íntima confidencia. Y es que la aureola del misterio es una santidad y es una

aristocracia ¡Cómo atrae! ¡Cómo se impone y cómo reina eternamente si la penumbra sugestiva que es su imperio no llega nunca a desvanecerse por completo!..

... ¡Sí!.. resumida en aquel misterio lejano, sobre el cristal de la tarde: ¡qué bien la siento pasar hoy toda mi infancia!

. . . .

Yo acababa de cumplir los ocho años cuando ingresé de interna en el colegio del Sagrado Corazón. Hasta entonces el estudio me había aburrido espantosamente. Durante los dos primeros años de nuestra permanencia en Europa, es decir, entre mis seis y mis ocho años, Papá cambió sin cesar mis ayas o institutrices. Las tuve inglesas y francesas, altas y bajas; bonitas y feas; viejas y jóvenes. Todas me parecían agradables y simpáticas mientras se tratara de ir a pasear por los Campos Elíseos. Todas me resultaban importunas, odiosas, y llenas de crueldad, cuando se sentaban frente a mí en la mesa de estudio y por el espacio de horas, que parecían años, decían las cosas más aburridas del mundo, mientras fijaban en mis pobres ojos tímidos las dos fulgurantes linternas de los suyos, que, a mayor abundamiento, solían estar duplicados por los brillantes cristales de unos anteojos. Aquello era horrible, obsesionante, me turbaba el sueño, me amargaba la vida, y cuando por la calle meditaba sobre el particular, veía con envidia la suerte de los adoquines, los árboles, y los postes que vivían al aire libre, viendo pasar la gente, sin tener institutriz, ni mesa de estudio.

Papá solía decir varias veces en el espacio de una misma semana, estos o parecidos conceptos :

— María Eugenia, hija mía, eres una muchachita muy ignorante; todavía no sabes leer. Mira, Paulina, la chiquita de la portera, tiene tu misma edad y ya conoce la tabla de multiplicar. Pero tú no. Tú no sabes jota. Tu ignorancia es absoluta y me avergüenza.

Pero yo no me avergonzaba de nada. Me había familiarizado tanto con aquellas apreciaciones de Papá, que cuando

decía: « Tu ignorancia me avergüenza » para mis oídos, mi inteligencia, y mi amor propio, era exactamente lo mismo que si hubiese dicho: « Los francos han bajado »: « Mistinguett tiene en efecto una maravilla de piernas » o « El desarme universal es una utopía ». Todas estas frases pertenecientes a su repertorio, me parecían igualmente despreciables y huecas de sentido. ¡ « Ignorancia »!... ¿Qué importaba ser ignorante, mientras tuviese boca para comer dulces, pies para ir de paseo, y sobre todo, ojos para mirar el Guiñol de los Campos Elíseos, el elefante del jardín de aclimatación y las vidrieras de las tiendas?.

Mis institutrices al hablar con Papá solían hacer de mi este juicio crítico:

— *Monsieur, elle n'est pas bête, mais il n'y a pas moyen de la faire étudier.*

Otras por el contrario, me desahuciaban enteramente al anunciarle en forma discreta y compasiva, entre un « ¡*Helas!* » y un suspiro, mi falta absoluta de inteligencia.

Pero ambos pareceres me dejaban igualmente indiferente, porque tanto la palabra « ignorancia » como la palabra « inteligencia » encerraban en mi opinión conceptos vagos, aburridos e inútiles a los cuales no les concedí jamás la menor importancia.

Pero no en balde se ha dicho que los días se suceden sin parecerse. Y así fué cómo, en apoyo de este aforismo, y cuando menos lo esperaba, un pequeño incidente, completamente trivial en apariencia, bastó y sobró para torcer el rumbo de mi opinión y el curso monótono de mis días, al colocarme de golpe, brusca e inesperadamente en plena existencia nueva.

Ocurrió así:

Era un calurosísimo mediodía de verano. Yo me hallaba sentada ante la mesa de estudio dando clase con Miss Pitkin mi última institutriz de la serie. Miss Pitkin era inglesa y naturalmente usaba lentes. Como de costumbre, en aquella hora de la clase, se hallaba instalada frente a mí y por consiguiente

frente al balcón, que a mi espalda se abría de par en par sobre la copa verde y frondosísima de uno de los árboles de la avenida, copa cuyas hojas, agitadas por la brisa solían estremecerse ligeramente, o balancearse majestuosas, según las circunstancias, allí mismo tras la calada baranda de nuestro balcón. Pero desgraciadamente, aquel día el árbol estaba inmóvil porque la calma era absoluta v Miss Pitkin que, como yo, tenía muchísimo calor, se hallaba impaciente y engolfada en un discurso que siendo horriblemente complicado, era a la vez, horriblemente monótono Se trataba de explicar el órden jerárquico e inalterable mediante el cual deben escribirse en ringlera vertical varias cantidades antes de trazar una raya horizontal, y reunir por fin bajo la raya, las diversas cantidades en una sola realizando de este modo, la sintética e ingeniosa operación llamada suma. Pero según parece, el calor no es un ambiente muy adecuado para el florecimiento de la ciencia: v Miss Pitkin, roja, sudorosa, dilatando muchísimo detrás de los lentes sus pupilas verdes y miopes, se veía obligada a repetir sin cesar:

— Las centenas se escriben en la columna de las centenas; la decenas en la columna de las decenas; las unidades en la columna de las unidades; y luego viene la coma caso de que fueran a sumarse decimales... Así pues, si yo tengo una manzana, y luego me dan diez, y luego me dan cien...

— ¡Ah! ¡cien manzanas! — Me di a pensar al punto, inmóvil frente a Miss Pitkin, con mis dos manecitas sudorosas abiertas sobre la falda. ¡Qué delicia tan grande comerse cien manzanas, unas tras otra en medio del gran bochorno, y al momento, sí, allí mismo, sobre aquella horrible mesa, eternamente aburrida y desierta, donde ni siquiera se podía apoyar los codos!.. ¡Ah! las manzanas! ¡las manzanas! ¡qué buenas! ¡Sobre todo si en lugar de ser de las encarnadas eran de esas otras que siendo verdes, son jugosas, grandes y algo ácidas!...

Y mientras así pensaba, fijaba muchísimo mis ojos ne los

ojos claros de Miss Pitkin, a fin de demostrarle mi profundo interés por la aritmética. Pero sucedió que en un momento dado, cuando más engolfadas nos hallábamos las dos en el tema imaginario de las manzanas, yo descubrí de pronto que allá, en el luminoso cristal izquierdo de los lentes de Miss Pitkin se retrataba diminuta, redonda, verde, y completamente inmóvil en su nimbo de luz, aquella copa de árbol que a mi espalda tras el abierto balcón acostumbraba mecerse cadenciosamente agitada por la brisa de la calle. Y ¡caminos misteriosos del destino!... la visión física del árbol, retratada en el cristal izquierdo de las lentes de Miss Pitkin, unida a la visión mental de las manzanas sugeridas en mi imaginación, bastó para desviar por completo el curso monótono de mis días, reformar mi opinión, modificar mis gustos, y cambiar en general todo el código de mis principios personales. Situada como estaba ante Miss Pitkin y ante la imagen risueña del árbol y las frutas, sentí crecer bruscamente en mi alma, un deseo vehementísimo de frescura, indolencia y libertad campesinas, pero disfrutadas en plena independencia, lejos, lejísimos, adonde no llegase ni por asomos ninguna voz que dijese : Las centenas en la columna de las centenas... Y al punto mi pensamiento, como un pobre pajarito preso, comenzó a agitarse poco a poco en alas de sus deseos : revoloteó primero tímidamente ; revoloteó luego con más brío, y por fin, emprendiendo un vuelo decidido hacia el pasado se perdió suavemente entre un boscaje de recuerdos vagos, imprecisos, llenos de virgiliana y bucólica dulzura... con mi vista siempre fija en el árbol que se reflejaba en el cristal izquierdo recordé dulcemente con algo de fruición y con mucho de melancolía aquellos días lejanos pasados en San Nicolás, la hacienda de Venezuela, cuando sentada yo sobre la hierba, bajo los guayabos colgados de frutas, con mis manos libres, independientes, y completamente mías, jugaba con tierra durante horas y horas acompañada por mi amiga María del Carmen, la hijita negra de la cocinera. ¡Ah! ¡qué feliz era yo entonces

y qué feliz debía ser aún María del Carmen!... Sí; ella seguiría probablemente sentada sobre la hierba, con las diez uñas de sus manos rebosantes de tierra, con las piernas cruzadas a la turca, y los pies frescos y alegres, metidos dentro de las alpargatas oscuras, en cuyos extremos continuarían asomándose siempre, como un par de sorpresas aquellas dos yemas blancas de sus dedos pulgares!... Realmente, que después de todo, no merecía la pena el haber nacido blanca; con tirabuzones rubios; con labios rosados; con un Papá rico; haberse embarcado una mañana en la Guayra, y haber navegado sin cesar durante más de quince días para llegar por fin a aquel resultado desastroso: un frío terrible o un calor asfixiante; la mesa de estudio, Miss Pitkin, y la aritmética... ¡Ah! ¿qué necesidad teníamos de haber salido nunca de la hacienda de Venezuela?... ¡Y qué feliz! sí; ¡qué inmensamente feliz sería aún María del Carmen!... Y por un instante me di a evocar aquella cabeza amiga que pasaba la semana entera toda tejida y cruzada por un jeroglífico intrincadísimo de trenzas menuditas, las cuales se enlazaban atadas entre sí; y las cuales al llegar los domingos después del baño y del vestido limpio se resolvían generalmente como la suma de Miss Pitkin en una sola cantidad de pelo que era esponjadísimo y muy corto... Sí; al sentarse María del Carmen sobre la hierba los domingos en la mañana, desaparecidas ya las mil trencitas menudas, su cabeza vista desde lejos, adquiría un aspecto sumamente pintoresco. Era como un hongo enorme que hubiese florecido de pronto entre la hierba, al pie de los guayabos... ¿por qué... ¡ah! por qué, se esponjaría de aquel modo el pelo de María del Carmen cuando después del baño se lo peinaban suelto, los domingos, bajo su cinta colorada?...

Pero al llegar a este punto de mis amables divagaciones, ocurrió, que frente a mí, del lado allá de la mesa, la voz de Mis Pitkin había tomado ya esa inflexión agresiva y desagradabilísima que adquiere generalmente la voz de un pro-

fesor cuando decide rematar con una breve pregunta una larga demostración. Y precisamente, mientras yo me interrogaba mentalmente : « ¿ Por qué se esponjaría de aquel modo el pelo de María del Carmen? » la voz de Miss Pitkin interrogaba imperativa e inoportuna :

— Veamos pues: ¿ si me dan una manzana; y luego me dan diez; y luego me dan cien; y luego me dan mil; en qué forma debo escribir estas cantidades antes de sumarlas juntas?...

Y para facilitar mi respuesta me tendió un lápiz; me tendió también el cuaderno de aritmética con un trozo de papel de borrador tendido en el centro, me clavó luego a través de los lentes sus ojos apremiantes y terribles como dos puñales y aguardó...

Yo me quedé callada durante unos segundos, pero luego dando muestras evidentes de tener mucho espíritu de observación, mucho método investigador, lógica, genio experimental, originalidad, y una gran independencia de criterio, dije sin tocar el cuaderno ni el lápiz que ella me tendía :

— Creo que el pelo de los negros se esponja, porque, de tanto estar al sol, el sol lo restuesta y lo encoge. Algunas veces yo he quemado en la vela de San Patricio una hebra de mi cabello y lo he visto retorcerse y quedar encogido lo mismo que un resorte. Estoy casi segura de una cosa : y es que si yo saliera a pasear siempre sin sombrero ¡también acabaría por tener el cabello esponjado!

Pero Miss Pitkin, que, como la gran mayoría de las personas, tenía la mala costumbre de juzgar la vida absolutamente encastillada dentro de su punto de vista, no pudo apreciar mis facultades investigadoras, y en lugar de elogiarlas las despreció injustamente. Consideró mi teoría del pelo lanudo, con relación a sus manzanas, y naturalmente la encontró tan incoherente, tan absurda y tan irritante, que optó por no comentarla siquiera. Entregando todo su desdén a la elocuencia de la mímica, cerró con gran ímpetu el cuaderno de aritmética, puso con muchísima

fuerza el lápiz sobre la mesa, exhaló por sus labios delgados bajo el vello sudoroso un sonoro resoplido, dijo con entonación inglesa :

— ¡¡Oooooooh ! !...

Y muy agitada, sin pronunciar una palabra más, se quitó los lentes, tomó su pañuelo de batista blanco orlado de azul claro, lo pasó dos o tres veces sobre cada uno de sus párpados cerrados, se enjugó después el sudor de la frente, del bozo, del cuello, de la barba, y por fin, nerviosa y alternativamente con el mismo pañuelo se puso a frotar ya el uno ya el otro de los vidrios gemelos de sus lentes.

Frente a ella, contemplando la actividad de sus dedos sobre el pañuelo y los vidrios, yo me quedé perpleja durante un rato. No estaba aún suficientemente familiarizada con la psicología sajona de Miss Pitkin, y no sabía a punto fijo cómo interpretar el sentido moral de su mímica. Aquel « ¡¡Oooooooh ! !» precedido del resoplido, lo mismo podía ser una protesta al calor asfixiante de la hora, como un estallido de indignación producido por mi descuido en no coger el lápiz y el cuaderno que ella me tendía; o quizás, más probablemente, podía ser también un nuevo sistema de reprobar aquella desobediencia de haber jugado con fuego, quemando hebras de mi cabello en la vela que ella solía encender los domingos a San Patricio, el santo de su devoción.

No obstante, como tan equívoca situación se prolongase indefinidamente, yo pensé complacidísima que sin duda ninguna era llegada la hora de finalizar la clase, y como por otro lado, frente a mí, desnudos de lentes, los ojos vagos, mustios, verdes, y miopes de Miss Pitkin, resultasen para los míos un espectáculo más bien triste y monótono, volví enteramente la espalda, y me di a contemplar, tras la calada baranda del balcón, el árbol familiar y risueño, cuyas hojas, estremecidas de brisa, se meneaban por fin a impulsos de un racha pasajera, que desgraciadamente, era casi, casi, imperceptible...

Y aquella fué mi última clase con Miss Pitkin, porque al llegar la noche, y llegar la hora de la comida, ella me hizo comparecer en presencia de Papá, y luego de declarar solemnemente mi incorregible desaplicación y mi vergonzosa pereza, declaró su falta de paciencia o aptitud para corregirlas, y añadió que habiendo terminado ya el primer plazo de su contrato y habiendo sido llamada a Inglaterra por enfermedad de su madre, decidía abandonar definitivamente su puesto de institutriz en la casa.

Cuando Miss Pitkin hubo terminado de ventilar con Papá sus cuentas y razones, salió ceremoniosamente de la habitación en que nos hallábamos los tres. Yo me quedé en un rincón, arrimada a una mesa, cohibida, tímida, asustadísima, esperando las amonestaciones y reprimendas que iban sin duda a serme administradas. Pero Papá, que no acostumbraba a reprenderme nunca por nada ni por nadie, acostumbraba, en cambio, expresar en voz alta, delante de mí, todas sus impresiones personales sin importarle nada el que yo las comprendiese, aprobase o compartiese. Así fué, que al salir Miss Pitkin y perderse en los confines del corredor el opaco martilleo de sus tacones chatos, por todo comentario Papá dijo, con los ojos clavados en un prisma de la lámpara, mientras una vaga sonrisa misteriosa parecía flotar por sobre sus facciones :

— Siempre me figuré que Miss Pitkin tenía un amante, pero ahora no sé por qué, ya no me cabe duda ¡juraría que se va con él a Inglaterra!

Yo no conocía a punto fijo el significado de la palabra « amante » pero como por razones de analogía fonética, me recordase muchísimo la palabra « diamante » sin preguntar nada, ni atormentar más mi pobre cabeza en resolver problemas, metiendo ahora mis sonrosados deditos entre los calados y molduras de la mesa, me figuré inmediatamente a Miss Pitkin vestida de viaje, con su maleta en la mano derecha, y con una riquísima joya prendida en el pecho, cuyas luces multicolores,

al sumarse a las luces de sus lentes, envolvían todo su busto en un glorioso nimbo de reflejos. Y satisfecha, al contemplarla así, vuelta un ascua de luz, camino de Inglaterra, saludé su partida con una sonrisa de tranquilidad y alegria...

Pero a fin de cuentas, yo creo que Papá debía cojear también del mismo pie que cojeaba Miss Pitkin, y que a pesar de su buena voluntad y de su abnegación paternal, mi presencia mi cuidado, mi educación y mis institutrices eran cosas que al preocuparle de continuo le embargaban su libertad y le estorbaban muchísimo su vida. Ausente Miss Pitkin, Papá no buscó ninguna otra institutriz, sino que una mañana después del desayuno, me llamó y me dijo muy cariñosamente

— Me das lástima, mi hija, yo no quería separarme de ti, pero tu ignorancia es absoluta y me avergüenza. Me parece indispensable ponerte en un colegio. Está visto, que en manos de las institutrices, no aprendes nada. He hablado ya, con la Superiora del Sagrado Corazón y el primero de mes entras al internado.

En el fondo no me disgustó nada aquella noticia. Por una parte, me sonreía mucho la idea de ingresar en una nueva vida: los recreos del colegio debían ser muy divertidos. Había oído referir a otras niñas, que en ellos solían hacer partidas interesantísimas de unos juegos llamados « *La balle oiseau* » y « *La balle empoisonnée* », nombres sugestivos que permanecieron impresos en mi memoria. Además, me halagaba muchísimo el pensar que para beber agua o vino en las comidas, iba a tener un vaso de plata, hecho exprofeso para mi uso personal con mis tres iniciales grabadas en el centro, bajo mi número reglamentario de colegiala, el cual, probablemente, lo mismo que el nombre constaría también de tres cifras.

Y en efecto, conocí los encantos de la « *Balle oiseau* » y « *La balle empoisonnée* » y tuve mi vaso de plata con mis tres iniciables grabadas bajo mi número reglamentario de colegiala,

porque tal cual lo había anunciado Papá, el día primero del siguiente mes, ingresé como pensionista en el Internado de las Damas del Sagrado Corazón.

Desde mi llegada al colegio, absorbió toda mi atención y distrajo completamente mi tristeza, la niña de ojos azules y pelo negro, que en mi clase estaba sentada hacia la derecha de la maestra, lo cual indicaba que en la semana anterior había sido primera en el concurso o composición. La banda y la cruz de clase, le ocupaban el pecho, y se destacaban solemnemente sobre los tres pliegues de su uniforme azul marino, que estaba limpio y flamante como el que yo acababa de estrenar aquel día. Del cuello y de los puños del oscuro uniforme, surgía su rostro, y surgían sus manos, tan blancos, tan iguales, y tan pálidos los tres, que tanto las manos como el rostro, parecían despedir la frialdad del mármol, y tenían la suave inexpresión de las cosas muy blancas. No bien se dió principio a la clase, cuando en el propio instante en que puesta de pie, comenzó a dar su lección, aquella blancura suave e inexpresiva se cubrió ante mis ojos del más radiante de los prestigios. Sin saber cómo, ni por qué, fué del seno de su frialdad de donde vi surgir por vez primera el chispazo deslumbrador de la ciencia, de la misma ciencia que hasta entonces, bajo la voz de las institutrices, sólo había logrado envolver mi espíritu entre las nieblas profundas del hastío. ¿Cómo pudo realizarse de golpe tan gran milagro? No lo sé, pero es el caso que permanecí asombrada y cohibida no bien comprobé el saber de aquella blanca azucena, que siendo de mi misma edad y de mi mismo tamaño, era a la vez correcta, silenciosa y elocuente. Pero lo que verdaderamente me llenaba de asombro, era mirar tanta corrección unida a tanta sabiduría. Cuando se trataba de hacer una demostración complicadísima de algún problema de resta con decimales, o sobre el orden cronológico de los reyes de Israel, la maestra se volvía hacia su derecha y decía invariablemente :

— Señorita de Iturbe, vaya usted al pizarrón.

O con menos ceremonia y con mayor brevedad:

— Al pizarrón, Cristina.

Y la niñita de nieve se levantaba sin hacer ruido. Nunca tropezaba con su taburete, ni con su pupitre, ni con la mesa de la maestra ; jamás se le caía ni la regla, ni la caja de lápices, y sus libros tan sabios y tan silenciosos como ella, permanecían por orden riguroso de tamaño, asomando entre los forros azul marino, la blancura de sus cantos, tal cual si tratasen de imitar en todo aquella personalidad superior y discretísima de su dueña. Yo, en plena observación, muda e inmóvil sobre la altura de mi asiento, con los dos pies cruzados en el aire, no sabía qué admirar más : si el orden o si la sabiduría: mis ojos deslumbrados, iban de los libros a la pizarra, y de la pizarra a los libros. Generalmente, era la pizarra quien conseguía absorber al fin toda mi admiración. Y es que la blanca mano había tomado ya la tiza, y se había puesto a escribir en líneas derechísimas, con letras o números firmes y puntiagudos, mil cosas profundas, incomprensibles y llenas de misterio, entre las cuales se asomaba de tiempo en tiempo, como la luz de un relámpago, el recuerdo de las aburridas explicaciones de Miss Pitkin. Aún me parece ver la escena... ¡ Oh ! ¡ el prestigio de aquella blanca mano de unas al rape ! ¡Cómo corría montada a caballo sobre la barra de tiza, que en su blancura se amalgamaba y confundía, hecha una misma cosa con la mano, y cómo entre las dos creaban de la nada, sobre la noche profunda del pizarrón, profusiones de enigmas en los cuales se escondía la atracción misteriosa de la Ciencia !...

Y ¡cosa rara! aquellos enigmas sin sentido, tenían, sin embargo, un gran sentido. Porque mientras la blanca mano corría sobre la negra pizarra, en mi mente aparecían las cuatro palabras de Papá: « Tu ignorancia me avergüenza » iluminadas de expresión, brillantes de significado. Era como un anun-

cio luminoso, que se hubiese encendido en medio de la oscuridad. El mutismo de la mano, trazando enigmas sobre la negrura del pizarrón, resultaba pues mil veces más elocuente que toda la elocuencia de Papá, que jamás había logrado encender luz, dentro de las palabras « vergüenza » e « ignorancia ». No sé cómo ocurrió tan gran fenómeno, pero es el caso, repito, que el dia mismo de mi entrada al colegio, la frase negativa de Papá que yo había juzgado hueca, banal y despreciable: « Tu ignorancia me avergüenza », se llenó de sentido, y brilló deslumbradora junto a esta frase correspondiente afirmativa que yo dediqué en silencio a la niña de nieve: « Tu sabiduría me asombra ».

Y a tal punto brillaron en mi conciencia aquellos dos conceptos, que en adelante, Cristina, la niñita de nieve, me pareció la encarnación misma de la sabiduría, la admiré con toda mi alma, y admiré sobre todo sus dos ojos azules, en los cuales veía yo la representación gráfica de la ciencia y los pozos donde yacían las soluciones de todos los problemas. Y como esto coincidió con que la maestra de clase tenía los ojos azules, y azules los tenía también el gran Sagrado Corazón que había en la sala de estudio, yo llegué a sentir un verdadero culto por los ojos claros, creí en su preponderancia, vivía bajo su influencia, y me afligía profundamente el pensar que los míos serían para siempre irremisiblemente negros. En los ocho primeros días de mi entrada al colegio, hubiera dado mucho dinero y muchos años de vida a trueque del privilegio de los ojos claros. Felizmente, sobre este particular no me fué posible hacer transacciones que, sin duda ninguna, habrían resultado desastrosas para mi porvenir.

En vista pues de que no era posible imitar los ojos de la niñita de nieve, mi admiración se dedicó a imitarla en todo lo demás. Al día siguiente de conocerla, mis manos amanecieron con las uñas sacrificadas al rape; el cabello lo peiné tirantísimo: cambié la cinta de raso negro que lo sostenía por otra de moa-

ré igual a la que ella ataba a modo de gran mariposa en la cúspide de su cabeza; al llegar a clase yo también puse los libros sobre el pupitre por orden de tamaño, y como solía hacer ella, mientras di mi lección que consistió en decir de memoria el cuatro y el cinco de la tabla de sumar, tuve constantemente las manos enlazadas y sostenidas por los dos pulgares, en la hebilla de mi cinturón de cuero.

Y así, imitando los detalles acabé por imitar el conjunto, y andando por el camino de la forma, llegué al objetivo del fondo. A los pocos meses de estar en el colegio ya se habían aclarado para mí todos los enigmas y se habían desvanecido todos los misterios. Yo también comencé a sentarme a la derecha de la maestra, también tenía a veces cruzado el pecho por la banda y la cruz de clase; y también iba a la pizarra a hacer las más difíciles demostraciones ante la clase entera. Como a Cristina, todo el mundo comenzó a consultarme los casos difíciles, y al poner los pies en la clase, compartía su prestigio y superioridad. Pero así como yo nunca la envidié, ella jamás me tomó en cuenta la participación que yo me había arrogado en sus privilegios y prerrogativas. Nunca tuvimos la menor rivalidad, y de aquel éxito común, nos hicimos las dos una común aureola, dentro de la cual vivíamos en perfecta concordia.

Según creo, esta gran armonía estaba basada no tanto en un sentimiento de mutua generosidad como en aquella influencia poderosa que, desde el primer momento, Cristina ejerció sobre mí. Yo continuaba imitándola en todo, la consultaba siempre, seguía sus consejos, y creía firmemente en sus opiniones. Era un especie de admiración fanática, un cariño de neófito hacia el apóstol y de iniciado hacia el iniciador. Quizás de no haberla encontrado en mi clase, yo hubiera continuado tan ignorante como lo había sido hasta entonces bajo la dirección de las institutrices; el colegio habría resultado para mí una cárcel, un antro de desesperación, donde hubiera continuado envidiando la suerte de los adoquines, los árboles y los postes. Pero la

influencia de Cristina, me había redimido de la ignorancia, y yo le rendía culto como si ella fuera la luz misma de la inteligencia.

Además, Cristina me atraía, porque era misteriosa, solitaria, y original.

Hija única de padre español, era huérfana de una madre inglesa a quien no recordaba. Las vacaciones largas las pasaba siempre, o con su Papá que vivía en Madrid, o con unos tíos que solían veranear en San Sebastián. Pero, cuando volvía al colegio después de las vacaciones, evadía siempre el hablar de su familia, y nada contaba de sus diversiones de verano. Nunca venía nadie a verla durante los meses del curso, y al fin de ellos, cuando todo el mundo se había marchado ya, la pobre Cristina, rodeada de premios, se quedaba sola una o dos semanas más, esperando en el colegio desierto que llegasen de España a buscarla.

Y siendo muy bonita, pulcra, cuidadosa, y ordenadísima, no era presumida. Tenía un desden monástico por las *toilettes*, las fiestas sociales y las diversiones mundanas; en cambio poseía una pasion dominante : el teatro. Con frecuencia me hacia esta confidencia.

— Mira, al llegar a grande, me quedaba aquí de monja, si no fuera porque ellas... ¿sabes?... como no salen nunca ¡no pueden ir al teatro!

Y Cristina, que me había comunicado su amor al estudio, me comunicó también su soberano desprecio por las pompas y vanidades mundanas. Yo la seguí en este camino como la había seguido en todos los demás, pero a decir verdad la seguí sin convicción, porque mientras dejaba sin polvo mis mejillas, vestía mi cuerpo con trajes lisos, y ponía sobre mi cabello tirante la inmensa mariposa de moaré, en el fondo de mi alma, llevaba siempre conmigo la nostalgia de las vanidades mundanas. Todo aquel aplomo y aquel gran prestigio que teníamos en clase las dos lo perdíamos inmediatamente al salir de

ella, y si durante las vacaciones en alguna playa o balneario nos tropezábamos con gente de sociedad elegante y bien vestida, éramos de un encogimiento y de una timidez inverosímiles. Al iniciarse cualquier conversación no sabíamos qué hacer de nuestras personas: ¡nos sobraban las manos, nos sobraban los pies, nos sobraban los ojos, nos sobraba todo!...

Desde entonces he meditado mucho sobre aquel sentimiento molesto e invencible, y segun creo ahora, tan absurda timidez era un especie de pudor espiritual. Tanto Cristina como yo, al presentarnos en público desnudas de vanidad, vivíamos sonrojadas, porque digan lo que quieran teólogos y moralistas, esos divinos trajes que pone la vanidad, si es cierto que desvisten con frecuencia el cuerpo, visten en cambio muchísimo el pobre amor propio, que es tan púdico y tan digno de llevarlo siempre bien abrigado y bien vestido.

Yo no sé cómo analizaría Papá aquella timidez mía, pero es lo cierto que a veces, con gran desaliento, se me quedaba mirando y decía:

— Por fin aprendiste con las monjas, pero cualquiera diría que te enseñan a palos. ¡Qué aire de pollo mojado tienes, hija mía!

Para entonces, hacía ya mucho tiempo que Cristina me había iniciado en su gran misterio.

Tan íntima confidencia tuvo lugar a los diez o doce meses de mi entrada al colegio. Recuerdo que fué una tarde de invierno durante el recreo de la merienda, mientras conversábamos juntas como de costumbre bajo el olmo del jardín. Era en este recreo de la merienda donde únicamente se toleraba la conversación, que estaba absolutamente prohibida en cualquier otro momento. Pero sucedía que mientras se merendaba, las manos estaban ocupadas por la cestita que contenía el pan y las frutas, con ella no se podía correr, no se podía jugar, y claro, no habiendo otro remedio había que permitirlo : se hablaba. Por esta razón era el recreo de la merienda el más

divertido e interesante de todos. Cristina y yo, que teníamos siempre planes de vacaciones, o asuntos de clase que ventilar juntas, solíamos apartarnos un poco del grupo general, y bajo un olmo que se alzaba hacia el extremo del jardín, contra la prohibición absoluta del reglamento, los ventilábamos siempre en castellano. Y era entonces un rato de dulce intimidad, porque siendo como éramos las dos, de origen español, hijas únicas, y huérfanas de madre, al merendar así conversando en castellano, a solas y a escondidas, parecía que por un instante, bajo el cariño del olmo, uniésemos nuestra orfandad en la fraternidad del idioma.

Fué pues una tarde muy fría, hablando español bajo el olmo, con las dos cestitas de la merienda al brazo, cuando Cristina me abrió su alma silenciosa que hasta entonces había vivido envuelta por el doble cendal de la tristeza y del misterio. No sé cómo empezó la conversación ni cómo se inició la confidencia, pero es el caso que entre bocado de pan y bocado de manzana, en un pausado arrojar de migas a las palomas, que a la hora de la merienda se venían todas del palomar, a recoger el pan a nuestros mismos pies, Cristina, con su hablar pintoresco de niñita sabia, me refirió sus penas y su historia, en el siguiente relato que duró más o menos lo que el recreo de la merienda, que era de tres cuartos de hora.

Empezó por confesarme que su vida fuera del colegio era un martirio secreto que nadie sospechaba. Había vivido siempre y ahora solía pasar las vacaciones en la casa de un tío, hermano mayor de su Papá, el cual estaba casado y tenía dos niñas muy simpáticas y muy bonitas que eran más o menos de su edad. Durante el invierno vivían en Madrid, y los veranos acostumbraban pasarlos en San Sebastián. Todos en la familia la querían mucho, y eran muy buenos y muy cariñosos con ella, pero como en el fondo aquella no era su casa, ni las dos niñas eran sus hermanas, sucedían muchas cosas extrañas que la preocupaban y la ponían triste sin que esto nadie lo supiese

ni lo sospechase siquiera... Y es que nunca, jamás, había hablado de semejante cosa, ni con su Papá, ni con las Madres del colegio, ni con nadie en el mundo; no, era a mí sola a quien iba a contar aquello por primera vez...

Y enunciado este prólogo, Cristina, asaltada sin duda por su ingénita reserva inglesa, se detuvo un instante como arrepentida, pero luego, me miró en los ojos, y animándose al comprobar mi gran interés, volcó todas las migas de su cestita sobre las palomas y entró en materia:

— Cuando yo era muy pequeña y vivíamos en Madrid, mis dos primas salían con la institutriz inglesa, y a mí casi siempre me sacaba a pasear sola una doncella. Nunca me llevaban de visita a ninguna parte, ni me invitaban tampoco a las fiestas de niños donde iban mis primas. Pero como aquello había pasado siempre desde que éramos las tres muy pequeñitas, yo... ¡es claro! estaba acostumbrada así, porque no había visto otra cosa... ¿comprendes?... y aunque me extrañara y me doliera un poco, me explicaba el caso pensando: « Como ellas son dos hermanas salen juntas... yo, como soy una sola, pues... ¡salgo sola! » Pero un día... ¡ay!... un día pasó una cosa que no se me olvidará nunca... ¿lo creerás tú, María Eugenia?... mira, hace ya como dos años que pasó, y lo recuerdo tan clarito y tan a lo vivo, como si estuviera pasando aquí mismo, aquí mismo, en este propio momento...

Y al decir, « aquí mismo », Cristina, con su cestita en la mano, esbozó un círculo de intimidad, que pareció abarcar toda la sombra del olmo. Luego fueron grandes recomendaciones, y solemnes promesas de guardar eternamente el más profundo secreto. Tomada esta precaución continuó:

— Era una tarde de Navidad. Mis dos primas se habían marchado con la institutriz, a un árbol de Nochebuena donde estaban invitadas. Yo no quise ir de paseo con la doncella, y preferí quedarme en casa vistiendo unas muñecas que me habían regalado en aquellos días... ¡ah! porque eso sí, muñecas, y

vestidos, y dulces no me faltaban nunca... ¿Ves tú cómo ahora tengo cuanto quiero? Pues entonces era igual, me daban todo cuanto les daban a mis primas, y a veces a mí me daban hasta más, y mejor, porque mi tía que era muy buena, decía siempre, que no teniendo yo mamá como tenían las otras dos niñas, era justo que en cambio de eso se me diera a mí siempre todo lo mejor... Bueno... aquella tarde de Navidad estaba pues muy embebida vistiendo mis muñecas, mientras mi tía y mi tío hablaban desde hacía rato en la habitación de al lado. De pronto oí que me nombraban, y fijando mucho, mucho, mi atención comprendí que era de mí de quien trataban mis dos tíos. Como la habitación de al lado estaba cerrada y como las alfombras y cortinas apagaban la voz, por mucho que me acerqué a la puerta, no pude oír sino algunos retazos y frases sueltas... ¡ah!... pero ese poco que oí, lo oí tan bien, y tan claro, que no se me olvidará ya nunca ¡no!... A mi tía la escuché que decía...

Y al llegar aquí, alterando el timbre de su voz, Cristina musitó poco a poco como si tratase de imitar algún eco doloroso y lejano:

« ¡Ya no es posible seguir en esto!... ¡Son unos conflictos
« horribles! Yo no tengo corazón para dejarla así como una
« pobre cenicienta... ¡Cuando era más chiquita, era otra cosa,
« ahora no, ahora ya se da cuenta!... »

Luego, María Eugenia, fué mi tío quien habló un buen rato, pero como la voz de hombre se pierde mucho, de todo cuanto dijo mi tío sólo pude coger al vuelo esto...

Y tomando de nuevo aquel timbre de eco lejano, impregnado de misterio y de melancolía, Cristina volvió a repetir las frases oídas junto a la puerta cerrada.

« ¡Claro!... ¿qué quieres?... Si después de todo tienen
« razón: ¡es una hija natural!... ¡No podemos imponerla
« donde no quieren recibirla!... tampoco se puede sacrificar a

« las otras dos pequeñas... Hablaré con mi hermano... son
« cosas delicadas que hay que arreglar a tiempo... »

Y después, María Eugenia, fué mi tía quien volvió a hablar, y hablaba mal, pero muy mal de alguien. Bueno... primero no la oía bien, luego a medida que se exaltaba ¿sabes?... iba subiendo la voz, hasta que la oí decir muy claramente:

« ¡Es una desgracia que no puede componerse!... ¡Ella no tiene vergüenza, ni tiene corazón, ni tiene nada!... »

Yo, al oirla, creí que era de mí de quien hablaba con tantísima rabia, y acercando más el oído a la juntura de la puerta no paraba de pensar: « ¿Y qué he hecho yo de mal Dios mío?.. ¿Por qué dirá que no tengo vergüenza ni corazón? »... Pero dió la casualidad, que cuando más atenta seguía, tratando de averiguar aquello, el criado vino a avisar que habían llegado visitas. Los tíos salieron entonces de la habitación, en donde estaban, por la puerta que quedaba del lado opuesto a la mía, y se marcharon al salón. Pero yo no, yo no me marché, ni me moví, me quedé allí mismo, sentada en el suelo, junto a la puerta, con mi muñeca a medio vestir sobre la falda, sin mirarla ya siquiera, y pensando.. pensando... Por fin, luego de pensar mucho, me fuí a esconder detrás de las cortinas del balcón donde nadie pudiera verme, caso de que pasaran por el cuarto, y allí escondida, secándome las lágrimas con el forro mismo de la cortina, comencé a llorar, y aunque yo no lloro nunca, aquel día estuve llorando y llorando toda la tarde... ¿No ves tú, María Eugenia, que ya sabía la verdad?... Sabía que yo era un conflicto horrible para los tíos; sabía que el no ir a fiestas y visitas con mis primas, era porque no querían recibirme, y sabía también eso que había dicho mi tío de que yo era « hija natural »... Pero de todo, todo, lo que más me dolía era que hubiesen dicho que yo no tenía vergüenza ni corazón... y sobre todo, que lo hubiera dicho mi tía que era siempre tan buena con-

migo... Y cuando más desesperada estaba pensando en eso, de pronto paraba de llorar, porque me parecía que no era de mí de quien había hablado tan mal mi tía... Ahora estoy casi segura de que no era de mí, pero... ¿ves tú, María Eugenia?... de eso me ha quedado siempre una duda, porque si no era de mí, de quien hablaba tan mal... ¿de quién podía ser entonces?...

Yo, intrigadísima, tomando por primera vez parte activa en la conversación, sin saber qué responder, contesté a su pregunta repitiéndola :

— Es cierto... ¿de quién podía ser entonces?...

— Bueno... — prosiguió Cristina — ¿y sabes por fin cómo se arregló todo? Pues a la mañana siguiente, escondida, sin que lo viera la institutriz, en lugar de estudiar la lección, le escribí una carta a mi Papá. Entonces yo escribía muy mal, muy torcido, con muchos borrones, y muchas faltas de ortografía ¡una risa! Pegaba media palabra con otra, y las mayúsculas las ponía... ¡de tiempo en tiempo!... Pero así y todo, con palabras empatadas, lo mejor que pude, le escribí a mi Papá, para decirle yo misma antes de que fuera a decirlo mi tío, que quería marcharme a un colegio del extranjero, porque ya no me gustaba Madrid, ni la inglesa que me enseñaba, ni la casa de los tíos. Que todos eran muy buenos, pero que ya estaba aburrida de tanto verlos, y que como él había dicho varias veces, que cuando fuera mayor iría a un colegio pues... ¡prefería marcharme de una vez! A poco de escrita la carta, mi Papá que estaba fuera, vino a Madrid, habló con mi tíos, me arreglaron mi ajuar de colegiala, nos vinimos a París, y desde entonces estoy en el Sagrado Corazón. Bueno : aquí estoy contenta ¿ves tú?... Pero fuera, durante las vacaciones, no sabes lo que paso. Cuando mi Papá me lleva con él a Madrid, aunque me aburro mucho porque me quedo todo el día sola con la doncella, me conformo con aburrirme y estoy contenta. Pero ocurre muchas veces, que mi Papá tiene que marcharse de viaje casi todo el verano; no me

quiere llevar por tantos trenes y hoteles, y entonces como a mí no me sale decirle « aquello », él que no sabe nada, me deja veraneando con los tíos en San Sebastián. Bueno... los tíos son siempre muy cariñosos... ¿eh?... ¡no vayas a creer! me hacen muchos regalos y allí, en San Sebastián sí que me mandan de paseo con mis primas y la institutriz. Pero así todo, a pesar de los cariños y a pesar de los regalos para mí, pisar la casa de mis tíos es como pisar sobre el fuego ¡un tormento!... ¿comprendes?... Y es que por más que hago no puedo olvidar nunca lo que dijeron aquella tarde de Navidad. ¡Ah! yo soy así, cuando las cosas me ofenden no se me olvidan, no, todas, toditas, las tengo presentes... Ya ves tú... de eso hace ya dos años, y lo recuerdo como si ocurriese ahora... ¡mira!... lo mismo, que si ocurriese ahora...

Y repitiendo: « lo mismo, lo mismo »... la voz de Cristina se perdió suavemente en un hondo pianísimo, y fué una larga pausa toda llena de volar de migas y saltar de palomas por el suelo... Porque yo que había escuchado con tan inmenso interés todos los detalles del relato, ahora que estaba definitivamente terminado, seguía aún sin saber qué decir ni comentar. Cristina, aguardó un rato, luego viendo que yo no hablaba, resolvió por fin condensar toda su confidencia en el esfuerzo de una sola pregunta, y levantando hacia mí sus dos ojos fríos y azules, y fijando mucho en los míos la mirada imperiosa dijo :

— ¿Y tú, María Eugenia, sabes tú lo que significa ser hija natural?

Como ella, yo también sabía que el ser hijo natural era una cosa poco frecuente. Sospechaba que podía ser hasta algo malo y deshonroso, pero no sabiéndolo a ciencia cierta, y no queriendo afligirla de ningún modo, ante lo imperioso de su pregunta, fingí gran perplejidad, encogí mucho los hombros, estiré mucho la boca, y contesté hipócritamente :

— Natural... natural... ¡pues natural es lo que está muy

bien!... Se dice : « es natural » o « naturalmente » por decir que una cosa está como debe ser. Mira: tú y yo somos naturales, puesto que no tenemos ningún defecto; en cambio, la pobre Jeanne Méric no es natural porque es bizca y feísima.

Pensé que Cristina iba a replicarme algo molesta como solía hacer, cuando me equivocaba garrafalmente al preparar las lecciones: « Estás hablando sin reflexionar, María Eugenia. Fíjate, fíjate por Dios, y verás que eso que dices es un disparate. » Pero no. Esta vez, el disparate no tuvo replica. Cristina, como la gran mayoría de los mortales, despreciando toda razón, decidió tener fe para tener esperanza y respondió convencida:

— ¡Pues eso mismo creo yo! He buscado en varios diccionarios la palabra « natural » y los diccionarios dicen más o menos lo que tú. — Se calló unos segundos y añadió suspirando: ¡He hecho todo cuando he podido para saberlo cierto!... Un día, hace ya tiempo, cuando aún no habías entrado tú al colegio, leyendo un manual de historia de segunda clase, encontré una frase que ponía: « la batalla de Lepanto fué ganada a los turcos por Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V »... Y aprovechando esta ocasión, al entrar en clase, y poner los libros sobre el pupitre, le pregunté a la maestra, por qué Don Juan de Austria era hijo natural de Carlos V. Pero la maestra contestó que no tenía para que ocuparme de Don Juan de Austria que es un personaje de la Historia Moderna, sino que debía ocuparme de los personajes de la Historia Sagrada que es la historia que se estudia en séptima clase... y ¡claro! me quedé sin saberlo..

— ¡Ah! la interrumpí yo — es una lástima que Don Juan de Austria no haya sido hijo natural de Salomón, por ejemplo. ¡A ver que hubiera dicho entonces Mme Destemps!... No hubiera tenido más remedio que explicarlo bien claro!..

Pero esta vez, Cristina, al oír tan anacrónica suposición, sí protestó al momento, exclamando chocadísima:

— ¡Anda!... ¡qué barbaridad!... ¡hijo de Salomón!. Si Don Juan de Austria hubiera sido hijo de Salomón, María Eugenia, habría tenido un nombre bíblico, y no hubiera ganado una batalla contra los turcos, sino que habría ganado una batalla contra los moabitas, los filisteos o los asirios, que eran los enemigos del reino de Israel.

Como de costumbre me callé respetuosamente al considerar tan gran erudición, y Cristina, luego de callarse también unos segundos, decidió situarse otra vez ante su incógnita y dijo reflexiva :

— ¡Es cierto!... « natural »... « naturalmente »... « es natural! »... « no es natural! »... Creo que en eso debes tener razón... Pero de golpe, sacudió negativamente la pensativa cabeza y se replicó a sí misma. ¡Ah!... ¿y por qué entonces lo decía mi tío con tanto menosprecio aquella tarde?... Volvió a callar de nuevo, y por fin, dirigiéndose a mí, dijo terminante:

— Oye, María Eugenia, para salir de dudas, vamos a hacer una cosa. Yo no quiero preguntarlo, porque no; pero tú, como si fuera cosa tuya, se lo preguntas a tu Papá; sin nombrarme... ¿eh?... hablas primero de Don Juan de Austria o de lo que se te ocurra, luego lo preguntas, y cuando lo sepas y lo hayas entendido bien, sea lo que sea me lo dices... ¿quieres?...

Según costumbre, llena de obediencia respondí sin titubear:

— ¡Bueno!

Y como en aquel mismo instante sonase la campanilla que anunciaba el final del recreo, Cristina y yo, para que no se echase de ver nuestra falta al reglamento, sin decir media palabra más, nos dimos a correr las dos hacia el grupo general.

Solamente unos segundos después, ya en plena formación y pleno silencio, ella, desde su puesto, volvió a insistir musitando a la sordina y entre señas :

— ¿Pero me lo ofreces?

— ¡Te le ofrezco!

— ¿Me lo juras, María Eugenia?

— ¡Te le juro, Cristina!

— ¡Veo desde aquí dos señoritas que siguen hablando después de dada la señal para el silencio! — declaró al instante, entre los rizados cañones de su toca, la voz severísima de la vigilante general. Y añadió con ironía: — ¡Qué cosa tan importante tendrán que decirse!...

Y un instante después, bajo el reino absoluto del silencio, mientras caminaba en derechísima fila hacia la sala de estudio, contemplando el gran lazo de moaré de Cristina que marchaba tres puestos delante de mí, resolví quijotescamente enderezar todos los entuertos de aquella pobre vida silenciosa y triste...

∴

En efecto, el domingo siguiente, no bien llegó a verme Papá le propuse que se pusiera de acuerdo con el señor de Iturbe, a quien ya conocíamos, a fin de pasar juntos los veranos. Así Cristina, se quedaría con nosotros cuando él se fuera de viaje, y no sería ya menester dejarla en casa de los tíos de San Sebastián con quienes no se avenía. Papá, que se interesaba mucho por Cristina, mi gran amiga, me aseguró que todo se arreglaría muy bien, y que tal cual yo lo deseaba, pasaríamos juntas veranos y vacaciones. Una vez alcanzado mi principal objeto, siguiendo las indicaciones de Cristina, hablé de diferentes tópicos, y fué sólo después de un buen rato cuando hice la consabida indagación, que redacté en esta forma:

—Dime Papá, ¿qué viene siendo de su padre y de su madre, un hijo natural?

Y Papá, en un discurso bastante complicado lleno de pau-

sas y de palabras desconocidas, me explicó la situación anormal que en la vida y en la sociedad ocupaban los hijos naturales cuyos padres, al no estar casados, no les transmitían generalmente ni su nombre, ni su fortuna.

Pero aquella explicación de Papá me resultó un verdadero jeroglífico. Me pareció muy disparatado el asegurar que las personas pudieran tener hijos sin haberse casado antes; y lo de condenar dichos fenómenos, a una eterna desnudez de nombre y de fortuna, además de parecerme disparatado me pareció injusto y muy mal hecho. Y de resultas de ello me quedé profundamente preocupada. Me dije que ya no cabían dudas sobre el particular, que Cristina, mi amiga del alma, mi modelo, mi ninfa Egeria, pertenecía a una clase de seres completamente anormales; que había que resignarse: que era indispensable aceptar la verdad; y que era también indispensable el armarse de valor para participar dicha noticia a la parte interesada, porque así lo había jurado y ofrecido unos días antes.

Y de nuevo, Cristina y yo, bajo la sombra del olmo, con las cestitas de la merienda al brazo y el blanco semicírculo de palomas a los pies, celebramos una segunda conferencia, durante la cual transmití palabra por palabra, toda la explicación que me había hecho Papá en su visita del domingo.

Cristina me oyó con la misma atención que ponía en clase para escuchar las explicaciones de la maestra. Luego, apoyó en los blanquísimos dientes la punta de la uña de su dedo índice, miró fijamente el suelo, y pasó varios segundos sin pestañear, actitud que demostraba en ella el sumum de la reflexión. Después volvió a levantar los ojos, los fijó en los míos, y dijo:

— Entonces... entonces... lo que yo me figuraba: ¡es verdad!... Mi Mamá no ha muerto, no: ¡mentira! ¡Mi Mamá está viva! Era de ella de quien hablaba tan mal mi tía,... era ella... ¿sabes?... ¡ella!... la que no tenía... corazón..

Y ante su descubrimiento, ante aquella brusca resurrec-

ción de su Mamá, los ojos de Cristina que se habían abierto sobre mí azules e inmensos, volvieron a clavarse unos segundos en el suelo, se subieron hasta las nubes sobre el volar altísimo de una paloma; se pasearon después por toda la amplitud del paisaje; y se quedaron al fin, tranquilos, en una rama del olmo, fijos, silenciosos y tan azules, tan azules...

Y yo que como Jesús, ante la presencia de Marta y María, por la sola virtud de unas cuantas palabras, acababa de levantar un ser querido del mundo de los muertos, yo que había realizado el inmenso prodigio, llena de curiosidad, miré un instante absortos en la rama del olmo los dos ojos azules, y eran como siempre tan inexpresivos, que no pude leer en ellos si se alegraban o si se entristecían, viendo resucitar aquella muerta, que al levantarse del sepulcro, venía lisiada y deforme, porque ya no tenía vergüenza ni tenía corazón...

Cuando volvió de su actitud meditabunda, por todo comentario, Cristina dijo:

— ¡Y cuidado con contarlo ni a tu Papá, ni a Madame Destemps, ni a nadie!... ¡Sólo a mí puedes hablarme de eso!

Desde entonces aquel secreto fué el centro de nuestras conversaciones y el lazo que cada día nos amarraba más y más dentro del atractivo inmenso de lo misterioso. Cristina trabajaba sin cesar buscando y rebuscando datos en el archivo de su memoria y luego me participaba los frutos de sus indagaciones. Según ellos, el juicio hecho a priori resultaba evidente: ¡la muerta no había muerto!... y sin embargo, aquella esfinge desenterrada continuó siendo a nuestros ojos un impenetrable arcano. Sabíamos que era inglesa. De ella había heredado Cristina sus ojos azules, su blancura de nieve, su reserva, y su espíritu de independencia. ¿Pero dónde estaba aquella inglesa?... ¿Cuál era su historia?... ¿Por qué la habrían declarado muerta?... Y sobre el velo de misterio, tejíamos toda clase de leyendas áureas y luminosas, en las cuales el prestigio de Cris-

tina. crecía, como dentro de un ensueño de encanto y de maravillas.

Por fin, una mañana, estando de vacaciones en Biarritz, después de haber hablado yo un largo rato con cierta doncella española que en Madrid había conocido mucho a los Iturbe, vine corriendo al banco del jardín donde se hallaba Cristina absorta en un libro de cuentos, y trémula, emocionada, perdida casi la respiración, le di la gran noticia :

—¡ Ya lo sé, Cristina, ya lo sé!... ¡ya lo sé!... ¡Tu Mamá es artista de ópera!... ¡Tu Mamá canta divinamente en el teatro!... ¡Tu Mamá es preciosa!... ¡Tu Mamá tiene muchísimos brillantes, tiene vestidos lindísimos, y tiene diademas de reina!... La ha visto trabajar en el Real de Madrid Luisa, ! doncella española que está en el hotel frente al nuestro. Dice que para meterse al teatro se puso un nombre italiano que ella no sabe cómo es, y que cuando acaba de cantar cualquier cosa ¡¡la aplauden que es un delirio!!...

¡Ah! ¡Artista de ópera!... ¡Ah! ¡la deslumbrante realidad superior a todas las fantasías!... ¡Artista de ópera!... ¡Artista de ópera! Y mientras mis labios anunciaban la buena nueva, Cristina, sentada en silencio frente a mí sobre el banco verde del jardín, con su libro de cuentos en la falda, me parecía de un abolengo superiorísimo al de todas las rubias princesas de las casas reinantes europeas.

Pero ella, con gran asombro mío, no pareció compartir mi frenesí, ni vanagloriarse de su estirpe, sino que al escucharme cerró muy suavemente el libro y sólo respondió soñadora, reflexiva, monosilábica:

— ¿Sí?...

Y recuerdo que en el cielo azulísimo de sus ojos yo vi como una nube de decepción y melancolía.

Luego pasaron días, meses, años, y Cristina y yo nos separamos, sin que nunca, jamás, llegáramos a conocer el nombre de aquella probable estrella del arte lírico. Ella, en su manía

de no preguntar nada a quienes todo lo sabían, nada supo nunca a ciencia cierta. Y sin embargo, tenía una obsesión constante por ver el rostro de aquella Mamá anónima y gloriosa. ¡Nada importaba que sólo fuese desde lejos, entre nieblas de conjeturas, sin indentificarla siquiera!...

De tan vehemente deseo fué de donde nació su afición al teatro. Yo la compartí con entusiamo. Ambas nos hicimos de la afición y del secreto una especie de religión fanática, y desde entonces, desdeñando todo lo demás, ya no existió para nosotras más objetivo que el teatro, ni más teatro que la ópera. Sabíamos los nombres de todas las cantatrices célebres, y cuando en época de vacaciones, cogidas de la mano, íbamos por la calle, nos parábamos ratos larguísimos ante los grandes carteles que anunciaban con letras encarnadas el elenco y reparto de las funciones. No faltábamos jamás a una sola matiné de ópera, y si en ella alguna célebre soprano era muy ovacionada, Cristina perdía entonces toda su flema inglesa, se entusiamaba a la par mía, aplaudía estrepitosamente con las manos muy estiradas, según un sistema que habíamos descubierto para hacer mayor ruido, y luego, cuando terminada la ovación, bajo la batuta del director se reanudaba otra vez el encanto del poema, allá, en el escenario, la blanca soprano idealizada por el éxito, abría de nuevo la boca, tendía de nuevo los brazos como si fuera a volar sobre el lirismo de su voz, mientras que yo, recostada en mi butaca de terciopelo, me soplaba las manos encendidas y rojas de tanto aplaudir, y junto a mí, Cristina, inmóvil en su asiento, con los ojos muy fijos sobre la ideal figura, y el rostro iluminado por la expresión divina de la gloria, comentaba risueña en pleno éxtasis :

— ¡Y mira que si ésta fuera ella!..

Muchos años después, cuando vino la muerte de Papá, y por fin, en Biarritz, una mañana, nos separamos definitivamente las dos, nuestro gran misterio de la infancia, era ya un misterio angustioso y trascendental que parecía sepultar bajo su peso la

vida entera de Cristina. ¡La vida! ¡Ah! ¿Qué sabíamos entonces de la vida ni ella ni yo?...

Y es que en mi largo relato no había dicho todavía que el señor de Iturbe era un industrial riquísimo. Y naturalmente, Cristina, bonita, distinguida, extraña, como una flor exótica y tardía, al calor fecundo del dinero debió estallar de golpe a plena vida, tal cual estallan los capullos, y tal cual me ocurrió a mí también hace unos meses, allá, en París, al calor de mis últimos cincuenta mil francos... Cristina ya no es aquella misma niñita que me contagió de timidez y de misantropía, ¡no!... ¡lo he leído hoy en su carta! Estoy segura: gracias a la misericordia del dinero, un día, en París, en Madrid, en San Sebastián, o en cualquier otra parte, ella también de golpe, milagrosamente, sin saber por qué, se cubrió de flores de alegría, y así, en plena primavera de optimismo, aprendió a vestirse, aprendió a sonreír, aprendió a morirse de felicidad ante el espejo, aprendió a ver espejos en los ojos de todos, aprendió por fin a sentirse a sí misma, y entonces, embriagada ya por la divina embriaguez de ser bonita, se embriagó en esta otra divina del amor... ¡Sí!... ¡estoy cierta!... Pero ¿cómo ocurriría? ¿Qué voz sería esa voz que la despertó a ella? ¿Y qué habrá hecho hoy, con el misterio torturante de su infancia?...

A estas horas se habrá casado ya...

Sí, Cristina, la triste de antes es hoy la inmensamente alegre, porque se ha vestido con el traje sonoro, lleno de cascabeles, de la belleza, el lujo, y el amor. Es querida y feliz, es bonita, es rica, es condesa, guarda el ensueño de su amor en un precioso hotel a orillas del mar, y pasea su felicidad y su alegría entre los cristales de algún fastuoso automóvil... Ya se habrá reconciliado con el mundo su enemigo; ya no desdeñará las *toilettes* maravillosas de los grandes modistos; ya no sentirá el vacío que se esconde en la vanidad de las fiestas sociales, y entre pieles y joyas, distinguida, orgullosa, reser-

vada, andará por el mundo mirándolo todo con sus ojos azules y fríos de inglesa aristocrática.

¡Cómo cambian los destinos y qué de misterios encierran estos arcanos del porvenir!... ¡Ah! mi suerte, mi vida, qué distinta, qué oscura y qué triste habrá de ser quizás, junto a la brillante existencia de Cristina de Iturbe!...

Pero como dije hace rato frente a la lluvia caída sobre la tierra agrietada, ahora también, frente a esta otra felicidad torrencial, tampoco siento envidia, no no tengo rencor, no tengo odios, no tengo nada, ¡nada!... ¡Quiero florecer humildemente en la santa gracia de la resignación!... Estas lágrimas que ruedan ahora de mis ojos, y sin que yo lo quiera, caen de tiempo en tiempo sobre la tinta de las palabras, hacen con las letras fuentecillas moradas, y corren un instante por la blancura del papel, no son llanto de despecho, no. Son el suave rocío de la momentánea noche de mi tristeza. Mañana se disiparán todas al levantarse de nuevo el sol de mi esperanza, porque seguiré esperando... ¡sí!... desde el horno encendido de mi ansiedad esperaré siempre mi amor, con la misma fe milagrosa y fecunda de aquellos tres jóvenes cautivos del cántico de Daniel!...

Ahora ya, debajo de la acacia, la noche perfumada y negra, se ha metido en el cuarto. Y es que hace muchas horas que inclinada en la mesa relato febrilmente la historia de mi amistad con Cristina, historia que nadie ha de leer nunca y que para mí sola no era menester escribir porque ya la llevo escrita en mi memoria.

Sobre la mesa desnuda he encendido mi lámpara y la luz ha vestido la mesa con un gran círculo rojo. Mis manos y el blanco papel sobre el cual voy escribiendo se han teñido también en el color de la luz, y por la ventana abierta, las mariposillas y los insectos del campo vienen a saludar la alegría de la llama, bailan dentro de su fiesta, y besan mis pobres manos cansadas, sedientas, que como dos piadosas peregrinas

están ya rendidas de tanto caminar por el pasado. La carta de Cristina, tema de mi larga disertación, se ha quedado más allá en la zona de la penumbra y sin querer tocarla de nuevo la miro con dolor y desconfianza... ¡No! ¡no hay que tocarla más! No encierra en ella sino cosas viejas, ilusiones sin luz, sensaciones marchitas, que no debo guardar ya entre mis recuerdos, como tristes flores disecadas... ¡no!... ¡hay que dejarlas morir al aire libre!... Por eso mañana, muy temprano, cuando me despierte, tomaré la hoja gris, la haré toda pedazos, y desde mi ventana echaré a volar al campo, la bandada temblorosa de papelillos rotos... ¡Cenizas de mi infancia, tortolillas enfermas, pétalos marchitos de mis primeras rosas, que vuelen, sí, que vuelen sobre las ramas, que se acuesten en el suelo, que se retuerzan al sol, que cierren poco a poco los ojillos sin luz de sus palabras truncas, y que se mueran al fin abrazados al único cariño eterno que es el santo cariño hospitalario de nuestra Madre la tierra!...

CAPITULO VII

Supremum vale!...

Hace ya muchos días que la esperaba, esta horrible noticia, y sin embargo, al saberla, he experimentado el sacudimiento extraño siempre nuevo y siempre agudo de un dolor vibrante y perenne. La llevo tan adherida al alma, y me pesa tanto, tantísimo, que quisiera morirme de un todo, o que se me muriera el alma dentro del cuerpo, para que ella al menos descansara en la inconsciencia de la idiotez o de la locura. Mi orgullo es el único puntal que me sostiene. Yo lo bendigo a ratos por inmenso y por fuerte, y otras veces le reprocho este acaparar insaciable de todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu, que en la noche, me deja extenuada, y me tiene horas enteras sin desvestirme, acostada en la hamaca, inmóvil, y muda mirando con mis ojos abiertos, turbios de lágrimas, las pardas viguetas del techo.

Gracias a mi orgullo, nadie en la casa se ha dado cuenta de esta terrible crisis moral. En el propio momento de saber la

noticia, se irguió en mi espíritu, lo dominó, y me sostuvo el cuerpo, hasta que movida solamente por él, logré llegar a la intensa intimidad de mi cuarto. Aquí lloré... lloré... lloré, con estas lágrimas hondas, infinitas, que parecen arrastrar en sus aguas pedazos de mi vida y cuajos humeantes de mi sangre...

Fué ayer, a la hora del almuerzo cuando lo supe.

Y naturalmente, como era de esperar, fué María Antonia, la encargada de decirme la noticia. Ella acostumbra leer los periódicos a cosa de las once, pero por un refinamiento de crueldad, a pesar de haberme visto la mañana entera, aguardó la hora del almuerzo para en la mesa, delante de todos, cuando yo no puediese huir de la gente sin confesar mi humillación y mi dolor, clavarme este puñal mil veces envenenado, que me tortura de noche y de día, sin tregua, sin cesar, como aquel lento martirio de los sentenciados al suplicio de la gota de agua:

— Viene en el periódico de hoy, el compromiso de Gabriel Olmedo con María Monasterios. Lo celebraron ayer con una gran comida seguida de baile, en esa quinta lujosísima que acaban de construir los Monasterios.. ¡Seguramente que el baile quedaría regio, porque la casa rodeada como está de jardines, se presta mucho y Monasterios sabe hacer las cosas! ¡Según parece se casan el mes que viene... ella, de novia estará muy bonita, porque es realmente linda, preciosa... Eso, eso, es lo que llamo yo una muchacha bonita, y no otras, tan delgadas, que parecen alambres vestidos!.

A pesar de la inmensidad de mi espanto, recuerdo, que el primer segundo transcurrido después del sacudimiento de la noticia, lo dediqué a comprobar la exactitud de mis predicciones. Sabía que era María Antonia quien había de decírmelo, sabía que me lo diría en la mesa, y sabía últimamente, que la noticia iba a ir seguida de una pequeña apología acerca de la belleza y condiciones físicas de María Monasterios. Este espíritu profético me fué de grande utilidad en aquel instante, por-

que teniendo así conciencia plena de las cosas, mi orgullo preparado de antemano, saltó instantáneamente dentro de mi alma, y heroico, y fuerte, se adueñó de toda ella, la dominó, se bebió mis lágrimas, y con sus dedos de hierro, me sostuvo todos los músculos del cuerpo, hasta las más ligeras contracciones del rostro, que ante el horror permaneció impasible.

Recuerdo que no bien oí las primeras frases, mientras María Antonia, hablaba todavía, tomé de la mesa mi copa de agua, y me la bebí entera pensando: « Así me estoy bebiendo, el veneno de esta evidencia que me mata ». Luego, fijé los ojos en el jarro de cristal lleno de vino tinto, y también pensé: « Así es la sangre que me está goteando del alma en este segundo; pero como el jarro, la guardaré, en mis entrañas, y nadie verá su mancha derramada en ningún sitio, no, ¡nadie ha de verla nunca!... » Acabé de almorzar inconsciente, sorda y muda, perdida en mi desolación sin más fuerza positiva que la fuerza de mi orgullo que me poseía toda, como si viniera de una influencia exterior y desconocida...

Después lloré, y he llorado mucho, muchísimo, en dos días... ¡Ahora conozco ya el voluptuoso desgarramiento del dolor, de este horrible dolor que está hecho de celos, de humillación y del adiós definitivo de la muerte!

Y como si mi pena no fuese bastante grande, hay otra todavía que ha venido a aumentar su inmensidad...

¡Ah! ¡el día de ayer fué el día negro de mi vida!

A cosa de las cuatro de la tarde, cuando encerrada y sola estaba entregada a lo más hondo de mi desconsuelo, vinieron a decirme que Mercedes me llamaba por teléfono.

Al escuchar el aviso, me lavé los ojos quemados por el llanto; salí de mi encierro, y fuí corriendo a atender a Mercedes.

Su voz lenta y ritmada como una caricia, me habló de cosas ajenas a mi tristeza, y aunque tampoco yo nada le dije, desde el primer instante sentimos una suave corriente

de emoción porque las dos supimos que sabíamos... Ella me dió su pésame en la suavidad de la voz, y luego de expresarme así toda su gran simpatía, mientras yo experimentaba un temblor de lágrimas en todo mi ser continuó diciendo con la misma voz de caricia :

— ...Oyes, María Eugenia, te he llamado hoy especialmente porque quiero participarte una noticia y ponerte en cuenta de un proyecto; pero desde ahora te advierto: ¡no acepto que me digas que no!... El mes que viene me embarco para Europa : ya está decidido. Alberto ha sido nombrado cónsul en Burdeos, pero como tiene asuntos que ventilar en París, yo me instalaré de fijo, en París, mientras él compartirá su tiempo entre el consulado y los negocios. Tiene grandes esperanzas en los tales negocios.. piensa ganar mucho dinero... tú lo conoces... pero yo me he puesto tan escéptica que en nada, nada creo...

Aquí hubo una pausa y la voz siguió más suave, más condolida, más maternal:

— ...Bien... no es un ofrecimiento de palabra éste que voy a hacerte, no; es un deseo vehemente que quiero ver cumplido... ¡es un favor, *ma mignonne*, lo que voy a pedirte!... Oyeme: tanto Alberto como yo, queremos que te vengas con nosotros a Europa, y que te quedes en nuestra casa como si fueras nuestra hija, el tiempo que tú quieras : unos meses, un año, dos años, ...en fin, lo que tú quieras!... Dado el parentesco y la intimidad de mi familia con todos los Alonso, esta proposición que te hago es muy natural; yo quería a Antonio tu Padre como si fuera mi hermano, y a ti te veo lo mismo que a una hija... Eugenia no puede tener inconveniente en que estés en mi casa por una temporada: ¡ella sabe lo mucho que me intereso por ti! Pasarás unos meses alegres, felices... ¡ me acompañarás tanto, linda mía !... y yo te cuidaré y te divertiré mucho, mucho ¡ya lo verás!

Allá conmigo, olvidas en un momento *tous ces petits embêtements* que te tienen ahora triste!

Y esto lo fué diciendo poco a poco, en un tono musical de una delicadeza exquisita. Su voz, que parecía implorar algún favor, estaba en realidad llena de infinita compasión. Yo la sentí vibrar en lo más delicado de mi alma, y como dadas las circunstancias aquella bondad suave no hacía sino aumentar más y más mi dolor, con la voz temblorosa velada por el llanto le contesté:

— ¡Ay Mercedes, eso me faltaba ahora!... ¡qué también tú te me fueras!... ¡Piensa si yo tendré deseos de acompañarte! Pero creo que es inútil el proponerlo siquiera y desde ahora te digo: ¡no cuentes conmigo!...

Pero Mercedes insistió y yo sin fe ninguna, presintiendo de antemano la humillación de la negativa, ofrecí hablar a Abuelita.

Ayer mismo lo hice. Abuelita me escuchó con cariño, y con lástima me contestó algunas frases evasivas, y me dió a entender que aun cuando en principio le resultase inaceptable, iba sin embargo a deliberar con calma sobre la proposición de Mercedes.

— Sí... Va a consultar a tío Eduardo. — Pensé yo — Mañana vendrá la negativa rotunda.

Pero anoche mismo me habló. Borrada ya la anterior compasión, con la fortaleza de espíritu, y la unidad de sentimientos que da la convicción neta del deber, Abuelita me hizo un largo sermón lleno de consejos en el cual me demostró la imposibilidad absoluta de aceptar la invitación de Mercedes. Alberto era un hombre sin respetabilidad ninguna, la misma Mercedes tenía ideas muy libres, un concepto de la vida muy erróneo, yo era muy impresionable, una niña de mi edad era delicada como un cristal que de nada se mancha y de nada se quiebra... ella no podía de ninguna

manera aceptar semejante locura... obraría, contra su conciencia, contra su deber de madre...

Lo del « cristal delicado » me dió a entender que en la deliberación del proyecto había tomado parte no solamente tío Eduardo, sino también María Antonia, la cual, a más de ser adictísima a la anterior metáfora, goza de mucho prestigio ante los ojos de Abuelita, cuando se trata de ventilar estos asuntos que atañen al honor ó la moral. « María Antonia tiene muy buen criterio » — suele decir Abuelita en semejantes ocasiones — « y por eso me gusta siempre conocer su opinión... »

Pero mi dolor es tan grande, que toda esta fantasmagoría de viaje con Mercedes, ha pasado por mi espíritu sin impresionarle siquiera. Fué como un espejismo que brilló un segundo frente a mis ojos y que mis ojos desdeñaron mirar. Tras el espejismo, sólo han visto desde el primer momento el espantoso vacío que dejará Mercedes en mi vida. Y viéndolo sin cesar, como lo veo ahora, exclamo constantemente a través de mi llanto: « Cuando deje esta suavidad consoladora del campo, y me vuelva a Caracas dolorida, humillada, sin una esperanza, sin el piadoso cariño de Mercedes ¡que va a ser de mí, Dios mío...! »

Hay momentos que tendida en la hamaca, mirando por la ventana la trémula compañía de mi acacia, me doy a repasar con la memoria todas las andanzas de mi vida; recuerdo las oscuras predicciones que una vez, allá en Biarritz, leyó en mi mano cierta famosa adivina; acabo por adquirir la convicción espantosa de que mi sino es un sino fatal, y, entonces, pienso con tristeza en el acierto grande que hubiera sido, el que este cuerpo mío, tan lindo y tan desgraciado, no hubiera nacido nunca. Ceñida como estoy dentro de mi kimono de seda negra, al formular este renunciamento a la vida, me levanto de la hamaca, voy a mirarme en el óvalo alargado del espejo; y allí me estoy un largo rato inundada en el placer

doloroso de contemplar mi rostro, tan fino, tan puro de líneas, tan armonioso, tan triste ¡sí tan triste y tan perdido para el objeto de sus ansias!... Pero no obstante, allí mismo, delante del espejo, cuando de golpe, atrevida y pagana, agarro por fin los dos bordes del kimono con los dedos, y estiro los brazos, y bajo los brazos, el kimono abierto, se vuelve como un ala de murciélago tendida tras el milagro purísimo de mi cuerpo ; entonces, deslumbrada y feliz, me miro en los ojos, y mis ojos y yo nos sonreímos juntos largamente, en plena satisfacción, porque comprendemos que a pesar de todo el sufrimiento y de toda la humillación, soy yo, ¡yo! quien delante de Gabriel triunfará para siempre en este torneo de su amor. Me digo que su novia, esa María Monasterios, no podrá jamás compararse conmigo dentro del gusto de Gabriel, que me encuentra linda, divina, porque él mismo me lo ha dicho, yo lo he visto, y Mercedes, que tanto sabe de estas cosas, me lo ha asegurado también... y así, ante el espejo, sonriéndole a mi belleza, con el delicioso sentimiento de mi superioridad, olvido un instante el infierno de los celos, me río en voz alta con risa de desdén al pensar en la trivial figura de esa María Monasterios, desprecio a Gabriel que no ha podido hacerse una vida independiente y brillante sin sacrificar el placer exquisito que hubiera sido yo para él, y entonces, pensando en todos los años de juventud que me aguardan, florezco de nuevo en la esperanza, y me digo que Gabriel es solamente una forma de las múltiples y eternas formas que para embriagar la fiesta de mi juventud ha tomado un instante este divino vino del amor...

Envuelta otra vez en el kimono, y envuelta en el convencimiento feliz de mi belleza, me vuelvo a la hamaca, me balanceo en la hamaca, y como aquel primer día en que me sentí agobiada por el espectáculo de mi pobreza absoluta, me pongo a pensar de nuevo, y de nuevo me pregunto con ansia y con susto qué cosa grande y terrible es esta del

amor que nos espera siempre, y nos asedia en todas partes con sus garras abiertas...

¡Ah! ¡el amor... el amor!... ¿Por qué preguntárselo al balanceo de la hamaca?... ¡Si lo he sentido ya!... ¡si es esta tragedia subterránea y callada sobre la cual todos pasan su indiferencia, como se pasa sobre el suplicio macabro del que enterraron vivo... sí... sí... ¡a qué engañarme!... ¡si ya lo conozco!... es esta brasa siempre chispeante y encendida, es esta quemadura dolorosa y ardiente, que me hace sentir el dolor terrible de la carne y me pone a pensar con ansia y con infinita nostalgia, en el dulce silencio de la nada!...

TERCERA PARTE

HACIA EL PUERTO DE AULIDE

CAPITULO I

Después de dormir profundamente durante largos meses, una mañana, del fondo de un armario, entre lazos, encajes y telas viejas, se ha despertado de golpe la verbosidad literaria de María Eugenia Alonso. Héla aquí restregándose los ojos todavía.

Hace como cosa de dos años, yo tenía la costumbre de escribir mis impresiones. Pero dicha costumbre me duró tan sólo algunos meses, pues en un momento dado, sin saber por qué ni cómo, la encontré necia, ridícula, fastidiosísima, me dije que era una gran tontería escribirse cosas a sí mismo, y sin más ni más, en un día de actividad, tomé las cuartillas escritas, hice con ellas un gran paquete, lo envolví en un periódico, y luego de atarlo con un cinta de hiladilla blanca, lo escondí en el doble fondo de mi armario de luna donde nadie pudiese hallarlo nunca.

Como ayer me encontraba en otro día de actividad resolví arreglar a fondo mi armario de luna. Pasé un largo rato descosiendo encajes, doblando cintas; puse a un lado todos los vestidos que ya no uso, y que dividí en lotes para regalarlos a las sirvientas, y cuando más rodeada me hallaba de cajas, lazos, pañuelos y ropa vieja, se me ocurrió abrir el

doble fondo del armario, vislumbré el paquete enterrado desde hace dos años bajo su cinta blanca, lo tomé, lo abrí, y por aquí, y por allá, comencé a leer al azar las borroneadas cuartillas.

Tanto lograron interesar mi atención, que dejando al punto la emprendida obra de liquidación y particiones, tomé el autobiográfico paquete. Con él entre las manos me fuí a instalar como acostumbro frente a los naranjos de la ventana, y allí, sentada en mi silloncito, me puse a leer.

. decir verdad, semejante lectura me proporcionó una agradable sorpresa, tanta, que leídas las primeras cuartillas, resolví inmediatamente reanudar mi olvidado relato de impresiones. Por esta razón he amanecido hoy ante mi escritorio, pluma en ristre, y con gran locuacidad de espíritu.

Según pienso ahora, yo me juzgaba muy severamente a mí misma cuando encontré ridícula la costumbre de escribir mis impresiones. En desagravio, quiero declarar hoy solemnemente, que las borroneadas cuartillas que se hallaban en el doble fondo de mi armario de luna, no son ridículas, sino que por el contrario, encierran para mí gran interés psicológico. En cuanto a la forma literaria, tienen muchos defectos que he notado, además de los otros muchísimos que no he notado. Según parece, los defectos pertenecientes a esta segunda categoría, pululan escondidos por millones, ante los propios ojos de un autor, razón por la cual, los literatos, que son muy honrados en sus convicciones, suelen juzgar geniales todas aquellas obras que surgen de su pluma, y por esta misma razón, con no menos honradez, suelen juzgar imbéciles y cretinos a todos aquellos lectores que no las juzgen geniales.

Como soy a la vez autor y único público de mis obras, gozo de la inmensa satisfacción de admirar mi talento literario, sin tener por qué quejarme de la idiotez humana, ni

calificar con palabras insultantes a mis prójimos, cosa ésta, que, a más de ser desagradable e irritante, es muy poco cristiana. Creo que si todos los autores hicieran como yo, se ahorrarían a sí mismos numerosísimos disgustos. Pero según veo la prudencia y el espíritu de previsión no abundan mucho en el gremio de los literatos.

La lectura de las enterradas cuartillas escritas hace dos años, me tomó gran parte de la mañana, y la tarde entera de ayer. Consideradas literariamente, desde mi falsísimo punto de vista de autora, las he encontrado superiores a ciertas crónicas, cuentos, y poemas en prosa con los cuales acostumbran a engalanarse ciertos diarios y revistas; cosa ésta que no es alabar mucho mi cuartillas, ni faltar descaradamente a la modestia, porque la mayoría de los cuentos, poemas, y crónicas a que me refiero, con perdón de sus autores, suelen parecerme bastante malos.

Este es mi juicio sincero en cuanto a la forma literaria de mis viejas y resucitadas cuartillas. Ahora, consideradas psicológicamente, repito que me han sido de gran utilidad, puesto que gracias a su lectura he podido comprobar los inmensos progresos realizados por mí en esta ardua y florida cuesta del bien. Como es natural, semejante descubrimiento a más de satisfacerme muchísimo, me servirá ahora de aliento o acicate para continuar avanzando por dicha ardua y florida cuesta.

¡Sí! los progresos morales y materiales realizados por mí en estos dos últimos años, son inmensos y son numerosísimos.

En primer término, debo declarar que he perdido ya completamente aquel criterio anárquico, desorientado y caótico que, como decía con tanta razón Abuelita, constituía una amenaza y un horrible peligro para mi porvenir. Resultante, o prueba palpable de que he perdido semejante criterio, es el comprobar que ahora ya no me pinto la boca con *Rouge écla-*

tant de Guerlain, sino que me la pinto con *Rouge vif de Saint-Ange*, cuyo tono es muchísimo más suave que el del *Rouge éclatant de Guerlain;* jamás me siento sobre una mesa sino siempre, siempre, en las mecedoras, sofás, sillas o taburetes, según las circunstancias ; nunca se me ocurre el tararear y muchísimo menos el silbar canciones picarescas, que son indecencias propias de café concierto, indignas de ser entonadas por la boca de una señorita; evito asimismo muy cuidadosamente todo género de interjecciones aun aquellas que parecen inocentísimas como es la francesa « *¡sapristi!* » y las castellanas : « ¡canastos! » «¡caray! » y « ¡caramba! » pues estoy convencida de que en el fondo no son sino hipócritas sinónimos de otras peores; nunca voy al corral a conversar con Gregoria, acostada en el baúl de tío Enrique, sino que hablo con ella de pie, el solo tiempo preciso y necesario para dar alguna orden relativa a la ropa, y esto, generalmente, tiene lugar en la cocina o segundo patio; no leo novelas cuyas heroínas tengan amantes, palabra que, dicho sea entre paréntesis, no menciono ni escucho mencionar jamás, sino cuando María Antonia la pronuncia colocada entre dos nombres propios, debidamente escandalizada y por haberla descubierto o presentido ella en la vida real y corriente.

Semejante enumeración bastaría por sí sola a darme una idea aproximada de mis progresos en el bien, si no fuera porque acabo de notar que dicha enumeración está formada solamente de virtudes o condiciones que podríamos llamar « negativas » y que necesito añadir a ella la lista de mis nuevas condiciones o virtudes « positivas », a fin de demostrar así cómo estos dos años transcurridos, si bien es cierto que por un lado han sido muy restrictivos, no es menos cierto que por otro han sido sumamente fecundos y provechosos.

Sí; en estos dos años he aprendido muchísimas cosas.

He aprendido a bordar y a coser admirablemente tanto a la mano como en la máquina de Singer; conozco ya tres cla-

ses de calado: sé hacer postres dificilísimos como son la Chipolata, la Moka y el *Gâteau d'Alsace* con su fuente de caramelo y todo; riego por las noches los helechos del corredor que se han puesto muy verdes y abundantes; cuento la ropa todos los lunes al entregarla a Gregoria para el lavado, y la vuelvo a contar todos los sábados al recibirla limpia y planchada; friccíono a Abuelita con Elliman's Embrocation, cuando le duelen las rodillas; sé poner inyecciones; rezo el rosario con tía Clara y tengo novio.

De los anteriores progresos o cambios de vida, el del novio es el más reciente de todos y es sólo por esta causa por lo que lo he situado al final de la enumeración. A no haber mediado dicha circunstancia lo hubiese puesto a la cabeza de mi lista porque yo creo que el tener novio es para mí un acontecimiento de bastante importancia. Meditándolo bien y con calma, echo de ver que la importancia de semejante acontecimiento, no solamente se relaciona con mi vida actual, sino que tendrá quizás una gran influencia en la vida futura de las generaciones venideras, puesto que del novio resulta el matrimonio, del matrimonio los hijos, de los hijos los nietos, y de los nietos y biznietos, una larga descendencia, que puede multiplicarse hasta lo infinito, infiltrarse por todos lados e influir así notablemente en el destino del mundo. Esta idea, basada en la virtud de las progresiones geométricas, me llena de satisfacción, porque despierta en mí el sentimiento de mi importacia en cuanto a entidad humana, me dice que seré quizás el tronco de una complicada trabazón de ramas genealógicas, y me advierte que mucho antes de mi nacimiento, era ya un eslabón indispensable e indestructible de esta larguísima cadena humana, cuyo origen se esfuma en lo más oscuro de la prehistoria, según el decir de algunos, y según el decir de otros como verbigracia tía Clara, no se esfuma en absoluto, sino que brilla reluciente y claro como el riquísimo broche de una cadena de oro, allá bajo las

selvas del Paraíso Terrenal, en los amores virgilianos, patriarcales, y fecundos de Adán y Eva.

Pero acabo de ver que estoy filosofando, y como no quiero malgastar mi inteligencia en decir cosas profundas que nadie ha de leer nunca, aquí me detengo en cuanto a filosofías, y paso a relatar en pocas palabras, con la mayor claridad y concisión de que soy capaz, cómo, y cuándo, me ocurrió este gran acontecimiento del novio.

Helo resumido aquí.

Un día, hará cosa de cinco o seis meses, Abuelita, tía Clara y yo, nos hallábamos sentadas alrededor de la mesa, y como de costumbre almorzábamos las tres en silencio. Solamente yo, por hacer y decir algo, me abanicaba de tiempo en tiempo con la servilleta y exclamaba :

— ¡Qué calor!

Pues aunque no lo sintiera en absoluto, nos hallábamos en Agosto y no me parecía oportuno el decir por ejemplo:

— ¡Qué frío!

En un momento dado, María del Carmen, la sirvienta, quien, habiendo sido en otros tiempos amiga predilecta de mi niñez, por aquella su indiscutible elegancia en el arte de jugar con tierra, es hoy, bajo la sabia dirección de tía Clara, la de no menos indiscutible elegancia en el arte de servir la mesa, María del Carmen, digo, pasó una fuente en la cual yacía un trozo de carne con papas al vapor. Tía Clara y yo nos servimos y comenzamos las dos a cortar y comer muy pausadamente, nuestras respectivas tajadas de roastbeef. Abuelita, que por causa de su artritismo tiene terminantemente prohibidas las carnes rojas, no comía. Esperaba con las manos entrelazadas sobre el plato limpio, a que tía Clara y yo acabásemos con la carne, y entretanto, sus ojos, me observaban muy fija y obstinadamente. De pronto dijo :

— Me parece, María Eugenia, mi hija, que te has adelgazado mucho últimamente. Tienes ojeras y mal color. Cree

que deberías tomar el jarabe de glicerofosfatos de Robin, la Emulsion de Scott o cualquier otro fortificante.

Hubo una larga pausa, durante la cual, siguió la carne viajando, a pedazos, de mi plato a mi boca mientras Abuelita, cruzada de manos, continuó observándome tan fija, y tan obstinadamente como antes. Luego de mirarme así un buen rato, a sus anchas y a su entera satisfacción, inspirada sin duda en el mismo tema, volvió a hablar:

— Ya se cumplieron los dos años de la muerte de Antonio. Hoy hace justamente ocho días que se celebraron las misas del segundo aniversario... ¡y cómo pasa el tiempo, Señor!...

Aquí suspiró Abuelita. Hubo una pausa por la cual se extendió todo el sentimentalismo del suspiro, y después volvió a decir:

— Clara, no comprendo por qué no se han abierto todavía las ventanas. Quiero que María Eugenia se distraiga. Le hace falta alegría, ver gente y tener amigas... ¡Todas las cosas tienen su término! ¡ Hay que gozar de la juventud !... ¡Es muy lícito y muy natural!... Ya es tiempo de que María Eugenia, se quite el luto y se siente en la ventana.

Aquella misma tarde, tía Clara, luego de rezar el rosario, le dijo a María del Carmen, que sacudiese bien, por dentro y por fuera los dos rejas del salón y que sacase de la tabla de arriba del armario de la ropa blanca, la alfombrita y los dos cojines que se usan par apoyar los codos cuando se está en la ventana.

Y fué a eso de las cinco y cuarto, cuando por primera vez, tía Clara y yo, muy vestidas y peinadas, tal y como si fuésemos a salir de visitas, nos sentamos la una frente a la otra en los dos poyos correspondientes de la ventana, que se halla situada a la derecha del salón. Y mientras que juntas, nuestras cuatro rodillas parecían besarse silenciosamente, con el mutismo ritual de las ceremonias, Abuelita, se instaló cerca de

mí en su sillón de mimbres, y Chispita, la perra lanuda de tía Clara, satisfechísima de poder reanudar al fin lejanas costumbres que durante el lapso de estos dos últimos años debían brillar rutilantes en la monotonía de su existencia virginal, la señorita Chispita, digo, se subió de un brinco a la ventana, se extendió boca abajo sobre la alfombra de poner los codos, asomó su hociquillo negro por entre dos balaustres de la reja, y desdeñando mirar el bullicio de la calle, se entregó a sus ensueños entornando voluptuosamente los ojos.

Y fué así como quedó sólidamente establecido en la práctica aquel lícito principio enunciado por Abuelita en la mesa durante el almuerzo : « ¡Hay que gozar de la juventud! »

Hasta aquel momento histórico de mi vida, yo nunca me había « sentido » en la ventana, e ignoraba por completo su psicología. Es cierto que estaba ya muy acostumbrada a mirar, tras de las rejas abiertas, a uno y otro lado de la calle, tantos y tantos bustos femeninos, de cabezas más o menos interesantes o triviales, más o menos feas o bonitas, más o menos indiferentes o curiosas, que al atravesar la ciudad me miraban pasar, y me seguían con la vista fija a través de los barrotes. Es cierto que me había asomado algunas veces en las ventanas de la casa de tío Eduardo, acompañada de mi prima, pero en realidad, hasta aquella tarde, no conocí la sensación exacta y el verdadero sentido de esta frase, símbolo de regocijo « ponerse en la ventana »

Ahora recuerdo que al principio, la tal sensación me resultó algo ridícula. Me parecía que nosotras cuatro, o sea Abuelita, tía Clara, Chispita y yo, habíamos tomado para aquella especie de ceremonia de inauguración, unas actitudes inmóviles y solemnes que eran horriblemente falsas. Ante semejante sensación de falsedad me juzgué ridícula; como consecuencia del ridículo empecé por aburrirme, seguí por crisparme de nervios, y acabé por echar violentamente de me-

nos las tardes pasadas en mi cuarto, a solas, con mi bordado y mis libros.

A pesar de tanto aburrimiento y nerviosidad, al fin, sin saber cómo, empecé a distraerme. Mi atención se había ido engranando poco a poco en los detalles que la rodeaban, e insensiblemente, una vez en ellos, me condujo por el camino de las observaciones. Primero noté que a medida que avanzaba la hora propicia del paseo, los vehículos iban aumentando más y más, hasta llenar de ruidos y de movimiento la calle entera. Cuando el bullicio estuvo en todo su apogeo, inopinadamente, allá en el fondo de mi alma estalló la siguiente filosófica exclamación:

— ¡Ah! Qué triste sino el de los condenados a mirar cómo pasa la vida, sentados así en esta actitud secundaria de humilde espectador! ¡ay Dios mío! y quién fuera por lo menos uno de esos neumáticos grises, que atados con cuatro correas en la parte posterior de los automóviles, corren alegremente por el mundo!

Hipótesis desesperada que me hizo dar un salto de impotencia. Y como ocurriese que en aquel propio instante el extremo de la cortina de seda crema que adorna la ventana se hallase preso y arrugado a modo de pañuelo, entre la palma y las falanges de mi distraída mano izquierda, al dar yo el salto de impotencia la cortina entera se estremeció. Viendo la conmoción, tía Clara dijo:

— ¡Estate quieta, María Eugenia! Vas a romper esa cortina.

Y reanudó con Abuelita los inagotables e interesantísimos comentarios, que a propósito de los transeuntes, vehículos y pasajeros, brotaban abundantes de sus respectivas bocas, desde hacía ya media hora.

Abuelita observó:

— Veo Clara que ahora pasa muchísima menos gente a pie que la que pasaba hace un rato, ¡qué raro!

— No es nada raro, es muy natural — respondió tía Clara. Y explicó: — Mira, de las cinco a las cinco y media, pasa toda la gente que va a las vespertinas del cinematógrafo. Después la calle se queda sola hasta las siete o las siete y media, que es cuando vuelven a pasar ya de regreso.

— ¡Aaaah! — dijo Abuelita, explicándose el fenómeno. Luego añadió: — ¡Es prodigioso cómo se ha generalizado en Caracas el gusto por el cinematógrafo!... Y me dicen que la mayoría de esas películas son inmoralísimas. Yo creo como Eduardo: ¡entre el cinematógrafo y los bailes americanos, están acabando con las buenas costumbres, aquí, y en el mundo entero!

Entretanto yo, estaba observando una cosa nada trivial ni despreciable. Y era que todos los pasantes, salvo rarísimas excepciones, así fuesen hombres o mujeres, así fuesen viejos o jóvenes, así fuesen a pie, en automóvil, o en coche, al ver nuestra ventana se fijaban en mí, dando muestras evidentes de curiosidad y admiración. Esta experiencia empezó por interesarme y acabó por halagarme muchísimo, tanto, que en un momento dado, en vista de la insistencia general, resolví levantarme de mi sitio e ir a comprobar yo misma ante el espejo grande del salón, aquel aserto unánime del público. De pie frente al espejo, en la penumbra de la hora, me miré detenidamente un buen rato, y en efecto, me encontré tan linda con mi vestido blanco de crespón de China, mis finos brazos desnudos, y mis collar de granates ceñido a la nieve del cuello, que complacida me quedé mucho tiempo con las manos en alto arreglando a derecha e izquierda, estas dos rubias sedosas y onduladas « patillas » de pelo que se dibujan netamente a uno y otro lado de mis sienes... Pero la voz de tía Clara, me sacó al fin de mi feliz y animado arrobamiento, al decir así, desde su poyo de ventana, sin volver la cabeza y con los ojos clavados en la calle :

— Ya que estás de pie María Eugenia: ¡enciende!

Me fuí hasta la puerta del salón, le di una vuelta a la llave eléctrica, el salón se iluminó alegremente, y volví a sentarme en mi poyo vacío frente a tía Clara, sonriente, satisfechísima, diciéndome que después de todo era un verdadero crimen el haber pasado dos años enteros privando a los transeúntes del placer de admirar mi belleza, y privando a mi belleza del placer inmenso de sentir la admiración unánime de los transeúntes.

Y ya una vez hecho semejante juicio, lejos de aburrirme comencé a divertirme muchísimo. Me pareció que sentada así, en el salón alumbrado, junto a la reja abierta de par en par sobre la animación de la calle, mi persona adquiría un notable parecido con esos objetos de lujo que se exhiben de noche en las vidrieras de las tiendas para tentar la codicia de los pasantes. Abuelita era en ese caso el dueño de la tienda, tía Clara, uno de los dependientes, y como yo, Chispita, también estaba de *réclame* en la vidriera. Esta idea se fué fijando tanto en mi mente, que al fin me dije con palabras concretas :

— Sí. Soy en efecto un objeto fino y de lujo que se halla de venta en esta feria de la vida.

Y como el símil en general era muy exacto, y como a mí, por otro lado, me divierte muchísimo meterme en imaginación dentro de cualquier objeto, animal o persona que no sea yo misma, le di vida a la metáfora, e imaginando joyas, brocados y toda clase de objetos preciosos, inmóvil en mi poyo, mientras pasaba la gente me di a pregonar en voz muy baja :

— ¡Estoy de venta!... ¿quién me compra?... ¿quién me compra?... ¿quién me compra?... ¡estoy de venta!... ¿quién me compra? ¿quién me compra?... ¿quién me compra?...

Pero Abuelita, que a pesar de sus 78 años conserva todavía el oído muy fino, interrumpió de pronto el estribillo de mi juego porque preguntó impaciente:

— ¿Qué dices hablando sola, María Eugenia?

Por toda contestación levanté la voz y seguí diciendo al mismo rítmico compás que marcaba mi estribillo:

— ¡Estoy de venta!... ¿quién me compra?... ¿quién me compra?... ¿quién me compra?... ¡Estoy de venta!... ¿quién me...

— ¡Pues estás diciendo una tontería!... ¡Sí, una cosa muy impropia que ni aun en broma debe decir jamás una señorita, y muchísimo menos así, en la ventana, donde pueden oirla e interpretarla mal! Si alguno al pasar te dijera un atrevimiento, lo tendrías muy merecido, y no podrías quejarte!

Esto dijo Abuelita muy alterada. Esperó luego a que pasasen unos cuantos segundos, y añadió entonces con voz muchísimo más suave:

— ¡No sé, no sé, María Eugenia, mi hija, cuándo aprenderás a medir el alcance de tus palabras!

Yo no volví a decir más el estribillo en cuestión, pero recuerdo que mentalmente lo seguí repitiendo aquella tarde y todas las tardes subsiguientes, al sentarme de nuevo en la ventana, sola, entre tía Clara y Chispita, porque Abuelita que le teme mucho al aire y al polvillo de la calle, no volvió a acompañarnos más en nuestra habitual y vespertina diversión.

Sucedió pues que una tarde lluviosa, en que debido al mal tiempo pasaba muy poca gente, de pronto, invadió el desierto de la calle la majestad de un automóvil Cadillac que ocupado por un solo pasajero, y pintado de marrón, venía : « ¡Psssssssssssss! »... levantando suavísimo, sobre el empapado macadam, un sutil polvillo de agua. Yo lo miré alejarse distraída, pero tía Clara que lo había visto venir de frente, luego que hubo pasado, volvió su cabeza hacia la izquierda, lo siguió con la mirada por entre dos barrotes de la ventana y dijo:

— ¡Qué magnífico automóvil! Es del Doctor César Leal. Y seguramente que lo acaba de comprar porque : ¡fíjate ! está nuevo, nuevo, nuevo. Antes, César Leal no tenía auto-

móvil sino coche. Pero por lo visto, ahora, todo el mundo prefiere tener automóvil.

Al cabo de un rato:

— ¡Psssssssssss!...

Salpicando agua volvió a invadir la calle el suave rodar valuminoso del mismo automóvil. Tía Clara repitió:

— ¡El automóvil de César Leal!... Ya ha pasado dos veces. ¡Debe estar enamorado de alguna muchacha de esta calle!

Pero esta vez yo, sí me había fijado en el automóvil, y me había fijado también en que su dueño, el llamado César Leal, al pasar frente a nosotras, recostado en la andante y mullida delicia de un asiento color chocolate, me había mirado a mí, con una insistencia y una expresión mucho más intensa de la que suelen emplear la mayoría de mis admiradores anónimos. Dada esta circunstancia, pensé al momento con gran seguridad y convicción:

— Tiene razón tía Clara, y no hay duda de que esa muchacha soy yo misma.

Pero recuerdo que en voz alta expresé todo lo contrario, porque le repliqué diciendo:

— No creo que esté enamorado de nadie! Hay veces, tía Clara, que las circunstancias nos obligan a pasar y a volver a pasar por un mismo sitio sin que tengamos deseos, ¡qué digo deseos! pero ni siquiera intenciones remotísimas de hacerlo. Acuérdate además que más abajo hay una venta de gasolina, los autos bajan a comprarla.

No obstante el automóvil del Doctor Leal seguía: ¡Psssss!... pasando, pasando, y sólo dejamos de verle cuando ya anochecido tuvimos que cerrar la ventana porque había llegado la hora de irnos a comer. Recuerdo muy bien que cuantas veces le vió venir, tía Clara repitió su acertadísima opinión:

— Debe estar enamorado de alguna muchacha de esta calle.

Y mientras el auto se alejaba zigzagueando suavemente por entre los obstáculos del tránsito, mirándole perderse allá, en lontananza, tía Clara, con la cabeza enteramente volteada hacia la izquierda añadía éste u otro comentario por el mismo estilo:

— ¡Ah!... ¡es muy buen partido!... Muy picaflor, muy resbaloso, eso sí, ha dejado ya a varias novias, pero es magnífico, en todos sentidos, ¡Ah! la muchacha que logre casarse con él, pone una pica en Flandes!

Yo, por mi parte, no decía ni una palabra, sino que al escuchar:

— ¡Psssssssssss!...

comprendiendo que aquel pasar y repasar estaba completamente dedicado a mí, por amabilidad, finura, agradecimiento, etc. miraba vagamente, hacia el asiento color chocolate, y sonreía suave, suavísima, con una imperceptible sonrisa, que siendo más bien amable que tímida, era más bien tímida que amable, y que siendo completamente involuntaria, era al mismo tiempo enteramente voluntaria con algo así... ¡en fin! resumiendo y en pocas palabras: que cuando yo veía a ¡Pssssss! sonreía al instante de un modo que es facilísimo de hacer y dificilísimo de explicar.

Pero hablando francamente: a pesar del éxito inmenso de mi sonrisa, la cual, al igual del motor, la gasolina, y los cauchos, tenía al flamante Cadillac de arriba abajo, de arriba abajo, de arriba abajo y de arriba abajo ; allá en lo más hondo de mi fuero interno, yo, sonreía sin convicción, puesto que creía firmemente que ni César Leal ni su automóvil merecían en absoluto tan exquisita sonrisa. Al auto lo encontraba llamativo, muy mal de colores, sumamente recargado y con un chauffeur vestido que era una ridiculez. En cuanto al dueño me parecía demasiado gordo, demasiado trigueño, dema-

siado viejo, demasiado recostado dentro del chocolate, demasiado... pero ¡bah! creo que es importuno, y creo que es además completamente inútil, el hacer ahora la lista de las primeras impresiones producidas en mí por la persona de César Leal, puesto que la primera impresión producida en nosotros por cualquier persona que no se haya tratado aún, no tiene importancia ninguna, y que lo de atenerse a dicha primera impresión no es cosa racional y posible, sino cuando se trata de objetos inanimados, que se van a comprar, tales como son por ejemplo: los zapatos; las medias de color; los vestidos de baile dada la forma del escote; y sobre todo: ¡los sombreros! ¡ah! sí, ¡la primera impresión de un sombrero es fiel e importantísima, porque casi, casi nunca nos engaña!...

Pero en cambio, jamás debe tomarse en cuenta nuestra primera impresión al tratarse de una persona, y muchísimo menos aun, si entre nosotros y la susodicha persona, se ha tendido ya esta red sutilísima del amor; red divina y luminosa, en cuya trama se agolpan y enredan por millares, las incógnitas, los imprevistos los descubrimientos y las sorpresas...



No había transcurrido todavía un mes después de la tarde que acabo de mencionar, cuando una mañana, yendo de mi cuarto al comedor para beberme un vaso de agua, oí que la voz de Abuelita, llena de solemnidad, me nombraba a lo lejos, allá, en su oasis del corredor de entrada. Inmediatamente, en puntillas, y por dentro de las habitaciones, me llegué a la puerta del saloncito que está próxima al corredor de salida, y una vez allí, entré en conocimiento de que asistida por tía Clara, tío Eduardo y tío Pancho, Abuelita celebrada consejo de familia, y que era ésta mi persona el tema que se hallaba en discusión sobre el tapete. Aun cuando sé perfecta-

mente que el escuchar detrás de las puertas es cosa feísima y absolutamente reprobada por la buena educación, yo suelo ponerla en práctica cada vez que se me presenta la oportunidad, porque considero que es ésta una de las poquísimas formas bajo las cuales se nos muestra la verdad en todo su refulgente esplendor, sin circunloquios, ni reticencias de ninguna especie, y sin tener sobre todo aquel aspecto de insulto que adquiere siempre que se la escucha de frente y cara a cara, ya sea en forma de consejo o en cualquier otra forma

Una vez asentado el anterior principio, no es pues ningún cinismo, ni tengo por qué avergonzarme de confesar, que no bien llegué a la puerta del saloncito, escuchados ya los primeros retazos de la conferencia, en lugar de marcharme, no, arrastré en silencio uno de los sillones del juego, lo coloqué junto a la puerta contigua, cosa de poder escapar fácilmente, si así lo exigían las circunstancias, me senté en el sillón, me recosté bien, apoyé mi cabeza sobre su respaldo y me entregué a la audición en forma muelle y agradable.

Por el momento, era Abuelita quien llevaba la palabra y en medio del silencio general decía:

— ¡Nadie, nadie, me parece bastante para ella! No es porque sea mi nieta, pero es muy superior, sí, superiorísima a todas las demás!... Por supuesto, Eduardo, que al hablar así, no me refiero a Cecilia Margarita, que es también una muchachita encantadora, sino que me refiero a la mayoría de esas niñas insulsas y malcriadas que según tú mismo dices, se encuentran hoy día, a cada paso, en todas partes... Y repitió: — ¡No es porque sea mi nieta, pero es muy superior a todas las demás!...

— ¡Pues eso mismo creo yo! — dijo la voz de tío Pancho — y porque lo creo firmemente, me parece un disparate, el que María Eugenia vaya a casarse desde ahora, sin haber visto el mundo. ¡Que baile, que se ría, que se divierta, y des-

pués que se haya divertido bastante, entonces: ¡que se case si quiere!

— ¡Anda!... ¡si es de casarme que hablan! — pensé yo, dándome tono y poniendo los dos pies sobre una silla cercana a fin de estar todavía más cómoda. ¡Y apuesto a que es tío Eduardo, el abogado defensor de mi matrimonio!

— Las mujeres, Pancho, deben aprovechar las ocasiones cuando se les presentan — replicó en efecto la voz gangosa de tío Eduardo la cual, a más de gangosa se hallaba aquel día ronca por asuntos de un resfriado. — Mira que en Caracas no abundan los buenos partidos, y es muy probable que más adelante, María Eugenia no vuelva a encontrar lo que ha encontrado ahora!

— Pues entonces, que ni se case ahora, ni se case después: ¡que no se case!

Recuerdo que esta solución de tío Pancho, me sonó malísimamente en los oídos, tanto que aprobé mucho la voz de Abuelita, cuando empezó a decir:

— ¡No, Pancho, no, de ningún modo, yo no pienso así!... Mira: María Eugenia, es el alma y es la alegría de esta casa; el día que se vaya de aquí nos dejará un vacío inmenso, terrible, pero yo no soy egoísta, no, y aunque tampoco soy muy amiga del matrimonio, opino como Eduardo: María Eugenia necesita un marido. Lo necesita por su situación, y lo necesita por su carácter. Esta niña es demasiado bonita, y es al mismo tiempo demasiado libre en sus ideas, sola, podría hacer quizás muy mal uso de su libertad... ¡Sí, esa excesiva independencia, ese carácter impresionable, ese desdén por todo lo que representa para ella una autoridad, son cosas muy, muy peligrosas! Es cierto que últimamente se ha corregido mucho, pero aun así, yo creo que para ella es indispensable tener a su lado una voluntad fuerte que la guíe o mejor dicho que la someta, y la eduque para la vida. ¡Ah! ¡no, yo no me moriría

tranquila si dejara a María Eugenia sola de su cuenta, sin un apoyo en el mundo!

Si la frase de tío Pancho me había sonado mal, estas finales de Abuelita me llenaron de indignación, y de no haber estado escondida en el saloncito, le hubiera contestado airadísima, gritando: que mi educación se hallaba terminada desde hacía más de tres años, que me encontraba satisfechísima de ella, que juzgaba el período educativo la época más desagradable de la existencia, y que si ahora aceptaba un marido, no era en absoluto para seguir insistiendo sobre el tema fastidiosísimo de mi educación, sino para tratar con él de asuntos que yo juzgaba mucho más nuevos y divertidos. Afortunadamente no me hallaba visible, y esta circunstancia feliz me evitó un serio disgusto que habría terminado en el consabido y larguísimo rosario de consejos que ya sé de carretilla.

Y mientras indignada, protestaba a solas contra las palabras de Abuelita, tío Pancho, que seguía encastillado en su tesis antimatrimonial no le pasó por mientes, el combatir aquel horrible proyecto de futura y eterna educación sino que dijo:

— Pues Eugenia, francamente, lo que a mi me parece muy egoísta, es que usted, para tranquilidad suya, sacrifique tal vez a María Eugenia casándola desde ahora.

— ¿Pero de dónde sacas tú que yo la estoy casando? — dijo entonces Abuelita muchísimo más indignada que yo, y con una voz que demostraba el colmo de la exaltación — ¡Cualquiera que te oyera hablar, Pancho, diría que yo soy una mujer desnaturalizada, que quiere salir de su nieta a todo trance y la obliga a aceptar el primero que pasa por la calle!... ¡Que injusticia tan grande, Dios mío!... ¡Cuando es todo lo contrario!... ¡Cuando yo sé de sobra y desde ahora que el día en que María Eugenia se case, será un día de duelo, un verdadero día de entierro para mi!

— Sí — terció por primera vez tía Clara — A Mamá le hará una falta inmensa María Eugenia el día que se vaya de

su lado. Y a mí, ademas de falta moral, me hace también falta material, porque me ayuda muchísimo en el manejo de la casa. ¡Desde hace más de un año es ella sola quien se entiende de un todo con la ropa!

— ¡Pero Señor, — volvió a banguear tío Eduardo — si no es cuestión de matrimonio todavía! ¡No sabemos si se entenderán entre ellos al tratarse! ¡Pero si ni siquiera sabemos lo que piensa María Eugenia sobre el particular!

— ¡Ay! es muy difícil, o mejor dicho, es imposible que nadie sepa nunca lo que piensa María Eugenia — objetó la voz de tía Clara — porque como es tan caprichosa, hoy te dice verde y mañana te dice colorado! Creo que a ella misma le cuesta mucho trabajo saber lo que quiere. Sin embargo, a mí me parece que le gusta César Leal, ¡sí, juraría que le gusta!

— ¡Pues yo no creo que le guste — dijo tío Pancho — pondría mi mano en el fuego porque no le gusta! Lo que sucede es, que encerrada en estas cuatro paredes donde la tienen ustedes, ha perdido el sentido crítico, está desorientada, y no posee la noción de lo mejor ni de lo peor porque carece de puntos de comparación. María Eugenia tiene el gusto completamente anarquizado. Temo muchísimo que se le ocurra casarse con César Leal, que se arrepienta después, y que acabe por ser desgraciadísima!

— Pues conste — siguió diciendo Abuelita en el mismo grado de exaltación — conste que yo, por mi parte no he influído ni influiré jamás directamente en ella para que acepte ni a ese pretendiente, ni a un rey que se le presentara. Todavía no le he dicho una palabra sobre el particular: ¿oyes Pancho? ¡ni una palabra! y es que quiero dejarla en plena libertad de elección... Pero de ahí a que yo me oponga rotundamente y le cierre las puertas de mi casa a un joven honorable, que reune buenas condiciones, que ha procedido con entera

corrección, y que está locamente enamorado de María Eugenia: ¡hay un abismo! ¿no te parece, Eduardo?

— Sí, ¡hay un abismo!

Respondió tío Eduardo, con su voz acatarrada de eco profundo, que dada la distancia resultó muy onomatopéyica, porque pareció surgir realmente del fondo de un abismo. Pero después de una pequeña pausa durante la cual tosió muy estrepitosamente, dijo con la voz mucho más clara:

— Si César Leal se hubiera presentado en casa, como pretendiente de mi hija, bajo la forma correcta en que se ha presentado aquí, yo lo habría recibido con los brazos abiertos... Por supuesto que digo: « bajo la forma correcta en que se ha presentado aquí » porque es muy cierto que en el fondo, Leal, es uno de estos hombres reacios al matrimonio, que le gusta divertirse, y que ha dejado ya a varias novias, pero por otro lado, también es cierto que nunca, jamás, en ninguno de sus amoríos anteriores, había empleado la forma respetuosa y correcta que ha empleado ahora. Según me ha asegurado él mismo, es ésta la primera vez que se enamora seriamente, y como he dicho ya, vengo comisionado por él a anunciarles « que está firmemente resuelto a casarse cuando María Eugenia lo acepte, en el día y la hora que nosotros fijemos ». ¡Yo creo que un hombre de palabra no puede ofrecer mayores garantías!

— ¡Aaaaaaay! ! — aspiré yo emocionada y con la boca abierta al escuchar tan descomunal noticia, mientras que:

— ¡Naturalmente que si no fuera así yo no lo recibiría! — exclamaba al mismo tiempo Abuelita, severa y solemnísima, cortando en seco el discurso de tío Eduardo — ¡Ah! ¡ya lo creo!... ¡de otro modo no me expondría jamás, ni expondría a María Eugenia, a que un hombre, sea cual fuere, entrara en mi casa, para salir después, burlándose de mí y de ella!

Tía Clara, con un gran dejo de melancolía, como si algún triste recuerdo palpitara en su voz, dijo :

— ¡Desengáñate Mamá, los hombres que han sido enamorados y tenorios, por muy buenos que sean, como novios, no resultan nunca unos novios seguros!... Pero después de todo, algún inconveniente debía tener Leal: ¡ése es el suyo!

— ¿Cuál? — preguntó tía Pancho — ¿el de ofrecer pocas probabilidades de casarse? Pues mira, Clara, en mi opinión ese inconveniente es la mejor de sus cualidades, la más brillante de sus condiciones, y la única garantía de felicidad que puede ofrecerle a María Eugenia!

Pero tío Eduardo que estaba muy en su papel de jefe de familia proveedor de informes y embajador de tan gran acontecimiento, sin atender a las palabras finales de tío Pancho, emprendió de nuevo su interrumpido discurso :

— Desde todos los demás puntos de vista, no cabe duda que Leal es un joven inmejorable, y por consiguiente : ¿a qué más puede aspirar en Caracas un Padre o una Madre de familia? Es muy educado, muy correcto, muy inteligente, sumamente culto, no tiene ningún vicio, es Doctor en Leyes, Senador de la República, Director de un Ministerio, tiene muy buena posición monetaria, pertenece a una familia honrada, ha sido buen hijo, es buen hermano: ¿qué defecto le encuentras tú, Pancho?

— Pues encuentro que además de ser echón, fastidiosísimo, y mal escritor, tiene ese defecto horrible de las cualidades. Mira Eduardo, si así como has enumerado sólo unas cuantas, hubieras tenido la paciencia de enumerar hasta el fin todas las cualidades de Cesar Leal, habrías compuesto sin saberlo, una especie de letanía mayor como la que rezan por Semana Santa.

Urgida sin duda por la asociación de ideas, la voz de tía Clara dijo al instante :

— ¡Es muy generoso! Hace pocas semanas dió una magní-

fica limosna para el embaldosado de la capilla del Cristo de Catedral; y además estoy casi, casi, segura, de que él estaba entre los ocho que llevaban las varas del palio en la procesión del Jueves Santo el año pasado.

— A mí sin conocerlo me es sumamente simpático desde que he sabido que es un buen hijo, — se puso a decir Abuelita ya enteramente calmada. Y me han contado además, que cuida muchísimo a sus dos hermanas; no las deja salir solas; no las lleva a los clubs; ni les permite que bailen esos bailes indecentísimos de ahora. ¡Ah! los que son buenos hijos y buenos hermanos, son siempre, siempre, muy buenos maridos!

Tío Pancho dijo :

— Conozco a las hermanas de César Leal. Son dos trigueñas largas, flacas y llenas de barros. Es muy posible que eso de no llevarlas a los bailes de los clubs sea por lo muy feas que resultarán escotadas. De todas maneras, el esconder a los parientes impresentables es una cualidad como cualquier otra, porque demuestra muy buen corazón y mucho espíritu de familia.

Abuelita sin escuchar en absoluto a tío Pancho, había seguido imperturbable el hilo de sus pensamientos y ahora decía :

— ...en Caracas no hay mucho donde escoger, y cada día es más difícil encontrar un hombre que no tenga vicios. ¡Lástima que esos Leal no pertenezcan a nuestro mismo círculo, es decir... a nuestro mismo grupo social!...

Y aquí hubo una brevísima pausa, durante la cual Abuelita, debió emitir uno de aquellos sus profundos suspiros, que dadas las circunstancias no logró llegar a mis oídos, pero que mi imaginación suplió al punto con su natural acierto y doble-vista. Transcurrida la pausa, Abuelita revistió su voz con ese tono dulcísimo tan propicio a las evocaciones y comenzó a decir muy lentamente :

— Leal... Leal. ¡esos Leal no figuraban en mi tiempo!

Me parece haberlos oído nombrar, pero así... muy en segundo lugar... ¡no, no son de lo primero ni mucho menos!... ¡Pero también es verdad que hoy día las cosas están de otro modo!...

Aquí hubo otra pausa a la cual correspondió sin duda un segundo suspiro y añadió:

— ¡Ah! no es porque sea mi nieta, pero ella se merece tanto ¡tanto!...

Como yo soy tan susceptible a los elogios, esta frase final repetida ya por segunda vez se me subió decididamente a la cabeza, y recostada siempre en el sillón, con mis dos pies cruzados sobre la silla cercana, me dije parodiando la evangélica expresión, que en efecto, el tal César Leal no era digno de desatar siquiera la correa de mi zapato. Y naturalmente, una vez emitido este juicio, pensé que durante la conferencia, tío Pancho se había expresado como un verdadero sabio, salvo por supuesto cuando dió aquella opinión tan necia: «... que ni se case ahora, ni se case después, ¡que no se case!...» Medité un segundo sobre la susodicha opinión, y de pronto, me molestó tantísimo, que dejé de atender a la conversación, y como si tío Pancho se hallare presente, y por si dado el caso volvía a repetir esa misma opinión delante de mí, para bien preparar lo que le contestaría, lo increpé en imaginación diciendo:

— « ¡Que no se case »!... sí... ¡eso es!... « que no se case »... ¡claro!... ¡porque no eres tú tío Pancho! ¡Quisiera verte en mi lugar a ver si decías lo mismo!... ¿te parece muy divertida la vida que estoy llevando?... ¿ah?... ¿crees que voy a renunciar a casarme así, nada más que porque tú lo dices, cuando esta idea de casarme es precisamente la única que me preocupa, y el único fin hacia el cual se dirigen por ahora todos mis actos? Dime: ¿encuentras muy bonito, verdad, que me quede para toda la vida tan elegante y tan feliz como está ahora tía Clara, entre Chispita, los helechos y el rosario?... ¿te parece?... ¡No me casaré ahora con César

Leal, bueno, pero es porque, como dice Abuelita, no me parece bastante para mí, y porque tengo la seguridad de que puedo encontrar más adelante algo muchísimo mejor!... Claro, que si no fuera por eso me casaba ahora mismo; mira: ¡ya, ya, ya, una, y veinte mil veces con César Leal!...

Pero en el corredor, la voz de tío Eduardo, que se hallaba ahora entonando un solo lleno de solemnidad, porque encerraba el acuerdo final de la conferencia, vino a arrancarme bruscamente de mi soliloquio al oirle decir con la precisión terminante de los hechos:

— Entonces, Mamá, voy a participarle, que no hay inconveniente y que tú lo recibirás esta noche a las nueve. Según me ha dicho él mismo, ya conoce a Clara y María Eugenia, porque lo presentó la otra tarde un amigo estando ellas en la ventana. Está encantado con Clara, y loco, verdaderamente loco por María Eugenia. Yo creo que si ella lo acepta hace muy buen matrimonio. ¡Ojalá se decida y lo acepte!

— ¡Ojalá! — repitió tía Clara — y volvió a decir: ¡Pero es tan difícil averiguar lo que piensa decidir María Eugenia! ¡Como es tan caprichosa!

— Voy a hablar con ella— dijo Abuelita — Pero por supuesto, que no pienso influenciarla un ápice ni en favor ni en contra de Leal.

— Pues yo, como creo que no le conviene, cuando hable con ella influiré en contra todo cuanto pueda — dijo con mucha tranquilidad la voz de tío Pancho.

— Bueno: ¡eso es cuenta tuya, Pancho! — contestó Abuelita disgustada y como recordando a tío Pancho la carga que representaba el echarse encima semejante peso de responsabilidad.

Y que yo recuerde ahora, en aquella memorable conferencia, nada más se dijo sobre el particular que sea digno de mención, sino que ya, una vez tomado el acuerdo final efectivo, los cuatro miembros que la formaban, se dieron a hablar de

otros asuntos. Pero los últimos diálogos cruzados acerca de mi próxima resolución, me dejaron del lado acá de la puerta, sumida en un mar de perplejidades. Mirando la punta de mis zapatos que se hallaban ahora entrelazados no ya sobre el asiento sino sobre el respaldo de la silla cercana, casi, casi, al nivel de mi cabeza, me di a pensar que el mundo estaba organizado de una manera muy estúpida y muy desagradable, desde el momento que una mujer bonita no podía sonreír asomada a su ventana, cómo y cuándo le diera la gana, sin que se formara al punto semejante baraúnda de discusiones, conferencias, y presentaciones... ¡Ah! sobre todo, aquello de situarme de golpe, frente a una decisión tan trascendental e inmediata, como la del caminante a quien un ladrón le dice de repente: « la bolsa o la vida » era lo que me parecía más horrible y fastidioso. Pero en fin, luego de reflexionar, para salir con bien de tan gran perplejidad, resolví terminantemente que aun cuando tía Clara repitiera una y mil veces aquello de: « hoy te dice verde y mañana te dice colorado » yo, a pesar de haber sonreído diariamente a César Leal por espacio de veinte días consecutivos, ahora no le sonreiría ya más y no me casaría con él de ningún modo, entre otras razones porque se sentaba muy mal en el automóvil; porque no me dejaría bailar foxtrot, ni me dejaría salir sola, y porque tampoco me convenían esas hermanas tan feas de que había hablado tío Pancho, puesto que el día de mañana, ya casada con él, podía tener yo una hija, que en lugar de parecerse a mí se pareciera a sus tías, cosa irremediable, de la cual probablemente no me consolaría jamás. Y una vez tomada esta firme resolución, respiré satisfecha y bajando los pies de la silla y levantándome del sillón, abandoné desdeñosamente el saloncito, y la conversación banal que seguía su curso en el corredor de entrada.

Una hora más tarde, Abuelita, tal cual lo había anunciado durante la conferencia, me llamó, y en efecto, me puso al corriente de la visita e intenciones de César Leal. Natural-

mente que yo la oí, como si todo me cogiese de nuevo, y por sí o por no, y por darme tono, y por elegancia, resolví asumir una misterios actitud de esfinge. Así pues, escuché la participación en completo silencio e impasibilidad. Cuando Abuelita hubo terminado de hablar, por toda respuesta dije lacónicamente :

— Está bien.

Y me fuí.

Pero ocurrió que en la tarde, cuando me hallaba en mi cuarto profundamente engolfada en una novela inglesa de esas que pasan en el gran mundo elegante, de pronto, tal y como si fuera cosa de magia, apareció en el umbral de mi entornada puerta María del Carmen, la sirvienta, cargada con un inmenso bouquet formado de rosas blancas y orquídeas.

— ¡Lo traen de parte del Doctor César Leal! — dijo María del Carmen, encantada de anunciarme tan gran acontecimiento. Y mi cuarto se llenó de una exquisita fragancia, que resultó lo más en armonía del mundo con el ambiente de la novela inglesa.

La vista de las flores me sorprendió deliciosamente, y me llenó de la más viva satisfacción y alegría, pero como tras de las flores, a más de María del Carmen venía también tía Clara, deshaciéndose en elogios ante la blancura de las rosas y el matiz delicadísimo de las flores de mayo, yo me levanté de mi asiento y tomando el bouquet entre mis manos, opté por colocarlo desdeñosamente dentro del jarrón grande, diciendo al mismo tiempo con cierta displicencia:

— Están muy bonitas, pero las pondré en los floreros más tarde porque ahora estoy ocupadísima: ¡estoy leyendo!

— ¡Qué desabrida eres, María Eugenia! — comentó tía Clara — ¡unas flores tan lindas! Mamá dice que nunca ha visto reunidas, en esta época, tan gran variedad de flores de mayo!

Pero no bien se marcharon tía Clara y María del Car-

men, cerré las puertas de mi cuarto, y reuniendo todos los envases y floreros que pude encontrar los llené de agua y me puse a arreglar las flores en lánguidas y ensoñadoras actitudes. Y hubo flores para el escritorio, para la mesa de noche, para la ventana, para el tocador y para el escabel; surgieron deliciosas y delicadísimas junto a la niebla de mi cortina de punto, se desmayaron dulcemente desde la altura de las rinconeras, y se reflejaron y multiplicaron mil y mil veces, como yo misma, en las infinitas repeticiones de mis tres espejos combinados... Y contemplando mi obra, y aspirando el aire, con las narices esponjadas me quedé en éxtasis mucho rato..

¡Ah! mi cuarto ya no era mi cuarto, sino una estancia novelesca y encantadora en donde flotada el más sutil y delicioso perfume. Me acordé del boudoir oriental de Mercedes Galindo, siempre lleno de flores, que tanto me había cautivado en otros tiempos, y por imitarla a ella, me puse mi *déshabillé* de encaje crema; arreglé frente al espejo los áureos tufos de mi pelo; me perfumé el cuello y los brazos con Nirvana de Bichara, y luego de pulirme las uñas, tomé de nuevo la novela inglesa y me tendí en mi cama a fin de continuar allí la interesante lectura interrumpida por la visita de tan agradables huéspedes.

Pero ya no logré leer ni un solo instante. El libro marcado y entreabierto por el índice de mi mano derecha, yacía indolente, inmóvil y mudo como toda mi persona sobre el raso azul celeste del edredón, mientras que mi atención admiraba el matiz de las flores, aspiraba voluptuosamente aquel tenue y complicado perfume hecho con rosas, orquídeas y Nirvana de Bichara, y me decía a mí misma que al fin de cuentas debía de ser muy agradable el tener un enamorado que mandase flores casi todos los días. Suavemente embriagada por tan sutil perfume, durante un largo rato, me di a volar sobre sus alas por los deliciosos meandros y vericuetos de mil delicadísimos ensueños. Y si nada cuento ahora de tan dulces ensueños, es

porque todos sin excepción trataban de asuntos muy imprecisos que me sería arduo y dificilísimo el querer manifestar con palabras. Pero según me parece recordar, creo que en ellos ejercieron gran influencia todos aquellos lores y ladies, parques y lagos, castillos, bailes y cacerías descritos en la novela inglesa que bajo la presión de mi mano, seguía desmayada sobre la seda celeste del edredón.

Después de haber errado a mi gusto y sabor por entre los laberintos de tan suaves divagaciones volví por fin a la realidad y comencé a pensar en César Leal y en su visita de la noche. Me dije que no obstante mi firme resolución, dentro de una actitud reservada y negativa, debía mostrame amable, puesto que tan preciosas flores me había ofrecido él, y puesto que al decir de tío Eduardo, tan encantado se hallaba en mi persona, cosa que después de todo lo recomendaba como a hombre refinado y de buen gusto. Luego, comencé a pensar también, que en general, era una tontería dejarme llevar demasiado por el criterio de tío Pancho, el cual, como dice con tanta razón Abuelita, no ha demostrado nunca ni buen juicio, ni sentido prático en la dirección de su propia vida; además era muy lógico por otro lado, que en adelante, desconfiara ya de su opinion, desde el momento que él encontraba naturalísimo el condenarme a que no me casara jamás y a que vegetara eternamente sola, pobre, desairada, y muerta de fastidio, como vegetaba tía Clara.

Una vez hechas estas consideraciones de orden moral, pasé a decidir qué vestido me pondría en la noche para recibir la visita, y hacer mejor efecto si se quiere del que había hecho hasta entonces detrás de las cruces y balaustres de la reja, los cuales favorecen más que otra cosa, puesto que encierran el busto en un ambiente de prisión muy oriental y sugestivo. Decidí primero vestirme de oscuro para dar así el mayor realce posible a la armonía general de la línea, pero luego pensé que en la reducida distancia de un salón es muy difícil hacer desta-

car la línea, y que resulta muchísimo más importante el ocuparse de la armonía del color con relación a la piel, los ojos y el cabello. Entonces resolví sin discusión ponerme mi vestido de *charmeuse* rosa, ya que en mi opinión el color de rosa es mi verdadero color, aun cuando tía Clara que no sabe ver, y que tiene continuamente en la retina, la obsesión de las Inmaculadas y Vírgenes de Lourdes, opina que es el azul. Pensando siempre en este asunto de la armonía de colores, me dije que si me hubiese vestido de oscuro, me habría puesto en la cintura sin duda ninguna, dos grandes rosas « reina de las nieves », pero que al ponerme el traje de *charmeuse*, en lugar de las dos « reina de las nieves » me quedarían muchísimo mejor dos flores de Mayo... ¡sí! decididamente, dos flores de mayo prendidas con gracia sobre la cintura de mi traje de *charmeuse*, parecerían dos grandes mariposas levantando sus alas sobre una rosa. Y de antemano me entusiasmé, mirando ya el delicioso efecto que haría mi busto griego al surgir clásico y delicado entre tan suaves matices.

Pero, como yo mido y reflexiono muy bien el más insignificante de todos mis actos aun cuando Abuelita se pase la vida diciendo lo contrario, pensé inmediatamente, que si me prendía en la cintura dos flores de mayo de las enviadas en la tarde, esto podría parecer una prueba de aceptación, cosa que se hallaba borrada de mi programa y en absoluta pugna con mi resolución definitiva. Y entonces, como demostración evidente de que reflexiono muy bien todos mis actos, resolví vestirme con mi traje de *charmeuse* rosa, sin prenderme en la cintura flores de ninguna especie.



Cuando dieron la nueve y cuarto de aquella histórica noche, yo me hallaba todavía frente al espejo, contemplando mi gentil persona la cual, según el plan anterior, se hallaba envuelta

en un sencillo y delicadísimo *gown* de *charmeuse* color de rosa. De pronto viéndome muy de cerca en el espejo, me había encontrado algo insulsa. Ahora me hallaba meditando en la manera de ponerme unas tenues ojeras que me dieran cierto carácter, sin llamar al mismo tiempo la atención de Abuelita, cuando apareció en el marco de la ventana abierta la cabeza de María del Carmen, repitiendo ya por segunda vez este recado.

— Mandó a decir la señorita Clara, que hace más de un cuarto de hora que llegó la visita, y que es muy feo hacerse esperar tanto rato.

Yo eché una mirada al reloj de mi escritorio, y mientras pasaba con muchísimo cuidado junto a mis ojos, la punta de un lápiz Faber número 2 que por estar un poco romo pintaba bastante bien, me dije:

— ¡Es curioso el poco sentido que tiene tía Clara para calcular el tiempo! ¡No hace todavía sino seis minutos y medio que oí entrar a Cesar Leal y a eso llama « un cuarto de hora »! Pues bien, aunque ella y Abuelita me manden dos mil recados más, me haré esperar lo menos, lo muy menos diez minutos: ¡éste es el mínimum indispensable para aguijonear la atención del que espera, y preparar así el éxito del que llega!

Y ya, las ojeras ligeramente marcadas, con el objeto de hacer tiempo, pero sólo, sólo, con el objeto de hacer tiempo, tomé del florero imitación de Sèvres que se hallaba en mi ventana, dos flores de mayo, las acerqué y sostuve con la mano junto a la cintura de mi traje de *charmeuse* y me asomé al espejo a fin de apreciar mejor el acuerdo y armonía de tan delicados matices. Por espacio de algunos segundos me quedé absorta contemplando las dos orquídeas que cogidas a la rosa de mi seno extendían sobre él aquellas dos alas de mariposa, etéreas, temblorosas, caprichosísimas. Y como se veían tan finas, tan finas y tan suaves de color, extendí la mano hacia mi toca-

dor, tomé en él un alfiler de los largos, y cuidando muchísimo de que las dos flores no se moviesen un ápice de la posición que habían adoptado, prendí los tallos con el alfiler largo, y luego prendí y aseguré las hojas con varios alfileres pequeños, mientras, me decía a mí misma:

— ¡Vaya!... ¿y por qué no he de ponérmelas? ¡ah! no, no, estos obstáculos que se oponen a la armonía de color o a cualquier otro importante detalle de la toilette son muy fastidiosos, y me parece lo mejor no tomarlos nunca en consideración si es que aspiro a andar bien vestida. Además... ¿tiene acaso César Leal el monopolio de las flores de mayo, o es que las flores que él regala se hallan marcadas por alguna inicial o monograma?... ¡Psss! ¡Muy bien podría yo haber adquirido estas flores por mi cuenta, y en ese caso no me las habría dejado de poner de ninguna manera, aun cuando él que es tan echón, según dice tío Pancho, me hubiese enviado cestas, carros y vagones repletos de orquídeas!

Y como una vez prendidas en mi cintura las dos flores de mayo, hubiesen transcurrido ya los tres minutos y medio, que faltaban para los diez del mínimum reglamentario, con un andar ágil, lleno de elasticidad y de elegancia, dejando tras de mis pasos una deliciosa estela de Nirvana de Bichara y ostentando aquella actitud de importancia y displicencia que debe adoptar toda mujer distinguida, cuando piensa desdeñar a un pretendiente, me encaminé al salón.

Pero... ¡ah! es terrible, terrible, la cantidad de tensión expectativa que puede desarrollarse entre cuatro circunstantes, en el reducido ambiente de un salón y en el brevísimo espacio de diez minutos! Nunca, jamás, lo hubiera creído. Pero es así: ¡es terrible! Hay momentos psicológicos en que la atención de unos circunstantes en espera comienza a desarrollarse, y va creciendo, creciendo, se hace grande, enorme, inmensa, hasta que por fin es un monstruo que se arroja sobre el que llega y lo devora.

Esto lo comprobé, cuando iluminada mi fisonomía por una encantadora y preparada sonrisa me asomé a la puerta del salón. Una sola ojeada me bastó par comprender que el ambiente me había devorado ya.

¡Ah!... es que aquello era espantoso de solemnidad.

Abuelita, sentada en el sofá, se había puesto su vestido de terciopelo negro con cuello de encaje de Bruselas, cosa que no sucede sino poquísimas veces, además, por mayor respeto hacia el acto, había sacado también de su joyero, los impertinentes finos de carey, los cuales al sentirme llegar, dirigidos por la mano, se subieron inmediatamente a sus ojos, cabalgaron sobre su nariz, y como un cometa escoltado por su cola que era la habitual cadena de oro, se dieron a mirarme brillantes, luminosos, resplandecientes de espíritu crítico. En un sillón junto a Abuelita, y frente a la puerta de entrada, imponente e imperial, de smoking, con botonadura de rubíes en la pechera, una gardenia en el ojal, perfumado, y con un bellísimo solitario en el meñique de su mano derecha, se hallaba César Leal. Al verme entrar, se puso automáticamente de pie, y yo lo encontré tan arrogante y tan correcto, que me pareció como si de pronto, por arte de magia, un árbol frondosísimo cargado de ramas, hojas, frutas y todo, hubiese surgido del suelo. En cuanto a tía Clara, había decidido vestirse con su traje azul marino, que como el de terciopelo de Abuelita no sale a colación sino en ciertas grandes ocasiones, y sus ojos, desprovistos ellos de impertinentes, desatendieron el conjunto de mi persona, por clavarse agudísimos y tenaces en las flores de maye de la cintura. Por otro lado, tío Eduardo, que como César Leal se había puesto de pie al mirarme, juzgó muy distinguido y encajado en las circunstancias el salir a mi encuentro y mientras que así, lleno de paternal galantería, cruzaba el salón, recuerdo que yo, por sobre su cabeza, eché una ojeada a la ventana abierta, y vi, más allá de la reja, el flamante Cadillac, que iluminado desde arriba por el foco de la calle brillaba

reluciente de cobres, de cristales, de níquel y de barnices, ostentando gloriosamente en el extremo delantero del motor un águila de bronce, altiva y arrogante, con sus dos alas abiertas.

Repito que aquello era terrible, y como además de terrible era también inesperado, sentí al punto que todo mi elegante desdén, mi elegante displicencia, y mi elegante importancia, se diluían en aquel ambiente de solemnidad como se diluye un terrón de azúcar en el agua. Agobiada, sintiéndome centro y eje de tan gran ceremonia, de la mano de tío Eduardo, avancé toda encogida y nerviosa, saludé sonrojadísima y con la humilde docilidad de los reos, me senté en el sofá junto a Abuelita, sin atreverme a cruzar las piernas, enlazadas las manos a la moda del colegio, e indignada contra mí misma por tan cobarde e imbécil actitud.

Y así fué como de pronto, gracias a estos misterios que flotan a veces en el ambiente, de dominadora me convertí en dominada, de victoriosa en vencida, y de carcelera en encarcelada. Hablando con entera propiedad debo decir, que en mi ser interno tuvo lugar una absoluta inversión de términos operada subconscientemente y con la rapidez fulgurante del rayo.

Pero como quiero hacer destacar aun mejor los contornos de este fenómeno psíquico, cuya causa me intriga de noche y de día, no me basta en absoluto la anterior definición, y siguiendo el sistema oriental y el sistema evangélico, voy a tratar de describir lo anormal de mi caso, usando una parábola o símbolo.

Lo que sucedió helo pintado aquí:

Supongamos que nos hemos trasladado al fantástico mundo de Perrault, y que yo, en el momento en que me asomo a las puertas del salón, aprecio la actitud de los circunstantes, y respiro el ambiente de expectación que los rodea, en ese momento, digo, en lugar de ser María Eugenia Alonso, no soy María

Eugenia Alonso, sino una princesa encantada, sí, la altiva, y nacarada hija de un rey, que vestida de brocado, de perlas y de armiño, viene a instalarse en su trono de marfil para asistir al desfile de príncipes que llegados de lejanas tierras, aspiran a la gloria de obtener su mano. Pero sucede, que en el instante mismo en que la rubia princesa avanza señoril y sonriente hacia las gradas del trono, cuando ya comienza a experimentar la deliciosa fruición que será para ella el despedir a los enamorados príncipes uno tras otro, desgranando para todos la misma carcajada burlona, de repente, por la influencia de un hada maléfica, por el golpe omnipotente de una varita mágica, desaparece bruscamente el trono, el armiño, el brocado, las perlas, la sonrisa, y por último la rubia y encantada princesa, no es ya tal princesa, sino una tímida pastora vestida de harapos y sentada a la puerta de una choza, a quien un rey poderosísimo escoltado por cien pajes y cien escuderos cargados de joyas y de presentes, se acerca junto a ella y le dice : « Pobre pastorcita que habitas esta choza y que triscas todo el día detrás de tus ovejas; ¿quieres casarte conmigo?...»

Pues bien, este caso, descrito al estilo de Perrault o de Calleja, por muy inverosímil que parezca, fué exactamente mi caso. De cómo y por qué ocurrió tan gran fenómeno psíquico, no me es fácil decir más, ni puedo explicarlo de otra manera que no sea empleando el símil absurdo y pueril de la princesa convertida en pastora. Sin embargo, tengo muy bien observado que cuanta vez reflexiono sobre el particular, en mi gran perplejidad, y en mi falta absoluta de espíritu analítico, sólo me es dado comentar el caso exclamando estas filosóficas y espontáneas consideraciones:

— ¡Ah! ¡Cómo lo infinitamente pequeño domina e impera sobre lo infinitamente grande! ¡Qué arcanos los del amor, y qué influencia, sí, qué influencia, no ha de ejercer

en mi vida entera, y quizás también en la misteriosa combinación de muchas generaciones futuras, un cuello de encaje de Bruselas, los dos ojos brillantes y luminosos de unos impertinentes de carey; el perfume turbador de una gardenia, el claro destello de un solitario colocado en un dedo meñique; el paso de una figura que avanza ceremoniosamente a través de un salón, y la vista de un automóvil Cadillac, que más allá de una ventana abierta, brilla reluciente bajo el arco voltaico de una calle!...

Pero veo, que según mi arraigada costumbre, me he puesto ya a divagar alejadísima del tema que había jurado desarrollar con absoluta concisión de palabras y de ideas. Por consiguiente, corto ya todo comentario y vuelvo a mi relato.

Una vez sentada en el sofá, junto a Abuelita, recuerdo que hice inmediatamente dos observaciones. La primera fué comprobar, con entera evidencia, el hecho de que César Leal se hallaba orgullosísimo de haberme ruborizado, y de que aquel encogimiento mío que a mí me tenía tan indignada, a él en cambio, lo llenaba de satisfacción y parecía cautivarlo mucho más que el traje de *charmeuse*, las áureas ondas de mi pelo, el busto griego y todos los demás adormos o condiciones de mi persona.

Mi segunda observación fué relativa a tía Clara, y consistió en advertir cómo sus ojos seguían ocupadísimos de mis dos orquídeas. Pero no es que las vieran fijamente, lo cual habría carecido de importancia, sino que las veían un segundo, se paseaban después por el espacio, y se detenían por fin sobre una flor de la alfombra o sobre un prisma de la araña, mientras la boca sonreía imperceptible, y la actitud general del rostro era exactamente la de un exégeta o vidente que se halla en plena actividad interpretativa. Y como yo comprendía de sobra que tras aquella mirada vaga, se escondía por lo muy menos, el estribillo que repitió dos veces en la mañana: « Juraría que le gusta... juraría que le

gusta...» me puse nerviosísima, y sentí violentos y verdaderos deseos de arrancarme las flores, arrojarlas al suelo, y pisotearlas durante mucho rato exclamando:

— ¡Para que tú veas lo falso que sería tu juramento tía Clara y lo ridiculísimas que me parecen tus interpretaciones!

Pero afortunadamente mi buena educación siempre despierta y en acecho, me impidió hacer tan feo acto de violencia. Es más, mientras las activas células de mi cerebro pensaban y protestaban contra tía Clara sinceramente y en la forma antedicha, la actitud exterior de mi persona sobre la cual se posa siempre la educación, como la mariposa sobre la flor, estaba diciendo a gritos todo lo contrario. No parecía, sino que hubiese decidido traicionarme, aliándose con tía Clara de la manera más vil. Sí; la majestuosa presencia de Leal, su voz potente, su mirada negrísima, dominaban y poseían mi actitud exterior, como la fiebre posee el cuerpo, y como la mano vigorosa posee las riendas. Lo proclamaba así la timidez invencible de mis ojos, la torpeza de mis movimientos, el sonrojado color de mis mejillas, y no cabe duda, hay que declararlo: ¡ellas representaban las primicias y las más sinceras manifestaciones de mi amor!

Y si tal era, preguntaría ahora un curioso lector (en la hipótesis absurda de que mis escritos pudieran tener lectores) Si tal era, ¿a qué venía semejante contradicción y por qué protestaba entonces el cerebro, contra las acertadas suposiciones de la tía Clara?

Ante una pregunta tan lógica creo que yo me sentiría al principio un poco confundida, pero estoy cierta de que al fin acabaría por valerme del apóstrofe, y como un hábil ergotista saldría muy airosamente de tal atolladero exclamando por ejemplo:

— «¡Oh! sombríos y deliciosos boscajes del amor, por entre cuyas ramas, el infantil Cupido, ese divino y terrible

aliado de las sombras, nos lleva volando a todas horas sobre sus alas de cisne! ¡Oh misterios insondables de la vida! ¡Oh delicados y discretísimos subterfugios del Destino!... ¡Sí; os he sentido a todos palpitar invisibles junto a mí, como un vuelo de palomas en la noche! Y porque os vi muy de cerca, y porque os abrí mi corazón para que en él hicierais vuestro nido, ya puedo hablar de vosotros con entera seguridad y ahora digo: «En estas andanzas del amor, el sabio, vigilante, celoso y agudísimo cerebro, es quien camina siempre a la retaguardia. Sus ojos telescópicos como los ojos del águila se adormecen un instante, y cuando se trata de apreciar el aguijón de la flecha con que nos hirió Cupido, todos, todos los puntos sensibles de nuestro cuerpo, aun los más insiggnificantes y los más despreciables, suelen ser mucho más perspicaces que ese grave y meditabundo cerebro, el cual, como se dice de los maridos engañados, es siempre, siempre, el último que se da cuenta.»

Pero los anteriores apóstrofes acerca de la miopía o lentitud del cerebro para apreciar el fenómeno «amor», a más de ser muy elegantes son también ¡absolutamente ciertos! Y como en general, no me gusta asentar ningún principio sin exponer un ejemplo, voy a probar lo antedicho, relatando este pequeño incidente en el cual se echa de ver muy a las claras los conflictos que sobre estas particularidades del amor suelen surgir entre las órdenes que dicta nuestro mundo intelectual y las exteriores manifestaciones de nuestro audaz y desobedientísimo organismo:

Según creo haber dicho ya, aquella noche, durante su visita, César Leal se hallaba majestuosamente sentado en un sillón que a mí, dada mi actitud de reo, en mi ridícula e inconcebible timidez, se me antojaba un trono imperial. Su conversación estuvo de acuerdo con su figura y fué constantemente amena y variadísima. Habló muy elocuentemente de sus viajes por Europa; de los encantos de París; de las carreras

de Longchamp; de las bellezas de Versalles; del Louvre: de la Venus de Milo; de Isadora Duncan; de Sacha Guitry; y del Arco de Triunfo, entre cuyas soberbias decoraciones figura gloriosamente Venezuela estampada y representada en el nombre inmortal de Miranda. Con este motivo habló entonces largamente de nuestra Historia Patria; de las riquezas inconmensurables de nuestro suelo y del genio de nuestro Libertador. Se expresó después de la mujer venezolana en términos muy escogidos y dijo lleno de patriótica galantería:

— Nuestras damas son muy bellas, y son sobre todo; ¡muy elegantes! Todas, hasta las más pobres, hasta las últimas negritas tienen muchísimo gusto y se visten ¡cómo verdaderas parisienses!

También elogió mucho la sal ática del ingenio caraqueño, su agudeza para poner sobrenombres, y por último, como es de rigor en todo pretendiente que hace la primera visita, desarrolló sus sanas y bien fundadas teorías sobre la moral, cuyos cimientos descansan en la absoluta pureza y severidad de las costumbres femeninas. Yo lo hallé muy elocuente, y como era de esperar, Abuelita, mientras él desarrollaba dicha tesis, lo oyó con gran atención, casi, casi puedo decir que lo oyó con religioso acatamiento; de modo, que cuando él terminó su exposición, haciendo este breve y sintético resumen: « Yo creo, señora, que en la vida el hombre debe conducirse siempre ¡como hombre! y la mujer ¡como mujer! », por mi imaginación pasó como un relámpago el recuerlo de Monsieur de La Palisse, mientras Abuelita decía rebosante de aprobación:

— Yo pienso exactamente como usted!

Y mientras tío Eduardo, un poco más allá, gangueaba:

— Eso, eso mismo les predico yo a mis hijos ¡todos los días!

Y fué más o menos en semejante tónica en la que continuó

la amena conversación de Leal. Todavía me parece oirlo. Recuerdo que mientras las palabras afluían a sus labios con aquella facilidad con que afluyen las gotas de agua a una fuente, su mano izquierda yacía inmóvil y doctoral sobre uno de los brazos del sillón, mientras que la derecha iba y venía a través del espacio, derramando generosa por todas partes los rayos clarísimos del solitario de su dedo meñique. Resumiendo. César Leal en su primera visita estuvo distinguido, ameno y filosófico.

Pero en un momento dado, recordando sin duda que era yo el valle a donde bajaba el río de su elocuencia, y el eje alrededor del cual giraba su distinción, detuvo repentinamente el curso de su variada conversación, consideró un segundo mi mutismo, y entonces, fijando los ojos como tía Clara en las dos pálidas orquídeas que se abrían sobre mi seno, con graciosa galantería y con una sonrisa insinuante y misteriosa que me turbó muchísimo, dijo :

— Veo señorita que le gustan las flores de mayo, y como veo también que le quedan muy lindas voy a permitirme mandarle algunas de tiempo en tiempo.

Al punto mi cerebro, uniendo la dignidad al espíritu de previsión y a la rapidez de inventiva, me dictó esta frase :

« — En efecto, Doctor Leal: ¡me encantan las orquídeas! Precisamente por eso, se las encargo a una florista todos los días. Estas dos me las trajeron hoy en la mañana muy temprano de los jardines de Galipán. Cuando llegaron se veían preciosas y sobre todo: ¡tan frescas!... »

Pero mi lengua y mis labios en lugar de obedecer copiando textualmente y hasta el fin tan discreta y bien combinada frase, no, sino que comenzaron:

— En efecto, Doctor Leal: ¡me encantan las orquídeas. Precisamente por eso...

Y aquí mi lengua titubeó un instante. Tuvo la absurda sen-

sación de que yacía sobre ella el peso material de los cuatro circunstantes, y entonces, en medio de una gran turbación que Leal volvió a juzgar encantadora, torció en absoluto el rumbo de la frase al rematarla así :

— ...por eso, le agradecí muchísimo sus flores: ¡estaban preciosas! — Y copiando luego el juicio de Abuelita: ¡nunca había visto reunidas en esta época tan gran variedad de flores de mayo!...

Según me ha asegurado después Leal, que es muy buen observador, al oirme hablar así aquella noche, comprendió inmediatamente que tal frase unida a tal turbación, era la más ardiente y rotunda declaración de mi amor. Yo también creo lo mismo puesto que hechos posteriores lo han confirmado ya. Por esta razón considero que la anterior anécdota o incidente basta y sobra para demostrar mi aserto o sea : la lentitud o miopía de nuestro cerebro cuando le nombramos juez o le citamos como testigo, en estos complicados procesos del amor.

Cuando Leal, aquella noche, dió por terminada su visita eran más de las once, y como yo suelo acostarme a las diez, tenía ya mucho sueño. Por esta razón, al ir a mi cuarto, pasé con gran indiferencia ante la ventana de la habitación donde Abuelita y tía Clara se desvestían desgranando juntas el rosario interminable de sus comentarios. No obstante, en el breve espacio de un segundo, como racha o bocanada de aire atravesó el postigo entreabierto y llegó a mis oídos la voz de tía Clara que decía:

— ...es muy difícil averiguar lo que piensa decidir, porque hoy te dice verde y mañana te dice colorado, pero sin embargo, por muy aturdida que sea, cuando una muchacha se pone en el pecho las flores que le regala un pretendiente...

Y seguí caminando sin detenerme a escuchar más porque tenía muchísimo sueño, y sólo anhelaba con vehemencia el

sentir mi cabeza entre las suaves y mullidas delicias de la almohada...

Dos días después, Leal volvió a mandar un precioso ramo de orquídeas, y además de las orquídeas envió también un gran cofre de laca japonesa lleno de dulces de Boissier. Al llegar el cofre lo abrí y mirando la marca de los dulces, me acordé de aquellas lejanas tardes, cuando Mercedes Galindo, sumergida entre los innumerables cojines del diván turco me extendía su bombonera de Bohemia diciendo :

— Toma, *ma chérie*, toma, son de Boissier: ¡ah! a mí que no me digan, no hay en el mundo bombones y sobre todo no hay, no hay *fondants* como los de Boissier...

Por consiguiente en la tarde de aquel otro día, recostada de nuevo en mi cama, envuelta en el *déshabillé* de encaje crema, con la novela inglesa entre las manos, perfumado el cuello y perfumados los brazos con Nirvana de Bichara, a más de contemplar los matices de las flores y a más de aspirar su delicioso aroma, pude también tomar de tiempo en tiempo de mi bombonera de cristal un perfumado y sabrosísimo dulce marca Boissier, que como decía Mercedes con razón : ¡son los mejores del mundo!

Leal volvió a vernos dos veces más en aquella misma semana. Sus visitas, precedidas siempre de flores, dulces, o cualquier otra delicada sorpresa, fueron menudeando insensiblemente, y como no tenían ya aquel carácter ceremonioso del primer día, a mí, insensiblemente también, se me hicieron cada vez más agradables. Pero lo que sobre todo me encantaba era el pensar que mis vestidos, mi cabello, mis ojos y mi busto griego tenían por fin una razón de ser, puesto que había alguien que los veía y los admiraba como es debido y como ellos se merecen. Por esta causa, puse muchísimo punto en que tal admiración en lugar de disminuir aumentara; y así, el día en que Leal anunciaba su visita, yo pasaba más de hora y media entre aroma de flores y aroma de bombones, entregada

al delicado e interesantísimo cuidado de vestir y embellecer a mi persona. Estos cuidados se vieron siempre muy bien retribuídos porque cuando ya vestida y perfumada aparecía yo en el salón, Leal, que me esperaba con gran impaciencia, venía hacia mí, majestuoso, sonriente, y mientras su mano estrechaba fuertemente la mía, sus ojos embelesados me veían un segundo y su boca murmuraba por lo bajo...

— ¡Hoy está usted más linda que nunca!

Opinión que solía estar completamente de acuerdo con la mía. Y como de la comunidad de opiniones surge la comunidad de ideales, y surge también el aprecio y el cariño, yo comencé a apreciar muchísimo a Leal, consideré muy infundados y erróneos los juicios que sobre él había expresado tío Panchito, y un día en que este último tuvo la impertinencia de burlarse de Leal delante de mí, le contesté al punto muy disgustada...

— Oye, tío, hazme el favor de reservarte tus opiniones acerca de Leal y no me las digas más. Yo lo considero un hombre muy inteligente y sobre todo: ¡muy refinado en sus gustos! Además es amigo mío y no quiero que te burles de él en mi presencia.

Y sin otro incidente que sea digno de mención, transcurrieron así algunas semanas más, hasta que por fin una magnífica noche de luna, al ir a acostarme, abrí de par en par las dos hojas de mi ventana, miré la inmensidad del cielo, penetré un instante en la infinita sensación de lo infinito, y sonriéndole a la faz plácida de la luna, como si ella pudiese de veras escuchar mi confidencia me puse a decirle:

— Y ahora, Luna: ¡ya tengo novio!... Sí, por fin, el amor, esta maravillosa y transparente libélula la tengo presa y aleteando entre las yemas rosadas de mis dedos... ¿Te acuerdas con qué afán la perseguí en un tiempo?... ¿Te acuerdas de aquella vez en que extenuada por la alegría de correr tras ella, cuando iba ya a cerrar los dedos sobre el ensueño de sus alas, se marchó volando y me dejó triste y burlada?...

¡Pues bien, ahora ya la tengo aquí presa la divina libélula! Me siento feliz de poseerla y es en estos hilillos que corren por la filigrana de sus alas, donde me gusta descifrar todos los secretos que me tiene guardados el porvenir. A veces, Luna, cuando la miro de cerca, pero muy de cerca, muy de cerca, parece como si me asustara el mirarla... pero, ¿verdad que toda radiante mariposa por muy divina que sea, al mirarla así, tan de cerca los ojos nos advierten al punto, de que tanto esplendor es un pobre gusanillo que se ha vestido con alas?... ¡ Ah, las alas, las alas, son ellas lo que yo adoro, blanca Luna !... ¡ Sí, son ellas, ellas, las dos divinas filigranas tejidas con los hilillos de mis ilusiones realizadas, quienes han de llevarme volando como un rayo de tu luz hacia todas las desconocidas cumbres de la vida!...

*
* *

Creo haber desarrollado ya, a cabalidad, los dos puntos que me había propuesto cuando comencé a escribir estas páginas, o sea: primero, lo que me determinó a continuar mi diario de impresiones interrumpido durante más de dos años; y segundo, de cómo y cuándo apareció en mi vida la persona de mi novio César Leal, Doctor en Leyes, Senador de la República y actual Director en el Ministerio de Fomento.

Según me parece haber dicho ya, la influencia benéfica de mi novio me ha transformado ventajosamente en todo sentido. Yo lo creo así, lo siento así, y estoy firmemente convencida de ello. Pero como no encuentro bien el alabarme yo misma, aun cuando sea en privado, no quiero hablar por cuenta propia de las felicísimas orientaciones hacia las cuales se ha desarrollado mi entidad moral, y me parece mejor el ceder la palabra a los demás, transcribiendo las opiniones que sobre el particular suelen emitir las personas que me rodean. Abuelita,

por ejemplo, dice con frecuencia levantando las dos manos a la vez, en un piadoso ademán de acción de gracias :

— ¡Lo que ha cambiado María Eugenia, Señor! De una niña independiente y malcriadísima como era, en menos de dos meses se ha transformado en una mujer reflexiva, sumisa y muy moderada. ¡Gracias a Dios que se casa tan bien! La dejo en manos seguras, y como dijo el anciano Simeón, yo también digo ahora, que ya puedo morirme en paz.

Tía Clara opina por su lado:

— ¡ María Eugenia es otra ; sí, es completamente otra persona! Ha perdido aquella malísima costumbre de pasar el día entero tragando libros, y ahora prefiere la cocina. Creo que será una magnifica ama de casa, porque es muy inteligente para todo, pero en la cocina... ¡ah!... en la cocina es una especialidad. No creo que haya nadie en Caracas que haga el « Gateau d'Alsace » y los « Ahoga-gatos » tan suaves como los hace María Eugenia.

A tío Eduardo le oí decir en una de las conferencias que celebra casi a diario con Abuelita:

— Siempre creí Mamá que esta niña dejaría sus caprichos y sus malacrianzas al tener un novio. Antonio, su padre, empleó con ella muy mal sistema de educación: : ¡le dió demasiada independencia! Afortunadamente ahora dirigida por Leal, un hombre de tanto talento y de tan buen criterio, María Eugenia perderá poco a poco esos resabios de libertad que yo también juzgo: ¡muy peligrosos en una mujer!

En cuanto a tío Pancho que como las mariposas negras ha cogido últimamente la manía de anunciar cosas lúgubres, y ha perdido por completo el ingenio y la gracia que tenía antes, suele decir estas u otras necedades por el mismo estilo :

— ¡Ya caíste en la trampa, María Eugenia! ¡Ya pasaste por el aro!... ¡Ay, ay, ay!... ahora es cuando vas tú a saber para lo que naciste!... Despídete del *polissoir*, los escotes, el *dolce farniente* y la literatura. De aquí a un año pasarás

la vida dentro de una bata de piqué, ostentarás un busto digno de una característica y pesarás... ¡pss!... setenta kilos.

Naturalmente que yo no tomo en cuenta para nada unos pronósticos tan infundados y triviales como son éstos de tío Pancho, el cual en realidad no sabe una palabra de moral ni entiende jota de vida práctica. Como es muy lógico, para dirigir mi conducta, sólo me atengo a mi corazón y a las bien cimentadas opiniones de Abuelita, tío Eduardo y tía Clara, quienes me auguran en el porvenir un océano de felicidad.

Es lo cierto del caso que yo me entiendo con mi novio a las mil maravillas. Hago todo cuanto está de mi parte para complacerlo, y él, sintiéndose complacido, me demuestra su complacencia, enviándome de continuo deliciosos perfumes, caprichosísimos bibelots, y diminutos objetos de arte los cuales llegan siempre acompañados por un río de flores o por una cascada de dulces de Boissier. ¿No es esto un sistema de cordialidad encantador? ¡Ah! yo sigo sin explicarme aún que objeto podrán tener en la vida las discusiones, los disgustos y los desacuerdos. Soy y seré eternamente la más fiel aliada de la paz. Comprendo todavía el dejarme llevar por mi mal carácter hasta el punto de discutir alguna vez que otra con Abuelita o tía Clara, cosa que no tiene grandes consecuencias, pero... ¿discutir con mi novio?... ¿disgustarme con mi novio?... ¡no, no, no! eso jamás, o por lo menos casi jamás, es decir, única, y exclusivamente cuando no haya otro remedio, y entonces, llegado el caso, trato siempre de rodear el disgusto por el mayor número de circunstancias atenuantes.

Por ejemplo:

He notado que mi novio se indigna ante la sola idea de que yo pueda estar pintada, y entonces, como es muy justo, a fin de complacerlo, le aseguro diariamente, bajo mi palabra de honor, que el sonrosado líquido de Guerlain, y el *Rouge vif de Saint Ange*, son los colores naturales, naturalísimos, de mi boca y de mis mejillas. Y como siempre he creído que Dios

nos ha dado la inteligencia para demostrar la veracidad de la mentira, puesto que la veracidad de la verdad se demuestra por sí sola, ella misma, sin necesidad de intervención ninguna; a fin de satisfacer enteramente los deseos de Leal demonstrándole de manera evidente el color natural de mis labios; luego de afirmar: « es naturalísimo... » añado: « la prueba es... (aquí aprieto muchísimo los labios hacia adentro, mientras paso rápidamente el pañuelo por mi boca)... la prueba es que el pañuelo no destiñe: ¡ahí está!... » He notado además que a mi novio le desagrada profundamente el verme con el traje de *charmeuse* color de rosa, porque dice que aparezco demasiado teatral y que estando abiertas las dos ventanas llamo la atención de los que pasan por la calle. Pues bien, para complacerlo también en esto, yo no me pongo el traje de *charmeuse* sino invocando una hábil disculpa todos los martes en la noche que es precisamente cuando, dada la extraordinaria animación que despiertan en la calle los «Martes Selectos» celebrados por el cinematógrafo vecino, puedo alcanzar un máximum de admiradores, alcanzando al proprio tiempo un mínimum de consecuencias desagradables, puesto que al siguiente día, o sea, el miércoles, no es un día adecuado para mandar flores, dulces, ni bibelots. También he observado que a mi novio le gusta mucho el oirse llamar por su apellido, y nunca, jamás, por su nombre de pila, cosa ésta que en realidad les quita a los hombres de talento cierto barniz de importancia. Pues bien, como es muy natural yo lo complazco también en este detalle y jamás cometo la indiscreción de decirle por ejemplo: « Oye, César... » sino siempre, siempre: « Oye, Leal... »

Enfin: que diga lo que diga tío Pancho, mi novio y yo estamos de acuerdo en todo, nos entendemos muy bien y estoy cierta de que seremos ¡ felicísimos !

Entre los planes de vida para el futuro, sólo puedo decir con seguridad que nuestra boda tendrá lugar dentro de dos o tres meses, o sea dentro del período de tiempo indispensable

para terminar la casa y el mobiliario... ¡ah! una casa y un mobiliario elegantes, suntuosos, lujosísimos, que Leal me describe todos los días con una minuciosidad de detalles y un torrente de elocuencia verdaderamente arrebatador. Mi boda será pues a más tardar dentro de dos meses. No hay duda de que será una boda muy bonita, no hay duda de que recibiré muchas felicitaciones y regalos, y sobre todo, no hay duda de que ese día yo estaré preciosísima. Sí, ya lo he decidido: mi traje de novia será todo de chantilly, sencillo y clásico sin más adorno sobre el encaje que la guirnalda de azahares, y el bouquet de esbeltas y trémulas orquídeas que se derramarán lánguidamente sobre la nieve de mi mano derecha. No sé todavía si el velo lo encargaré también de chantilly o si lo encargaré más bien de punto ilusión que siendo menos rico, es mucho más vaporoso... pero en fin, sea de encaje o sea de punto, en el momento de entrar en la iglesia lo llevaré caído sobre mi figura, como un manto ideal, como un jirón de niebla, como una ola de blanquísima espuma... ¡ah!... y a propósito, en ese mismo instante de entrar en la iglesia, la orquesta romperá a tocar la Marcha Nupcial de Mendelssohn, y yo, caminando paso a paso, prestigiada por la música, con mi blanca cola de chantilly extendida un largo trecho sobre la alfombra oscura, apoyando mi brazo en el brazo de tío Pancho, que es a quien le corresponde entrar conmigo, por ser el hermano de Papá, caminando paso a paso del brazo de tío Pancho, pareceré una novia, que siendo una novia, fuera al mismo tiempo una Reina... Ya me parece oír el prolongado: « ¡Aaaaaaah! ! !... » de admiración que exhalará el público congregado a uno y otro lado de la iglesia, y me parece oír también los comentarios hechos a la sordina y que yo percibiré muy bien porque en esos casos aguzo mis oídos que ya de por sí son finísimos. La gente dirá :

— ¡ Qué preciosidad de novia !... ¡ Parece una visión !...

¡ Parece un ángel !... ¡ Parece una flor... ¡ Ah, qué novio tan feliz!...

Y creo que, en realidad, no habrá nada de exageración, y que dichos comentarios serán todos opiniones muy justas y muy imparciales.

Pero, es el caso que todavía no me he ocupado de los detalles relativos a mi traje de novia porque sería demasiada anticipación, pero en cambio ya tengo hecho el encargo de todo el resto de mi trousseau. Hace apenas algunos días que despaché mi carta dirigida a Mercedes Galindo, quien será la encargada de escoger los vestidos y hacer el envío desde París. Creo que sobre este particular he tenido mucha suerte, puesto que ya sé con absoluta seguridad que mi trousseau será lindísimo. Sí, gracias a la complacencia y generosidad de Abuelita todo lo tendré muy fino y muy a mi gusto. Todavía me parece que estoy viendo la escena durante la cual Abuelita me anunció la fausta noticia. Recuerdo que fué una mañana mientras se hallaba entregada a su blanco vicio de calar sentada como de costumbre en el sillón de mimbres, bajo las palmas del corredor de entrada. Yo pasaba de largo por el extremo opuesto, y ella me llamó diciendo:

— ¡Ven, María Eugenia, siéntate un instante aquí a mi lado, que quiero hablar contigo!

Yo creí firmemente, que iba a tener lugar alguna de aquellas diarias filípicas redactadas por lo regular en el siguiente tenor :

— « Es preciso que tengas cuidado al sentarte, María Eugenia. Ayer, en la noche tenías el vestido arreglado de tal modo que se te veían las piernas hasta las rodillas pero sin exageración ninguna: ¡hasta las rodillas!... »

Cual sería pues mi sorpresa, cuando en lugar de la esperada filípica, no, nada de filípica, sino que empleando por el contrario un tono que era a la vez muy grave y muy cariñoso Abuelita me dijo:

— El Doctor Leal quiere casarse dentro de unos tres meses y yo lo apruebo: ¡los matrimonios no deben aplazarse! Bien, deseo mucho que tengas un bonito trousseau, y como conservo entre mis prendas unos zarcillos de esmeraldas que eran de mi madre, y que siempre pensé regalarte el día de tu matrimonio, yo creo que dadas nuestras circunstancias, y en vista de que la montura de los zarcillos es antiquísima, sería quizá mejor, en vez de gastar en montarlos a la moda, vender las esmeraldas y darte la suma que produzca esa venta para que así puedas tener un trousseau bonito y elegante. Me ofrecen por las dos esmeraldas veinte mil bolivares, pero antes de decidir nada quiero consultarte: ¿qué prefieres tú?

Como yo no tenía la más remota idea de que entre los misterios antediluvianos del armario de Abuelita, existiesen semejantes esmeraldas dedicadas a mí, la noticia me produjo un efecto tan mágico que a su conjuro vi de pronto dos verdes y radiantes piedras que crecían, crecían milagrosamente, hasta convertirse en un torrente de bordados blancos, y en un mar de sedas de color de rosa. Ante semejante visión, ciega de alegría, me levanté bruscamente de mi silla, y para demostrar sin tardanza mi profundo agradecimiento y mi inmenso regocijo, mientras exclamaba :

— ¡ Gracias, gracias, gracias, Abuelita linda !

Me fuí a darle un abrazo, pero tan efusivo y sincero, que antes de llegar a ella, tropecé con la mesa, y entonces, del tropezón combinado con el abrazo, resultó que los lentes se derrumbaron desde la cúspide de su nariz, hasta el abismo de su falda; que las tijeras se cayeron al suelo, y que un carrete de hilo se fué corriendo a toda velocidad, hasta perderse bajo las hojas de una mata de helechos.

Y fué sólo después de demostrar todo mi agradecimiento en la forma antedicha, cuando de rodillas, recogiendo en el suelo los objetos caídos, respondí por fin a la pregunta:

— ¡Ay! ya lo creo Abuelita, que me parece muchísimo

mejor que vendas las esmeraldas y me des el dinero. ¡Qué felicidad tan grande! Así podré encargar a París un trousseau que será todo de seda rosa, pero todo, todo, hasta el último hilo lo quiero de seda rosa, con calado a mano y bordados blancos!... ¡ay, ay, ay!... ¡qué alegría!... lo que yo había deseado toda mi vida: ¡un trousseau de seda!... ¡un trousseau de seda! !...

— ¡Siempre con tus extravagancias María Eugenia! — contestó Abuelita absorta, buscando por su lado y sobre su falda, la aguja que de resultas del abrazo se había caído también junto con los lentes, las tijeras y el hilo — ¿trousseau de seda?... ¿ropa interior de seda? ¡no, no, no! ¡eso no es decente, ni es práctico! Muchísimo mejor y más bonito es ropa de hilo con encajes y bordado en blanco. Además las lavanderas...

— ¡Ay! Abuelita, por Dios, si me vas a contrariar en eso también y me vas a obligar a que encargue ropa de hilo adornada con encajitos como en el tiempo de María Castaña, prefiero entonces que no vendas las esmeraldas, ...prefiero no hacer encargo ninguno a París... ¡prefiero que no me regales nada! ¡ ¡prefiero no casarme! !...

Y mi voz al hacer esta réplica, humillada todavía en el suelo, tomó una entonación tan sumamente patética, que Abuelita debió sentirse muy conmovida, puesto que accedió a mi deseo por primera vez en la vida respondiendo :

— Cuando tienes un capricho, María Eugenia, te ciegas con él y no sabes lo que dices. ¡Qué terquedad la tuya! Creí que te habías corregido, pero veo con tristeza que todo eran ilusiones. Bien, yo te entregaré el dinero y tú harás con él lo que quieras porque he resuelto no discutir más contigo. Pero ya verás, ya verás, la cuenta que te darán las lavanderas del trousseau de seda!... ¡entonces te acordarás de mí, pero desgraciadamente ya no tendrá remedio!

Y no hay para qué añadir que fué aquel mismo día en la

tarde, cuando escribí a Mercedes Galindo, rogándole que me escogiese un trousseau completo de seda rosa pálido con calados y bordados blancos « tal y como si fuera para ella misma ».

Ahora bien, yo no sé por qué causa, a mi novio le ha disgustado muchísimo, el que yo encargase mi trousseau a París. Cuando llena de alegría le di la noticia, él la recibió con gran frialdad y por todo comentario dijo:

— Espero que los vestidos no serán escotados, porque en ese caso los perderías. ¡Yo no consentiré nunca que mi mujer se escote!

— Y entonces — pregunté yo emocionada con ganas de romper a llorar — ¿para los bailes y el teatro usaré también vestidos altos?...

— ¡No pienses tanto en los bailes! — contestó él muy molesto. Y apoyando la reflexiva cabeza sobre los nudillos de la mano izquierda, en cuya extremidad fulguraba el solitario con más claridad que nunca, añadió: — ¿Qué papel puede hacer una mujer casada en los bailes? y sobre todo: ¿qué papel hace el marido que deja bailar en público a su mujer?

De haber sido otra persona quien hablaba, yo habría contestado al punto: « ¿Y qué importan los papeles? ¡pues ni que fuéramos una compañía de cómicos, para tanto hablar del « papel » y tanto pensar en « el público » ¡Lo interesante es estar bien y divertirse, qué diablo!

Pero como se trataba de Leal me guardé muy bien de expresar semejantes pensamientos, y sobre todo, de expresarlos en esta forma irrespetuosa del retruécano o juego de palabras, pues según creo haber dicho ya, no me gusta de ningún modo ni bajo ningún pretexto el contrariar a un novio que tanto me quiere. Entonces, como yo callara, en vista de mi silencio aprobador, él continuó demostrándome su interés de esta manera:

— Para el teatro se pueden usar vestidos un poco abiertos, decentemente abiertos, pero escotados: ¡nunca! (Y otra vez:) ¿Qué papel tan ridículo no hace un marido que se sienta en el teatro frente al público con su mujer desnuda?

Ahora sí me arriesgué a contestar explicando con muchísima suavidad:

— Yo no digo estar desnuda, pero en fin... escotada, un poquito escotada, como todas las mujeres chic.

— ¡No, no, no! yo no consentiré nunca que mi mujer se escote... ¡aunque no sea « chic »!

Y al decir la palabra « chic » su voz tomó una entonación tan atiplada y desagradable, que gracias a ella, comprendí inmediatamente, el profundo y sabio desdén que debemos de experimentar ante las peligrosas frivolidades mundanas.

Además de haber observado en otros casos tan elocuentes como el anterior, el gran interés que Leal tiene por mí, he observado también que le desagrada mucho el que yo tome cualquier iniciativa que no sea insinuada por él, y he observado sobre todo que le desagrada profundamente el que yo pueda proporcionarme un placer por insignificante que sea que no me venga de sus manos.

Abuelita, que ha observado como yo estas particularidades, como yo las aprecia también mucho, puesto que suele decir:

— Cada día que pasa me gusta más Leal. ¡Qué carácter tan leal, y cómo cuida a María Eugenia! Se ve que la quiere de veras. ¡Ah! los maridos que dejan en completa libertad a sus mujeres, que no las vigilan, ni atienden en esos pequeños detalles que forman el conjunto de la vida, es porque no las aprecian y porque no las quieren!

Y tía Clara, que también ha observado lo mismo, me dice con frecuencia:

— ¡Qué afortunada eres María Eugenia, cómo te adora Leal! Debes complacerlo siempre y sobre todo, debes dar

gracias a Dios continuamente de que te haya proporcionado un novio tan bueno. No creas que todos son así: ¡ah! qué suerte la tuya si logras que Leal se case al fin contigo: ¡él que ha dejado a tantas otras muchachas!

Como tía Clara, yo también me abismo ante la magnitud de mi suerte, la juzgo insondable y al lado de su inmensidad me reconozco débil, me siento pequeña, pequeñísima, y ...¡ cosa extraña!... yo, que hace cosa de dos años esperaba ansiosamente la llegada del amor, yo que lo aguardaba de rodillas como al arcángel de la Anunciación, ahora que ha venido a mí, ahora que lo contemplo de cerca y cara a cara, sus fulgores han cegado mis pupilas y la majestad de su grandeza me abruma hasta el punto de que muchas, muchas veces, cuando me siento a descansar junto al abismo de mis perplejidades, he escuchado una voz misteriosa que me ha dicho muy quedo al oído este enorme disparate sin pies ni cabeza :

« ¡ Ah, felices las desgraciadas que no tienen la gran suerte de poseer el tesoro completo del amor, y que siendo bonitas, en medio de su infortunio, podrán siempre, siempre, bailar en los bailes y escotarse en los teatros! »

CAPITULO II

Luego de navegar tres días en la carabela de su propia experiencia, María Eugenia Alonso acaba de hacer un descubrimiento importantísimo.

Ya no puedo resistir por más tiempo a la absoluta necesidad que tengo de expresar el siguiente aforismo cuya verdad se desborda de mi alma:

« El amor no existe »

Sí; desgraciadamente, el amor, el florido amor, el decantado amor es: ¡nada! Como tantas otras piadosas mentiras su brillo deslumbrador no es sino el brillo de un espejismo que fulgura a lo lejos en este árido desierto de nuestra vida. Desde que he descubierto tan cruel verdad, desprecio profundamente la existencia humana, y prefería una y mil veces haber nacido roca, lago, o abismo, cosas todas que siendo eternas, inmóviles y grandiosas tienen la ventaja de no aburrirse jamás y de no poseer la ridícula pretensión de aspirar al

amor que como he dicho ya, no es más que una utopía, un Eldorado, y un fuego fatuo.

Y como no es nada probable el que Abuelita, o cualquier otra persona se venga de puntillas a leer por encima de mi hombro lo que pienso escribir aquí, cosa que me llenaría de la más horrible confusión, voy a explicar la causa por la cual he llegado al conocimiento tristísimo y deprimente de que el amor no es nada, o más claro todavía : de que el amor es menos que nada, y muchísimo peor que nada.

Sin más rodeos y sin reticencias de ninguna especie, paso a decirlo de una vez con entera franqueza. Si poseo esta verdad y si profeso este axioma de que el amor no existe, es porque mi novio me ha besado a mí; y porque yo lo he besado a él, no una vez, lo cual no me serviría de base para hacer ningún juicio o experiencia, sino que me ha besado unas... dos veces... pero no... no... la verdad, digamos la verdad, yo creo que han sido... tres veces... sí... ¡eso es!... un trío o un tríptico de besos, lo cual en cuanto a experiencia constituye una cantidad muy respetable para poder sentar un juicio y formular un voto sobre cualquier asunto.

¡Ah! y pensar que los poetas han escrito versos y más versos elogiando las dulzuras del beso! Pensar que Bécquer por ejemplo, ha dicho, con aquella deliciosa y turbadora emoción en la cual tuve la ingenuidad de creer:

... « Por un beso, yo no se, qué te diera por un beso! »

Y pensar que también Rostand escribió maravillas sobre el particular en aquella conmovedora escena del balcón ocurrida entre Roxana, Cristián, y el pobre Cyrano, quien en mi opinión, fué el más afortunado de los tres, puesto que no habiendo subido a recibir el beso de Roxana, conservó hasta el fin sus ilusiones y no tuvo ocasión de experimentar esta horrible decepción que experimento yo hoy.

¡El beso! ¡ah! lo digo ahora y lo repetiré toda mi vida; el beso, « ese secreto de amor, en que se toma la boca por

oído » no es nada, pero absolutamente nada interesante! Todavía el primer beso tiene el atractivo de lo desconocido, el terror de lo prohibido, y el remordimiento de lo ilícito, pero una vez pasado ese remordimiento, ese teror, y ese atractivo, para los besos subsiguientes de la serie: ¡no queda nada!... por más que sí, sí queda algo... ...algo, que viene a ser bastante desagradable... ¡Ah! si al menos no existiera en el mundo el horrible vicio del cigarro, y si al menos los hombres no tuvieran la manía de cortarse los bigotes a la americana erizados y duros como esos cepillos de frotar a los caballos, todavía... ¡todavía podría explicarme el que algunas personas tuvieran el capricho de elogiar el beso!... ¡Ah! y no es nada, si al cigarro y al cepillo de frotar caballos, viene a sumarse este temor horrible de que pueda descubrirse lo del « Rouge vif de Saint-Ange »!... Por eso lo declaro aquí solemnemente y por segunda vez: yo no elogiaré nunca jamás el beso. Tengo la completa seguridad de que es una invención muy insulsa, que a más de exponernos al peligro de ser vistos por una tercera persona, circunstancia cuya menor consecuencia sería la del ridículo, creo que como entretenimiento es muy monótono, y como costumbre puede llegar a ser antihigiénica.

Gracias a mi natural lentitud de juicio, estos razonamientos sólo me los hice yo dos días después de haber recibido el primer beso de los labios de mi novio. Pero es lo cierto que formulados dichos razonamientos, con mi natural firmeza, resolví también sin más tardanza poner un punto final a tan decepcionante como antihigiénica costumbre. Aquel propio día en la noche, luego de vestirme con más cuidados que nunca y luego de saludar a mi novio, mientras me sentaba junto a él como acostumbro, en el sofá de damasco azul oscuro, le dije rebosante de austera y señoril distinción:

— Leal, sé muy bien que una mujer virtuosa no debe jamás besar a un hombre con quien no se ha casado todavía.

Hace ya pues dos noches que falto a mi deber, y como los remordimientos no me dejan dormir, y como quiero probarte a ti, y probarme a mí misma, que sé y sabré siempre resistir a las tentaciones, no volveré a darte ningún otro beso: ¡aunque me lo pidas de rodillas!

Y fué inútil que mi novio empleara las más suaves, insinuantes, y seductoras palabras de su vocabulario amoroso, fué inútil que después, hablándome muy severamente, invocara su autoridad y me dijera que yo no tenía el derecho de emitir semejantes juicios, puesto que tanto en asuntos de moral como en cualquier otro asunto, mi conducta no debía inspirarse jamás en ningún criterio que no fuese exclusivamente el suyo. Pero todo, suavidad y energía, todo, todo, resultó inútil. Desobedeciéndole por primera vez le contesté digna y teatralmente:

— ¡ No, no, y no ! ¡ Quiero que me aprecies ! ¡ Quiero que el día de mañana tengas confianza en tu mujer! Y para que veas ya, lo terminante de mi resolución y la solidez inquebrantable de mi virtud entre mis besos, tú, y yo, voy a abrir inmediatamente un abismo.

Y entonces, dirigiéndome a tía Clara que vuelta discretamente de espaldas tejía bajo la luz clarísima de la araña le dije:

— ¡Pero tía, te sientas todas las noches en el centro del salón, en plena corriente de aire, y vas a coger un resfriado, y quizás, quizás, hasta una pulmonía! Creo que deberías sentarte allí, frente a nosotros, en el sillón de Abuelita. Encendiendo la lámpara de pie puedes tejer con la luz verde de la pantalla que es admirable para la vista.

Y tía Clara quien desde hace justamente algunas noches, mientras Abuelita se va a acostar, queda encargada de vigilar y presidir el salón durante las visitas de Leal, no bien terminé de hablar, se levantó al punto y diciendo:

— ¡Es verdad!

Se encaminó hacia el sillón vacío de Abuelita, encendió la lámpara de pie, nos dirigió a los novios una mirada inquisidora, y luego de exhalar un larguísimo suspiro tomó de nuevo las dos agujas de hueso y continuó tejiendo.

Y yo, ahora, como entonces, tengo la absoluta seguridad de que prendidos en aquel largo suspiro de tía Clara, surgieron de su boca y volaron un segundo por el ambiente del salón los invisibles átomos de su pensamiento que diría más o menos:

« — ¡También allí en el sofá de damasco azul nos sentábamos nosotros, ...y también algunas veces, en este rincón de enfrente... ¡no había nadie!... »

Y digo que así debió expresarse el pensamiento de tía Clara, porque no bien sus nudosas manos bañadas en la luz verde de la pantalla comenzaron a mover pausadamente, las dos agujas de hueso, mientras la pelota de estambre rodaba un segundo por encima de su falda e iba a dar en el suelo sobre la alfombra oscura; yo, junto al indignado silencio de Leal, sin saber por qué, me puse a evocar muy dulcemente unas escenas lejanas, pero tan lejanas, tan lejanas, que era apenas si lograba esbozarlas mi memoria... En ellas me sentía de nuevo pequeñita, sentada en el suelo, de espalda al sofá de damasco, blanqueando también allí mismo, sobre la alfombra oscura, un poco más extensamente de lo que blanqueba ahora la pelota de estambre... y allí me vi otra vez, instalada en el suelo, alineando muy formal junto a mis zapatitos la blanca hilera de gallos de papel que me había fabricado el novio de tía Clara, sí, ¡ el novio de tía Clara ! aquel personaje amable y enigmático, que tras de mí, en el sofá de damasco, conversaba con ella durante horas y horas, en un tono bajo, que era muy misterioso y estaba sembrado de unas pausas que eran mucho más misteriosas todavía... Ahora, después de quince años, en mi lugar estaba la pelota de lana y en lugar de tía Clara y de su novio, estábamos mi novio y yo..

— ¡Ah! pensé llena de intensa melancolía: — la vida es un árbol que se viste y se desviste de continuo, poniendo siempre sus distintas hojas, sobre los mismos sitios, al compás del mismo monótono caminar del tiempo!

Y como tan suaves consideraciones inundaran mi alma en una ola de sentimentalismo; con el doble objeto de darle salida distrayendo a un propio tiempo el mal humor de Leal, le hablé de los encantos de la poesía lírica y propuse recitarle aquel emocionado nocturno de Silva :

« Una noche, una noche toda llena de murmullos, de perfume y de música de alas... »

Pero él, muchísimo más disgustado que antes, cuando yo iba por la palabra « murmullos » me cortó bruscamente el nocturno para pronunciar, él, un extenso monólogo, enérgico e imperioso, el cual, comprimido en pocas palabras, venía a expresar más o menos lo siguiente: Que odiaba los romanticismos; que odiaba las recitaciones; y que odiaba todavía más las mujeres como yo, que pretendían ser sabias y bachilleras; que en su opinión, la cabeza de una mujer era un objeto más o menos decorativo, completamente vacío por dentro, hecho para alegrar la vista de los hombres, y adornados con dos orejas cuyo único oficio debía ser el recibir y coleccionar las órdenes que éstos les dictasen; y que además y finalmente, le parecía indispensable el que dicho decorativo objeto usase una cabellera muy larga puesto que así lo había indicado ya la sapientísima filosofía de Shopenhauer.

Pero esto último de Shopenhauer, él, no lo dijo así nombrando a Shopenhauer sino que yo lo deduje de la siguiente orden terminante con la cual se remató el monólogo :

— ...y últimamente: no quiero que sigas usando el pelo corto. ¡Como la pintura, el pelo corto no es cosa propia de mujeres decentes!...

Tanto estos últimos, como los anteriores enérgicos con-

ceptos, me dejaron un instante muda de asombro y de tristeza. La idea de sacrificar mis dos queridos mechones cortos de pelo, adorno de mi sienes y ocupación perenne de mis manos, me afligía mucho, pero me afligía muchísimo más todavía el pensar que yo había trabajado sin tregua leyendo y estudiando, a fin de instruirme, y adquirir así un nuevo adorno o atractivo, el cual en lugar de ser tal adorno o atractivo, resultaba de repente, según acababa de declarar rotundamente Leal, una condición desventajosa, feísima y chocante en una mujer : « ¡ la mujer bachillera ! »

— ¡Ah! qué conflicto tan grande — pensé con desesperación, sentada humilde y sumisa en mi medio sofá, — y ahora, para poder gustar a Leal: ¿cómo limpiar mi cabeza de esta baraúnda de lecturas acumuladas en más de dos años, las cuales, a modo de informe nebulosa, flotarán eternamente en ella?

Y mirando con los ojos muy abiertos la pelota de estambre que precedida de la hebra a impulsos de los dedos de tía Clara, saltaba imperceptible sobre la alfombra oscura, me di a considerar que al fin de cuentas, la ignorancia era muchísimo más liberal que la sabiduría, puesto que de un ignorante se puede hacer un sabio, mientras que de un sabio no puede hacerse jamás un ignorante. Entonces, sentí durante un minuto la nostalgia de las cosas irremisiblemente perdidas, y me dije a mí misma suspirando ;

— ¡Ah! la infinita tristeza de lo definitivo! ¿y qué no daría yo ahora por complacer a Leal, adquiriendo de nuevo el perdido tesoro de mi absoluta ignorancia?...

Pero al fin me consolé pensando, que si bien era cierto que no tenía la posibilidad de adquirir dicho tesoro, me quedaba siempre el recurso de hacer creer que lo poseía. Esta solución me satisfizo muchísimo, no solamente porque allanaba el conflicto, sino porque me hizo recordar que tengo grandes disposiciones para fingir, lo cual, lejos de ser un defecto

como supone el vulgo, es una prueba de talento, y una muestra evidente de que podría haber hecho una brillantísima carrera en el arte divino del teatro, arte que en mi opinión es el más sublime de cuantos existen. Y así, pensando en este talento mío, que escudado en mi belleza, podría haberme llevado quizás, quizás, hasta el nivel de una Sarah Bernard o de una Duse, me sentí otra vez de un admirable buen humor; y entonces, dada esta alegría, levanté mis ojos de la pelota de estambre, los fije en mi novio y le di a entender por medio de unas miradas y de unos mohines graciosísimos, que tía Clara nos estorbaba horriblemente, y que encontrándome ya en plena crisis de arrepentimiento, sentía en el alma haberle desobedecido. Estas manifestaciones, lejos de calmar su desagrado perecían exacerbarlo, tanto, que según creo ahora, Leal sentado junto a mí en el sofá de damasco, sentía verdaderos deseos de darme unos palos ya que no podía darme unos besos. Como ambas cosas, igualmente desagradables, eran igualmente imposibles, juzgué mi situación sumamente interesante, y continué desarrollando con más soltura todo aquel repertorio de guiños, sonrisas y mohines, que aun cuando por desgracia no pude verlos reproducidos en ningún espejo, comprendí muy bien que todos, absolutamente todos, eran sutiles, deliciosos, graciocísimos, dignos de ser exhibidos no en un salón, y ante una sola persona, sino en un gran teatro, vestida con una maravillosa toilette de baile, en medio de un decoración lujosísima, y ante el numeroso e inteligente público de alguna gran capital.

Desde esa noche mi novio no ha vuelto a besarme más. En cambio ha adelantado la fecha de nuestro matrimonio, y hace llover diariamente sobre mi persona, leyes, prohibiciones, y órdenes de toda especie. Yo considero que ellas, así como los besos, constituyen también una prueba evidente de su amor, y por consiguiente las recibo y las acato siempre con respeto y con cariño. Tía Clara, que ha observado muy bien

estas mutuas correspondencias de nuestro afecto, con su natural buen sentido las comprende y las comenta diciendo:

— Si Leal quiere a María Eugenia, María Eugenia adora a Leal. ¡No ve mas que por sus ojos! Nunca me figuré que ella pudiera enamorarse tanto. Pero después de todo, no es extraño; se comprende que él tiene un encanto... un no sé qué especial para atraer a las mujeres, porque todas, todas: ¡lo adoran!

En cambio, tío Pancho que cuanto día pasa, menudea más y más sus continuas faltas de tacto, se desagrada y se crispa de nervios, con estas muestras de complacencia y de cariño que doy a mi novio. Continúa con su sistema de mariposa negra pronosticando horrores, y cuanta vez se le presenta la ocasión de crearme un conflicto o de ponerme en una situación difícil frente a Leal, aprovecha la oportunidad y me crea el conflicto. Bueno, y como además, según creo haber dicho ya, tío Pancho ha perdido por completo aquella gracia que tenía antes, ahora lo dice todo con unos chistes necios, pero tan necios, tan necios, que no dan ninguna risa.

Y para mejor demostrar lo antedicho o sea la poca gracia que tiene ahora tío Pancho, voy a citar varios ejemplos.

Antier, sin ir más lejos, a eso de las diez de la mañana, yo me hallaba en el comedor, de pie, y a un metro de distancia de una silla, ocupada en tejer cordones de seda, porque habiendo comprado últimamente para mi trousseau unas combinaciones, me quedan un si es no es flojas de escote, y hay que pasarles una cinta o cordón a fin de que se me adapten más al cuerpo. De repente, cuando más absorta estaba yo en mi trabajo, entra tío Pancho al comedor, se sienta y :

— ¿Qué haces ahí María Eugenia tendiéndole hilos a esa silla como si fueras una araña?

— ¡Pues ya lo ves!.. Estoy haciendo cordones de seda

para ajustar mis combinaciones de milanesa que me quedan un poco flojas.

— ¿Te quedan flojas?... ¿sí?... Pues mira, si quieres que te dé un consejo, yo, en tu lugar no trataría de ajustarlas, sino que más bien trataría de estirarlas todo lo posible. Dentro de una temporada ya no te servirán, María Eugenia. Yo calculo que vas a engordar alrededor de unos cinco kilos por mes, hasta llegar a los ochenta reglamentarios.

Ante semejante impertinencia que subía de pronto, en diez kilos, la pesadez habitual del pronóstico: ¡silencio absoluto de María Eugenia! Los hilos siguen girando bajo las yemas de dos dedos y la silla se estremece ligeramente a impulsos del trabajo y de la rabia. Al cabo de un rato:

— ¿Cuándo es por fin el matrimonio?

— ¡ ¡Prontísimo! !... Cuando la casa esté acabada de decorar. La están poniendo preciosa.

— ¿Sí?... Me parece ver ya esas decoraciones. Habrá unos Cupidos volando a toda velocidad en tu cuarto de dormir, y un gran paisaje verde y azul, o sea: mar y cielo, pintado de arriba abajo en la pared del patio...

Otra vez por toda contestación, nada: ¡el silencio!

Luego, de pronto:

— Mira, ahora que has acabado ese cordón, antes de empezar otro, dame unas gotas de brandy, hazme el favor.

Como yo no soy rencorosa, le llevo el brandy, pero ¡le llevo también otra cosa! Es el periódico del día, donde aparece el último artículo de Leal, que publica la prensa elogiándolo muchísimo. Cuando tío Pancho se acaba de tomar el brandy, extiendo el periódico abierto ante sus ojos, encima de la mesa, y le digo con aire de desafío:

— Mira: ¡lee lo que dicen aquí sobre el artículo éste, y lee, lee después el artículo!... fíjate: « pasa a la segunda página » vuelta de hoja) « pasa a la tercera » (vuelta de

hoja) y « pasa a la quinta » (vuelta de hoja)... ¡ Anda, pues tío Pancho, lee, lee !

Pero tío Pancho, en lugar de ponerse los anteojos y empezar a leer, no, sino que se queda callado un rato, luego alza la vista, y me pregunta con una dulzura, y una suavidad, y una *pose* de confesor :

— Oye, contesta la verdad, María Eugenia: ¿lo leíste tú así, pasando a la segunda página, y pasando a la tercera, y pasando a la quinta, y todo?

— No. Yo no lo he leído en ninguna forma, porque sabes demasiado que estoy ocupadísima con los cordones. No he tenido tiempo de leerlo todavía.

— Bien, entonces para complacerte, yo leeré el artículo entero, pero es a la condición de que tú te bebas primero, en ¡cuatro o cinco segundos nada más!... aquel frasco de agua de Rubinat que está ahí encima.

Y enseñó el purgante amarguísimo de Rubinat que tía Clara iba a tomarse aquella misma mañana, y cuya sola vista a mí me produce náuseas, escalofríos y mareos de repugnancia.

Ahora pregunto yo: ¿tiene alguna gracia esa contestación?... ¿tiene ingenio?... ¿tiene *esprit?*... ¡Pues es claro que no! y es evidente lo que dice Abuelita y todo el mundo: tío Pancho carece de sentido moral, carece de sentido práctico, y no discierne lo respetable y lo bueno, de lo despreciable y lo malo.

Otro ejemplo muy reciente:

Hace cosa de dos noches, Leal, durante su visita, sentado junto a mí en el sofá de damasco, no hablaba en aquel instante conmigo, sino que se dirigía a tío Eduardo y a tío Pancho, porque los temas sobre los cuales versaba su conversación, no eran en absoluto de mi incumbencia. Había advertido ya hablando de las relaciones existentes entre el misticismo y la mentalidad femenina :

— La religión, en una mujer es completamente indispensable, y ninguna mujer tiene el derecho de decir que no cree... porque al fin y al cabo: ¿qué entienden ellas de Metafísica, ni de Biología, ni de las teorías de Lamark; ni del sistema cosmogónico de Laplace, ni de las nuevas ideas de Einstein ni de nada?... Yo por ejemplo, no creo, yo soy absolutamente materialista: es verdad, pero ¿por qué soy yo materialista?... ¡pues porque yo tengo mis motivos!... yo pienso; yo he estudiado muy a fondo; yo reflexiono; yo tengo cierta capacidad mental; yo tengo mi sistema; yo tengo mi método especial; yo tengo mi, etc., etc.

Pero todo esto lo había dicho ya hacía rato. Ahora hablaba de Literatura, de Oratoria, de Política y había ofrecido leer un trozo del discurso que en aquellos días iba a pronunciar en el Senado. En un momento dado, dentro del movimiento general de la conversación se habló del Dante y de su obra. Como es natural y, de acuerdo con mi programa, en lugar de emitir opiniones sobre el particular, callaba discretamente dando a entender así que aquellas dos palabras: « El Dante », carecían en absoluto de sentido. Pero tío Pancho, en lugar de ocuparse de sí mismo y de sus propios asuntos, no, esperó a que hubiese un gran silencio y entonces, con una voz estentórea me preguntó:

— ¿Desde cuándo no recitas nada del Dante, María Eugenia?

— ¿Del Dante? pregunté yo extrañadísima ¡no sé lo que dices, tío Pancho!

— ¡Ah! ¿de modo, María Eugenia, que prentendes hacernos creer ahora que tú no has leído nunca al Dante, cuando el año pasado nos agobiabas con tus juicios y tus pedanterías sobre la Divina Comedia? Recuerdo que la recitabas en un italiano antiguo que debía estar muy mal pronunciado, porque hablas el francés y el inglés como tu propio idioma, pero en cambio destrozas el italiano.

— Pues mira, tío, — le contesté disgustadísima — yo no acostumbro a mentir. Te he dicho varias veces que tengo muy mala memoria, y que así como se me ha olvidado ya casi el inglés, se me está olvidando ahora el francés, y se me han olvidado por completo todos los versos de la Divina Comedia. Es como si nunca los hubiera leído. Por eso digo sinceramente ¡no sé quién es el Dante!

Y como si esto no fuera bastante, tío Pancho, en lugar de comprender y callarse, siguió así, machacando el mismo tema.

— ¡Ah! pues me parece rarísimo que te halles tan alejada de la literatura, cuando tú misma eres literata, o sea « escritora ». ¡Y no lo niegues, no lo niegues, porque me consta! El otro día entré en tu cuarto a buscar un libro y vi sobre tu escritorio, una gran cantidad de cuartillas numeradas y escritas. Tú entraste corriendo detrás de mí y las tapaste con una revista, pero fué en balde porque ya las había visto muy bien...

Al oír tan inicua indiscreción, salté al instante sin dejarle concluir :

— ¿Escritora?... ¿escritora yo?... ¿yo?... ¡Vamos, que disparate!... ah!... por más que sí... ahora recuerdo... tú te refieres sin duda a unas recetas de cocina que estaba yo copiando el otro día...

— ¡Sí!... ¡sí!... recetas de cocina, con interrogaciones, exclamaciones, diálogos y puntos suspensivos!... Bueno, a no ser entonces que en tus recetas de cocina los elementos dialoguen entre sí, como los personajes de una fábula, de modo que mientras se bate una torta, pongamos por caso, el azúcar interroga a los huevos, la leche le replica a la mantequilla, y la harina exclama dentro del molde o el horno...

— ¡Ah! ¡Jesús! ¡ qué de absurdos !... Acuérdate, tío Pancho, por Dios, que tú no ves nada cuando estás sin anteojos, y es por eso que todo lo tergiversas!

Afortunadamente, Leal no atendió en absoluto a las anteriores réplicas, ocupadísimo como estaba en sacar de su bolsillo, desdoblar y repasar con la vista unas hojas escritas, en las cuales buscaba muy abstraído el trozo más elocuente de su discurso. Y por fin, habiéndolo encontrado, con las hojas sostenidas por la mano derecha, accionando muy ampliamente con la izquierda, ahogó mi discusión con tío Pancho, porque comenzó a leer :

« — Las diversas agrupaciones incipientes de entidades
« heterogéneas, que fundidas en un mismo credo heroico,
« comulgaron ubérrimas, e inmarcesibles, en las palpitaciones
« étnicas y sociológicas de nuestra Gesta Magna, cuyos
« faustos gloriosos se evidencian en las colectividades generado-
« ras de la epopeya, que ascendiendo a las cimas ígneas de los
« Andes tal cual una Epifanía de cóndores, concibiera el
« concepto venerando de nuestro individualismo patriótico...»

Al llegar aquí, mientras Leal seguía leyendo, eché una ojeada inquisidora a la cabeza de tío Pancho, que escuchaba serio, inmóvil, y absorto, dando señales de profunda atención. Pero como le conozco demasiado, viéndolo tan atento, no pude menos de exclamar en mi fuero interno :

— ¡ Ah ! qué nueva sandez, ¿ qué nuevo chiste sin gracia, estarás rumiando ahí, tío Pancho?

Pero la voz de Leal seguía cada vez más vibrante :

« ...Al conjuro del verbo taumatúrgico que en un amplio
« abrazo cosmogónico encendiera de fe aquella radiante an-
« torcha, que prendida luego en la intensa energía plutónica
« de las cumbres épicas, brilló por fin sobre las testas heroi-
« cas, como una radiante rosa de fuego, rediviva en la Apo-
« teosis triunfal de nuestra más pura Gloria ! !... »

Y no atendí más, porque me di a pensar que, en realidad,

mi ignorancia era mucho mayor de lo que me figuraba, puesto que no había logrado todavía tomar el hilo de un discurso tan elocuente, que dicho sea de paso, fué un verdadero éxito en el Senado. Y digo que fué un éxito porque el periódico que lo reprodujo, al llegar a éste último parrafo, escribió así, entre paréntesis y con bastardilla: (*el orador es calurosamente ovacionado*).

Recuerdo que también tío Pancho me ha proporcionado más de un disgusto por ese prurito que tiene de hablar, venga o no venga al caso, de mi gran intimidad con Mercedes Galindo, y de aquellos tiempos en que yo comía casi diariamente con ella. Ocurre que Leal, sólo conoce a Mercedes de vista y de referencias, pero es lo cierto que sin haberla tratado, le profesa desde lejos, la más sincera y vehemente de las antipatías. Me ha anunciado ya varias veces, que si Mercedes regresare a Caracas, yo, casada con él, no volveré jamás a pisar su casa. Como Leal no suele explicarme el por qué de sus órdenes o prohibiciones, ignoraba la causa de ésta última como ignoro la causa de todas las demás. Pero hace algunas noches a propósito de no sé qué frase de tío Pancho, luego que éste se hubo marchado, la conversación entre Abuelita, tía Clara, y tío Eduardo comenzó a girar alrededor de Mercedes. Hablaban ellos aparte, distantes de nosotros los novios, allá en el extremo opuesto del salón. Pero de pronto Leal, se irguió junto a mí en el sofá de damasco, tomó solemnemente la palabra, y con ese tono imponente y enérgico que debe usarse cuando se habla de aquellas personas cuyo trato corrompe o escandaliza a los demás, dijo que Mercedes era y había sido siempre una mujer muy libre en sus costumbres, que asistía a los bailes literalmente desnuda, que trataba a los hombres con demasiada intimidad que tenía con ellos conversaciones muy impropias, y que si bien en Caracas no la habían nombrado con nadie en particular, le constaba que en París había tenido más de un amante.

Yo creí un deber mío el defender a Mercedes de semejantes cargos, y con tal motivo se inició al punto una discusión muy agria, porque tanto Abuelita como tío Eduardo y tía Clara, presentes en la escena, se pusieron los tres de parte de Leal y en contra mía. Fué inútil que para defender a Mercedes yo describiese con la mayor elocuencia posible aquella abnegación de ella para con Alberto su marido, el mérito de ser tan buena siendo tan desgraciada y tan linda; sus sentimientos generosos y su inmenso corazón. Todos me contestaron diciendo que no veían en ello ningún mérito, puesto que una mujer bien nacida, una vez casada, por muy desgraciada que fuera, debía sufrir en silencio su desgracia, sin faltar jamás a sus deberes, y sin dar a la sociedad ese espectáculo grotesco, y escandaloso que es el divorcio. En vista de tanta evidencia mezclada a tanta unanimidad, juzgué definitivamente perdida la causa de Mercedes, y opté por callarme discreta y dócilmente.

Luego de declararme derrotada, recuerdo que en el sofá de damasco, Leal y yo, emprendimos de nuevo aquella noche nuestra interrumpida conversación particular, mientras que a lo lejos, Abuelita, tía Clara y tío Eduardo, continuaban hablando en voz muy baja. Sin dejar de atender a lo que decía mi novio, aguzando mucho los oídos, me di cuenta de que ahora, a propósito de Mercedes, y a propósito del divorcio, el grupo de enfrente hablaba de Gabriel Olmedo. Abuelita recordaba que Mercedes había tenido la malhadada idea de casarlo conmigo, y tío Eduardo añadía que gracias a su interés y gracias a un milagro de la Providencia, yo me había librado de tan gran calamidad. Pero tía Clara aseguró que a mí no me habría gustado jamás Gabriel Olmedo, Abuelita confirmó esta opinión, y entonces tío Eduardo se puso a contar que Gabriel y su mujer, vivían de hecho separados, porque no habían logrado entenderse jamás; que ella tenía en realidad un carácter destestable; que Gabriel se divertía por

su lado y que en Caracas se decía que iban a divorciarse. Y luego de seguir hablando en un tono todavía más bajo, que yo no alcancé a oír, dividida como estaba mi atención entre las dos conversaciones; la de enfrente se clausuró por fin con estas consideraciones de Abuelita:

— ¡Quizás!... ¡cómo no tienen respeto ninguna por la moral, y cómo tampoco tienen hijos!... ¡ah! los hijos, qué falta tan grande hacen los hijos!...

Salvo la antedicha discusión sostenida por culpa de tío Pancho, sobre el delicado tema de Mercedes, que yo recuerde, no he vuelto a discutir más con mi novio. Y en un mutuo y completo acuerdo, ante nuestro sofá de damasco, el tiempo se desliza suave, suavemente, mientras que allá, en lontananza, la fecha de nuestra boda, se agranda y se aproxima con andar de gigante. Contando desde hoy sólo faltan veinte días. Ya se han publicado los esponsales, y el domingo pasado en la Misa de ocho, el cura de la Catedral, después del evangelio, leyó la primera de las amonestaciones.

Por asuntos muy urgentes, Leal prepara un viaje al interior de la República, viaje que durará tan sólo algunos días. Serán más o menos, estos mismos que faltan para el día del matrimonio. Durante su viaje pienso darme en cuerpo y alma a mi traje de novia. Ya lo tengo encargado. Será todo, todo, velo, manto y vestido, una misma nube blanquísima de encaje de Chantilly, sin más adorno que el adorno menudo de los azahares que florecarán escondidos en la nube del encaje... y a propósito de nube... se me olvidaba ya mi gran noticia:

Una de las razones por las cuales defendí tan acaloradamente a Mercedes Galindo la otra noche, fué en agradecimiento al gran cariño que puso para escoger mi trousseau, porque ha llegado desde hace ya algunos días... ¡y es una maravilla mi trousseau!... Todo, absolutamente todo, es de crespón de china rosa, con calados y bordados blancos tal cual yo lo había soñado.. Cuando lo tengo guardado en mi armario de

luna, la finura de la seda bien doblada lo pone tan pequeñito que yo a veces, con la sola intención de verlo, abro la hoja de mi armario de luna... tras la hoja, se viene primero un olor de sedas de París que es una gloria, y después, tras el olor, como si fuera un jardín de rosas, aparece sembrado en una sola tabla, todo el jardín de rosas de mi trousseau. Yo lo contemplo un largo rato ordenado así, en diminutas hileras, hasta que de pronto, por el gusto de mirarlo crecer, por el gusto de que me llene el cuarto con su olor de París, y por el gusto de sentir que es mío, desbarato las hileras, y pieza por pieza, lo voy extendiendo todo sobre el amor de mi cama. Y es tanto lo que él crece y lo que se multiplica, que para recibirlo entero, mi cama, parece que se alarga de alegría, parece que se mueve, parece que camina, y por fin, mi cama cargada con mi trousseau, es un arroyo que tiene ondas, y remansos, y cascadas, y remolinos, y espuma de seda de color de rosa. A veces, de tanto mirarlo, me dan ganas de bañarme en el arroyo, y sin pensarlo más, como el crespón no se arruga, me quito en un segundo mi kimono, me extiendo sobre la cama, y tomo un baño de seda. Pero un instante después, siento que voy a estropearlo, y me levanto de prisa, me instalo a la turca hacia los pies de la cama, lo aliso con cariño, y pieza por pieza vuelvo a doblar mi lindo baño de rosas. Mientras lo voy doblando, como está todo revuelto y a montones, clareando el edredón azul, esponjado a pedazos, subido hasta la cimas de las almohadas blancas, lo miro un largo rato frente a mí, y allá, en la cabecera de mi cama, bajo el ensueño de mi cortina de punto, mi trousseau revuelto y en desorden, me recuerda entonces esos rincones de cielo cuando un ocaso le pone aquellos disparates y aquellos caprichos de jirones de niebla, con jirones de nubes blancas, y nubes rojas, y un lunar muy encarnado que es el sol, y un celaje más claro, y muchas, muchas nieblas de crespón rosado,

que se transparentan y se pierden por un cielo tan azul como el azul de mi edredón.

Pero así como me gusta mi trousseau para mirarlo puesto sobre la cama, no sé por qué, no me gusta mi trousseau para mirármelo puesto sobre mi cuerpo. Y no es que me quede mal, no : ¡ me queda maravilloso ! Me queda tan bien, pero tan bien de color, y tan bien de forma, que un día que tía Clara se empeñó en que debía probármelo, al ponerme la primera camisa que era un imperio muy corto, tía Clara, se quedó al punto extasiada, y ella que nunca me dice bonita, juntó las dos manos, se estuvo callada un instante, y luego exclamó con muchísimo escándalo :

— ¡Pero qué lindura!... ¡Si pareces un mismo botón de rosa, María Eugenia!

Y también Gregoria la lavandera, para verme con mi camisa rosada, asomó en aquel momento su lanuda cabeza por detrás de los barrotes de mi ventana y acompañando las palabras con aquellas carcajadas suyas que dicen tantas cosas que no se pueden decir, aseguró que no había visto nada más precioso, y que ella misma me lavaría siempre mi ropa de seda, para que ninguna otra lavandera ordinaria viniera a cometer el crimen de estropeármela.

Pero a pesar de lo que dice tía Clara y de lo que dice Gregoria con palabras y con carcajadas, yo no quiero ponerme mi trousseau, y prefiero que se lo ponga la cama. Sí. Recuerdo que el mismo día en que llegó, al no más sacarlo de los cartones, decidí probármelo todo. Loca de curiosidad me encerré con él en mi cuarto, y temblando de alegría, empecé a ponerme una después de otra, las perfumadas piezas de crespón de la China. Pero cuando más alegre me sentía mirándome por todas partes en el espejo, hecha « un boton de rosa » como dice tía Clara, de repente, sin saber bien la causa, me pareció que aquella tela de las camisas era demasiado transparente, pensé que Abuelita había dicho

ya muchas veces; « esa ropa de seda, ni es decente ni es práctica »... y yo, que no me asusto nunca del desnudo, bajo la finura del crespón, me miré de pronto desnuda, y sentí... no sé lo que sentí... pero me quité la ropa calada, me puse mi ropa de todos los días, y al trousseau lo extendí más bien encima de la cama.

Pero ahora que lo pienso mejor... el no seguir en la prueba, fué debido también, a que además de acordarme de lo que dice Abuelita, me acordé de lo que dice tío Pancho. Mientras me ataba la cinta de una combinación, me miré en el espejo, pero así... fijo, muy fijo... y de repente, me pareció que me ensanchaba de espalda, y luego que me ensanchaba de pecho, y luego que mi cabeza crecía hasta ponerse cuadrada como la cabeza de María Antonia, y que por fin, mis manos, mis manos lindas, con sus uñas tan pulidas, sus hoyuelos tan graciosos, y sus dedos tan agudos y tan finos, se ponían gruesas, y en lugar de las uñas pulidas tenían unas uñas opacas, y unos dedos hinchados, nudosos y hasta un poco torcidos como los dedos de tía Clara... Sí, sí, frente al espejo, vestida apenas con mi camisa imperio de crespón de la China sentí de repente que todas las palabras de tío Pancho, me asediaban, me pareció que se movían a mi alrededor,... sí... ¡me pareció, que tenían alas y que volaban junto a mí, como una bandada de cuervos!... Por más que no... ¡no!... era más bien, como un enjambre de mariposas negras, eso es... era un enjambre espantoso de mariposas negras, que dentro del espejo volaban y revolaban invisibles y perseverantes alrededor de un pobre botón de rosa...

Y claro, lo que yo digo : ¡que también sería por eso, que suspendí de repente la prueba de mi trousseau!...

Ahora, mientras escribo, no ceso de recordarlo, y no ceso de preguntarme: ¿por qué, pero por qué, tío Pancho ha cogido la costumbre feísima de anunciar cosas lúgubres?... No es que yo sea supersticiosa... pero siempre... ¡caramba !... siempre...

CUARTA PARTE

IFIGENIA

CAPITULO I

Un lunes en la madrugada

Acaban de dar las dos de la mañana... Y estas dos campanadas al sonar, como si fueran dos quejidos del silencio, se han metido de pronto en mis oídos, me han llamado con dos golpes, y dentro del alma, me han despertado el miedo...

Tengo miedo... Sí..., escribo por distraer el miedo...

Fué el reloj viejo y estropeado del comedor el que dió las dos... ¿Serán realmente las dos? Ahora el reloj sigue haciendo como antes: tic, tac... tic, tac... tic, tac...

Las campanadas de los relojes en la noche son las voces del silencio que se queja... y el tictac de los relojes en la noche son los pasos... ¡ah! los pasos de la muerte... ¡no; no, no!... son los pasos del silencio que camina... ¡sí!... los pasos del silencio... ¡Y qué despacio, y qué lento y qué largo, Dios mío, camina el silencio por la noche!... Sobre todo cuando la noche es tan negra y tan callada como esta noche. Es tan negra y tan callada, que hace apenas un instante que por ver algo de luz que no fuese la luz de esta llama que baila y baila como una bailarina loca sobre el pedestal angosto de la vela...

hace un instante, por ver otra luz que no fuese la luz de esta llama loca, me levanté de mi silla y abrí uno de los postigos de la ventana; pero como en esta casa tan vieja y tan pobre todo se queja, el postigo, al abrirlo, se quejó y como yo me asusté del quejido, y como en el cielo no hay ni siquiera una estrella, el postigo se ha quedado entreabierto, y es ahora en el marco de la ventana blanca, un boquete negro, negro, por donde pasa un misterio tan negro y tan frío, que la llama ahora sobre el pedestal angosto de la vela se tuerce y se retuerce como si le dolieran las entrañas... Y ese misterio del postigo a mí también me está tocando la cara y me toca las manos, mientras las manos andan sobre el papel, junto a la pluma. Es un misterio negro, y húmedo, y frío... sí... ¡es como el misterio de los ojos muertos!... Porque hay veces que en los rostros helados, bajo los párpados blancos, los ojos negros se quedan entreabiertos... así... como está ese postigo...

¡ Ah ! ¡ La muerte !... No es el silencio quien camina en la noche no, ¡mentira! es ella... es la muerte... ¡sí! ¡la muerte!... Y los relojes son los únicos que tienen oídos para escuchar sus pasos... Por eso los repiten siempre a todas horas. Pero en el día los repiten y nadie los oye, y los repiten en la noche, y en la noche, en medio del silencio, los oyen estos oídos que velan a los enfermos...

¡Ah, el horrible boquete de ese postigo!... ¡Qué misterio tan frío, qué misterio tan húmedo y tan negro!...

Me he levantado de mi silla y lo he cerrado. En su lugar he entornado la puerta del comedor; y ahora el reloj hace mucho más recio que antes : tic, tac; tic, tac, tic, tac.. También esta hoja, la de su cuarto, está a medio abrir y su respiración va caminando a compás, como el tictac del reloj... Parece que caminaran juntos... por más que no... la respiración va más de prisa... ¡ no !... va más despacio... no, no va más de prisa... ¡ Ah ! viejo reloj del comedor, ya eres tan

viejo, que no sabes medir bien la premura de los pasos con que camina la muerte!...

Ahora, he vuelto a levantarme de mi silla, y por centésima vez he empujado suavemente la hoja entornada de su puerta. Sobre la blancura de la almohada su cabeza sigue inmóvil y dormida en medio de esa respiración angustiosa que corre... corre... como si no saliera de su cabeza inmóvil. Parece el caballo jadeante de algún viajero que, en el instante mismo en que ya va a llegar, tiene muchísimo empeño por llegar, y corre... corre... corre... sin poder ya más.

¡ Ah ! ¡ Pobre tío ! Y cómo recuerdo ahora sus ratos de extenuación cuando entraba a la casa de Abuelita y tan desencajado y tan cetrino, me decía al sentarse

—- Tráeme unas gotas de brandy, María Eugenia, a ver si me pasa esto...

Y yo le llevaba las gotas de brandy; él se las tomaba, y al momento las manos frías le entraban en calor, los ojos apagados se le animaban un poco, y comenzaba a bromear con todos sin hablar ya de su fatiga y sin decirle a nadie que estaba enfermo. Pero recuerdo que cuando se levantaba para irse, se levantaba encorvado; arrastraba los pies como si llevara en los hombros algún peso terrible, y así, muy poco a poco, se venía caminando hasta su casa... ¡ su casa !... ¡ Pobre tío Pancho! Su casa era esta casita húmeda y angosta, donde no hay luz eléctrica sino en dos habitaciones, y donde los cuartos, en lugar de tener papel, tienen esta cal tan blanca en las paredes.

Sí... ¡qué pobre, qué pobre era tu casa, pobre tío Pancho!...

Pero... ¿ qué importa ya ? Con la misma velocidad con que se va ahora corriendo, sobre esa fatiga desbocada, se iría también si en lugar de la casa pobre tuviera un palacio, y si en lugar de tener cal en las paredes, las paredes tuviesen, todavía, aquellas tapicerías que, según dice Abuelita, eran una maravilla en la espléndida casa de los viejos Alonso.

En su casa húmeda, pobre y angosta, lo mismo que si fuera en un palacio, tío Pancho se muere ya irremisiblemente. Anoche al despedirse el doctor me lo dijo por segunda vez :

— Es cosa de unos días. Pueden ser dos, cinco, diez, pero no hay esperanzas ni hay remedio. Primero ese letargo, ese estado comatoso, y después ¡la agonía! Trataremos de que sufra lo menos posible.

Desde el primer momento en que le dió el ataque, Abuelita ha querido que me viniera de un todo a la casa de tío Pancho, y al despedirse me dijo:

— Que no le falte nada, María Eugenia. Aquí estoy yo para mandar cuanto se necesite. Y tú, cuídalo con muchos extremos y con el mayor cariño: ¡acuérdate que es lo último que te queda de tu Padre!

A pesar de los ofrecimientos de Abuelita, yo no he querido que mandase nada. Y es que pedirle a ella es pedirle a tío Eduardo, y no puedo sufrir que tío Pancho tenga nada que venga de las manos de tío Eduardo. Buscando en las gavetas del armario, he podido encontrar algunas prendas, algún dinero, y con eso, más lo poco que me ha quedado a mí del dinero de las esmeraldas, tendremos para todo.

Junto conmigo, tía Clara y Gregoria se han venido a la casa de tío Pancho. Pero tía Clara no puede dejar sola a Abuelita durante todo el día, y por esta razón va y viene continuamente de una casa a la otra. Como tía Clara sabe mucho de enfermería, tío Pancho está muy bien atendido, y no le falta nada. Cuando ella se ausenta, Gregoria, la enfermera y yo, estamos al pie de la cama, y entonces me hago toda ojos y toda oídos y no me fío de nadie para dejarlo solo. Por las noches: una noche vela tía Clara, otra noche velo yo. Esta ha sido mi primera noche de vela. Me ha parecido larga, eterna, de una eternidad negra, silenciosa, y húmeda, como esa que se esconde en las urnas soldadas debajo de la tierra.

Creo que, por fin, ahora ya comienza a amanecer. En la

puerta del comedor se asoma un reflejo gris que no alumbra todavia. Es un reflejo turbio que aún no tiene luz... Se parece al reflejo turbio de los ojos, cuando en ellos se juntan la blancura de la vida, con la negrura de la muerte, en estas horas horribles en que se aguarda la agonía...

...¿Y cuántas noches de vela me quedarán aún?...

¡ Ah, tío Pancho, tío Pancho ! Por medir la extensión de tu pobre vida acabo de asomarme un instante al futuro, y no sé por qué, he visto en él mi esperanza toda blanqueada de dudas, como ese cementerio verde, que allá, más abajo de la ciudad, te espera en silencio todo blanqueado de tumbas... Es que las lágrimas me ciegan los ojos, y por el cristal empañado de las lágrimas todo se mira turbio... ¡Y cómo la muerte se complace en jugar con los proyectos de la vida!... ¡Ah! ya no serás tú, tío Pancho, quien me lleve del brazo ese día de mi boda, cuando vestida de novia, camine muy despacio, llevando tras de mí tendido en la alfombra oscura aquel manto largo... largo... que es como une nube larga de encaje de chantilly!...

CAPITULO II

El martes en la madrugada

Esta noche, es noche de velar tía Clara, y era noche de dormir yo. Pero yo, en lugar de dormir, estoy despierta sin asomos de sueño.

Y es que como si fuese otro enfermo muy grave, tengo encerrado en el alma un inmenso sobresalto, que esta noche también me tiene en vela. Hace unas horas, era tan grande el sobresalto, que, por ver si lo espantaba un poco, me levanté de la cama, abrí las dos hojas grandes de la ventana, me senté de un brinco sobre el alféizar, y así, en camisa de dormir, con la cabeza apoyada hacia atrás, por encima de esa pared baja, que tanto reduce el patio, pero que no puede reducir el cielo, me puse a mirar el cielo... ¡Y qué de prisa ruedan las horas, si son horas de contemplación, bebidas en la fuente de una noche tan clara!...

Cuando acordé, sentada todavía sobre el alféizar, el reloj viejo del comedor estaba repicando ya las primeras horas de la madrugada. Y es que esta noche no es una noche negra como la de ayer; no, es una noche serena y clarísima, con un escándalo de estrellas, y un filo blanco de media luna, y dos luceros en un rincón del cielo, tan brillantes, pero tan brillantes, que me han estado recordando aquellos dos brillantes de Mercedes Galindo, que ella se ponía de noche... ¡ en-

tonces !... cuando en su mesa, bromeando desde lejos, me hacía señas, y sonrisas, y guiños, con la luz de sus ojos de lucero, mientras un poco más abajo, los dos brillantes de su *pendentif* titilaban alegres, como otros dos luceros, en el cielo divino de su escote...

Y con la cabeza apoyada hacia atrás, mirando las estrellas se me iba la noche sin sentir.

Al fin, de tanto estar sentada en el alféizar, así, en camisa de dormir, me dió mucho frío, y para entrar en calor, me volví a la cama. Ahora escribo en la cama. Escribo con la luz de la vela que baila y baila, y para bailar crepita, y su crepitar es tan suave que parece la música suave con que se acompaña el baile una bailarina linda.

Al lado de este cuarto, está el cuarto donde velé yo anoche, y donde hoy vela tía Clara... Por debajo de la puerta pasa un hilo de luz... Después viene el cuarto donde se muere tío Pancho... y por fin, viene... el salon, sí el saloncito angosto donde pusieron anoche una cama para que durmiese... ¡él!... Pero... ¿dormirá? Me figuro que también estará sin dormir... y que también ha abierto su ventana, y que también se ha asomado... Por más que allí, en la salita hay luz eléctrica... Quizás haya encendido la luz y esté leyendo... pero ¡no, no!... ni duerme ni lee... seguramente ha abierto la ventana, se ha apoyado en el alféizar, y sin mirar a la calle, está mirando el cielo. ¿Y también allá, en el cielo de la calle, se verán como aquí, en el cielo del patio, los dos brillantes de Mercedes Galindo?...

¡Ah! qué día singular y extraño será siempre en mi vida el día de ayer! Tanto esta noche de ahora, como ese otro día de ayer, me parece todo, pero absolutamente todo, como cosa de sueño o de pesadilla... pero, no, no, de pesadilla no, cosa de sueño nada más; sí; de sueño largo y suave que no se termina jamás, y que sigue... sigue... sigue... durante la noche y durante el día.

Y ahora que recuerdo ¡qué tonta. pero qué tonta, Dios mío, estuve ayer, cuando, en mi turbación, tiré la cuchara llena de café con leche junto a la almohada de tío Pancho, y la sábana, y la almohada, y la manta, y la cama entera se salpicó toda de café con leche!... ¡Qué figura tan ridícula debía tener yo en aquel instante, sonrojada y despeinada, y sin saber qué hacer, con mi kimono entreabierto sobre el seno, y la taza de café temblando en mi mano derecha... Pero claro... la sorpresa... ¡si era la que yo menos esperaba!...

¡Ah! En el monótono rosario de mis días, ¡qué día extraño será siempre ese extraño día de ayer! ¡Y cómo lo recuerdo todo, todo, en sus más pequeños detalles!

Después de la noche de insomnio, el desayuno, el baño y luego, mientras tía Clara se quedaba al cuidado de tío Pancho, rendida de emoción y rendida de sueño, me vine a dormir un rato a esta misma habitación en donde estoy ahora. Dormí profundamente. Al levantarme fuí como de costumbre a ver lo que ocurría en el cuarto de tío Pancho. Tía Clara se había ausentado por algunos minutos, y Gregoria, que estaba de guardia, me contó:

— Aquí pasó la mañana un Niño que entiende de medicina. ¡Pero tan buen mozo, y tan fino, y tan amable como estuvo con el pobre Don Pancho! Se fué ahorita mismo con la Niña Clara, y dijo que volvía...

Abstraída como estaba en mirar a lo lejos el reloj, sin atender a Gregoria, le corté la palabra diciendo que fuese a buscar en seguida el café con leche, porque se nos pasaba la hora reglamentaria de dar al enfermo su alimento. Gregoria volvió a poco trayendo la taza, y entonces, me senté en la cama, junto a la almohada, y con la pobre cabeza gris apoyada en mi pecho, lentamente, entre los labios exangües, iba dejando caer gota por gota la leche tibia mezclada con la tinta del café. De pronto, llamaron con los nudillos en la puerta y Gregoria contestó:

— ¡Adelante!

Pero tan fino era el cuidado que yo tenía en ir poniendo la leche entre los labios exangües, que la puerta se abrió, se cerró, sonaron unos pasos, y por un instante más seguí abstraída sin apartar los ojos de aquellos labios sin vida que ya no saben hablar. Al fin levanté la vista, y entonces... ¡ah!... ¡ fué entonces cuando vi que junto a la cama, erguido frente a mí, tan esbelto, tan delgado, tan fino de silueta, estaba él... sí... él... ¡Gabriel Olmedo! Y claro, como yo estaba algo despeinada, y como de tanto sostener la cabeza de tío Pancho, el kimono se me había entreabierto un poco sobre el seno, me llevé primero la mano a la cabeza para arreglarme el cabello, pero luego me pareció mejor arreglarme primero la bata, y de la indecisión entre los dos movimientos mi mano tropezó con la cucharita que estaba dentro de la taza, y la cucharita saltó como una flecha, hizo un reguero de café con leche sobre toda la cama, fué a dar en el suelo con un escándalo terrible de plata contra el cemento, y yo, mirando el reguero de café, y mirando la cuchara en el suelo, y mirando mi kimono entreabierto, y mirándolo a él, me puse temblorosa y me puse encendida como la grana. El entonces, caminó unos pasos, recogió la cucharita del suelo y con una sonrisa que tenía mucha burla, y que era muy brillante y muy blanca de dientes, y con una mirada que tenía mucha risa y que era muy brillante y muy negra de ojos, y con su metal de voz tan... tan... ¡bueno!... aquél mismo metal de *entonces*, dijo:

— ¡Se comprende que no tiene mucha práctica de enfermos, la enfermera!

Afortunadamente, en aquel mismo instante llegó tía Clara y me ayudó en el conflicto del café con leche. Yo entonces me levanté de la cama, y mientras me arreglaba el pelo y me arreglaba el kimono, Gabriel se acercó a mí, y volvió a decir en voz baja, y con la misma expresión con que había hablado antes:

— ¿Y a mí, no se me saluda ya, María Eugenia?

Yo sonreí por fin, tendiéndole mi mano. El la tomó en la suya, y entonces a la suya la sentí en la mía, tan larga, tan fina, que al mirarlas a las dos unidas en el aire, mis ojos recordaron al momento la mesa de Mercedes Galindo, cuando aquella misma mano nerviosa y larga, sin vellos y sin solitarios, se extendía a veces sobre el mantel, junto a mi mano, y eran las dos tan iguales y tan finas, que, sobre la blancura del mantel y entre la blancura de los platos, venían a ser como una azucena grande junto a una azucena chica en un campo de blancas azucenas.

Tía Clara, que estaba muy agradecida y muy satisfecha, vino a buscarme, me llevó a un rincón del cuarto donde no pudiese oír tío Pancho, y me refirió entonces que en la mañana, mientras yo dormía, Gabriel había venido de visita. Hablando, hablando, ella le había referido cómo dada aquella intensa gravedad, el Doctor nos había aconsejado que buscásemos un practicante que no se alejara nunca de la casa; cómo le habíamos llamado ya, y cómo en la actualidad esperábamos a que llegara de un momento a otro. Y tía Clara, conmovida, exagerando muchísimo el buen corazón y la bondad de Gabriel, añadió que, al oirla, él había contestado al punto diciendo que dada su gran amistad con tío Pancho, no sería nadie, absolutamente nadie más que él mismo, en persona, quien hiciera las veces de ese practicante. Y cada vez más conmovida, tía Clara acabó diciendo :

— Acepté su ofrecimiento, María Eugenia, porque me pareció que lo hacía con muchísima sinceridad y con muchísimo cariño... Además, aunque no ejerza, es un médico graduado, y siempre: ¡claro! un médico graduado es muchísimo mejor que un estudiante... ¿no te parece?

Sin comprender la causa, ante aquella noticia de tía Clara, sentí que por toda mi alma, junto a un gran espanto, se estre-

mecía una inmensa alegría, y pensando: « ¿Cómo puede el espanto crecer junto a la alegría ?» le contesté a tía Clara sin saber de mis palabras:

— ¡Pues me parece muy bien!...

Y al punto fuí a dar las gracias a Gabriel por tanto cariño y tantísima bondad. El escuchó atento, con su mirada en mi boca, suavemente complacido, como se escucha la música, y contestó muy amable:

— Es lo menos, y es lo último que puedo hacer por él... y también por usted, María Eugenia.

Y como le preguntase con la misma ansiedad la misma pregunta que he hecho ya tantas veces a los demás médicos, moviendo tristemente la cabeza me contestó con sincera melancolía:

— ¡Esperanzas... no!... ¡No hay esperanzas!

Y mientras decía así: « ¡no hay esperanzas! » no sé por qué me pareció, que al hablar de la vida de tío Pancho, Gabriel hablaba al mismo tiempo de otra cosa.

Vino un gran silencio de tristeza... Yo me quedé mi-mirando con un temblor de lágrimas aquella cabeza dormida, y sentenciada a muerte que se hundía apacible entre las blancas suavidades de la almohada... Pero luego de mirarla mucho rato, volví de mi abstracción, me miré yo misma, me dije que mi kimono estaba ya muy ajado y que muchísimo mejor sería el ponerme en lugar del kimono mi deshabillé blanco de crespón y de encajes. Dejando por un instante el cuarto de tío Pancho, me vine hasta aquí para cambiarme de bata. Y, mientras me peinaba y me vestía y me arreglaba en el espejo, pensé que era una gran tontería el haberme asustado de que Gabriel se quedara en la casa haciendo de practicante, porque... ¡es claro!... lo mismo que pensé entonces, y lo mismo que pienso ahora: « ¡Después de tanto tiempo y después de tantas cosas... ¿qué puede importarme ya, Gabriel Olmedo?... »

CAPITULO III

El miércoles al mediodía

Ahora escribo en la mañana, con luz de sol, pasos que pasan en puntillas, suave cerrarse y abrirse de puertas, y el zumbar perseverante de una mosca que ya me tiene loca.

Son las once en punto. Fué con el pretexto de dormir como vine a encerrarme sola en este cuarto. Hará diez minutos que vine. Fué al entrar tía Clara de la calle. Al entrar tía Clara se me quedó mirando muy fija, y mientras se quitaba el velo y lo doblada, y le clavaba los alfileres, me dijo por dos veces :

— Vete a descansar un rato, María Eugenia, que ahora me quedo yo.

Y me vine sabiendo que no venía a dormir. Estoy tan nerviosa, que así como no puedo dormir en la noche... ¡claro!... mucho menos aun puedo dormir en el día. Y sin embargo, sin sueño ni nada, después que me habló tía Clara, me salí del cuarto y me vine... no sé por qué... ¿por qué me vine?... ¿No es una indiferencia y un egoísmo y no es también un absurdo esto de ponerse a escribir tonterías cuando a unos pasos más allá de nosotros hay un enfermo que se muere?

¡Ah! es que enhelaba tanto hablar con alguien!... Sí... con alguien que fuera capaz de comprender estas cosas suti-

lágrimas que no se pueden decir y que sólo comprenden las poquísimas personas que comprenden. Tía Clara no comprende nada; y Gregoria, que lo comprende todo, está siempre ocupada allá por la cocina o por el corral hirviendo aguas y lavando ropas. ¡Sí! Yo quisiera que alguien se asomara en mí, y me dijera luego qué tamaño tiene la ansiedad inmensa, que tan inmenso abismo me ha abierto aquí, dentro del alma. Esta ansiedad viene sin duda de la falta de sueño... sí... ¡es claro!... como no duermo y no sueño, y siempre estoy en vela parece que soñara despierta, y que despierta estoy dormida, sin más tensión en el alma, que esta tensión que vive siempre en acecho, erguida y temblorosa, escuchando los pasos de la muerte, que camina, y camina, y camina, siempre cerca, y siempre, siempre, sin llegar a llegar...

Como de costumbre tía Clara se fué hoy muy temprano a comulgar por tío Pancho y a estarse un rato con Abuelita. También se marchó la enfermera por yo no sé qué historia que le ha ocurrido a uno de sus hijos. Cuando vi que la enfermera se iba, yo me inquieté muchísimo, pero Gabriel me dijo:

— Déjela que se vaya, María Eugenia. Y si no vuelve: ¡que no vuelva! No se necesita. Aquí estoy yo para todo.

Y desde las siete de la mañana, al cuidado de tío Pancho, me he quedado yo sola con Gabriel.

¡Ah!... ¡y qué bueno es Gabriel! Yo no sabía que fuese tan bueno. Para cuidar a tío Pancho tiene cariños de hijo, y tiene la finura de los médicos buenos que, como las Madres, adivinan todas las delicadezas que hay en el alma pequeñita de los enfermos.

Y además.. ¡qué blanco es Gabriel! Tampoco lo sabía... no... nunca me había fijado. A juzgar por su cara lo creía más bien moreno, pero no, es blanco, blanco, blanquísimo. Y como es tan limpio, y como está siempre tan cuidado y tan pulcro, parece aun más blanco... Sí... Gabriel tiene una limpieza brillante y luminosa. Será por eso tal vez que no se

pone jamás ni sortijas con brillantes, ni alfileres de corbata con brillantes, ni gemelos con brillantes, ni nada, nada, con brillantes; no, Gabriel no se adorna sino con su limpieza que brilla... ¿Por qué brillará tanto la limpieza de Gabriel?

Esta mañana muy temprano, al ir a preparar una inyección de las que continuamente se le ponen a tío Pancho, Gabriel comenzó a doblar hacia arriba los puños de su camisa de seda. Doblando, doblando, se dejó los brazos desnudos casi hasta el codo, y llamaron mi atención porque son blancos, como mis brazos, y como los brazos de Abuelita que también es muy blanca... Y recuerdo que un instante después, mientras él clavaba la inyección en la espalda de tío Pancho, yo que lo ayudaba muy de cerca con el yodo en la mano derecha, y con el algodón y el agua colonia en la mano izquierda, observé de nuevo que al inclinar mucho la cabeza, el cuello de su camisa se distanciaba algo de su propio cuello, y entonces vi por segunda vez, cómo bajo el pelo negrísimo, y entre las dos orejas transparentes y rojas, su nuca era mate y blanquísima lo mismo que los brazos. Por cierto que mirando los dos cuellos de Gabriel, es decir el suyo y el de su camisa, nos ocurrió a ambos un pequeño accidente, que de poco más resulta peor que mi accidente de anteayer cuando la cucharita y la taza de café con leche.

Y fué que, después de mirar la nuca de Gabriel, y comprobar que tenía el mismo blanco mate de los brazos, me puse a considerar la tramada finura de su camisa de seda, y mirándola pensé: « Se ve que a Gabriel, también le gusta como me gusta a mí, esto de sentirse la seda muy cerquita de la piel. » Al punto me puse a enumerar mentalmente todas las camisas que se ha puesto Gabriel en los dos días que tiene aquí asistiendo a tío Pancho. Recordé que le había visto : la de seda cruda: una ; y la de seda blanca con rayitas azules : dos; y la otra igual pero con rayitas lilas: tres ; y la otra con cuadritos verdes : cuatro; y por fin la blanca de hoy :

cinco. Y como por todo eran cinco camisas en menos de tres días, volví a reflexionar y me dije: « Pues Gabriel que es ahora tan rico, tendrá por docenas y docenas estas camisas de seda japonesa que es la seda más fina que se hace... » Y cuando más absorta me encontraba en esta idea de la seda, él, levantó de pronto su cabeza, tropezó con mi mano derecha que era la del yodo, de la sacudida se derramaron unas gotas sobre mi dedo pulgar, y como yo alejé mi brazo asustadísima creyendo haber manchado mi deshabillé blanco, él dijo muy contrito :

— ¡Ay!... perdón ¿y qué desastre, Dios mío, ha hecho ahora mi cabeza?

Como al instante comprobé que el llamado desastre, sólo alcanzaba la falange superior de mi pulgar, muy contenta y muy tranquila, contesté irguiendo en el aire mi dedo manchado:

— ¡Y muy lindo, sí, muy lindo que va a estar hoy todo el día, con su gorro de yodo, el señorito!

Gabriel entonces lo miró sonriendo y dijo con mucha gracia :

— ¡Pues a ese enfermo, herido, o como se llame, hay que curarlo también!

Y luego que acabó con tío Pancho, cogió un copo de algodón, lo mojó en agua colonia, y se puso a desmanchar con grandes extremos, la una, la yema, y toda la falange superior de mi pobre pulgar.

Después que terminó completamente tan delicada cura, nos sentamos juntos en el canapé de reps que hay en el cuarto, y allí nos estuvimos un largo rato, inmóviles, sin decir palabra, considerando con callada melancolía la cabeza delgada y exangüe, que bajo la acción del narcótico dormía ahora suavemente, con sus ojos entreabiertos, y su boca entreabierta, y su barba puntiaguda, y todas sus facciones alargadas, blancas y dolorosas como las facciones dolorosas de un Cristo de la

Agonía... Pero poco a poco, en voz muy baja, Gabriel y yo empezamos a conversar, y estuvimos conversando, conversando hasta que llegó tía Clara...

¡Es extraño!... pero cuando dos personas conversan juntas en el cuarto donde hay un enfermo, todo, todo cuanto se dice, parece que tuviera un sentido oculto o desconocido, y es que ¡claro! por muy dormido que se encuentre el enfermo, al hablar junto a él, es preciso hablar en voz muy baja... así... a la sordina... y cuando se habla a la sordina, no sé lo que pasa, cada palabra que se dice es un misterio... Sí... un misterio hondo, que más parece que se diga con los ojos que con los labios, y que más parece que se escuche con los ojos que con los oídos, porque los oídos y los labios están hechos al metal de la voz, y los ojos no... los ojos están hechos a oir y a hablar en la expresión callada del silencio.

Y así, a la sordina, sentados juntos en el sofá de reps, Gabriel y yo, estuvimos hablando casi toda la mañana...

Fuí yo quien inició aquella larga y singular conversación. Porque ocurrió que una vez que Gabriel me hubo desmanchado el dedo, mientras flotaba en el ambiente un suave olor de agua colonia, sentada junto a él, me di a considerar a tío Pancho, con aquel gran sentimiento de unción y de tristeza, y cuando más convencida estaba de que Gabriel lo miraba también, descubrí que sus ojos, en vez de mirar a tío Pancho, me estaban mirando a mí, con una expresión tenaz, profunda y turbadora, que en la penumbra y en el silencio del cuarto me asustaba y me cohibía como la amenaza de algo que puede venir y no se sabe qué es... Entonces, por distraer de mí aquellos ojos de Gabriel, le pregunté muy quedo, indicando a tío Pancho con la vista :

— ¿Sufrirá?...

En efecto, separando de mí los inquietantes ojos, Gabriel contempló un segundo la dolorida cabeza de Cristo y contestó :

— Ahora no sufre nada. La acción del narcótico lo tiene en estado de inconsciencia y de absoluta insensibilidad.

— Pero cuando se despierta debe sufrir, porque entonces nos mira, y nos conoce... ¡pobre tío Pancho! Y en esos momentos de lucidez, Gabriel, ...¿comprenderá que se muere?...

— ¡Quizás! — respondió Gabriel. Y la palabra salió rozando sus labios como si fuera un suspiro.

Yo dije:

— Tal vez no sepa nada, y se despierte de pronto en el más allá, así como nos despertamos por la mañana después de una noche de sueño!...

— ¡El más allá!... — repitió Gabriel como en un eco — ¡El más allá!... ¿Y usted, en su vida actual, espera confiada ese más allá, lo mismo que en la noche espera la mañana, María Eugenia?

Y como la voz que poníamos los dos en la penumbra del cuarto, era la misma voz apagada y susurrante de la confesión, yo, sin esfuerzo ninguno, como se confiesa un pecado... sí, un enorme pecado, que al salir de los labios deja en el alma un gran alivio de paz, por primera vez en mi vida, confesé a Gabriel este enorme pecado que a nadie le había confesado nunca:

— ¡Creo firmemente que no hay nada más allá!... Y me duele... ¡ah! ¡sí!... me duele creerlo con lágrimas de llanto, y con lágrimas de sangre, porque esta fe de no creer en nada, Gabriel, es una fe árida y horrible, que acaba de un todo con la esperanza, cuando precisamente lo grande, y lo sublime, y lo bueno, y el objeto único, sí, el único objeto de la fe ¡es la esperanza!... Y es tan necesaria, sobre todo para nosotras, las pobres mujeres, que andamos por la vida, siempre, siempre, con la resignación a cuestas... usted ve: resignación para aburrirnos, resignación para olvidar los ideales que no pueden ser, resignación para callarnos y para

que en nosotras todo calle siempre... ¡ah!... tanta, tanta resignación que al ser resignación necesita también, ser esperanza, porque ¡es claro! sin la esperanza, todo se vuelve desesperación negra y eterna como la de los condenados al Infierno. Dígame si no: ¿qué sería, por ejemplo, de la pobre tía Clara, si gracias a su fe, no viviera su vida en la esperanza? Mire..., algunas mañanas, cuando veo que tía Clara se marcha a la iglesa con la punta de su velo caído sobre la espalda, y allá se queda más de una hora de rodillas, junto a muchísimas otras, que como a ella, la gente llama « las beatas »... pues a veces, cuando la miro salir en la mañana, si estoy de humor sentimental, o « en rato de fantasía », que dice Gregoria, me figuro el alma de tía Clara, y me figuro el alma de todas las beatas en el momento de acercarse a la pila del agua bendita, así, como si fueran una blanca fila de doncellas bíblicas... ¿se acuerda?... aquellas que pintan con el cántaro al hombro, junto al pozo de Jacob, viniendo a sacar el agua para la sed del día... El agua de las beatas, Gabriel, es la esperanza, y las beatas son las sedientas que tienen donde beber... Por eso... ¿ comprende ?... por eso es que digo que me da miedo el tener una fe que no tiene esperanza...

Había hablado casi todo el rato, con los ojos bajos, mirándome las manos, y en aquella apagada voz de confesión. Cuando terminé alcé tímidamente la vista y encontré los ojos de Gabriel que me miraban con una expresión intensa. Eran unos ojos buenos, que ya no me asustaron como antes, sino que, al contrario, me hicieron un efecto de caricia pura, como la caricia de besar las mejillas a los niños, y como la caricia de besar las manos a los santos. Y fué así, mirándome con sus ojos curiosos y buenos, que Gabriel me dijo :

— ¿Y qué falta puede hacerle a usted esa quimérica esperanza que junto a las pilas del agua bendita van a beber las beatas por la mañana? ¡Si usted tiene todas las divinas

realidades de la vida, María Eugenia! ¡Si la vida se lo dió todo a raudales y a manos llenas!... y ve: tiene la belleza, tiene la juventud, tiene el amor...

Yo dije :

— ¡Es cierto, no puedo quejarme todavía! Tengo la juventud y... tengo también... el amor...

— Y a propósito — dijo entonces Gabriel con misteriosa insinuación — ¡ya sé... ya sé... que en estos mismos días se casa usted, María Eugenia! Yo no la he felicitado todavía porque... ¡como usted no ha tenido a bien participarme nada!... ¡Ah! es que por lo visto, en los momentos de felicidad se olvidan muy pronto los buenos amigos de otros tiempos!...

Y fué entonces cuando yo, poniendo en mi frase mucha mala intención, y escondiendo en ella todo aquel rencor de los días negros de San Nicolás, le respondí:

— ¡Pero de todos modos no tiene de qué sentirse, Gabriel!... ¡Acuérdese... acuérdese, que ahora dos años tampoco usted me participó su compromiso tan... ¡rumboso! y su matrimonio tan... ¡rumboso!... con María Monasterios.

No sé cómo hablé yo, ni como escuchó Gabriel, pero es lo cierto que toda mi mala intención se la bebió él en mi frase como se hubiera bebido de sorpresa un remedio muy amargo. Impaciente, nervioso, y muy encarnado, me cortó la palabra y dijo exaltadísimo hablando casi, casi, con su entera voz natural :

— ¡Ay! por Dios, María Eugenia, por lo que usted más quiera en este mundo no me hable nunca de mi matrimonio, sobre todo: ¡no me nombre nunca a mi mujer! ¡Ah! ¡mi mujer! Imagínese la persona más tonta, la más vanidosa, la más ignorante; póngala usted en un ambiente de absoluta vulgaridad y podrá entonces formarse un juicio de lo que es mi mujer y de lo que es mi vida : habla siempre a deshora, me cela cuando no debe, me habla cuando no debe, y hasta me abraza y me besa cuando no debe!... ¡Ah!... usted no

puede figurarse lo que es eso!... Y para mayor desgracia es una mujer que siendo malvada no es mala, es decir, que es una mujer de la cual no podré divorciarme jamás, porque las leyes son tan idiotas que no consideran motivo de divorcio el que una persona sea tan necia, tan crispante y tan desagradable como es mi mujer!... ¡Ah! qué de imbecilidades cometemos en la vida! ¡y qué suplicio tan espantoso es equivocarse de este modo y para siempre!... Afortunadamente que en esta horrible equivocación, yo soy el hombre y, por lo tanto, en lugar de quedarme en casa frente a una escena perenne, me voy a la calle y me quedo en la calle todo el día! pero si, por desgracia, fuera lo contrario, es decir, si siendo la víctima como soy, fuera además la mujer, en lugar de ser el hombre... ¡ah!... me habría muerto ya de desesperación y de fastidio!...

Gabriel hablaba con apasionada exaltación. Oyéndolo, me acordé de Mercedes Galindo, cuando en la penumbra de su boudoir, ella también me refería, sinceramente, todo el fracaso y toda la oculta desesperación de su existencia... Y pensando estas cosas, y mirando la horrible verdad de lo que decía Gabriel, sentí correr por mi alma un hálito de espanto, porque me pareció ver todas las tragedias escondidas que arrastra la vida en el seno de su tranquila apariencia. Pero además oyéndolo hablar, sentí un no sé qué... una especie de alegría perversa, porque me dije que ahora, por fin, veía la reparación y la venganza, de aquel dolor humillado, que primero en San Nicolás y después en Caracas, me tuvo el alma rendida, en un sufrimiento agudo y silencioso que nadie junto a mí llego a sospechar jamás.

Y porque pensaba en estas cosas, y porque consideré lo muy difícil que era emitir opiniones sobre el delicado asunto de que trataba Gabriel, opté por no decir nada. También él se quedó callado unos segundos. Después se acercó mucho a mí, y tomando otra vez su apagada voz de sordina me dijo:

— Al fin y al cabo, María Eugenia, ¿qué pueden impor-

tarle estas cosas tan... triviales de mi pobre vida?.. ¡hablemos de usted que se siente feliz, sí, hablemos de usted. Voy a confesarle una cosa... ¿me permite que se la confiese?... Pues... yo había pensado ir a la iglesia el día en que usted se casara, para verla pasar desde lejos, vestida de novia ¡desde lejos!... que es como únicamente podía verla... pero ahora que la he visto aquí tan cerca, no iré a verla nunca, no, nunca, jamás iré a verla de novia.

— ¿Y por qué? — pregunté yo abriendo mucho los ojos y hablando muy bajo, muy bajito.

— Pues, porque no, — Dijo Gabriel sin decir más.

Yo me sonreí y comencé a contarle :

— Sí... mi matrimonio debía ser la próxima semana, pero con esto de tío Pancho, tendrá que retrasarse... poco tiempo, porque tanto Abuelita como Leal dicen que un matrimonio, pase lo que pasare, no debe retrasarse nunca. Ya está todo listo, casa y todo, pero Leal...

Y bruscamente, cortándome la palabra, por segunda vez, Gabriel volvió a decir impacientísimo :

— ¡Ay! María Eugenia, por favor, no me hable tanto de su matrimonio, y sobre todo : ¡tenga la bondad de no nombrarme nunca a su novio!

— ¡Pero qué nervioso está hoy, Gabriel! Acuérdese... acuérdese bien y dígame : ¿quién fué el primero en hablar de mi matrimonio?... ¿no fué usted?

— Bien, quiere decir, pues, que cometí una tontería. Y que yo cometa una tontería no es una razón para que esa tontería se prolongue eternamente la mañana entera!...

— Bueno... entonces, me parece lo mejor que nos callemos... sí... lo mejor será no hablar de nada. Yo empiezo por callarme ya de una vez!

Y me quedé un instante sonreída con el índice apoyado en los labios.

Gabriel, exaltándose de nuevo, dijo esto que empezó por

enfriarme las manos, y me las fué enfriando, enfriando, hasta que al fin me dejó el cuerpo entero todo helado y tembloroso:

— ¡Sí! María Eugenia, hablemos, hablemos, pero hablemos de aquellos tiempos en que yo no tenía mujer, y usted no tenía novio... ¿se acuerda? ¿se acuerda, cuando el pobre Pancho, y usted y yo, nos íbamos a comer todas las noches, allá a la casa de Alberto y Mercedes?... ¿Se acuerda cómo ellos se ocupaban de nosotros, y nos sentaban juntos en la mesa, y nos volvían locos a fuerza de darnos broma? ¿Se acuerda que antes de sentarme, yo me robaba siempre alguna flor del florero del centro y se la regalaba? ¿Se acuerda que Mercedes era siempre quien buscaba el alfiler para prender la flor, y al pasarlo me decía: « híncala primero con el alfiler no sea cosa que vayamos a pelear ». Y yo entonces, le cogía la mano, y loco por besarle la mano con mi boca se la besaba tan solo con el alfiler? ¿Y se acuerda, después en el salón?... Usted se iba algunas veces a sentarse al piano, y allí, en la penumbra del piano, muy cerquita de mí, comenzaba a tocar, y sus manos unidas, sobre las notas blancas, junto a las notas negras, corrían por los arpegios, revolaban en los trinos, y cuando de pronto se quedaban desmayadas en un acorde, yo las veía y las besaba con los ojos pensando: « Tienen la melodía, la blancura y el desigual aleteo de los cisnes moribundos... » Y luego, además de las manos, aquellos brazos tan finos, y aquel cuello tan puro de líneas, y aquella cabeza linda, y aquella sonrisa de gloria, y toda aquella armonía suya junto a la armonía y junto a la voz del piano, que era como la voz de mi alma que se estaba muriendo de felicidad... ¡Y de repente, un día, usted se fué, yo no sé dónde, y ya no volvió más a la casa de Mercedes... ¿Por qué se fué María Eugenia?... ¿y por qué yo no me di a buscarla, sí, por qué ¡ ah ! por qué no me di a buscarla, desesperadamente, como se busca el agua en la muerte de sed?...

Y en su gran exaltación, los ojos de Gabriel, brillaban

enormes, como brillan los ojos de los locos y como deben brillar los ojos de los criminales. Yo mirándole y oyéndole estaba petrificada de sorpresa; mientras él, con sus ojos de loco seguía diciendo:

— ...¡Sí!... ¿cómo pude perderla?... ¡Si es que no lo comprendo!... ¡Pero qué crimen horrible habré cometido yo, Dios mío, para vivir ahora, eternamente, frente al suplicio espantoso de saber que la he perdido para siempre, siempre, irremisiblemente! ¡Ah! no, no, no, usted no sabe, María Eugenia... y... óigame porque necesito decírselo ahora que la casualidad por fin me lo permite: cuando usted menos lo sospechaba y menos lo creía, hace ya muchos meses, yo no pensaba sino en usted, siempre en usted, María Eugenia!... y loco por verla, pasaba por su calle todos, pero todos los días, y al caminar junto a su casa veía las ventanas cerradas, y veía la puerta del zaguán medio entornada, y me consolaba con pasar junto a la puerta, y con decirme: « aquí está ella »... Y un año después, hace ya algunos meses, al volver de mi último viaje a Europa, me dijeron: « María Eugenia Alonso tiene novio y se casa » y entonces, como esos pobres enfermos desahuciados, que no están en la cama, y que pasean por todas partes su desesperación, con mi desesperación a cuestas, como un ladrón y como un espía, pasaba continuamente por su casa, y al ver que las ventanas ya estaban abiertas, pegado a la pared caminaba despacio, despacio, a ver si la veía, y casi nunca la veía; pero un día la vi y me pareció una hada, una visión, una cosa imposible... recuerdo que atravesaba el salón vestida de rosa... ¿no tiene un vestido color de rosa?...

— ...Sí, tengo mi vestido de *charmeuse* color de rosa...

— ¡Pues la vi vestida de rosa, y por muchos días mis ojos ya no vieron más nada!... ¡Ah! María Eugenia! ¿quiere que le confiese la verdad, aquí donde nadie nos oye?... Pues óigame... usted y nadie más que usted es la causa de mi des-

gracia... sí, usted tiene la culpa de que yo odie a esa criatura odiosa que es mi mujer, porque todos las días al despertarme, pienso, y me digo con la más horrible de las desesperaciones : ¿cómo pude perderla? ¡qué crimen he cometido yo para verme casado con María Monasterios, cuando podía verme casado con « ella » sí, con usted, María Eugenia!

Y al decir así, Gabriel lloraba, casi, de desesperación, y yo... yo tenía las manos heladas y no sabía dónde estaba, ni qué me estaba pasando, mientras él, con sus ojos de loco arrasados de lágrimas, seguía hablando y hablando, y entre un raudal de cosas que ahora ya no recuerdo me dijo :

— Porque... ¡no me lo niegue!... — y repitió — : Ahora que estamos aquí solos donde nadie nos oye : ¡no me lo niegue!... usted también me quería con toda la divina exaltación de su temperamento exquisito y amoroso... ¡usted me lo dijo! ¡y cómo me lo dijo! me lo dijo aún a tiempo, y sin embargo, me lo dijo muy tarde... sí, yo lo supe muy tarde! Hay veces que me figuro María Eugenia, si aquello no sería una venganza cruelísima de su espíritu sutil, tan refinado y tan sabio en asuntos de sensibilidad. Pero ¡no! no puede ser... era verdad, sí, era verdad!...

— ¿Qué?... ¿Qué es lo que era verdad, Gabriel? — pregunté yo temblando de emoción, sabiendo ya lo que iba a responderme :

— ¿Qué?...

Y acercándose mucho más hasta llegar a una distancia que era igual a la de dar un beso, me dijo sonriente y suave y amoroso como hasta hoy no sospechaba yo que se pudiese hablar en voz humana :

— Pues... que esa cabecita rubia y linda, y esas manos blancas y lindas, saben escribir ardientes sonetos de amor, y los dejan escondidos en las hojas de los libros de amor, como las flores queridas, que son recuerdos de amor...

Lo estaba aguardando temblorosa, y sin embargo, al sentir

en mis oídos la música dulcísima de lo que Gabriel decía, recordé al instante todo aquel loco apasionamiento, y toda aquella loca osadía de mi enamorado soneto, y al mirarlo brillar claro y nítido en el espejo de mi memoria, la sangre entera de mi cuerpo se me subió de golpe a las mejillas, y trémula de sonrojo, durante varios segundos, quise morirme de vergüenza. Pero Gabriel, exaltándose más y más, y siempre más, fué tomando poco a poco la voz débil, la voz lastimosa y desgarradora de los pobres que piden una limosna porque se mueren de hambre, y así, con su voz desgarradora de mendigo hambriento me preguntó y me dijo :

— ¿No es cierto, María Eugenia, que era yo?... ¿No es cierto que era yo y nadie más que yo, aquel Romeo moribundo, aquel triste Romeo, que usted, asomada a su balcón, esperó una noche entera, dialogando con la luna?

Y como la voz de Gabriel era tan lastimosa, y como esa historia del balcón es una historia ya tan vieja, y tan perdida en el pasado, me dejé llevar muy suavemente por la fuerza de la verdad, que era suave, como fuerza de brisa y dije, que fué lo mismo que exhalar un suspiro :

— ¡Sí!...

Luego, sin saber que era yo misma quien hablaba, con suavidades de brisa, añadí también en mi sonrojo :

— ¡Y por cierto, que asomada en el balcón me dejó esperando siempre!...

Gabriel ahora, con su voz dolorida que se retorcía de llanto, volvió a implorar y me dijo :

— ¡María Eugenia, por Dios, que no sea tan cruel y que no me diga eso! Si no fuí yo, ¡no fuí yo!... fué la casualidad, fué mi destino, y mi suerte, que es una suerte muy negra... ¡Si yo no sé cómo pasó!... Mercedes me hablaba siempre de usted, yo tenía pensado ir a verla allá a la hacienda, en donde usted se encontraba... Por más señas, que debía ir con Pancho, porque él había ofrecido presentarme a su familia, pero no

sé, entregado en cuerpo y alma a los negocios, ocupado siempre a todas horas de noche y de día, cuando menos lo pensaba, tuve que marcharme urgentemente al interior de la República ; allí encontré a María, que también estaba de paso con su familia, ellos todos me atrajeron, y.. caí, ¡yo no sé cómo caí ! Quizás, hablando sinceramente, no puedo negarlo, es muy probable que a este matrimonio, me empujara tal vez aquella ambición insaciable de llegar... llegar a ser algo... ¡estas cosas de la vida son tan complejas, y son tan oscuras! Y es cierto que por influencias de mi suegro, alcancé al fin las concesiones que quería, con ellas me lancé en especulaciones acertadas, y he logrado ser rico... tan rico, y hasta más rico de lo que anhelaba ser, pero, ¡ ah ! si supiera cómo estoy de castigado, María Eugenia! ¡Si supiera a qué grado me pesa y me hastía este dinero, que jamás podré compartir con usted, este dinero inútil y estúpido, que nunca, nunca jamás podrá darme lo único que yo quiero, lo único, lo único que anhelo y que ansío : ¡usted, María Eugenia, usted! ¡ah!...

Y llevándose las dos manos a las sienes, Gabriel se calló un momento, porque no encontraba ya palabras para demostrar la furia de su desesperación. Luego, con más calma y con los ojos muy clavados en el suelo, se puso a rebuscar en el pasado, y fué diciendo así :

— Pero mire... ¡si es que mientras más lo pienso, más me convenzo de que todo fué obra maldita de la fatalidad!... Una vez... espérese que recuerde... no... fueron dos veces... sí... dos veces, con mi coche en la puerta estuve a punto de ir a buscar a Pancho para llegarnos juntos o para llegarme yo solo hasta la hacienda en donde usted se encontraba de temporada... ¿San Nicolás se llama, verdad? Pues antes de salir hacia San Nicolás, como ya estaba convenido con Mercedes, y como era natural, llamé primero por teléfono, a fin de averiguar si estaban en la casa, y si podían recibirme. Las dos

veces me dijeron que usted había salido a caballo; y ¡claro! como aquello ocurrió por dos veces, y como siempre me contestaban con un tono tan seco y tan desagradable, y como, además, yo no conozco a su familia, aunque Mercedes me decía : « Mira que te espera, Gabriel » yo, francamente, temía ser importuno. Aún recuerdo muy bien, las dos veces me salió al teléfono la misma voz de mujer, pero tan agria, y tan desagradable...

Y ahora fuí yo quien de repente corté en seco la frase de Gabriel, y la corté con un especie de grito ahogado pero tan hondo, y tan lleno de sorpresa y de odio, como hasta hoy tampoco sabía que se pudiese exhalar en voz humana. Sí; fué un grito tan inesperado y tan desapacible, que la cabeza de tío Pancho dormida sobre la almohada, se agitó bruscamente con el salto nervioso de los sustos en el sueño profundo. Y así en mi grito de odio que más lo sentí salir de las entrañas que de la garganta, me expliqué :

— ¡ ¡Ah, María Antonia ! !... Esa fué María Antonia mientras yo paseaba a caballo con Perucho!... ¡Y nunca me dijo nada!...

Gabriel al oirme gritar así, me miró a la cara y como también yo ahora debía de tener ojos de loca, se asustó mucho, y cogiendo de pronto mis dos manos, las juntó apasionadamente entre las suyas, y dijo con voz de caricia :

— Cálmese... cálmese, María Eugenia... cálmese.

Yo, bajando los párpados para disimular el llanto, contesté :

— Sí... sí... ¡si todo eso, Gabriel, ya pasó!

Y Gabriel, con su voz dulcísima de caricia y con mis dos manos juntas en el nido de las suyas, volvió a decir otra vez, hablándoles a mis manos :

— ¡Pobres manecitas frías, que esperaron heladas en la noche, bajo la luz de la luna, y que también ahora están

heladas y están húmedas, lo mismo que los témpanos de hielo !...

Y como las manos de Gabriel estaban ardiendo al igual de dos brasas encendidas, sentí por un segundo el placer infinito del calor sobre mis manos frías, y sin saber de mí me quedé inmóvil y rendida. Pero de pronto, se escucharon unos pasos, unos pasos terribles que se acercaban... se acercaban... y, al martilleo de los tacones, me pareció que la casa entera se estremecía, porque el pisar de aquellos pasos, era el pisar de los pasos... los pasos... los pasos... ¡los pasos de Leal!... Y temblando de terror saqué mis manos de las manos de Gabriel, me puse de pie en un salto, y dije estremecida de espanto :

— ¡Que viene, Gabriel, que viene!

Y la puerta empezó a abrirse poco a poco, y cuando se abrió de un todo comprendí que no eran los pasos fuertes de Leal que está muy lejos, sino los pasos suaves de tía Clara, que, como de costumbre, volvía ahora de comulgar por tío Pancho y de estarse algunas horas acompañando a Abuelita.

Fué entonces cuando tía Clara me miró fijamente, y me dijo mientras se quitaba el velo, y mientras lo iba doblando :

— Vete a descansar un rato, María Eugenia, que ahora me quedo yo.

Y sin sueño ni nada me he venido a encerrar sola al cuarto más aislado de la casa.

Pero... ¡ah! esta ansiedad inmensa que nada me alivia!... ¡ah! qué abismo tan inmenso me ha abierto aquí dentro del alma!...

Esta ansiedad inmensa no viene de mi conversación de ahora con Gabriel, no, no, no puede ser, esta ansiedad la tenía desde antes, porque mi historia, nuestra historia, aquella historia mía con Gabriel, ya no es nada en mi vida actual, ni ha de ser nada en mi vida futura; no, es una historia vieja y triste que, juntos, por un momento, hemos mirado los dos esta mañana, como se miran todas las tristes y viejas historias de

amor que pasaron en otros, hace ya muchos siglos, y que todavía se ven escritas en los libros, y clareando en los vitrales de las ventanas góticas, y pintadas en los cuadros antiguos donde el color ya se apaga, y bordadas en los tapices de gobelinos, y rimadas en los versos de todos los poetas... Sí.. lo dije bien claro esta mañana para que Gabriel lo oyera :

« — ...¡eso, Gabriel, ya pasó!... »

Sí... es cierto, esa historia mía y de Gabriel ya pasó. Es una historia vieja y triste en donde los amantes se murieron, como se mueren siempre los amantes en las tristes y viejas historias de amor... como se murieron Leandro y Hero ; y Ofelia y Hamlet ; y Tristán e Isolda; y los amantes de Teruel; y el pálido Werther; y como murieron los perseguidos y torturados Romeo y Julieta...

Aquella historia y aquella vida de antes ya pasó, y ahora esta vida es otra... sí, es como si Gabriel y yo hubiésemos nacido de nuevo... Gabriel dice que su vida actual es una vida muy triste y una vida muy desgraciada y para decirlo llora... pero yo no... yo no lloro, porque mi vida es buena y tengo mi novio que me quiere, y he de casarme pronto... y seré feliz... y viviré tranquila... y feliz...

Pero ¡ah! esta ansiedad inmensa ¿de dónde viene, Dios mío?... ¡vendrá sin duda de mi falta de sueño y de la tensión horrible que vive dentro de mi alma, erguida y temblorosa, escuchando los pasos de la muerte, que camina, y camina siempre cerca, y siempre, siempre, sin llegar a llegar!...

CAPITULO IV

En la noche del miércoles al jueves

Ahora pasa que le tengo miedo a Gabriel...

Sí : ¡le tengo mucho miedo! Y es que hoy, durante las primeras horas de la tarde, mientras estábamos en el cuarto de tío Pancho, sus ojos brillantísimos no han hecho más que perseguirme revolando sobre mí obstinadamente, con la obsesión vertiginosa y negra con que revuelan los murciélagos, y con que revuela el crimen en el argumento de las tragedias clásicas.

Durante toda la tarde, no he hecho sino huir de Gabriel, y esconder mucho mis ojos de aquellos dos ojos locos, que llaman con gritos a los míos, no sé bien para qué. Cuando tía Clara se salía del cuarto, me salía tras de ella por no quedarme sola con Gabriel; hasta que al fin, en un momento dado, llegó a ponerse tan nervioso, que, mientras tía Clara se hallaba de espaldas a nosotros, muy cerca de la ventana, midiendo con gran cuidado las gotas de un calmante que caían pausadas en el fondo de una copa vacía, él se acercó y me dijo muy quedo con mucha prisa y mucha ansia :

— ¡María Eugenia, por favor, óigame, que tengo que decirle dos palabras!

Yo respondí :

— Nada tenemos que hablar, Gabriel, que no se pueda decir delante de tía Clara.

Y el volvió a suplicar con mucha prisa :

— ¡Es acerca de lo que hablábamos esta mañana!

— Lo de esta mañana, — le dije muy seria, — lo de esta mañana, y lo del soneto... y todo lo demás ¡ya pasó! Es como si hubiera ocurrido hace ya muchos siglos. Aquellos amigos de entonces, Gabriel, ¡ya se murieron!

Pero él me dijo con su voz desesperada y rápida:

— ¡No, no, no, yo no me he muerto, no; estoy vivo y más vivo que nunca porque es ahora precisamente cuando más adoro la vida y necesito que usted me oiga; ¡se lo pido por lo que más quiera en este mundo, María Eugenia, óigame!

Tía Clara, que había acabado ya de medir las gotas, salió de la ventana, y Gabriel, al mirarla venir hacia nosotros, se quedó callado.

Pero si los labios de Gabriel no dicen nada cuando están en presencia de tía Clara, los ojos de Gabriel se ponen a decir cosas terribles, que no podrían decir los labios, y me siguen a toda hora con una obstinación tan honda y tan negra, que parece la obstinación de la muerte corriendo tras de la vida. Sí; los ojos de Gabriel me asustan. Yo siento en el brillo de su oscuridad, aquella gran atracción que he sentido a veces junto al vacío, cuando en mis excursiones por la montaña, el vértigo me ha llamado a gritos desde el fondo de un abismo...

Y por no ver la obsesión luminosa de los ojos de Gabriel, junto a la obsesión turbia de los ojos de tío Pancho, ya caída la tarde me salí del cuarto a reposar un instante. Pero sucede que desde hoy en la mañana, los ojos de Gabriel, y la voz de Gabriel, y las palabras de Gabriel, y la figura de Gabriel, se han metido dentro de mi pensamiento, y me persiguen, tenaces,

adonde quiera que vaya. Y como este Gabriel que está en mi pensamiento me asusta mucho más que el Gabriel que está en el cuarto de tío Pancho, por huirle de nuevo, huí de la soledad, y me fuí a buscar alivio en la paz campesina del corral, que es el único lugar amplio de esta casa angosta y pobre.

Afortunadamente, allí, frente al crepúsculo, y frente a su batea rebosante de espuma, estaba Gregoria enjabonando unas sábanas y unas fundas muy blancas que acababa de hervir. Me senté junto a ella sobre la mesa coja de planchar, y mirando los celajes y mirando el negro retozar de sus manos sobre la blancura de la espuma, como hacía en otros tiempos, por ver si distraía mi pensamiento, me di a conversar un rato con ella.

Y en el corral, mientras las manos de Gregoria nadaban sobre la espuma, de los labios de Gregoria, en el color brillante de su vocabulario, surgió de pronto el nombre de Gabriel, y comenzó a volar y revolar mil veces por cerca de mis oídos.

Pero aquel nombre, en el ambiente campesino del corral, ya no me asustaba, ni me cohibía, ni me parecía negrura de crimen, ni vértigo de abismo. No, el nombre de Gabriel, rosado de crepúsculo, surgía naturalmente de los labios de Gregoria, y volaba junto a mis oídos, y revolaba sobre las matas y bajo el cielo con un rasguear tan libre de sus alas, que mis ojos perdidos como estaban entre las ramas, se dieron a pensar en el amor suavísimo de los pajaritos que esconden su nido entre dos hojas y sin saber que los hombres habitan sobre la tierra, pasan la vida con sus dos alas abiertas meciéndose en el espacio.

Cuando me instalé sobre la mesa coja, Gregoria habló primero de la ropa que estaba lavando; habló, después, con muchos suspiros y mucha tristeza de aquel dolor irremediable que era la muerte de tío Pancho; habló de lo muy bien que

estábamos asistiéndole; y fué al elogiar la asistencia cuando rompió a hablar de Gabriel preguntándome así :

— ¿Y ese Niño, quiero decir, el doctor, Don Gabrielito...; ¡qué Niño tan bueno!... Es casado ¿verdad?

Al escuchar su nombre, me estremecí de emoción sobre la mesa, y creo que respondí sonriendo :

— Sí, Gregoria, es casado... Y tú, ¿por qué dices que es tan bueno?

— ¿Que por qué digo yo que es tan bueno? — Y Gregoria se incorporó un momento de su arroyo de espuma, y tomando el tuteo de mis tiempos infantiles y el tuteo de nuestros ratos de gran intimidad, me dijo muy asombrada:

— ¿Pero tú crees, María Eugenia, que hoy en día se encuentran doctores que cuiden de balde a los enfermos como ese Niño está cuidando a Don Pancho? ...El dice que le tiene cariño... bueno... será por el cariño a Don Pancho, pero así y todo, ¡es mucha bondad!... Y además: ¡es mucha la gracia que tiene en todo su cuerpo, y muchísima la finura del trato!

— ¿Y verdad que es muy blanco, y muy limpio, y muy bien formado, Gregoria?

— ¡No me hables de eso! ¿Y aquella risa que tiene? ¡Yo no se la he visto a nadie más que a él! Y dime tú si yo habré visto hombres decentes y blancos, y buenos mozos, aquí, en esta casa de tu gente, y en otras partes también. Pero lo que es esa risa yo no la había visto nunca: ¡esa no es más que de él!... ¡qué dientes de niño!... ¡Si es que dan ganas de darle un beso en la boca cuando él suelta aquella risa!

— ¿Un beso, Gregoria?... ¿un beso en la boca?... ¡Bueno!... ¿Sabes lo que estoy pensando, y lo que he creído siempre?... ¡Ah! Que te gustan mucho los hombres, y que tu juventud, Gregoria... ¡Gregoria! debió ser una juventud sumamente tempestuosa!

— ¿Tempestuosa?...

Y por todo comentario Gregoria desgranó una inmensa

carcajada de las wagnerianas por entre cuyas notas escuché pasar en tropel todas las alegres tempestades de su juventud. Y luego de inclinarse otra vez sobre la batea, y luego de repartir aquí y allá sus sabios golpes de jabón, cogió entre sus manos una funda con un gran copo de espuma, se irguió de nuevo, e iluminando frases con la luz de sus risas, y acompañándolo todo con el cantar enjabonado del hilo sobre los nudillos, añadió:

— Sí; bien negra, y bien fea, y todo lo que tú quieras, pero nunca me faltó quien me dijera algo, ¡esa es la verdad de la verdad!... Y si no me casé fué porque yo no quise entrar en cuestiones de matrimonio, porque siempre he creído que el matrimonio no se ha hecho sino para la gente fina...! Sí, sí, las negras casadas se ponen pretenciosas y les duele mucho lo del color y tienen además que aguantar insultos, y hasta palos, del marido, y callarse la boca, y pasar por donde ellos digan, y sufrir mucha miseria para sostener la respetabilidad... (aquí una carcajada inmensa, llena de calderones en obsequio a la respetabilidad) mientras que sin casarse, hoy se quiere a uno, y si ese uno se porta mal, o resulta un bandido, pues ese uno se deja y se quiere a otro, y todos son considerados y cariñosísimos como el que más... Sí, María Eugenia, sí, los hombres, cuando se sienten seguros, se ponen que no se pueden aguantar, porque ellos... ¡ave María!... ellos no le tienen apego, sino a lo muy dudoso, y a lo muy difícil, y a lo que se les puede ir de entre las manos!...

— Bueno, Gregoria, total que estás desarrollando unas teorías que ni las de Lenin. ¡Ay! si te oyera tía Clara!

Y otra vez, por toda contestación, Gregoria volvió a desgranar una carcajada wagneriana. Luego, se inclinó a los pies de la batea y sacó de no sé qué misteriosos escondrijos un tabaco que había ocultado sin duda al oirme llegar, pues como ya es sabido, esto de esconder el tabaco al oír ruido de tacones, es parte imprescindible de su protocolo en el trato con las

personas « de adentro ». Pero ya, en vista de que mi presencia se prolongaba mucho, y en vista de que se hacía indispensable avivar la lumbre mortecina y oculta, decidió suspender por hoy todo género de protocolos y sacando a luz el escondido tabaco, le dió varios soplidos y chupadas. Gracias a tan hábiles maniobras, el tabaco revivió, Gregoria se puso alegremente su gran aureola de humo, y así, rodeadas por las grises y voluptuosas nubecillas que se desparramaban y se fundían en el ambiente gris del anochecer, dejando a mano el tabaco, y emprendiendo de nuevo su trabajo volvió a decir muy grave y filosófica :

— Cada color y cada condición tiene que tener su moral, María Eugenia. A mí no me puede decir nada la Niña Clara, porque yo bien cristiana soy, y antes me muero que dejar de ponerle su vela a la Virgen del Carmen todos los sábados en la noche, y antes que olvidarme de ir a la iglesia el Domingo de Ramos, para que me den mis hojitas de palma bendita; y antes que quedarme sin ir a comulgar el Miércoles Santo en el mismo altar donde se expone el Nazareno; y antes que dejar de oír todo el sermón de las Siete Palabras y ponerme de rodillas mientras se está predicando la séptima que es la hora mismita en que murió el Señor. Sí, bien cristiana soy, y nadie me puede decir jota sobre mis cumplimientos ; pero cada cosa en su puesto y a mí, que no me vengan con cuentos! Dios nos mandó a este mundo, y nos impuso por ley que lo adoráramos y lo bendijéramos a él todos los días, pero nunca dijo a quién debíamos querer ni a cuántos debíamos querer sobre la tierra, porque digan lo que digan, en estas cosas del cariño, El observa, pero no se mete. Y para que veas que es mucha verdad lo que te estoy diciendo, tú no tienes sino que fijarte en esto: si a Dios le disgustaran tanto ciertas cosas, pues alguna diferencia hiciera entre los casados y los que no están casados, y ya tú ves que no la hace, porque a todos les manda por igual el castigo de los hijos... Yo, sin haberme casado ni una vez, fueron cuatro los hijos que tuve... ¿y quieres que te diga la verdad, María

Eugenia?... siempre me consolé de haber nacido bien negra y bien pobre, primero, porque Dios lo mandó así, y después porque negra y pobre quise siempre al que quería. Mientras que hay otros muy grandes y muy poderosos y que parecen muy contentos y ¡la procesión va caminando por dentro, María Eugenia! Mira... fíjate bien, y dime si no: ¿tú crees que Don Gabrielito, por ejemplo, quiere mucho a la señora con quien está casado? ¿Tu estás creyendo que la quiere?... ¡Ah! lo que es a Gregoria, a la negra bruta, a la vieja ordinaria que no sirve sino para andar en la batea lavando trapos, y quemándose las manos con los hierros de planchar, a esta vieja ordinaria y bruta no le pasan las cosas sin verlas porque ella, a pesar de la negrura y de la ordinariez ¡tiene el olfalto muy fino!

— ¿Y tú cómo lo sabes... pero cómo sabes tú que él no la quiere? — pregunté yo, intrigadísima.

Gregoria entonces, con una expresión misteriosa y sonreída, donde renació de golpe toda la sorpresa, toda la emoción y toda la escena turbadora de esta mañana, repitió:

— ¿Que por qué?... ¡Ay Dios mío Señor, con las curiosidades! ¡por qué! ...Pues mira, digo que no la quiere, porque si la quisiera no me volvería loca, preguntándome por otra cuando viene la ocasión y se queda solo conmigo en el cuido de Don Pancho. Entonces, al no más ver que está solo, empieza la preguntadera, y la preguntadera no se acaba más nunca: que si cuando chiquita sería tan bonita como es ahora; que si pasa la vida con los libros, o que si la pasa más bien con el bordado; que si toca mucho piano; que si querrá bastante al novio que tiene; que si está muy contenta con el matrimonio, que si antes del novio estaba triste. ...Y todos son cariños y regalos para que la vieja suelte la lengua y hable bastante... ¿pero quieres que te cuente lo que yo le dije?... pues yo lo advertí diciendo: « Mire Don Gabriel, ella es más buena y más suavecita que una madeja de seda, pero el que la ofende

personas « de adentro ». Pero ya, en vista de que mi presencia se prolongaba mucho, y en vista de que se hacía indispensable avivar la lumbre mortecina y oculta, decidió suspender por hoy todo género de protocolos y sacando a luz el escondido tabaco, le dió varios soplidos y chupadas. Gracias a tan hábiles maniobras, el tabaco revivió, Gregoria se puso alegremente su gran aureola de humo, y así, rodeadas por las grises y voluptuosas nubecillas que se desparramaban y se fundían en el ambiente gris del anochecer, dejando a mano el tabaco, y emprendiendo de nuevo su trabajo volvió a decir muy grave y filosófica :

— Cada color y cada condición tiene que tener su moral, María Eugenia. A mí no me puede decir nada la Niña Clara, porque yo bien cristiana soy, y antes me muero que dejar de ponerle su vela a la Virgen del Carmen todos los sábados en la noche, y antes que olvidarme de ir a la iglesia el Domingo de Ramos, para que me den mis hojitas de palma bendita; y antes que quedarme sin ir a comulgar el Miércoles Santo en el mismo altar donde se expone el Nazareno; y antes que dejar de oír todo el sermón de las Siete Palabras y ponerme de rodillas mientras se está predicando la séptima que es la hora mismita en que murió el Señor. Sí, bien cristiana soy, y nadie me puede decir jota sobre mis cumplimientos ; pero cada cosa en su puesto y a mí, que no me vengan con cuentos! Dios nos mandó a este mundo, y nos impuso por ley que lo adoráramos y lo bendijéramos a él todos los días, pero nunca dijo a quién debíamos querer ni a cuántos debíamos querer sobre la tierra, porque digan lo que digan, en estas cosas del cariño, El observa, pero no se mete. Y para que veas que es mucha verdad lo que te estoy diciendo, tú no tienes sino que fijarte en esto: si a Dios le disgustaran tanto ciertas cosas, pues alguna diferencia hiciera entre los casados y los que no están casados, y ya tú ves que no la hace, porque a todos les manda por igual el castigo de los hijos... Yo, sin haberme casado ni una vez, fueron cuatro los hijos que tuve... ¿y quieres que te diga la verdad, María

Eugenia?... siempre me consolé de haber nacido bien negra y bien pobre, primero, porque Dios lo mandó así, y después porque negra y pobre quise siempre al que quería. Mientras que hay otros muy grandes y muy poderosos y que parecen muy contentos y ¡la procesión va caminando por dentro, María Eugenia! Mira... fíjate bien, y dime si no: ¿tú crees que Don Gabrielito, por ejemplo, quiere mucho a la señora con quien está casado? ¿Tu estás creyendo que la quiere?... ¡Ah! lo que es a Gregoria, a la negra bruta, a la vieja ordinaria que no sirve sino para andar en la batea lavando trapos, y quemándose las manos con los hierros de planchar, a esta vieja ordinaria y bruta no le pasan las cosas sin verlas porque ella, a pesar de la negrura y de la ordinariez ¡tiene el olfalto muy fino!

— ¿ Y tú cómo lo sabes... pero cómo sabes tú que él no la quiere? — pregunté yo, intrigadísima.

Gregoria entonces, con una expresión misteriosa y sonreída, donde renació de golpe toda la sorpresa, toda la emoción y toda la escena turbadora de esta mañana, repitió :

— ¿Que por qué?... ¡Ay Dios mío Señor, con las curiosidades! ¡por qué! ...Pues mira, digo que no la quiere, porque si la quisiera no me volvería loca, preguntándome por otra cuando viene la ocasión y se queda solo conmigo en el cuido de Don Pancho. Entonces, al no más ver que está solo, empieza la preguntadera, y la preguntadera no se acaba más nunca : que si cuando chiquita sería tan bonita como es ahora; que si pasa la vida con los libros, o que si la pasa más bien con el bordado; que si toca mucho piano; que si querrá bastante al novio que tiene; que si está muy contenta con el matrimonio, que si antes del novio estaba triste. ...Y todos son cariños y regalos para que la vieja suelte la lengua y hable bastante... ¿pero quieres que te cuente lo que yo le dije?... pues yo lo advertí diciendo: « Mire Don Gabriel, ella es más buena y más suavecita que una madeja de seda, pero el que la ofende

la oye, porque entonces... ¡ay! entonces es brava, bravísima... ¡Sí; a ella le sale de repente la braveza que la tiene de herencia en la sangre por la rama de acá, por los Aguirre! »

Sin saber por qué, al oír esta última frase, mi placer y mi sorpresa se volvieron de pronto vivísimo malhumor contra Gregoria, de modo que nerviosa y rápida me estremecí de nuevo sobre la mesa y la interrumpí, molesta.

— ¿Pero qué sarta de disparates estás diciendo Gregoria?... ¡No parece sino que ya, de vieja y de chocha que eres, has perdido completamente el poco sentido que tenías!...

— ¿Disparates?... ¿Disparates?...

Y Gregoria me clavó una mirada tan larga y tan fija, que a pesar de la escasez de luz, a mí me fué imposible el sostener de frente. Luego, dando por terminado el lenguaje de los ojos, la emprendió de nuevo con el de las palabras:

— ¡Sí... también será la chochera y el viejoi... Mira, María Eugenia, ¿tú quieres que te diga la verdad, porque te veo mismamente que si en comparación, salvo los años y el color te hubiera tenido por hija? Pues óyeme, María Eugenia ¡ese niño está que se muere por ti!... y ese... no me lo niegues... ese es el mismito aquel, por quien ahora dos años te metieron a ti en la hacienda, cuando pasamos allá tres meses seguidos y a mí me dió un tabardillo de sol que creí que me moría... Bueno... pues ese es el mismo, ...y tú cuando supiste que se casaba con otra te quedaste tan tristecita, que me daban ganas de llorar al verte, y lo que sentía eran deseos de abrirte mis dos brazos, y decirte: « ¡Vente a desahogar aquí, en el pecho de tu negra vieja que te quiere de verdad y que es la única que sabe las amarguras que estás pasando! » Pero, como Gregoria observa, y se calla, y se lo traga todo para que no le digan entrépita, ni parejera, ni falta de respeto, nunca te dije nada... Pero ahora te advierto, María Eugenia, porque te veo en peligro: ¡Mira que estás pisando una escalera enjabonada... mira que ese niño es casado y que tú ya estás casada,

también, como quien dice, y que tú no eres Gregoria, María Eugenia, porque naciste muy alta y muy encumbrada, y tienes que pasar por el aro de la decencia, y que si él te quiere a ti, pues... ¡no lo niegues!... lo mismito lo quieres tú a él, y fuera con él con quien te casaras, si en la vida se pudiera hacer siempre la real gana de lo que pide el corazón!... Sí, sí, y él, hoy por hoy, sería capaz hasta de matar gente con tal de ponerse en ti, porque así son ellos... desprecian lo que tienen a la mano, y cuando se les va por las alturas, entonces es la lloradera y la desesperación. Pero eso no fuera lo más alarmante, María Eugenia. Lo alarmante es que tú estás ahora más atraída que nunca a ese cariño de antes, porque no en balde se quiere una vez, y no en balde estos ojos viejos, han visto tantas cosas en su vida, y por lo que tienen visto saben que el cariño retoña, y retoña, siempre que él puede, lo mismo que retoña la mala hierba!... ¿Tú crees que yo no vislumbro esa alegría que se te pinta en la cara cada vez que te lo nombro?... ¿Tú crees que yo no me fijé aquel día, cuando él se presentó de repente, y tú, de puro azoramiento, si no es por un milagro, bañas al pobre Don Pancho con la taza de café con leche?... ¿Y crees que ahorita, tampoco me fijé, cuando te dije lo de la risa, y lo del beso en la boca? ¡Si no fué más que por verte la cara que te lo dije... así, como quien no quiere la cosa!

Yo me había bajado ya de la mesa en un salto repentino, y furiosa, sin saber de mí, dando con los pies en el suelo, me puse a gritar con voz ahogada :

— ¡Que te calles...! ¡caramba!... que cuando empiezas a hablar disparates, pierdes la noción de todo, como si estuvieras loca! ...La única verdad que has dicho, es que eres muy bruta. ¡Sí, eres muy bruta, y muy bruta! ...Y eres además muy parejera, y muy entrépita, y no entiendes nada, y todo lo tergiversas, y lo arreglas como a ti te da la gana... Sí... ¡sigue diciendo necedades, y grítalas bien para que lleguen a oídos de

otros, y me amarguen la vida con los celos a cuenta de tus chismes!

– ¡Eso es, María Eugenia, eso es! Insúltame, y patéame, y mándame a botar a la calle también si te parece, pero insultada y pateada y todo, yo no me desdigo, porque no, y porque creo que para decirte la verdad estoy aquí, que no en balde crié a tu misma Madre, y a ti te cogí al nacer la primera de todos... ¡Insulta!... ¡insulta más, que para escuchar insultos nació Gregoria, la pedazo de negra!... Y no creas, no estés creyendo, que ésta es la primera vez que me maltratas, ni la primera vez que yo me dejo maltratar por ti... Mira, cuando estabas chiquitica, y no tenías más tamaño que el tamaño que tiene ahora una de estas fundas mojadas... pues siempre que te llevaban a pasar el día a la casa de allá abajo, era Gregoria quien se quedaba el día entero con la niñita cargada y ¿sabes lo que a ti te gustaba y lo que más te entretenía? Pues tu gusto era echarle mano al pelo de la negra, y morirte de la risa, prendida de los chicharrones, que no sé cómo no se te rompían los deditos en la apretura de la lana; y yo, escuchándote reír me reía también a carcajadas diciendo: « Para algo debían servir, por fin, los dichosos chicharrones! » y si alguno quería terciar en que no me jalaras tan duro, yo les decía: « ¡déjenmela quietica que va a llorar, y eso no les está doliendo a ninguno de ustedes! » ...Pues mira, mi hija, lo mismo que decía entonces te digo ahora: si insultando a Gregoria te desahogas de tus angustias, insúltala bastante y desahógate con ella, que algún día llegará en que comprendas la falta de razón de estos insultos!... Y por de pronto, aunque parezca malacrianza dejarte así, con la palabra en la boca, me voy a tender ya esta ropita, para que el aire de la noche la oree, a ver si mañana me amenece seca...

Y Gregoria, que ya tenía enjuagadas y exprimidas las sábanas y las fundas, las metió en un balde vacío, y se fué con ellas lentamente, camino del alambre, a lo más hondo del corral.

Allá empezó alegremente el blanquísimo aleteo y el clamor alborozado de las piezas batidas en el aire, hasta que al fin, como una hilera de aves que se ponen a dormir, se fueron quedando mudas y tranquilas... Entonces junto a ellas, la negra cabeza que se había fundido un segundo en la seminegrura del instante, renació al destacarse contra el muro de ropa blanca. Desde lejos, mientras mis ojos la veían florecer en la blancura, me di a pensar dulcemente en los días de inconsciencia, cuando tanto me divertía al deshacer aquel paquete de apretadísima lana... Y mirando fija, fijamente, el negro ir venir contra las sábanas, tuve envidia de la perdida inconsciencia, tuve envidia de la humildad de la lana, contemplé un segundo las infranqueables distancias que separan las vidas, y otra vez allá, en el fondo del corral, por sobre la cabeza lanuda, vi surgir poco a poco, en espiral negra y roja de incendio, toda la trágica alegría de mi pensamiento que de nuevo se había puesto a contemplar a Gabriel.

Allá empezó alegremente el blanquísimo aleteo y el clamor alborozado de las piezas batidas en el aire, hasta que al fin, como una hilera de aves que se ponen a dormir, se fueron quedando mudas y tranquilas... Entonces junto a ellas, la negra cabeza que se había fundido un segundo en la seminegrura del instante, renació al destacarse contra el muro de ropa blanca. Desde lejos, mientras mis ojos la veían florecer en la blancura, me di a pensar dulcemente en los días de inconsciencia, cuando tanto me divertía al deshacer aquel paquete de apretadísima lana... Y mirando fija, fijamente, el negro ir venir contra las sábanas, tuve envidia de la perdida inconsciencia, tuve envidia de la humildad de la lana, contemplé un segundo las infranqueables distancias que separan las vidas, y otra vez allá, en el fondo del corral, por sobre la cabeza lanuda, vi surgir poco a poco, en espiral negra y roja de incendio, toda la trágica alegría de mi pensamiento que de nuevo se había puesto a contemplar a Gabriel.

CAPITULO V

En la noche del jueves al viernes

Hoy he tenido dos grandísimos disgustos. El uno por causa involuntaria de la pobre Abuelita. El otro por causa muy voluntaria de Gabriel. El dice que no. Jura y perjura que fué involuntariamente. Yo no lo creo. No, ¡no lo creo! Pero... ¿y si tuviera razón Gabriel?... Estas cosas... ¿podrán de veras ocurrir así... de repente... involuntariamente?... porque entonces, pues... ¡no sería culpa suya, pobre Gabriel!

¡Ah! qué cierto es lo que dice Gregoria, cuando expone sus doctrinas fatalistas y explica: « Aquello que va a venir echa a andar, y a andar, y llega con sus pasos contados, aunque se le saque el cuerpo, cuando uno menos lo espera. » Sí; es cierto ¡Gregoria tiene razón!

Y es que esta mañana Gabriel y yo no hemos estado solos como ocurrió ayer, y como yo temía muchísimo que pudiese ocurrir hoy. No, Gabriel y yo, durante la mañana, no hemos estado solos ni un instante, porque la enfermera regresó muy

temprano, y luego de dar excusas y más excusas por haberse ido ayer, no se apartó de nosotros un segundo en ausencia de tía Clara. Recuerdo que Gabriel, mientras la enfermera se disculpaba, la veía muy fijamente con muchísima rabia, y como es tan fea, sin dejar que acabase las explicaciones, le volvió la espalda y me dijo entre dientes:

— ¡Para lo que sirve el demonio de la doctora esta! ¡Si es de lo más torpe y de lo más inútil que he visto! ¡Y tan antipática!

También yo la encuentro muy torpe, muy inútil, y creo que en realidad se podría prescindir de ella. Además, tiene el tacto de hablar cuando no debe. Sí, decididamente, esta pobre enfermera es lo que se llama « una persona de sangre pesada ». Pero después de todo, hoy en la mañana, sí llegó muy a tiempo, porque yo no quería de ningún modo estar sola con Gabriel.

Como si fuera cosa de presentimiento, Gabriel hoy amaneció tristísimo. Tengo para mí que no durmió un segundo en toda la noche. Y así, ojeroso y triste, delante de la enfermera me dijo muy quedo varias frases, pero tan humildes y tan dolorosas acerca de su vida desamparada, que a mí, francamente, me partieron el corazón, y poquito a poco, le fuí perdiendo aquel miedo de ayer, y ya, al fin, acabé por tenerle, no mucho miedo, sino muchísima lástima.

Recuerdo por ejemplo que mirando a tío Pancho, me dijo varias veces con los ojos brillantes que se le arrasaban en lágrimas:

— ¡Ojalá fuera yo él!

Y cuando ya lo repetía por segunda o tercera vez le pregunté diciendo :

— ¿Y por qué así, Gabriel?

— Pues, porque mi vida ya no tiene objeto, y ahora sólo deseo muy ardientemente: ¡morirme!

— ¿Morirse?... le dije yo muy espantada, y muy sentida.

¡Morirse!... ¡Vaya! ¡Cuando tiene tantos medios de ser feliz! Otros, otros hay más desgraciados, Gabriel, y no se quejan.

Pero él contestó :

— Desgraciado como yo, no hay más que yo.

Y con su cara triste se quedó callado y mustio hasta que llegó tía Clara.

¡Ah! era tía Clara sí, era tía Clara quien había de traer hoy la gran ración de tristeza. Al entrar en el cuarto, tía Clara, sin quitarse velo ni quitarse nada, temblorosa y pálida, se sentó de golpe en el sofá cerca de mí y poniéndose el pañuelo apretado en los ojos, mientras la voz surgía muy apagada y los pobres dedos flacos y nudosos se estremecían de dolor sobre el pañuelo, me dijo entre sollozos, que más que decir era llorar con llanto de palabras :

— ¡Ay, María Eugenia, María Eugenia! ¡Qué cierto es aquello de que una desgracia nunca viene sola!... ¡Tú no sabes lo que tenemos en casa!... ¡Tú no sabes!... ¿Te acuerdas de los vértigos que le daban a Mamá? ¿Te acuerdas cómo te dije ayer que había sufrido uno muy largo, que me había alarmado mucho, y aquí mismo, delante de ti, hablé después con el doctor, para que fuera a examinarla hoy? Pues ahora fué, la vió, la auscultó muy bien y me dijo que eran deficiencias en el corazón, que ya no funciona con regularidad. Yo, naturalmente, alarmadísima, le pregunté si era cosa de mucho cuidado, y él... ¡Ay!... ¿sabes lo que me dijo él?... Pues dijo : « Sí, es grave, pero no de una gravedad inmediata ; podrá vivir así, hasta dos o tres meses. » ¡Figúrate, María Eugenia, cómo me quedé yo!... ¡Dos o tres meses, María Eugenia, dos o tres meses!... ¿y después?... ¡después!... ¡Ay Señor, Señor, qué soledad! ¡Dame resignación!... Y qué cierto es, Dios mío, que en tus sabios designios, nunca nos mandas una desgracia sola!

Y tía Clara, sentada en el sofá, con su velo caído en punta sobre la espalda, y el pañuelo muy apretado en los ojos,

temprano, y luego de dar excusas y más excusas por haberse ido ayer, no se apartó de nosotros un segundo en ausencia de tía Clara. Recuerdo que Gabriel, mientras la enfermera se disculpaba, la veía muy fijamente con muchísima rabia, y como es tan fea, sin dejar que acabase las explicaciones, le volvió la espalda y me dijo entre dientes:

— ¡Para lo que sirve el demonio de la doctora esta! ¡Si es de lo más torpe y de lo más inútil que he visto! ¡Y tan antipática!

También yo la encuentro muy torpe, muy inútil, y creo que en realidad se podría prescindir de ella. Además, tiene el tacto de hablar cuando no debe. Sí, decididamente, esta pobre enfermera es lo que se llama « una persona de sangre pesada ». Pero después de todo, hoy en la mañana, sí llegó muy a tiempo, porque yo no quería de ningún modo estar sola con Gabriel.

Como si fuera cosa de presentimiento, Gabriel hoy amaneció tristísimo. Tengo para mí que no durmió un segundo en toda la noche. Y así, ojeroso y triste, delante de la enfermera me dijo muy quedo varias frases, pero tan humildes y tan dolorosas acerca de su vida desamparada, que a mí, francamente, me partieron el corazón, y poquito a poco, le fuí perdiendo aquel miedo de ayer, y ya, al fin, acabé por tenerle, no mucho miedo, sino muchísima lástima.

Recuerdo por ejemplo que mirando a tío Pancho, me dijo varias veces con los ojos brillantes que se le arrasaban en lágrimas:

— ¡Ojalá fuera yo él!

Y cuando ya lo repetía por segunda o tercera vez le pregunté diciendo :

— ¿Y por qué así, Gabriel?

— Pues, porque mi vida ya no tiene objeto, y ahora sólo deseo muy ardientemente: ¡morirme!

— ¿Morirse?... le dije yo muy espantada, y muy sentida.

¡Morirse!... ¡Vaya! ¡Cuando tiene tantos medios de ser feliz! Otros, otros hay más desgraciados, Gabriel, y no se quejan.

Pero él contestó :

— Desgraciado como yo, no hay más que yo.

Y con su cara triste se quedó callado y mustio hasta que llegó tía Clara.

¡Ah! era tía Clara sí, era tía Clara quien había de traer hoy la gran ración de tristeza. Al entrar en el cuarto, tía Clara, sin quitarse velo ni quitarse nada, temblorosa y pálida, se sentó de golpe en el sofá cerca de mí y poniéndose el pañuelo apretado en los ojos, mientras la voz surgía muy apagada y los pobres dedos flacos y nudosos se estremecían de dolor sobre el pañuelo, me dijo entre sollozos, que más que decir era llorar con llanto de palabras :

— ¡Ay, María Eugenia, María Eugenia! ¡Qué cierto es aquello de que una desgracia nunca viene sola!... ¡Tú no sabes lo que tenemos en casa!... ¡Tú no sabes!... ¿Te acuerdas de los vértigos que le daban a Mamá? ¿Te acuerdas cómo te dije ayer que había sufrido uno muy largo, que me había alarmado mucho, y aquí mismo, delante de ti, hablé después con el doctor, para que fuera a examinarla hoy? Pues ahora fué, la vió, la auscultó muy bien y me dijo que eran deficiencias en el corazón, que ya no funciona con regularidad. Yo, naturalmente, alarmadísima, le pregunté si era cosa de mucho cuidado, y él... ¡Ay!... ¿sabes lo que me dijo él?... Pues dijo : « Sí, es grave, pero no de una gravedad inmediata ; podrá vivir así, hasta dos o tres meses. » ¡Figúrate, María Eugenia, cómo me quedé yo!... ¡Dos o tres meses, María Eugenia, dos o tres meses!... ¿y después?... ¡después!... ¡Ay Señor, Señor, qué soledad! ¡Dame resignación!... Y qué cierto es, Dios mío, que en tus sabios designios, nunca nos mandas una desgracia sola!

Y tía Clara, sentada en el sofá, con su velo caído en punta sobre la espalda, y el pañuelo muy apretado en los ojos,

lloró amarguísimamente durante mucho rato. Al verla así, yo también comencé a llorar con mi pañuelo, y Gabriel calmándonos a ambas lo mejor que podía, por su lado, exhalaba también de vez en cuando unos suspiros muy hondos. Es claro que él no suspiraba por las deficiencias del corazón de Abuelita, sino por la tristeza y por el desamparo inmenso de su vida, que tan afligido lo tiene y que tanto lo pone a clamar por la muerte.

Y naturalmente, como la unión en la tristeza es tan íntima, hoy en la mañana, Gabriel, tía Clara y yo sentados en hilera sobre el sofá de reps, éramos en el alma unida de la tristeza, como una sola alma unida que tuviese tres cuerpos. Y Gabriel desde entonces, estuvo más dulce y más suave y más hábil que nunca en la asistencia de tío Pancho. Por eso yo, confiada y tranquila, pensando a cada rato: « ¡Qué bueno es Gabriel! » por muchas veces, en el continuo entrar y salir de tía Clara y la enfermera, me estuve sola con él, sentados los dos muy unidos, y muy cerquita, y sin decir más palabras que aquel suspirar continuo del uno y del otro, que era en el silencio del cuarto, como el guiar y el contestar de algún rosario de pena, que en lugar de rezarse con avemarías, se rezara con dos suspiros por cuenta.

Estando los dos tan unidos y tan tristes, y estando él tan respetuoso en su reserva, ¿cómo había de figurarme lo que ocurrió después?... ¡No, no! ¡Era imposible, no podía imaginármelo!

Fué a cosa de las seis de la tarde... ¿Serían las seis?... No, no creo que fueran las seis, porque ya estaba obscureciendo... debió ocurrir más bien a las seis y media... ¡Pero qué más da!

Ocurrió así.

Estaba yo en el cuarto de tío Pancho con Gabriel y con tía Clara, y como hacía mucho calor, dije de pronto :

— Me voy a respirar un segundo, y a tomarme un vaso de agua porque tengo mucha sed.

Y muy tranquilamente me fuí caminando hacia el comedor. Una vez allí, comencé a servirme de un jarro mi gran copa de agua fresca, y cuando me encontraba todavía con el jarro en la mano derecha y el vaso en la mano izquierda, escuché ruido de pasos detrás de mí, y era Gabriel quien entraba al comedor diciendo :

— Yo también tengo sed.

Como todo, todo cuanto decía Gabriel hoy lo decía con aquella humildad tan grande, al decir: « tengo sed » a mí me recordó la sed tristísima que sintió Cristo en la cruz, y por distraerle, y por aliviarle en algo de su penar inmenso, sin hablar de la sed trágica de Cristo, hablé de otra más suave y le dije sonriendo:

— ¡Eso es! Imitándome a mí, también se vino a beber. Bien, entonces, como Rebeca a Eliezer, yo también, patriarcalmente, voy a darle de beber de mi agua clara.

Y le tendí la copa que se estremecía y se desbordaba de tan llena entre los dedos de mi mano izquierda. Pero Gabriel la rechazó dulcemente y llevándola muy suave hacia mis labios dijo :

— ¡No, no! Acepto el agua, pero no puedo aceptarla a la moda patriarcal. No, usted bebe primero y yo beberé después lo que generosamente quiera dejarme, que tal vez... tal vez así me sorprenda algún secreto en el fondo de la copa.

— ¿Secretos? — dije yo con un suspiro tan largo que ya no parecía cosa de avemaría, sino cosa más bien de padrenuestro con gloria misterio y todo. — ¡Secretos!... ¡Ya no tengo secretos! Pero si acaso me quedare alguno, y no lo recuerdo, me parece más prudente que nadie beba en mi copa. Tome, tómese esta agua, Gabriel, que yo para mí voy a servirme del jarro en otra copa vacía.

Pero Gabriel sin querer tomar el vaso me miró sonriendo y

lloró amarguísimamente durante mucho rato. Al verla así, yo también comencé a llorar con mi pañuelo, y Gabriel calmándonos a ambas lo mejor que podía, por su lado, exhalaba también de vez en cuando unos suspiros muy hondos. Es claro que él no suspiraba por las deficiencias del corazón de Abuelita, sino por la tristeza y por el desamparo inmenso de su vida, que tan afligido lo tiene y que tanto lo pone a clamar por la muerte.

Y naturalmente, como la unión en la tristeza es tan íntima, hoy en la mañana, Gabriel, tía Clara y yo sentados en hilera sobre el sofá de reps, éramos en el alma unida de la tristeza, como una sola alma unida que tuviese tres cuerpos. Y Gabriel desde entonces, estuvo más dulce y más suave y más hábil que nunca en la asistencia de tío Pancho. Por eso yo, confiada y tranquila, pensando a cada rato: « ¡Qué bueno es Gabriel! » por muchas veces, en el continuo entrar y salir de tía Clara y la enfermera, me estuve sola con él, sentados los dos muy unidos, y muy cerquita, y sin decir más palabras que aquel suspirar continuo del uno y del otro, que era en el silencio del cuarto, como el guiar y el contestar de algún rosario de pena, que en lugar de rezarse con avemarías, se rezara con dos suspiros por cuenta.

Estando los dos tan unidos y tan tristes, y estando él tan respetuoso en su reserva, ¿cómo había de figurarme lo que ocurrió después?... ¡No, no! ¡Era imposible, no podía imaginármelo!

Fué a cosa de las seis de la tarde... ¿Serían las seis?... No, no creo que fueran las seis, porque ya estaba obscureciendo... debió ocurrir más bien a las seis y media... ¡Pero qué más da!

Ocurrió así.

Estaba yo en el cuarto de tío Pancho con Gabriel y con tía Clara, y como hacía mucho calor, dije de pronto :

— Me voy a respirar un segundo, y a tomarme un vaso de agua porque tengo mucha sed.

Y muy tranquilamente me fuí caminando hacia el comedor. Una vez allí, comencé a servirme de un jarro mi gran copa de agua fresca, y cuando me encontraba todavía con el jarro en la mano derecha y el vaso en la mano izquerda, escuché ruido de pasos detrás de mí, y era Gabriel quien entraba al comedor diciendo :

— Yo también tengo sed.

Como todo, todo cuanto decía Gabriel hoy lo decía con aquella humildad tan grande, al decir: « tengo sed » a mí me recordó la sed tristísima que sintió Cristo en la cruz, y por distraerle, y por aliviarle en algo de su penar inmenso, sin hablar de la sed trágica de Cristo, hablé de otra más suave y le dije sonriendo:

— ¡Eso es! Imitándome a mí, también se vino a beber. Bien, entonces, como Rebeca a Eliezer, yo también, patriarcalmente, voy a darle de beber de mi agua clara.

Y le tendí la copa que se estremecía y se desbordaba de tan llena entre los dedos de mi mano izquierda. Pero Gabriel la rechazó dulcemente y llevándola muy suave hacia mis labios dijo :

— ¡No, no! Acepto el agua, pero no puedo aceptarla a la moda patriarcal. No, usted bebe primero y yo beberé después lo que generosamente quiera dejarme, que tal vez... tal vez así me sorprenda algún secreto en el fondo de la copa.

— ¿Secretos? — dije yo con un suspiro tan largo que ya no parecía cosa de avemaría, sino cosa más bien de padrenuestro con gloria misterio y todo. — ¡Secretos!... ¡Ya no tengo secretos! Pero si acaso me quedare alguno, y no lo recuerdo, me parece más prudente que nadie beba en mi copa. Tome, tómese esta agua, Gabriel, que yo para mí voy a servirme del jarro en otra copa vacía.

Pero Gabriel sin querer tomar el vaso me miró sonriendo y

con su voz tristísima de caricia triste, y con sus ojos tristes de caricia negra, en donde brillaba apenas un alba de alegría, se puso a decir:

— ¡Que así no! ¡Que no bebo sino después de usted y en la misma copa!... ...Sí, María Eugenia, y entonces, mientras vaya bebiendo, por el espacio cortísimo de algunos segundos, seré más feliz que todos los Patriarcas y todos los Profetas del Antiguo Testamento, porque al beber mis labios, mis ojos contemplarán unos ojos que ellos no miraron nunca...

Y yo, como tanto me alegraba el ver que Gabriel se salía por fin del tono lúgubre, le dije muy sonreída y muy contenta:

— ¡Gran cosa que se perdió de ver el Antiguo Testamento!... Pero al menos, ¡vaya!... gracias al agua, y gracias a la sed, y gracias a Dios, que ya por fin dejó de llorar el señor Don Jeremías.

Sin oirme, como si estuviera sordo o como si estuviera en éxtasis, siguió hablando mientras yo hablaba y dijo:

— ¡Porque así... transnochada y pálida y ojerosa, con su bata rosada, está más linda, y más rosa, y más Julieta que nunca. Así... así mismo la veía siempre en mis ensueños, tan romántica y tan fina escribiendo mi soneto!...

Al escuchar el nombre de Julieta, y al escucharle hablar del soneto, me puse otra vez muy seria, y con mi voz grave y seria le contesté.

— ¡Julieta, no!... Julieta se murió, Gabriel, ya se lo dije ayer, acuérdese bien. ¡De eso no se habla más!... Y tómese, tómese, su copa de agua que ya me voy cansando de tanto sostenerla.

Pero como Gabriel es tan insistente y tan terco, no quiso coger la copa, sino que insistió en hablar de Julieta, y con una voz... ¡sí!... con aquella misma voz divina y turbadora de ayer dijo también ahora:

— ¡Pues si Julieta se ha muerto, María Eugenia, a Julieta la haré yo revivir, como se revive a los que han muerto con muerte de frío...

Yo por pura curiosidad y sin sospechar siquiera lo que insinuaba Gabriel, pregunté muy intrigada:

— ¿Cómo así?

Y entonces Gabriel, ágil y suavísimo, me tomó toda entre sus brazos, y oprimiéndome en ellos fuertemente y contestando:

— ¡Así!...

Y no sé qué acierto tuvo para besarme justa, pero justamente en la boca durante un instante sin que yo pudiese moverme ni rechazarle. Pero creo que este acierto no fué debido sólo a la gran agilidad de Gabriel, sino también a una cuestión de circunstancias, pues estando yo entre el aparador y la mesa de comer, y teniendo, además, la copa de agua en la mano izquierda, no podía huir ni podía defenderme por el temor natural de que se rompiera la copa o se derramara el agua... ¡No!... con una sola mano libre, y presa entre dos muebles: ¿cómo podía defenderme de Gabriel, que es tan ágil y es tan fuerte?... ¡No, no pude evitar que me besara!... no pude evitarlo, y no pude evitarlo!

Pero después... ¡Ah, Señor Dios mío, lo que después, en castigo de su traición, escuchó ese pobre Gabriel, no es para escribirlo aquí, ni creo que nadie en el mundo pueda escribirlo nunca, porque aquello no fueron palabras, aquello fué un río de indignación, un torrente de improperios, ¡ah! sí; ¡razón tenía Gregoria, después de todo!... Lo que escuchó Gabriel hoy de mis labios, entre seis y seis y media de la tarde, estoy segurísima de que sus oídos no lo habían escuchado jamás. La primero que sucedió al estallar mi rabia, fué que yo, con toda la fuerza que presta la indignación, di con los pies en el suelo, y tiré la copa contra el cemento, formando una terrible innundación y haciendo un estrépito tan espantoso de vidrios rotos,

que todavía no me explico el que tía Clara no acudiese alarmadísima a investigar la causa del siniestro. Y en presencia de los vidrios rotos, y en presencia del agua que corría ahora mojándonos los pies, luego de habernos salpicado los vestidos, le dije mal caballero; le dije que se marchara en seguida de la casa de tío Pancho porque aquí mandaba yo, le dije hipócrita, le dije farsante, le dije canalla, le dije traidor, le dije que lo odiaba con toda mi alma... y cuando ya no encontré más epítetos en mi vocabulario, ni más tonos de indignación en la gama de mi voz, el infeliz Gabriel insultado, dolorido y salpicado de agua repetía :

— ¡Perdóneme, María Eugenia!... ¡fué sin querer!... no es culpa mía... no es culpa mía...

Le volví bruscamente la espalda, me senté en una silla, eché de golpe mis dos brazos enlazados sobre el tapete de la mesa, enterré mi cabeza entre mis brazos, y así de espaldas a Gabriel, con la cabeza escondida entre los brazos, prorrumpí a llorar amargamente con sollozos ahogados y hondísimos.

Gabriel se había ido acercando, acercando, hasta ponerse muy junto de mí, y como ahora ya al compás de mis sollozos su voz me decía en secreto con un tono tan suave, tan melodioso, y tan quedo, tan quedito, que era como el cantar bajísimo junto a la cuna de los niños dormidos :

— ¡Perdóneme, María Eugenia!... ¡Perdóneme, que no fuí yo!... fué mi amor... fué la locura que me está matando... fué este incendio abrasador que llevo por dentro... ¡fué el grito inevitable de la naturaleza, fué el beso del soneto!... pero no volveré a hacerlo ya más, no, se lo juro, nunca más... ¡nunca más!...

Yo seguía llorando, y llorando, y llorando sin consuelo, porque ahora con mi boca callada y mi cara escondida, y mis brazos inundados de lágrimas, era cuando sentía de veras como una brasa de fuego prendida en la ignorancia de mis

labios aquel beso encendido de Gabriel. Y como cerquita de mi oído, su voz de caricia me decía con firme contrición de arrepentido :

— ...¡nunca más!... ¡nunca más!...

pensando yo también en el terrible anatema del Cuervo : « nunca más, nunca más... » mis lágrimas rodaban y rodaban, que era como el rodar infinito de un torrente...

Cuánto tiempo lloraron mis ojos inundando de lágrimas mis brazos, y el tapete de la mesa de comer, no puedo saberlo. A ratos me parece que lloré durante una eternidad entera pero otros ratos me parece que no, me parece que fué sólo un segundo, brevísimo, que se estiró y se hizo muy largo, gracias a aquel misterio milagroso de sentir fija y tenaz sobre mi boca, la boca alejada de Gabriel, mientras sentía apenas rozando en mis oídos, el contacto cercano de su voz, que me besaba, y me besaba el alma al repetir suavemente con tristísimo consuelo de despedida: ¡Nunca más!... ¡nunca más!

Hasta que al fin, yo no sé bien si debido a un ruido de pasos u otra causa cualquiera, me levanté bruscamente, y avergonzadísima por el beso recibido y avergonzadísima también por mis duras palabras, cubriéndome la cara con el pañuelo, sin querer mirar la cara de Gabriel, salí del comedor precipitadamente, me vine a este cuarto, me acosté en la cama, escondí de nuevo la cabeza entre las abolladuras de la almohada con la cabeza bien escondida fuí cesando de llorar, y poco a poco, a solas, sobre la almohada, comencé a sonreír... a sonreír... hasta que al fin acabé por reírme a carcajadas, burlándome de mí... sí... de mí misma, que un día, no hace aún mucho tiempo, poco antes de enfermarse tío Pancho, sintiéndome de humor filosófico, había escrito una mañana las opiniones más absurdas y ridículas acerca del beso.

¡Ah! el beso... el beso!... Y pensando y filosofando de nuevo sobre el beso, lenta, lentamente, comencé a pensar también en la boca de Gabriel, y me di cuenta, de que así, a dis-

tancia, yo no podía reproducir de ningún modo en el silencio de mi imaginación, la forma exacta de sus labios. Recordaba los dientes, y recordaba la risa, pero no podía recordar en absoluto el dibujo que tiene su boca, cuando su boca se encuentra completamente seria... Y fué tan inmensa la curiosidad, y tan grande la rabia que sentí de repente contra aquella insuficiencia de mi memoria y de mi imaginación, que me dije de pronto:

— ¡Pues voy a ir al cuarto de tío Pancho, a preguntar cualquier cosa, y así, al descuido, sin que Gabriel se dé cuenta, voy a fijarme bien!

Y levantándome de la cama me lavé los ojos, me peiné, me empolvé, me pinté, y cuando ya casi no quedaban rastros de los desperfectos ocasionados por el llanto, muy seria, muy dispuesta a sostener mi dignidad, y firmemente decidida a no dirigir más la palabra al traidor de Gabriel, me fuí a hacer la consabida indagación. Pero: ¡así son, Dios mío, estas casualidades de la vida!... Cuando más ajena iba, y cuando más descuidada me encontraba, al abrir de golpe la puerta que va del comedor al primer patio, como aquella puerta está toda vieja y desnivelada, tuve que abrirla como la abro siempre: de un empellón muy fuerte, y... ¿qué ocurrió entonces?... pues ocurrió ¡fatalidad de las cosas! ocurrió que Gabriel no se hallaba en el cuarto de tío Pancho como yo creía, sino que precisamente, venía caminando hacia el comedor, en sentido inverso al mío y al ir a atravesar la puerta desnivelada, llegó en el instante mismo en que yo la abría hacia fuera, en forma tan enérgica y tan brusca... y ¡es claro! la hoja al ceder de repente, le dió a Gabriel un golpe tan fuerte en la cabeza que toda la puerta se estremeció de arriba abajo con la violencia del choque, y yo, al igual de la puerta, me estremecí también, y lancé un grito agudo de sorpresa. Pero Gabriel no. Gabriel no dijo nada. Durante unos segundos permaneció frente a mí, inmóvil y mudo, sin hacer siquiera el ademán de llevarse la mano a la frente golpeada, y así, impasible, como si fuera la

estatua del estoicismo, y de la santa paciencia, acabó por quejarse con gran resignación :

— ¡Primero, con palabras! ¡ahora con obras!

Pero a mí, el chasco; y la casuadidad; y mi susto; y la cara de Gabriel, me resultó todo tan cómico, que sin contestar una palabra, cubriéndome la boca con la mano para que él no echase de ver que no podía ya más con el ataque de risa, me fuí andando aceleradamente hacia el cuarto de tío Pancho. Gabriel, en lugar de proseguir su camino, hacia el comedor en sentido inverso al mío, como era natural y como yo me figuraba que haría, no; imitando la conducta de los perros falderos que se vuelven con el amo, cuando lo tropiezan en su camino, se vino tras de mí al cuarto de tío Pancho sin que yo escuchara sus pasos, ni advirtiera en absoluto que me seguía.

Ya en el cuarto, para mayor complicación, ocurrió lo siguiente :

Desde que había dejado a Gabriel aporreado e inmóvil, junto a la puerta, yo venía haciendo esfuerzos inauditos para no reirme. Al entrar en la habitación creyéndome ya muy seria, por decir cualquier cosa, le pregunté a tía Clara con mi cara de risa :

— ¿No ha habido novedad, tía Clara?

Y la muy tonta de tía Clara, en lugar de contestar a mi pregunta, se me quedó mirando muy fijo y observó disgustadísima :

— Pero lo preguntas con una cara de pascuas, María Eugenia, como si preguntaras algo muy alegre. ¡Pues mira, yo no creo que tengamos motivo para reirnos hoy!

Con semejante reprimenda a mí me entró mucha más risa. Para esconderla bien, me volví bruscamente, de espaldas a tía Clara, y por segunda vez, me encontré inopinadamente con Gabriel, que detrás de mí, escondido también de tía Clara, se reía, y se reía en silencio, con aquella risa suya que le encanta a

Gregoria. Y yo, al encontrarme de repente con su risa, tal y como si fuera la mía reflejada en su boca, sin saber lo que hacía, en silencio, y durante unos segundos, me reí con él de placer y de sorpresa, con toda la gran sorpresa de mi alma, que en la alegría de las risas, acababa de gritarme ahora, que a mí también, como a Gregoria, ¡ah! sí, lo mismo que a Gregoria, y muchísimo más que a Gregoria, esa risa de Gabriel a mí también... a mí también me encanta!... Ah! sí, esa risa de Gabriel, es tanto lo que a mí me gusta, Dios mío, y es tanto lo que a mí me gusta, y es tanto lo que a mí me encanta, y es tanto lo que me deslumbra la imaginación, que me enturbia su espejo, apaga en ella toda luz de memoria, y no la deja nunca reproducir a solas el dibujo que tienen sus labios, cuando sus labios permanecen serios y callados.

Con la risa de Gabriel fija en mi mente, me salí del cuarto, me vine a encerrar aquí, me puse a escribir, y ya no he vuelto a saber más de él, ni quiero tampoco... no... ¡no!... ¡no quiero saber más de él!

Pero también ahora, lo mismo que en la tarde, y lo mismo que siempre, lejos de él, en el silencio de esta noche, y en el silencio frío de esta habitación solitaria, con mis ojos cerrados, y mi pluma agarrada entre los dedos, y mi suave papel bajo las manos, cesando de escribir he querido muchas veces contemplar un segundo dibujada en mi mente, la boca seria de Gabriel pero ni antes, ni ahora, ni nunca, en el silencio de mis ojos cerrados ella no quiere, no, no quiere florecer, sino con el divino florecimiento de su risa... ¡Ah!... ¿cómo son Dios mío?.. ¿cómo son los labios serios, de la boca seria y callada de Gabriel?...

Pero si en el silencio de mis ojos cerrados los labios de Gabriel no se ven nunca, en el silencio de mi boca cerrada, hace ya varias horas que los labios de Gabriel están siempre... siempre... siempre... tal y como los sentí un instante, allá en el comedor entre seis y seis y media de la tarde... ¡Sí!... los

labios de Gabriel no pueden surgir en el silencio de mi mente, porque se han quedado prendidos en el silencio de mi boca, y yo los siento en ella, fijos y ardientes, como se sienten las heridas, que nos dejan en la piel las quemaduras de las brasas de fuego. Y es en vano que, durante más de dos horas, mientras voy escribiendo, con la pluma agarrada entre los dedos, pase, y pase y repase por mi boca el dorso frío de mi mano, que quiere arrancar de mis labios, esos labios encendidos de Gabriel que ya me dan horror, y ya me espantan... pero sus labios, por más que hagan mis manos, no se van de mi boca... están fijos, y fijos, y fijos en ella, como las cicatrices de las brasas, cuando se dibujan prendidas en la piel, y prendidas en la piel se hacen eternas!

CAPITULO VI

En la madrugada del sábado

Ya pasó la que debía pasar: tío Pancho ha muerto.

Su pobre cuerpo exhausto y dolorido se ha quedado quieto, y ya lo han encerrado entre las tablas negras del ataúd que lentamente, a la luz de los cirios, como una primavera lúgubre se ha cubierto de flores.

Hace algunos minutos, al mirar que lo encerraban, y al sentir en mis oídos el chirriar espantoso de aquel fuego macabro, donde deshacían el plomo que había de soldar la cubierta de zinc de su urna cineraria... al oír aquel chirriar macabro del fuego, no pude más, y durante un minuto feliz, me perdí en la dulce inconsciencia de los desvanecimientos. Me dieron un calmante, y me han traído aquí, para que descanse y duerma. Pero no duermo, no. Escribo, porque el escribir como el llorar me calma más que el sueño, y me calma mucho más que todos los calmantes.

Me desvanecí hace un momento, porque el chirriar del fuego junto al cuerpo inmóvil me despertó en lo más hondo del alma todo el terror antiguo de los sacrificios fanáticos, y porque en el estirarse y encogerse macabro de la llama, mis ojos, y mis

oídos, y mi cuerpo entero, evocaron de pronto el suplicio horrible de las carnes quemadas, de aquellas carnes quemadas en las cuales prendió sus hachones la fe de todas las creencias, y la luz de todas las religiones... Fué por eso... ¡sí! fué por eso que yo, viendo el bailotear de la llama junto a la indefensa quietud del cadáver, al mirar que iban a cubrirlo ya con el espejo de las láminas de zinc, con ese espejo de zinc que presencia a solas y a oscuras el festín de los gusanos en la carne, al mirar que iban a ponerle ya su lámina de zinc, me levanté precipitadamente de mi silla, y mirando por última vez la perfilada cabeza pálida, y tocando por última vez la perfilada cabeza fría, le pregunté... ¡no sé a quién!... le pregunté al misterio en un grito desesperado que se me ahogó de espanto:

— ¡Dios mío!... ¿y si estuviera vivo?

Sin saber de mí, apoyada en un sillón, tuve un desvanecimiento por el cual me han traído a descansar aquí.

Ahora recuerdo: me desvanecí además porque pensando en los suplicios antiguos y fanáticos, tuve por un instante el pavor de que el cuerpo inmóvil de tío Pancho, estuviese vivo todavía, pero al sentir en mis manos que estaba muerto y bien muerto, tuve envidia de su muerte real, y no sé por qué, ...no sé por qué me dije de repente, que junto al suplicio horrible de la llama y de la urna negra, yo no estaba muerta, sino que estaba viva ¡viva! como los supliciados antiguos...

No sé por qué vino el pensar en mí misma, siendo así que soy una persona llena de salud, que tiene voluntad propia, y tiene energía propia para vencer todos los obstáculos, y caminar derecho por la vida, como caminan todos aquellos que junto conmigo van caminando también, por este camino angosto de la vida.

Estoy un poco débil... un poco extenuada, estoy rendida de emociones... ¡y eso es todo!... Ya pasará, ya se irá eliminando este gran acopio de emociones... Lloraré a tío Pancho,

dejaré de verlo, me acostumbraré a su ausencia, y volveré... sí; volveré tranquilamente a la vida tranquila de todos los días...

La vida tranquila... ¡la vida tranquila! ¡Ah! no sé por qué digo: « la vida tranquila » y pienso en la tranquilidad blanca de los cementerios, y pienso en la tranquilidad horrible de los ataúdes bajo la tierra...

Ahora todo me parece negrura de urna, y desesperación de encierro soldado donde no pasa el aire. Este cuarto angosto tiene hoy para mí la estrechísima largura de las prisiones funerarias. Y es en vano que con la boca muy abierta, aspire el aire a grandes bocanadas, y me llene los pulmones hasta más no poder. El aire de aquí dentro me parece que no es aire, y quisiera abrir la puerta para llamarlo a gritos: « ¡Entra, aire del patio, entra! » ...Pero no puedo abrir la puerta, porque junto a la puerta, pegado a la puerta, está: ¡él! Sí; aquí mismo, a un metro de distancia, está Gabriel. En este momento, yo soy como el muerto encerrado en su tumba, y él es como el vivo desesperado, que llora del lado afuera de la tumba, y quiere resucitar a su muerto, con la fuerza infinita de su desesperación, como si la desesperación de los vivos a las puertas de las tumbas hubiera reanimado nunca el cuerpo inmóvil del que se ha dormido en ella.

Sí; Gabriel cree que duermo, y aquí mismo, pegado a la puerta, vela mi sueño con la desesperación horrible con que se vela el sueño de los muertos adorados. Sus pasos junto a la puerta se agitan y los conozco entre todos, y los reconocería entre mil, y los reconocería también entre miles de millones... Sus pasos para el cariño fiel de mis oídos, son lo mismo que su voz, y como su voz, ellos también me dicen palabras de amor, al resonar ansiosos contra el suelo, junto a mi puerta cerrada. Aquí... cerca de aquí, sobre la negra hilera de sillas que se ha tendido en el patio, hay muchos amigos de tío Pancho, que al tener noticias de su fallecimiento han venido a acompañarlo,

en esta última noche que él ha de pasar acostado en su casa. Oigo el cuchichear de las voces, oigo el caminar apagado de los pasos... ...pero en mis oídos, los pasos exasperados de Gabriel no se confunden con los otros. El cree que duermo y me vela desesperado y trágico muy pegado a esa puerta. Pero yo, encerrada aquí, durante muchas horas, me fingiré dormida, y para él, me quedaré dormida eternamente, porque acecharé el instante en que se ausente, y entonces, oculta y silenciosa, como una criminal, me iré de esta casa y me iré de su vista para siempre.

¡Sí, Gabriel! Estás aquí, aquí mismo, a unos pasos de mí, y tú que no puedes verme porque me oculta a tus ojos la muralla espesísima de esa puerta endeble, y yo que no puedo hablarte porque mi voz para ti va se ha quedado muda, yo que no puedo hablarte, aquí mismo te lo escribo sobre esta blanca hoja cuadrada, que tiene el tamaño y la blancura de esas pobres lápidas de mármol, que se pierden humildemente bajo la hierba de los cementerios... ¡Sí!... aquí lo escribo, que es como escribir yo misma mi epitafio:

« Ya tus ojos adorados no han de volver a verme, ni tus oídos adorados han de volver a oírme, no, Gabriel, después de lo que pasó ayer, mientras tío Pancho agonizaba... ¡Gabriel!... no es posible que vuelvas a ver a María Eugenia Alonso, porque aunque tú lo grites en tus besos, y aunque mi alma en un beso, le haya contestado a tu grito diciendo mil veces que sí, María Eugenia Alonso, no es tuya ni puede ser tuya, y tú, en tu hambre de amor, has de respetarla, como los hombres honrados y hambrientos respetan los tesoros, y respetan las riquezas que saciarían su hambre y que no les pertenecen! »

Cuando tío Pancho se haya marchado ya, entre el relucir de sus lujosos cristales, y tras el andar de los grandes caballos, empenachados de negro, yo también he de salirme escondida, y escondida me iré a la casa de Abuelita sin que Gabriel me vea. No quiero tampoco que mis ojos le miren ni de

cerca ni de lejos, porque mi boca y mis ojos que ya no son míos, se van siempre detrás de él. Al sentirlo se van, se van en su seguimiento, con la sumisión y la alegría de los canes desatados que por un instante se han quedado libres de lazos y cadenas. El los azuza desde lejos y como el timbre de su voz los exalta y los domina, esta boca y estos ojos que ya no son míos, rompen toda cadena, y al escuchar que los llama, como canes desatados, se van corriendo tras él, sin hacer caso de mí...

. . . .

¡Ah!... ¡esa mañana de ayer!... ¡Ah! lo que pasó ayer, ¡tanta revelación de dicha, con tanta revelación de horror... ¿pero cómo pudieron caber juntas en el solo relámpago de un beso?... Ayer... ¡Ayer! ¡qué violento chispazo de vida para alumbrar siempre esta eterna tiniebla de muerte!...

A los ocho de la mañana, cuando yo estaba sumergida en la paz de un sueño profundo, tía Clara que no se había ido a misa, vino al cuarto en donde yo dormía, dió con sus nudillos en la puerta, y me despertó diciendo :

— ¡Levántate ya, María Eugenia, que Pancho se ha puesto muy mal!

Un momento después cuando ya vestida, pálida e inquieta, entré al cuarto de tío Pancho, miré con avidez sobre la cama y vi entonces con horror, cómo allí, tendida en la cama inmóvil y blanca, encima del colchón, bajo las sábanas, y arriba hundiendo las almohadas, la muerte se había acostado ya sobre el cuerpo de tío Pancho.

Gabriel, solo en el cuarto, de pie junto a la cabecera, le tenía tomado el pulso, y miraba tristemente la cabeza atormentada y buena de Cristo moribundo, por entre cuya boca aleteaba dulcemente la agonía.

Al verle así, toda acongojada y nerviosa, me acerqué a la cama junto a Gabriel, tomé entre las mías una de las pobres

manos que caía desmayada sobre el colchón, y al sentir que estaba helada, ...helada, y húmeda y dura, como las manos ya muertas, estremecida de espanto, faltando a mi resolución, sin pensar en el disguto de la tarde anterior, hablé de nuevo a Gabriel al preguntarle ansiosa más con mi susto que con mis labios :

— Y esto... ¿qué será esto. Gabriel?

El, muy triste, y muy quedo, contestó diciendo lo que yo demasiado sabía :

— Esto es que ahora... ¡ya se va!

Y ¡cosa extraña! Yo que lo sabía muy bien, yo, que desde hace una semana, convencida y segura, esperaba con resignación la llegada de esta muerte; yo que acababa de verla ahora con mis ojos y frente a frente, yo que acababa de sentir su contacto helado bajo el ansia de mis manos, al oír que Gabriel la anunciaba con su voz, sentí un terror inmenso que me enfrió todo el cuerpo, y temblorosa, en una interrogación donde se retorcía este dolor de las separaciones eternas, y en donde también, con exaltada amargura, se asomó sinceramente, todo, todo mi secreto desamparo, sin saber lo que decía pregunté :

— ¿Y ahora, Gabriel, ahora Dios mío, ahora sin él que tanto me quería qué va a ser de este horror de mi vida tan sola y tan desamparada?

Y como aquella voz mía, voz de desolación y de sinceridad, era la misma de los que piden amparo, Gabriel, suave y condolido, junto a la agonía de tío Pancho, me amparó entre sus brazos misericordiosos, y dijo con el más convencido de los apasionamientos :

— ¡No se quedará sola, María Eugenia. ni se quedará desamparada, porque se quedará conmigo que la adoro como nadie ha adorado nunca a nadie sobre la tierra!

Y en tan hondo desconsuelo, Gabriel supo poner dentro de sus palabras tal consuelo de unión, y tanta fraternidad, y tanta

energía de amor, y puso tanta ternura de protección, que yo, sintiendo junto a él la causa común de los que unidos se equilibran la existencia, en mi gran debilidad de desamparo, olvidé las distancias sagradas que separan las vidas, y desmayé por un instante mi cabeza sobre el cariño de su hombro... Y después... sí, sí... un instante después, cuando por segunda vez, como la víspera en el comedor, tuve el contacto divino de sus labios sobre los míos... ¡sí!... cuando por segunda vez en mi vida, tuve sobre los míos la delicia de sus labios... ¡ah! lo que sentí!... ...Sentí, una ola de consolación que me fué cubriendo, cubriendo toda entera, y que al detenerse de pronto en mi boca, besó también apasionadamente, la boca misericordiosa de Gabriel.

Y fué entonces... ¡ah! sí... creo que debió ser entonces, en el espacio brevísimo que duró mi beso, cuando miré cruzar con la rapidez violentísima de los relámpagos, esa dicha infinita y ya imposible para mí, que es el verdadero amor sobre la tierra... Y al mirarla así tan cercana y tan imposible, su luz deslumbradora como la luz mortal de los rayos, me iluminó vivamente en un segundo, toda, todita la negrura de estas tinieblas que me rodean ahora, y que habrán de rodearme ya para siempre... ...¡siempre!... Pero también fué esa luz vivísima la que trágicamente me iluminó a mí misma, cuando en un chispazo muy claro, vi de pronto y con horror, el horror de lo que estaba haciendo mi boca, junto al cuerpo agonizante de tío Pancho. Entonces impulsada por la propia fuerza de mi horror, logré desatarme de aquellos brazos consoladores de Gabriel, que me oprimían y me oprimían con infinita y dulcísima fraternidad de amor...

Un instante después, cuando libre completamente de sus brazos, con el espanto de mis ojos abiertos, busqué y hallé abiertos frente a nosotros, los ojos vidriados y fijos de tío Pancho, me pareció que allí, sobre aquella inmovilidad tétrica, se estaba reflejando toda la imposibilidad de nuestro amor,

como se refleja el cielo sobre las ciénegas turbias donde se baña la muerte. Y acrecentado mi horror más y más ante la fijeza de los ojos vidriados, volví por fin a la plena normalidad de mi criterio, y con mi mano derecha muy trémula y muy crispada, aparté nerviosamente a Gabriel de junto a mí y enseñándole con la vista el cuerpo de Cristo moribundo, dije, ahogando mis palabras, en el terror de mis sollozos :

— ¡Gabriel, por Dios!... ¡Que estamos profanando la muerte... y que estamos profanando a Cristo!...

Y por segunda vez, como la víspera en el comedor, también ahora cayendo de rodillas a los pies del lecho mortuorio, apoyé de golpe mis brazos entrelazados sobre la cubierta de la cama, enterré en ellos mi cabeza horrorizada y comencé a llorar profundamente...

Gabriel como un loco en trance de locura furiosa, arrodillándose también cerca de mí, junto a los pies ya helados de tío Pancho, me habló, mucho rato sin parar, en voz rápida y bajísima con infinito frenesí, y en aquel frenesí de locura y de amor, al rogarme por Dios que no llorara, recuerdo que me dijo :

— ¡Que eres mía, María Eugenia de mi alma y que has de ser siempre mía, porque yo te adoro y tú me quieres, sí, me quieres! ¡me quieres! ¡me lo acabas de decir en la elocuencia de tu beso!... sí María Eugenia, porque sólo así, así, solamente en lenguaje de besos, se confiesan estos amores altísimos que no pueden decirse con palabras, porque el mundo, en su imbecilidad criminal, no lo permite. Pero nosotros dos, nosotros que nos adoramos por encima de todo, despreciaremos el mundo, y despreciaremos los convencionalismos, y despreciaremos las leyes, y despreciaremos todo, todo, todo, cuanto se nos atraviese en el camino, porque nuestro amor es más grande, y más fuerte, y más respetable que ellos... ...Sí... ¡Sí!... María Eugenia, mira, aquí mismo los dos, cerquita y de rodillas, como los que se casan en la iglesia, nos estamos casando ahora ante

nosotros mismos, junto a este cuerpo de Cristo agonizante, que nos bendice en nuestro amor inmenso, y que siendo la imagen de Cristo agonizante: ¡míralo!... ¡ ¡míralo! !... es también el cuerpo agonizante de Pancho, que, como un Padre, nos ha reunido para bendecirnos juntos en la hora suprema de su muerte!...

Pero yo, a través de mis sollozos profundos, horrorizada al oír tanta dicha imposible dentro de tantísima profanación, lo callaba diciendo:

— ¡Gabriel!... ¡Que eso es un sacrilegio que no puede ser!... ¡Que estamos profanando la muerte!... ¡Que estamos profanando a Cristo!...

Gabriel, sin oírme, desesperado y dulcísimo seguía hablandome, y hablándome, con aquel tuteo de pasión que me embriagaba y me quemaba de amor los oídos, como los besos me había [illegible]nado la boca... sí, ¡la boca! la boca para siempre encendida y callada de besos, que ahora enterrada en la cama no podía sino repetir con sollozos .

— ¡No puede ser!... ¡No puede ser!

Al fin, cansado de tanto argumentarles a mis oídos, viendo que mi lengua le negaba todo, Gabriel rendido de amor y de cansancio, se dió a implorarme humildemente, con la imploración perseverante de las letanías, y allí, a mi lado, de rodillas, como si estuviera rezando por tío Pancho la letanía de los agonizantes, sólo, repitió por mucho tiempo sin tregua y sin cesar:

— ¡Dime que serás mía, María Eugenia de mi alma!... ¡dime que serás mía!... ¡dime que serás mía! ...¡dime que serás mía! ...¡ dime que serás mía!

Y así, cuando más unidos en desesperación nos hallábamos Gabriel y yo, él con la desesperación habladora de sus palabras, y yo con la desesperación callada de mis lágrimas, lentamente una tras otra, con gran unción y tristeza, fueron entrando en el cuarto: primero tía Clara, luego la enfermera, y por últi-

mo Gregoria, que, llorosa, caminando muy despacio, guareciéndose del aire, traía encerrada dentro de la piedad de sus manos negras, la blanca vela del alma, ya encendida y palpitante, como el suave palpitar de aquella vida, que se iba apagando, poco a poco, de entre los labios exangües.

Como Gabriel y yo, ellas también, piadosamente, fueron quedando de rodillas alrededor de la cama. tía Clara que se había arrodillado junto a la cabecera, muy cerca de la almohada, sosteniendo en su mano izquierda la mística vela del alma, y en la derecha un novenario abierto tan usado y tan marchito como sus propis manos, con la misma voz ferviente, monótona y perseverante con que me había implorado Gabriel, ella también comenzó a repetir, y a hacernos repetir en coro las dolientes y tristísimas imploraciones de las Siete Palabras.

Con mi cara escondida y bañada de lágrimas, al ritmo melodioso y funerario que marcaba tía Clara, durante un largo rato, en la oscuridad de mis ojos cerrados, repetí y repetí, intensamente, con palabras y con todas las fibras de mi cuerpo, la dulce música lenta de las Siete Palabras.

Después, cansada de llorar, desenterré poco a poco la cabeza enterrada entre mis brazos, y frente a mí, con mis ojos turbios de lágrimas, consideré de nuevo la luz mortecina de los ojos vidriados, y con la luz vivísima de los míos, me di a preguntarles desesperadamente, si ellos, en el misterio de su espejo, le habrían mostrado al alma viajera de tío Pancho aquel beso de profanación que yo acababa de prodigar junto a su muerte... y mirándoles, mirándoles, inmóviles, y fríos, a través del espejo misterioso, acabé por conversar también con el alma viajera, y me despedí de ella diciéndole desde lejos, y con solo mi vista palpitante de lágrimas: « Tío Pancho, Papá, a su muerte, me dejó en herencia la pobreza y la servidumbre... pero tú, tío Pancho, ¡tío Pancho!... ¿qué herencia trágica y terrible vas a dejarme tú?... »

Y como ahora mi voz, en el dolor monótono del coro, estaba repitiendo ya junto a la voz hermana de Gabriel « — ¡ Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor!.. ¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor!... » fundí en una misma sed abrasadora lo irremediable de la muerte, con lo irremediable de mi infinito amor, y vencida, en brazos de la amargura, anhelando ya tan sólo probar el agua que se bebe más allá de la tumba, al lado de Gabriel a quien ya no podía volver a hablar más nunca, seguí repitiendo: « — ¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor! Sed tengo, mi Dios... »

¡Ah!... pero aquella sed de amor que me hacía anhelar el agua de ultratumba, aquella sed de amor junto a Gabriel y junto al lecho mortuorio de tío Pancho, no era la sed de Dios en los labios resecos de los agonizantes, no, no, no, ...¡no es verdad!... era sólo mi sed de amor, mi sed mortal de amor, que ya estaba empezando a proclamar mi voz, como después y desde entonces, hace más de veinte horas, junto al cadáver helado de tío Pancho, me la ha estado proclamando a gritos mi cuerpo entero.

¡Ah! pero mi cuerpo se ha de morir de sed, ...porque mis ojos... sí, ...mis ojos vivos, ...¡lo juro ante esa puerta, detrás de la cual sus pasos de amor, me están diciendo palabras de amor!.. mis ojos vivos, no han de mirar ya nunca, nunca más la persona adorada de Gabriel!...

¡No!... ¡no pueden mirarle más, porque estos ojos que ya no son míos, al sentirle, se van en su seguimiento, como canes desatados, y tengo miedo, sí, tengo muchísimo miedo, que al mirarle de nuevo, mis ojos que le obedecen y le siguen, tan alegres y sumisos, se lleven también con ellos en alas de su alegría, mi cuerpo entero que se abrasa y se consume en su gran sed de amor...

Y esto de que mi cuerpo pueda marcharse tras de Gabriel en alas de sumisión y de alegría, lo sentí ayer durante el segundo

delicioso e infinito que duró mi beso, y sobre todo, fué luego, algunas horas después cuando mejor lo comprendí.

Sería a cosa de la media tarde. Tío Pancho se había dormido ya en su sueño de yeso, bajo las sábanas blancas y bajo el pañuelo blanco que dibujaba en nieve la finura del rostro. Desde el idilio del beso en el drama de la agonía, no había vuelto a hablar con Gabriel, ni me había atrevido a mirarle más, ni de cerca, ni de lejos. Los últimos cuidados que se dispensan a los muertos, y luego, la llegada de los primeros amigos que acudían a acompañarnos, fueron circunstancias que necesariamente me tuvieron alejada de él. Después, establecida la normalidad, vinieron aquellas horas calladas y lentas, durante las cuales, vestida de negro; sentada a la cabecera mortuoria, encandilada por la luz de dos cirios que frente a la cama, sobre un altar improvisado, velaban el cadáver y alumbraban un Cristo de madera atormentado en su cruz, embriagada por el perfume plañidero de los nardos que poco a poco habían ido blanqueando en las coronas fúnebres, presidiendo el duelo cerca de tía Clara, silenciosa, sin saber de nada ni de nadie, me quedé junto a la fría blancura inmóvil, contemplativa, dolorosa... Me parecía que al igual de tío Pancho, mi alma también se había quedado muerta, y que también se hallaba tendida ahora dentro de mi cuerpo quieto como dentro de su encendida capilla ardiente.

De pronto alguien vino a sacarme de mi quetud de esfinge al anunciarme que había llegado un telegrama, y que se reclamaba mi firma para entregarlo. A la voz apagada del anuncio, me levanté de la cabecera mortuoria, salí de la estancia, me dirigí al comedor, y allí encontré a Gabriel que sin decir palabra me tendía el sobre cerrado de un telegrama urgente y dirigido a mí. Firmé primero el recibo, rasgué después el sobre con mis manos temblorosas; y mientras firmaba el recibo, y rasgaba el sobre, Gabriel, cuyos ojos como los ojos del águila, lo ven y lo acechan todo desde una gran distancia, Gabriel, que es el

águila triunfadora de alas abiertas, que me persigue y me acecha desde sus alturas de cielo, Gabriel, este Gabriel que llevo fijo dentro de mí, y que en este mismo instante mientras escribo, me llama y me llama con la voz de sus pasos, aquí mismo, tras de mi puerta cerrada, como en trance de extenuación y de amor llamó en la noche, el dulcísimo Esposo rendido del Cantar de los Cantares: Gabriel, este Gabriel tan mío, este Gabriel que es ya un pedazo cortado en lo más vivo de mi alma sangrienta y mutilada, mientras yo iba firmando y rasgando el sobre, se acercó mucho a mí, y para que ninguno de los presentes pudiera enterarse de nada, en voz bajísima me dijo con su cara de amor y de dominio:

— María Eugenia, ese telegrama es de ese hombre, a quien tú no quieres, a quien no has querido nunca, y a quien no puedes pertenecer ya, porque me quieres y me perteneces: ¡a mí!... Y por eso de que tú me quieres, ya eres mía... ¡mía!.. óyelo bien... y porque eres mía te defenderé contra él, y contra el mundo entero, desesperadamente, y hasta la muerte, ¡como todo hombre que es hombre de veras defiende y pelea lo que es suyo!... Y tú, no le tengas miedo a ninguno... ¡ten confianza en mí!... María Eugenia, María Eugenia mía... ¡óyeme!... ¡mira que en estos momentos estamos jugando los dos la felicidad de nuestra vida entera!...

Y mientras así decía en su aparente calma, la persona toda de Gabriel despedía tal fuerza de atracción y de dominio que yo, como una pobre paloma fascinada de muerte, sólo sentía un deseo vehemente y misterioso de que las garras del águila me arrancasen de encima de este yermo donde vivo, y me llevasen en ellas al vértigo de las alturas, por los aires, por las nubes, por los picachos inaccesibles... ¡yo no sé donde!... aunque sólo fuese para luego desgarrarme y atormentarme, y devorarme cruel en un festín sangriento.

Porque no podía mentir a mi deseo, y porque tampoco pude

ocultar la fuerza de tan gran fascinación, contesté diciendo, suave y rendida, con la vista baja, en entera derrota :

— Sí... Gabriel... sí... hemos de hablar a solas esta noche... luego... cuando tío Pancho esté ya dentro de su urna... pero ahora no, Gabriel!... ¡ahora todavía no!...

Gabriel, que miró al punto sobre el espejo de mi rostro y el espejo de mi voz todo aquel suave placer de debilidad y rendimiento, tomó el vacilar de mis palabras como una aceptación a yo no sé qué proyecto espantoso y divino que quiere proponerme, al cual se encuentra él ya decidido en cuerpo y alma, y el cual a mí, sin conocerlo y sin haberlo escuchado todavía, me pone a temblar así, como estoy temblando ahora... ¡de miedo y de alegría! Y es por eso... por eso... porque me lo quiere decir es por lo que él me asedia ahora como un loco aquí mismo, muy cerquita, a dos metros apenas de distancia... y porque no quiero oirlo, ni quiero que me lo diga jamás, me fingiré dormida mucho tiempo, dejaré cerrada mi puerta como la puerta cerrada de la Esposa en el Cantar de los Cantares, y solamente la abriré cuando oculta y silenciosa pueda escaparme a toda prisa de esta casa... Sí, me escaparé en el día con la prisa y el miedo con que se escapa el criminal de la casa del crimen... ¡Ah! pero el muerto, la víctima de este crimen nefando, la llevaré siempre tendida en la esfinge misteriosa de mi cuerpo, que habrá de ser su sepultura y su blanco mausoleo!...

Como decía: al hablarme Gabriel, le contesté muy emocionada desdoblando trémula el telegrama, y él, sin oirme bien, en su gran vehemencia, lo dió todo por aceptado de antemano.

¡Aceptado!... ¡ah!... « aceptado » ¡Dos mío! que palabra deliciosa y terrible que me espanta sólo el escribir... « ¡aceptado!... » Gabriel, que de antemano consideró aceptado ese proyecto que no conozco y que no he de oirle nunca, me dijo dulcísimo :

— ¡Gracias mi vida! Gracias dos veces: gracias por mi

inmensa felicidad, y gracias por la felicidad tuya que para mí es mucho más querida y muchísimo más sagrada que la mía!

Cuando por fin abrí el telegrama, en el bailotear de las palabras, sobre el temblor del papel tendido ante mis ojos y entre mis dos manos, leí en efecto :

« Acabo de saber gravedad de tu tío. Pasado mañana en la tarde estaré contigo.

Leal. »

La lectura del telegrama, y la del nombre que lo firmaba me nubló un instante los ojos. Sentí pasar sobre mí la ráfaga voluptuosa de los castigos cruentos, algo así como el chasquear del látigo en el aire, cerca de las espaldas ya desnudas para el azote, y a su conjuro, en el fondo inconsciente de mi alma, se levantó más fuerte que nunca mi gran terror a Gabriel...

Arrancándome inmediatamente del dominio de sus ojos que me veían, y del dominio de sus labios que me interrogaban con amor imperioso, sin mirarle, sin oirle, contestando a locas, sin saber lo que decía, murmuré aterrada:

— Luego, Gabriel... luego, luego, luego, a la noche, sí, ¡después hablaremos!

Y me salí del comedor, atravesé nerviosamente por el patio, entré en la estancia mortuoria, me senté de nuevo junto a la cabecera frente a la luz de los cirios, y con el telegrama arrugado entre las manos, durante muchas horas, volví a quedarme en mi actitud de esfinge, inmóvil, contemplativa, dolorosa... El terror del telegrama arrugado entre mis dedos, se exhalaba del papel, se me subía por los brazos, y como las ondulaciones en la superficie de un estanque, me corría en estremecimientos sobre la piel del cuerpo entero... y fué entonces, en el temblor de mi piel junto a la cabecera de nieve, entre perfume de nardos, y chisporrotear de velas, cuando comprendí toda la fuerza de atracción y de dominio que sobre mi cuerpo entero ejerce el cuerpo imantado de Gabriel... Al contemplar de nuevo tan gran atracción de abismo, seguí mucho, muchísimo rato, estre-

mecida de espanto y de placer, hasta que lentamente volví a la realidad de las cosas, sentí esfumarse en la más inaccesible de las lejanías este cielo infinito de mi amor vedado; y mirando la faz inmóvil bajo el pañuelo blanco, sangrando lágrimas mis ojos, con la negra desesperación de los encarcelados a perpetuidad, como el mártir que voluntariamente, por respeto a una idea, entrega su cuerpo a los suplicios, juré solemnemente que mis ojos no volverían a ver jamás la persona adorada de Gabriel.

Por eso ahora, cerca de aquí, junto a mi puerta cerrada, mientras escribo con tinta de sangre, oigo entre lágrimas sus pasos de amor, que me llaman, y me llaman, y me llamarán en vano la noche entera, como en la noche voluptuosa y perdida, junta a la cerrada puerta, destilando miel, llamó, y llamó inútilmente la voz extenuada del Esposo en el amor sublime del Cantar de los Cantares...

CAPITULO VII

El mismo sábado a las doce de la noche

¡Por fin! ¡Por fin! ¡Mis alas de volar ya me han crecido! ¡Me voy! Me voy, volando en ellas hacia ti, Amor, Sol de la vida! ¡me voy volando en ellas hacia ti!... ¡Ya voy! ¡ya voy! ¡espérame confiado, que ya voy!

Sí; ya puedo irme tranquila, porque aquí, en la casa respetable de Abuelita, en la intimidad familiar de mi cuarto cerrado, junto al altar de mi ventana de par en par abierta, apoyados los codos en mi mesa, y apoyada la cabeza triunfante sobre los diez marfiles de mis dedos piadosamente enlazados, frente a la pompa del cielo presidido por la Luna, mi Regia Madrina de bodas, bajo el incienso nupcial que litúrgicamente inciensan los naranjos con los mil incensarios cándidos de sus azahares, en la solemnidad de esta noche callada, y en presencia de la enjoyada muchedumbre de estrellas, he celebrado ya mis blancos desposorios. Ahora, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis, yo también, en el templo de este silencio augusto, trémula de ansiedad, velaré toda la noche, esperando el glorioso amanecer de mañana que ha de ser el primer día de mi fiesta de amor.

¡ Por fin por fin, mis alas de volar ya me crecieron !

Juntas me están aleteando las dos, impacientes y abiertas sobre la impaciencia de mi cuerpo, triunfante de belleza, triunfante de amor, y triunfante de orgullo, bajo el orgullo de sus alas abiertas!

Me he vestido de blanco para mi Fiesta de Bodas, pero mis alas que son transparentes y gloriosas, se han vestido con todos los colores de la luz... Gracias a ellas, gracias a sus tejidos de ensueño, al amanecer mañana, como las líricas mariposillas que dejan alegremente el calor de su capullo, y el rico tesoro de su madeja de seda, yo también, mañana, como las líricas mariposillas, al amanecer dejaré el calor de esta casa vieja y buena, dejaré el tesoro de mi nombre limpio, dejaré la seda pura de mi reputacion social y porque ya me salieron las alas, sobre el milagro de mis élitros tendidos en el aire, al blanquear la alborada, me iré volando con un solo golpe de alas, hacia el Sol, hacia la Luz, hacia la Madre Naturaleza, que me espera en su jardín cerrado, en donde ella ha pintado para mí las flores encendidas y olorosas de todas las alegrías.

¡Ya estoy libre! ¡Las horribles cadenas que me tenían amarrada sobre la tierra, y que me obligaban a caminar lentamente, arrastrándome por ella, como los pobres gusanillos que no han de ser nunca mariposas, se rompieron misteriosamente en mil pedazos, al apuntarme las alas: ¡Ya estoy libre!

Me voy, Cielo protector, tú que atento y tutelar, sobre la tristeza cuadrada de este patio, en mis ratos de angustia, desde lejos, me brindaste siempre maternalmente el amor azul de tu regazo todo bordado de joyas; me voy, Luna, Luna confidente, mi blanca Madrina, mi generosa Reina, que en las heladas de miseria y decepción me arropaste siempre con un pedazo de tu manto real hecho de armiño de tisú de plata: me voy, Estrellas de la noche, brillantes estrellitas bailarinas, que alegremente. en la alegría de vuestros alegres guiños, me enseñasteis a burlarme y a reirme de las noches oscuras de mi tedio; me

voy. Reja de mi ventana abierta. Reja guardiana, carcelera campasiva y redentora, que en los días negrísimos de mi prisión, por la misericordia de tus barrotes eternamente crucificados, me dejaste ver a todas horas la esperanza infinita del cielo ; me voy Muñeca-lamparilla de mi escritorio, compañera luminosa, amiga íntima, rosa y verde profesora de coquetería, que con tu falda esponjada y tu desmayo fingido y tu luz misteriosa, me contabas diariamente las frívolas delicias que se esconden en el amor y en el lujo; me voy, Naranjos, Naranjos amigos, galanes galantes y enamorados, que de noche y de día, siempre verdeando esperanza, os estuvisteis de pie junto a mi reja; me voy, Azahares de mis naranjos, hermanitos de leche, piadosos enfermerillos sabios, que aliviasteis tantas veces el ardor de mis heridas con el ungüento de vuestro perfume y el algodón de vuestros pétalos blancos; cándidos azahares virginales, pebeterillos que en el templo del silencio estáis aromando aún mi ceremonia nupcial ¡me voy! Dulces compañeros de mi cautiverio, oficiantes e invitados a mis Bodas; apiñada muchedumbre de estrellas : ¡ adiós todos, porque me voy, me voy por fin mañana a reinar eternamente en la gran esplendidez de mi fiesta de alegría!

Sí; amigos todos, me voy, porque el Amor, transponiendo montañas y collados, ha llegado milagrosamente hasta mí, me ha despertado de mi sueño con un beso en los ojos, me ha prendido sobre los hombros estas dos alas de luz y me quiere de Reina allá, en su reinado altísimo y glorioso. He celebrado ya mis bodas, y ahora, mientras velo en el misterio de la noche, comienzo a presentir la bulla de la Fiesta por el advenimiento de mi reinado altísimo... ¡Ya la escucho, ya la escucho toda... ¡Y cómo va creciendro en armonías!...

... Escucho el tintineo de los cascabeles sobre los arneses que frotan y lustran los lacayos; escucho la voz venerable de las campanas grandes; escucho las mil voces infantiles de los carrillones dando vueltas y vueltas en corros de locura; escucho el

rasguear y el tronar de la lluvia de estrellas en el collar de los fuegos de artificio; escucho el piafar impaciente de los caballos enjaezados de blanco; escucho el deslizarse majestuoso de mi carroza de nácar; y terrible, por encima de todo, escucho el alarido de la multitud frenética ante lo inusitado de un cortejo, que sin tocar la tierra, pasea libre y sobre alas la pompa de su regio esplendor...

Y si ahora mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque mis ojos secaron ya todo el raudal de sus lágrimas, llorando y llorando a la muerte sobre el yermo de la espera. Y si mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque los ojos encendidos de las Vírgenes Prudentes, temerosas de que se apaguen sus llamas para la noche de amor, sólo lloran el hogar perdido, y sólo lloran la virginidad perdida, con lágrimas de azahares, y con los trémulos sollozos de sus velos transparentes.

¡Brillante concurrencia de mis Nupcias, piadosos compañeros de mi cautiverio, y vosotros mis blancos hermanitos de leche, llorad, llorad todos por mí que no quiero apagar mis ojos con las aguas del llanto, porque son las dos lámparas, con que mañana he de encender al Amado la luz de la alegría, en la mística noche de mi Fiesta de Amor...

Lucida concurrencia de mis Nupcias : ¡ mientras velo llorad, llorad, llorad, todos por mí!...

. . . .

En este propio momento, desde lejos, con su voz religiosa de almuecín, mi vieja amiga la torre de la catedral, me ha cantado la una...

¡Ya he pasado una hora en el ritual de mi vela! Ya he vivido una hora en este día sacrosanto de mi resurrección! Ahora, mientras continúa mi vigilia, quiero meditar devotamente sobre todos los pasos que he caminado ya en el calvario cruento de mi redención...

...Me parece, que aquí, junto a mis oídos, escucho todavía aquel suave murmullo, que ayer al comenzar la mañana, comenzó también a bullir y a agitarse allá, en la pobre casita triste, llena de flores y de sillas negras. Era el entierro de tío Pancho que se movía suavemente. Lo sentí agitarse cerrada en la tumba de aquel cuarto angosto. Poco a poco el negro revolotear fué creciendo en apagada bulla, creció, creció en suave cuchicheo, y por fin cargado con su carga se fué piadosamente camino del cementerio...

Gabriel también se fué tras el entierro por el mismo camino...

Escuché la despedida amorosa, que junto a mi puerta me tejieron sus pasos en el suelo. Cuando se apagaron todos los pasos, y se apagó al rumor lejano de los coches rodando por la calle, sentí abrirse horriblemente sobre el dolor de mi piel, la tumba fresca de mis dos muertos, y ya, huérfana y libre, envuelta en una capa, a hurtadillas, abrí la puerta, salí del cuarto cerrado, y sin advertir a tía Clara ni despedirme de nadie, tomé un coche que pasaba par la calle, y, ocultando mi fuga, me vine al presidio de esta casa virtuosa y severa.

Al entrar, frente a la puerta, junto al arroyo de palmas y de helechos, sentada en su sillón de mimbres encontré a Abuelita... Ella, mirándome aparecer inopidamente, tan temprano se sorprendió, y yo, por mi lado, viéndola a ella, me sorprendí también con una sacudida dolorosa. En el cansancio mortal de su fisonomía, en aquel cansancio de muerte por el cual tía Clara había llorado copiosamente dos días antes, me pareció ver reflejada como en un espejo la misma agonía que a mí me mataba el alma. Y fué la propia boca de Abuelita la que expresó mi pensamiento, cuando en medio de su sorpresa, queriendo describirme su impresión, se describió ella misma:

— ¡Qué desencajada estás, María Eugenia, hija mía, qué desencajada estás! ¡No pareces ni tu sombra, pobrecita, cómo te habrás desvelado y cuánto habrás sufrido para quebrantarte

así... Pero ahora, que ya se acabó todo, vete a descansar, mi hija, vete, vete, a descansar tranquila...

Y mientras así decía, Abuelita me abrazaba llorando dulcemente por la muerte de tío Pancho. Yo también la abracé en silencio, pero sin derramar una lágrima. Luego, siguiendo su consejo, automáticamente me vine aquí a mi cuarto; automáticamente, también, abrí esa puerta, y cuando abrí esa puerta... ¡ah! cuando abrí esa puerta, todos los objetos familiares aquí presentes, todos, todos estos amigos íntimos que me quieren de veras, al mirarme regresar tan pálida, y tan pobre, levantando los brazos me gritaron a una:

— ¡Habiendo tenido el universo entero entre las manos, te nos vienes sin nada, María Eugenia!...

Y yo, horrorizada, por no verles gritar mi enorme crimen de amor, cerré la luz del postigo, cerré los ojos, me acosté en la cama, y lloré de desesperación las lágrimas más amargas y más hondas que en los paroxismos del sacrificio hayan podido llorar nunca ojos humanos.

Y sin dormir, en mi desesperación llorando, y llorando esperé muchas horas.

Primero fué la llegada de tía Clara. Al oír a lo lejos el timbre de su voz que hablaba con Abuelita, corrí donde se hallaba. Ella, mirándome entrar, cortó sus comentarios y me reprochó:

— ¡ Pero qué conducta la tuya, María Eugenia ! Me has dejado avergonzada. Ni me advertiste que te venías, ni te despediste de nadie, ni siquiera de Gabriel Olmedo a quien tantos favores debemos... Cuando regresó del cementerio y me preguntó por ti... francamente, no supe qué decirle. ¡ Ni siquiera le diste las gracias, María Eugenia! ¡ni las gracias!

Y emprendiendo otra vez sus interrumpidos comentarios, tía Clara empezó a encomiar la conducta de Gabriel. Pero yo, en plena ansiedad mortal, con la propia voz de mi decaimiento, la interrogué muy débil :

— ¿Y qué fué lo que te dijo, tía Clara?

Y como tía Clara sin atenderme siguiese en su letanía de elogios, yo entonces, con un grito desapacible e imperioso repetí muy exaltada:

— ¡Que me digas lo que te dijo, tía Clara!

Ella, extrañada, me miró un instante sin contestar nada. Luego volvió a reprocharme así:

— ¡ Jesús qué modo de hablar ! ¡ O son nervios o es muchísima malacrianza, pero qué modos, qué modos tienes!... Pues no dijo nada ¿qué iba a decir?... Fuí yo misma quien le comprendí en la cara lo muy sentido que estaba por tu desatención. Creo que debías llamarlo hoy o mañana para disculparte, y para darle las gracias.

¡Ah! las gracias! ¡las gracias!

Y de nuevo me volví a mi cuarto, y de nuevo, tendida en la cama, lloré por la espantosa miseria de mi deber cumplido. Pero mientras iba llorando, a través de mis lágrimas, llena de fe, esperaba... esperaba... ¡ yo no sé lo que esperaba ! Y como la fe perfecta es capaz de remover montañas, lo que esperaba llegó por fin milagrosamente muchas horas después, al caer de la tarde...

Al caer de la tarde, en la oscuridad de mi estancia, la puerta cerrada se entreabrió, y sobre un hilo de luz, la voz de María del Carmen vibró solemnemente como la voz de una pitonisa al anuncio de un prodigio:

— Señorita María Eugenia, acaba de llegar un sirviente que viene a darle un recado personal.

Al escuchar el anuncio, sacudí de un golpe todo mi sufrimiento, y ya, segura de mí y segura de lo que iba a acontecer, triunfante, atrevida, luminosa, me levanté gloriosamente de la cama lo mismo que se levantaría de entre los muertos un cuerpo resucitado. Y cuando un instante después, en la puerta de entrada, unas manos me tendieron un sobre sellado con lacre, mientras, una voz me decía:

— De parte de Don Gabriel Olmedo.

Me sentí deslumbrada por la luz que irradiaba yo misma, porque aquella carta sin abrir todavía ¡era esta propia carta que tengo aquí sobre mi mesa, bajo el cariño apasionado de mis manos!... ¡Sí! era esta carta adorada; esta carta redentora; la que mis ojos habían esperado en vano durante más de dos años: la misma de San Nicolás; la misma de las patitas de mosca; la misma que un día, generosamente, en mi gran ilusión de amor, leí millares de veces a la fraternidad del campo entero ; la misma hija pródiga e ingrata que pide ahora su limosna de perdón a la puerta indulgente de mi alma; la carta bienhechora, la tardía, la que llega por fin a la sed de mi espíritu, como las lluvias bienhechoras y tardías llegan sobre la sed de la tierra agrietada de esperar; la audaz conquistadora, la que me invitaba a seguirla cuando la vida había puesto montañas y abismo infranqueables en mi camino de amor; la carta sabia; la maestra misericordiosa que para salvar los abismos venía a enseñar a mi desvalimiento las sublimes delicias de volar por los aires; la carta que me ha coronado reina; la carta cuyos pliegos zigzagueados de negro y salpicados de luz son el grupo de alas triunfantes sobre las cuales volaré mañana, y volaré siempre, siempre, por sobre la impotencia rastrera de los preceptos humanos; la carta que abrí con un ramo de besos; la que leí con aquella guirnalda de besos que poco a poco mis ojos fueron tejiendo sobre el amor encendido de cada letra... ¡Sí!... ¡sí! aquel sobre dirigido a mí que al caer de la tarde junto a la puerta de entrada me tendieron ayer unas manos, era mi carta... mi carta... ¡mi carta redentora de Gabriel!... Ella me fulminó con su luz, me derrumbó sobre el camino de mis prejuicios convirtiéndome de golpe a su nueva religión, como el rayo fulminante de San Pablo sobre el camino de Damasco; ella me acogió dulcemente en su seno de amor; ella me evangelizó ya, y por eso ahora, como las jóvenes convertidas con el mismo traje blanco

de bautizada y de neófita, me he desposado hoy solemnemente ante la pompa de esta naturaleza nocturna, Reina negra y enjoyada que reina majestuosamente sobre todos los misterios gozosos de mi nueva religión de amor...

¡Ahora, con mis pliegos de luz que son mis alas junto a mi ventana abierta de par en par, sobre lo infinito, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis, yo también, en el templo de este silencio augusto, espero el clarear del amor en el clarear de la alborada!..

de bautizada y de neófita, me he desposado hoy solemnemente ante la pompa de esta naturaleza nocturna, Reina negra y enjoyada que reina majestuosamente sobre todos los misterios gozosos de mi nueva religión de amor...

¡Ahora, con mis pliegos de luz que son mis alas, junto a mi ventana abierta de par en par, sobre lo infinito, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis, ya también, en el templo de este silencio augusto, espero el clarear del amor en el clarear de la alborada!...

dar muerte a nuestro amor, entregándole tú misma, en las manos groseras de ese verdugo que llegará mañana. Pero no lo harás. Tú no puedes cometer esa iniquidad, María Eugenia. Creíste hacerla en un momento de cobardía, y en vista de tu gran debilidad, pero ahora, cuando leas esta carta y ella te diga cómo desde lejos, loco de amor, estoy cerca de ti, dispuesto a salvarte de esa ignominia horrible, no la cometerás, no, no es posible que puedas cometerla. Sé que después de oirme, te harás fuerte; sé que vencerás inmediatamente a tu verdugo visible, y sé que vencerás a todos esos verdugos espirituales e invisibles que se agitan terribles en ti misma. Sí, María Eugenia, juntos los venceremos a todos, porque eres mi aliada contra ellos, porque nuestro amor es fatalmente mucho más fuerte que ellos, y porque, unidos contra ellos, tú y yo somos la verdad, somos la vida, y somos el mundo corpóreo luchando contra sombras y quimeras.

Mi carta va a pedirte en nombre de tu vida, en nombre de la mía, y en el nombre sacrosanto del amor, que te vengas conmigo, mañana mismo. Te espero confiado y sin asomos de dudas. Siento que ahora vas a llegar por fin, y todo lo tengo ya minuciosamente dispuesto para un plan de felicidad y de eterna alegría, cuyos puntos de acuerdo y detalles materiales voy a explicarte después. Pero no vaciles al leer, no vaciles por Dios, aun cuando mis palabras te sonaran a impudor y a escándalo, no te detengas en ellas: mira que el tiempo nos apremia y que es el único enemigo verdadero que puede traicionarmos. Pero es inútil que te lo diga: ¡ si no dudarás un segundo! no, no renunciarás a la gloria de vivir eternamente en pleno delirio de amor y de alegría, por la sensación pasajera que pueda despertar en tus oídos el sonido convencional de la palabra « escándalo ». ¡ No, no, es inútil que te recomiende nada! Y te digo que es inútil, porque mientras mi mano te escribe, mi corazón aquí, me está diciendo a gritos que tus ojos idolatrados, tus ojos llenos de fuego y de pasión, tus ojos míos

que te han traicionado conmigo tantas veces, cuando pasen su luz por estas líneas, y vean en ellas cómo te espero anhelante y medio muerto de impaciencia, cuando tus ojos adorados y míos pasen por estas líneas, y al leerlas te digan que mi dignidad de hombre está dispuesta a defenderte, hasta con la última gota de mi sangre, encendida de amor, tú, que al igual de tus ojos, eres mil veces mía, no dudarás en venir corriendo hacia mí.

Pero... ¿y si dudaras?.. ¡No! no es posible que dudes todavía, cuando ayer, sin saberlo tú misma, junto a la cama de Pancho moribundo le pediste desesperadamente a mi amor, el socorro de su fuerza contra tu debilidad. Recuerda que me lo pidieron tus labios, y recuerda que no me lo pidieron con palabras. Por aquella petición intensa de tu boca que fué la más rotunda de las afirmaciones, sé que eres mía. Por eso te llamo ahora, y a la vez que te imploro, te exijo imperiosamente que vengas. Es mi derecho de hombre el llamarte con imperio, María Eugenia, porque eres mi mujer, y porque si no vienes a mí, ya, inmediatamente, mañana mismo, te alcanzará por fin la ignominia de ese matrimonio que te asedia ; caerás para siempre en las garras de esa especie de prostitución lenta, y resignada, que a ti te pone a llorar de impotencia, y que a mí me subleva en todas las fibras sensibles de mi cuerpo.

Tú no puedes ser de ese hombre, María Eugenia, porque eres mía, y eres mía porque sí. Me perteneces por ley natural ; me perteneces por esta misma razón sencilla, misteriosa e indiscutible por la cual a mi cuerpo vivo le pertenece mi vida. Tú y yo estamos unidos y somos el uno del otro porque así lo ha dispuesto la naturaleza al concedernos el privilegio rarísimo de la unión en el verdadero amor. Es el más sagrado y respetable de cuantos privilegios y tesoros otorga. Acuérdate, María Eugenia, que lo tuvimos una vez al alcance de nuestras manos, y yo lo profané al descuidarlo por ocuparme de pequeños y viles intereses. Hoy que lo lloro con lágrimas de sangre,

con lágrimas de sangre te pido que no lo profanes tú otra vez e irremisiblemente. No reniegues de él por cobardía, María Eugenia, no, no, ¡no lo reniegues! Piensa que te redime y te salva de una innoble esclavitud, y piensa que además de salvarte es el don inapreciable y divino que como a hijos preferidos nos ha regalado la Naturaleza, la única que tiene el santo poder de distribuir el amor como distribuye la vida y distribuye la muerte.

Es pues en nombre de un derecho sagrado como te llamo y te espero. Nuestra próxima unión, bendecida tan sólo por la voluntad suprema de la naturaleza, a pesar de la reprobación unánime de la sociedad, y a pesar de la indignación de nuestros allegados, será la unión legítima y buena, mientras que ese matrimonio tuyo, no es más que una prostitución vitalicia, que reconocida por las leyes y acatada por todos, a ciegas e inconscientemente, al igual de otras muchas mujeres que nos rodean, vas también a contraer muy pronto, si no te defiendo y te amparo con mi amor. Pero mi amor que es inmenso te ampara y te defiende, cueste lo que costare, puesto que es el único que tiene legítimos derechos sobre ti.

En primer lugar, para tranquilidad tuya debo declararte que yo, moralmente, me encuentro libre y desligado por completo de este matrimonio mío, que como sabes muy bien, hoy en día no es más que una apariencia social, una especie de comedia absurda, sostenida a costa de mi felicidad, y tras de la cual se agita diariamente el drama odioso e inmoral de las uniones desavenidas. Así, pues, en lo que me concierne tengo plenos derechos de disponer de mi vida según se me antoja. En cuanto a tu caso, que conozco como el mío, esos derechos son aun mucho más legítimos y muchísimo mayores.

María Eugenia, en mi locura por ti, hace tiempo que yo, con Pancho primero, y luego, más tarde, con Gregoria la vieja lavandera de tu casa, he inquirido toda clase de datos acerca de tu vida triste, acerca del proceso de tu noviazgo, y

acerca de tu novio, ese hombre vulgar y grotesco, a quien no quieres, y a quien aborrezco de muerte. Pues bien, porque personalmente conozco a Leal, porque lo conozco también gracias a los informes y datos recogidos, y porque a ti aunque tú no lo creas, te conozco hasta en los más mínimos detalles de tu temperamento exaltado y amoroso, sé que en tu sed por la vida, has llamado amor toda esa serie de ansias, latentes y reprimidas en plena juventud. Con ellas, en tu imaginación, más viva para ti que todas las realidades, te has creado un sentimiento imaginario, y a pesar de la evidencia de ese Leal vulgarísimo, tú, idealista y vehemente como eres, lo has querido en nombre de tus anhelos, y lo has querido, sobre todo, en nombre del que quisieras querer. Pero como semejantes condiciones y semejantes sentimientos no existieron jamás sino en tu fantasía, si consumaras ese matrimonio, cuando te despertaras y volvieras a la conciencia real de las cosas, comprenderías el engaño y el horror de una vida miserable y sin remedio. Piensa en lo que sería esa eterna tragedia secreta de tu fidelidad, tu resignación, tu respeto y tu obediencia, aparentando amor, y ocultando siempre, siempre, en acciones y en palabras, tu aversión y tu desprecio por ese amo déspota, que te lo impondría todo, desde sus convicciones y su personalidad grotesca que pasaría a ser la misma tuya, hasta la propia vida idolatrada de tus hijos, en donde verías copiadas sus facciones, su carácter, y quizás aquellos mismos rasgos que en tu silencio y en tu resignación odiaras más vivamente.

No invoques a tu familia, ni invoques el escrúpulo de deshonrar, con nuestro amor, ese hogar donde vives, que no es en realidad el tuyo, y que por ruinoso y por viejo va a extinguirse muy pronto, después de haber sido la causa de nuestra desdicha, y el cómplice del matrimonio ignominioso que te persigue y te amenaza inminente. Ese hogar no puede imponerte sus principios, porque no tiene derechos morales para hacerlo. Al despojarte Eduardo Aguirre te amarró con

esas mil cadenas morales y materiales de la dependencia absoluta. Tú, en semejante situación, como toda mujer desvalida y bonita, no has tenido otro camino que el de tratar de vender la belleza de tu cuerpo. Ibas a venderla para siempre a un solo hombre, e ibas a venderla con la aprobación de las leyes, de la Iglesia, de la sociedad y de tu familia, como si esas circunstancias de sumisión eterna y de aprobación general no hicieran la venta mil veces más odiosa que las que se hacen clandestinamente, sin garantías legales ni aprobaciones religiosas. Pero, honrada y pura e inconsciente de ti misma como eres, habías llamado amor al conjunto de intereses y necesidades vitales que te impulsaban a esa venta, que a mí me subleva y que no dejaré efectuar de ningún modo. Si, óyelo bien: por paradójico que parezca, tengo hoy el derecho de defenderte contra tu familia, con tanta mayor razón cuanto sé perfectamente, que fueron unos y otros quienes, por su exagerada intransigencia, te alejaron de la casa de Mercedes, te aislaron en aquella hacienda, y por maldad, o por envidia o no sé por qué, cortaron todo género de comunicaciones entre tú y yo. Ellos, aun los que te quieren de veras, como tu Abuelita y tu tía Clara, te quieren ante la sociedad y dentro de ideas y puntos de vista que ni tú ni yo compartimos. Por eso no ven la repulsiva iniquidad de ese matrimonio, donde vas a ciegas sin inclinación ninguna, empujada tan sólo por circunstancias; y sin embargo, verán con horror mañana la felicidad inmensa de nuestra unión, sólo porque se halla en pugna con su respeto a los preceptos sociales. Quieren apasionadamente el buen nombre de tu apariencia exterior y desdeñan por completo el bienestar íntimo de tu persona. ¿Cómo, pues, cuando se trata de organizar tu vida entera, esta vida, la verdadera, la real, la inmediata, la única en que crees y para la cual has nacido, cómo es posible que te detengas a tomar en cuenta un criterio tan absurdo para quien lo mira desde el punto de vista en que lo miramos tú y yo?

Comprendo, María Eugenia mía, porque te conozco muy bien, comprendo que más fuerte que todos estos argumentos, está la razón, sin razón, del cariño y de la compasión. Sé que al pensar en la dicha de nuestro amor triunfante, pensarás atribulada en el dolor que tu vida feliz va a infligir a tu Abuelita, ya al fin de sus días y en las puertas mismas de la tumba. Respeto esa compasión de tu alma delicada, y te quiero más por ella y te quiero mucho más con ella. Pero, que semejante compasión no te domine hasta el punto de sacrificarle el bienestar de tu vida entera, puesto que entonces cometerías un crimen contra ti misma. El amor, que es el patrimonio de la juventud, y la fuente sagrada de la vida futura, se impone por encima de todos los demás afectos, porque así lo ha querido la Naturaleza, que es cruel y es inexorable contra todo lo viejo y lo caduco. No puedes sacrificar a esos dos meses de vida que le restan a tu Abuelita, los muchos años de felicidad y de alegría que yo voy a darte. Llora filialmente su abandono, llora su dolor, llora su muerte, pero llorosa y compasiva, y buena, como los espíritus fuertes, vence a la compasión con el deber, y vente conmigo, que yo, porque soy el verdadero amor, soy el supremo deber de tu vida joven y triunfante.

Y ahora, para que tus oídos no se escandalicen de las palabras que pudieran pronunciar tus labios, lee, lee, intensamente, y en silencio, con sólo la luz adorada de tus ojos, lo que voy a dictar a tu conducta a fin de llevar a efecto, los dos juntos y de acuerdo, el más adorable y delicioso de los ensueños de amor. Oyeme, y obedéceme y sígueme bien en todo cuanto voy a decirte, vida de mi vida, que yo, en pago de esas horas de obediencia, juro llevarte conmigo a las cumbres más altas a donde pueda subir la dicha sobre la tierra, y juro también que en ellas, sumiso, y rendido, y loco de amor, he de estar siempre a tus pies como un esclavo.

Cuando hayas leído mi carta, novia mía, y te hayas decidido a venir por este camino de flores que te trazo y te siem-

bro, recógete en silencio, a solas con mi carta, y no hables ni veas a nadie. En estos pliegos te envío toda la fuerza de mi espíritu, y sé que ha de sostenerte e impulsarte si lo guardas cuidadosamente, dentro de ti misma. Mi carta llegará a tus manos hoy al anochecer. Siento que la esperas, siento que la leerás con ansia, y siento que al acabar su lectura serás irremisiblemente mía. Por eso te pido que terminando de leerla te aisles en tu habitación. Si no has comido todavía, llama a una de las personas del servicio, hazte llevar la comida a tu cuarto, y advierte que vas a dormir, y que en vista de tu cansancio, y de tus largos desvelos, exijes que no se te despierte mañana durante las primeras horas del día. Gracias a estas precauciones muy verosímiles, nadie podrá notar tu ausencia, sino cuando estemos libres de todo alcance. Porque mañana, muy temprano, desde las cinco en punto de la mañana, te aguardaré en un automóvil que estará detenido hacia la esquina oeste de tu casa. Para esta empresa en la cual vamos a adquirir la felicidad de nuestra vida entera, sólo necesitas hacer un acto de valor moral, y es decidirte a caminar con mucho sigilo, esos pasos que separan tu casa de la esquina donde te aguardaré consumido de impaciencia. Pero una vez que hayas llegado junto a mí, nada tienes que temer, ni que pensar, ni que hacer, porque siendo tan mía como eres, me encargaré de protegerte contra todos tus enemigos visibles e invisibles. Por de pronto, quiero defenderte de ellos por los medios más eficaces y seguros, que son el aislamiento y la fuga. A las doce del día, saldrá de la Guayra un vapor que ya está anclado en el puerto, y que va directo, a Colón y Nueva York. Nosotros, ocultándonos discretamente, como dos recién casados, al zarpar el vapor estaremos a bordo. Tengo ya tomados los pasajes, tengo el permiso de embarco, y si no vacilas esta noche, como no vacilarás, dentro de cinco o seis días, libres de las cadenas del ambiente, en plena libertad y en pleno amor, como verdaderos hijos de la naturaleza que será en adelante nuestra madre y nuestra

diosa, dentro de su culto, para querernos tendremos por hogar el mundo entero.

¡Y qué gloria entonces, María Eugenia!...

... Primero vendrá mañana, y con el amanecer el momento victorioso de la fuga. Trémula de espanto y de emoción llegarás cerca de mí, y yo, al mirate por fin, pálida y mía, loco de agradecimiento, ahuyentaré tu miedo al acogerte en mis brazos, y así, juntos y ansiosos, mientras nos alejemos a todo correr, como dos amantes de leyenda, extenderé poco a poco, sobre tus divinos ojos el calmante de mis más suaves besos, hasta que triunfantes mis brazos y mi boca, cambien por fin el estremecimiento de tu miedo por el dulce estremecimiento, que hace temblar de amor a las novias, en el primer momento de su viaje de bodas...

Después, divina y linda mía, vendrá el viaje largo, y será la navegación, y será la amplitud del cielo y la amplitud del mar... ¡Piensa!... Tendremos noches clarísimas de luna llena. Tú, que durante el día te ocultarás tal vez temerosa de los pasajeros, que conozcan y comenten nuestro idilio, al llegar la noche, silenciosa y pegada junto a mí, como si fueras mí blanca sombra de luna, apoyándote en mi brazo, subirás conmigo al más elevado puente del barco... Allí, muy juntos y enteramente solos, mirándonos en los ojos, y besándonos en la boca, nos bañaremos en la serenidad de la naturaleza sideral, y alabaremos y bendeciremos en nuestros besos a la majestad blanca de la luna, nuestra pálida, y simbólica y dulcísima luna de miel... si entonces, lloraras aún de miedo, y lloraras de compasión, al evocar lo que estará pasando en tu casa abandonada y vieja de Caracas, yo, apoyado en la barandilla del puente, con tu preciosa cabecita rubia, desmayada en mi hombro, te mostraré a lo lejos la blanca estela que vaya dejando el buque, sobre las aguas rieladas de luna y te consolaré diciendo : « También nosotros, linda mía, al igual del buque, somos la vida que avanza valientemente. Mira, fíjate cómo camina, y

camina sin temor a lo que viene, y sin detenerse nunca a contemplar esa blanquísima herida honda de las aguas, que sólo es espuma que al fin se cicatriza, y se deshace, y se diluye, y se desvanece, mientras que él : mírale, poderoso y tranquilo, sin conocer el temor ni la compasión del mar, avanza y avanza, triunfalmente a su destino... Y cuando, perdida la mirada en lontananza, me respondas entre lágrimas : « ¡ Es cierto ! » te querré mil veces más, por el dolor de esa herida que en nuestra marcha, habremos dejado abierta y lejana, sobre tu casa vieja de Caracas.

Después vendrá la llegada, y con la llegada el remanso del amor, en los idilios hondos y serenos... Piensa... ¡piensa!... Como todos los enamorados, iremos a tejer nuestro primer nido, bajo algún alero o a la sombra de algún árbol, en esa primavera de París siempre rosada y florecida. Pero si en la inmovilidad del nido sintieras aun el aguijón del remordimiento y sintieras la nostalgia atávica por las vidas regulares y burguesas, yo, al punto, celoso de demostrarte la legitimidad de nuestro amor, te llevaré en apostólica peregrinación de fe, por el mundo entero. Iluminados los dos con la luz vivísima de nuestra pasión, leeremos juntos en ese libro verdadero de la historia humana, que yace abierto y extendido por sobre todos los caminos del mundo. En ese libro verás la gran diversidad de preceptos sociales, y verás la múltiple variedad de leyes religiosas, que a través de siglos y razas, han luchado, siempre en vano, por encauzar el torrente desbordado de la vida, cuando la vida se rebosa y se derrama, y se impone, en amores tan altos y omnipotentes como el nuestro.

A ese glorioso peregrinar fecundo, del cual has de volver enteramente convencida y convertida a la santidad de nuestro amor, como equipaje de viajeros, con nosotros, llevaremos siempre a todas partes nuestro idilio.

Piensa... antes de salir nos vestiremos las almas con el sencillo espíritu del arte, y así, peregrinos iguales, nos iremos a

buscar secretos de belleza por todos los rincones de olvido y de penumbra, en donde duerme todavía su sueño la visa pasada... ¡ Y qué delicia, y qué alegría, el ir descubriendo siempre bajo el polvo este mismo conflicto de nuestro amor prohibido, eternamente atormentado, y eternamente triunfante!

¡ Piensa !...

Al emprender nuestro largo viaje de absolución y de fe, como buenos hijos consecuentes, antes que nada, iremos a saludar al alma adusta de la raza... Emigraremos de nuestro nido de París, atravesaremos los Pirineos, e iremos a saludarla filialmente, en el Escorial, en Toledo, en Salamanca, en Burgos, en Granada, en Córdoba, en Sevilla. Allá, silenciosamente, la escucharemos hablar por las callejuelas tortuosas y sombrías, en donde los balcones florecidos de macetas cuentan viejas historias de amor perseguidas cruelmente, con odios de religión o de raza, y glorificados siempre, siempre, con blancura de sonrisas, y murmullo de besos, y rasgueos de guitarra, y coplas, y escalas de seda, y cuchilladas nocturnas, y Cristos alumbrados, y procesiones, y autos de fe... Luego, cuando hayas visto bien ese triunfar pintoresco del amor, eternizado en rasgos y en vestigios de razas, que a pesar de todas las prohibiciones, y de todos los fanatismos, se fundieron por fin, victoriosamente, al calor de ese mismo fuego que nos incendia a nosotros, luego, cuando lo hayamos comprobado bien, con la fe de nuestro amor más prendida que nunca en los ojos y en los labios, saldremos de España, y navegando por el Mediterráneo, iremos a perdernos bajo los boscajes apacibles, allá, en las islas verdes y templadas, donde anidan en invierno las golondrinas y los románticos enfermos del pecho... Después, navegando de nuevo por el viejo mar latino, abordaremos en las playas de Nápoles, y serán entonces las dulcísimas suavidades de Italia...

¡Piensa!... Como dos aves de paso, enamoradas del ambiente, detendremos quizá el vuelo, tras algún recodo de la ha-

bía, en una casita que blanquerá cándidamente entre rosales y limoneros...

Después, al fin, por el Adriático, camino del sur, emprenderemos la verdadera peregrinación, de fe, hacia allá, hacia el Oriente, hacia las tierras de origen, hacia las que vieron nacer y vieron pasar, la vida primitiva de otros tiempos... será Atenas, y Constantinopla, y Bagdad, y Alejandría, y Jerusalén, y todas las visiones hondas y fuertes de los esplendores ya idos... Piensa en el encanto de nuestro idilio, navegando sobre lagos y ríos, bordeados por vestigios de ciudades ya muertas, en la unidad de nuestras dos siluetas, por la desolación del desierto, a lomo de camellos, bajo la melancolía solitaria de las palmeras y las pirámides, y las ciudades pardas, y toda, toda, la grandeza sagrada del Oriente tramada por viejas razas de venerables religiones y venerables prejuicios!... Y será por fin, allá, divina mía, bajo los ardores ascéticos del Asia, cansada ya de caminar el mundo, con el oasis de nuestro amor siempre fresco y siempre verde, donde me dirás: « ¡Ahora ya creo, Gabriel, ahora ya creo! »... Y yo, loco por la locura de poseer toda tu alma volveré contigo, mi tesoro, y mi vida, a embriagarme de felicidad, y a ser intensamente juventud, y a ser amor, y a ser perenne alegría, en nuestro nido adorado de París... Entonces, allí, en plena vida brillante: ¡qué orgullo, y qué gloria será para mis ojos el contemplarte a todas horas, mi preciosa muñeca, flor de raza, moldeada por virtud del ambiente en una exquisita parisiense, llena de lujo y de elegancia, y de refinado exotismo, y de gentileza mundana, y de fe... ¡sí! de fe mística, convencida y exaltada hacia la divinidad santísima de nuestro amor!...

Este es el programa de felicidad que pongo entre tus manos, novia mía. Ahora puedes variarlo a tu antojo y entretejerlo con todos los caprichos de tu imaginación, porque al quererte mía, te quiero bien caprichosa, para hacerte pagar luego los caprichos con dinerales de amor y de besos.

Hasta mañana te digo, que hablándote de luz se me está viniendo encima la oscuridad de esta noche, que es la noche de nuestras bodas. Acuérdate que te espero desde ahora, y que al amanecer, en la cita, sediento y de rodillas, te aguardaré desesperado, como a la única salvación posible de mi alma que se muere por ti.

Ven, pues compasiva de ti misma, a salvar tu existencia, saciando al mismo tiempo, esta sed que me ahoga, y cuando hayas llegado, fuente viva, manda y tiraniza, y reina en nuestro reino de amor, que así, diosa, reina y tirana suya te quiere adorar siempre tu

Gabriel. »

Hasta mañana te digo, que hablándote de luz se me está viniendo encima la oscuridad de esta noche, que es la noche de nuestras bodas. Acuérdate que te espero desde ahora, y que al amanecer, en la cita, sediento y de rodillas, te aguardaré desesperado, como a la única salvación posible de mi alma que se muere por ti.

Ven, pues compasiva de ti misma, a salvar tu existencia, saciando al mismo tiempo, esta sed que me ahoga, y cuando hayas llegado, fuente viva, manda y tiraniza, y reina en nuestro reino de amor, que así, diosa, reina y tirana suya te quiere adorar siempre tu

Gabriel. »

muerta! ¡Ah! silencio de los resignados, que en la gran caravana caminamos, y caminamos, con la carga de misterios en los hombros, sin jamás preguntar : ¿ hasta cuándo ?... ¿ hasta dónde?... ¿para qué?... La Vida, capitana cruel y sanguinaria de la gran caravana, nos fustiga con su látigo de horas, para que le llevemos la carga durante un pedazo del camino y se la dejemos en el punto en que ella quiera decir: ¡aquí!

¿Por qué, por qué, Vida, capitana cruel, acabas de despertarme de mi sueño, y a la luz mortecina de esta horrible tarde triste, con mi carga de misterios en los hombros, y mi helado cadáver sacrificado a cuestas, frente a mi escritorio confidente, comienzas a fustigarme ya, chasqueando el azote de tus horas y gritándome implacable: Sigue, sigue...?

¿Seguir?... ¡seguir!... ¡Ah! ¡la Vida!... ¡el Destino!... ¡la Muerte!... ¿qué sé yo de mí misma, ni qué sabe nadie de nada... ? ¡ A andar, sí, a andar, a andar, dócilmente en la caravana, como lo quiera la Vida, a quedarnos algún día inmóviles y helados junto al borde del camino, y eso es todo, triste cuerpo caminante; eso es todo, ojos recién abiertos a la luz mortecina de esta tarde, pobres ojos soñadores, que en una noche estrellada, mirasteis lucir a lo lejos la fascinación del espejismo. ¡No! la claridad gloriosa era mentira, pobres ojos engañados a lo lejos, por toda la ruta larga, no tenemos sino arena, y sobre la arena andar, andar, andar, mientras nos fustigue la negrera capitana sanguinaria!...

¡Ah! divina fascinación de mi espejismo de hace dos noches, aquí junto a este mismo escritorio, frente a esta misma ventana abierta bajo el cielo infinito!... ¡Ah! bendita noche de hace dos noches, ...Noche del Sábado, noche fantástica de aquelarres y encantamientos, que me vestiste de esplendores, y al igual de una lírica Cenicienta, me hiciste reinar por unas horas en el baile del Príncipe de mis sueños!... ¡Cómo te has ido desvaneciendo en tu carro de estrellas, noche gloriosa!... ¡Qué lejos, qué lejos, miro ya esfumarse tus mil lucecitas, luciérnagas de

amor, lámparas místicas, legión titilante y altísima, que como un cielo imposible, brillará siempre, sobre la oscuridad profunda de mi resignación y mis cadenas !...

¿Te acuerdas, mesa mía, escritorio blanco y confidente? Aquí, apoyada de codos sobre tu pulida blancura, con su carta milagrosa entre las manos, leí cien y cien veces, las fecundas delicias ignoradas, que al deslumbrarme de amor los dos ojos, entonaron al punto aquel concierto de hosanas y de glorias, en el asombro de mi alma?... ¿Te acuerdas, tú, ventana abierta?... Aquí también frente a tus cruces redentoras, con las manos piadosamente enlazadas, celebré mis blancos desposorios, y fué por la misericordia de tus barrotes, por donde la Luna y las Estrellas, me regalaron y me vistieron con riqueza de armiño y de plata... Hoy, junto a vosotras, mesa confidente y ventana abierta, vuelvo, humilde Cenicienta desencantada, a llorar por última vez la miseria de mis andrajos, y la desnudez eterna de mi pie, que no ha de hallar jamás su borceguí perdido.

Y si vengo a llorar aquí, y si vengo a escribir aquí, junto a vosotras esta despedida que me legó mi alma al expirar, es en recuerdo de que también fué aquí donde escribí tantas páginas oscuras de mi pobre vida, aquí donde celebré mis bodas de amor en la noche del Sábado; aquí donde me sentí crecer mi efímeras alas de mariposa ; aquí también donde, por fin, en la misma Noche del Sábado, luego de leer, y de cantar, y de escribir para engañar la impaciencia de la velada, al oír cómo allá a lo lejos, el reloj de la Catedral sonaba ya las horas largas de la madrugada, me detuve en mi vertiginosa carrera espiritual, sonreí triunfalmente, me dije en mí misma con solemnidad de ceremonia : « ¡ Ya es tiempo ! »...y me puse de pie.

Recuerdo que en aquel momento augusto, para beber fortaleza en lo infinito, y para hacer mayor intimidad con el alma de la Luna y las Estrellas, apagando esa luz, te hice callar a ti, frívola muñeca-lamparilla, que esponjas tu frivolidad sobre

mi mesa... Y en efecto, apagada la luz, mi cuarto silencioso de objetos materiales se me llenó todo entero de espíritu de luna y espíritu de estrellas. Entonces, de pie, junto a la reja, mirando a las alturas, me quedé un largo rato muy quieta, y como iba toda vestida de blanco, y como por dentro iba también llena de tanta blancura de dicha, en el cuarto silencioso, aquella alma sideral que me envolvía, se unió tanto, tanto, tanto, conmigo, que por un momento inmóvil y clara, mi silueta y mi alma clara, fueron una sola claridad fundida en claridad de luna, que del suelo a la altura, se sintió vagar imprecisa en un viaje celeste y lejano..

Volviendo de la Luna, dominada todavía por el misterio de la influencia astral, me di a considerar la carta de Gabriel, que suelta en hojas abiertas o medio dobladas sobre el escritorio, a la luz indecisa, me fingía en sus actitudes una bandada ideal de palomas mensajeras... Con los mismos ojos ultraterrenos con que había mirado el cielo, miré un instante sobre la mesa, el desorden palpitante de las hojas... ¡y cómo de pronto viéndolas así, tan aleteantes y tan vivas, tuve aquel miedo pueril de que se me fuesen volando por la ventana abierta!... ¡y cómo para evitar que se marchasen, volví bruscamente de mi contemplación, las reuní todas muy de prisa, las aprisioné juntas en el nidal del sobre, y así, unidas y presas, las abrigué por fin maternalmente, bajo las dos alas tibias de mi seno!...

Y ya rota la contemplación, en plena vida activa, fué el sobre con la carta recogida, el primer viático que preparé y dispuse para mi viaje de amor.

Después siempre de pie, cerca de la ventana, al ordenar mentalmente la partida, resolví antes que nada arreglarme y vestirme con mucha minuciosidad, y me dije que era menester empezar por las manos. Para mejor considerarlas, levanté juntos hacia la luz mis brazos desnudos y a distancia, en plena claridad fantástica, me vi las dos manos tan frágiles y cansadas, que sentí por ellas una especie de suave compasión, y

muy agradecida, mientras las observada abiertas bajo la Luna, les dije en pensamiento no sé muy bien qué frases de elogio y de gratitud, por aquella noche lejana, en que contando y contando sobre el ritmo de las frases, pobres líricas trabajadoras, escribieron un soneto.

Y alegre como en mis ratos de gran entusiasmo, por sentirme bien vestida y bien bonita, corrí a mi tocador, tomé mi « nécessaire » de nácar, me senté de un brinco sobre el alfeizar de la ventana abierta, apoyé mi cabeza y casi tendida, sin dejar de ver el cielo a pedazos y a ratos, muy activa y muy de prisa, comencé a arreglarme y a limarme y a pulirme las uñas, y las estuve puliendo, y puliendo, hasta que la luna se reflejó bien brillante, sobre los diez apiñados espejillos de rosa. Recuerdo que la temperatura fría de la hora, entraba por la ventana, y me recorría todo el cuerpo, en un delicioso estremecimiento raro. Gracias a ello, la actividad alegre de mis movimientos iba aumentando más y más... Al batir tan de prisa el « polissoir », los dijes colgados a mi pulsera, chocaban entre sí, muy cerca de mis oídos desvelados, y era aquel argentino tintineo, tan agudo, tan agudo, que en la paz absoluta de la madrugada, herida de tiempo en tiempo por el cantar lejano de un gallo vigilante, el cantar seguido y cercano de los dijes junto a mis oídos, parecía la voz de una campanilla pascual que me animara diciendo: « ¡ Aleluya, aleluya, que va a nacer el amor !... »

Y por fin cuando las manos estuvieron listas, me bajé de la ventana.

Muy alegre, con la alegría fresca de las partidas mañaneras presintiendo ya el rumor claro del agua sobre las piedras, y el correr serpenteado del camino, y los árboles pasando y pasando a toda prisa y el vértigo delicioso de los barrancos hondísimos, y el blanco titilar del rocío bajo los primeros rayos del sol, y el misterio... ¡sí!... el gran mistero divino de Gabriel cerca de mí, en el cuarto semi-oscuro y silencioso, en

mi mesa... Y en efecto, apagada la luz, mi cuarto silencioso de objetos materiales se me llenó todo entero de espíritu de luna y espíritu de estrellas. Entonces, de pie, junto a la reja, mirando a las alturas, me quedé un largo rato muy quieta, y como iba toda vestida de blanco, y como por dentro iba también llena de tanta blancura de dicha, en el cuarto silencioso, aquella alma sideral que me envolvía, se unió tanto, tanto, tanto, conmigo, que por un momento inmóvil y clara, mi silueta y mi alma clara, fueron una sola claridad fundida en claridad de luna, que del suelo a la altura, se sintió vagar imprecisa en un viaje celeste y lejano..

Volviendo de la Luna, dominada todavía por el misterio de la influencia astral, me di a considerar la carta de Gabriel, que suelta en hojas abiertas o medio dobladas sobre el escritorio, a la luz indecisa, me fingía en sus actitudes una bandada ideal de palomas mensajeras... Con los mismos ojos ultraterrenos con que había mirado el cielo, miré un instante sobre la mesa, el desorden palpitante de las hojas... ¡y cómo de pronto viéndolas así, tan aleteantes y tan vivas, tuve aquel miedo pueril de que se me fuesen volando por la ventana abierta!... ¡y cómo para evitar que se marchasen, volví bruscamente de mi contemplación, las reuní todas muy de prisa, las aprisioné juntas en el nidal del sobre, y así, unidas y presas, las abrigué por fin maternalmente, bajo las dos alas tibias de mi seno!...

Y ya rota la contemplación, en plena vida activa, fué el sobre con la carta recogida, el primer viático que preparé y dispuse para mi viaje de amor.

Después siempre de pie, cerca de la ventana, al ordenar mentalmente la partida, resolví antes que nada arreglarme y vestirme con mucha minuciosidad, y me dije que era menester empezar por las manos. Para mejor considerarlas, levanté juntos hacia la luz mis brazos desnudos y a distancia, en plena claridad fantástica, me vi las dos manos tan frágiles y cansadas, que sentí por ellas una especie de suave compasión, y

muy agradecida, mientras las observada abiertas bajo la Luna, les dije en pensamiento no sé muy bien qué frases de elogio y de gratitud, por aquella noche lejana, en que contando y contando sobre el ritmo de las frases, pobres líricas trabajadoras, escribieron un soneto.

Y alegre como en mis ratos de gran entusiasmo, por sentirme bien vestida y bien bonita, corrí a mi tocador, tomé mi « nécessaire » de nácar, me senté de un brinco sobre el alfeizar de la ventana abierta, apoyé mi cabeza y casi tendida, sin dejar de ver el cielo a pedazos y a ratos, muy activa y muy de prisa, comencé a arreglarme y a limarme y a pulirme las uñas, y las estuve puliendo, y puliendo, hasta que la luna se reflejó bien brillante, sobre los diez apiñados espejillos de rosa. Recuerdo que la temperatura fría de la hora, entraba por la ventana, y me recorría todo el cuerpo, en un delicioso estremecimiento raro. Gracias a ello, la actividad alegre de mis movimientos iba aumentando más y más... Al batir tan de prisa el « polissoir », los dijes colgados a mi pulsera, chocaban entre sí, muy cerca de mis oídos desvelados, y era aquel argentino tintineo, tan agudo, tan agudo, que en la paz absoluta de la madrugada, herida de tiempo en tiempo por el cantar lejano de un gallo vigilante, el cantar seguido y cercano de los dijes junto a mis oídos, parecía la voz de una campanilla pascual que me animara diciendo: « ¡ Aleluya, aleluya, que va a nacer el amor !... »

Y por fin cuando las manos estuvieron listas, me bajé de la ventana.

Muy alegre, con la alegría fresca de las partidas mañaneras presintiendo ya el rumor claro del agua sobre las piedras, y el correr serpenteado del camino, y los árboles pasando y pasando a toda prisa y el vértigo delicioso de los barrancos hondísimos, y el blanco titilar del rocío bajo los primeros rayos del sol, y el misterio... ¡sí!... el gran mistero divino de Gabriel cerca de mí, en el cuarto semi-oscuro y silencioso, en

donde por un sabio presentimiento, yo no quería claridades de luz artificial, me desnudé de un todo, y minuciosamente, casi a tientas y a ciegas, en espera siempre del amanecer, comencé a lavarme, a perfumarme y a vestirme de nuevo, con mil refinamientos y coqueterías. Para irme bien clara y vaporosa, como se van las novias cuando salen de la iglesia del brazo de su novio, me puse mi vestido blanco de organdí que no había estrenado todavía. Con mi traje esponjado que me hacía tan fina en su anchura flotante de niebla, me asomé al espejo, y el espejo animado solamente con luz de luna y de estrellas, me retrató indecisa y transparente como si fuera la visión de algún poema. Orgullosa y feliz de mi idealismo, por mirarme vagar, al igual de las sombras fantásticas me di a moverme y a caminar por todo el cuarto, imitando a veces, puesta de puntillas con los brazos en alto, las actitudes blancas y vaporosas que toman las bailarinas clásicas, y movía a derecha, o a izquierda, para mejor contemplarme en distintos efectos de media luz, esta hoja alargada de mi armario de luna... Y alegre, y encantada en la visión de mí misma, por el cuarto misterioso, iba y venía... Pero de pronto, no sé por qué, el martilleo sonoro de mis tacones al andar sobre el entablado, me pareció que era algo material que me perseguía, y por el miedo consciente de ir a tener miedo, me quité a toda prisa los zapatos, me puse otros de gamuza blanca, con tacones de goma, que no se oyen al andar...

Y sin ruido de pisadas volví a moverme un instante frente al espejo...

Pero ya, la garra del miedo me tenía cogida.

Y digo que me tenía cogida, porque ahora, viéndome ir y venir dentro del marco del espejo, así blanca y enteramente inmaterial, me impresionó tantísimo mi propia inmaterialidad que sentí una especie de frío agudo, que poco a poco se fué apoderando de todo mi cuerpo... y sin humor de levantar los brazos, ni ponerme de puntillas, ni caminar un paso más, inmóvil

y entumecida frente a mi propia imagen paralizada, recordé muy netamente, con fe vibrante de magnetismo, todas las sugestivas creencias espiritistas : aquellas historias de muertos que vienen a advertir a los vivos... aquel principio de las almas torturadas vagando siempre cercanas e invisibles junto a nosotros... aquel implorar desesperado que nos hacen los recién muertos, desde los horribles suplicios del purgatorio... y pensando, pensando, todo esto con los ojos muy abiertos, y muy fijos en el espejo, me pareció de repente que allá, en los contornos caprichosos que hacía una de mis mangas de organdí, se dibujaba la trágica cabeza helada de tío Pancho, acostada y dura bajo su pañuelo blanco, tal cual la había visto durante muchas horas dos días atrás. Ante la alucinación, como si algún insecto horrible me subiera por la manga, con mucho susto me sacudí vivamente todo el brazo, me aparté del espejo, y temblorosa, llena de remordimientos, me dije entonces, que aquel miedo incomprensible, debía ser un castigo a mi alegría egoísta, a mi absoluta indiferencia, y a mi falta de luto...

Y por aplacar el alma ofendida de tío Pancho que tal vez vagaba invisible junto a mí, con las manos trémulas, busqué a tientas mi largo abrigo de terciopelo negro, busqué mi sombrero flojo de terciopelo negro, y me los puse a toda prisa diciendo :

— Así no tendrá nada que objetar: ¡ya estoy de luto!

Pero como al abrocharme el abrigo tuve mucho más cerca el delicioso contacto de la carta escondida en mi seno, volví a sentirme fuerte, volví a evocar el regocijo que iba a ser mi llegada en la espera anhelante de Gabriel, y reaccionando del miedo añadí sonreída :

— ...y así también, enlutada y misteriosa, sobre mi blanco vestido de novia, estaré, en apariencia, como conviene estarlo, cuando se acude a las citas del amor « prohibido » que dice Gabriel...

Y para más acentuar el misterio me subí el cuello del abrigo, me bajé el ala del sombrero, y pensando trémula, en los ojos

que iban a verme así dentro de algunos momentos, quise verme yo misma, y volví a asomarme al espejo.

Pero como ya la luna se había nublado casi enteramente, y como aún no había ni esperanzas de sol, allá, sobre la blanca lámina, sólo pude ver que mi silueta negra, se fundía de un todo en la negrura del ambiente... Y de nuevo, sin que supiera la causa, volvió a estremecerme de pies a cabeza aquel mismo frío supersticioso e intenso...

¡Ah! ese frío intenso del miedo, sobre los cuerpos exhaustos por el desvelo, y la visión horrible de la muerte! ¡Cómo paraliza nuestros movimientos en la obscuridad, cómo se alía con ella, y como nos hace anhelar la luz, disipadora de conjuros, y de influencias extrañas!...

Frente al espejo, vestida de negro, perdida casi mi silueta entre las sombras, volví a sentir la racha helada y esta vez, fué creciendo tantísimo sobre mi cuerpo inmóvil, que, por fin, desesperando ya de que el sol se decidiese a salir, en un brusco movimiento irreflexivo, me decidí yo por él, y a tropezones, muy de prisa, con pasos acelerados e inciertos, llegué hasta la cabecera de la cama, le di la vuelta a la llave eléctrica, y se encendió la luz grande que desde el techo alumbra con mucha claridad todo este cuarto. Una vez encendida la lámpara, se disipó mi espanto, pero al momento comprendí que ahora, bajo la luz artificial, una nueva influencia muy definida, y mucho más terrible que el miedo, me estaba agarrando con inmensa fuerza de atracción. No obstante, sin atenderla, para zafarme de ella con rudo de palabras, me dije en alta voz que era menester arreglar un pequeño avío de viaje, con los objetos más indispensables de mi uso. Y trajinando a izquierda y a derecha, por todo el cuarto, nombrándolos uno a uno mientras los buscaba, comencé a reunirlos en montón sobre la cama...

Pero los objetos familiares, vistos a plena luz, en los momentos de crisis aguda, tienen una alma viva que nos habla, nos hace señas, se agita bajo el contacto de las manos, y a

veces hasta nos muerde, y nos araña los dedos al ir a cogerlos... ¡Sí!... el cepillo de dientes, con su perfume de dentífrico medio desvaído, es una voz lejana que llama y aconseja... la polvera cerrada con la mota que se mueve dentro como una presa, es una conciencia muy delicada que formula en voz baja su protesta... el peine que se agarra con los dientes a cualquier cosa deseoso de no marcharse... los alfileres que se cuelan por los intersticios del alfiletero para pinchar los dedos que van a buscarlos... el dedal con sus mil ojillos de espía, que se abren espantados recordando los ratos de costura en común... el cepillo de la cabeza que eriza sus púas agresivas siempre en acecho como las púas infinitas del remordimiento... el frasco del agua de colonia con su tapa de plata atornillada y fría... ¡ah! el metal frío de las frascos bajo la presión de las manos en el momento de la fuga!... ¡cómo protesta también, y cómo habla a gritos del frío de los puñales, y del frío de los revólveres, y de ese otro frío lejano y horrible, de la enfermedad y la miseria bajo el frío mortal del abandono!...

Pero siempre decidida y tenaz, a todo correr, sin atender a la voz importuna de las cosas, seguía acumulando mis enseres de viaje sobre la cama, aún tendida e intacta, por la noche de vela. Cuando todos los objetos estuvieron ya listos, incapaz de concentrar el pensamiento para una revisión mental de lo que podría faltarme, me quedé un instante inmóvil, pasé revista con la mirada sobre los muebles, y volví a murmurar en alta voz para darme energía :

— Eso es todo. Ahora hay que añadir algo de ropa... sí... ¡de mi trousseau!

Por un segundo, disipado todo otro sentimiento, sonreí de placer evocando el delicioso efecto que hacían en mi cuerpo las combinaciones de seda rosa al transparentarse suavísimas sobre la seda blanca y mate de mi piel... Y después de evocarme a mí misma en aquel último segundo glorioso de alegría, me dirigí al armario a fin de elegir la ropa que debía llevarme.

Antes de abrir la hoja del espejo, por un nuevo sentimiento de curiosidad irresistible, quise contemplarme tal cual iba a verme Gabriel, es decir, muy de cerca y bajo los rayos directos de una luz clara...

Y volví a ponerme frente al espejo... Mirándome así, en los ojos, tan de cerca, me pareció estar en presencia de una persona muy familiar y muy querida que no era yo y que anatematizaba terrible mi conducta, con la expresión de aquella fisonomía tan pálida, tan grave, tan severa... y de nuevo, por tercera vez, ante mi propia imagen viva, arrepentida de mi curiosidad, me estremecí violentamente de los pies a la cabeza.

Sin embargo, como quería hacerme fuerte, resolví ahuyentar todos los enemigos pensamientos con el propio poder de mi belleza, y sin moverme, seguí en contemplación ante mí misma. Pero en aquel instante cruel entre el terciopelo negro del abrigo, y el terciopelo negro del sombrero, mi cara asustada, pálida y exhausta, se asomaba enteramente decaída, con el quebranto ojeroso de los enfermos y el marfil funerario de las rosas marchitas... Ante aquella calumnia odiosa del espejo, erguida frente a él le contesté furiosa que no, que era mentira, que aquella imagen blanca y pálida, era mi propia imagen, la fina, la de la belleza indiscutible, la misma, la misma imagen triunfal y gloriosa, que Gabriel adoraba y que Gabriel esperaba anhelante, muerto de sed por ella... Y desafiando al espejo, luego de exaltar así mi propia imagen, traté de sonreirle... pero no pude sonreír; y en la avidez del esfuerzo, sólo vi cómo los labios blancos se estremecían imperceptiblemente, con un temblor continuado y nervioso. Me dije entonces que todo obedecía a la falta de pintura, y al instante, para dar vida a aquella boca trémula y descolorida y para hacer destacar en la sonrisa la blancura de las mejillas de la blancura de los dientes, entre los objetos acumulados encima de la cama, fuí a buscar la pintura, y me puse carmín sobre los labios.

Pero la boca encendida siguió muda y siguió temblando obsti-

nadamente en el espejo... Y como aquel temblor en la mentira roja me recordase, de repente, las bocas encendidas que sobre el cansancio de sus rostros suelen llevar las mujeres de mala vida, muy de prisa, con un pañuelo blanco, volví a quitarme el carmín que me animaba los labios temblorosos...

Después abrí el armario.

Mi trousseau rosado y oloroso, estaba tendido como siempre, en ordenados montones sobre su tabla. Hambrienta de sentir alegres y voluptuosas impresiones, que me animasen el espíritu, tomé con ansia entre mis manos una de las rosadas hileras y por ver qué me decía ahora la caricia de la seda junto al rostro, al igual de otras veces, con las dos manos llenas, ahuecadas y juntas, tal cual si en ellas se desbordase alguna loción ideal, lentamente, entre las perfumadas suavidades, sumergí el rostro desvelado y rendido. Pero en esta ocasión, el contacto de la seda, al inundarme en caricias la piel de las mejillas, no me habló de su origen sugestivo de París, ni me habló de amor, ni me habló de mi propia belleza, sino que, por una extraña asociación de ideas, vino a recordarme vivamente con infinita crueldad, su origen primitivo y anterior: el de aquellas dos esmeraldas antiguas, que estaban engarzadas en una complicadísima filigrana de oro, y colocadas muy juntas dentro de una cajita de raso verde que olía a cedro y a vetiver... y simultáneamente, en mis oídos, me puso también muy nítida y muy clara la voz de Abuelita, que aquí mismo, en mi cuarto, me había dicho un día tendiéndome las esmeraldas en su estuche abierto :

— ...Fueron de mi Madre, María Eugenia, y siempre las reservé para dártelas a ti de regalo el día de tu matrimonio. Eran mi única prenda de valor...

Por espantar lejos de mí tan dolorosa imagen, separé de mi rostro las piezas de seda, las dejé bruscamente sobre la cama, medí con la vista la rosada extensión sembrada en la tabla de mi armario, y desafiando la evocación con infinita

energía, volví a hablar en voz alta y dije mientras continuaba el hilo de mis preparativos :

— Pues... casi... casi... podría llevármelo todo.. ¡la seda bien doblada ocupa tan poco trecho !

Y sin pensarlo más, en unas cuantas brazadas, transporté del armario a la cama, el jardín de rosas que sembraba la tabla. Luego fuí a buscar mi neceser de viaje, lo abrí encima de una silla, y me quedé un largo rato plerpleja, comprendiendo que era de todo punto imposible, poner dentro del neceser el contenido de la cama...

Recordé de pronto que allá fuera, junto al lavadero, en el cuarto donde tía Clara tiene guardado con mucho esmero los muebles ya inservibles, el armario grande de la ropa blanca, el otro armario grande de la loza fina, y las cestas y baúles de viajes, había una maletita de cuero negro en bastante buen estado, menos voluminosa quizás que el neceser, y en la cual, dada su forma chata y alargada, podría caber, comprimiéndolo muy bien, todo mi reducido equipaje.

Y considerando el proyecto seguí perpleja entre la silla y la cama...

¡Sí! decididamente, había que prescindir del neceser e ir a buscar la maleta... ¡ ir a buscar la maleta !... ¿ y cómo atravesar por el patio, y por el corredor, y pasar después por la cocina, y abrir la puerta del corral, y bajar el escalón del lavadero, y cruzar luego a la derecha, y entrar por fin en el cuarto de los baúles y de los muebles viejos, haciendo todo el trayecto a tientas, sin encender luces que podían delatarme, y con aquel miedo espantoso que me causaba ahora la oscuridad?...

Para comprobar la oscuridad del trayecto, me vine a esta puerta que da al patio, la abrí, asomé en ella la cabeza, y me pareció que allá, pasado el patio, todo el corredor se hundía en unas tinieblas profundas, que eran espantosamente lúgubres e impenetrables... Entonces levanté los ojos a la altura, y vi

que en el cielo, apenas brillaba uno que otro lucero muy turbio y mortecino... Era que estaba nublado... Quizás iba a llover... Y angustiada, dentro de aquel cerco donde me tenían presa el miedo y las tinieblas, murmuré en voz muy baja, con los ojos implorantes y fijos en un lucero que se apagaba

— Pero ¿ cuando será de día ¡ Señor ! cuándo será de día ?

Cerré la puerta, volví al centro del cuarto, y de nuevo me quedé en contemplación ante el neceser abierto, y los objetos reunidos sobre la cama.

Por fin resolví:

— Será lo mejor eliminar complicaciones, tomar solamente algunas piezas de ropa, poner lo más indispensable dentro del neceser, dejar lo demás en su sitio, y aguardar la hora de la partida, prescindiendo así de la maleta y del trousseau. Y miré tristemente mi trousseau que de antemano, dócil y suave tendido en la cama se resignaba a todo... ¡Mi trousseau!... tan lindo, y tan deseado, y tanto favor cómo me hacía!...

Pero al punto reaccioné : ¡Ah! no, no, no! ¡Dejar mi trousseau no, eso jamás! Preferible sería esperar pacientemente a que amaneciese e ir entonces a buscar la maleta, con luz, y por consiguiente sin miedo... Pero... ¿y si al amanecer las sirvientas estaban ya despiertas, y hasta levantadas, y hasta trajinando quizás por el corral y la cocina ?... ¡ No ! no podía esperar: era preciso llevarme el trousseau, era preciso ir a buscar la maleta, y era preciso ir de una vez, sin aguardar más tiempo, ahora que las sirvientas dormían, y así... oscuro y todo... y sin ninguna luz... y a tientas... y muerta del miedo... y en seguida... sí... en seguida : ¡ ya !

Por segunda vez me dirigí a esta puerta que da sobre el patio ; la abrí, salí por ella, y sin resolverme a andar, con la mirada fija en la oscuridad del corredor, me quedé un rato de pie sobre la faja luminosa que proyectaba en el suelo del patio la puerta a medio abrir de mi cuarto encendido...

Por fin, trémula, conteniendo el aliento, escuchando a cada paso los violentos latidos que me daba el corazón, alumbrada por las dos fajas de luz que tendían sobre el patio la puerta y la ventana abierta de esta habitación, me fuí caminando hasta llegar al codo que forma la cocina a mano derecha del corredor. Una vez allí, volví atrás la cabeza para mirar lo andado, y me detuve... No llegaba a la cocina aquel destello que proyectaba en el corredor la luz de mi cuarto. Por consiguiente, para mis ojos encandilados, y para la gran exaltación de mi espíritu, la cocina enteramente en tinieblas, resultaba un antro de misterios y de horrores. Sin embargo me armé de valor, y cerrando los ojos avancé en la oscuridad. Tenía que andar a ciegas y buscar con el tacto la puerta que daba sobre el lavadero y el corral. Una caja de fósforos me habría sacado del trance, pero como no la tenía ni sabía dónde hallarla, seguí luchando contra el poder oculto que palpita en las tinieblas, y con las manos trémulas y abiertas comencé a tantear la pared de la cocina. De pronto, pensé en las cucarachas que caminan a veces, de noche por aquellas paredes, y horrorizada, alejé mis manos, retrocedí unos pasos, y aumentado mi espanto con mi horror a las cucarachas, me quedé en plena oscuridad, entumecida, inmóvil, aguzando en el miedo la finura de mi sensibilidad física que parecía concentrarse toda entera, en los latidos violentísimos que me daba el corazón... Entonces, escuché cómo a lo lejos, el reloj de la Catedral también latía, cantando la cantinela de una hora. Atendí con el refinamiento del oído en la oscuridad, y conté dos cuartos... ¡eran las cuatro y media !... por muy nublado que estuviese ya no tardaría en amanecer... y animada con esta esperanza del reloj, vencí mi horror a las cucarachas, volví a acercarme a la pared, busqué a tientas la puerta, sobre la puerta busqué luego el cerrojo; lo descorrí; empujé la hoja movible, me dió en el rostro el aire campesino del corral, y simultáneamente, bajo la luz imprecisa que a duras penas tamizaban las nubes, aparecieron ante mi vista

el gallinero; los árboles; los alambres florecidos por alguna que otra piera; las tapias con su alerillo de tejas; y las grandes piedras manchadas de jabón, como si todo ello se agitara en una zarabanda de formas caprichosas y fantásticas. Para colmo, en aquel propio instante, al bajar el escalón de la puerta, un bulto negro me pasó como un rayo junto a los pies, y se perdió enfrente bajo la maraña oscurísima de las matas. Era un gato de tejado que rondaba sin duda la cocina. Incapaz del menor razonamiento, al verle cruzar, sacudida por una especie de corriente eléctrica, retrocedí en un salto hacia atrás, y como en el salto mi cabeza tropezara con el plumero que estaba colgado junto a la puerta, en su sitio de costumbre, el contacto inesperado de las plumas, junto a la visión inesperada del gato fugitivo, llevaron mi terror a los límites del paroxismo. Rechazada de la pared por el roce espeluznante de las plumas, de pie, en pleno lavadero, con los ojos abiertos y fijos sobre la maraña de las matas, me quedé otra vez paralizada de espanto. Pensé regresar corriendo a mi cuarto, pero como en las pesadillas, el miedo implacable me tenía presa, y a más de tenerme presa, se había puesto a tejer en la exaltación de mi mente una tragedia absurda de temores pueriles y macabros... Inmóvil, con los ojos magnetizados por la maraña obscura, los miraba cruzar interiormente :

...¡Ah! aquel gato negro y siniestro que se había escondido allí enfrente!... ¿Quién me aseguraba que no volvería a salir de su escondite, para saltarme a traición, y sacarme los ojos como ellos suelen hacer, o bien clavarme las uñas en el cuello e irme apretando, apretando, hasta dejarme ahogada, sin que tuviese tiempo de defenderme ni de gritar siquiera?... ¡ah! los gatos negros de ojos fosforecentes, que brillan en la noche como los fuegos fatuos!... Siempre había oído decir que tenían pacto con el diablo, y con los brujos, y con los espíritus, y con todos, todos, los invisibles poderes ocultos... ¡ah! el ocultismo!... ¡ah! los espíritus que vagan incorpóreos!... ¡sí!...

¡ ¡ todo era cierto ! ! !... muchos sabios los habían visto y creían en ellos firmemente... Por lo tanto, en el cuerpo de aquel gato negro, ¿no se habría encarnado algún espíritu dominante y terrible, que quería impedir a todo trance que me marchase con Gabriel?... Era quizás algún espíritu muy poderoso que leía en el porvenir... tal vez fuese el de alguien que se interesaba mucho por mí... alguien... alguien...¿ quién podría ser ?... ¡Ah! sin duda que era « él » quien me tenía sugestionada, y contra mi voluntad, me había hecho salir de mi cuarto, me había hecho venir indefensa hasta el corral, y me tenía ahora allí, como encadenada, sólo, sólo, para impedir mi fuga... ¡y Dios sabe por qué medio espantoso y siniestro!... ¡impedir mi fuga!... impedir...

Reaccionando de nuevo y de golpe, con aquella extraña energía nerviosa que me daba a ratos el recuerdo de la carta de Gabriel, exclamé interiormente, desafiándolo todo :

— ¡Pues me iré! a pesar de « él » y a pesar de los otros...! ¡sí!... me iré con Gabriel que está vivo, y es fuerte, y es joven, y es rico, y me quiere con locura y me hará feliz, y me querrá siempre... ¡sí!... ¡me querrá siempre!... ¡ ¡me querrá siempre! !...

— ...¡Ah!... ¿me querrá siempre?...

Y sintiendo como si un puñal de duda se me clavase dolorosamente mucho más hondo que el miedo, por quitármelo de encima, sin saber de mí, eché a andar de nuevo atropelladamente, entré en el cuarto de los muebles viejos, y lo mismo que había hecho un rato antes, allá en mi cuarto encendido, ahora también, en la oscuridad completa del cuarto de los muebles viejos, fuí acompañando los actos de mis manos con el ritmo sonoro de las palabras, en cuyo ruido se ahogadan un poco aquellas voces siniestras de mi pensamiento.

Con los ojos muy cerrados, y los brazos extendidos en la oscuridad, mientras caminaba tanteando los muebles, iba diciendo :

— ...Aquí, a la derecha, es el armario de la ropa blanca... bien... Esta es la mesa grande de caoba, la que está coja... Aquí la cómoda... bueno... El armario de la loza... La pared del fondo... Un baúl... sí... otro baúl... Aquí. . . ¡aquí está la maleta!...

Y cogiéndola por las asas la levanté en plena oscuridad. Al tirar de la maleta algo cayó al suelo haciéndose trizas con el correspondiente escándalo de vidrios rotos. Espantada por el estrépito del accidente volví a dar un salto nervioso como ante la visión del gato negro. Luego, recordé el florero desportillado que estaba sobre la maleta, comprendí lo ocurrido, y regresando al mundo de los peligros reales me di a reflexionar:

— ¡Ay Dios mío!... ¡si se habrán despertado las sirvientas con este ruido infernal!

Acometida por un temor racional y probable, me quedé quieta durante mucho rato, espiando la más leve señal de alarma mientras disponía mentalmente una explicación verosímil a aquella singularísima excursión. Pero no se oía ningún ruido. Nadie se había despertado... no... el silencio era absoluto... se comprendía que en la casa todo el mundo dormía aún profundamente. Sintiendo que un gran peso se me quitaba de encima, con la maleta en la mano, resolví por fin volver a mi cuarto, pasando a toda prisa por el lavadero y la cocina y avancé unos pasos hacia la puerta. Pero antes de llegar a ella, por una extraña fascinación, me detuve, y desde el centro del cuarto, me puse a mirar otra vez el sitio oscuro donde se había escondido aquel gato.

Ya parecía amanecer. Todo estaba tranquilo, tranquilísimo. El corral era el mismo de siempre, con sus alambres florecidos de piezas blancas, y su suave dulzura campesina... ¿por qué, pues, le tenía miedo?

De pronto me estremecí: ¡Ah!... allí... allí... allí mismo, en la maraña donde se había escondido el gato había un destello...

una luz... ¡ay!... ¡qué horror!... ¿si saldría de los propios ojos del gato-... si sería quizás el pálido reflejo, que anuncia a los fantasmas anunciándome ya, la visión terrible de aquel espíritu que el gato llevaba encarnado ?... Y la luz crecía... crecía... crecía... ¡ Ah ! no era una ilusión, no... Ahora ya no parecía salir de la mata... ahora la luz bailaba... Cómo bailaba Dios mío por todo el corral!... también, también, hacia la izquierda, se escuchaba algo... era algo que parecía arrastrase lúgubremente, por el suelo... algo que se acercaba, y se acercaba más, y se acercaba más mientras la luz crecía... ahora tropezaba ligeramente contra la puerta de la cocina... ahora bajaba clocleando el escalón... seguía con su raudal de luz movible, cruzaba a la derecha, y venía... venía hacia el cuarto. ...hacia el cuarto... ¡hacia mí!...

— ¡ ¡Ah! !...

Y como si fuese el espectro de alguna singular alucinación chinesca, puesta de kimono y de pantuflas, con su trenza rala caída sobre la espalda, una palmatoria encendida en la mano, y el rostro animado por los gestos de mil interrogaciones, frente al cuarto de los muebles viejos, apareció grotesca, y trágicamente, la figura asustada de tía Clara.

Al reconocerla tras el nimbo de luz que irradiaba la vela, y comprobar por ello que sólo me las había con el mundo de los vivos, sentí un inmenso alivio, y mientras razonaba y deducía, invisible aún entre las sombras:

— ¡Pero si eran las pantuflas y la vela de tía Clara!... ¿cómo no se me había ocurrido antes?...

Instintivamente, escondí a mi espalda la mano que sostenía la maleta, y esperé inmóvil en el centro del cuarto. Tía Clara, con los ojos encandilados y vagos, tal cual si se entreabiesen aún de entre las nieblas de un sueño, atisbó un segundo en la sombra con la vela en alto, me destacó así del ambiente oscuro, y al momento, como si ella también se aliviase de algún inmenso temor, me interrogó muy suave y extrañada :

— ¿Y qué haces aquí, María Eugenia?... ¡A estas horas!... pero... ¿estás de sombrero!... ¡ ¡y con el abrigo nuevo de terciopelo! !...

Escondida siempre la maleta, con el rostro muy bien protegido en la sombra para la desnudez de la mentira, sin el menor sentido lógico, me puse a balbucir maquinalmente las más absurdas y contradictorias explicaciones :

— Era... tía Clara, que no podía dormir... ¿ sabes ?... pero nada, ni un minuto siquiera en toda la noche!... ¡claro como hace tanto tiempo que no duermo!... y entonces, pensando en tío Pancho, quise oír una misa por su alma... y para no ir más tarde... por el luto... ¿comprendes?... me levanté temprano... y como tenía frío me puse el abrigo. ...y de una vez me puse también el sombrero... pero después, al salir, vi que era demasiado temprano... y como sentía... ¡yo no sé!... mucha angustia, mucho calor, me vine al corral a esperar que amaneciera... pero allá afuera ¿sabes?... hay muchísima humedad y por eso me vine a este cuarto... a esperar aquí más bien...

Creo ahora con toda evidencia que tía Clara debió conmoverse muchísimo ante aquel profundo sentimiento de piedad religiosa que me inducía a salir tan temprano después de una noche de insomnio. Gracias a su gran emoción no fijó mientes en más nada, y no cayó en cuenta de los tropiezos y vacilaciones con que yo ensartaba la contradicción de mis mentiras. Así fué que sin dejarlas terminar, aureolada siempre por la luz saltona de su vela exclamó enternecida, vehemente, cariñosísima :

— ¿Tú ves?... ¿tú ves, mi hija? ¡Si te lo mandé a decir anoche con María del Carmen, que no te tomaras aquella taza de esencia de café! Pero como no quisiste comer en la mesa sino en tu cuarto, no me hiciste caso y te bebiste el café... ¡ cómo si lo viera!... ¿Y por qué no me avisaste tampoco que estabas desvelada?... Te hubiera dado unas gotas de agua de azahar, o te hubiera hecho al momento una infusión con hojas de lechuga, que es admirable para el sueño... Y después más

tarde, hubiéramos ido a misa las dos juntas... más tarde... ya lo creo, no es preciso ir tan temprano por el luto: ¡qué exageración!

Permanecí inmóvil, como atontada, sin contestar una palabra, sorprendida ante aquella conmovedora y absurda credulidad que todo lo resolvía.

Ella, con el pobre rostro soñoliento y exhausto, que parecía ahora doblemente ridículo por el desprestigio del engaño, y por aquel aire chinesco que le daba el kimono y la trenza rala en el bailotear de la vela seguía explicando:

— Piensa, piensa, cuál sería mi susto al ir a tu cuarto, no encontrarte en él, buscarte después por toda la casa, y ¡nada! Como esto de por aquí estaba en tinieblas, no podía imaginarme que te hubieras venido al corral así... tan oscuro. ¡Ah! ¡y aquel desorden que tienes en el cuarto!...

Al llegar aquí, sonrió con una sonrisa de suave reproche, que a mí me pareció espantosamente dramática, y añadió enternecida moviendo la cabeza:

— ¡Hasta desvelada, María Eugenia, hasta de noche, Dios mío, tienes la manía de doblar y desdoblar el trousseau encima de la cama!

Yo continuaba impasible, sin moverme, oprimiendo las asas de la maleta escondida a mi espalda, mientras ella, inmovilizada sin duda por mi propia inmovilidad, excitada también por los temores que no asaltan en la noche, prosiguió locuaz aquel diálogo absurdo, celebrado de pie, en la oscuridad del cuarto de los muebles viejos, ella en kimono, yo de sombrero, y entre las dos para mayor intensidad excéntrica la luz bailoteante e intermitente de la vela:

— Me levanté ¿sabes? porque Mamá empezó a sentirse mal con la fatiga, pero mal, muy mal... ¡ah! cada día está peor!...

Suspiró, y junto a su boca, la luz de la vela se entremeció ligeramente en el dolor del suspiro.

— ...para darle las gotas, fuí a buscar agua al comedor, y me llamó mucho la atención la luz encendida de tu cuarto. Después que atendí a Mamá, fuí a ver si tenías algo, y piensa cuál sería mi sorpresa, al no encontrarte en el cuarto, ni en ninguna otra parte... Me pareció... ¡ah! yo no sé por qué me pareció que te estaba pasando algo... sí... yo no sé qué... alguna desgracia muy grande!... Y como un rato después oí ruido por aquí...

Unas cuantas palabras hubieran bastado para acabar de destruir cualquier leve sospecha que se levantara todavía en el ánimo de tía Clara, continuar de este modo el engaño y realizar mi proyecto media hora más tarde. Sin embargo, aquellas palabras tan fáciles, aquellas palabras breves y clarísimas que estaban ya dispuestas de antemano en la percepción rápida de mi mente, no las dijeron mis labios...

Desde entonces, hoy como ayer, y de noche como de día, y en la vigilia como en el sueño, no ceso a todas horas de taladrar mi conciencia con el agudo taladrar de estas preguntas:

— ¿Por qué?.... ¿Por qué fué?... ¿por qué sería?... ¿qué fantasma siniestro y presentido fué aquel que por fin, se levantó de veras en la noche misteriosa de mí misma?...

¡Sí! el fantasma se levantó como un espectro en la sombra, y dominante, poderoso, terrible, habló por mi propia boca, tomó mi destino entre sus garras, lo destrozó cruelmente, e imperativo y tirano lo puso luego a andar sobre estos rieles ásperos, estos dos rieles sin vuelta que suben iguales y empinados hacia la aridez de mi futuro, hacia la arena ardiente del desierto por el cual, sin reposo habré de caminar ya siempre... ¡siempre!

¡Ah! ¿qué fantasma sería?...

No sé... ¡no! no sé, ni he sabido, ni sabré nunca nada del profundo ocultismo que se agita en el hondo subterráneo de mi alma. En estas últimas horas de decaimiento y resignación,

he sufrido mucho aguzando la memoria para bien analizar las causas que determinaron mi conducta. Es inútil. En mi memoria hay un vacío. Del final de aquella escena, y de lo que ocurrió después, sólo tengo impresiones desvaídas. Sólo recuerdo vagamente, que mientras tía Clara me hablaba con su kimono chinesco, y su trenza rala, y su vela encendida, comencé a perder la conciencia de mi propia personalidad; sentí que algo muy agobiante se ensanchaba en mi pecho, y se ensanchaba más y más, hasta que al fin, cuando ella dijo: « no sé por qué me pareció que te estaba pasando una desgracia muy grande... » Sin oír más nada, ni saber ya de mí, inconsciente y veloz, con un grito espantoso que debió ser a la vez como el grito del que pide misericordia, y como el grito que ahogará sin duda la muerte en los labios torturados del suicida, yo también, desamparada y suicida, dejé caer de golpe la maleta que rebotó por el suelo, me dirigí en carrera hacia la puerta, y con los brazos tendidos, y aquella voz que no parecía estar hecha de mi propia voz, imploré dos veces desesperadamente :

— ¡ Ah tía Clara ! tía Clara ! Que no me dejes hoy sola ! ¡ Que yo también quiero quedarme aquí con la pobre Abuelita, como tú, tía Clara, como tú !

Y me agarré con las manos crispadas a su cuello, mientras mi cuerpo entero estremecido de sollozos, y bañado de lágrimas, se sacudía preso en el espasmo terrible de las crisis nerviosas.

Todavía tengo en mis oídos la obsesión de aquella voz, alarmada, condolida y suavísima de tía Clara, que preguntaba maternalmente junto al drama profundo de mis dos manos crispadas a su cuello, y de mi cabeza escondida en su seno:

— ¿ Pero qué tienes, mi hija ?... ¿ qué te pasa ?.. ¿ qué es ?... ¿ qué es ?...

Mientras yo, por la intermitencia de los sollozos repetía maquinalmente en todos los tonos apagados del terror :

— ¡Que tengo miedo, tía Clara!... ¡que tengo miedo!... ¡miedo!... ¡miedo!... ¡miedo!!...

¿Y después?...

Después no sé. Creo que tía Clara volvió a hablarme del café que me había desvelado, me habló de excitación nerviosa, me habló de mis noches de insomnio, me habló de la impresión causada en mí por la muerte de tío Pancho, mientras que paso a paso, teniéndome siempre estrechamente abrazada, entre aquel raudal de lágrimas y de sollozos, me condujo por el lavadero, la cocina, el corredor, me pasó luego por la herida sangrienta de mi cuarto encendido sobre el patio, y me dejó por fin rescostada en la propia cama de Abuelita...

Allí, muy cerca de Abuelita que escuchaba conmovida la relación de tía Clara, mi cuerpo extendido bajo el renunciamiento absoluto de mi voluntad, tenía ya la inmovilidad horrible de los cuerpos encadenados para el suplicio...

Y por la inmovilidad horrible, muy lentamente, con la voluptuosa crueldad de los martirios prolongados, fué pasando poco a poco aquella muchedumbre de sentimientos en lucha, aquella sanguinaria muchedumbre interior, que ahora no puedo reconocer ya, porque su paso destructor me dejó casi ciega la memoria.

No obstante recuerdo algo... sí... recuerdo vagamente...

En la visión física de los ojos, frente por frente, sobre la pared, eran las grandes rosas desmayándose a intervalos por la tapicería; el retrato del Abuelo Aguirre con su uniforme de prócer, el gran armario antiguo por cuyo laberinto de tallados se perdía a ratos el dolor de mi vista; en el rincón, la silla de mimbres; junto a la silla el altar; sobre el altar el viejo nazareno venerable, negro de años, cargando la cruz dentro de su redoma; y de pronto, junto a mi boca, el calmante que me tendía tía Clara, en una copa que era del juego de cristales en que bebemos las tres todos los días...

...Pero allá... ¡ah!... allá, adentro, en la visión interna

de la mente, era la atracción desesperada de la carta ¡la carta! con su gran aureola brillante de amor y de ignominia, que me llamaba a gritos, prendida como una llama sobre la piel del seno, alumbrándome clarísima en la imaginación, la puerta de la calle, el andar de los pasos contados que me separaban de la esquina, el voltear de la esquina, el automóvil, y en el automóvil; ¡él! loco de amor, trémulo de ansiedad, acechando los transeuntes, devorando la calle con los ojos, y esperando, esperando, esperando, ¡siempre esperando!

¡Ah! el dolor horrible de aquella fisonomía de Abuelita, demacrada y condenada a muerte, acariciando con sus manos en mi frente y con su voz en mis oídos, el suplicio de la tentación aún encendida que me estaba martirizando a fuego lento... ¡ y el reloj que avanzaba !... ¡ y el día que brillada por fin !... y un rayo de sol que se iba extendiendo por el suelo... y siempre fijo en la imaginación, el pretexto para salirme del cuarto, el trayecto cortísimo para llegar a la esquina, en la esquina el gran punto negro del automóvil cerrado, y dentro del automóvil la felicidad eterna de mi vida, sacrificada de muerte, ya en capilla, esperando su indulto todavía...

¡Ah! no, no, el suplicio horrible de aquella mañana, cuya luz no debieron mirar nunca mis ojos, aquel suplicio cruel, aun cuando mi memoria lo retuviese en detalles, yo no podría describirlo ahora con palabras... ¡las palabras no dicen!... ¡las palabras no saben!...

∴

Después de las horas de tormenta, cuando ya el tiempo transcurrido había resuelto por completo el gran dilema, cansada de llorar, rendida y exhausta, fuí cayendo poco a poco bajo la acción de los calmantes, y al fin, acabé por dormirme tendida siempre cerca de Abuelita, cuya voz suave me acariciaba los oídos, con el sabio arrullar de los cantares de cuna.

Aquel sueño agitado lleno de vida subconsciente fué cortísimo. Cuando volví de él, abrí los ojos, los fijé frente a mí sobre los tallados laberintos del armario palpitantes aún por los recuerdos de la lucha, y saqué esta conclusión:

— ...porque ahora, despues de lo que sé: ¡ya no puedo casarme con Leal!

Recordando el telegrama que me había dado Gabriel en casa de tío Pancho, pensé en la llegada del tren, miré la hora avanzada del reloj, sin decir una palabra me levante de la cama, me dirigí al teléfono, llamé a Leal, atendió él mismo, y luego de oír indiferente sus palabras de pésame, le rogué que viniera a verme, lo más pronto posible, porque tenía algo muy urgente y muy interesante que decirle.

Cuando un rato después vinieron a avisarme que Leal había llegado, me dispuse en seguida a recibirlo, y levantandome de la silla donde me hallaba sentada, me encaminé al salón. Tía Clara, al ver que me iba inmediatamente tal como estaba, sin arreglarme y sin advertir a nadie, me preguntó extrañadísima:

— ¿Pero vas a recibirlo así, María Eugenia?... Sola, con ese vestido ajado, y sin empolvarte siquiera?

Entonces para preparar su ánimo a la noticia sensacional que pensaba participarle un instante después, me detuve y le contesté resueltamente:

— Si Leal ha venido a estas horas, tía Clara, es porque yo misma le llamé para hablar « sola » con él. Le llamé con urgencia, y cuando se llama a una persona urgentemente no se le hace esperar. Además: ¡tampoco estoy de humor para presunciones! Y seguí mi camino.

Cuando entré en el salón donde me esperaba Leal, iba resuelta, llena de firmeza, segura de mí misma, y sentía palpitar en mi alma una inmensa aversión hacia él. Recuerdo que llevaba preparada mi frase de ruptura y que por el camino la había ido repitiendo mentalmente: « Leal, en estos días

de tu ausencia, he comprobado que no te quiero lo suficiente para casarme contigo, y por lo tanto, como se trata de la felicidad de nuestra vida entera...» Pero al asomarme a la puerta del salón, él que sin duda habia escuchado mis pasos, a mi vista, se levantó muy sorprendido, vino hacia mí, me saludó cogiendo mis dos manos entre las suyas, me consideró extrañadísimo durante un rato, y acabó por decir más o menos aquello mismo que había dicho Abuelita la víspera en la mañana:

— ¡ Ah, qué demacrada !... ¡ Qué pálida y qué delgada te encuentro, María Eugenia !... ¿ pero cómo has podido quebrantarte de ese modo en unos días?

Instintivamente volví la cabeza para mirarme al espejo, y en efecto descuidada como estaba, me encontré pálida, sin vida, ojerosa, casi fea, y me encontré sobre todo un notable parecido con la fisonomía marchita de tía Clara. Dado el estado de pesimismo nervioso en que me hallaba, aquel parecido brilló de pronto en mi mente como la luz de alguna revelación horrible, recordé la escena de la madrugada frente al espejo de mi armario, y recordé también aquella frase que había oído decir muchas veces a propósito de tía Clara :

« — Fué flor de un día. Preciosa a los quince años, a los veinticinco ya no era ni la sombra de lo que había sido... »

Me pareció que aquello lo estarían diciendo ya a propósito de mí, e imaginé mi belleza en completa decadencia. Ante semejante catástrofe se levantó en mi alma una legión de sentimientos cobardes. Mirándoles surgir tan bruscamente me quedé unos segundos cohibida, desorientada, suspensa... Después, poco a poco retiré mis manos de las manos de Leal, le invité a sentarnos e instalados los dos en el sofá de damasco, me puse a decir balbuciente :

— Es que las malas noches ¿comprendes? me han quebrantado mucho... Eso pasará cuando descanse unos días... porque: ¡también anoche dormí muy mal!

Y presurosa al decir así, me arreglaba el pelo, y me alisaba la falda con las manos abiertas.

Mientras yo hablaba, él, por su lado, siguiendo su arraigada costumbre se había reclinado tanto sobre el respaldar del sofá que el respaldar crujió. Por variar de postura apoyó la cabeza sobre la mano cerrada, me miró con los ojos penetrantes y fijos, y así, con los ojos clavados en mí, y con el solitario que era como otro ojo terrible clavado junto a su sien, me preguntó aureolando la interrogación con las luces del brillante.

— Y bien, veamos, veamos, ¿qué es eso tan interesante y tan urgente que necesitas decirme?

Y con la mano que le quedaba libre, tiró la punta del pañuelo de seda que se asomaba a uno de sus bolsillos, se enjugó todo el rostro, esperando indulgente mi contestación y un penetrante olor mezclado de tabaco fino, y Origan de Cotty « el olor de Leal » tan familiar a mi olfato, se extendió, sugestivo, por todo el ambiente.

Yo estaba aún perpleja, aplicándome a mí misma el dolor de aquellos juicios oídos a propósito de la belleza fugaz de tía Clara; perdida toda unidad de pensamiento, y embrollada la redacción firme y precisa de mi frase de ruptura. Así fué que al sentirme llamar a la evidencia por el imperio de aquella pregunta aureolada de luces de solitario, y cargada de Origan de Coty, busqué acorrada, cualquier transacción momentánea, y volví a decir tímida y balbuciente:

— Es que... quería hablarte acerca de nuestro matrimonio creo... es decir, me parece mejor que no lo efectuemos todavía... vamos a esperar... por lo menos a que pasen unos meses...

Pero él, con aquella voz enérgica y clarísima, que sabe siempre lo que quiere y precisa siempre lo que dice, levantó la cabeza de su apoyo, irguió el busto muy imperiosamente contra el respaldar del sofá, y me interrumpió al instante:

— ¡No, no, no, de ninguna manera!... Yo no creo que un matrimonio ya en esponsales deba suspenderse jamás por cues-

de tu ausencia, he comprobado que no te quiero lo suficiente para casarme contigo, y por lo tanto, como se trata de la felicidad de nuestra vida entera...» Pero al asomarme a la puerta del salón, él que sin duda habia escuchado mis pasos, a mi vista, se levantó muy sorprendido, vino hacia mí, me saludó cogiendo mis dos manos entre las suyas, me consideró extrañadísimo durante un rato, y acabó por decir más o menos aquello mismo que había dicho Abuelita la víspera en la mañana:

— ¡ Ah, qué demacrada !.. ¡ Qué pálida y qué delgada te encuentro, María Eugenia !... ¿ pero cómo has podido quebrantarte de ese modo en unos días?

Instintivamente volví la cabeza para mirarme al espejo, y en efecto descuidada como estaba, me encontré pálida, sin vida, ojerosa, casi fea, y me encontré sobre todo un notable parecido con la fisonomía marchita de tía Clara. Dado el estado de pesimismo nervioso en que me hallaba, aquel parecido brilló de pronto en mi mente como la luz de alguna revelación horrible, recordé la escena de la madrugada frente al espejo de mi armario, y recordé también aquella frase que había oído decir muchas veces a propósito de tía Clara :

« — Fué flor de un día. Preciosa a los quince años, a los veinticinco ya no era ni la sombra de lo que había sido... »

Me pareció que aquello lo estarían diciendo ya a propósito de mí, e imaginé mi belleza en completa decadencia. Ante semejante catástrofe se levantó en mi alma una legión de sentimientos cobardes. Mirándoles surgir tan bruscamente me quedé unos segundos cohibida, desorientada, suspensa... Después, poco a poco retiré mis manos de las manos de Leal, le invité a sentarnos e instalados los dos en el sofá de damasco, me puse a decir balbuciente :

— Es que las malas noches ¿comprendes? me han quebrantado mucho... Eso pasará cuando descanse unos días... porque: ¡también anoche dormí muy mal!

Y presurosa al decir así, me arreglaba el pelo, y me alisaba la falda con las manos abiertas.

Mientras yo hablaba, él, por su lado, siguiendo su arraigada costumbre se había reclinado tanto sobre el respaldar del sofá que el respaldar crujió. Por variar de postura apoyó la cabeza sobre la mano cerrada, me miró con los ojos penetrantes y fijos, y así, con los ojos clavados en mí, y con el solitario que era como otro ojo terrible clavado junto a su sien, me preguntó aureolando la interrogación con las luces del brillante

— Y bien, veamos, veamos, ¿qué es eso tan interesante y tan urgente que necesitas decirme?

Y con la mano que le quedaba libre, tiró la punta del pañuelo de seda que se asomaba a uno de sus bolsillos, se enjugó todo el rostro, esperando indulgente mi contestación y un penetrante olor mezclado de tabaco fino, y Origan de Cotty « el olor de Leal » tan familiar a mi olfato, se extendió, sugestivo, por todo el ambiente.

Yo estaba aún perpleja, aplicándome a mí misma el dolor de aquellos juicios oídos a propósito de la belleza fugaz de tía Clara; perdida toda unidad de pensamiento, y embrollada la redacción firme y precisa de mi frase de ruptura. Así fué que al sentirme llamar a la evidencia por el imperio de aquella pregunta aureolada de luces de solitario, y cargada de Origan de Coty, busqué acorrada, cualquier transacción momentanea, y volví a decir tímida y balbuciente:

— Es que... quería hablarte acerca de nuestro matrimonio creo... es decir, me parece mejor que no lo efectuemos todavía... vamos a esperar... por lo menos a que pasen unos meses...

Pero él, con aquella voz enérgica y clarísima, que sabe siempre lo que quiere y precisa siempre lo que dice, levantó la cabeza de su apoyo, irguió el busto muy imperiosamente contra el respaldar del sofá, y me interrumpió al instante:

— ¡No, no, no, de ninguna manera!... Yo no creo que un matrimonio ya en esponsales deba suspenderse jamás por cues-

tiones de duelo. Diez días después de la muerte ¡y eso basta!... ¡ni un día más! Lo haremos en absoluta reserva, solamente la familia... fíjate que de otro modo...

Y para demostrarme los inconvenientes de retrasar el matrimonio. y las ventajas de efectuarl dentro del plazo ya dicho, la voz de Leal, resuelta, viril, desbordante de palabras, de lógica. y de buen sentido, comenzó a desarrollar argumentos y a enumerar circunstancias. Era el cambio completo de planes con mil trastornos posibles en los negocios; era el estado de Abuelita que acababa de saber, y que podía complicarse; era la casa ya dispuesta de un todo; era la otra casa de campo alquilada para la luna de miel; era su familia que debía ausentarse; y eran mil y mil otras cosas apremiantes e inaplazables, que ya no recuerdo.

Sin darme por vencida queriendo replicarle comenzaba:

— Es que... es que...

Pero no me dejaba hablar. y como seguía explicándose con tantísima locuacidad, yo, sin pronunciar ni una sílaba más, me di a observarle muda, perpleja, ausente.

En realidad de todos los poderosos argumentos, y de toda la elocuente enumeración, sólo había fijado mientes en las complicaciones que podría traernos la enfermedad actual de Abuelita. Al oirla mencionar por aquella voz concisa vislumbré nítidamente la catástrofe casi segura de mi vida, si perdía ahora esta oportunidad de casarme. Desaparecida Abuelita, eran los años de luto, y después del luto... ¡ah!... después del luto, caso de que hubiera desaparecido también el inmenso poder de mi belleza, mi única razón de ser, sólo me quedaría ya por todo programa de vida la misma existencia de tía Clara, eternamente humillada y recluída junto a tío Eduardo y su familia...

Y fué debido sin duda a estas rápidas visiones del futuro, por lo cual, unos segundos después, cuando al proseguir su enumeración la misma voz concisa, mencionó la casa que nos esperaba ya dispuesta de un todo, yo la vi abrirse en mi mente

como un asilo salvador, me dije a mí misma con inmensa satisfacción:

— ¡¡Mi casa!!

Y ya completamente vencida, no sé si por la fuerza de mi destino, o por la negación absoluta de mi voluntad, anulada por aquella voluntad poderosa, sin intentar la más ligera réplica, me di a callar definitivamente, con el silencio resignado del que otorga.

La elocuencia de Leal, exaltada por mi mutismo siguió en creciente: adujo razones, citó casos, y para bien desarrollarlos, accionó y argumentó durante mucho rato.

Yo miraba su rostro fijamente, haciendo gran alarde de atención, pero en realidad ya no le oía. Abismada en mí misma, sola ante mi drama y mi derrota, veía el hablar seguido y consideraba la inmensa vulgaridad triunfante de aquel espíritu definido, conciso, encuadrado simétricamente como una fortaleza, poderoso y precavido como ella, omnipotente para brindarle siempre a mi debilidad toda clase de apoyos materiales, e incapaz de sospechar siquiera una sola de estas delicadezas sutiles de mi alma...

En el metal poderoso de la voz, la sensibilidad de mi oído me hacía presentir muy vivamente, todo el peso protector y odioso de aquel próximo despotismo, deformando la belleza frágil de mi cuerpo, pisoteando inconsciente y cruel las ansias infinitas de mi espíritu, irremisiblemente dueño e irremisiblemente verdugo de toda mi existencia... Porque tal sentía y presentía muy vivamente, seguía mirando la persona de Leal con mi cara mentirosa de atención, sin pestañear siquiera, y mentalmente, por un irresistible sentimiento de venganza a lo que iba a ser mi eterna servidumbre, parangonaba su grotesca inferioridad con la superioridad inmensa de Gabriel, e imaginaba con algo de susto, y con mucho de perversa alegría, todo el ridículo de su ignominia, si aquello que estuvo a punto de pasar, hubiera sido...

Cuando un rato después Leal dió por terminada su visita, al

tiones de duelo. Diez días después de la muerte ¡y eso basta!... ¡ni un día más! Lo haremos en absoluta reserva, solamente la familia... fíjate que de otro modo...

Y para demostrarme los inconvenientes de retrasar el matrimonio. y las ventajas de efectuarl dentro del plazo ya dicho, la voz de Leal, resuelta, viril, desbordante de palabras, de lógica. y de buen sentido, comenzó a desarrollar argumentos y a enumerar circunstancias. Era el cambio completo de planes con mil trastornos posibles en los negocios; era el estado de Abuelita que acababa de saber, y que podía complicarse; era la casa ya dispuesta de un todo; era la otra casa de campo alquilada para la luna de miel; era su familia que debía ausentarse; y eran mil y mil otras cosas apremiantes e inaplazables, que ya no recuerdo.

Sin darme por vencida queriendo replicarle comenzaba:

— Es que... es que...

Pero no me dejaba hablar. y como seguía explicándose con tantísima locuacidad, yo, sin pronunciar ni una sílaba más, me di a observarle muda, perpleja, ausente.

En realidad de todos los poderosos argumentos, y de toda la elocuente enumeración, sólo había fijado mientes en las complicaciones que podría traernos la enfermedad actual de Abuelita. Al oirla mencionar por aquella voz concisa vislumbré nítidamente la catástrofe casi segura de mi vida, si perdía ahora esta oportunidad de casarme. Desaparecida Abuelita, eran los años de luto, y después del luto... ¡ah!... después del luto, caso de que hubiera desaparecido también el inmenso poder de mi belleza, mi única razón de ser, sólo me quedaría ya por todo programa de vida la misma existencia de tía Clara, eternamente humillada y recluída junto a tío Eduardo y su familia...

Y fué debido sin duda a estas rápidas visiones del futuro, por lo cual, unos segundos después, cuando al proseguir su enumeración la misma voz concisa, mencionó la casa que nos esperaba ya dispuesta de un todo, yo la vi abrirse en mi mente

como un asilo salvador, me dije a mí misma con inmensa satisfacción :

— ¡¡Mi casa!!

Y ya completamente vencida, no sé si por la fuerza de mi destino, o por la negación absoluta de mi voluntad, anulada por aquella voluntad poderosa, sin intentar la más ligera réplica, me di a callar definitivamente, con el silencio resignado del que otorga.

La elocuencia de Leal, exaltada por mi mutismo siguió en creciente: adujo razones, citó casos, y para bien desarrollarlos, accionó y argumentó durante mucho rato.

Yo miraba su rostro fijamente, haciendo gran alarde de atención, pero en realidad ya no le oía. Abismada en mí misma, sola ante mi drama y mi derrota, veía el hablar seguido y consideraba la inmensa vulgaridad triunfante de aquel espíritu definido, conciso, encuadrado simétricamente como una fortaleza, poderoso y precavido como ella, omnipotente para brindarle siempre a mi debilidad toda clase de apoyos materiales, e incapaz de sospechar siquiera una sola de estas delicadezas sutiles de mi alma...

En el metal poderoso de la voz, la sensibilidad de mi oído me hacía presentir muy vivamente, todo el peso protector y odioso de aquel próximo despotismo, deformando la belleza frágil de mi cuerpo, pisoteando inconsciente y cruel las ansias infinitas de mi espíritu, irremisiblemente dueño e irremisiblemente verdugo de toda mi existencia... Porque tal sentía y presentía muy vivamente, seguía mirando la persona de Leal con mi cara mentirosa de atención, sin pestañear siquiera, y mentalmente, por un irresistible sentimiento de venganza a lo que iba a ser mi eterna servidumbre, parangonaba su grotesca inferioridad con la superioridad inmensa de Gabriel, e imaginaba con algo de susto, y con mucho de perversa alegría, todo el ridículo de su ignominia, si aquello que estuvo a punto de pasar, hubiera sido...

Cuando un rato después Leal dió por terminada su visita, al

levantarse para la depedida, volvió a tomar mis dos manos entre las suyas. Entonces, con una especie de cariño muy imperioso, tal cual si aquellas manos que tenía cogidas, y el rostro, y el cuerpo entero, fuese algo inanimado, adquirido por él, que le perteneciese ya de un modo absoluto dijo:

— Ahora: ¡hay que cuidarte! Toma alguna sobre alimentación en las comidas, y sobre todo descanso... ¡mucho descanso! Luego añadió: del matrimonio no hay más que hablar ya está convenido: ¡de mañana en ocho días!

Yo respondí como un eco :

— Bueno... sí... ¡de mañana en ocho días!

Y mientras sus pasos sonoros se alejaban por el saloncito, el corredor, el zaguán, y se perdían por fin allá en la acera de la calle, sentada siempre en el sofá, me quedé un largo rato inmóvil, con los brazos caídos, los ojos clavados en el suelo, pensando... pensando...

Como resumen de todo aquel proceso violento y trascendental, sentía ahora petrificarse en mi alma un profundo desprecio por mí misma. ¡ Ah ! aquella dualidad, aquella cobardía, aquel humilde renunciamiento, aquel absurdo desacuerdo entre mis convicciones y mi conducta!... mi conducta, mi cobarde conducta que siendo criminal para conmigo, era al mismo tiempo horriblemente desleal para con aquel hombre a quien Gabriel había vejado y quien dentro de ocho días iba a darme una casa, y en ella todo cuanto necesitara, y su nombre, y su apoyo, y una posición social, y un porvenir seguro al abrigo de la miseria y de la humillante dependencia.

Y fué quizás por la necesidad absoluta de definir, y rehabilitar mi conducta ante mí misma, por lo que al fin se me ocurrió una idea.

Antes de ejucutarla miré el reloj. Eran las tres y media de la tarde. Pensé que a aquellas horas Gabriel debía encontrarse de fijo en su casa, esperando todavía alguna contestación de

mi parte. Sin pensarlo más ni perder un minuto, me vine a toda prisa a mi cuarto, cerré la puerta, y aquí sobre este mismo escritorio, testigo mudo de aquellas horas de infinito amor y de infinita esperanza de dicha, aquí mismo, sobre la blanca superficie lisa, tendí una hoja de papel que escogí entre muchas, timbrada, olorosa, nítida, y sin comprender cómo podía escribir escribí así:

« Señor Gabriel Olmedo.

Anoche leí la carta que tuvo usted el atrevimiento de dirigirme. Si no se la devuelvo hoy dentro de este mismo sobre, rota en pedazos, tal como se merece su atrevimiento, y como sería mi deseo, es porque anoche mismo, al instante de leerla, la rompí y la queme en un primer impulso de desagrado. No sé por quién me ha tomado. Creo que la víspera del día en que murió tío Pancho, allá, en el comedor de su casa, le dije muy francamente todo cuanto pensaba acerca de su persona. No quiero repetirlo hoy porque si me desagrada decir insultos, mucho más me desagrada escribirlos. El único objeto de mi carta es advertirle que si continúa usted persiguiéndome con proposiciones indignas, pase lo que pasare, pondré en cuenta de ello a César Leal... »

Al llegar aquí, el nombre « César Leal » me sonó demasado pomposo por su doble significado, y me pareció que podía prestarse al ridículo. Entonces borré las dos palabras, y puse sobre lo borrado « mi novio ». Pero como la tinta se corriese un poco demostrando el reemplazo de palabras, decidí inutilizar la carta escogí de nuevo muy cuidadosamente otro pliego, copié en él lo escrito y seguí:

« ...advertiré de ello a mi novio. Es preciso que usted sepa que no estoy sola. Tengo quien me proteja, y quiero decirle de paso, que quien sabrá defenderme contra usted, será mi marido dentro de ochos días, porque lo aprecio mucho, lo quiero

con toda mi alma y lo considero además muy superior a usted, desde todo punto de vista. »

Y firmé:

María Eugenia Alonso.

Después, con una especie de voluptuosa crueldad muy honda, releí lo escrito, doblé en dos el pliego, lo puse en un sobre, escribí encima: « Señor Gabriel Olmedo » y atropelladamente, me fuí a buscar a tía Clara y le expliqué :

— Tía Clara, he escrito a Gabriel Olmedo, como tú me dijiste ayer. Aquí está la carta. Sería bueno mandarla en seguida, porque a estas horas debe estar en su casa, y quizás más tarde ya no lo encuentren. Creo haberle oído decir que tiene un viaje entre manos, no sé adónde.

Tía Clara, satisfechísima por el buen éxito de su consejo, y por mis sentimientos de gratitud contestó:

— ¡Era muy natural! ¡muy natural! No podías dejar de hacerlo. Recuerda su conducta y su cariño.

Y se fué a buscar a Gregoria para que fuese en seguida a llevar la carta a su destino.

Gregoria en el momento de marcharse, puesto ya por la cabeza el paño negro, y la carta blanqueando entre las manos, se acercó a mí, y a espaldas de tía Clara, me preguntó muy quedo, y más que con la voz, con la fijeza de aquellos astutos ojos videntes que todo lo saben:

— ¿Espero contestación?

Yo le respondí en el mismo tono:

— Sí, Gregoria, espera.

Aún recuerdo el sonar atenuado de sus pasos al marcharse con mi sentencia cruel. Para el anonadamiento de mi alma, el rumor de aquellos pasos fué como ese otro rumor trágico y solemne que levantan los entierros cuando se van...

Pero Gregoria, que por lo visto tenía muchos asuntos particulares que despachar, se fué con la carta hacia las primeras

horas de la tarde, y sólo regresó cuando había caído enteramente la noche.

Rendida por el quebranto y la tristeza, yo la esperaba acostada ya bajo sábanas, y en medio de no sé qué especie de frenesí nervioso. Por esta razón al escuchar de nuevo el mismo rumor atenuado de los pasos que volvían por fin, como vuelve también a la casa mortuoria el rumor de los entierros que dejaron el cadáver en su fosa, al escucharlos y reconocerlos, salté vivamente de mi cama, y descalza y en camisa de dormir, asomé la cabeza a esta puerta del patio, y llamando con misterio:

— ¡ Gregoria ! ¡ Gregoria !, volví luego a acostarme

A mi llamada, entró en el cuarto, y con su paño negro que le cubría la cabeza, le hundía en sombras el rostro, y le caía alargado sobre el pecho, tal y como si fuese alguna lúgubre pitonisa, se quedó inmóvil junto a la cama esperando a que yo hablase. La penumbra del cuarto era lo suficiente para dar a la escena la gran intensidad espiritual que tienen las confidencias donde no se miran los ojos. Por esta razón aguardé también un momento, me recogí en mí misma e interrogué muy bajo, poniendo una inmensa cantidad de alma en la sencillez de la pregunta:

— ¿Le diste la carta en sus propias manos, como te encargué, Gregoria ?

Invisible y misteriosa bajo su paño negro respondió tristemente:

— En sus propias manos se la di...

Y calló un segundo para añadir después con más tristeza :

— ...Por cierto que delante de mí la leyó el pobre.

Con mi voz intensa palpitante de alma, interrogué otra vez:

— ¿ Y qué cara iba poniendo mientras leía, Gregoria ?... ¿ Y después? Algo te diría... ¿qué te dijo después cuando acabó la lectura ?

Gregoria se quedó un instante indecisa ante la ansiedad

mortal de aquellas dos preguntas, pero al fin se decidió por la verdad y relató conmovida:

— La cara que iba poniendo mientras leía, María Eugenia, yo... no se la pude ver porque se la tenía escondida la misma carta... Ahora... eso sí, después que la leyó estaba... ¿Cómo te dire?... pálido, tembloroso; lo mismito que el que ha recibido un gran susto!... Y fué entonces cuando me dijo con una especie de risa que era mucho más triste que si llorara: « Bueno... ¡qué voy a hacer! Pero dile a María Eugenia, de mi parte que todo esto que me escribe aquí: ¡es mentira!... y dile también que como no puedo embarcame hoy mismo porque ya se fué el vapor, a mediados de semana, solo, enteramente « solo » ¿comprendes? me voy de Venezuela para no volver más. »

Y Gregoria comentó:

— Digo yo que con esto querría mandarte a decir, María Eugenia, que se separa de su esposa para siempre...

Aquel sencillo relato que esperaba, había resonado en la oscuridad del cuarto y en la delicadeza de mi oído, con la horrible solemnidad con que debe sonar en los oídos de los criminales, su sentencia de muerte...

Cuando frente a mí, calló la voz dolorosa, por toda contestacion agarré con mis dos manos crispadas un gran puñado de sábana, me ahogué con él dentro de la boca un terrible sollozo que se me abría en el pecho, escondí luego la cabeza debajo de la almohada, y así, sumergida en lo más hondo de mí misma, no volví a saber más de Gregoria...

Ni siquiera escuché sus pisadas al marcharse discretas y piadosas.

En el espanto de mi dolor y en la intensidad de mi renunciamiento aquella frase misericordiosa: « Dile a María Eugenia que todo esto que me escribe aquí es mentira... » brillaba deslumbradora en mi mente como una luz que fuese a la vez de desesperación y de alegría. Muy claramente, allí mismo, en

la oscuridad blanda y negrísima de bajo la almohada, la frase repetida por la voz de Gregoria, la oía, la oía vibrar en mis oídos dicha por la voz inolvidable de Gabriel, y no cesaba de bendecirlo... ¡ Ah ! qué bueno, sí, qué inmensamente generoso y bueno era Gabriel que no había querido creer en la calumnia infame de mi carta!... Cómo desenterraba mi amor para llevárselo con él y adorarlo siempre martirizado y sangriento en su recuerdo!... Cómo los dos hubiéramos completado nuestra vida, y qué felices... ¡ah!... qué frenéticamente felices hubiéramos sido juntos!...

Y al ver, y al tocar así con mis propios ojos y mis propias manos esta inmensa mentira odiosa, sobre la cual, contrariando a la naturaleza pone flores de trapo la apariencia moral, comparé el reinado triunfante que hubiera sido mi porvenir junto a Gabriel, con lo que habrá de ser ya la esclavitud oscura que me aguarda; pensé en la injusticia inicua con que se reparten las porciones en la gran feria humana: toda la alegría para unos, todo el dolor para otros; pensé también en la fuerza invisible que conduce fatalmente los destinos, y con el rostro escondido siempre bajo la almohada mojada de llanto, condensé en una sola palabra el complejo absurdo, y murmuré muchas veces desesperada y vencida:

— ¡Ah! la Vida!... ¡la Vida!...

Y fué entonces cuando, rendida por el agotamiento de tantas emociones, me fuí quedando dormida en ese sueño largo, hondo, y oscuro, que ha durado casi veinticuatro horas.

* * *

Hoy, para poder relatar hasta el fin, mi pobre aventura triste he tenido que escribir durante mucho tiempo.

Ahora acabo de detener un instante el andar de mi pluma, y observo que es la media noche... una media noche toda blanca de luna...

Se parece a la media noche del sábado, sólo que ésta es más clara y naturalmente, tiene menos estrellas. Por lo demás todo está igual: el mismo azul de cielo; el mismo titilar de luceros: los mismos naranjos en el patio; sobre los naranjos los mismos azahares; y aquí cerca de mí la misma reja...

Sin embargo, para acompañarme en mi tristeza, hoy, todo está igual : el mismo azul de cielo ; el mismo titilar de luceros ; loca alegría todo estaba de fiesta...

¡Ah! la naturaleza maternal y buena, se alegra y se entristece con nosotros, sin mudarse por eso de vestido!... Como sus hijos los silenciosos sentimentales, ella también lleva escondida su alegría o su tristeza en lo más hondo del alma.

En cambio aquí dentro del cuarto ya es otra cosa. La muñeca lamparilla de mi escritorio ha mudado de sitio, y a mi espalda, bajo la luz insinuante de su falda esponjada, mi silloncito confidente no está vacío. Sobre él se recuesta en un lánguido desmayo blanco mi vestido de novia. Tía Clara, creyendo darme una gran alegría, me lo entró en el cuarto al caer de la tarde, cuando levantada apenas de mi cama empezaba a escribir. A esa hora me lo traían de casa de la modista. La misma tía Clara lo recibió al llegar, y presurosa, se vino a tocar a mi puerta dando voces de regocijo y de bienvenida:

— ¡Abre, María Eugenia! ¡Abre! ¡abre! ¡abre! ¡verás lo que te traigo!

Escondí un instante mis papeles, abrí la puerta, y era el vestido de novia que en brazos de tía Clara, venía rebosando de espuma su caja de madera. Ella puso la caja sobre la cama, levantó el traje por los hombros y dijo muy sonriente, quizás por distraerme de esta inmensa melancolía, que según veo me tiene ya marcado el rostro con su estigma:

— ¡ Pruébatelo ! ¡ sí, sí, pruébatelo ahora mismo, a ver cómo te queda!...

Yo, que estaba todavía de pie cerca de la puerta, displicente y algo malhumorada por la brusca interrupción, miré el

vestido de arriba abajo con un rápido vistazo y recuerdo que observé al instante:

— Ah!... no me han puesto el manto enteramente suelto como lo quería!... ¡Así no era!... así no era...

Luego, recordando que toda aquella mentira chillona del vestido, iba a cubrir para siempre mi gran verdad callada, añadí muy nerviosa:

— Pero hoy no me lo pruebo de ningún modo. Me quedaría muy mal: ¡con estas ojeras y este quebranto!...

Entonces, con mucha unción y mucho cuidado de no ajarlo, tía Clara lo recostó poco a poco sobre el sillón diciendo:

— ¡No parece cosa tuya, María Eugenia!... Recibir el vestido y no probártelo! Y yo que tenía tantas ganas de verte de novia.

— Ya me verás, tía Clara, ya me verás, no tengas cuidado. Pero hoy no. ¿No ves que hoy con esta cara y con este... cansancio que tengo resultaría una novia fea y triste?

— Fea no puedes resultar tú nunca — objetó tía Clara muy convencida.

Y sin insistir más, luego de contemplar el vestido desde diferentes puntos de vista, se salió del cuarto. Yo cerré la puerta tras ella, me engolfé de nuevo en el correr de mis recuerdos, y desde ese momento a mi espalda, el sillón confidente, se ha quedado velando cuidadoso mi lindo huésped de nieve.

Durante estas largas horas nocturnas llenas de fiebre, llenas de dolor de recuerdo, y llenas del enigma obsesionante de mí misma, había olvidado por completo la majestuosa presencia blanca. Ahora, en cambio, sentada como estoy frente a mi mesa, dejo de escribir de tiempo en tiempo, ladeo ligeramente la cabeza, y mis ojos se pierden por el ensueño de espuma...

A esta hora piadosa y reverente, el sillón con el vestido es un grupo inquietante, que en su inmovilidad se agita para decirme las mil sutilezas que sólo dicen las cosas en la paz religiosa de la media noche...

Sí... A esta hora augusta de la media noche: ¡cómo habla en silencio la negrura del sillón, y cómo calla a gritos la blancura desmayada entre los brazos negros! El sillón parece un amante sádico que abrazara a una muerta. El vestido desgonzado con sus dos mangas vacías que se abren en cruz y se descuelgan casi hasta llegar al suelo, es un cadáver... parece el cadáver violado de una doncella que no tuviese cuerpo... ¡sí!... en este momento, bajo la luz fantástica de mi lamparilla verde, el vestido vaporoso y vacío es el cadáver de un alma... ¡uno de esos cadáveres que se entierran en los sacrificios incruentos donde no se mata el cuerpo!...

Y es sin duda por eso por lo que toda yo, de la cabeza a los pies me siento vivir ahora en el grupo amoroso...

Desde mi sitio con la mirada fundida en él, lo miro, lo miro largamente, y como de costumbre, veo mucho, siento más y no comprendo bien...

¡Ah! el misterio de ese vestido que se desmaya muerto en el sillón ¿es el símbolo de mi alma sin cuerpo en los brazos de Gabriel, o será el símbolo de mi cuerpo sin alma en los brazos de Leal?...

. . . .

...¡Mi cuerpo sin alma!...

¡Ah! fruición altísima de las almas que se entregan intangibles, sin haber sentido nunca el contacto impuro de los cuerpos!... ¡Ah! voluptuosidad perversa, voluptuosidad hondísima de los cuerpos destinados a retorcerse de fingimiento bajo la repugnancia de unos besos que no tocan el alma!... ¡Ah! mentira sublime del sufrir callando!... ¡¡Sacrificio!!... ¡Sol de mi camino!... Dominador que quieres para ti toda mi vida! En esta hora augusta de las altas comprensiones, con los dos ojos clavados en esa blancura muerta sobre mi silloncito confidente, he querido descifrar los misterios que rigen mi destino, y sólo tu nombre miro pasar flotando por la espuma sim-

bólica.. ¡Tu nombre!... tu nombre: ¡Sacrificio!... ¡Ah! ¡Ah! pero aguarda, aguarda, que ahora ya, en éxtasis, iluminada por tu nombre, sobre la espuma simbólica voy, por fin, leyendo la hermosura de mi sino:

Como en la tragedia antigua soy Ifigenia; navegando estamos en plenos vientos adversos, y para salvar este barco del mundo que tripulado por no sé quien, corre a saciar sus odios no sé dónde, es necesario que entregue en holocausto mi dócil cuerpo de esclava marcado con los hierros de muchos siglos de servidumbre. Sólo él puede apagar las iras de ese dios de todos los hombres, en el cual yo no creo y del cual nada espero. Deidad terrible y ancestral; dios milenario de siete cabezas que llaman sociedad, familia, honor, religión, moral, deber, convenciones, principios. Divinidad omnipotente que tiene por cuerpo el egoísmo feroz de los hombres; insaciable Moloch, sediento de sangre virgen en cuyo sagrado altar se inmolan a millares las doncellas!...

Y dócil y blanca y bella como Ifigenia, aquí estoy ya dispuesta para el martirio! Pero antes de entregarme a los verdugos, frente a esa blancura cándida que ha de velar mi cuerpo, quiero gritarlo en voz alta, para que lo escuche bien todo mi ser consciente:

— ¡No es al culto sanguinario del dios ancestral de siete cabezas a quien me ofrezco dócilmente para el holocausto, no, ¡no!... Es a otra deidad mucho más alta que siento vivir en mí; es a esta ansiedad inmensa que al agitarse en mi cuerpo mil veces más poderosa que el amor, me rige, me gobierna y me conduce hacia unos altos designios misteriosos que acato sin llegar a comprender! Sí: Espíritu del Sacrificio, Padre e Hijo divino de la maternidad, único Amante mío; Esposo más cumplido que el amor, eres tú y sólo tú el Dios de mi holocausto, y la ansiedad inmensa que me rige y me gobierna por la vida. En mi carrera loca de sierva enamorada, era a ti a quien perseguía sin saber quién eras. Ahora,

gracias a las revelaciones de esta noche altísima, acabo de mirar tu rostro, te he reconocido ya, y por primera vez te contemplo y te adoro. Tú eres el Esposo común de las almas sublimes ; las regalas de continuo con las voluptuosidades del sufrimiento y las haces florecer todos los días en las rosas abiertas de la abnegación y de la misericordia. ¡ Oh, Amante, Señor y Dios mío: yo también te he buscado, y ahora que te he visto te imploro y te deseo por la belleza de tu hermoso cuerpo cruel que abraza y besa torturando; yo también tengo ansia de sentir tu beso encendido y hondo, que labio a labio ha de besarme eternamente sobre mi boca de silencio; yo también quiero que desde ahora me tomes toda entre tus brazos de espinas, que te deleites en mí y que me hagas de una vez y para siempre intensamente tuya, porque así como el amor engendra en el placer todos los cuerpos, tú, mil veces más fecundo, engendras con tu beso de dolor la belleza infinita que nimba y que redime al mundo de todas sus iniquidades!

Unas palabras más sobre *Ifigenia*

Tuve yo el honor de ser uno de los primeros que conociera en Francia la Ifigenia *de Teresa de la Parra, esa novela deliciosa que tanto ha upasionado la opinión del público suramericano. Traduje entonces unos fragmentos para los cuales escribí un prólogo que hoy juzgo por demás breve e insuficiente. Y es que la esencia de ese libro exquisito no se nos ofrece entera a primera vista. ¡Hay tanto elemento acumulado allí para atraernos! ¡Aunque no fuese mas que el exotismo aquel tan seductor para nosotros los lectores franceses! Es un mundo entero el que se revela a nuestros ojos. Una sociedad medio moderna y medio colonial, cuyos contrastes tienen un sabor fuerte mezclado a un ambiente florido y perfumado que nos hace soñar como sin darnos cuenta en nuestras queridas "Islas" de antaño. ¡Oh, el encanto de aquellos patios constelados de jazmines, sembrados de naranjos, bajo cuya sombra la siesta debe deslizarse con tan lánguida dulzura! Aquellos campos del trópico, con sus bosques misteriosos poblados*

de mariposas diez veces mas grandes que las nuestras, aquellas noches profundas de perfume embriagador ; ¡aquel Edén!

Luego los personajes. Todos son originales y nuevos. Teresa de la Parra tiene el sentido innato del novelista. Sabe crear tipos. Ya no podremos olvidar nunca a Gregoria, ni a Mercedes, ni al tío Pancho, ni a César Leal, ni a Abuelita, ni a tía Clara. ¡Qué don rarísimo es ese! Y cuánto más raro es aun el que vaya acompañado de tan gran facilidad. El novelista aquí no parece hacer el más mínimo esfuerzo. Su narración avanza a un lánguido compás, cortado de tiempo en tiempo con brusquísimos arranques. Es como un río que tan pronto se explayara en un dulce remanso de ensueños y meditaciones, tan pronto se precipitara como un torrente por sobre las pendientes de lo emocionante y de lo trágico. Y todo ello con una naturalidad que encanta.

La expansión de este temperamento de artista ignora en absoluto los artificios de la falsa retórica, esas pobres recetas del oficio con las cuales la mayoría de los escritores se revisten de importancia. Es como si un hermoso niño sentado a pleno sol se pusiese a jugar. La gracia y armonía de sus movimientos regocijará a un tiempo el espíritu del sabio y el corazón del simple. Basta una sola observación: el haber escrito un libro de más de quinientas páginas sin dar un solo instante la impresión de un

desacierto ni la de un titubeo habla más en favor de la autora que todos los elogios juntos.

Sin embargo, no está ahí, no, lo que más me seduce, no es ese aún el secreto del libro.

Lo que en mi concepto asegura a Teresa de la Parra esa especie de frescura indestructible, propiedad tan sólo de las obras destinadas a ser clásicas, lo que hará que esta novela se lea cuando ya tantísimas otras más pretenciosas o de más fácil efecto se hayan marchitado en el olvido, es el hecho de haber creado ese tipo de muchacha que siendo tan moderno es al mismo tiempo uno de los más eternos que yo conozca, sencillamente porque ese es el real, el verdadero.

La única cosa que no puede reemplazarse en arte es la verdad y ese tipo de María Eugenia Alonso es de una realidad psicológica tanto más profunda cuanto que no aspira a la profundidad. María Eugenia Alonso es. *He aquí todo.* Es *y nada más. Se nos ha presentado de golpe en la sinceridad absoluta de su confesión cotidiana y está allí. Es compleja, claro, pero su complejidad superficial nos deja ver en seguida la simplicidad fundamental y viva de su temperamento y de su carácter. Que a este organismo en formación, que a esta tierna e inquieta crisálida le imponga el dolor la crisis reveladora, y aparecerá al punto la belleza del ser interior, la metamorfosis esplendorosa de su secreto.*

Es imposible que pueda discutirse siquiera el ver-

dadero carácter de María Eugenia Alonso. Tal duda implicaría ignorancia de las leyes que rigen las obras de arte y los seres vivos. Se necesitaría ser ciego o tener muy mala fe para decir que María Eugenia Alonso profesa como doctrinas de su vida moral las traviesas paradojas con las cuales juega y se divierte escandalizando a veces a su abuela y a su tía. Y no digamos qué incomprensión sería acusarla de perversidad o de egoísmo. Al contrario. A mí, por lo menos, lo que más me ha llamado la atención en la segunda lectura, que ha sido más meditada y más atenta es la ingenuidad profunda del personaje central. Se extasían los pedantes desde hace siglos comentando la deliciosa frescura de las doncellas de Shakespeare, aquella inocencia que anima sus alardes espirituales, aquellas inquietas coqueterías con las cuales se agitan y se entretienen hasta que el amor las toca y las deja para siempre graves. ¿Cómo no ver hasta qué punto María Eugenia Alonso se parece a ellas? Es el mismo hervidero de deseos, de ensueños, de locuras, las mismas paradojas, la misma esgrima frente a los enamorados, todo ese fuego artificial de la juventud que estalla. Pero pasa de pronto el arcángel terrible, y con un solo golpe de alas abate a la orgullosa y la prosterna para siempre en la actividad sagrada del consentimiento.

Yo quisiera demostrar hasta qué punto la coquetería de María Eugenia Alonso se aparta en su

esencia de esa coquetería malsana que anima a la mayoría de sus contemporáneas. La suya está exenta de perversidad. Es cierto que se pinta, que exagera el rojo de Guerlain en los labios, que se pone vestidos cortísimos, que lleva el pelo enteramente a la garçonne, todo eso está entendido, pero la pregunta que debe formularse es esta: ¿de qué le sirven tales artificios? ¿ Qué intenta hacer con ellos?

No intenta nada. He aquí su superioridad. Si quiere estar siempre bonita es precisamente por ella misma, es que tiene el gusto innato, profundo, irresistible de la elegancia. Ama la perfección. Pertenece a esos seres de selección (también existe ese tipo entre los hombres) para quienes la elegancia en todos los órdenes, admírenlos o no, es una necesidad. Les horroriza todo aquello que sea desorden, negligencia, imperfección. Y si la mayoría de las personas incapaces de comprender estas sutilezas las critican y reprochan es sin duda ninguna por la lección implícita que con ello se les da.

Hay quienes suelen llevar bajo la elegancia del cuerpo la elegancia del espíritu. María Eugenia Alonso es uno de esos seres de elegancia doble. Cuando al final de su relato renuncia para siempre a la felicidad y al verdadero amor, por razones profundas que el pudor supremo de su alma ostenta, pero no dice, cuando se encamina hacia el matrimonio corriente y burgués que le ha deparado

dadero carácter de María Eugenia Alonso. Tal duda implicaría ignorancia de las leyes que rigen las obras de arte y los seres vivos. Se necesitaría ser ciego o tener muy mala fe para decir que María Eugenia Alonso profesa como doctrinas de su vida moral las traviesas paradojas con las cuales juega y se divierte escandalizando a veces a su abuela y a su tía. Y no digamos qué incomprensión sería acusarla de perversidad o de egoísmo. Al contrario. A mí, por lo menos, lo que más me ha llamado la atención en la segunda lectura, que ha sido más meditada y más atenta es la ingenuidad profunda del personaje central. Se extasían los pedantes desde hace siglos comentando la deliciosa frescura de las doncellas de Shakespeare, aquella inocencia que anima sus alardes espirituales, aquellas inquietas coqueterías con las cuales se agitan y se entretienen hasta que el amor las toca y las deja para siempre graves. ¿Cómo no ver hasta qué punto María Eugenia Alonso se parece a ellas? Es el mismo hervidero de deseos, de ensueños, de locuras, las mismas paradojas, la misma esgrima frente a los enamorados, todo ese fuego artificial de la juventud que estalla. Pero pasa de pronto el arcángel terrible, y con un solo golpe de alas abate a la orgullosa y la prosterna para siempre en la actividad sagrada del consentimiento.

Yo quisiera demostrar hasta qué punto la coquetería de María Eugenia Alonso se aparta en su

esencia de esa coquetería malsana que anima a la mayoría de sus contemporáneas. La suya está exenta de perversidad. Es cierto que se pinta, que exagera el rojo de Guerlain en los labios, que se pone vestidos cortísimos, que lleva el pelo enteramente a la garçonne, todo eso está entendido, pero la pregunta que debe formularse es esta: ¿de qué le sirven tales artificios? ¿Qué intenta hacer con ellos?

No intenta nada. He aquí su superioridad. Si quiere estar siempre bonita es precisamente por ella misma, es que tiene el gusto innato, profundo, irresistible de la elegancia. Ama la perfección. Pertenece a esos seres de selección (también existe ese tipo entre los hombres) para quienes la elegancia en todos los órdenes, admírenlos o no, es una necesidad. Les horroriza todo aquello que sea desorden, negligencia, imperfección. Y si la mayoría de las personas incapaces de comprender estas sutilezas las critican y reprochan es sin duda ninguna por la leccion implícita que con ello se les da.

Hay quienes suelen llevar bajo la elegancia del cuerpo la elegancia del espíritu María Eugenia Alonso es uno de esos seres de elegancia doble. Cuando al final de su relato renuncia para siempre a la felicidad y al verdadero amor, por razones profundas que el pudor supremo de su alma ostenta, pero no dice, cuando se encamina hacia el matrimonio corriente y burgués que le ha deparado

su destino, andando como Ifigenia hacia el altar, parece que caminase hacia algo mil veces más doloroso que su propio sacrificio: la interpretación que las almas vulgares darán a su acto. La acusarán sin duda de egoísmo, de interés. pero ¿qué importa? Una divinidad suprema la llama y la conduce. Ella camina en pos sin mirar hacia atrás. Los verdaderos elegantes no viven para la opinión. Viven para realizar el misterio de una perfección interior de la cual la exterior no era sino un misterio y un símbolo. María Eugenia Alonso sabe lo que cuesta renunciar al legítimo derecho a la felicidad. Si ha renunciado ya, es sólo porque quiere vestirse con las galas espléndidas de un ideal ético. También Ifigenia se vistió de galas antes de encaminarse al sacrificio.

FRANCIS DE MIOMANDRE.